



La novela perdida
de Lord Byron

JOHN CROWLEY

Lectulandia

En una tormentosa noche de 1816, Mary Shelley y Lord Byron se desafiaron a escribir una historia de miedo. Como resultado, Mary Shelley creó a Frankenstein, mientras que Lord Byron cejó en su empeño y abandonó el relato. Pero ¿y si lo hubiera terminado...?

Hoy, siglos más tarde, una historiadora encuentra documentos que demuestran que el mítico autor romántico llegó a escribir una novela, titulada *La tierra del ocaso*, y que el manuscrito fue salvado de la destrucción y cifrado en un misterioso código por su hija. Literatura y matemáticas se dan la mano en una investigación apasionante para descifrar la obra perdida de Lord Byron, en un acto de suplantación literaria sin precedentes.

John Crowley teje una compleja historia de traiciones, misterios y venganza. *La novela perdida de Lord Byron* es una sorprendente narración capaz de transportarnos de una época a otra, una lectura que atrapa hasta el final. En esta novela «confluyen magistralmente el Romanticismo con la Era de la Información: cada una de sus páginas desprende autenticidad. John Crowley es un magnífico narrador e inventor de historias» (Harold Bloom).

Lectulandia

John Crowley

La novela perdida de Lord Byron

La tierra del ocaso

ePub r1.0

mnemosine 05.09.16

Título original: *Lord Byron's Novel / The Evening Land*

John Crowley, 2005

Traducción: Miguel Antón

Editor digital: mnemosine

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Este libro es una obra de ficción. Las referencias a personas, acontecimientos, lugares u organizaciones reales tienen como objetivo conferir a la ficción apariencia de realidad y autenticidad, y han sido usadas de forma ficticia. Los otros nombres, personajes y lugares, y todos los diálogos y acontecimientos que aparecen en el libro, son producto de la imaginación del autor.




• *LA NOVELA PERDIDA* •
DE LORD BYRON



La
Sierra del Ocaso

Byron
• JOHN CROWLEY •

 mpecé a escribir una comedia, que quemé porque la escritura se convirtió en realidad; y también una novela, que destruí por igual motivo. Puedo mantenerme distanciado de los hechos, pero el pensamiento no deja de acosarme y acosarme... Sí, sí, de acosarme.

• *Diario* de LORD BYRON •
17 de noviembre de 1813

2. Científicas británicas



Ada Byron, condesa de Lovelace
10 de diciembre de 1815
27 de noviembre de 1852
Primer programa informático, 1842-1843

Ada Byron fue hija del poeta romántico George Gordon, [Lord Byron](#), y de Anne Isabella Milbanke, quien se separó de Byron al mes de nacer Ada. Cuatro meses más tarde, Byron abandonó Inglaterra para siempre. Ada fue educada por su madre, lady Byron, y no volvió a ver a su padre, que murió en Grecia en 1824.

Lady Byron era aficionada a las matemáticas, y procuró que Ada tuviera un tutor que le enseñara esa disciplina además de ciencias y otras materias relacionadas, en lugar de literatura y poesía, para contrarrestar cualquier tendencia que pudiera haber heredado de su padre, famoso por ser «malvado, falso, alguien peligroso de conocer». Ada aplicó su imaginación al campo científico, desde la electricidad a la biología y la neurociencia. Obtuvo fama en los círculos científicos de la época. De hecho, se le atribuía la autoría de *Vestiges of the Natural History of Creation* (un Victoriano éxito de ventas anónimo sobre la evolución, que no había escrito ella).

En 1835, Ada contrajo matrimonio con William King, diez años mayor que ella, y se convirtió en condesa de Lovelace en 1838. Ada tuvo tres hijos; al menor le llamaron Byron, y más tarde se convertiría en vizconde de Ockham.

Ada contó durante muchos años con la amistad de [Charles Babbage](#), profesor de matemáticas en Cambridge e inventor del [Motor Diferencial](#). Esta enorme máquina, en cuyo diseño y elaboración se invirtieron diez años, era más una calculadora que un ordenador, y empleaba el «método de diferencias finitas» para construir tablas logarítmicas y llevar a cabo otros cálculos. Ada conoció a Babbage en 1833, cuando ella sólo tenía 17 años.

En 1834, Babbage había trazado los planos para un nuevo tipo de máquina de cálculo, un [Motor Analítico](#), que (tal como Ada lo percibió) habría de convertirse en antecesor de los ordenadores actuales. Podía programarse para producir (¡e imprimir!) resultados de diversos tipos. Ada afirmó que el Motor Analítico podía

tejer modelos algebraicos como el telar de [Jacquard](#) tejía dibujos de pájaros y flores. (Los tejidos de Jacquard se realizaban gracias a una secuencia de tarjetas perforadas.) En 1842, un matemático italiano, [Louis Menebrea](#), publicó un artículo en francés acerca del Motor Analítico. Babbage pidió a Ada que lo tradujera: ella añadió una serie de notas a la traducción cuya extensión superaba a la del propio artículo, en las que explicaba las enormes posibilidades de semejante máquina e incluía un breve [programa](#) de instrucciones, paso a paso, que dicha máquina podía seguir para solventar un problema determinado. Por breve y primitivo que fuera, se trata del primer programa informático de la historia: una serie de instrucciones que un artefacto mecánico puede seguir para alcanzar un resultado.

Ada murió de cáncer en 1852, casi a punto de cumplir 37 años, y fue enterrada junto al padre a quien jamás llegó a conocer. [AN]

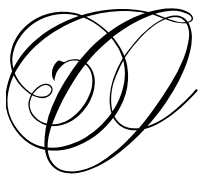
[NOTA: *página en construcción*]

| [Home](#) | [Siguiete](#) | [Anterior](#) | [Acerca de Strong Woman Story](#) | [Búsqueda](#) |



UNO

En el que un Hombre es guiado por un Oso, y los antecedentes de ello



bserva —¡mejor, no!, pues nadie puede observar, salvo la insensible luna, que sin avanzar surca las nubes— a un joven lord que, desde los baluartes de su habitáculo medio en ruinas, mantiene una tardía vigía.

Envuelto en una manta escocesa, que poco difiere de la que desde tiempos remotos han lucido sus antepasados (no sólo los escoceses), ciñe un espadín de hoja curva, engastado en piedras preciosas nada propio de la factura de esta tierra norteña. También dos pistolas de cañón corto, firmadas por los Manton; la fecha corresponde a un año de nuestro siglo, aunque aquello que el joven observa a la luz de la luna ha permanecido inalterable durante los últimos siete u ocho. Ahí está el antiguo baluarte que encara el norte, lugar donde se yergue el joven, bastión en cuyas piedras apoya la mano. Más allá, mira el pedregoso acantilado cubierto de brezo y aulaga que se extiende hacia las montañas, y, gracias a la agudeza sobrenatural de su mirada, el hilo que un sendero dibuja hacia lo alto. Negra contra el ominoso cielo se recorta la silueta de una atalaya, donde muere el mencionado sendero. Y más allá, en la oscuridad, el millar de acres de páramos salvajes de Caledonia y las construcciones de las que este joven observador es heredero. Su nombre, que quizá sorprenda al lector, no es otro que Alí.

¿Qué enemigo lo empuja a armarse? En verdad no conoce a ninguno, ni los sirvientes que abajo duermen, ni bandidos o rivales de su clan y de su padre el laird, tales como los que una vez pudieron haber acechado en la oscuridad.

¡Su padre el laird!^[1] El lector lo recordará, si es que el lector es de los que escuchan las habladurías que alzan el vuelo en los palcos de los teatros, o frecuenta las carreras de caballos, o los infiernos; si ha vagado por los clubes exclusivos, o por lugares con nombres menos eufemísticos, los juzgados, los tribunales. John Porteous —quien, a la muerte de su sorprendido e indefenso señor, heredó el singularmente inapropiado título de lord Sane^[*]— era un catálogo de pecados, no sólo los menores, como la lujuria y la gula, sino también los más importantes, como el orgullo, la ira y la envidia. Consumió su patrimonio, y cuando acabó con él procedió a consumir el de su mujer y arrendatarios, y luego tomó prestado, o forzó a que le prestaran, más de

sus aterradas amistades y relaciones próximas, que sabían perfectamente bien que el lord no tendría el menor reparo a la hora de exponer a la sociedad sus indiscreciones, a las que él mismo los había arrastrado a lo largo de las décadas precedentes. El «chantaje» era una palabra de la que aseguraba renegar, ya que, según decía, jamás recurría al correo^[*]. En qué gastaba esos beneficios, obtenidos por el medio que fuera, parecía interesarle menos que el propio hecho de gastarlos; siempre estaba dispuesto a dilapidar todo cuanto poseía en el preciso momento en que se hacía con ello. Se trataba de un acto de destrucción tal que le hizo acreedor del mote de Satán, en una época en que los motes estaban de moda. Era hombre malvado, y lo cierto es que su maldad le causaba diabólico regocijo, y cuando no era presa de ella, cuando no andaba por ahí iracundo o enloquecido por cualquier obstáculo que se opusiera a sus deseos, era un buen tipo, a su manera, y de mundo. Había viajado lo suyo, había contemplado la Sublime Puerta, paseado a la sombra de las Pirámides, y era el padre (aunque no habría pruebas de ello) de camadas de cachorros de piel oscura en diversos puntos del sur y el este.

Últimamente *Satán* Porteous se había retirado a las propiedades escocesas de su esposa^[2], propiedades que él había mejorado y despojado en igual medida. A las antiguas torres y almenados, y a la capilla en ruinas, un laird anterior había añadido un ala paladina de gran tamaño y aire sombrío, obras que lo habían arruinado por completo; ahí era donde el actual laird mantenía a su esposa, lejos de la vida social del mundo elegante, lejos, en realidad, del mundo entero. Se rumoreaba que lady Sane había enloquecido, y a juzgar por lo poco que sabía de ella el heredero de lord Sane, lo cierto era que no parecía estar del todo en sus cabales. *Satán* había dilapidado hacía tiempo la fortuna de la dama, y luego, cuando necesitó dinero, estrujó a los arrendatarios y vendió la madera de los bosques, lo que hizo aumentar la sensación de melancolía que exhalaba aquella desolada tierra, más incluso que la capilla sin vidrieras abierta a la visita del búho y el zorro. Los árboles tardan un siglo en crecer, el dinero ya se ha gastado. Tiene un oso amaestrado, y un lince americano, y se yergue entre ambos cuando reclama la presencia de su hijo.

Sí, es él, su padre, lord Sane, a quien Alí teme, aunque esa noche no se vea ni rastro de él por los alrededores. Con sus propios ojos, Alí había visto partir el coche de su señoría en dirección sur, tirado por cuatro caballos negros, sobre cuyos lomos oscuros restallaba el látigo del cochero. Sin embargo, siente miedo, tanto como valor corre por sus venas. Su propio ser se le antoja la llama que corona una vela, tan fácil es de apagar.

La luna había cruzado el ecuador del firmamento cuando, temblando, aunque no de frío, Alí se retiró. Su nuevo perro terranova, *Guardián*, yacía junto a la cama, y había conciliado con tal rapidez el sueño que apenas abrió un ojo al oír los familiares pasos de su amo. ¡El más antiguo, el más fiel de los amigos! Alí acercó un instante el rostro al cuello del perro. Luego apuró el último trago de una copa de vino, en la que había vertido algunas gotas de Kendal^[3]. A pesar de todo no se desvistió —tan sólo

se cubrió con una manta, a mano las pistolas—^[4], apoyó la cabeza sobre las frías almohadas, y, pensando que no podría, se quedó dormido.

Despertó de golpe, rodeado de una profunda negrura, sintiendo sobre sí el tacto de una mano fuerte. Se sobresaltó, y podría haber dado un salto y haber tirado de la pistola que tenía tan a mano, pero no hizo tales cosas. Yació inmóvil, tanto como si siguiera dormido, puesto que el rostro que le observaba, si bien no le resultaba desconocido, no pertenecía a un hombre. Piel negra, ojos pequeños y amarillos, y una tenue luz refulgía en sus colmillos, largos como dagas. ¡Era la zarpa del oso amaestrado de su padre^[5] la que reposaba sobre su propia mano!

Al comprender que Alí estaba despierto, el negro animal se dio la vuelta y trotó por el suelo de la estancia. Y en la puerta entornada se volvió para mirar a Alí, y lo que dijo su mirada resultó evidente: quería que éste lo siguiera.

El joven lord se levantó. ¿Qué había sido de su perro *Guardián*? ¿Cómo era posible que estuviera la puerta abierta? Las preguntas cruzaron fugaces su mente para luego desaparecer, sin respuesta, como burbujas en el aire. Tomó la cimitarra, se echó a la espalda el tartán, y el oso —en cuanto vio que Alí tenía intención de seguirle— se irguió hasta adquirir la postura de un hombre y empujó la puerta, para acto seguido ponerse a cuatro patas y descender la oscura escalera. Se antojaba extraño que nadie más se hubiera despertado en la casa, aunque esta reflexión desapareció tan pronto como la tuvo. Una y otra vez el oso volvía la cabeza para comprobar que el joven lord lo seguía. Aunque puede erguirse sobre dos patas para sorprender y atemorizar a sus enemigos, o alcanzar el fruto que cuelga en lo alto de una rama, el oso suele preferir desplazarse a cuatro patas, como un perro; y si bien sus garras y colmillos rivalizan con los del león, es animal de carácter más templado que éste y prefiere platos con menos carne.

Consciente de ello, y sin dar vueltas a ninguno de los otros asuntos en los que podría haber pensado en semejante paseo, Alí cruzó el parque desierto y pasó bajo el arco de un angosto puente que colgó en tiempos sobre el revuelto terreno de un torrente; después se alejó del camino y tomó un sendero de arcilla blanca, el mismo que había vislumbrado antes su mirada a la luz de la luna, en dirección a la atalaya. El misterioso astro no parecía haber avanzado en el cielo, pero brillaba tanto o más, y soplaba el viento frío procedente del Atlántico y las islas de Irlanda, y de América —pensó Alí, que jamás había contemplado esos lugares—; siguió caminando tras el negro borrón de su guía ursino como flotando, como si ningún esfuerzo le fuera exigido para llevar a cabo el ascenso.

La atalaya se hallaba al frente, y el oso se puso de nuevo en pie tal como lo hace el hombre, y con una garra amarilla, curva, la señaló. Hacía tiempo que la puerta de entrada estaba derruida, y podía verse una luz tenue en su interior.

—No avanzaré más —dijo el oso, en cuya capacidad de hablar no reparó Alí—. Tú y sólo tú debes descubrir quién yace en la torre. No te lamentes, pues yo no lo haré. Él ha sido igual de cruel conmigo, más aún, que contigo. ¡Adiós! Si vuelves a

verme, piensa que tu hora ha llegado y que estás a punto de emprender otro viaje.

Alí estaba decidido a retener al animal, rogarle o exigirle que le contara más, pero ya éste se había esfumado en la oscura noche y no quedaba más que el eco de sus palabras. Alí se volvió hacia la torre y hacia la luz que surgía de su interior.

Al punto, el mundo y la noche sufrieron una especie de sacudida, como el temblor que recorre en ocasiones el mar en calma o el flanco de un caballo; y como edificios derruidos a su alrededor al paso del terremoto, la noche cayó hecha añicos, su sueño se quebró y despertó. Se había quedado dormido. ¡Y había *soñado*! Aun así, y sin duda era lo más extraño, se hallaba en el sendero que conducía a la atalaya, que se alzaba al frente, más lejos que en su visión, más sólida la factura de la piedra y del cemento, aunque todo lo demás idéntico: el aire, la tierra y él mismo. No tenía conocimiento de la existencia de tales sonambulismos^[6], pues así se denominaban; no sabía cómo podía ser que en pleno sueño pudiera haberse armado, salido de la casa y ascendido por la colina, sin tropezar y haberse roto el cuello. Cierta dosis de asombro lo invadía como un trago gélido, y también temible, tan gélido que le encogía el corazón, puesto que, desde el lugar donde se hallaba, podía ver que, en efecto, en el interior de la torre ardía una luz tenue, como en su sueño.

La luna casi había descendido del todo. Sintió, tanto como percibió, el camino que se extendía al frente. Ni un instante pensó en retroceder, y más tarde habría de preguntarse por qué: porque se lo habían ordenado, porque estaba allí, porque no podía hacer otra cosa.

No sólo la puerta, sino también el suelo y las paredes del antiguo edificio estaban en ruinas, derruidos, no quedaba ni rastro de ellos, hueca la torre como el emblanquecido hueso medular, el techo al descubierto y unas pocas estrellas visibles. Por lo demás todo era oscuridad, y con una única luz, la linterna que consumía la última gota de aceite como si le faltara el aire. Debe darse la vuelta, Alí debe hacerlo, para ver qué ilumina la luz que despide la linterna —¡porque la luz parece dirigida a propósito hacia algo concreto!—. Pronto descubre, suspendido a medio metro en el aire, un bulto como de un hombre: negro rostro, ojos casi salidos de las órbitas que le observan a su vez, lengua negra también, negra lengua que asoma como en un gesto de burla. La recia sogá de la cual pende, sujeta a los puntales de piedra del piso superior, se enrosca a su alrededor como hilo de araña. No se trata de un demonio del infierno atrapado en sus propios afanes —eso es cuanto sabemos de ellos en esta nuestra vida terrenal—, y su nombre no es Legión. Quien pende de la sogá es *Satán* Porteous, padre de Alí, lord Sane, ¡y está MUERTO!

* * *

Cómo un joven con el nombre del yerno del Profeta, un joven cuya piel tenía el color del bronce, y del ónix los ojos, llegó a residir en una lejana tierra cerca de Thule, donde los muchachos de ojos azules y pelo castaño o rubio crecían pálidos a la luz de

un sol racano, sólo puede conjeturarse. Ni a los barcos ni a los carruajes les importan sus pasajeros, ni tampoco adónde los llevan, y más de una casa en Londres puede alardear de moro negro en la puerta o de hindú con turbante sentado a la mesa. Pero que semejante ejemplar no sólo residiera en la casa del lord escocés, sino que, además, fuera su heredero —y, a juzgar por el espectral aspecto de quien colgaba en la torre, se había convertido ya en el sucesor legal del atado y estrangulado lord que parecía devolverle la mirada, en el poseedor de todos sus títulos y tierras—, eso sí puede ser que merezca una explicación.

A pesar de que se lo llevaron de allí a temprana edad —o puede que debido a ello, ya que el corazón responde a una lógica propia en cuanto al funcionamiento de la memoria se refiere—, Alí conservaba un recuerdo diáfano de la tierra donde había pasado parte de su infancia. No supo de niño qué madre lo había alumbrado, ni quién era o había sido su padre; era huérfano, y siempre había vivido con un tutor de avanzada edad en una espartana cabaña, o *han*, en las montañas de la provincia de Ochrida, en la montañosa Albania^[7], en un paisaje que, si de niño se le hubiese ocurrido considerar la cuestión, habría creído que empezaba consigo mismo, en los albores de los Tiempos, ya que de pocos lugares como de estas montañas puede decirse que han permanecido inalterables desde los días de Adán o, al menos, desde los tiempos de Abraham.

Cuidaba del rebaño, tal como habían hecho sus antepasados. Las cabras proporcionaban leche y carne, así como el amplio cinto albanés y las sandalias, que no se ponía muy a menudo. Las cabras no exigían grandes atenciones, ya que en ese país se las deja libres para hacer sus cosas, que son muchas; se las puede encontrar en lo más profundo del bosque, o verlas en lo alto de las rocas más altas, como las cabras de Virgilio, y sólo cuando se las reúne al anochecer y los niños las guían con los bastones a los cercados se antojan domesticadas. En invierno, Alí y sus compañeros las llevaban a las montañas, y en verano las devolvían de nuevo a las cálidas llanuras; tras la vendimia, las cabras campaban a su aire en los viñedos, donde comían, competían y se divertían unas con otras —con la bendición de Baco— de la manera que es de esperar, a mayor gloria de su señor. Este nuestro Thane por descubrir tenía por único padre a un anciano, un pastor cuya ceguera aumentaba a pasos agigantados debido al fuego que ardía en el interior de la cabaña o *han*, fuego cuyo humo salía, o mejor dicho *no salía*, por el agujero del techo. Pocos albaneses alcanzan una avanzada edad sin sufrir de un modo u otro los efectos. Alí cuidaba de él con sumo cariño, le llevaba las tortas de pan, la taza de café y el *chibouque* al caer la noche. El tacto de este viejo ciego, áspero y simple como si fuera la más anciana de las cabras de las que ambos cuidaban, era buena parte del amor que Alí conocía, pero no todo.

Y es que había otra criatura, que también había sido confiada a los cuidados del anciano. Una niña, cuyo nombre era Imán y cuya edad apenas superaba en un año a la del propio Alí. Era huérfana como él, o eso creían y decían siempre que hablaban de

ello, lo que no sucedía a menudo, y como pasa con los niños, no preguntaban al mundo por qué y qué razón los había llevado a ser lo que eran, y no a ser de un modo distinto; tan contentos de conocerse a sí mismos y entre sí, tanto como conocer la caricia del sol y el sabor del agua del manantial. Imán tenía el cabello negro como ala de cuervo, pero sus ojos (lo que no resulta sorprendente en esa tierra) eran azules, no el azul de nuestras rubias anglosajonas, sino el del océano, y era en esas profundidades a las que rara vez se baja donde nuestro Alí se zambullía por completo. Hablan los poetas de los ojos de las doncellas, y divagan y divagan sobre ellos, y con esas esferas líquidas debemos entender que quieren indicar todas las partes y atractivos del objeto de su amor, acerca de las cuales somos libres de especular. No obstante, Alí apenas era consciente de qué otros encantos poseía aquella pequeña diosa; en sus ojos se ahogaba, y cuando ella le miraba era incapaz de desviar la mirada.

En otro clima más frío, Alí fue olvidando poco a poco la lengua en la que primero había balbuceado y había aprendido a hablar; sin embargo, jamás olvidó lo que ella le dijo, ni lo que él respondió; aquellas palabras no eran como otras, se le antojaban acuñadas en oro, e incluso largo tiempo después repetir las para sí era como entrar en la cueva del tesoro donde moraban. ¿De qué hablaban ambos? De todo, de nada; guardaban silencio, o ella hablaba y él respondía que no; o bien él fanfarroneaba mirándola a los ojos para ver si su historia le interesaba, y ella lo escuchaba. «Imán, ve tú por el camino largo, que esas piedras te cortarán los pies.» «Alí, toma este pan, tengo suficiente para ambos.» «¿Qué ves en esa nube? Yo veo un halcón con el pico muy grande.» «Pues yo un insensato que ve halcones en las nubes.» «Voy por agua. Acompáñame, no tardaremos mucho. ¡Toma mi mano y acompáñame!»

Eran las únicas almas de esas tierras, y por separado el único objeto de los pensamientos del otro. Como dos cisnes alzaban sus imponentes alas por turnos para batirlas en el aire, y se sumergían en el agua para deleite del otro. De qué hablaran no tenía mayor importancia, la conversación continuaba y luego se repetía. Ella, arrogante como una reina por descalza que fuera, era capaz de causar sufrimiento cuando así lo deseaba, quizá sólo para poner a prueba su poder, igual que uno podría comprobar la fuerza de una vara contra una flor indefensa; pero en seguida lo lamentaba, y de nuevo conversaban, entre caricias y muestras de amabilidad.

Puede objetarse que una pasión tal no es posible en alguien tan joven, y es que Alí apenas había alcanzado la segunda década, y es perfectamente lógico que *quienes jamás han albergado tal sentimiento* así lo crean; pero a éstos no podremos persuadir ni tampoco habremos de dirigirnos. Quienes hayan sentido tal cosa en la más temprana juventud han conocido un poder singular, y conservarán el recuerdo en lo más hondo de su corazón, sentimiento que no podrán comparar con ningún otro, pero que constituirá la piedra de toque contra la que los demás podrán quebrarse, para ver si son de oro o si son falsos.

A lo largo de aquel tiempo se vio que Alí —aunque en verdad el muchacho no se

percatara de ello— estaba señalado de un modo especial; favores y regalos llegaban a él de fuentes poco claras: toda clase de manjares, un pañuelo brillante para la cabeza, una mirada de aprobación o de interés por parte de sus mayores. Al cumplir una determinada edad, aunque ignoraba en qué año de su corta vida había sucedido, puesto que la incertidumbre envolvía su fecha de nacimiento como lo hacía con la identidad de sus verdaderos padres, recibió, de la misma fuente de parabienes, una antigua pistola, que orgulloso se ciñó al cinto, tan sólo lamentando verla tan sola, puesto que todos los hombres llevaban dos como mínimo, además de una daga o una espada corta. Nunca tuvo oportunidad de abrir fuego con esa arma, puesto que a la pistola no habían adjuntado ni un grano de la necesaria pólvora, lo que probablemente fuera omisión afortunada, ya que en ese país estas armas tan antiguas, por buena que fuera la factura, a menudo eran olvidadas en los barriles, y encerradas bajo llave, y a menudo se quemaban, o quemaban la mano que las empuñaba.

Así armado y de esa viril guisa, cerrado un trato firme con su Imán, se acercó a *han* en busca del anciano pastor, que a sus ojos era la medida por la que se regía la sabiduría del mundo. Lo encontró en compañía de otros hombres, todos alrededor del fuego, y le comunicó que tenía intención de tomar por esposa a la muchacha.

—No puedes hacer tal —dijo el anciano, que respondió con la seriedad que le había sido exigida—. Puesto que es tu hermana.

—¿Cómo es posible que sea mi hermana? —replicó Alí—. Nadie conoce a mi padre, y no importa quién fuera mi madre.

Evidentemente importaba, le importaba a él, quién podía haber sido la dama en cuestión, de modo que le tembló algo la voz cuando hizo tan audaz aseveración: tuvo que apoyar la mano en la culata del arma, separar los pies y levantar la barbilla para que pasara desapercibido; no obstante, en un sentido legal estaba en lo cierto, y el anciano así lo reconoció con una inclinación de cabeza, pues no hay herencia que provenga de la madre sola.

—Y aun así ella es de tu propio clan, de tu familia —dijo a Alí—. Es tu hermana.

Entre los clanes de las montañas de Albania, con hermano y hermana puede uno referirse a cualquier parentesco de una misma generación, y se prohíbe cualquier relación hasta el décimo o incluso el duodécimo grado. Y entonces, quienes se sentaban alrededor del fuego junto al hombre y quienes lo hacían al otro lado, volvieron los taburetes, repararon en la vestimenta de Alí, y éste oyó risas.

—No aceptaré otra cosa, y en eso estamos ambos de acuerdo, tanto ella como yo —respondió con un vozarrón que hizo que las risas se convirtieran en risotadas.

Asintieron y soltaron el humo de la pipa como encantados de que alguien tan joven pataleara de ese modo, o quizá porque consideraban una gran mofa que semejante pretensión fuera *declarada*, pues por mucho que la manifestara no lograría legitimarla. Entonces Alí, consciente por primera vez de ser blanco de burlas por no conocer mucho las costumbres del mundo —que no eran las suyas—, lanzó a todos una mirada furibunda y, por temor a echarse a llorar, giró sobre sus talones y salió de

la cabaña, perseguido por más y más estruendosas muestras de diversión; durante un tiempo a nadie dirigió la palabra, y nada respondía cuando se le preguntaba, ni siquiera a la propia Imán.

Al poco recibió una señal de distinción diferente a las recibidas hasta entonces. Cierta noche fue conducido entre las mujeres, y la mayor de ellas desnudó el brazo del muchacho y, con la más afilada de las agujas (mientras el viejo pastor le guiaba la mano con sus palabras), pinchó repetidas veces la piel del brazo derecho de Alí. A cada pinchazo manó roja y oscura la sangre, mas el joven apretó los dientes con fuerza. No estaba dispuesto a llorar. Finalmente se dibujó un círculo desigual, y en su interior una marca sinuosa que bien podía ser la letra *sigma*, aunque aquellas gentes incultas no supieran identificarla. La anciana, murmurando y chasqueando la lengua para tranquilizar al muchacho, prosiguió con el dibujo y lo iba secando una y otra vez con un trapo de lana de cordero; y luego observó el resultado de la labor como lo haría un artesano. Aquí ahondó y allí alargó hasta que Alí estuvo al borde del desmayo, por mucho que ningún quejido hubiera escapado de la prisión que formaban sus labios. Finalmente, la torturadora tomó una pizca de pólvora y la frotó sobre los agujeros que había practicado. Al rozar las heridas abiertas, la pólvora reavivaba el dolor de Alí, mientras la bruja apretaba con el pulgar para hundirla en la piel y mezclarla con la carne y la sangre, a la que confería un color diferente. Y así, tal como puede apreciarse en las extremidades de los marineros de todas las naciones, sin exceptuar a los pertenecientes a nuestra muy civilizada patria, quedaron grabadas en el brazo derecho de Alí unas marcas que (suponiendo que el brazo siguiera unido al cuerpo, lo que en aquella tierra, y entre aquellas gentes, no era algo que se diera por hecho) jamás habrían de borrarse. Es algo ciertamente común en esas montañas, y cualquier hombre podría lucir una marca de éstas o dos, aunque la de Alí era distinta, nueva, como sabía todo aquel que la veía.

Al librarse de la cruel *tipógrafa*, Alí buscó la compañía de su pequeña amada, y ambos pasearon a solas; es posible que a su lado se permitiera derramar algunas lágrimas de dolor, o quizá siguiera siendo el valiente Alí. Seguramente ella lo tranquilizó, y observó maravillada la nueva marca, dispuesta a tocarla, lo que él aguantó, ya que por hondo y agudo que fuera el dolor, había otro más hondo, en un lugar que no podía verse. Y aunque él lo sabía, ¡nada podía decir!

* * *

La emperatriz de Rusia, la infame Catalina, propuso a sus ministros en la última década de aquel siglo un plan (uno de tantos que perviven entre los zares, sus herederos, hoy en día) para invadir Constantinopla y disolver la Sublime Puerta; y para proponer este plan conversó con los pueblos montañeses de Suli e Iliria, y con Albania, prometiéndoles la libertad y la autodeterminación cuando el Turco, su opresor, fuera derrotado. Ellos creyeron sus promesas, pues estaban acostumbrados a

alzarse en armas sin ellas, aunque en esa ocasión lo hicieron con mayor rabia y en gran número. No mucho después, Catalina la Grande cambió de opinión (pues por imperial y grande que fuese era una mujer) y abandonó el proyecto de la campaña contra el sultán; se firmó un tratado y se cruzaron diversas muestras de amistad y paz eternas. Los guerreros de las tierras altas fueron abandonados por sus aliados rusos, y la venganza que desató el sultán sobre ellos fue simplemente ésta: retiraría de las tierras a sus propios gobernadores y generales, y daría rienda suelta a los corsarios y los cabecillas de los bandidos, quienes ya no tendrían cortapisa alguna para sus actividades (consistentes en robar, asesinar, apresar esclavos, exigir tributos y pelearse entre sí hasta que ganara el más fuerte). De este modo dispuso el sultán su venganza, y tan sólo tuvo que sentarse a mirar cuál de los rivales derrotaba a los demás y apilaba sus cráneos en la llanura; a ése, posteriormente el Sublime, el Misericordioso, conferiría el título de pachá.

El tigre que se comió a todos los demás tigres llevaba el mismo nombre que nuestro joven héroe, y llegaría a regir grandes territorios, con el trono en Janina — una *pachalick* mayor que cualquiera que se hubiera forjado allí antes—, y un ejército tan imponente que el sultán de Constantinopla se contentó con llamarle vasallo, sin atreverse a exigirle otros empeños. Su fama se extendió como la pólvora, en las gacetas y en la prensa extranjera era llamado una y otra vez el *Buonaparte de Oriente*, incluso con la aquiescencia del *otro* Buonaparte, Napoleón, a quien de hecho igualaba en hazañas, dado que la suya era una escala menor, proporcional, en cabezas cortadas, sangre derramada, viudas y huérfanos resultantes, ojos arrancados, pueblos arrasados y expolio de ganado y cosechas. Aunque tampoco sus guerras y sus ejércitos, como los del *uropeo* eran capaces de secar una sola lágrima, o curar ni siquiera una pena. También por lo que respecta a la Grandeza, en lo pequeño o en lo grande.

Este pachá^[8] preparaba a sus huestes para invadir las tierras que habitaban los miembros del clan de nuestro Alí, gentes severas que se habían negado a aliarse con él y con su señor titular de la Puerta. Habían degollado a los emisarios (respuesta común entre estos pueblos cuando tocaba rechazar una propuesta) y el pachá se impacientaba por momentos. Tenía un nieto, un delicado niño pachá, cubierto de joyas y tan embadurnado de polvos como una dama de Mayfair, y es que los poderosos de Oriente gustan de adornar de esta guisa a sus estimados hijos, lo cual no echa a perder sus caracteres, al menos el de éste en concreto no se echó a perder por ello, ya que ansiaba la expansión territorial tanto como su papá, así como cortar cabezas y enemigos a quienes poder escupir y quemar. Dispuestas las cohortes, centenares de soldados tocados con turbante se reunían dentro y fuera del espléndido patio de armas del palacio de Tepelene; allí reverberaba el eco de los tambores y se extendía el ulular de las voces procedentes del minarete, cuando un visitante, un bey de las tierras del norte conquistadas en el pasado por el pachá, se presentó y rogó que le concedieran audiencia. Tenía algo que pedir y una historia que contar, y después de

que en la estancia superior se hubieran servido y encendido las pipas y se hubieran cruzado los extensos saludos de rigor, además de tomado el café, la contó.

Relató este bey que una docena de años atrás atravesó esas tierras que (como bien sabido era de todos) el pachá pretendía ahora subyugar y sumar a su *pachalick*. El propósito de su viaje era capturar, si podía encontrarlo, al hijo de una familia de aquella región, con la cual su propia familia se había enzarzado en una lucha que se heredaba de padres a hijos, cuyo origen era incapaz de explicar el más anciano y que muy bien podía no tener fin, ya que cuando los hombres valientes o desesperados de una familia despachaban a un hijo o primo de primer o décimo grado de la otra, el deber de ésta consistía en renovar la venganza. Por lo general lo hacían de un solo disparo, dado que apuntaban con sumo tiento, o quizá con el filo de un *ataghan*, frío de pronto al contacto con la garganta, de noche, en un camino poco transitado, o en el mercado público al calor del sol de mediodía.

(Como en otros asuntos, los albaneses son considerados por nosotros carentes de leyes por sus incesantes riñas, en las que la sangre debe satisfacerse con sangre; no obstante, se ven supeditados, al igual que los griegos de Escilo, a las leyes más severas, leyes para las que no existe apelación alguna. No sienten por el asesinato un horror distinto al de otros pueblos, y para quien toma una vida existe justo y rápido castigo —siempre y cuando pueda darse con el culpable—, pero la suprema ley del honor no conoce excepciones, y fracasar a la hora de cumplirla supone una vergüenza universal y absoluta. Nuestras leyes —cuando escogemos obedecerlas— pesan con mayor ligereza sobre nuestros hombros.)

De este modo, explicó el bey, había llevado a cabo la venganza que se esperaba de él, y, una vez limpio su honor, había huido a las colinas perseguido encarnizadamente por los familiares de su víctima, decididos a jugar su baza y a barrerlo del tablero de juego. Su caballo cojeaba debido a un tropiezo, por lo que marchaba a pie acusando tanto la sed como el hambre, acosado por un sinfín de delirios. Buscaba una cueva en la que poder ocultarse, consciente de la cercanía de sus enemigos, de modo que no podía ir mucho más allá (oía el rumor de los caballos, y las voces que llamaban su atención). Se dispuso pues a encarar una fugaz defensa y la más que probable muerte. Entonces llegó a sus oídos otro sonido, el de una tropa de caballería, que provenía de otra dirección, y cuando miró, una compañía militar apareció y se interpuso entre él y sus perseguidores. El capitán de esta tropa era un inglés, aunque debido a que éstos eran tan raros en las plazas albanesas, el atemorizado bey no supo reconocer este detalle; la casaca escarlata bordada en oro, las botas de caña alta y los guantes blancos delataban su origen extranjero a pesar del polvo que lo cubría; los que lo acompañaban eran una mezcla de guerreros suliotas, unos pocos hombres de rojo, aunque no tan espléndidos, y un sipahi turco. El bey ignoraba qué podía haberlos empujado a tomar partido por su suerte en aquella riña, pero dado su abultado número, dadas también las armas de fuego suliotas, y los soldados ingleses, los perseguidores se vieron obligados a dar media vuelta. El

agradecido bey, profundamente inclinado ante el inglés, se vio levantado y observado con mirada ni fría ni cálida, lo que no resultaba ni tranquilizador ni alarmante, la mirada de un animal, o de una cabeza esculpida en piedra, ante la cual el bey sintió helársele el corazón en el pecho. De todos modos, hizo saber a su salvador que le pertenecía todo lo que era suyo, tanto su vida como sus bienes estaban a su disposición, y que no deseaba otra cosa que jurarle fraternidad eterna, lo que el inglés pareció dispuesto a aceptar. Esa noche, pues, el ya recuperado bey y el gran inglés se convirtieron en hermanos a la manera habitual: esto es, se pincharon el dedo índice y dejaron caer unas gotas de sangre en una copa de vino de la que ambos bebieron a continuación. Al bey le complació mucho comprobar que la sangre del otro era tan roja como la suya, y que por tanto se trataba de un hombre y no de un *jinn*.

—Y ahora, dime, si quieres, ¿por qué motivo has venido a este país, y adónde te diriges? —preguntó el bey a su nuevo pariente, y es que el ritual celebrado los había convertido en familia, igual que si hubieran sido engendrados por el mismo padre.

—No contestaré a tu pregunta —respondió el inglés, que hablaba gracias a su intérprete turco, fluido conocedor de ambas lenguas—, puesto que los motivos no son tales que el hecho de conocerlos pueda honrarte. No sé adónde voy, y te confesaré aquí y ahora que ni siquiera sé dónde estoy.

—A ese respecto creo que podré ayudarte —dijo el bey—; de momento, ve a mi casa, no dista ni dos días de viaje, y es tuya. Una vez allí, entrega este anillo a mi sirviente y recibirás todo cuanto pidas. Yo debo evitar ese lugar, puesto que mis enemigos esperarán que acuda. No obstante, cuando se hayan cansado y se hayan ido, tú y yo volveremos a encontrarnos.

—Hecho —dijo el inglés.

Y al alba cada uno tomó su camino.

Al cabo de un tiempo, cuando el bey consideró que era seguro regresar a su hogar, no lo encontró tal como lo había dejado. El inglés y toda la tropa se habían marchado después de tomarse, al parecer, ciertas libertades con las provisiones del bey y con su establo. Su esposa (la más joven de las tres que tenía, la más querida, la más bella, la de ojos azules) se ocultó de él, temerosa o avergonzada, o ambas cosas, y la razón se hizo aparente con el tiempo. Ya fuera por la fuerza o la persuasión, el gran casaca roja se había servido de la única pertenencia de su hermano de la que no podía servirse, y por lo visto semejante transgresión iba a dar fruto.

El desdichado bey, quizá por respeto a la fraternidad que lo unía de forma irrevocable con el inglés, no acabó con la vida de la esposa en ese momento, tal como hubiera hecho cualquier hombre y tal como tenía derecho a hacer (aquí el pachá asintió para mostrarse totalmente de acuerdo). En lugar de ello, contuvo la ira y aguardó hasta que el niño nació, un muchacho hermoso y bien formado. Tras el alumbramiento, la pobre mujer quedó desprotegida y, poco después, habría de sufrir la demorada ira de su marido. El retoño pronto fue despachado a las fronteras del país en compañía de un pastor que sería su único protector. A este anciano instruyó el bey

respecto a cierta marca, la cual, si el muchacho sobrevivía, deseaba le fuera tatuada en la piel.

Habían transcurrido los años, los hijos del bey habían ido pereciendo uno tras otro a consecuencia de la venganza, asesinados por los hijos y los nietos de los hombres a los que su padre y sus tíos y señores habían asesinado tiempo ha; y el bey se arrepintió del severo rigor que había aplicado en el pasado. Recordaba a su querida esposa, parecida a una gacela, y el amor que había sentido por ella. Así las cosas, solicitaba al pachá que le permitiera acompañar —o preceder— a sus huestes para ir en busca del muchacho (a quien reconocería por la marca que llevaba, marca que el bey dibujó en la arena para que el pachá la viera), y a quien pretendía recuperar para su casa y adoptar como hijo propio. Si alguno de los soldados del pachá llegaba antes que él, y en caso de que su hijo se le enfrentara, el bey rogaba que perdonara la vida al muchacho y que le fuera entregado.

El pachá escuchó la súplica del bey y le formuló algunas preguntas antes de sumirse en hondos pensamientos; se acarició la espléndida barba que lucía, y la olió también, como si la sabiduría pudiera surgir de ello; luego dio una palmada para que los sirvientes llenaran la pipa del invitado y le confesó que lo que pedía se haría, si ello era posible. El bey recibiría la respuesta a su debido tiempo, y luego el pachá continuó hablando de otros asuntos.

El honesto bey se despidió del pachá y prosiguió su camino. De inmediato el pachá envió a algunos hombres tras él: si el bey conseguía llegar a salvo a su hogar y a su *haram*, los hombres que lo seguían no se atreverían a mostrarse nunca más en los confines del poder del pachá, lo que para ellos equivalía a toda la tierra. Poco después, la horda del pachá cayó sobre las tierras donde había morado desde hacía generaciones el clan adoptivo de Alí; allí subyugó a los jefes, y llenó de tributos los cofres.

Hay algo en el corazón humano que ama la libertad incluso más que la vida. Y no sólo en los corazones que han bebido de los relatos escritos, o de los discursos de los hombres de Estado. Esas personas creen también que la mayor opresión sólo puede hacerse más grande (como la manzanilla, que cuanto más se agita, más aumenta), cosa que podría ser verdad, me refiero a la *manzanilla*, aunque no sabría decirlo por experiencia propia; respecto a la libertad, sé que las mujeres suliotas, perseguidas por las tropas del pachá en otros tiempos, al verse perdidas, se arrojaron con sus bebés en brazos desde las alturas de las rocas de Zalongue antes que rendirse. No pudieron haber escogido mejor: imposible convencerlas de que debían preferir la tiranía antes que tan horrenda y definitiva opción.

Los ochridas, amantes de la libertad como los suliotas, pero no con tanto temple, corrieron como el viento ante las huestes del pachá, entre las cuales se contaban muchos mercenarios suliotas, dicho sea de paso. Llevaban a cuestras o en los carros todas las pertenencias que podían, y habían dejado los camastros ardiendo tras ellos. Alí e Imán, conduciendo a las quejicas cabras, se apresuraron por los valles en

dirección norte, pero la huida era tan vana como la de una barquilla de cuero que boga en la tormenta; antes siquiera de vislumbrar al enemigo, sintieron los cascos de los caballos retumbar bajo sus propios pies descalzos. Los hombres de su clan, que están defendiendo una posición elevada con gritos y fuego de mosquete (más gritos que fuego, dado que eran tan malos con las armas como con otras muchas cosas), tan sólo pretenden ganar tiempo para que sus esposas e hijos puedan escapar (¡vana esperanza!), y no tardan en caer. Allí se vuelve en plena huida y ve a un enorme caballo que galopa en pos de Imán y de él; quien lo monta blande una reluciente espada de hoja curva, y el viento juega con su capote, los dientes desnudos como un lobo, igual que si pretendiera emplearlos en la acometida. Allí empuña el arma, cargada con bala y un poco de pólvora de la que había podido apropiarse antes de partir; forma ante su dama y apunta (¡quien no haya aguantado la carga de un jinete suliota no es consciente del coraje que se necesita!) y dispara, o más bien falla, pero el jinete tira de las riendas y el caballo se encabrita de tal modo que a punto está de tirarlo al suelo. Los dientes dibujan una sonrisa amable, toma a Alí, que aún empuña la inservible pistola, del brazo, ve la marca de éste y ríe de contento, porque el pachá ha prometido una recompensa ¡y es él quien se la ha ganado! Con ágil ademán levanta al muchacho, que es delgado, aunque fuerte y bien formado, hasta depositarlo en la grupa del caballo. Imán, al verlo, no se amilana, ni huye, ni titubea un instante antes de atacar al jinete con los diminutos puños crispados, un tigre (y por un momento parece que el rugiente guerrero perderá a su presa, pues debe sujetar al muchacho y mantenerse lejos de la furiosa niña; ¿qué locura ha mandado el diablo sobre esos dos?), pero al cabo espolea la montura y se lleva lejos a Alí, ganando distancia. Imán corre tras él gritando su nombre, y Alí extiende la mano libre (atrapada la otra bajo el fuerte puño del jinete) hacia Imán, como si con el gesto pudiera salvar la distancia que media entre ambos, mientras su corazón, su alma, gritan a través de su garganta, desde su pecho, dispuestos a acompañarla para siempre. ¡Los gritos de dolor de los niños, multiplicados sin fin! Deben de llegar seguramente al Cielo, asaltar incluso los oídos de los más duros rufianes, y ablandar sus corazones; y en efecto a veces éstos se conmueven, aunque no muy a menudo, sólo un poco más, quizá, que el Cielo.

El captor de Alí dio entonces la espalda a la batalla, si es que podía llamarse tal, y espoleó de nuevo al caballo. Alí, que antes había intentado con todas sus fuerzas saltar de la grupa del animal, se aferró asustado al jinete por temor a verse arrojado al suelo o bajo los cascos desde aquella altura. Cuando el jinete puso unas leguas entre ellos y las fuerzas invasoras del pachá, redujo el paso; y Alí, lejos ya del hogar y de los lugares familiares en los que había vivido, no tuvo más alternativa que mantenerse en su sitio y meditar acerca de lo que le esperaba. No habían cruzado palabra él y el jinete —es posible que ni siquiera hubieran sido capaces de entenderse en sus respectivos dialectos—, y tampoco había nada que decir, ya que Alí no sabía qué preguntar, y el otro no hubiera respondido. Cuando finalmente el día se ahogó

bajo la verde noche, acamparon. El bandido dio de comer al cautivo y le sonrió como antes, haciéndole gestos para que comiera su parte; pero cuando se retiraron a dormir en el suelo, sobre los capotes y bajo el negro baldaquín de la infinita noche, ató las muñecas de Alí a una de las suyas con una tira de cuero. Entonces Alí le rogó que le dijera qué iba a ser de él, y por qué a él y sólo a él había salvado de la catástrofe que se abatía sobre su pueblo y su amada. Ante esto, comprendiera o no las dudas del muchacho, el bandido dejó de sonreír y acercó un dedo largo y sucio a los labios de Alí, expresiva prohibición y advertencia de que guardara silencio. Luego, se echó a dormir. Alí lloró a su lado cuando creyó que el otro no podría oír el llanto. Lloró por Imán, por su anciano mentor, por las cabras, cuyos nombres familiares pronunció en silenciosas sílabas, y porque estaba convencido de que le aguardaba la vida de esclavo.

En lugar de ello, y a quien haya seguido la narración hasta este punto no le asombrará descubrirlo, fue llevado tras diversas escalas a la casa del pachá, en Tepelene, la morada más espléndida y grande que jamás hubieran visto sus ojos, y no como esclavo sino como invitado de honor. Fue conducido a presencia del propio pachá, quien, con una sonrisa, acarició sus oscuros rizos, tomó sus manos entre las suyas y observó con sumo gozo la marca que lucía en el brazo. Hizo que se sentara en un diván de seda, a su derecha, y le dio nueces azucaradas y golosinas ante la mirada ofendida de su propio nieto. Cuando nada sabemos del mundo que se extiende más allá de un solitario valle y de las colinas y los viñedos que lo envuelven, no podemos sorprendernos, quizá, de todo cuanto sentimos al vernos transportados de pronto más allá de él, por no habernos creado ninguna expectativa concreta. Alí no fue una excepción a este respecto, ni siquiera al ver la sonrisa que le dedicaba el viejo tirano, y no se sintió empujado ni a la gratitud ni a la devoción; se puso sin preguntar nada los ricos ropajes que le entregaron: un largo *kilt* blanco de suave lana^[9], un peto recamado que pesaba tanto como una coraza, un cinturón ancho y un pañuelo para la cabeza de tantos colores como la vestimenta de José. Sólo le conmovió la espada que el pachá en persona puso en sus manos, hoja curva y brillante como la sonrisa del Diablo y, como ésta, destinada a causar similares perjuicios. Este obsequio empujó a Alí a hablar, y juró que nunca jamás se separaría de ella; lo que efectivamente hizo hasta que, pasados muchos años, un severo alguacil le exigió rendirla. No obstante, faltaba mucho para eso, y sucedería en una tierra lejana de la que Alí nada sabía en ese momento. Queda por contar qué lo empujó a viajar allí, y qué le deparó ese viaje. Sin embargo, después de haber escrito más que suficiente para un capítulo, debo, llegado este punto, interrumpir mi página y dejar que descanse mi pluma.



De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Asunto: Hola

Cariño:

Aquí estoy, de verdad que sí. Dios, menudo viajecito. Ya lo sé, me lo advertiste, pero... Jesús. Creo que esa pastilla que me diste era la equivocada —se suponía que era un Valium, ¿no?—, pues mira, me la tomé con un botellín de vino cuando sobrevolábamos el Atlántico, me dormí durante 20 minutos y luego me pasé DESPIERTA todo el viaje, temblorosa, inquieta —¿seguro que no era un estimulante?—. Llegas a Londres al amanecer del día siguiente, aunque debería haber sido a las dos de la mañana, y no puedes ocupar la habitación en el hotel hasta mediodía. ¿Qué haces entonces? Yo dejé el equipaje en la consigna de la estación de tren y me fui a dar un paseo. Bajo la LLUVIA. Llevaba gabardina, pero necesitaba un paraguas. Me acerqué a la Oficina de Objetos Perdidos —¿recuerdas que Frankie nos habló de ese lugar maravilloso? ¿Y que anoté la dirección? Pues bien, es fantástico—, donde tenían cientos de paraguas de gente que se los había dejado en el tren, junto con maletas y sombreros y COCHECITOS DE NIÑO (¿qué fue de los bebés?) y libros y bolsas. El hombrecillo que me atendió era tan mono, con tirantes (manguitos, quiero decir), pajarita y un bigote cortado al cepillo. Me enseñó los paraguas. Cogí un Swain Adeney. El mejor. Eso me dijo. Tiene un gran mango de caña de bambú, o algo parecido. «Puede utilizarlo para repartir mamporros», me dijo, y luego me hizo una demostración. De modo que aquí estoy, en Bloomsbury, y la habitación que me reservó Georgiana es encantadora y no tengo la menor idea de qué hago despierta a estas horas; me siento como si en cualquier momento fuera a desplomarme sobre el teclado. Es muy temprano para llamarte. He quedado con Georgiana a las cinco. Para tomar el TÉ y hablar de qué haremos después. Estoy un poco nerviosa. Ni siquiera he visto una foto de ella, aunque me imagino su aspecto. ¿Alguna vez, cuando haces un viaje que en un principio te pareció buena idea, has tenido la sensación como si de pronto fueras a caerte por un precipicio o a contraer una enfermedad de la que nunca te recuperarás, y lo único que quieres es volver a casa? Ay, tener a mi amor entre los brazos y estar acostada de nuevo en mi cama. Incluso la lluvia más fina puede calarte hasta los huesos. Escríbeme. Te quiero,

Smith

De: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>
Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>
Asunto: Re:Hola

Cariño me alegro de haber recibido el mensaje y de saber que no andas borracha aunque puede que tomar un trago no te sentara mal

escucha sabes que es la primera vez que escribes eso t q lo habras dicho un par de veces eso es importante o quiza no pero escucha esto fui a cenar con barb y algunos de los artesanos esa gente que conoce son amables pero a veces no tengo nada que decirles sabes respecto a la madera el estambre o lo que sea pero preguntaban acerca de mi insistían en saber de mi y yo les hable de ti y dije la mujer que es mi pareja es la primera vez que lo digo pareja me salió asi luego me preocupe no pasa nada

en fin y t t q

yo

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Asunto: Re:Re:Hola

Buenas, colega:

El té con Georgiana no fue lo que esperaba. Reside en Saint John's Wood, que no es un bosque, sólo una parte de la ciudad, una parte bonita; tiene el apartamento hecho unos zorros, y no es una vieja dama vestida con puntillas, sino una mujer delgaducha y fibrosa que se parece a la madre de Jessica (ese tipo de mujer ajada e irascible, claro que por aquí *todo* el mundo lo es), con unos tejanos y un jersey. Pero bien, agradable. Su apartamento está tan lleno de libros, papeles y diarios que me costó mucho encontrar un sitio donde poder sentarme; me mostró su dormitorio, que está tan a rebosar que no puedes llegar a la cama; duerme por tanto en otra habitación, en un cubil. Cada estancia tiene su chimenea con carbón de pega, eléctrica, vamos. «Fuego eléctrico», dice ella. Es tan graciosa. Insiste en llamarme Alexandra. Cabecea al hablar, como esos estúpidos perros que pone la gente en la parte posterior del coche. Me gusta mucho.

Comimos el té (es una comida, ¿sabes?, la cosa no se limita a beber), que fue un poco primitivo, unas galletitas que sacó de una caja y algo de pan y mantequilla, aunque preparó el té a conciencia, fuerte y muy bueno. Luego me senté en el sofá, la llamaron por teléfono y estuvo hablando un buen rato, con esa zumbona voz inglesa; yo intentaba escuchar, y de repente abrí los ojos y me estaba mirando sonriente. Me había quedado dormida. Durante unos diez minutos, dijo. *Embarazoso*, como diría Rocky. Dije que me encontraba bien, pero llamó a un taxi. En fin.

De modo que ahora son las dos de la mañana y estoy que reboso energía. Escríbeme una y otra vez.

S

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: «Thea» <thea.spannl33@ggm.edu>

Asunto: Georgiana

10 AM. De nuevo en casa de Georgiana. Me comentó que quería cerrar el sitio web mientras lo estuvieran rediseñando, y contesté que no me parecía buena idea. Odia los *pop-ups* y la publicidad. Dijo que era como intentar leer un artículo de la enciclopedia en pleno Piccadilly Circus, «tú dirías Times Square». No habló mucho del dinero que costará rehacer todo el sitio y librarlo de anunciantes, pero la verdad es que tiene buenas ideas. Por supuesto no dije *De acuerdo, ¿dónde está el dinero?* A mí qué me importa. Que las Sondra (Lilith) Mackay de este mundo se preocupen por eso, que yo haré mi trabajo. Al parecer ahora trabajo para ella. Así que nos dimos una vuelta por el sitio y estuvimos charlando.

Me he enterado de que hace mucho tiempo quiso licenciarse en mates (así lo dice ella, «mates») en una universidad norteamericana, pero que su familia la convenció de que no lo hiciera. Ése era su ambiente. Pero ahora ella es la cabeza de familia y puede hacer lo que quiera. Aunque no lo expresó así, claro.

VAYA. Estoy agotada. Pasaré aquí al menos un mes, y trabajaré en Mary Somerville, Charlotte Angas Scott, Rosamund Franklin y Ada Lovelace, y en un par más de las que jamás había oído una palabra. ¿Ves cómo me froto las manos? Es la alegría, no el frío. (Es raro: el «fuego eléctrico» es *todo el calor que hay aquí*, y si te alejas un poco, como por ejemplo cuando vas al baño, hace un frío del carajo.)

El email más largo de la historia. Escríbeme una y otra vez.

S

Mamá — ¿No te parecen adorables estas lilas? — son de Kew Gardens — recuerda, «Ven a Kew cuando florezcan las lilas», aún no he estado allí, pero hay postales por todas partes. Aunque aún no hay lilas. He venido aquí a trabajar en el sitio web. Aún no tengo una dirección. Te llamaré pronto para contarte.

Te quiero.

Alex

P. S. Saludos a Marc

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Asunto: Increíble

Supón que es el día siguiente de presentarme yo aquí dispuesta a echar un vistazo a las cartas y documentos de Ada Byron King, condesa de Lovelace. Algo sorprendente. Una de esas cosas que me suceden, que me persiguen para sucederme. Ese tipo de cosas te dicen que el mundo no es lo que parece. Tú, matemática, puedes poner si quieres los ojos en blanco.

Alguien se puso ayer en contacto con Georgiana con una oferta. Han recuperado unos documentos, y esta persona (Georgiana ni siquiera mencionó el nombre) quiere vendérselos porque ella es una especie de coleccionista ¡y esa persona sabía que estaría interesada porque los documentos pertenecían a Ada! Georgiana dice que no le contó exactamente de qué se trataba, pero que le dijo que era «abundante», que eran algo grande. Los encontraron en un baúl que, según dice, pertenecía al hijo de Ada. De nombre, Byron. (Su nombre, no su apellido. El padre de Ada era George Gordon, Lord Byron, el poeta.) El hijo también era lord. Lord Ockham. De modo que Georgiana se acercará a echarles un ojo, y quiere que la acompañe. No está muy segura de qué va la cosa y es un poco extraño pedirte esto, por decirlo de alguna manera (dijo), pero me preguntó si querría verlos. Claro, por supuesto. Cuando quieras.

¿Ves? Un sinfín de cosas sorprendentes acechan a tu enamorada y colega. No me digas que es cosa del azar. Hay cosas que está escrito que deben suceder.

Smith

De: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>
Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>
Asunto: De increíble nada

caray fantastico buena suerte con esa mujer mejor tu que yo

solo porque sea importante o interesante no significa que sea fruto del azar las cosas no serian aleatorias si existiera un patron si son realmente aleatorias es de esperar que existan rachas de suerte y tu no disfrutas de mas rachas que el resto lo que pasa es que eres consciente de ellas o quizas te pasan mas cosas asi a ti porque hay gente a quien le pasan mas que al resto pero esas personas como tu estan azarosamente distribuidas tengo que pensar en ello y son increíbles para ti porque tienen que ver contigo

como por ejemplo el hecho de conocerte es algo increíble para mi una suerte increíble pero no azarosa simplemente increíble y lo sigue siendo

t

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Asunto: Re:De increíble nada

Thea —lo sé—, las coincidencias sólo tienen importancia si son importantes para *mí* —o para ti—. Pero me dedico a la historia (algo así, al menos) y la historia está hecha de coincidencias. Sé que odias la historia y no crees que sea importante después de toda esa gente del pasado que se equivocó con la ciencia, y eso es todo.

Ada y Byron y yo y esos documentos y Georgiana y el presente: a eso me refiero.

S

De: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto: Re:Re:De increíble nada

vale no lo pillo nunca he leído a byron y no voy a empezar ahora lo único que se sobre ada es lo que hay en el sitio y lo que se de oidas como todo eso del primer programa informatico que siempre me ha maravillado crees que odio la historia y que creo que carece de importancia para la ciencia porque la ciencia es el unico camino pero no las mates no las mates son en parte la historia de las mates nunca pense que ada formara una parte real de ellas de modo que explicame que es todo esto y quien es byron y quien es el hijo de ada no te alargues mucho e intentare recordarlo

t

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Asunto: Historia

Thea

Aquí tienes la historia tal como la conozco, verás que no muy bien, al menos aún, aunque ya veo que tendré que aprendérmela a fondo:

Byron (1788-1824, lo he buscado por ti, para que no te molestes) era un poeta famoso y un lord arruinado cuando contrajo matrimonio con Annabella Milbanke. Tenía 24 años, ella 18. Era como una estrella del rock, como Mick Jagger, en el sentido de que se trataba de alguien capaz de hacer que las mujeres se desmayaran a su alrededor; también en el sentido de innovador, de hacer algo que parecía completamente nuevo, y en el sentido de que su poesía ahondaba en su propio yo pasional. También era bisexual. Era una especie de diablo, según dicen, y una de sus amantes dijo de él en una ocasión que era «un hombre loco, malvado, alguien a quien resultaba peligroso conocer». Esa es una frase famosa. Annabella era más bien nerviosa, hija única, mimada, de elevados pensamientos, con una carencia total de sentido del humor. Había estudiado matemáticas, lo cual Byron consideraba poco femenino e incluso algo cómico. Eran una pareja sin futuro, y no sé por qué se juntaron. Llevaban dos años casados cuando tuvieron a Ada, dos durísimos años, y el matrimonio estaba destrozado. Como esposo era un desastre, tomaba opio, bebía, era dado a montar escenas y a liarse con actrices. Encima, ella descubrió que tenía un lío con Augusta, la propia hermanastra de él. O puede que descubriera eso y, también, que había mantenido relaciones con chicos cuando estuvo en Grecia; o puede que a todo ello se sumara el hecho de que intentara hacer algo en la cama con ella que era pecado, vete a saber. La noche que Ada nació estaba borracho y, al entrar en la habitación, preguntó: «¿Eso está muerto?»

De modo que lady B. aguantó todo esto durante otro mes más y luego se fue con el bebé, solicitó la separación, que obtuvo, y él no sólo abandonó Inglaterra para siempre, sino que, además, no volvió a ver a Ada. La madre de Ada (a quien siempre se llamó lady Byron) nunca le contó a su hija mucho acerca de él, y siempre temió que ella pudiera haber heredado la vena criminal de su padre. (¿Te recuerda a alguien? Sí, a mí también.) Más tarde,

en 1824, Byron murió en Grecia, cuando Ada tenía 9 años. No se encontró con su padre hasta que el barco devolvió su cadáver a Inglaterra, sumergido en un tonel de alcohol, «el barco de papá», como ella decía. El duelo lo por la muerte de Byron fue tremendo, como el de la princesa Diana: un obispo dijo que no podía ser enterrado en la abadía de Westminster (por ser demasiado impío, supongo), de modo que sus restos fueron llevados en carroza a su pueblo natal, en el norte, acompañado todo el camino por una muchedumbre que arrojaba flores, le rendía tributo, lloraba, etc. Ada nunca lo olvidó.

Así que Ada creció y se casó con otro lord, William King, lord Lovelace, y trabó amistad con Charles Babbage, consulta el sitio, perezosa colega. Redactó las notas de la descripción de la máquina de cálculo de su amigo, consulta el sitio, notas que constituían una especie de primer programa informático, software. Murió de cáncer a los 36 años. Su madre le sobrevivió y guardó hasta la última carta que recibió de ella, toda la documentación de su hija y la mitad de las cartas que ella misma envió, puesto que hacía copias, o exigía su devolución a los destinatarios. Toda esa documentación se encuentra en la Biblioteca Bodleiana de Oxford, toda ella catalogada. Sala 132. La gente va allí a echarle un vistazo, aunque nadie había visto nada como esto. Voy a ver cosas que nadie ha visto desde que fueron escritas y ocultadas.

¿Qué quieres de por aquí? Aparte de mi cuerpo. Puedo ir a visitar la tumba de Diana, ya que hablamos de ella, y llevarte una flor. Recuerdo cuánto lloraste. Me gustaría que estuvieras aquí, o estar yo allí.

S

De: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>
Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>
Asunto: Di

ooh si vaya si llore aunque tambien recuerdo cuando se casaron el bodorrio que vimos por televisión yo era una cria y rocky era amigo mio entonces y dijimos que ibamos a quedarnos toda la noche despiertos para verlo y rocky grito que vivan chuck y di lo dijimos toda la noche que vivan chuck y di y juntos nos quedamos dormidos en el sofa rocky y yo lo recuerdo eso fue mucho antes que tu mucho antes que rocky y yo incluso ahora estaras celosa espero

hoy ha venido el de la television por cable asi que ahora puedo ver telebasura toda la noche

t

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Asunto: Los muertos

Thea:

Tenemos el material.

Tuvimos que acercarnos a ese nuevo hotel que está al otro lado del río. Allí hay un montón de casas nuevas. Parece Cleveland o cualquier lugar no muy antiguo. El corazón me iba a cien, no me preguntes por qué, y Georgiana tomó mi mano en el taxi, no como si quisiera algo ni nada por el estilo, sino para tranquilizarme, como si percibiera que estaba fuera de mí. Puede que lo estuviera. El hotel era como el Hilton, todo vidrio y mármol y oro falso; él se había registrado bajo el nombre de Welch (Roony J. Welch), que no me suena muy real. En fin, el caso es que su habitación (suite, de hecho) estaba arriba del todo y desde allí podía verse todo Londres, la torre de la BBC, San Pablo y todas las agujas de las iglesias.

No sé qué decir, qué es lo importante. Lo primero que me sorprendió fue que era norteamericano. Puede que de Nueva Inglaterra, puede que no. Era un tipo bajito con el pelo largo y gris y una especie de barba cana. Tendría unos sesenta, aunque aparentaba la misma edad que Derek o que tu padre, algo así. ¿Por qué me parecerá importante que conozcas los detalles? Llevaba un pendiente de aro en una oreja, y tenía puesto un abrigo, uno largo y negro que no se quitó en todo el rato que estuvimos allí. El objeto de la transacción reposaba sobre la mesita de cristal y oro de la suite. Se veía tan raro que todo cuanto lo rodeaba era nuevo y a la vez viejo, como una exposición montada en un museo recién construido.

Un baúl de mar, así lo llamó. Donde los marinos guardaban sus cosas. Era como una mochila grande, aunque es posible que fuera más grande, como el ataúd de un bebé (nunca he visto un ataúd de bebé), o una caja de vino, ¿vale? Tú extiende las manos así y luego así hasta dibujar una caja de botellas de vino, pues eso más o menos. Estoy tan cansada, tan sorprendida. La parte superior del baúl era curvada, de cuero, o cubierta de cuero, y estaba estropeada a la manera del cuero, con un polvillo blanco en los bordes y con escamas, como con psoriasis; desprendía además un olor dulzón, seco. El hombre lo rodeó sin abrirlo y nos explicó cómo había llegado a sus manos, nos contó una historia que a mí me sonó a trola, y nos pidió que no se la contáramos a nadie, lo puso como condición, así que ni siquiera te la contaré a ti, para no joderle esto a Georgiana.

Entonces lo abrió.

Había metido en él todo tal como lo había encontrado, supongo que para recrear de algún modo la emoción del descubrimiento para nosotras. Habló por los codos, y sacó esto y lo otro. Había documentación de marino, y algunas cartas que demostraban que el baúl había pertenecido a lord Ockham, nieto de Byron. Parte del resto de los documentos estaban en una carpetita sujeta por una cinta. Había un montón de papeles, no en la carpeta sino envueltos en una especie de grueso papel satinado, pringoso; lo desenvolví y vi que era... En fin, no sé qué era. Cantidad de anotaciones con columnas de números impresos y con otros números escritos entre las columnas. Cientos de páginas. Números escritos en una caligrafía antigua y preciosa. Parecían formularios cumplimentados, hojas de contabilidad o algo así. Muchísimos números.

Siento algo raro cuando veo y toco documentos que manejaron y utilizaron y doblaron y guardaron personas que ya han muerto, documentos que abrieron una y otra vez y volvieron a guardar. Me siento como si acabara de demostrar que alguien muerto había vivido de verdad, y que al hacerlo lo he devuelto a la vida. Georgiana estaba temblando. Puede que tuviera un poco de frío, no sé, o que fueran los nervios, aunque yo creo que eran los muertos, descubrir que los muertos están vivos. ¿Crees que merece la pena elaborar una demostración matemática? No sé.

Smith

De: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto: Re:Los muertos

gracias por tu carta ni siquiera me contaste si esa persona os vendió el material o cuanto costo o qué coño era si es que era algo esperare a ver que me cuentas

t

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Asunto: Re:Re:Los muertos

Thea:

Él no sabía qué eran. Dijo (supongo que esta parte sí puedo contártela) que habían sido hallados en un antiguo edificio de Bristol que él había comprado, un edificio que en tiempos había sido un banco. Nos contó que «habían salido a la luz» cuando hicieron reformas; estaban en un sótano cuya existencia nadie conocía. Sin embargo, estaba seguro de que pertenecían a ese lord Ockham. No sabía qué eran los papeles llenos de números, pero los documentos de la carpeta sujeta por una cinta parecían haber sido escritos por Ada. También había una miniatura, en una cajita, que se parecía a Ada, y un mechón de pelo dentro del guardapelo. Nos lo enseñó. Estaba frío. Georgiana dijo que quería autenticar la documentación, y él empezó a comportarse de una manera un poco extraña. Dijo que aquella era la única vez que esos documentos verían Inglaterra, puesto que se disponía a volver muy pronto a Norteamérica, al día siguiente, dijo, para no regresar. Comentó que no quería regatear, y que el dinero no era lo más importante, sí, claro. Entonces Georgiana me miró —parecía crecida y asustada a la vez, con el cigarrillo ante la cara, como si le sirviera de pantalla— y preguntó, querida, si me importaría esperar en el dormitorio mientras dirimían la cuestión. Ahí empezó lo del dinero. Desde donde estaba podía oír sus voces, pero no lo que decían. Tenía ganas de fisgonear en el maletín del hombre, o en su armario, o en los bolsillos de sus pantalones, pero la habitación estaba vacía. Era enorme y estaba vacía. También se me ocurrió tumbarme. Como Ricitos de Oro. Estuve pensando en ti. Entonces me llamó Georgiana, que ya se estaba poniendo el abrigo, el hombre estaba de pie junto a la ventana, y, aunque no pude verlo bien, creo que estaba sonriendo; y ella dijo *Gracias, ¿le veré mañana?*, y él respondió *No a mí personalmente, y gracias a usted*. Y nos marchamos. Entregarán el material a Georgiana y ella les dará un cheque.

Creo que en el taxi lloró. Quedos lloriqueos. No me atreví a cogerle la mano o a preguntarle por qué lloraba.

Smith

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Asunto: Los he tocado

Thea, voy a contártelo todo, incluso los he tocado. Fue tan patético y extraño. Huelen a papel y a polvo, es un olor muy peculiar que resulta triste, frío y dulce a la vez, como el olor de un cementerio, si los cementerios olieran a algo. Desaparecidos de ellos todo perjuicio, esperanza o vida, y sin embargo, todavía con un rescoldo. Así podrían ser los fantasmas: podrían ansiar venganza o justicia, pero esa ansia no pasaría de ser como unos documentos antiguos, cosa del pasado. Lo más importante es el trabajo matemático, eso es lo que atrajo tanto a Georgiana: la letra podría corresponder a Ada, aunque es difícil decirlo porque no son más que números. ¿Qué será todo esto? ¿Y por qué lo tenía Ada? ¿Y por qué lo tenía él? Me refiero a lord Ockham, a su hijo. ¿Por qué lo guardaba en esa caja o baúl? No lo sabemos.

La historia de Byron —me refiero a este Byron, al hijo de Ada, lord Ockham— resulta extraña. No la conozco muy bien. Por lo visto odiaba ser lord. Toda su vida hizo lo imposible por librarse de ello. Cuando era un crío pasaba el tiempo con los trabajadores de la hacienda, a quienes acercaba las herramientas. Su padre lo enroló en la Armada (¡a los 14!) para enderezarlo, pero en cuanto pudo la abandonó y se enroló en un barco como simple marinero. Más tarde trabajó en un puerto y luego como armador, y se hizo llamar John Oakey o algo por el estilo, o sea que vivió y murió en los muelles. Falleció muy joven. Supongo que nunca regresó a por el baúl, que había depositado en el banco, precisamente como haría un lord. Y esto era lo que guardaba dentro, algo que le importaba lo suficiente como para preservarlo. Estos papeles de Ada, sus escritos y su obra, eso sí es que es su obra; y también documentos que le pertenecían a él, los papeles de mar, y algo más. Algo realmente intrigante.

Vaaaya, se me acaba la batería, sabía que sucedería y el cargador está en el hotel. Voy a enviarte ya este mensaje para no perderlo. Que Dios bendiga el wifi

S

De: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>
Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>
Asunto: Re:Los he tocado

que intrigante

no sabía que ibas a salir por esta tangente que largo esta siendo todo esto la soledad me entristece ya lo sabes no es que quiera hacerte chantaje emocional tu no lo hiciste cuando fui a stanford siempre te lo agradeceré pero dios mio anoche fui a ver esa comedia de dyke y le pedi a barb que me acompañara pero también ella estaba pocha en fin no debería ir sola a ver según que cosas la verdad es que fue divertido pero llegas a cansarte de escuchar chistes de tampones he llegado a pensar que hay algo que empuja a la gente a ponerse cachonda en las grandes multitudes y en eso de reír a mandíbula batiente puede que sea cosa de las feromonas puede que sea cosa mía voy a sacar la farmacopea de campaña voy a que me golpee algún crío con brazaletes y una cadena por cinturón con la mirada llena de lujuria no te sorprendas si no la rechazo lol

trixie (si ella ha vuelto)

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Asunto: Tú

Thea (o Trixie):

No pensé que te gustaran esas cosas metálicas. Creía que te iban los tipos andrajosos y granujientos. ¿Me equivocaba? Oooh, ahora tengo miedo.

Desconcertante: El extenso manuscrito de Ada (50 páginas) del baúl parece tratar acerca de una novela que escribió Lord Byron (su padre, el poeta). Ésta, la novela, se perdió o fue robada, y luego reapareció, y Ada se hizo con ella, según dice. Escribió esas páginas acerca de cómo supo de su existencia antes que nadie y cómo llegó a sus manos. Hay otras páginas con notas divagatorias que supongo estarán relacionadas con la novela. Todo está escrito a lápiz y cuesta leerlo. Trabajo en ello.

Hay otra página, una sola. No es de su puño y letra y está escrita en tinta. Al dorso hay una nota en italiano que no puedo leer puesto que, al contrario que otros, no me he doctorado en filología. La caligrafía es aún peor. Tendrías que ser la esposa o amante de esa persona para entenderla. Y digo esposa o amante porque creo saber a quién pertenece. A Georgiana no le gusta verme tocar todo esto, así que no puedo dedicarle mucho tiempo. Somos como esos personajes de película que encuentran un millón de dólares de dinero robado, junto a un cadáver, y que no pueden decir nada a nadie ni pensar en nada más, lo que arruina por completo sus vidas, al menos hasta las últimas escenas.

Casi lo olvido: ¿lol es *lots of love* o *laugh out loud*?^[*]

S

De: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto: Re:Tú

no dije que fuera mi tipo sino que yo podría ser el suyo lol, laugh out loud

de que va ese asunto matematico puedes contarmelo

t

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>
Para: «Lilith» <smackay@strongwomanstory.org>
Asunto: Georgiana

Lilith:

Un informe rápido acerca de lo que está pasando con Georgiana. Como te comenté por teléfono, es una mujer sorprendente. Entiendo por qué creíste que esto era tan importante. Quiere rehacer todo el sitio web y convertirlo en el mejor de Internet sobre la historia de las mujeres científicas. Estuvimos charlando largo rato acerca de cosas como el Archivo Judío de la Mujer y otras páginas web que nos dan tanta envidia, y ella no dejó de decir que no había ningún problema. Bueno, no lo dijo así, porque dice las cosas a la inglesa, como por ejemplo «Qué encantador» y «¿Acaso no sería divertido?», y no deja de repetir «Por supuesto» constantemente, lo que significa qué sé yo. Cuando yo digo «Lo que tenemos que hacer es esto», ella responde «Por supuesto», como si ya se le hubiera ocurrido y la cosa estuviera en marcha.

Te dije que no iba a hablarle de dinero, ¿verdad? Te lo dije. Ella no deja de intentarlo, pero yo desvíó el tema. Sería estupendo que le enviaras una nota para explicarle que eres tú quien se encarga de las finanzas. Aunque, guau, eso de tener que pelearse por los pavos que se ofrecen es una sensación nueva y extraña, ¿verdad? ¿Deberíamos preocuparnos? ¿Acaso estamos siendo poseídos por el tío Gilito? ¿Una especie de caballo de Troya o algo por el estilo?

Entretanto, ella se muestra muy apasionada ante la idea de que yo siga aquí, investigue un poco, reúna material y busque cosas, incluso antes de tomar una decisión acerca de los cambios que haremos en el sitio web, y a mí me parece estupendo si a ti te lo parece. Es posible que me mude a su apartamento, que ella llama «piso», para ahorrar gastos. (Verás, no es que sean precisamente sin fondo, sino más bien hondos.) Está despejando una de las habitaciones, que no es gran cosa pero está bien.

Te mantendré al tanto. Saluda a todos de mi parte y diles que tengo manteles con la bandera inglesa y muñecas de la reina para todos.

Hasta luego

Smith

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Asunto: El Motor Diferencial

Thea:

La página de la que te hablé la escribió Byron, el poeta. Al menos eso creo. Resulta fácil comprobarlo a partir de los manuscritos reproducidos en algunas de sus obras. Soy incapaz de entenderlo todo, ni siquiera la mayor parte de lo que escribe. ¿Recuerdas lo que tardé en leer toda esa correspondencia de la Royal Society? ¿Y que cuando pude hacerlo te preguntabas cómo era capaz? Para ti eran un montón de garabatos, y eso exactamente es lo que me parece la escritura de Byron, un montón de garabatos. Pero sé que lo escribió él. ¿Por qué una sola página? ¿Qué es? ¿Por qué está aquí?

No sé a qué te refieres con lo del asunto matemático. Tal como te dije son un montón de páginas impresas, con un número de página en la parte superior derecha, bloques de líneas numeradas en cuatro columnas y cincuenta líneas por columna. Las líneas son para escribir en ellas, como un formulario, supongo; y lo que está escrito son series numéricas. ¿Podrían ser tablas matemáticas? Sé que el Motor Diferencial, en el que trabajó Ada con Babbage, estaba diseñado para imprimir tablas de logaritmos; se supone que ése era su principal cometido, calcularlos e imprimirlos, pero por lo que recuerdo, lo tocante a imprimir no llegó a completarse. ¿Y si tuviera algo que ver con el Motor Diferencial? ¿Acaso no sería todo un hallazgo?

Aquí hay un museo que expone un Motor Diferencial; bueno, más bien se trata de una reproducción reciente del mismo. Puede que me acerque a informarme. Con sutileza.

S

De: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>
Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>
Asunto: Película

es facil reconocer las tablas de logaritmos yo podría decirte si lo son asi que enviame una o dos paginas

sabes que vi anoche en la tele el canal de historia te sorprende eh ponian una pelicula acerca de una compañia cinematografica en dondequiera que fuera baruchistan o faroukistan o algo asi en los años veinte hierba recuerdas es la peli de tu padre era muy rara me dormí antes de que terminara

t

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Asunto: Re: Pelicula

Sí, ésa fue su primera película. *Hierba*. Escribió el guión antes de que yo naciera. Por lo visto descubrió una película antigua, bueno, no una película entera, sino horas de metraje rodado en los años veinte en Baluchistán, o dondequiera que fuera, de los mismos de *King Kong*, quienes habían decidido titularla *Hierba*. Una gran historia de amor. No la he visto, pero era buena. Hay quien por lo visto se la conoce al dedillo, conozco alguno que otro. Una película de culto, me dijeron una vez. Mejor que otras de cuando se hizo famoso.

Hacía tiempo que no pensaba en él. Vaya.

Mañana me acercaré al Museo de la Ciencia si es que puedo alejarme de Georgiana. Ya no me cae muy bien, y me siento desleal por decirlo, pero es de esas personas que lo oscurecen todo. Lluve, pero tengo a mano mi Swain Adeney.

Smith

De: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto: el

como ni siquiera has visitado su sitio web es decir el sitio de la productora yo lo haria si estuviera en tu lugar por mucho miedo que pudiera darme en realidad hoy lo he hecho no me habias contado que es tan atractivo aunque parece que es de los que lo saben con ese aire a lo david bowie pero con mirada perspicaz claro que podria ser pose se que es horrible lo odio pero hace cosas buenas sabias que esta haciendo una película sobre timor oriental que recrea una terrible matanza que hubo cuando timor oriental quiso la independendencia en fin seguro que lo sabes

sea como fuere no va a volver

t

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: «Thea» <thea.spannl33@ggm.edu>

Asunto: Re:el

Ése es él. El pervertido. Lo visito. Pero no te lo cuento.

El Motor Diferencial es la cosa más extraordinaria del mundo. Pesa toneladas, pero toneladas de verdad. No puedes plantarte ante él sin pensar en la intensidad con la que vivían estas cosas en el pasado, el haber ideado y diseñado y, luego, *construido* una cosa tan enorme y tan perfecta que puedes accionar todo el mecanismo con una sola mano. Un tipo me lo mostró. Colocas las ruedas, con unos preciosos números grabados, luego tiras de la palanca y las columnas de números giran; esos brazos hacen girar entonces columnas mientras los números pasan al otro lado y los suman (¡sumar es para lo que sirve esta enormidad!). Y hace un ruido que acabas metiendo en tu cabeza o en tu corazón o en alguna parte, siempre y cuando te guste el ruido que hacen las máquinas astutas cuando se ponen en marcha, claro.

Por supuesto, Babbage no la construyó —lo hicieron los del Museo de la Ciencia—. Babbage nunca llegó a terminarla, la dejó de lado y se propuso diseñar una máquina aún mejor, el Motor Analítico, un ingenio que podía ser programado con tarjetas perforadas, como una especie de ordenador antiguo. Ya sé que sabes todo esto, sólo estoy pensando en voz alta, ¿de acuerdo? ¿Y qué aspecto tiene un extenso programa escrito en tarjetas perforadas?, le pregunté a mi guía. Si alguien hubiera llegado a escribirlo, claro. Y él no me supo contestar, aunque aventuró que podría tener muchos aspectos y que el proceso no había alcanzado esa fase.

Se mostró bastante arrogante en lo relacionado con la capacidad de Ada para las matemáticas —dice que ella no contribuyó en nada al diseño del Motor Analítico—, aunque también dijo que había sido ella y no Babbage quien vislumbró las posibilidades del ingenio: que el motor podía convertirse también en manipulador de signos y no sólo de números; una «máquina generalizada de álgebra», la llamó. He ahí la aportación de Ada: que el Motor Analítico pudiera elaborar series algebraicas igual que el telar de Jacquard podía tejer pájaros y flores. (Los dibujos del telar de Jacquard estaban tejidos a partir de la secuencia de unas tarjetas perforadas; de ahí sacó Babbage la idea de las tarjetas.) Todo dependía de las órdenes. Y ése es precisamente el concepto que define a un ordenador.

¿Empiezas a ver adónde quiero ir a parar? Georgiana se ha lanzado de cabeza, no tiene duda alguna. Está convencida de que tenemos un programa informático escrito por Ada Augusta, condesa de Lovelace. Imagínate que esté en lo cierto.

Voy a enviarte por fax un par de las páginas matemáticas. Ya me dirás qué te parecen.

S

De: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto: Logaritmos

vale he recibido el fax no no es una tabla de logaritmos habra que dar rienda suelta a las suposiciones de todos modos por que estas tan segura de que es de ella

t

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Asunto: Re:Logaritmos

¿A qué te refieres con que habrá que dar rienda suelta a las suposiciones? Eres tú quien debe hacerlo, que para eso eres una chica de ciencias. Y si no son logaritmos, entonces ¿qué? ¿Tiene algo que ver con el Motor Analítico? Si echas una mirada al sitio web verás que hay un enlace con la descripción de Ada del Motor Analítico, y el breve compendio de instrucciones que podías introducir; «el primer programa informático», lo llamamos allí.

Ignoro si estos papeles son de ella. Creo y deseo que así sea. Confío, confío en que sea algo. Los documentos de Ada que encontramos en el baúl, si es que le pertenecen, resultan muy difíciles de leer. Cuando los muertos hablan hay que aguzar el oído y guardar silencio.

S

De: «Lilith» <smackay@strongwomanstory.org>
Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>
Asunto: Fantástico

Smith:

Vaya, me alegra saber que estás ahí y que todo va de perlas. ¡Y me ha alegrado mucho oír tu voz! ¿Georgiana no te parece *fantástica*? Espero que os llevéis bien. Sabía que eras la persona adecuada para esto, tuve esa sensación, y ¿sabes por qué la tuve? Bueno, el caso es que la tuve. Y ahora presta atención. Georgiana tiende a divagar. Cuando estuvo aquí y todo empezó solía irse un poco por las ramas. Como si tuviera un montón de historias que creyera muy importantes pero que a la vez la desbordaran, ¿entiendes? De modo que se iba de una a otra antes de que la primera terminara. Lo que digo es que escucharla lleva mucho tiempo. De veras confío en que puedas entenderte con ella, porque ya sabes que hay muchas cosas que hacer en el sitio web y que nadie más que tú puede hacer. Corremos de un lado a otro como gallinas sin cabeza y queremos que vuelvas. Pero nada de presiones, haz esto con ella. Te quiero, cariño.

Lilith

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Asunto: Gallinas

Thea:

¿Alguna vez has pensado que la gente hace comparaciones que no significan nada para ellos simplemente porque nunca han visto con sus propios ojos aquello a lo que recurren para comparar? Me refiero a que la gente dice cosas como «Estamos corriendo como gallinas sin cabeza» pero nunca han visto una gallina decapitada. «Esa gallina sin cabeza corrió de un lado a otro como Sondra (Lilith) Mackay después de tomarse un expreso doble y recibir una pésima llamada telefónica.» ¿Ves a qué me refiero?

S

De: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>
Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>
Asunto: Re:Gallinas

eso lo mismo que vi en la tele alguien dijo que alguien estaba loco como una gallina mojada nunca he visto una y me la imagino como mi madre sabes vaya eso es gracioso esa gallina mojada loca como mi madre cuando un poli la paro por segunda vez en el mismo dia tendríamos que hacer una lista

por cierto mama llamo la otra noche no pude sacarle mucho odio eso de sentirme colgada cuando no hay nadie aqui

t

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Asunto: Voy a...

De acuerdo, esto es lo que voy a hacer. Aquí no hago nada y Georgiana parece muy confusa. Aún no quiere llevarle esto a un experto. Empiezo a creer que está loca de remate, por muy brillante y sensata que parezca. Necesito saber qué coño es esto. Voy a escanear la parte matemática, grabarla en un CD y enviártela; ya me dirás qué te parece.

Voy a escribir a mi padre para pedirle ayuda. Después de todo fue profesor de instituto y éste era su campo, lo que dominaba. De modo que eso voy a hacer.

S

De: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto: Re:Voy a...

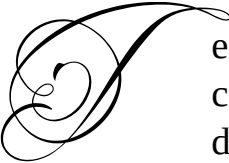
SMITH NO ESCRIBAS A ESE CABRON LO DIGO EN SERIO ES COMO LLAMAR A LA PUERTA DEL INFIERNO PARA PEDIR EL AUTOGRAFO DE KURT COBAIN O ALGO POR EL ESTILO QUE ME DICES DE TODA LA TERAPIA NO VALE LA PENA POR LISTO QUE SEA Y POR MUCHO QUE PUEDA RESOLVER TUS DUDAS LO QUE NO ES PROBABLE NUNCA LE HABIAS ESCRITO CUANDO TENIAS COSAS QUE DECIRLE MUCHO MAS IMPORTANTES QUE ESTA ASI QUE NO LO HAGAS

TE QUIERO

T



AL LECTOR:

eniendo en cuenta que el mundo ha mostrado un gran interés en cualquier garabato asociado a la figura de mi padre, interés que no ha disminuido de forma apreciable en los veinte años transcurridos desde su muerte, y dado que todo aquel que tuvo la oportunidad de conversar con él o de escuchar sus comentarios no ha perdido un minuto para ponerlo por escrito y publicarlo, por superficial que fuera el contacto, o trivial el asunto, puede parecer asombroso que un abultado número de páginas escritas de su puño y letra hayan sobrevivido hasta ahora sin que nadie reparara en su existencia —y, por tanto, pudieran surgir las dudas derivadas de su autenticidad, o, como mínimo, cierta curiosidad justificada respecto a su procedencia—. Por tanto, considero mi deber proporcionar una breve descripción de cómo llegó la siguiente historia a mis manos, y por qué hasta ahora no llega al lector, si tal lector algún día llega a darse. Y si la mirada de éste se posa ahora en mis palabras, y en las de él, que confíe en que, sea cual sea mi interés en este asunto, no se trata de algo pecuniario, o de granjearme una fama inmerecida, ya que si llegara a suceder que sus palabras y las mías vieran la luz del día, sería porque yo habría muerto.

Podría ponerse en duda en efecto si vale la pena conservar una Obra como ésta, que contiene pasajes (no, temas enteros) que podrían no redundar en el crédito del Autor, y no sin ofensa ponerse en manos del público lector. En el presente caso está también la cuestión adicional de la relación de la Obra con la propia historia del Autor y, por tanto, con las tan aireadas y vejatorias dudas sobre su culpabilidad en determinado punto de su vida, uno del que fui ignorante testigo. Es necesario recordar que ciertas personas involucradas en esa historia (incluida su esposa, lady Byron) se reunieron a la muerte del Autor para, de común acuerdo, quemar las Memorias que él había escrito, las cuales incluían su propia versión de los sucesos, así como relatos de sus aventuras en el extranjero, que, al haber puesto por escrito, sólo podían perjudicar su memoria tanto como a aquellos íntimamente relacionados con todo ello. ¿Debía esta Obra parcial y sin corregir que ahora descansa en mis manos ser sometida a tal destino? Sólo puedo responder que quizá debió ser así, pero que no pude cumplirlo, de igual modo que hubiera sido incapaz de entregar sus Memorias a las llamas; tamaño servicio a Lord Byron hicieron quienes poseen mayor entereza que yo, y así lo harán en el futuro, si es que puede hablarse de servicio.

En lo que respecta a mi historia:

Gracias a los buenos oficios de mi grandísimo amigo Charles Babbage tuve en los años anteriores y posteriores a los levantamientos de 1848 el privilegio de conocer a varios hombres del círculo que rodea a la sagrada figura de Mazzini. El señor Babbage siempre ha sido un gran amante de la Libertad y del progreso del Hombre, y le encantaba disfrutar de la compañía de esos italianos, quienes, exiliados de su tierra natal únicamente por querer lo mejor para ella, también fueron incomodados e importunados por nuestro gobierno. Me refiero al *signor* Silvio Pellico, al conde Carlo Pepoli y a un hombre que se convirtió en un amigo muy especial para mí, el *signor* Fortunato Prandi; en compañía de tales hombres tuve ocasión de conocer el aprecio que en su tierra natal se tiene todavía por la figura de mi padre, y qué fue lo que hizo a favor de Italia cuando residió en ese país. Gracias a unos de ellos (y no mencionaré su nombre, ni siquiera póstumamente, no porque necesite arrojarse en el manto del anonimato, sino porque se me pidió desde un principio que guardara el secreto, promesa que no pienso romper ahora) descubrí la existencia de un manuscrito, supuestamente obra de Lord Byron, escrito en prosa y no en verso, manuscrito del cual no existe más que una copia. Según lo que me contaron (cuya falsedad o veracidad no puedo asegurar), un italiano que solía frecuentar la compañía de Lord Byron durante el período en que residió en Rávena, se hizo con el manuscrito, ya fuera a modo de obsequio o por otros medios; algún tiempo después lo confió a otro, y este segundo propietario había revelado recientemente su existencia al caballero que me hizo la confidencia. Le pregunté si su conocido conservaba dichos documentos. Así era. Pregunté también a este caballero si había considerado la posibilidad de confiarlos a los albaceas de Lord Byron, la firma de John Murray, a sus editores o si prefería entregarlos a sus herederos. El hombre lo había pensado, me dijo, y podía hacerse, pero no sin ciertas dificultades. La cadena de acontecimientos que le había llevado a la posesión del manuscrito podía interpretarse como aceptación de propiedad robada, imputación que sólo podía verse reforzada por el tiempo que hacía que poseía esa información sin haberla comunicado a nadie. Es más, el propietario creía (dijo mi informante) que el manuscrito tenía tal valor que podría venderlo por dinero, dinero del que la causa republicana andaba muy necesitada, y que por tanto no se sentía demasiado inclinado a poner su existencia en conocimiento de aquellos que podían reclamarlo por derecho sin una compensación. Mi interlocutor me confió la naturaleza de este obstáculo. Dijo que haría lo posible, que pondría todos los medios a su alcance para recuperar este recuerdo de mi padre, el cual, por las leyes de los hombres y del Cielo, me pertenecía a mí y a mis hijos, todo ello sin pedir nada a cambio, ni para sí ni para ninguna otra persona o causa, por muy elevada que fuera. Sin embargo, también me rogó que considerara la conmoción provocada por el más mínimo intento de arrebatar el manuscrito, que contenía Dios sabe qué, a su actual propietario.

Lo estuve meditando. ¿Qué podía valer semejante manuscrito? Mi padre trataba

sus trabajos con la falta de interés propia de un caballero. A menudo (después de asegurarse de la existencia de una copia en limpio) entregaba los originales a quien tuviera más cerca. En nuestros tiempos se valoran mucho las cosas que han pertenecido a nuestros autores famosos, y algunos coleccionistas pagan elevadas sumas por ellas, pero en la mayor parte de los casos las cantidades no suelen ser considerables. ¿Qué bien podía procurar un magro rescate a la causa por la libertad de Italia? Quizá, pensé, no era tanto la procedencia como el contenido del manuscrito lo que hacía que a los ojos del propietario valiera la pena su adquisición; no obstante, a ese respecto nada podía yo saber sin hojearlo personalmente. Además, ¿cómo podía tener la seguridad, pues parecía imposible estar segura, de que el dinero exigido beneficiaría la causa de la que tan devotos eran mis amigos? Si recibía una garantía a ese respecto, la adquisición del manuscrito podía considerarse sencillamente como un medio de ayudar a esa causa, por desproporcionada que pudiera ser dicha suma con respecto al valor del objeto adquirido. Estos cálculos, que surgían de una mente rigurosamente lógica en sus operaciones, como tengo la certeza de que pocas lo son, eran sin embargo muy similares a los que los habituales del hipódromo llevan a cabo cuando ponderan los imponderables de una carrera de caballos.

Después de llegar a la conclusión que yo creía más acertada, imploré la ayuda de mi amigo. Le dije que, por poco juicioso que fuera negociar yo misma en persona la transacción de los documentos, deseaba echar al menos un vistazo al actual propietario de los mismos. Mi informante dijo que tal cosa podía arreglarse. Yo podría, si así lo deseaba, examinar el manuscrito en un lugar público, donde mi anonimato quedara garantizado. La suma podía pagarla de mis propios ahorros y, después de unas negociaciones en las que no tomé parte, se me comunicó una suma, con la que estuve de acuerdo. Se estipuló un lugar de encuentro, donde podría llevarse a cabo un examen previo del manuscrito: las salas de exposición del Crystal Palace, concretamente el Domo del Descubrimiento donde se exhibía el Pronosticador de Tempestades del doctor Merryweather, un ingenio que de todos modos sentía curiosidad por ver. Acompañada por mi amigo de confianza, y por una acompañante femenina que no estaba al corriente de nuestras intenciones, cubierta por un velo y sin llamar la atención, me dirigí a la galería ya mencionada a la hora que habíamos acordado. No sabría decir qué me pareció el interesante artilugio del doctor Merryweather, puesto que toda mi atención estaba volcada en el encuentro (a cierta distancia del lugar donde nos encontrábamos mi acompañante y yo) que tenía lugar entre el caballero que me ayudaba y el propietario del manuscrito. Este último era un tipo poco atractivo, de pelo cano y delgaducho, con un pendiente dorado de aro en la oreja izquierda como único signo de su naturaleza aventurera. No puedo decir más acerca del personaje, dado que, después de entregar a mi amigo un baúl de viaje, el contenido del cual tan sólo permitió examinar brevemente, se levantó de la silla y se perdió entre la muchedumbre. No he vuelto a verlo jamás, ni he sabido nada más de él.

Cuando se me hubo asegurado la naturaleza del manuscrito, según lo poco que mi amigo pudo ver, accedí al pago, y, bajo las circunstancias dictadas por el propietario (de nuevo en un lugar público, y en el anonimato), ese baúl de viaje fue adquirido en mi nombre. Estoy convencida de que la suma que cambió de manos aquel día se dedicó al uso prometido, aunque de eso tampoco puedo dar más detalles. Cuando me fue entregado el baúl, encontré en su interior, envuelta en pergamino, la novela en cuya lectura tú, querido lector —pues debo continuar creyendo en tu existencia—, estás a punto de embarcarte tal como yo lo hice entonces, y espero que con menos dificultad de la que afronté yo al principio. Muchas de las páginas tenían manchas de humedad, otras era imposible leerlas, y además la caligrafía de Lord Byron nunca me resultó sencilla de entender: jamás de niña me entregaron las cartas que me escribió, ni las que escribió a mi madre, y de hecho no vi su letra hasta que el señor John Murray me mostró el manuscrito del poema «Beppo», cuando, ya casada, se suponía que mi moral no se vería alterada por el contenido del poema. En el encabezamiento de la primera página figuraba el título, tal como colegí, aunque al iniciar mi primera singladura por el texto se me antojó aquél bastante peculiar, y, al echar un segundo vistazo, me pareció que las palabras habían sido escritas en una tinta diferente, por una pluma diferente, quizá en otro momento, lo que despertó aún más mi curiosidad.

No le hablé ni a mi esposo ni a mi familia de lo que había comprado, y tampoco se lo confié al mundo; lo hice por motivos que los estudiosos de mi desdichada familia (que forman un ejército cuyas filas engrosan a diario nuevos reclutas) comprenderán. Lo que mi padre había escrito era, por el momento, sólo para mí. Me dispuse a hacer una copia en limpio a medida que me familiarizaba con la escritura de mi padre. No describiré con qué emoción lo llevé a cabo.

A esas alturas había alcanzado lo que podría llamar una nueva etapa en cuanto a los sentimientos que experimentaba hacia la figura de mi padre. No mucho antes, mi esposo William, lord Lovelace, y yo habíamos aceptado una invitación para visitar Newstead, hogar ancestral de los Byron en Nottinghamshire, lugar que ahora pertenece al coronel Wildman, quien en tiempos fue compañero de escuela de mi padre en Harrow. Allí, en esos lugares que mi padre jamás pensó que yo visitaría y me regocijarían, donde sus dignos y libertinos ascendientes habían vivido, y cuyas rentas habían dilapidado tiempo ha; allí, cerca de donde se alza la modesta parroquia en cuya cripta mi padre descansa entre los suyos, ahí, no sé cómo, pero todo cuanto en tiempos me pareció saber respecto a ese espíritu tempestuoso y torturado, todo cuanto me enseñaron a creer de él, todo aquello por lo que debía considerarlo culpable, desapareció de pronto, o se despejó como una nube. Entonces me reconocí con todos mis defectos como una Byron, tanto como pudo serlo él con los suyos. Y si yo no era capaz de amarlo, tal como fue, tampoco era capaz de quererme a mí misma, o a sus nietos, mis hijos. En una carta citada en la biografía de mi padre escrita por el señor Thomas Moore, aquél decía que creía que una mujer era incapaz de amar a un hombre por sí mismo si no podía amarlo con sus defectos. Ningún otro amor, decía,

merece ese nombre. Sea o no capaz mi alma de albergar semejante ideal de amor, considero que sus palabras son aplicables tanto al amor de una hija como al de una esposa; y nada puede impedirme ahora aspirar a ello.

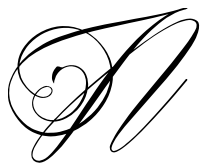
* * *

De igual modo que he cumplido con la necesidad de una Introducción o Prolegómeno, he tenido la temeridad de añadir una serie de notas que iluminan según mis posibilidades todo cuanto a esta historia concierne, y que relacionan lo narrado con diversos momentos de la vida de mi padre, de muchos de los cuales, me veo obligada a admitir, tengo escaso conocimiento personal. Ha supuesto para mí una fuente de distracción, incluso de solaz y deleite en momentos tan difíciles y dolorosos como los presentes, haber trabajado en la búsqueda de todas las conexiones que he podido encontrar y comentar. Ruego a aquellos lectores que puedan encontrar pedantes mis notas que sencillamente prescindan de ellas, de igual modo que podrían prescindir de la información acerca de un castillo o una catedral proporcionada por una guía, pues mis notas tan sólo cuentan con su pasión y devoción para verse justificadas.



DOS

En el cual se reúnen Padre e Hijo, y sobre las consecuencias de ello

o hace falta relatar en extenso cómo pasó Alí los meses siguientes en la corte del pachá, cómo aprendió las artes de la guerra, de la equitación; cómo acompañó a las patrullas en sus misiones menos peligrosas (porque su preciosa piel no debía ponerse en riesgo innecesariamente, tal como llegaría a comprender); cómo llegó a reconocer las miradas envidiosas y resentidas de algunos de sus compañeros de la guardia del pachá, y cómo superó a sus enemigos en virtud de su modestia, de su sincero corazón y generosidad; cómo, en definitiva, llenó los días con actividad, tal como hubiera hecho cualquier muchacho, y sus noches con vigiliass, sueños y temores que nadie habría de conocer. Llegó el día en que Alí, estando en las colinas practicando con sus compañeros el tiro de pistola, deporte en el que destacaba más incluso que algunos de los más veteranos en esta práctica, fue convocado en presencia del pachá y de un invitado que tenía ardientes deseos de conocerlo.

El equipaje del invitado llamaba la atención en el patio de la morada del pachá cuando Alí llegó allí: caballos con extraños arneses, hombres vestidos como extranjeros, incluidos un turco o dos con altos turbantes y pantalones increíblemente anchos. Arriba, en su sala de recepción, el pachá se hallaba sentado en el lugar de costumbre, el diván, con el visir de mirada de lince a su espalda; junto a él había un hombre que Alí no conocía; al verlo sintió una sacudida de terror. ¿A qué podía deberse? El hombre era un gigantón, cierto, eso era evidente a pesar de estar sentado en una silla de asiento bajo, pero Alí había visto guerreros más altos que él; bajo el capote podía apreciarse el destello de los botones de latón de la casaca roja, aunque el capote no era muy distinto del que lucía el propio Alí. ¿Era, pues, el presentimiento de todo cuanto le aguardaba, de lo que habría de hacer y de soportar por culpa de aquel hombre? No, se debía tan sólo al hecho de que el extranjero llevaba el rostro *afeitado*. Era el primer hombre adulto sin bigote que había visto Alí en toda su vida, y los albanos sienten pavor ante tales hombres; el hombre del saco de los cuentos que las abuelas relataban a sus nietos, el hombre del saco decidido a comérselos vivos, también tenía la cara tan pálida y despejada como el visitante al que observaba Alí,

un extranjero que le dedicaba la misma atención y que no apartaba de él una concentrada mirada de interés.

Se llamaba John Porteous, lord Sane, como no es necesario decir (su mirada y el interés lo delatan), pero resulta apropiado, o al menos conveniente, describir aquí con detalle el aspecto de quien habría de representar un papel tan importante en la vida de aquel joven que permanecía inmóvil, sometido a la fijeza de aquella mirada. Esos personajes arrogantes o crueles que recorren las páginas de nuestras novelas románticas (¡y también, hay que admitirlo, los versos de los poetas!) y llevan a cabo acciones tan terribles, a menudo no son dibujados con la pericia necesaria para persuadir al señor Kean de que los retrate en el escenario (el músculo tenso, los ojos grandes y oscuros, el porte estremecedor, la aguileña nariz como pico de halcón, prieta la boca de labios rojos, de pronto burlona y sensual, etc., etc.). El rostro de *Satán* Porteous no era tal. A decir verdad, era redondo y fofo como un pudín, y tenía los ojos pequeños, rodeados de rubias pestañas, ojos en los cuales apenas podía verse la migaja de un brillo, lo cual hacía que su mirada fuera aún más horripilante, ya que ésta manifestaba una atención fría, similar a la de un reptil adormilado, cuando la dirigía hacia uno. Carecían de emoción alguna e inducían a una alarmante laxitud a aquellos, un gran número, respecto a quienes su poseedor albergaba algún designio.

El pachá llamó al petrificado mozo, a quien convidó con un gesto a que tomara asiento en el diván, entre él y el sorprendente monstruo barbilampiño, quien apoyó la mano con tal fuerza en su hombro que le pareció la de una estatua de plomo, y dirigió tanto a él como al pachá unas palabras que no pudo entender. El pachá sonrió, asintió y murmuró algo ininteligible, complacido con la situación; tomó la mano derecha de aquel hombre y colocó la de Alí en ella antes de cerrarlas con las suyas.

—¡Mi valiente Alí! —exclamó—. La voluntad de Alá ha tenido a bien llevar a tu vida una maravillosa providencia, ¡pues quien se sienta a tu lado es tu padre!

Tal sorpresa se llevó Alí que apartó de inmediato la mano del otro, como quien se da cuenta de repente de que está a punto de caer en una ratonera. Este gesto provocó risas en los mayores, quienes en ese instante no estaban con ánimo de sentirse ofendidos; gastaron bromas también con la mirada desconfiada del joven. Cuando cesaron las risas, el pachá explicó que, en efecto, Alí era hijo del inglés (la marca del brazo era idéntica a la que éste lucía grabada en el anillo de sello, prueba del título que había heredado). Y eso no era todo, continuó el sonriente pachá, pues el inglés había decidido llevarse consigo a Alí a las tierras de Britania, una isla gris situada en la lejana distancia, que contaba con un sinfín de barcos y cañones. Allí se convertiría en hijo y heredero del inglés, y disfrutaría de riquezas y honores sin nombre, ¿acaso no era una gran noticia, no eran dignos de alabanza los designios de Alá?

Horrorizado, Alí se levantó de un brinco del lugar que ocupaba en el diván del pachá, cayó de rodillas ante el anciano pecador y levantó ambas manos en un gesto de súplica.

—¡Sólo tú eres mi padre! —exclamó—. Y yo tu hijo, si el amor y la devoción

tienen el poder de convertirme en tal. No me alejes de tu presencia, ¿acaso no te he sido fiel y he despreciado mis antiguas lealtades para brindarte mi alma y mi voluntad?

Sin embargo, la voluntad del pachá no debía desafiarse, y tampoco Alí hubiera osado hacerlo. Era preferible creer que un gato era su padre, si el pachá así lo decía, a decirle «No» a aquel rostro de larga barba.

No sabría decir a qué tratos había llegado el veterano guerrero con el aventurero inglés, ni por qué medios había descubierto su retorno a aquellas tierras, o el objeto de su visita, ni tampoco podría decir qué ventajas para sí o males para el enemigo esperaba a cambio de que se cumplieran sus deseos, o si el milord al que lisonjeaba disfrutaba del poder necesario como para cumplir las promesas hechas al pachá. Lo cierto era, no obstante, que se habían hecho tales tratos, y que no habían de deshacerse. Y como los lazos filiales en esa tierra son tan estrechos como quepa imaginar (la obediencia debida a los padres el que más, el último al que debe faltar cualquier hombre de honor y sentido común), las protestas de Alí carecían de fundamento alguno; al fin hincó la rodilla ante aquel espectro, su padre, besó su mano y le juró fidelidad.

—Ven —dijo entonces lord Sane al dirigirse a Alí como si el muchacho pudiera comprenderle—. Eres carne de mi carne y, desde aquí, donde no hay nada, te llevaré a donde todo lo tendrás. No se hable más. Partiremos hoy mismo a la costa. No será necesario que cojas nada, pues se te proporcionará de todo.

Dicho y hecho. En el patio del palacio del pachá hubo una gran agitación cuando, en medio del estruendo metálico del armamento, los arreos y los clarines, montó la tropa suliota de lord Sane antes de prorrumpir en ululatos y disparar una salva de honor. Un muchacho acercó un caballo a Alí, precioso como jamás había visto, suntuosos los arreos y la silla. El inglés le indicó con un ademán que el caballo le pertenecía, así como el mozo, quien a partir de entonces ayudaría a Alí a montar, ayuda que éste no sabía cómo aceptar. Al mismo tiempo, otro mozo sacó del establo un enorme caballo árabe, un corcel de pelaje negro como la noche del desierto, altivo y enfurecido (o eso parecía a juzgar por el modo en que ponía los ojos en blanco y mostraba la dentadura), y todos los caballos presentes acusaron un temblor, sacudieron la cabeza, lo miraron fijamente y recularon como si estuvieran en presencia de un león en lugar de un animal de su propia especie. Lord Sane lo llamó por su nombre con la misma aspereza con que hubiera lanzado una maldición, golpeó su cabeza para que dejara de moverla, tomó las riendas y montó a lomos de él; si bien el animal reculó y se encabritó, finalmente el lord pudo domeñarlo. Con la mano alzada llamó al orden a la caravana y a su guardia, se abrieron las puertas y salió por ellas.

Ese corcel negro fue la primera de las bestias de lord Sane que Alí asociaría con su padre: bestias salvajes, fieras, inquebrantables, furibundas y peligrosas. Era a estos seres a los únicos que su padre podía amar sin hipocresías o designios ocultos, pues

tan sólo respondían ante la fuerza, bestias cuyas almas eran tan monstruosas y contradictorias como la suya. Podía enfrentarse a ellos y doblegarlos. No daba al caballo respiro alguno, y si en algún momento éste se relajaba, Sane lo azuzaba más y más. Hundía en los relucientes flancos unas espuelas agudas e hirientes que a Alí le sorprendió descubrir en sus talones. Nunca antes las había visto, pues no se empleaban en aquella tierra; su padre debía de haberlas diseñado y hecho él mismo por el dolor que infligían.

Lord Sane permaneció callado mientras descendían de las alturas pedregosas. Por el contrario, más tarde habló largo y tendido a su hijo con una voz grave carente de tono; habló y habló como si por el mero hecho de escucharle pudiera lograr que Alí entendiera la lengua de él y de los padres de su padre. Alí no podía hacer tal cosa, de modo que tan sólo prestó atención al *tono* (que de por sí era bastante apremiante), pues el *asunto* no lo entendería hasta al cabo de muchas semanas y meses. Hacía mucho tiempo, explicó el lord, había viajado a aquellas tierras en busca de aventuras, y por las cosas que se contaban en el sur acerca del oro, por el que los hombres son capaces de soportar grandes privaciones y de llevar a cabo los más grandes actos de coraje, por mucho que ningún Eldorado haya rendido un chelín de ese metal a los innumerables buscadores de tesoros cuyas osamentas alfombran los desiertos y los bosques del mundo. No hubo oro. Sus camaradas (si tal puede llamárseles) murieron a su alrededor, o desertaron, y él mismo fue expulsado del regimiento a su vuelta por haberse ausentado sin permiso, y por la ristra de mentiras que dejó atrás (¿qué no estaríamos dispuestos a confesar a un oyente que nada supiera de nuestra lengua?, ¡qué pecados admitirían perros o caballos si pudieran hacerlo!), de modo que regresó a su tierra patria, donde había muchos que creían haberlo visto por última vez, muchos que no se alegraron de saludarlo de nuevo.

Sin embargo, ahora no había regresado a esas montañas por oro. ¡No! Era un *heredero* lo que lord Sane había ido a buscar. No tenía descendencia, y ya no la esperaba debido a que una herida sufrida en un duelo le impedía engendrar. Todo eso hacía que fuera inútil considerar divorciarse de su enfermiza esposa, tal como había estado pensando hacer durante un tiempo, cuyas tierras y riquezas lord Sane había dilapidado, para contraer matrimonio con una doncella fértil. Así pues, a pesar de que ignoraba si el niño que de forma tan escabrosa había engendrado en aquellas tierras seguía con vida, o si éste era varón (desconocía, asimismo, qué había sido de la madre o el marido), siguió adelante con aquel empeño por muy enajenado que el mundo hubiera podido considerarlo (de haberlo sabido), llegó de nuevo a la costa de Epiro y organizó la expedición. El único sentimiento noble atribuible al gigantesco lord era éste, que su familia no se extinguiera a su muerte; y quién podría afirmar que en el fondo de su corazón no sentía cierto remordimiento por el hecho de que, en caso de haber actuado en el pasado tal como debió hacerlo, podría haber tenido un legítimo heredero.

La narración de esta historia le tomó un día entero con su noche, algunas partes

más terribles que otras de las aquí contadas, aunque las consecuencias de los detalles omitidos puedan tener aún cabida en el presente relato. Cuando el relato terminó, Alí no sabía más de lo que sabía al comenzar. Al día siguiente, lord Sane forzó la montura por un terraplén, lo que hizo resbalar al animal, caer sobre sus delicados cuartos traseros y torcerse una pata a la altura del corvejón. Cuando amainó la rabia de lord Sane por la *traición* de su caballo (tal como él lo consideraba), ordenó a un mozo cuidar del corcel, cuya herida, juzgaban los jinetes que lo acompañaban, podía curarse con las debidas atenciones, y si no se lo montaba, sólo se lo llevaba de las riendas. Lord Sane tomó otro caballo y reemprendieron la marcha. Cuando llegaron a una población lo bastante grande como para contener a los que eran, hicieron un alto y sólo con mostrar el salvoconducto que había obtenido del visir del pachá, lord Sane, su hijo y los edecanes pudieron albergarse en el piso superior de una espaciosa casa fortificada. El anfitrión, que parecía esperar algo más que la aprobación de Alá por la hospitalidad que brindaba (aunque Alí nunca llegaría a saber si sus esperanzas fueron satisfechas), se fue con sus hijas a otra casa en las colinas boscosas. Los suliotas encendieron hogueras en el patio y se echaron a dormir en el suelo, junto con los animales, aunque hasta muy entrada la noche no se dispusieron a conciliar el sueño sino que estuvieron haciendo correr los pellejos de vino y cantando sus desapacibles baladas; también bailaron hombre con hombre. Al principio con pasos serios y precisos como los de un minué, luego cada vez más desenfrenados, más y más desenfrenados a medida que se intensificaba el ritmo de la música que tocaban al tambor o a la calabaza. ¡Que ninguno de nuestros bailarines los emule! Primero entre los bailarines, sacándoles como mínimo una cabeza, igual que Belcebú con su tropa, danzaba el lord inglés, desabrochada la casaca roja, y agitando con la mano derecha el pañuelo (tal como era costumbre en esa *gallopade*).

Al alba del día siguiente llegaron al patio dos de los guardias, acompañados por el mozo al que lord Sane había confiado los cuidados del admirado corcel negro. Habían pillado al pobre hombre cuando éste se dirigía a alguna parte, al parecer, a lomos del caballo, lo cual había empeorado la herida del pobre animal, así como su cojera, hasta tal punto que ya no tenía remedio. Llevaban el hombre ante su patrón. Aquél temblaba y era presa de un justificable terror; rogó y entonó un desgarrador canto a la comprensión, la exculpación, la piedad. Sane, que le observaba silencioso, pronunció una o dos palabras, y de inmediato los hombres ataron al mozo y lo condujeron al establo, donde lo prepararon para el *bastinado*^[1], castigo terrible que ninguno de los presentes, quizá ni siquiera el que había de sufrirlo, podía negar al lord extranjero el derecho a imponer a un sirviente que hubiera cometido falta semejante. Cuando todo estuvo dispuesto, lord Sane se sentó a cierta distancia en un taburete que le trajeron. Alí, a quien se había ordenado asistir junto a su padre, se situó de pie tras Sane. El lord pidió la pipa, que rápidamente le trajeron con un carboncillo para encenderla; cuando lo hubo hecho a su gusto, esbozó un inconfundible e imperceptible gesto para que empezara el castigo.

El ingenio del hombre para los instrumentos de tortura y dolor no conoce límites. Cualquiera que haya experimentado en sus propias carnes los golpes de una delgada vara sabe que, aunque no se den con fuerza, el dolor se vuelve insoportable cuando el castigo se prolonga. El hombre más fuerte no puede contener las lágrimas, y el mozo en cuestión no era precisamente el más fuerte de los hombres; sin duda, además, sabía a qué castigo se enfrentaba, y sus quejidos aumentaron en tono y volumen antes de recibir el primer golpe. Lord Sane, impávido, siguió fumando la pipa mientras golpeaban al mozo, impasible incluso cuando fue evidente que los intestinos del hombre se habían aflojado debido al dolor. En aquel momento, Alí descubrió que odiaba la crueldad. Supo a partir de entonces que, si podía evitarlo sin verse deshonrado, jamás infligiría o causaría algo parecido a lo que presenciaba a un ser indefenso, fuera humano o animal. Como todos aquellos que viven en sociedad, aprendió a tolerar la crueldad cuando no podía evitarla, cosa que en gran medida sucedía constantemente, ya que el mundo rebosa violencia; aprendió incluso a burlarse de ella, a hablar con ligereza, tal como hacían los demás, pero era incapaz de presenciarla con impasibilidad sin sentirse empujado a detenerla siempre que fuera capaz, tanto como aquel día fue incapaz de hacerlo.

Cuando el castigo hubo concluido, lord Sane entregó la pipa a su hijo y abandonó el establo, donde el mozo seguía gritando de dolor y vergüenza; se acercó al patio, donde se encontraba el en tiempos orgulloso corcel, sacó una pistola, la cargó y amartilló y, luego, mató de un disparo al pobre animal sin decir una palabra.

Se dirigieron de las montañas al mar, a través de aquellas tierras que carecían casi por completo de caminos, aunque pasaron junto a un grupo que procedía a acondicionar uno de los pocos que había. Era una compañía de mujeres^[2], y es que en esas tierras, al contrario que en el hogar del Turco, las mujeres no son apartadas del mundo, sino que hacen todo lo que hacen los hombres (no, más), a menudo son conducidas como animales y no se tiene con ellas mucha consideración. Una de las mujeres que partían piedras, la más joven y bonita, levantó sus azules ojos al ver pasar a tan peculiar grupo, y Alí, como acuchillado en el corazón, creyó por un instante que su Imán había de algún modo ido a parar allí. Pronto se desvaneció la ilusión, pese a lo cual sintió por primera vez con toda su terrible extrañeza y permanencia que había abandonado su hogar, y que jamás volvería a ver todo cuanto conocía y amaba.

Pero entonces apareció el mar, cuya superficie estaba salpicada de diamantinos reflejos, atisbado al principio entre las colinas, y luego visto en toda su extensión. Alí no pudo creer que estuviera todo él *hecho de agua*, tal como uno de los más viajados dos de la banda le aseguró riendo. El chico, aterrorizado y encantado, cabalgó hasta donde morían las olas, pero apartó al caballo de la espuma que se extendía hacia él por la arena, igual que la doncella que levanta su falda para impedir que pueda mancharse. Lord Sane, que lo seguía, le ordenó con ademán arrogante que se metiera en el agua, orden que Alí no parecía dispuesto a obedecer, quizá por no creer que su

señor pretendiera en serio que él hiciera tal cosa.

—¡Adelante, señor! —exclamó lord Sane en su propia lengua, frase cuyo significado Alí entendió—. ¡Adelante os digo!

—El muchacho no sabe nadar, milord —dijo en griego moderno el jefe de los soldados.

A lo que lord Sane replicó:

—¡Pues claro que no, pero el caballo sí!

Así las cosas, azuzó con la fusta el flanco de la montura de Alí y volvió a hacerlo cuando el animal no arrancó.

Entonces, Alí, volviendo el rostro a quien así lo atormentaba, dispuesto a salvar a su caballo, miró fijamente a su padre, que parecía de pronto furibundo y encantado ante la resistencia que oponía su hijo, y que señaló de nuevo el mar. El hechizado joven se detuvo un instante, como ponderando la elección de si debía enfrentarse a su padre o al mar; entonces tiró con fuerza de las riendas, volvió grupas e hincó los talones en ambos costados del caballo. ¡El animal recorrió la playa y entró de buena gana en el agua! Alí ahogó un grito por el frío, aunque ese mar es tan cálido para cualquier inglés como pueda serlo el té servido por una buena anfitriona, y también gritó por el modo en que el oleaje le calaba la ropa, como si quisiera aferrarlo y llevárselo consigo al fondo, pero siguió azuzando al caballo, presa de una inconcebible ira, sin temor ya de lo que pudiera pasarle, ya fuera ahogarse o llegar a otra playa, ¡si es que había tal! El corcel, valiente, nadó bien un buen trecho cuando ya no tocaba fondo (ya que por supuesto podía nadar^[3], como cualquier mamífero, desde los gatos a los elefantes, siempre y cuando puedan *escoger* hacerlo o *tengan la necesidad*). El oleaje empapó el rostro de Alí, que por primera vez probó la *sal* (¡imposible!) y tuvo la sensación de resbalar del húmedo lomo del caballo. No obstante, logró mantenerse y se sintió invadido de una extraña alegría. Cuando la imponente novena ola (es de sobra conocido, o al menos eso se cree, que la novena ola es mayor que las anteriores) estuvo a punto de poder con el caballo a pesar de su coraje, Alí, que a duras penas seguía montado, volvió grupas hacia la orilla. Allí surgió del mar como el toro de Teseo^[4] y se sorprendió al descubrir que se hallaba a unos cincuenta metros del punto de origen, lo cual hará comprender al lector la fuerza de aquello a lo que se había enfrentado, a pesar de que Alí en ese momento no lo entendió. Hacia él, por la orilla, cabalgaron los suliotas, que, satisfechos con el coraje demostrado por Alí, habían empuñado las armas para disparar al aire, modo habitual en ellos de demostrar una emoción intensa. Lord Sane siguió donde estaba, y Alí, con la sal quemándole en los ojos, apenas pudo ver la expresión de su padre, ni interpretar qué traslucía: si satisfacción, burla o la ponderación de más exacciones. Ni la menor idea.

Descendieron por la costa hasta Salora, puerto de Arta, en el golfo Ambrosiano, para tomar un barco que se dirigiera al puerto de Patrás, donde lord Sane sabía de un bergantín inglés que partiría en breve para Malta y, de allí, con escalas, a la isla de

Albión, el nuevo (a pesar de serlo de sus antepasados) hogar de Alí. No obstante, todavía tenían que cruzar el tramo entre Salora y Patrás, y lord Sane se sentó un día en un agradable jardín de una fonda de Salora, donde se reunían los capitanes de barco para solazarse e intercambiar noticias; encargó para su hijo un plato de arroz, condimentado con un limón que arrancó de un árbol que colgaba sobre la mesa, además de un par de piezas de pescado de ocho patas cocinadas a la parrilla, a los que llamó *octópodos*, pescado que no estuvo dispuesto a dejar que su hijo rechazara. Al día siguiente, después de salir al parecer airoso de sus negociaciones, hizo subir a bordo de una saetía griega a su hijo, al capitán de los soldados, a cuarenta hombres y cuatro piezas de cañón. El tiempo era favorable y soplaban un ligero viento, y hacia el mediodía dejaron el puerto atrás.

Las embarcaciones griegas tienen fama de recorrer con suma rapidez las costas conocidas, y los marinos griegos, aunque diestros, a menudo se muestran incómodos ante la perspectiva de perder de vista la costa. Puede ser que quienes gobernaron las largas naves a Ilión sintieran lo mismo. Así, nuestros pasajeros pudieron pasar cerca de las ruinas de Nicópolis, y más tarde observar la blanca luna en el cielo azul sobre la bahía de Actium, donde el mundo antiguo se ganó y se perdió, donde Cleopatra demostró que no era almirante por *admirable* que fuera, hechos que Alí ignoraba por completo, y que a su padre le resultaban completamente indiferentes. Al caer la noche refrescó el aire y el mar se revolvió; soplaban tal viento que la tripulación decidió, de común acuerdo, que pronto habría de convertirse en tempestad, así que prefirieron aferrar las velas, poner proa en dirección contraria y entregarse a los caprichos de Eolo hasta que volvieran a disfrutar de un tiempo más favorable. No obstante, lord Sane se impuso y, cuando se presentó la tempestad, les ordenó afrontarla. El capitán de la embarcación, incapaz de negarse, indicó a los europeos que se encerraran bajo cubierta y les conminó a rezar, cosa que la dotación había empezado a hacer en una gran diversidad de lenguas. Alí, que no había navegado ni con buen o mal tiempo, supuso que iba a morir, sospecha habitual en aquellos que viajan por primera vez, aunque en esta ocasión el sentimiento era compartido por algunos miembros de la tripulación, quienes debían de estar mejor informados que él. Aunque estuvo un rato en el camarote, yendo de un lado a otro en la oscilante cabina, al final no pudo soportarlo más y subió a cubierta. Allí, con el mar imponiéndose a la regala hasta cubrir la tablonería, y el timonel atado a la rueda, encontró sentado a lord Sane, envuelto en su capa negra, la espalda apoyada en el palo mayor, con la mirada perdida y una sonrisa en el rostro, tan encantado ante los rugidos de Poseidón que parecía haberlos causado él.

En Patrás, puerto al que arribaron casi demasiado tarde, subieron al son de las bocinas a bordo del bergantín inglés casi al tiempo que éste desatraca, y en el mar se adentraron: pasaron por Missolonghi^[5] y cruzaron por los dos cabos de Araxos y Escrofa, transportando al noble señor y su botín, un hijo, igual que lord Elgin se llevó a los hijos de mármol de aquella desdichada y bella tierra. ¡Saludos, Hélade, saludos

y más saludos! Todo cuanto te ha sido robado, tu libertad, las obras de tus genios, te será devuelto cuando madure el tiempo, ¡antes de lo que imagina tu opresor!

A bordo del bergantín, que surcaba mar abierto, había otro pasajero inglés, un estudioso lingüista, con toda la templada inteligencia de lo mejorcito de esa especie. Era un tipo pequeño y *circular* (circular la cabeza, así como el estómago, los ojos y las lentes), y lord Sane contrató a este caballero para que enseñara a Alí la lengua inglesa mientras durase el viaje. «Las lecciones deben proseguir en el fondo del mar, si es el caso de que nos veamos allí», dijo el alegre lord. Alí demostró ser un alumno aplicado, con un don natural para las lenguas que seguro hubiera sido desaprovechado de haber seguido viviendo en el mismo lugar. En seguida fue capaz de comprender algunas de las cosas que le decía su padre, así como parte de las crueles burlas que gastaba al lingüista circular, como por ejemplo: «Señor, su *diseño* en general me recuerda tanto al de una vejiga que estoy convencido de que, en caso de caer por desdicha al mar, flotaría usted de mil amores. Es más, propongo poner a prueba mi teoría, ¿qué dice usted, señor? ¿Está o no dispuesto a fomentar el progreso científico prestándose a este experimento? Redactaremos al respecto una carta a la Royal Society, tengamos éxito o no.» Y muchas otras cosas en la misma línea; el hombrecillo se limitaba a inclinar la cabeza, y a sonreír —y a sudar— tan bien como podía, como si no se enterase muy bien de las bromas de su señoría.

Y así fue la cosa hasta que el mar azul reverdeció y los espectrales acantilados de Dover surgieron ante los maravillados ojos de Alí. No sólo había llegado al fin del mundo (¡mucho más lejos de lo que había creído posible!), sino que, de forma mágica, había pasado todo un año, o eso supuso, durante el viaje, puesto que estaban en invierno, a juzgar por las nubes cargadas que volaban al alcance de la mano, la fría humedad y la niebla; sin embargo, no era así, tal como el tutor explicó. Seguía siendo verano, ¡Alí ya comprobaría lo que el invierno era capaz de brindar! Permitted que lo embarcaran en un bote (¡no tuvo elección!) y fue llevado a Plymouth, donde les aguardaba el criado y mayordomo de lord Sane.

Alí tuvo la impresión de que éste era un guía perfecto para la tierra a la que habían llegado; era enjuto como un cuerpo disecado, blanco como el hueso y silencioso como una tumba. En la fonducha a la que les condujo —huelga decir que Alí fue objeto de las miradas de los transeúntes, ataviado como iba con el traje albanés—, descubrió que ese hombre, a quien a partir de ahora llamaremos Factotum, había extendido sobre la cama la ropa de Alí: botas, calzones y medias, una camisa de lino, un chaleco y una casaca verde botella, aunque, para vestirse con conveniencia, Alí tuvo que pedir, profundamente avergonzado, la ayuda del hombre magro. No hubo tiempo para asearse, por mucho que Alí desconociera los entresijos y detalles de tal cosa, tampoco para descansar o comer, ya que un coche alquilado les aguardaba ya en la puerta, y lord Sane, con la furibunda prisa que lo caracterizaba, había ordenado subir al mismo la impedimenta, y empujó a los suyos hasta el interior. Sin duda tendría algún motivo para marcharse con tanta premura, y su razón estaría

relacionada con algo que había tramado con el capitán del bergantín, quien se dirigía a la misma fonda en el preciso instante en que el equipaje de lord Sane se adentraba, como alma que lleva el diablo, en las grises tierras de Inglaterra. Pobre Alí, enfundado en el tieso caparazón de lana y cuero ingleses, embutido entre su padre y el cadavérico Factotum (ambos se habían dormido, a pesar del traqueteo incesante del vehículo), no pudo sino considerar su situación mientras viajaban hacia el norte.

«Ahora me convertiré en una sombra de mí mismo», pensó. «Ya no tengo más tierra sino tan sólo niebla y nubes; ningún traje mío más que el del pueblo de mi padre. El único ser en toda la faz de la tierra que de veras me conoce a mí y a mi corazón, la única criatura que de verdad me ama, se encuentra al otro lado de un océano ilimitado; mi lengua me ha sido sustituida por otra, que sabe a polvo en los labios. ¿Acaso no vago, muerto, por la tierra de los muertos?»

* * *

Durante todo este tiempo, mientras nosotros repasábamos su pedigrí y su historia, el hombre mismo (aunque es apenas un muchacho) ha permanecido sentado en la antigua torre escocesa ante el horripilante misterio del asesinato de su padre; ¡sentado, ya que las piernas no parecen dispuestas a mantenerlo en pie! Imposible saber qué coloquio mantiene, mientras sigue ahí sentado, con ese ser ahorcado que lo mira sin vida y sin mirarlo en realidad, puesto que hay cosas que las palabras no pueden sino traicionar, por ser palabras, así como la materia del pensamiento consciente, del cual el joven Alí se ve en estos momentos privado.

Cuando logra recuperarse, se levanta, saca del costado el afilado *ataghan*, obsequio de su padrino el pachá, como recuerda, y corta la soga que, como la telaraña atrapa a la presa, aferra el cuerpo sin vida de su padre. Lo rodea con sus brazos en una horrible parodia de abrazo filial, para que el enorme cadáver no caiga al suelo; y lo baja con cuidado hasta depositarlo sobre las piedras, donde después procede a librarlo de la soga que le rodea el cuello, sin saber qué necesidad hay de hacer tal cosa, sólo que siente que tiene que hacer *algo*. Oye entonces, y también ve, en el sendero, a un grupo de hombres que se le acercan.

Es la ronda: dos alguaciles, los únicos dos que puede permitirse el Real y Antiguo burgo en el que se alzan la casa y la torre; van acompañados de otros hombres, arrendatarios del laird, armados de antorchas y teas de pino para iluminar el camino. Alí no piensa en cómo es que se ha reunido ese grupo, cómo han sabido que allí se requiere su presencia, no sabe nada; durante un largo instante es incapaz de reconocer a sus vecinos en ellos, ni de tener la certeza de que sean humanos.

El alguacil al mando, el de mayor edad y seriedad, era un hombre larguirucho que iba montado en un pequeño jaco blanco por su edad; llevaba puesto un tricornio. Hubiera llegado más rápido de haberlo hecho a pie, pero quizá pensó que tal cosa iría en detrimento de su dignidad. Iba armado con un cuchillo largo y una espada de hoja

ancha; su compañero, con un mosquete y un garrote. Se detuvieron a la puerta de la torre, y el alguacil larguirucho desmontó, tomó de manos de un ciudadano la antorcha que llevaba y la acercó a la torre para iluminar a Alí, quien, espada en mano, permanecía inclinado sobre el cadáver de su padre.

«¡El laird!», se alza el grito. «¡Es el laird! ¡Y éste es el joven turco! ¡Es él!» Gruñidos y gritos de espanto surgen de los presentes. Como en un escenario, «descubierto» por las antorchas de los espectadores, Alí permanece paralizado unos instantes. Al levantarse y acercarse a los alguaciles se alza un grito de alarma generalizada y el alguacil más alto tira de su propia arma.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —pregunta Alí, picado por la curiosidad ante la oportuna llegada de la ronda al funesto lugar, consciente de que los problemas se abaten sobre él.

—Señor, nos ha llegado información —responde solemne el alguacil al mando de la ronda.

—¡Información! ¿A qué información se refiere?

—La que nos ha traído a este lugar, señor. Aunque demasiado tarde, demasiado tarde.

—De acuerdo, pues —dice Alí—. Vengan aquí, rápido. No sigan ahí plantados como cepos. Tenemos que encontrar al o a los responsables de este acto.

La quietud y las miradas, propias en efecto de cepos, o de los peces que se utilizan como cebo, le dan a entender que no ven necesidad alguna de irse por ahí de caza, ni de registrar más el lugar.

—Yo no sé nada de esto —asegura Alí, a lo que el alguacil no contesta, pues ante sus ojos las pruebas resultan más que evidentes.

—Señor, entregadme vuestra arma —dice—. Os lo ordeno en el nombre de la ley. —Sólo en ese instante Alí cobra conciencia de la espada que empuña, regalo del pachá. Siente el fuerte impulso de resistirse, de golpear los estúpidos rostros que no apartan la mirada de él. Pero no lo hace, aunque decir que se lo piensa dos veces sería una falsedad, puesto que no piensa en nada, como si siguiera caminando dormido. Tiende el arma por la empuñadura al alguacil, quien la acepta con cierta solemnidad—. Será mejor que me acompañéis, joven señor —dice—. No opongáis resistencia alguna, ¿me habéis entendido?

¡Menuda injusticia! ¿Puede existir mayor terror? Sabiéndonos inocentes, somos considerados culpables... No, se *demuestra* que somos culpables de forma tan irrefutable que incluso puede llegar a convencernos a nosotros mismos, por inocentes que nos sepamos. Tanto más cuanto el crimen lo hemos perpetrado un millar de veces en sueños, en nuestros sueños conscientes, en los oscuros abismos del alma.

Alí dejó que lo detuvieran, no opuso resistencia. Aun con la cabeza bien alta, estaba pálido como la cera. Con cierto esfuerzo montó de nuevo el alguacil del tricornio en el jaco; su compañero ordenó a seis u ocho de los hombres que los acompañaban que recogieran el cadáver, lo cual hicieron no sin titubear, atándolo

como se hace con un ciervo cazado a un poste, para después cargarlo a hombros. Y así se alejó tan solemne cortejo de aquel funesto lugar: sujeto el laird con su propia cuerda, maniatado el hijo, descendieron el sendero a la luz de las antorchas. Al final del camino que llevaba a la torre se separaron, unos para llevar al muerto a su hogar, donde sería examinado (y también llorado, al menos por sus perros); otros acompañarían al hijo al pueblo, donde se procedería, le informaron, a ponerle unos grilletes. Cuando tras caminar un buen trecho (la luna colgaba baja sobre el mar negro) llegaron allí, observó Alí que algunos se habían adelantado para despertar al juez, ya que éste esperaba en la puerta del *tolbooth*, que es como los escoceses denominan a la bailía, y donde también tienen el juzgado.

Se abrieron las puertas al dar la orden el juez, e hicieron entrar a Alí. Las luces que estaban encendidas no lograban ahuyentar la ancestral oscuridad, y el juez, descolgando la toga de un gancho de la pared, tomó asiento y, con mirada solemne cargada de gravedad y responsabilidad, observó a los presentes antes de solicitar al alguacil las pruebas. Éste fue bastante breve; el caballero contó cómo había recibido información de que algo sucedía en la colina; cómo había reunido a unos cuantos hombres, suficientes, creía, para lo que pudiera encontrar; cómo habían tomado el sendero, etc., luego, que habían encontrado al laird en el suelo y al joven laird sobre él, armado. Todos volvieron la mirada a Alí.

—¿Información? —preguntó el juez.

—Así es, señoría. Conforme se estaba cometiendo un terrible crimen en ese momento en un lugar llamado antigua atalaya, que se encuentra en lo alto de una colina, en el bosque.

—¿Y consideró que esa información era verdadera?

—Tan verdadera como pueda serlo el oro, señoría.

—Les rogaría que me aclararan —intervino Alí, momento en que el juez y todos los presentes que presenciaban la escena desde la puerta se quedaron pasmados, como si no le hubieran creído hasta ese momento capaz de articular la palabra—, les rogaría que me aclararan sus señorías cómo es posible que pueda haber perpetrado yo este crimen y, al mismo tiempo, haber enviado la... la información de éste a estos alguaciles.

—¡No os burléis de este asunto, señor! —advirtió el juez—. ¡Comparecéis ante nosotros acusado de un infame parricidio! Puede, señor, que en las tierras que os vieron nacer tal crimen no sea considerado más que una falta menor. Por lo que yo sé, incluso podría ser algo muy común. Pero aquí no podría ser más antinatural, ¡un asunto que se castiga con severidad, os lo aseguro, hasta donde alcance la ley!

—No he hecho nada —dijo Alí—, tal como se demostrará. —Así habló, aunque con voz temblorosa.

—Quince hombres de bien, y el Tribunal del Rey, decidirán tal cosa —dijo el juez. Un tribunal escocés consta de quince hombres, aunque al sur de Cheviots se considere que basta con doce por ser el número de los apóstoles, número que no debe

superarse; al norte, cuantos más, mejor. El juez levantó el *ataghan* de hoja curva que Alí había entregado a quienes lo detuvieron—. Y si éste no es un caso *prima facie*, no sé qué es.

—Le rogaría que me devolviera lo que me pertenece —pidió Alí al tiempo que se levantaba con toda la dignidad de la que pudo hacer acopio, dado que estaba maniatado.

—No, señor, esta arma constituye la prueba de un crimen, y por tanto se convierte en propiedad del rey. Demostrad vuestra inocencia y podréis solicitar que Su Majestad os la devuelva. —Dejó la espada y llamó a los alguaciles—. ¡Conduzcan al prisionero a su celda, y asegúrense de que tenga un buen par de grilletes en los tobillos!

Los dos sicarios de la ley, el bajito y el alto, le pusieron las manos en los hombros.

—Aguarden —dijo Alí—. Si va a haber juicio, solicito que se me conceda libertad hasta que se celebre.

—Libertad —repitió el juez, como si aquella palabra le resultara ajena y reflexionara sobre qué podía significar—. ¿Y qué garantías aportáis para solicitar a este tribunal tal cosa?

—Pues las garantías que me proporciona mi palabra de honor —respondió Alí.

El rostro del juez delató qué opinión le merecía semejante oferta, y después de masticarla unos instantes, como si no le gustara su sabor, preguntó qué otras garantías podía aportar el acusado, a lo cual Alí respondió que su palabra debía bastar, pero que en caso contrario podía proporcionar al tribunal la garantía que éste gustara en forma de tierras o bonos. Al escuchar esto, el juez se incorporó en el podio que ocupaba y miró fijamente al indefenso joven que le devolvía la mirada sin inclinarse.

—En caso de que se demuestre vuestra culpabilidad —dijo—, tal como no me cabe duda que sucederá, todas vuestras tierras y propiedades serán confiscadas, dado que no podréis beneficiaros de semejante crimen. La ley, os lo aseguro, es muy clara a este respecto. Y por tanto, si alguna vez estas tierras y bienes os pertenecieron, o tuvisteis base legal para pretenderlos, lo cual permitidme poner en duda, no tenéis nada que apoye vuestra solicitud.

»Y ahora, llévenselo. ¡Espero que piense en lo que ha hecho y en la ley de Su Majestad!

La ley tiene una majestad indudable, majestad que no mengua cuando vemos torcida la peluca de la ley, o los chalecos mal abotonados; tampoco si la hemos visto bebida en una feria, o en la vía pública; ni por el hecho de que sepamos que se beneficia, en cierto modo, del tráfico de contrabando que tan común es en esas costas rocosas. No mengua su figura cuando tiene el poder absoluto, al margen de nuestra culpabilidad o inocencia, para cerrar una puerta de hierro en nuestras narices, dar vueltas a la llave ¡y guardársela en el bolsillo!



De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: <Inovak@metrognome.net.au>

Asunto: Pregunta

Hola. Soy Alexandra (tu hija).

Tengo una pregunta que no se me ocurre nadie más a quien formular, me refiero a nadie capaz de responderla: ¿Es éste tu correo?

PS: Sé que ha pasado mucho tiempo.

De: <Inovak@metrognome.net.au

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto: Re:Pregunta

Alexandra:

Qué maravillosa sorpresa; es fantástico saber de ti después de tanto tiempo.

La gente suele decir «después de tanto tiempo» como un modo de acercarse a la persona a la que escriben; pero sé que soy yo, y no tú, quien ha tardado tanto en hacerlo. Podría darte las excusas de rigor: que no sabía tu dirección, que estoy condenadamente ocupado la mayor parte del tiempo, pero después de todo tú sí has dado con mi paradero; podría incluso haber preguntado por ti a tu madre, aunque eso hubiera supuesto averiguar primero su dirección, que no tengo desde que cumpliste los dieciocho años y concluyó mi vínculo legal con ella. Por supuesto nunca estoy tan ocupado, no tanto como para no hacer lo que quiera. De todos modos, ahora que he empezado continuaré. Lo prometo.

De modo que sí, soy yo y éste es mi correo. Y ¿cuál era la pregunta? Y ¿cómo estás? Y ¿cómo te ha ido?

Con cariño,

Lee

PS: ¿Qué es strongwomanstory.org? Supongo que debería saber cómo encontrarlo en Internet, pero después de tanto tiempo en lugares donde a menudo no tienen ni teléfono ni máquinas de escribir, y ya no digamos ordenadores o conexión a Internet, he adoptado una postura arrogante y arisca respecto a la *World Wide loquesea*.

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: <Inovak@metrognome.net.au>

Asunto: Re:Re:Pregunta

De acuerdo.

Sé que estás muy ocupado, y no quiero quitarte mucho tiempo. La pregunta es la siguiente: ¿Escribió Lord Byron alguna novela? Busqué en Internet y me acerqué a la biblioteca, pero el caso es que no logré estar segura. Vamos, que en ningún lado decían que no la hubiera escrito. Me refiero a que obviamente no era una faceta importante de su obra, o lo habría encontrado sin mayores problemas, ¿no crees? Ya te explicaré por qué necesito saberlo cuando lo sepa. Eso ha sonado muy mal, ¿verdad?

Para entrar en el sitio web en el que trabajo sólo tienes que introducir el texto del enlace (o sea, strongwomanstory.org) en la ventanita de «Búsqueda» de Google o de lo que sea que utilices. También puedes hacerlo en la ventana de «Dirección» y luego apretar la tecla «Entrar». No tienes por qué introducir el *http://* y todo eso. Sólo haz clic donde toque; no te perjudicará ni te pondrás malo; lo peor que puede pasar es que te pierdas o te aburras.

Alexandra

De: <Inovak@metrognome.net.au>

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto: Re:Re:Re:Pregunta

Alexandra:

Al final todo eso que me explicaste funcionó. Felicidades. Por lo que veo en los créditos eres la editora; no creo que sepa exactamente qué supone eso tratándose de un sitio web. ¿Algo así como un editor de películas o como un editor de textos? He echado un vistazo a algunas de las páginas. Admito que nunca había oído hablar de la mayor parte de esas mujeres, lo que imagino es la intención de la página. Los facsímiles de los manuscritos me parecieron lo mejor, y no sabría decir si al verlos me sentí más cerca o más lejos de ti.

En lo que respecta a tu pregunta. Hacía tiempo que no pensaba en Byron. No tengo ninguna referencia bibliográfica suya a mano en este momento. Muy pronto abandonaremos este lugar perdido de la mano de Dios para llevar a cabo algunas investigaciones en Tokio, donde encontraré un montón de obras de referencia en inglés (sus bibliotecas están a rebosar de ellas, hay tantas como pueda haber en las mejores bibliotecas universitarias norteamericanas). Pero por lo que recuerdo no sé a qué te refieres. Lord Byron nunca escribió una novela. Nunca escribió prosa. Su amigo Edward Trelawney le animó a hacerlo, pero Byron le dijo que lo hubiera hecho de no haber escrito nada Walter Scott, y que de todos modos un hombre no debería escribir una novela hasta cumplir los cuarenta años, edad que, como bien sabrás, nunca alcanzó.

Por otro lado sí puedo decirte que empezó a escribir una. Se trata de una de las escenas más célebres de la literatura inglesa. Sucedió en la Villa Diodati, que Byron había alquilado en Génova. Shelley, Mary Shelley y Byron están sentados juntos en una tempestuosa noche, cuando Mary dice: «¡Escribamos un cuento de miedo!» Y así lo hacen. El de Mary es *Frankenstein*. Shelley no consiguió llegar muy lejos con el suyo, y las pocas páginas de la novela de vampiros que Byron empezó las cedería luego a otro de los participantes en la velada, un tal doctor Polidori, que sin conocimiento de Byron amplió el contenido hasta convertirla en una novela larga, una de las primeras narraciones de vampiros escritas en inglés. La publicó bajo seudónimo y permitió que todo el mundo creyera que el autor era el propio Byron. Además, Polidori bautizó al personaje principal, el vampiro, con el nombre del protagonista de una novela de Caroline Lamb, una de las antiguas amantes de Byron; el héroe de la novela de ella es un monstruo en

quien todo el mundo reconoció a Byron (¿me sigues?). Todo eso no molestó a Byron en absoluto, y me refiero tanto al comportamiento de Polidori como al de Caroline. Ninguna reacción por su parte, y es que, exceptuando las ofensas al honor, o las traiciones de verdad, Byron era incapaz de sentir el menor rencor, porque terminaba riéndose de todo.

Me sorprende que recorras este antiguo territorio mío. Recuerdo que lo primero que me dijo tu madre (bueno, casi) fue: «Byron nunca me ha gustado.» Acababa de romper el hielo con ella en una fiesta de la facultad — Dios, cuántos años desde que asistí a la última— y yo había mencionado mi interés por Byron. Respondí: «Bueno, claro que no te gusta. Si no lo conoces.» Quizá debería decirte lo mismo, ¿o no?

Vamos, que me encantaría saber más cosas, ¿a qué viene tu interés por Byron? Supongo que tiene algo que ver con Ada, y también me gustaría saber de ti, y prometo responder en seguida a tus preguntas, o enviárselas a alguien que pueda hacerlo, si es que soy capaz de recordar dónde puedo dar con esa gente. Conservo muy pocos contactos de mi antigua etapa académica.

Te quiero, Alex.

Lee

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: <Inovak@metrognome.net.au>

Asunto: Secreto

No sé si lo que hago podría llamarse «edición». Me metí en esto porque obtuve (casi) una licenciatura en Historia de la Ciencia, y trabajé en un proyecto para publicar toda la correspondencia de una sociedad científica del siglo XVIII, de modo que aprendí a entender escritos en caligrafía antigua y malas fotocopias. En primer lugar, la gente que fundó el sitio de Strong Woman no son historiadores de la ciencia; una de las ideas que tuvieron fue la de extraer cartas y documentos de libros, repasar los originales y retranscribirlos (por si se habían producido errores, o *supresiones*, ya sabes) y hacer facsímiles, lo que en realidad era innecesario pero bonito, ya que podías ver la escritura, los diagramas, las ecuaciones y esas cosas que se solían incluir, y, a veces, tachar sobre la marcha (me encanta encontrar cosas tachadas), la letra y los números apretujados en los márgenes, unos obsesivamente pulcros y otros desordenados y caóticos.

De modo que soy la que lee esas cartas y demás, y aprendí los rudimentos de Internet para introducirlo todo, además de otras cosas, como redactar algunos de los comentarios y notas. No obstante, somos un equipo.

Sí, tiene algo que ver con Ada. Estoy en Inglaterra, investigándola para el sitio web, ampliar su biografía e incluir nuevos detalles. Han aparecido unos documentos cuya existencia se desconocía hasta el momento, y estamos pensando qué pueden ser. Una de las cosas que los conforman son unas páginas de notas escritas por Ada, y la historia de cómo adquirió el manuscrito de una novela que escribió Byron. Dice también que va a escribir notas para la novela, y ahí están. No obstante, no tenemos ningún manuscrito de la misma, aunque hay una página que podría pertenecer a ella. Sólo una página. Si extraes una frase y haces una búsqueda en los textos *on-line* de Byron en Internet no hay forma de encontrarla (ya lo he intentado). ¿De qué se trata y adónde fue a parar, si es que realmente existió? ¿Se te ocurre algo? Incluyo la página del texto que hemos recuperado. La he escaneado para que puedas echarle un vistazo. Cuesta leerla, pero podrás hacerlo.

La documentación cayó en manos del sitio web por mediación de un particular. Nadie quiere publicidad de momento. Así que...

Alexandra

Adjunto: [Unapagina.doc](#)

hombre. No importa, soy tan ignorante como él en lo que a ese gran país respecta, ignorancia en la que me regodeo, ya que he terminado para siempre con el mundo que conozco. Quizá debamos descender el Mississippi, como hizo lord Edward Fitzgerald, el único héroe auténtico que he conocido, y, como él, ir más allá, más allá del golfo de México, a Darién, a los Brasiles, al Orinoco. No lo sé.

De modo que adiós. No soy tan insensato como para creer que América pueda ejercer de médico o sacerdote, sé que no todas las enfermedades pueden curarse allí, ni perdonarse todos los pecados. No obstante, esta mañana me siento como quien ha peleado toda la noche en sueños con un enemigo, para al final despertar y descubrir vacíos los brazos. ÆNGUS

De: <Inovak@metrognome.net.au>

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto: Página

Alex:

Es algo sorprendente, y no es que yo sea quién para decirlo, pero deberías asegurarte de que no se trata de una falsificación, sobre todo teniendo en cuenta la misteriosa procedencia de la documentación que mencionabas; hallazgos de este tipo suelen ser anunciados a bombo y platillo en todo el mundo, y la consiguiente publicidad suele elevar el precio, como el millón de dólares del baúl lleno de correspondencia y documentos de Melville, que se descubrió en un antiguo cobertizo de Berkshire hace unos años. De modo que lo primero que debe hacerse es verificar que sean auténticos, cosa que no puedo hacer. Parece inverosímil que el manuscrito de una novela de Lord Byron no haya sido encontrado en tanto tiempo.

Pero qué extraño. América. En los últimos años de su vida, antes de decidirse por la aventura griega, Byron hablaba a menudo de ir a las Américas: sobre todo a Sudamérica, pues no hacía distinción alguna entre una y otra, y emprender allí una nueva vida como colono. George Washington era una de las personalidades históricas que contaban con su admiración sin que ésta estuviera teñida de ironía. Otra era la del Fitzgerald mencionado en la página que me has enviado.

¿Podría echar un vistazo a las notas que escribió Ada, si me las escaneas? No las perjudicará ese proceso, ¿verdad? Se trata de documentos muy valiosos, como seguro sabrás, si es que en verdad son lo que parecen. ¿Y si lo son? Porque entonces... Guau. ¿Vas a acercarte a los archivos Lovelace para ver si puedes encontrar alguna referencia de estos documentos? Parece imposible que pueda haber una novela entera de Byron que haya pasado no relacionada en los papeles de Ada, aunque ojalá sea así.

Ahora tengo dos preguntas para ti que no vienen a cuento. La primera: ¿Por qué pensaste en mí cuando necesitaste una respuesta? Hay un montón de gente más capacitada que yo. La otra pregunta es por qué te haces llamar «Smith» en tu dirección de correo electrónico, ¿se trata de algo relacionado con Internet?

Lee

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: <Inovak@metrognome.net.au>

Asunto: Smith, etc.

Supongo que el motivo de que te escribiera se debe a que es un secreto. No se me ocurría a quién contarle todo esto sin dar demasiados detalles. Eso es todo. En realidad no soy ni una erudita ni una historiadora. Te enviaré las notas de Ada en cuanto pueda escanearlas. No las perjudicará. Además, llevo unos de esos guantes blancos.

Casi todos me llaman Smith. En parte por la universidad. Después de dejar la primera facultad a la que acudí, ingresé en un curso especial para obtener una licenciatura en letras (el programa *Ada Comstock*, ¿qué te parece eso?). También en parte porque en una ocasión bromeé con que quería un apellido por nombre, como esas estrellas de cine de moda con nombres como Parker, Drew y Reese. ¿Por qué no Smith?, dije yo. Y ya ves que la cosa cuajó.

Odio pensar que estos documentos puedan ser falsos. Voy a empezar a investigarlo. Gracias y ya tendrás noticias mías.

Alexandra

De: <Inovak@metrognome.net.au>

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto: Re:Smith, etc.

¿Sabías que durante los últimos seis meses de tu vida prenatal íbamos a ponerte Haidée, por una chica del *Don Juan* de Byron? A tu madre le parecía bien, pero luego cambió de idea. No pude convencerla. Smith está bien. La verdad es que nunca me encajó el nombre de Alexandra contigo. Alexandra es una belleza fría y regia. Alex es marimacho. Sandy es una chica mona con coletas (y una perra llamada *Annie...*). No sé por qué a tu madre le gustaba ese nombre.

Aprovecho para decirte que nadie es un auténtico historiador, igual que nadie es escritor o, para el caso, santo. Esas cosas sólo pueden hacer referencia a lo que haces, no a lo que eres: bien porque escribes, llevas a cabo investigaciones históricas o porque eres buena persona, etc. Deja que sean los demás quienes pronuncien las palabras rimbombantes. Robert Frost afirma que «poeta» es un término que sólo otra gente puede aplicar al referirse a alguien. Créeme, puedes tener una vida repleta de inseguridades si te aplicas uno de esos títulos, se usa para definir tu yo interior. Poeta. Estrella. Genio. Criminal.

Lee

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Asunto: Hola

Thea:

He escaneado las tablas matemáticas y te las he enviado en CD por FedEx; descargarlas te llevaría una eternidad, yo tardé un día entero, con su noche, en escanearlas y copiarlas para que puedas leerlas. Creo que es una bobada que no podamos pedirle a alguien de por aquí que les eche un vistazo, pero Georgiana teme que se pueda descubrir el pastel antes de que hagamos el anuncio oficial. Opino que piensa demasiado, no creo que a nadie le importe tanto como ella cree. Incluso está un poco preocupada por ti, pero le dije que eras mi esclava sexual y que contigo el secreto estaba a salvo.

Me escribió Lee. Yo respondí. Hasta ahora, bien. Es raro, pero no tanto como cabía esperar. Eso es lo que me parece más extraño. Supongo que tarde o temprano tendremos que decir algo. Sería muy muy raro si no lo hiciéramos.

De: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>
Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>
Asunto: Re:Hola

lo haras creeme y entonces ya se vera no lo apruebo pero no voy a proporcionar al fbi su direccion de correo electronico de todos modos o ya la tienen o no le dan importancia la verdad es que no me importa nada el me refiero solo quiero que no te haga daño

vacaciones de primavera en la facultad asi que ELLOS se han ido a casa o al apartamento y aqui estoy a solas de noche con mi v ah que mierda

t

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Asunto: v

Te llevaré un nuevo v, amor mío. El Especial Spice Deportista.

Voy a echar un vistazo en Oxford a la documentación de Ada. Georgiana quería acompañarme («nos turnaremos para conducir, querida») pero le ha salido un asunto familiar. No lo lamento, aunque me da un poco de miedo ir sola. Oxford. Me siento como un ratón de campo que no cuenta con la compañía de un ratón de ciudad que le muestre todo lo bueno, y también todo lo malo. Como si me pudieran comer viva. Anoche tuve un sueño relacionado con eso de ir a un sitio enorme y oscuro y hostil (como sólo pueden serlo algunos lugares que visitamos en sueños) y no encontrar la salida; no había nadie que pudiera ayudarme, y a nadie le importaba. Creo que debe de ser cosa de la niñez, esos sueños, me refiero, cuando los adultos no te prestan la menor atención y tú no sabes por qué tienes miedo.

Escríbeme. Dime que soy valiente y lo seré.

Smith



TRES

De la Educación de Alí en varios campos



unto a la costa sudoeste de Escocia, entre el océano y las montañas, se encuentran las ruinas de una abadía^[1], unidas de forma incongruente a una casa del siglo pasado, frente a terrenos donde en tiempos se alzaban también los nobles árboles y los ciervos comían manzanas y pacían la hierba. Hay un pequeño lago, bordeado por una pared de granito, donde algún antiguo lord disfrutaba jugando con sus flotas en miniatura a las que empeñaba en ficticias batallas navales, pero que ya no luce en su centro la reluciente columna de agua. Este lago era el más pequeño de una serie de lagos conectados^[2], donde las aves acuáticas se reunían en la temporada para establecerse en un amplio bosque de robles que en tiempos albergó caza y sirvió por igual de alimento a los cerdos. Los bosques fueron talados, el agua de los lagos desbordó sus límites para extenderse por las marismas, de aspecto desolado y amenazador.

A esta casa llegaron lord Sane y su hijo Alí tras un mes de viaje, procedentes del sur. Alí ya era su hijo según dicta la ley inglesa, tanto como lo era por naturaleza. Sane había tenido la precaución de recalar en Londres un tiempo para preparar la documentación necesaria a fin de formalizar la adopción y demás documentos, con sus sellos y testigos, sus Dondequieraque y sus Subyugaciones de forma debida, firmadas y registradas tal como debe ser. De este modo se subsanó un error cometido en su matrimonio con su esposa, tal como lo entendía el propio Sane. Porque, bebido como había estado a menudo durante el breve cortejo mediante el cual obtuvo la mano de la dama, no había llegado a comprender del todo bien que sus propiedades estaban destinadas a sus herederos, y que, de no tener descendencia, todo pasaría, a la muerte de su esposa, a primos lejanos que aún eran niños, mientras que él apenas percibiría una parte (que ya le había sido adelantada y que por supuesto había gastado) del dinero de la dama. Lord Sane, después de haber examinado, más sobrio y con la ayuda de abogados, todos los gastos de la propiedad, había decidido que el heredero de la familia debía ser *hijo legítimo* de la dama, y que éste no tenía por qué ser *fruto de su cuerpo*. Así, según los documentos y demás escritos, su propio hijo se convertiría en hijo adoptivo de las tierras de la madre, aunque con todos los derechos.

Cuán a menudo enredamos nuestros propios futuros por culpa de no haber leído con cuidado lo que nuestros agentes y notarios nos envían, nos explican ¡y a lo que nos ruegan que prestemos atención! La vida, nuestra vida, depende de ellos, como en los argumentos de las novelas; llegamos con peligro a nuestra última página, ¡si no hemos prestado atención a la lectura!

Había otro obstáculo difícil de remediar, y era la tendencia de lord Sane para hacer exactamente cuanto le venía en gana; no todas las tierras y títulos reportaban los ingresos suficientes para satisfacer la manutención del señorío, sobre todo por los perjuicios tras las primeras deudas de lord Sane, y los consecuentes intereses, y los judíos e intermediarios (las mujeres peores que los hombres en este último caso) que tenían congelados los bonos y le habían aplicado intereses, los cuales a su vez debía satisfacer a pesar de que las rentas hubieran volado ya hacía mucho tiempo. Cuando lord Sane no se entregaba a una vida de libertinaje, se dedicaba por necesidad a conseguir dinero con el que poder pagar el coste de la misma, y, a pesar del esfuerzo, no siempre quedaba a la par. No podía vender la antigua residencia, aunque sí podía vender todo cuanto había en ella, tal como había venido haciendo desde hacía años. En tiempos, las salas habían albergado espejos y camas de plumas, estanterías y libros, armas de fuego en sus cajas, porcelana china así como francesa. Lord Sane no distinguía un objeto de otro, o ponía todo su empeño en no hacerlo, pero no así los señores Christie, quienes asimismo habían vendido los Reynolds de la casa, los Canaletto^[3] y los Kneller, aunque habían despreciado el resto. Al final, después de haberse desprendido de todos esos objetos *innecesarios*, se dispuso a vender los tiradores de bronce de las puertas, el emplomado de las ventanas, los complementos de las chimeneas y las andrajosas alfombras donde dormían los perros.

Cuando Alí llegó a la casa, la encontró pues expoliada y desnuda. No obstante, el joven no podía percatarse de ello, ya que jamás se había encontrado en medio de tanto lujo, ni siquiera con su padrino el pachá, el cual, a excepción de las alfombras y las armas, nada tenía en sus estancias y en sus tiendas que demostrara tal munificencia; tampoco tenía retratos de nadie, y de hecho el Corán prohíbe la representación de la figura humana, por lo que no los había de sus antepasados, en caso de haber sabido quiénes eran éstos. Cuando se abrieron las imponentes puertas y los pocos sirvientes que seguían trabajando en la propiedad se reunieron para dar la bienvenida a su señor, y los rodearon en el amplio vestíbulo donde en una ocasión un centenar de monjes habían roto el ayuno, Alí sintió una especie de asombro, emoción reflejada en sus facciones que resultó evidente para su padre, a quien no puede decirse que disgustara.

Lord Sane llevó a su hijo por las desnudas galerías y los claustros abandonados (las celdas donde en el pasado habían rezado, o *no*, los hombres de Iglesia) y la antigua cocina que estaba en ruinas, cuya chimenea era tan grande como más de una cabaña albanesa. Lo llevó abajo, a los estrechos pasadizos con molduras de ladrillo y a las criptas profanadas por el propio laird en busca de tesoros enterrados, tesoros que

como todo el mundo sabe el Cielo sólo concede a la gente de *bien*, razón por la que él no había encontrado ninguno. Había abandonado pues las paredes hechas una ruina, así como las herramientas de las que se había servido para ello. En la capilla sin techo, la vegetación crecía en la cornisa y la gola, incluso sobre los cascotes, algunos de los cuales representaban los rostros de santos y ángeles, que no eran ya sino estorbo al paso. Todas estas visiones, las obtuvo Alí a medida que se ocultaba el sol, cuando la oscuridad se extendía por la antigua región y cantaba un búho desde la agrietada piedra. Las emociones experimentadas, que en el sentir de un inglés hubieran despertado los temblores más *góticos*, así como reverencia y temor, adquirieron en el joven albanés la forma de una sensación de curiosidad, de asombro y una especie de vértigo al no saber si de veras se encontraba allí o no, o si se trataba de *él*, si acaso era *él* o el mero soplo de un espíritu extraviado.

Y cuando ambos hubieron disfrutado de un refrigerio: un somero plato escocés a base de huevos, lo único que podía permitirse la cocina, además de una botella de clarete (de toda la casa, la bodega parecía lo único que había escapado al expolio), dijo lord Sane:

—Ahora me complacería mucho que fueras arriba a presentar tus respetos a tu señora madre en sus dependencias. Mi lacayo te mostrará el camino.

—La señora no es mi madre —replicó Alí.

—¿Cómo decís, señor? —preguntó su padre, cambiándole el tratamiento a causa de la sorpresa, sorprendido ya que el joven nunca le había llevado la contraria antes. Todo cuanto Alí había soportado lo había hecho en silencio, hasta ese momento, en que no pudo contenerse y habló.

—Digo que la señora no es mi madre —repitió Alí—. Será un placer presentarle mis respetos, pero no como a una madre, ya que tuve una madre.

—Que está muerta —dijo Sane—. Y bien muerta.

—Debo honrar su memoria —insistió Alí—, y no voy a llamar madre a ninguna otra mujer, pues ese título le pertenece a ella.

—Eres muy bueno —dijo lord Sane, sonrojado—. Su muerte fue debida a tu alumbramiento, y al hecho de que tú existas, de modo que ella hizo todo cuanto pudo; te recomiendo que busques en otra todo lo que ya no puede darte.

—¿A qué os referís al decir que su muerte se debió a mi alumbramiento? —preguntó Alí.

—Pues a que engendrarte suponía la pena capital para ella —respondió su padre al tiempo que golpeaba la mesa—. En cuanto se supo que estaba embarazada, su muerte fue segura. Antes se hubiera venido abajo el cielo que permitir que semejante mácula quedara sin castigo. Yo también estaría muerto de no haber tenido la suerte, por decisión de tu gente, de convertirme en hermano de sangre del esposo de tu madre, y, por tanto, en alguien intocable.

Si la joven alma de Alí conservaba aún un resto infantil éste era su lentitud para pensar mal de quienes le rodeaban, y, por tanto, su incapacidad para discernir entre la

verdad o la mentira, es decir, para sacar las peores conclusiones de las acciones de los demás; pero comprendió entonces cuál había sido la situación, no sólo la suya sino también la de su madre.

—En tal caso, sabíais que la condenabais a muerte.

—¡Ah! ¿Quién puede saber en qué derivará una aventura? Pero dejemos ya este tema.

—Sabíais que había avergonzado de tal modo a su marido que éste tenía que matarla. ¡De no haber sido porque abusasteis de ella, seguiría hoy con vida!

—Tus lamentos van desencaminados —dijo lord Sane—. No les importaba. Los tuyos consideran a las mujeres ganado; de no haber muerto de ese modo, el trabajo la hubiera llevado a la tumba poco después. Lo único que hizo fue librarse de una vida de sufrimiento. —Apuró la copa y añadió—: Si la historia que me confió el pachá es cierta, mi *hermano* la degolló con su propia mano.

Alí, como empujado por un movimiento reflejo, involuntario incluso, tiró de la espada del pachá que ceñía al costado. Su padre mismo había insistido en que la llevara, debido a los salteadores de caminos que poblaban aún el largo trecho hacia el norte. Y así, con la mano en la empuñadura, sus ojos lo observaron desafiantes.

—¿Vais a desenvainar, señor? —preguntó lord Sane con una voz en la que se mezclaban la ira y la *satisfacción* de forma incongruente—. ¿De veras? ¡Pues hacedlo! ¡Veréis que no tengo más que el bastón, y que no titubearé a la hora de moleros a palos si me ofendéis!

Durante un largo e interminable instante ambos se observaron en silencio desde los extremos opuestos de la mesa, el hombretón a un lado, el joven al otro, sin moverse ni apartar la mirada el uno del otro. Tampoco se movieron el mayordomo, el lacayo o la doncella que los observaban desde el umbral de la puerta.

¿Qué iba a hacer nuestro joven? Al comprender claramente la situación, engendrado mediante el pecado y el asesinato, arrancado de su hogar, tan sólo tenía un amigo en la persona a la que desafiaba, un padre que tan dispuesto parecía a matarlo como lo había estado a llevarlo a ese lugar. ¿Qué podía hacer? Sin decir una palabra más, sin inclinarse tampoco, apartó la mano de la empuñadura del arma y relajó la belicosa postura. Haría cuanto le dijeran, o le ordenaran, porque por ahora no tenía elección. No obstante, jamás admitiría deber nada al hombre que tenía delante.

—Permitidme señalar la hora —dijo Sane, consciente del triunfo obtenido sobre el joven—. Su señoría, mi esposa, se retira temprano y se levanta tarde. Sería mejor que subierais ahora. Os estará esperando. —Y dicho esto hizo un gesto al mayordomo, quien se acercó para acompañar a Alí—. Transmitidle mis mejores deseos —pidió lord Sane—, pero no prometáis, ni sugiráis, que la visitaré. Al menos no esta noche, y tampoco mañana.

Siguió Alí al espectral Factotum desde el vestíbulo, a través de una puerta y una estancia que daba a una escalera que ambos subieron. El hombre se detuvo para encender una lámpara que reposaba en un rellano, y luego continuó subiendo hasta

llegar ante una puerta pintada. Allí se volvió hacia Alí y pareció a punto de decir algo (el labio trazó una curva, y sus ojos de pez se iluminaron unos instantes), pero se limitó a llamar a la puerta y escuchar algo procedente del interior que Alí no llegó a captar. Abrió la puerta y anunció a éste con un susurro ronco.

Al entrar, Alí tuvo la impresión de que la estancia estaba vacía. Tenía un acabado más completo que otras salas y salitas por las que había pasado: por ejemplo, tenía cortinas, y el papel de las paredes no parecía manchado de humedad. También se veían enteras las alfombras que cubrían el suelo, y la cama conservaba el baldaquín y las sábanas. Procedente de aquel lecho, Alí alcanzó a oír una vocecilla al tiempo que la puerta se cerraba.

—¿Tú eres el muchacho? —repitió la débil voz del personaje invisible.

Alí se adentró en la penumbra de la estancia y reparó en que al otro lado de las cortinas había alguien, una figura gruesa envuelta en sábanas, una figura que en ese momento levantó la mano a modo de saludo, o de abandono, un gesto que en cualquier caso Alí no supo cómo interpretar.

—Señora —dijo él al tiempo que inclinaba la cabeza, tal como había visto hacer a su padre.

—Lord Sane te ha enviado a mí —dijo la dama, puesto que era ella, o su espectro, quien se incorporaba en ese momento sobre las almohadas—, para que pueda darte mi bendición.

—Sería un placer para mí —dijo Alí.

—Acércate para que pueda ver qué hijo me ha sido concedido. Ven.

Alí hizo como se le había ordenado y se acercó a la cama de lady Sane, a quien al encontrarse más cerca pudo ver, aunque no con demasiada claridad, y quien le pareció una persona alegre, con una sonrisa amable y un conjunto de rizos que escapaban al gorro de dormir.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Alí.

—¡Alí! ¿No te ha puesto un nombre cristiano?

—No, no hizo tal, aunque sus consejeros creían que debía hacerlo, y le apremiaron para que me bautizara, tal como se dice. Lord Sane no estuvo de acuerdo. Le divierte, o eso dijo, que su hijo conserve el nombre que le pusieron al nacer.

—¿Ha sido amable contigo? —preguntó la dama, como si tuviera motivo para pensar lo contrario—. ¿Te ha proporcionado, al menos, todo lo que necesitabas?

—Señora, me ha dado todo cuanto necesitaba —respondió Alí.

La dama guardó silencio largo rato, al comprender quizá que Alí era sincero. Entonces, en un tono que revelaba mayor asombro que objeción, dijo:

—De modo que ahora tengo a un turco por hijo.

—No, señora —repitió Alí, quien por primera vez consideró la comicidad de la extraña carrera que llevaba, y digna de risa la situación—. No soy turco. Soy medio inglés, si mi padre cuenta la verdad, y medio hijo del pueblo ochrida, pueblo cuyas

gentes han matado a más de un turco. En verdad no soy nada, o una parte de algo y una parte de otra cosa. Aunque no me considero partido en dos, sino entero, o puede que lo sea, todo en uno.

Mientras así hablaba, se agitó la ropa de cama que envolvía la figura de lady Sane, igual que los espumosos mares se agitan con el embate de las olas. Levantó la cabeza de la almohada y sus ojos, amables y joviales como los de un fauno, ojos que Alí juzgó extraordinarios, se abrieron de par en par fijos en él.

—Pues claro que lo eres, querido niño —dijo ella—. Eres uno y todo en uno. Entonces —y aquí lady Sane se acarició la barbilla con aire pensativo—, si no eres turco y no tienes un nombre cristiano, ¿eres cristiano?

—No —respondió el muchacho—. Apenas acabo de empezar a hacerme entender en inglés y a vestir como tal, pero no tengo ninguna otra cualidad inglesa.

—Bien. No he pensado en si es una cualidad inglesa ser cristiano, y tú ahora no vives en tu nación, y tienes alma, ¿no es así?

Alí no sabía qué responder a esa pregunta. Creía que esa palabra significaba todo aquello que en su cuerpo no era carne, sino que era su yo verdadero, lo que él era o podía ser.

—Creo que sí —respondió.

—Entonces podrá salvarse.

Dicho esto, sacó de la mesilla de noche un libro encuadernado en cubiertas negras que cualquiera de nosotros a este lado del Mediterráneo reconoceríamos de inmediato. Lo sostuvo ante él, no para que lo cogiera, sino para que lo observara, ya que, al igual que todos los que reverencian ese Libro por encima de todas las cosas, por lo visto creía que emanaba la misma virtud cerrado que abierto.

—Acércate —dijo—. Leeremos juntos.

—Señora, no sé leer.

—Entonces tendrás que aprender —dijo la dama al tiempo que se incorporaba en la cama—, ya que quienes no saben leer o escuchar no pueden aspirar a la salvación.

—¿Salvación? —preguntó Alí al oír repetirse la palabra, tan preñado su significado (o significados) de una prole rica y también contraria.

La dama señaló un lugar en la espaciosa cama, haciéndole entender que debía sentarse ahí, junto a ella, y cuando, con cuidado y cierta turbación, lo hubo hecho, lo miró más de cerca con sus cálidos ojos.

—Veo que necesitas un amigo —dijo ella—, de modo que heme aquí; recemos juntos para ser consuelo y protección el uno del otro.

—Como deseéis —aceptó Alí con toda la amabilidad del mundo.

No sabía hasta qué punto esa dama había de protegerle, ni cómo correspondería él a su vez, tal como ella creía en ese momento que haría. No obstante, necesitaba de una amiga, y no se había presentado nadie más, ni parecía probable que lo hiciera, aparte de su propia alma, en la que no se atrevía a depositar tanta responsabilidad. De modo que asintió en voz baja y tomó su mano gordezuela como una codorniz rellena,

e igual de fría; y se compadeció de ella igual que se compadecía de sí mismo. Pronto la dama le despidió de su lado, no sin prometerle que volvería a requerir su presencia cuando recuperara las fuerzas.

* * *

Así fue como Alí encontró una profesora en lady Sane, y aprendió el significado de aquellos signos y símbolos que apenas había empezado a reconocer en compañía de su circular tutor a bordo del bergantín de la Armada que lo había llevado a Albión. A lord Sane no le agradó demasiado la noticia de que su hijo hubiera sido invitado a pasar tanto tiempo en compañía de su esposa, y observó a Alí con su mirada *reptiliana*, pero nada dijo a modo de prohibición. Pronto se marchó de la casa, si es que podía dársele ese nombre al hogar donde vivía. Apenas había pasado un mes desde su llegada. En ese tiempo había alimentado y molestado a sus animales, de día había recorrido a galope tendido los campos de los asfixiados arrendatarios, o había discutido con su despensero. De noche había bebido clarete, descorchando las botellas con un atizador, tan compleja se le antojaba la labor de descorcharlas de otra manera, o de llamar a alguien para tan duro empeño. «¡Basta!», gritó entonces. Reclamó el coche, al bruto de su cochero, grandote como un patagón, y los cuatro caballos negros que tan sólo ese cochero podía controlar, y se fue al sur con aquellos de cuya compañía disfrutaba.

Cada mañana, Alí subía la escalera que conducía de la antigua abadía que presidía lord Sane (aun en su ausencia) hasta llegar a la parte nueva, residencia de lady Sane. Ésta no siempre estaba «presente», puesto que a menudo sucedía que sus pensamientos se apartaban de los libros y los documentos en los que Alí escribía sus torpes letras, para recalar en el pasado, o en los sueños, o en el Cielo, al cual pretendía conducir al hijo de su esposo. Pero a menudo, al adentrarse en esos reinos lejanos, su imaginación iluminaba la parte opuesta de ese paraíso, y temblaba al pensar en algo que no podía expresar con palabras, algo que no podía contar y que parecía temer. Cuando Alí, alarmado, preguntaba qué le sucedía, qué era aquello que tanto temía, se limitaba a responder: «¡Pues ser condenada y sufrir por ello!», sin dar más detalles acerca de por qué el Divino Juez podría tomar semejante decisión. Alí, que no estaba muy por la labor de pensar qué le depararía la vida después de la muerte, a pesar de la insistencia de lady Sane, no podía sino ponderar y lamentar el padecimiento de la desdichada dama.

En cuanto a las otras almas que poblaban aquel palacio en el Limbo, había sirvientas que se apartaban de él como cervatillos, acostumbradas como estaban a temer las atenciones del señor de la casa, o de quienquiera que ocupara su lugar. También había un cocinero, criadas y uno o dos tétricos lacayos, así como la doncella personal de la señora, cuyo aspecto era tan espectral como el de ésta. Alí, que no sabía muy bien cómo debía tratar a la servidumbre, los espantaba a veces sentándose

en silencio con ellos en sus cocinas y talleres, donde aprendió muchas cosas que, cuando empezara a acudir a la escuela, tendría que desaprender por mucho que jamás las olvidara. Los afrentaba también porque no soportaba esperar, y hacía por sí mismo las cosas que supuestamente debían hacer ellos. Era feliz cuando estaba solo y salía por ahí, sin más compañía que un negro perro terranova^[4] que él mismo había escogido de una camada que tuvo la perra favorita de su padre. Este animal llegaría a convertirse en una parte de sí mismo, la mejor parte de sí mismo de hecho, dispuesto a incorporarse y echar a correr y dormir junto a él, siempre leal sin motivo, sin reservas, con toda la fuerza de su corazón. «Tu guardián», llamó lady Sane al compañero de su hijo cuando Alí lo llevó a su dormitorio; y cuando éste comprendió el sentido de aquella palabra la adoptó como nombre del animal, pues tal era su naturaleza. En su compañía recorrió Alí leguas y leguas de desnudas colinas y jóvenes bosques; a menudo lo veían desde la abadía, paseando a la intemperie, sin hacer nada en particular y, al menos durante un rato al día, ¡una bendita hora!, sin pensamientos, a excepción hecha del dolor de las articulaciones y el aire que llenaba sus pulmones, hasta que de veras tenía la impresión de haber vuelto a las colinas de Albania (que a sus ojos guardaban un gran parecido con las escocesas, excepto por lo que a la humedad concernía), persiguiendo a las cabras de nuevo, entre su pueblo y con su amada.

¡Imán! No podía apartarla de su corazón, pero su imagen clara no cambiaba, ni crecía, ni se alteraba en lo más mínimo. Se había convertido en un retrato, una única expresión, un gesto, o unos pocos, su voz, la misma, escuchada aún, pero la voz de alguien que se ha alejado y que no ha vuelto la vista atrás. En el parque, no muy lejos de la abadía, crecía un olmo^[5] de doble tronco, dos brazos separados que habían surgido de una misma raíz y que habían crecido juntos año tras año, separándose a medida que lo hacían. En sus extremos, Alí grabó con la punta de la espada que había traído de la tierra que lo vio nacer su propio nombre y el de *ella*, con las letras de la tierra que lo acogía, lo único que había aprendido a escribir.

Hubo otro morador de la casa que le mostró cierta amabilidad e hizo un esfuerzo por recibirlo con los brazos abiertos. El viejo Jock^[6], tal como era conocido, era un antiguo sirviente del «viejo laird», el padre de lady Sane. En verdad parecía llevar consigo, en el rosáceo tono que teñía sus mejillas, en la sonrisa pronta y en la escarcha de su cabello y las patillas rizadas, el espíritu de un pasado alegre y de una casa donde se respiraba la armonía. El humo de la larga pipa y el tacto de las manos callosas recordaban a Alí al viejo cabrero que había cuidado de él de pequeño, lo cual lo predispuso a favor de aquel hombre. Con él aprendió Alí a hacer balas, y a limpiar y cuidar de pistolas y escopetas, y, cuando al final abandonó la abadía y a su ángel de la guarda, era capaz de apagar la llama de una vela a cincuenta pasos. Junto al fuego del viejo Jock, sentado en un banco bajo escocés, Alí escuchó historias que se remontaban a épocas remotas, y el tiempo que pasó a su lado le confirió un marcado acento escocés que ni siquiera su tiempo de permanencia en la escuela podría borrar.

A través del viejo Jock supo de los caprichosos lores y nobles que, a pesar de no llevar su sangre en las venas, se erguían tras él en fila como un desfile de hijos de Banquo en el espejo de la bruja, siendo él el heredero de la casa.

—No hay otro ahora —dijo—. Y nunca habrá otro, excepto vos, porque cayó tiempo ha sobre esta casa la maldición de que sería estéril y no habría más.

—¿Una maldición?

—Mi señora solo alumbró un hijo —explicó el viejo Jock, cuya voz se había vuelto susurro, como si alguien (alguien a quien no debía nombrar) pudiera escucharles—. El nacimiento no fue fácil, y el niño no tardó en morir. Después de eso, mi señora se encerró, se apartó del mundo, o la apartaron, no importa cómo se diga.

—No parece que en ello medie una maldición. Muchos hijos mueren al poco de nacer.

—Ah. Ah, joven señor —dijo el viejo Jock—. Consideramos una maldición cuanto nos sucede, si estamos seguros de que eso es lo que es. El viejo laird, que Dios lo bendiga, aseguró que el matrimonio de su única hija traería la ruina a esta casa.

—Pues sigue en pie —dijo Alí.

—Y aquí estáis vos, además —continuó el viejo Jock, con un brillo amable en la mirada, a pesar de ser ésta demasiado sabia para albergar amabilidad—. Sí, sí, ¡aquí estáis!

Pero para convertir a un hombre en un caballero inglés no basta con hacerle aprender a escribir junto a una dama pía, ni aprender cosas de la vida junto a un hombre de la tierra. Llegó el momento en que Alí tuvo que ir a la escuela (de hecho, era ya mayor para ello). Lord Sane y su esposa tenían opiniones distintas al respecto: lady Sane quería tener al muchacho cerca, mientras que lord Sane no quería ni oír hablar de ello, y prefería que los otros chicos sacaran a Alí del cascarón, y lo pulieran como si de una gema encontrada en un recodo del camino se tratase. La escuela que escogió para él (no obstante la débil oposición de lady Sane) se encontraba muy al sur, casi en Londres.

Ida^[7] (así la llamaremos aquí) fue por aquel entonces la primera, o quizá la segunda academia donde recalaban quienes eran demasiado mayores para aprender de sus padres, o demasiado jóvenes para hacerlo del mundo. Eran allí instruidos por sus sabios o ignorantes profesores, y también, mucho más, por sus compañeros. Alí llegó en el verano de su decimocuarto año, tarde y mal preparado para lo que le esperaba, ya que su protectora lady Sane no había podido, y su padre ni se había molestado en describirle a qué iba a enfrentarse. La multitud de jóvenes con sombrero de copa y levita se agolpó de inmediato a su alrededor, al tiempo que dejaban claro lo distinto que era de ellos, tanto en experiencia como en saber. Lo tacharon de joven y de demasiado viejo, de demasiado alto y demasiado delicado, de ignorar cosas que no podía haber aprendido en ninguna parte. Le sorprendió descubrir que en calidad de estudiante novel dependería... no, sería el *serviente* de otros que

podrían exigir cualquier cosa de él. Sólo el afán combativo, que a menudo le hizo sangrar e hizo sangrar a los demás, lo mantuvo apartado de las peores degradaciones por costarles demasiado esfuerzo a sus mayores infligírselas. Descubrieron éstos que resultaba más sencillo y causaban mayor dolor burlándose de él, aunque no siempre a la cara pues pronto se volvieron cautelosos con ello, y no les faltó material para tales chanzas.

«Turco me han llamado, y lo que es peor, bastardo», escribió a su padre, «lo cual no soy, y hubiera preferido que atentaran contra mi vida que contra mi honor. No recurriré a los profesores, puesto que quienes así me han insultado tienen más influencia con ellos que yo, que apenas acabo de llegar, y a quien todos miran con suspicacia, como si fuera una especie de monstruo. A pesar de lo cual soy capaz de responder en todas las clases, y en los exámenes, lo bastante bien como para demostrar que soy tan hombre como ellos. Quiero que me defendáis, tanto como poco lo habéis hecho hasta ahora, e informéis a los profesores, que nada han hecho para apoyarme en presencia de estos enemigos, de los insultos que he soportado y de qué remedios pueden aplicarse. También necesito dinero para comprar obsequios a quienes puedan apoyarme (es lo habitual), nada quiero para mí, pero recibo regalos y no soy capaz de dar *nada*, lo cual me avergüenza en extremo».

A esto respondió su padre sin darse mucha prisa en hacerlo: «¡Cómo! ¿Te llaman turco y bastardo y tú contienes tu lengua? Todo eso es verdad, y nada nos hiere de verdad excepto lo que es mentira, por tanto, que te hieran tal como corresponde, o replica con lo mismo que has recibido, con la verdad, si es que la verdad te acomoda, o con lo que se parezca a ésta si la verdad no sirve a tu propósito. Si al hacerlo no obtienes la respuesta que buscas, ni infliges las heridas con las que pretendes empujar a la retirada a tus enemigos, entonces recurre a algo más afilado, algo que trajiste contigo de tu tierra natal. He aquí la suma de mis consejos: no me preguntes más hasta haber intentado todo esto. Respecto al dinero, yo me he deshecho del que tenía, por lo que deberás o acudir a lady Sane, si es que ella tiene o puede desprenderse de algo, o bien robarlo.»

Alí escribió de nuevo después de haber leído (y hecho pedazos) la misiva de su padre: «Milord, si debo ser insultado y ser objeto de burlas por algo que no puedo evitar ni cambiar aunque quisiera hacerlo, que no quiero, de acuerdo, aceptaré la ayuda que me ofrecéis, aunque no sean más que palabras, y nada más os pediré. No importa mucho. Ha habido quienes han empezado con nada y han acabado con mucho. Me labraré un camino a la grandeza, pero nunca con deshonor. Queda, milord, vuestro muy afectísimo y obediente hijo, Alí.»

Tal escribió, y el lord su padre no llegó a saber que mientras de día toreaba a sus compañeros bastante bien, e incluso se ganó los corazones de algunos de ellos por puro coraje, y por su frescura también, y por cómo se dirigía a los profesores, ya fuera con seriedad o burla, en la oscuridad, a solas, lloraba sin que nadie lo consolara. Jamás había disfrutado de las caricias de una madre, y ni siquiera sabía cómo pedir al

Cielo aquello que más deseaba: ¡un amigo! Su ser era cándido y tan fácil de herir como el cuerno de un caracol, y, por las mismas razones de conservación que un caracol, levantó a su alrededor un caparazón de piedra. A menudo se alejaba de sus compañeros y de sus quehaceres para retirarse a solas a un antiguo cementerio. No para conversar allí con los muertos (puesto que los jóvenes rara vez ponderan su propia mortalidad, e incluso cuando lo hacen no creen realmente en ella), sino para soltar allí la carga de su impostura, tal como él lo consideraba, de indiferencia y temeridad, de igual modo que un caballero se libra de su armadura en la tienda, donde nadie puede verlo.

El silencio y las antiguas piedras hacían compañía al solitario, pero llegó un día en que Alí, tras acercarse a sus compañeros de granito, encontró a otro, tan de carne y hueso como él, presente allí, apoyado en su lápida favorita^[8]. No era un desconocido para Alí (a quien saludó con alegría), y le hizo sitio en el cómodo seno de quien allí estuviera enterrado. Sin embargo, Alí respondió exigiendo saber qué hacía él allí, a lo que el muchacho respondió con la misma pregunta. Por un instante Alí apartó la mirada, más allá de los campos y el valle, los cuales también había llegado a considerar *propios*.

—Ven —oyó decir al otro—. Hay sitio para dos.

—Prefiero escoger la compañía —replicó Alí sin dignarse volverse—. O sea, la mía.

—Oh, cállate —dijo el muchacho. Cuando Alí, furioso, se volvió hacia él, vio que el recién llegado sonreía, y que con esa respuesta tan sólo había pretendido arrancar a Alí de la rígida solemnidad, y aunque quiso conservar la expresión de su rostro descubrió que no era capaz. En lugar de ello, se sentó riendo donde el otro le había invitado, y no sólo aceptó su mano, sino también que le pasara un brazo por el hombro.

Lord Corydon^[9], así llamaremos al joven, era el primogénito de una familia empobrecida; poseía ya el título a pesar de que distaba mucho de ser mayor de edad, debido a que su padre había muerto hacía poco al caerse del caballo. Más joven que Alí (como lo eran la mayoría de sus compañeros), éste no había reparado en él excepto en una ocasión en que lo había visto cantar en la capilla con una voz extraordinaria, transfigurado por su propia alma, la cual, abandonando su cuerpo (tal como cuentan que hacían en la Antigüedad) en forma de canción, penetraba en sus absortos oyentes, ninguno de los cuales era más receptivo que Alí. Ciertamente que, hasta entonces, su primer —y único— placer había sido estar a solas, pero había otros, raros y menos fiables pero igual de grandes. Ese día, se forjó una profunda amistad entre ambos que estaban seguros de que no cesaría jamás.

¿Cómo dejar constancia aquí de la juvenil conversación que mantuvieron, intensa a la par que ligera? Las burlas que hicieron morían al instante de ser pronunciadas, y ahora hace tiempo que se desvanecieron; sus baladronadas y desafíos se evaporaron en el aire; los estudiosos y profesores de los que hablaron con gran admiración o

desprecio se dispersaron, y todos cambiaron; los jóvenes ya no son tales, y algunos han muerto^[10]. Alí, tal como habrá comprendido el lector, era de los que acusaban profundamente las injusticias, con sobrados motivos; no obstante, su corazón era sólido y puro, y hasta el momento no lo había ensombrecido ni un atisbo de amargura. Era celoso de su honor, en tanto en cuanto afectaba a su acosada persona, casi siempre parecía a punto de desvanecerse, y a duras penas podía encadenarlo en su interior sino por una vigilancia constante. Lord Corydon era su opuesto, o complementario, tanto en color como en el resto de las cosas: era igual de rubio que sus compañeros, tanto como Alí era oscuro, y sus ojos de zafiro tan claros como los de Alí negros; era tan pobre como Alí, pero alegre y despreocupado. Nunca se sometía a ceremonias o precedencias, muy al contrario que Alí; lento en ofenderse, rápido en perdonar y, también, muy cuidadoso con sus sentimientos, como Alí, cuyo corazón, una vez entregado, lo era para siempre, a menudo para perjuicio suyo.

Fuera como fuese, era estupendo tener a alguien que te confortara en un lugar tan duro como lo era Ida; alguien que cuidara de ti en los momentos malos; que te protegiera y que se dejara proteger por ti; que se desvistiera contigo para tomar juntos el frío baño de Ida, y compartir después el calor del lecho (puesto que no podían permitirse camas individuales, más costosas); alguien con quien reír mano a mano, ¡y enfrentarse al mundo!

Los amigos no pudieron separarse al finalizar el curso, y el más joven invitó al otro a pasar todo el tiempo que quisiera en su casa. Rió ante la hospitalidad que Alí veía en el gesto.

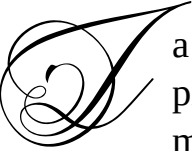
—Nada que ver con una abadía o un castillo —le advirtió—, y no hay mucho que hacer excepto subir a las colinas, canturrear y mirar por la ventana. ¡Yo ya he cumplido con mi deber, así que date por avisado!

Sin embargo, no había cumplido del *todo* con su deber, ni le había contado todo respecto a su hogar y familia, lo cual intuyó Alí a partir del modo en que sonreían sus ojos; a pesar de ello no hizo ninguna pregunta, sino que escribió a lady Sane para decirle que el viaje de ida y vuelta de Escocia no era muy conveniente dado el poco tiempo de que disfrutaría, y que cuidarían de él (hizo que lord Corydon adjuntara sus mejores deseos para la dama y una nota tranquilizadora), y luego ambos dieron tumbos hacia poniente en un coche de posta, sin un penique en los bolsillos, pensando Alí en el hecho de que jamás en la vida se había embarcado en un viaje con tan magníficas y alegres expectativas.



CUATRO

Una visión de Amor, con su resultado, el Matrimonio; y del Dinero, con lo mismo

a propiedad de los Corydon no era la de los Sane. Los robles seguían en pie, y alargaban su sombra sobre la casa y las torres pintadas de rosa, un montón de ellas. Y sobre los arcos y ventanas y tubos de chimenea y parterres y columnatas, añadidas y sustraídas una y otra vez desde los tiempos de la buena reina Isabel. El difunto lord, optimista como pocos, por no decir que el optimismo lo cegaba, había hecho bandera del Cambio, y allí era donde lo había puesto en práctica, puesto que era «más rico de lo que la avaricia podía soñar», al menos hasta la semana siguiente, cuando nuevas noticias llegaron a la Bolsa y lo que tan milagrosamente se había multiplicado igual de milagrosamente se redujo (*milagrosamente* les pareció, al menos, a quienes lograron mantener lleno el que para muchos era un vacío pellejo). De pronto desapareció todo por completo, incluso las inversiones originales, sólidas libras esterlinas y doradas guineas que no aparecieron por ninguna parte. El desdichado lord pensó en el sufrimiento que aquella ruina llevaría a su amada esposa e hijos, y consideró la posibilidad de pegarse un tiro en el pecho, pero su optimismo no había desaparecido de igual modo que lo había hecho su dinero, así que regresó a su hogar, donde se sosegó, y donde toda su prole coincidió en decirle que algo surgiría. A la tarde siguiente, mientras seguía a sus perros (vendidos ya a la llegada de Alí), el optimista caballero se vio arrojado de cabeza del caballo y nada más supo de Oportunidades, Precios o Posibilidades.

A pesar de ello, al penetrar la ajedrezada sombra de la puerta, sonreía la casa, o eso parecía, a las visitas, o a los hijos que regresaban al hogar. La dama del lugar, avisada quién sabe cómo de la llegada de su hijo, había salido a recibirlo y estaba a punto de abrazarlo con una sonrisa radiante como el sol. Lord Corydon presentó a su amigo, quien, por no interrumpir el recibimiento del hijo pródigo, se había limitado a observarlo como cosa digna de estudio por la novedad que para él entrañaba. Entonces, lady C. dio un paso hacia él, abiertos los brazos como los de un ángel, y le dio la bienvenida de todo corazón. Tras ella aparecieron los más jóvenes de la casa, un muchacho con un aro y otro con arco y flecha (rubios ambos, dorados), y

entonces, tras éstos, como invocada por un armado y sonriente Cupido que la hubiera llamado, una joven vestida de blanco, envuelta en todo el esplendor de sus dieciséis años.

—Permíteme presentarte a mi hermana Susanna —dijo Corydon, como si hablara de algo que apenas tuviera importancia, a pesar de que era consciente de todo lo contrario—. Susanna, tengo el placer de presentarte a Alí, amigo mío e hijo de lord Sane.

—Bienvenido —saludó ella a Alí con ese tono de voz tan discreto que supone una gran cualidad en una mujer—. Encantada de conocer por fin al amigo sobre el que tanto he leído.

El suave apretón de manos, el fulgor de sus ojos de zafiro, la bienvenida ante la cual Alí se reveló incapaz de corresponder... Lo que él sentía no necesita ser nombrado, ya que incluso quienes jamás han sentido tal cosa saben qué es, y su nombre está siempre en boca de todo el mundo. Pero la confusión de Alí se debía a algo más que a tan dulce causa, ya que Susanna se parecía tanto a su hermano que, al mirarlos a ambos, se confundía la mirada. Lord Corydon se acercó a ella, la abrazó, besó su mejilla y ambos se volvieron sonrientes a Alí. Eran Eros y Anteros, los gemelos de una comedia, una Viola y un Sebastian intercambiables^[1]. Tal como Alí pronto comprendería, fingían no ser conscientes de su parecido, no reparar en que hubiera nada de extraordinario en él, pese a lo cual disfrutaban del asombro provocado, por mucho que fingieran no reconocer a qué se debía.

—Adelante, adelante —convidó lady Corydon—, entrad y solzaaos.

Y la admirable dama los condujo a todos al interior, e incluso antes de entrar dio paso a la gacetilla de los sucesos familiares acontecidos desde la última visita de su amado hijo.

El hecho de que la pobreza se abatiera sobre la casa no había mermado la calidez que desprendían sus paredes, ni su alegría, puesto que lady Corydon, a pesar de lo mucho que asombrara al vecindario, no guardaba luto, práctica que no creía que casara con ella; tampoco corría las cortinas e impedía que entrara la luz del beneficioso sol. El hecho de que sus ingresos se hubieran visto mermados no impedía a la dama tener la casa llena de fruta y dulces (y luces, un sinfín de velas encendidas), y de música, gracias a un pianoforte y a las voces de sus hijos. Susanna tocaba, y a su lado cantaba su hermano, y Alí permanecía sentado junto a Susanna y volvía las páginas al verla asentir (los signos impresos en la partitura eran un misterio para él) con el deseo de que aquella pieza musical no terminara nunca y de que pudiera permanecer cerca, y sin la obligación de hablar, lo cual no se creía capaz de hacer de forma adecuada. «Si la música sirve de alimento al amor, tocad», tal como se dice en la comedia ya mencionada; y si así es, entonces los dos, Corydon y Susanna, eran los auténticos suministradores, los abaceros, y si no era así, entonces ¿qué delicias daría el amor a quienes no pudieran oír?

Cierto era que la casa proporcionaba pocos entretenimientos más, pero lo que

para uno solo resultaría en tedio e irritación, no era tal en compañía (puesto que las circunstancias cambian las cosas), y en los días que pasó Alí con los habitantes de Corydon Hall no halló sino una gran satisfacción. Recorrieron las colinas y los bosques, mano a mano, miraron por la ventana, tal como se habían propuesto, pero desde entonces miraron juntos, mejilla con mejilla, y lo que vieron tenía un interés infinito. Incluso disfrutaron de la pesca con caña, el más insulso de los pasatiempos, y con caña y sedal aguardaron en la orilla, una, dos, *tres* horas de reloj, la proximidad de un encomiable ser que se dejara atrapar por el cebo, ser que a menudo escapaba a nado, incólume.

Susanna quiso conocer, mientras esperaban a que picasen, cuál era la historia de Alí, y cómo había llegado a verse entre ingleses y entre los alumnos de Ida. Se lo preguntó con tal amabilidad, y sin formarse prejuicios ante la exposición, que él contó todo cuanto pudo (por primera vez desde su llegada a la isla) de sí mismo y de su vida en las colinas de Albania, y de cómo se convirtió en soldado del pachá. No obstante, omitió todo aquello que por horrible o sangriento, supuso, podía apartar a tan pura criatura de su vera. Aun así, ella lo «admiraba por los peligros que había pasado», los cuales la sorprendían y apenaban por igual; y a él le encantó que ella pudiera compadecerse así de él. Su hermano, cuyo corazón no era más duro, pero que siempre deseaba que la alegría del momento reemplazara las penurias del pasado, con sus risas impedía que ambos se aferraran al *sentimiento*.

—No eres turco ni albanés —dijo Corydon—, y tampoco eres un extranjero, y, por lo que percibo de ti y según tus aventuras, no eres nada, ni bueno ni malo, ni carne ni pescado, sino un *espacio en blanco* en el que podría escribirse un nombre cualquiera, nombre que una vez escrito podría borrarse de nuevo. ¡Ya querría yo verme en tu lugar!

Alí no sabía si el alegre joven hablaba en serio, pero una extraña y nueva esperanza se encendió en su corazón al caminar de vuelta a la casa. Pensó: «Si no soy nada, puesto que todo cuanto fui me fue arrebatado, entonces podré ser cualquier cosa. Dejadme ser lo que escoja, ¡y cambiar lo escogido cuando yo quiera hacerlo!»

Tal podía afirmar la luz clara de la juventud, luz que ilumina con la mayor nitidez, aunque principalmente iluminara su propio yo tal como podría proyectarse en el futuro. No obstante, el resto del mundo no le asignaría más que un papel; no le permitiría disfraz ni comportamiento, nada que lo identificara a excepción del nombre, el nombre de *Turco*.

* * *

Pronto regresaron a la escuela con sus compañeros. Lord Corydon se alegró de alejarse de la casa, pero Alí no dejó de mirar atrás, como si lo hubieran expulsado del Edén; un Edén cuya existencia no había conocido hasta entonces, y cuya Eva también abandonaba. ¿Pensó entonces en la lejana Imán, se acordó acaso, en medio de sus

presentes sentimientos, de aquella niña? No, no lo hizo —excepto por el hecho de lo mucho que le *asombraba* no hacerlo—, ya que aún no había calado en él el conocimiento de que incluso el más singular de los corazones puede albergar dos bellas agujas en su brújula (tanto más, cuando una estaba cerca, y la otra lejos). Por otra parte, contaba con la constante presencia de su hermano Corydon, y era como si Alí tuviera dos en uno, hasta tal punto veía a Susanna en su amigo, y la oía en su voz, y sentía, en el contacto de su mano, la de ella.

Ida absorbió de nuevo a los jóvenes en sus placeres y ocupaciones, además de hacerlo en sus esfuerzos y disputas. Cuando finalizó el trimestre, Alí se propuso evitar su propia casa, ya estuviera su padre presente en ella o no. Allí tan sólo iba a encontrar la dulce mole que tenía por madre adoptiva a modo de protección, así que, en lugar de ello, decidió recorrer las colinas del agradable condado de su amigo. Fue durante los preparativos de esta nueva visita, mientras escuchaba en boca de lord Corydon la serie de festejos y juegos de que disfrutarían allí (era Navidad, y el pudín y el pavo no eran del todo improbables, incluso en las nada boyantes circunstancias, así como el ir a patinar y disfrutar del fuego Yule), cuando se personó ante Alí un profesor y lo condujo a su propio apartamento. Allí le comunicó en privado ciertas noticias, lo cual hizo, a decir verdad, con todo el tacto del mundo. Su madre, después de una larga enfermedad, había cedido al fin y había abandonado este valle de lágrimas. Alí se descubrió incapaz de dar respuesta al profesor, quien se extrañó ante la aparente dureza de corazón del joven y lo que revelaba de la naturaleza y temperamento de Alí. No obstante no dijo nada, tan sólo se puso a su servicio para ayudar al muchacho a cumplir lo que constituían las órdenes de su padre, esto es, partir de inmediato a Escocia, a la abadía, donde, tal como dijo: «Hallaría todo el amor y el consuelo en la aflicción y la pena de milord.» Alí, aún incapaz de responder, partió.

Cuando el coche que lord Sane había enviado a buscarlo llegó por fin a la abadía, no fue su padre quien lo recibió, sino el viejo Jock, que, con lágrimas en los ojos, puso al corriente al muchacho de los últimos días de lady Sane^[2], de lo mucho que había rezado por Alí, de sus temores y padecimientos, también, al ver cercana la muerte, y es que el viejo Jock no vio ningún motivo para ocultarle tan mortales detalles. Las diferencias de posición entre laird y sirviente, esos puntos comunes que comparten todos los hombres, se admiten con libertad allí, mientras que en el sur las penas de un caballero, o su mortalidad, o sus forúnculos o constipados, para el caso, son diferentes y de una clase superior, y no deben lamentarse o deplorarse con el mismo aliento que los de un sirviente.

Alí dejó al viejo Jock junto al fuego y fue en busca de su padre, a quien encontró ataviado para emprender un viaje. No parecía tener mucho tiempo para satisfacer las preguntas de su hijo relativas a la mujer que durante tanto tiempo había permanecido encerrada en las estancias superiores de la abadía, donde ahora él reinaba en solitario.

—¿Puedo visitar el lugar donde yace? —preguntó Alí—. No creo que sea mucho

pedir. Después de todo, ella era *mi madre*.

Su padre lo miró un instante, como si intentara discernir si estaba siendo objeto de burla.

—Tengo asuntos importantes de que ocuparme lejos de aquí —respondió entonces—, y no puedo entretenerme. Pero si insistes en ello, te acompañaré a la cripta donde descansa, bastante cómodamente, en compañía de sus antepasados. Démonos prisa, no obstante; los muertos, como sabrás, no se toman a mal unas breves exequias, ni ninguna otra cosa, tal como yo lo veo. ¡Ja! Tener prisa con los muertos. Veo que tengo aquí un divertido retruécano en ciernes.

Ordenó ensillar los caballos, y no tardó en conducir a Alí por campos cubiertos de rastrojos y setos, a gran velocidad, como si quisiera desanimarlo o desensillarlo, aunque éste no acusó nada de esto. Al atardecer llegaron a una iglesia modesta y muy antigua^[3], tan pequeña y antigua que al principio a Alí se le antojó un montón de piedras apiladas por accidente, aunque en realidad se trataba de la obra de gentes piadosas que habían vivido hacía siglos. Había un coro, y una ventana rematada en arco, y una escalera que conducía a la cripta. No vieron a ningún sacristán, y solos los dos descendieron en la oscuridad, donde (peculiaridad heredada de padre a hijo, como pocas puedan haberlo sido) la agudeza de su mirada distinguió los bultos que formaban los antepasados de lady Sane, así como el propio ataúd de ésta, recién embutido entre los otros. No permanecieron allí mucho rato, nada rezaron, nada dijeron, aunque Alí sintió que las lágrimas afloraban a sus ojos, cosa que no esperaba, por la amabilidad con que la dama lo había tratado, y también por la tristeza que le causaba el hecho de que ella hubiera permanecido largo tiempo encerrada, apartada de todo cuanto amaba, hasta que se apagó su luz. ¿Acaso la vida no era algo más? ¿Seguía a la muerte la vida en otra parte, en una esfera donde todo era luz y frenesí, fuerza y amor? Ella así lo creía, y él deseo, por ella, que así fuera.

Cuando salieron de nuevo al gélido sol, lord Sane observó los campos que se extendían ante ellos, con las manos enguantadas a la espalda, sacudiendo la fusta como si de la cola que no tenía se tratara.

—No creas que la muerte de la dama te aporta ningún bien material —dijo—. Eres, en efecto, el heredero de estas tierras desatendidas, pero al igual que yo no puedes disponer como te plazca de ellas. Lo cierto es que te costaría más mantenerlas para la próxima generación que el beneficio que obtendrías de ellas.

—Entiendo —dijo Alí—, y no tengo la menor intención de discutir las condiciones.

—Te seré franco —dijo su señor—, tal como lo he sido en todo. El título que heredarás de mí cuando descanse en esa o en cualquier otra cripta, lo cual de momento pretendo evitar, carece de propiedad alguna^[4], todo ha desaparecido. No tienes un chelín, y las rentas y dineros que te son debidos por las propiedades de tu madre, que empezarás a percibir en cuanto alcances la mayoría de edad, no serán suficientes para cubrir siquiera tus actuales deudas. Tienes hipotecado tu futuro para

satisfacer tus necesidades actuales, y ahora te enfrentas a la ruina inminente. No veo más solución que te ajustes bien los calzones, viajes a los centros poblados y de moda de la tierra, y te procures una vaca lechera^[5] para contraer un matrimonio que pueda sacar a flote nuestra fortuna familiar.

—No sé a qué os referís con vaca lechera —dijo Alí.

—Pues una mujer casadera con dos o tres mil al año —respondió lord Sane—. No me engañó, no vas a tenerlo fácil en ese campo; qué duda cabe de que incluso las menos favorecidas de la especie lechera preferirán a un inglés por marido, o al menos a alguien de alguna nación que les resulte algo más familiar que la tuya. De todos modos, hay presas disponibles para los avispados. A mi vuelta te mostraré una lista, y podrás empezar a considerar dónde dar el primer golpe.

Dicho esto, su señoría asió las riendas del caballo y de un salto se encaramó a la silla. Se marchó sin despedirse, y sin esperar a su hijo, quien no se mostró particularmente ofendido por ello, pues no esperaba más de él.

En esa ocasión, Alí no había pronunciado una palabra, ni había contradicho a su padre, aunque no tenía intención de emprender la caza de una fortuna. En la medida en que había sido capaz de considerar un paso semejante al del matrimonio (lo que a su entender era algo parecido a viajar a la Luna, o intercambiar su cabeza con alguien), tan sólo un nombre figuraba en la lista de candidatas, el de Susanna. Sin embargo, no se veía de pie ante el altar, ni negociando una dote, o procurándose una, para el caso, aunque sabía que estas cosas eran frecuentes. Sabía que las naciones firman acuerdos, que los reyes abdican y que las armadas entablan combate, hechos todos que no podrían tener menos relación con él o con sus queridos amigos. Ignoraba (¿cómo iba a suponer tal cosa?) que la dulce niña en la que tan a menudo pensaba, podía contemplar fácilmente lo que él no contemplaba —aunque ella no fuera a atreverse a espolear el asunto de ningún modo—. Susanna sabía, con tanta certeza como lord Sane, qué precio alcanzaría ella en el mercado, de modo que era consciente de lo poco que con su unión aumentaría la fortuna de Alí, cuyas propiedades conocía bien (porque todos ellos, hasta el alma más Cándida, eran capaces de realizar semejantes cálculos, tanto como interpretar una sonata de Scarlatti o cantar una canción de Moore, pues tal cosa forma parte de sus *conocimientos*). Su hermano bromeaba respecto de lo inseparables que eran Alí y ella, y hablaba de un inminente intercambio de anillos y un largo matrimonio (desayuno cada mañana entre el clamor de sus hijos graduados, etc.), mas Alí y Susanna hacían caso omiso de sus bromas, y juntos caminaban en virginal meditación^[6], aunque puede que no libres de pensamientos. Alí deseaba que el tiempo se detuviera, que aquel Edén durara como no dura ningún Edén... Ignoraba aún su alma que el tiempo sigue adelante, y pasa por encima de nuestras más preciadas posesiones. No tenía motivo alguno para suponer que aquella situación había de cambiar, ya que no deseaba que lo hiciera. Aquélla era su eterna juventud, tranquilo jardín del cual nacen todos los arroyos, y así es como la recordamos todos al vernos lejos, río abajo.

Así fue fluyendo su arena, alterada la forma, de agua a tierra, sin que él contara los granos. Creció en altura, delgado como una vara^[7], olvidándose de la cena siempre que no se la ponían delante o no lo conducían hasta ella. En Ida descubrió juegos que sus compañeros conocían desde la infancia, y se lució^[8] en uno u otro. Aprendió a nadar, y pensó que quizá era el primero de los ochridas en hacerlo. En las frías aguas del arroyo que fluye junto al Ida superó incluso a Corydon, que anteriormente había sido el mejor de todos ellos. Uno tras otro fue aprobando los cursos, y cierto seis de junio interpretó por última vez, ante compañeros, maestros e invitados reunidos para la ocasión, el monólogo de Edmundo el Bastardo, de *El rey Lear*, igual que lo hubiera hecho el propio Roscius *el Joven*^[9], que por aquel entonces triunfaba en todos los escenarios londinenses. «¡Levantaos ahora, dioses, por los bastardos!», recitó antes de continuar con el resto de la resonante declaración, la planeada destrucción de su legítimo doble, la toma de las tierras de su hermano y la captura para sí del *amor de su Padre*.

Sucedió que ese mismo día, el padre real, o físico, de Alí había emprendido la retirada de Londres, debido a un plan suyo que se había torcido.

Se ha dicho anteriormente que pocas cosas había capaces de detener a *Satán* Porteous cuando éste perseguía algún objetivo; pero su alma era tal que, por mucho tiempo que hubiera pasado tramando algún tipo de crimen o extorsión, era perfectamente capaz de echarlo a perder por un arranque de rabia u orgullo. Se decía en la ciudad (Alí lo oiría más adelante, y no una sola vez, ni por boca de una única fuente) que en una ocasión se había hecho cargo de un impenitente aventurero para que éste suplantara al desaparecido heredero de una fortuna (había financiado y contribuido durante meses a la educación del tipo en cuestión), además de ocuparse de la elaboración de las necesarias pruebas y falsificaciones; finalmente, justo cuando el plan estaba a punto de culminar exitosamente, debido a un asunto de lo más trivial se dejó llevar por la pasión con su creación —quizá se trató de una insolencia, del modo como diera vuelta a una carta, o bien por una ramera—, y ambos desenvainaron la espada. Sane acabó con la vida del tipo en cuestión allí mismo, plenamente consciente de que acababa de perder una fortuna. No obstante esto, aquellos que presenciaron los hechos pudieron observar el regocijo que traslucían sus ojos ante lo que había hecho, lo que los dejó completamente helados. Era como si le alegrara ver arruinadas las perspectivas del prójimo tanto como las suyas propias, como si nada en el mundo fuera capaz de deleitarlo tanto como la ruina en sí. Ahí tienes, decía un secuaz a otro mientras trabajaban para ocultar las pruebas del crimen, según sus órdenes... ¡Ahí tienes a *Satán*, la Negación personificada!

Fueran cuales fuesen los planes trazados en la presente situación, tampoco habían llegado a buen puerto, de modo que lord Sane viajaba hacia el lejano norte, de vuelta a su guarida. Pero antes el coche de caballos pasó por Ida, donde se había propuesto recoger a su hijo. Lo encontró con sus compañeros, quienes seguían vestidos con los atuendos de los personajes que habían representado en las festividades del día,

distribuidos por los verdes campos, como inmortales en el Elíseo, peculiar espectáculo en el que el lord no pareció siquiera reparar. Allí estaba también su hijo, vestido de Edmundo, y con él lord Corydon, que ese día no había tomado parte en el festejo, y Susanna, y sobre ellos cayó la larga sombra de lord Sane. Allí se lo presentó a regañadientes a sus amigos, quienes lo saludaron sin acusar en modo alguno la sombra que Alí sentía que se había abatido sobre ellos. A su vez, Sane estrechó sus manos con una despreocupación que Alí consideró si cabe más escalofriante. «Vámonos», dijo entonces a su hijo. «Quítate ese disfraz y vístete para el viaje. Mucho tenemos de que hablar durante el trayecto.»

* * *

Aunque apenas había mostrado interés por los acompañantes de Alí cuando éste se los presentó, no transcurrió demasiado tiempo en el coche, que recorría el camino al norte, cuando Sane se interesó por su familia.

—Lord Corydon aún no ha alcanzado la mayoría de edad —respondió Alí—. Su hermana, Susanna, acaba de cumplir diecisiete años.

¡Susanna! Pronunciar su nombre allí junto a su padre se le antojó a Alí correr un riesgo demasiado grande, aunque no supo por qué.

—Corydon —dijo entonces Sane, con la expresión de quien asoma al aire libre después de haberse caído a un pozo—. Su padre fue el quinto lord.

—Eso lo ignoro —dijo Alí.

—Conocía un poco a su padre. Había invertido dinero en los fondos e hipotecas irlandeses, todo ello bastante sólido; no obstante, se dejó aconsejar mal e invirtió casi toda su fortuna en participaciones de las Antillas, lo cual lo arruinó de la noche a la mañana. Murió debido a un accidente no hace mucho. ¿Es el mismo?

—Desconozco la naturaleza de sus negocios —respondió Alí—, pero sí, ése es.

—La familia ha quedado en nada —dijo Sane—. Son pobres como ratones de iglesia; esa joven no tiene un chelín. No, eso es absurdo. Ya te he dicho más de una vez que aquella en quien depositas tu atención debe estar arropada por una fortuna considerable, o, de otro modo, más vale que mires a otra parte. No quiero tener que repetirme respecto al particular.

—Disculpadme —dijo Alí en voz baja—, pero no tiene sentido proseguir con estas consideraciones, pues no iré en pos de ninguna de ellas. No pienso escoger a nadie que figure en vuestra *lista*.

Entonces lord Sane, en voz tan baja como la de su hijo, preguntó:

—¿Por qué estás tan convencido de ello? Como si tuvieras elección.

Alí reconoció ante sí mismo que así era y volvió su mirada hacia el paisaje. No podía discutir la verdad desnuda que había expresado su padre: Susanna no aportaría fortuna alguna a su casa, aunque podía, en efecto, aportar mucho más, la luz, la alegría, la bondad, lo suficiente como para barrer la pesadumbre que se abatía sobre

la abadía, sus tierras y cotos. Sacudir, como si de una alfombra polvorienta se tratara, la tristeza que se había acumulado allí con el paso de los siglos.

Sane expresó su deseo de saber qué se proponía hacer a partir de entonces el joven Corydon, a quien llamó, con aire de fría diversión, «el actual lord». ¿Acudiría a la universidad? Allí respondió que no lo creía probable, que su ambición era servir en el ejército, donde varios miembros de la familia habían hecho carrera y donde tenía buenas perspectivas. Sane no dijo nada más a partir de entonces, hasta el punto que Allí lo creyó dormido. Se sorprendió al oírle preguntar si acaso Allí había escogido la universidad, a lo que el joven respondió que no había pensado en ello, puesto que ignoraba si era ése el deseo de su padre. Más bien creía que nada podía estar más lejos de sus intenciones, y que también él acabaría en el ejército, dado que allí había servido su padre, y también el padre de su padre, quien se había ganado allí un crédito que su hijo no había echado a perder del todo.

—Ah, no —dijo el lord—. No escatimaremos en gastos cuando se espera obtener mayores beneficios. Una buena educación supone una inversión. Mejor de lo que podría esperarse en caso de depender de los cambios. Obtén un título y tus perspectivas mejorarán considerablemente. —Dicho lo cual pareció sonreír a su hijo, sonrisa que en el caso de *Satán* Porteous no poseía las connotaciones habituales, y que tampoco en los demás ejercía el influjo corriente. Sin embargo, no dijo más. Cruzó sus grandes manos sobre el pecho y se durmió como un tronco.



De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: <Inovak@metrognome.net.au>

Asunto: No hay novela

Lee:

Malas noticias. No hay novela, ya no hay novela.

Por lo visto (¿por qué se dirá eso cuando se tienen noticias, en concreto malas noticias? «Por lo visto tu padre ha muerto.» «Por lo visto te has perdido.» Como en los viejos chistes, ¿no? «Por lo visto un tren entró en un bar.» Vale, olvídale), cuando se estaba muriendo, Ada tiró la toalla y se lo entregó todo a su madre. Y por lo visto, a juzgar por una carta que ha aparecido en el archivo Lovelace, la novela fue quemada. He escaneado la carta para que puedas leerla; cuesta entender la letra, pero ten paciencia; mira a ver si crees que significa lo que yo creo que significa.

S

Adjunto: [ada12.tif](#)

Mi querida Gallina, no puedo ya escribir con pluma y tinta, de modo que utilizaré un lápiz, tus cariñosos ojos podrán leer lo que escriba, aunque nadie más pueda hacerlo. Oh, querida mía, he resistido con tal insensatez y durante tanto tiempo que ya no puedo más, ni puedo ni lo haré. Dices que no me creerás si no ves en persona cómo arde esa cosa pero ¿creerás a William? Le pediré que esté presente cuando lo haga. También él ha sufrido por culpa de mi obsesión, lo lamento, y no es lo único que lamento. Ahora sé que es lo correcto y tienes razón al exigírmelo pedírmelo. No la has leído y ni falta que hace; no hay nada en ella que deba quedar para la posteridad y supongo que no debe hacerlo. Oh, estoy tan cansada y me duele tanto. Mi resistencia a toda la bondad que me has inculcado ha desaparecido, créeme, desaparecido. Dices que todo mi sufrimiento tiene un propósito y que el propósito es que no pueda lamentar la pérdida de todo cuanto forma parte de esta vida y no de la siguiente. No sé si ésa será la razón, mas, oh Gallina, no se me ocurre otra, y debo con humildad aceptar la tuya. Sólo que a estas alturas ya he aprendido la lección y deberían liberarme

De: <Inovak@metrognome.net.au>

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto: Re:No hay novela

Creo lo mismo que tú: que Ada quemó el manuscrito de la novela porque su madre quiso que lo hiciera. Llamaba Gallina a su madre. Ella, su madre y su esposo (William, a quien menciona en la carta) se llamaban con esos nombres de aves cuando se ponían cariñosos. Como sabes, Ada murió de un cáncer cervical y por lo visto sufrió lo suyo. Me creo eso de que su madre le dijera que ese sufrimiento era por el bien de su alma.

No sé qué decir. Espero que no se tratase de algo consistente, tan sólo unas páginas sueltas. Aunque las notas de Ada que me enviaste, si es que las leí bien, sugieren la existencia de algo bastante sustancial. Me siento como un niño que hubiera nacido muerto.

Lee

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: <Inovak@metrognome.net.au

Asunto: Re:Re:No hay novela

Lee:

A juzgar por la carta de Ada, creo que su madre nunca leyó el libro. ¿No te parece? ¿Pudo pedirle a Ada que lo quemara sin haberlo leído siquiera? ¿Cómo iba a saber que no era inofensivo? No era suyo. Puede que nos equivoquemos. Ada dijo que su madre no creería que lo había quemado a menos que lo viera con sus propios ojos, de modo que sospechaba que Ada lo escondería. Y puede que lo hiciera.

S

De: <Inovak@metrognome.net.au

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto:

S:

No, no nos equivocamos.

¿Sabías que lady Byron (la madre de Ada), junto a otros, incluido el editor de Byron, John Murray, y su amigo John Cam Hobhouse, además de su amigo y biógrafo Thomas Moore, se reunieron para quemar el manuscrito de las Memorias de Lord Byron, que ella no había leído (tan sólo Moore lo había hecho)? Técnicamente pertenecían a Augusta Leigh, la hermanastra de Byron; sin embargo, lady B. la forzó a hacerlo; había convencido ya a Augusta de que era la mayor pecadora de la historia (no, la segunda mayor pecadora, después del propio Byron). De modo que los hombres se reunieron en el despacho de John Murray y quemaron un libro escrito por el hombre al que aseguraban amar, un libro que sólo uno de ellos había leído, se supone que por su cuenta: el peor acto de vandalismo literario del siglo, al menos el que yo más lamento. Y todo porque lady Byron temía que su marido pudiera contar la historia de su matrimonio, y ella no pudiera ya controlar la situación.

Te diré una cosa. La historia de Ada contiene a un monstruo como progenitor, pero no es su padre, sino su madre. No se me ocurre una comparación más adecuada para esta mujer que los personajes de la novela gótica. Sin embargo, no es un monstruo romántico, sino uno Victoriano: un sepulcro blanqueado, un amasijo de engaños, de verbo suave, dueña de sí, santurróna, de una increíble crueldad mental disfrazada de religión, moral, sentimientos «elevados» y motivos «puros». Utilizaba su dinero para controlar a las personas que dependían de ella, o a todo aquel que podía verse inducido a aceptar su ayuda, y ni siquiera era capaz de admitir que hacía tal cosa. Compartió los secretos de los supuestos pecados de Byron con docenas de personas, cada una de las cuales se creía única depositaria de dichos secretos. Es sorprendente la cantidad de personas a las que hizo postrarse y humillarse ante ella. Te diré una cosa estupenda. Le interesaba mucho la educación —toda su clase estaba, está, interesada en la materia—, e hizo edificar una serie de modestas escuelas punitivas donde los niños de las clases humildes podían servir de cobayas de las últimas teorías educativas, a cambio de mostrar una gratitud constante. También le

interesaban las reformas penitenciarias: se involucró con el Panóptico de Jeremy Bentham, una de las combinaciones más asombrosas de control social y altruismo moral jamás concebidas. El Panóptico era una cárcel (puede que ya sepas de qué hablo, porque se ha convertido en una corriente de la teoría social) construida en una torre redonda, dentro de la cual las celdas individuales estaban dispuestas en un anillo exterior, que podía vigilarse constantemente desde el puesto central. Los guardias podían ver a los presos en sus celdas, aunque debido a la iluminación con que contaba el lugar, y gracias a un sistema de persianas, los prisioneros no podían ver a los guardias; sabían que podían ser observados en cualquier momento, aunque no si lo estaban siendo en ese *preciso instante*, de modo que no tenían más remedio que dar por sentado que los vigilaban a todas horas. No podían comunicarse con o ver a ningún otro preso, pero los guardias podían verlos a todos todo el tiempo. Bentham pensó que bastaría con eso para mantenerlos bajo control. Como Dios, siempre con un ojo pendiente de uno, un ojo invisible. O como dijo Edmund Burke, que odiaba este tipo de proyectos racionalistas, como una araña en la telaraña. El ojo de Dios, la araña: entenderás ahora por qué a lady Byron le seducía tanto la idea. Así fue como vivió su vida: cada prisionero en su celda, y ella observándolos a todos. Y lo hizo para castigar el crimen o el pecado, los de su marido, en primer lugar, inolvidables, imperdonables.

No nos equivocamos. Ada afirma que pedirá a William que certifique que han quemado la cosa. Casi hasta el momento de la muerte de Ada, cuando la crueldad de su horrible alma terminó por alienarlo incluso a él, William estaba enamorado de la madre de Ada, e hizo todo lo posible por complacerla. Lee *The Late Lord Byron*, de Doris Langley Moore. Léelo ya. Es desgarrador.

Lee

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Asunto: Nada más lejos de la verdad

De acuerdo, lo que te conté sobre el matrimonio de Byron no es del todo cierto. De hecho, nada más lejos de la verdad. Compré un libro que me recomendó Lee. Por lo visto, nos enfrentamos a la Malvada Bruja de Occidente. Es tan horrible que no tienes más remedio que perdonarla, porque nadie podría ser así de no haberse torcido su personalidad en algún momento. No sé cuándo.

De: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto: Re:Nada más lejos de la verdad

nada mas lejos de la verdad quien ada byron mama byron todos
ellos quien es tan horrible

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Asunto: Re:Re:Nada más lejos de la verdad

Ada no. Lady Byron, su madre. Pasó toda la vida, después de separarse de Byron, justificándose como la que tenía la razón. Doblegó y corrompió a todas las personas a las que quiso (y creo que a su modo las quiso) para ponerlas de su parte. Tuvo a Ada desde el principio, e hizo todo cuanto pudo por que ignorara la existencia de su padre, hasta que llegó el momento de compartir con ella el secreto de su maldad. Lo que más temía era que Ada se quedara con él, no física sino emocionalmente. Sé qué estás pensando, Thea, pero sabes que no es cierto. Mi madre no pudo intrigar contra nadie o para nadie, ni siquiera para sí misma, ni para mí.

Cuanto más descubro acerca de Ada menos pienso que su madre consiguiera sus propósitos, y más me gusta ella. No creo que fuera una *Strong Woman*. La mujer fuerte era su madre. Nunca hizo las cosas que se había planteado hacer, y al final no importa qué quieras hacer o qué creas que puedes hacer, sólo importa lo que haces. Y no importa qué te parece lo que has hecho, sino lo que es en realidad —vaya si sé de qué va eso, y tú ya sabes que lo sé.

Pero aprecio a Ada. Cuesta no hacerlo. Por su vanidad y por sus asombrosas esperanzas en sí misma, su visión de lo que sería posible en el futuro, tan clarividente, y acertada, aunque no tuviera medios de probar sus teorías, que eran tan distintas a las de los científicos de verdad que la rodeaban.

Y también por ser una chalada. Y por lo mucho que sufrió, y lo valiente que fue. Estaba como una cabra. Me recuerda a ti.

De: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>
Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>
Asunto: Tranquila
Prioridad: Normal

te recuerda a mi por que a mi no me recuerda a mi creo que te estas distanciando como un globo que se escapa de la muñeca de un niño si como cuando estuve en stanford no pasa nada tu escribe y cuentame

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Asunto: Re:Tranquila

Prioridad: Normal

De hecho no me recuerda a ti ni a nadie como tú. No sé por qué lo dije. Puede que me recuerde a mí. Cuando era niña inventó una ciencia llamada Vuelología. No le dejaron leer cuentos de hadas ni poesía, para evitar, supongo, que pudiera desarrollar una tendencia heredada a la aberración mental, la locura o lo que fuera que podía heredar de su padre. De modo que en lugar de soñar con ese tipo de cosas, soñó con la ciencia. El Arte de Volar. Estudió las alas de las aves muertas para aprender cómo lo hacían, y montó un laboratorio llamado Sala de Vuelo, lleno de cuerdas y poleas y una especie de «triángulo». Realizó planos, bocetos y alas de papel, y quería construir un caballo volador a vapor (adoraba los caballos) con espacio en su interior para un conductor o piloto; quería convertirse en una paloma mensajera, para entregar y recoger la copiosa correspondencia de su madre. Durante un tiempo firmó las cartas como Annabella Paloma Mensajera. ¿Por qué cada vez que lo pienso me dan ganas de echarme a llorar?

Pienso en ti. Estudiaste matemáticas a pesar de que nadie quería que lo hicieras, y no te importó lo más mínimo. Thea, te quiero. Ahora mismo tengo ganas de apoyar la cabeza en el hueco de tu hombro y llorar. Me gustaría saber por qué, pero no importa.

Smith

De: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto: llorar

que quieres apoyar la cabeza donde dios no llores ya sabes como me pongo cuando lo haces

te recuerda a ti porque tuviste un padre del que te has mantenido distanciada toda la vida por un buen motivo y hay algo sobre el de lo que no se puede hablar pero de lo que debio hablarse ahora lo comprendo debio hacerse

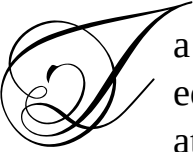
vale aqui estoy y aqui estare y si vuelves yo volvere a ser simplemente yo como antes sera estupendo espero porque soy todo lo que tengo

t



CINCO

En el que muere toda esperanza y el amor se pierde

a elección de la universidad a la que acudiría Alí para completar su educación se hizo casi sin pensar, y este relato no debe prestar mayor atención al progreso de los estudios de Alí en esa Atenas de los pantanos^[1] de la que él mismo le prestó, o, mejor dicho, que la atención que le prestaría cualquier alumno de buena cuna. Lo cierto es que Alí disfrutó en ocasiones al aprender todo aquello que no había podido aprender en Ida, aunque allí había sido a veces excelente en las artes de la memorización y de aprenderse las cosas de carrerilla, proceso no muy provechoso que digamos, tan sólo un medio de pasar sobre las cosas, apartarlas y olvidarlas debido a un procedimiento que yo no conozco lo bastante. Entre sus compañeros de la universidad no fue únicamente conocido por su peculiar costumbre de estudiar tanto a autores modernos como a antiguos, pero desde luego era algo que se comentaba de él con cierta extrañeza.

Cuando se vio recorriendo un camino cuya existencia le era desconocida hasta ese momento, Alí no se quedó atrás en los estudios a los que se entregaron sus compañeros. Se dice que un tiempo entre rejas tiende a perjudicar el carácter de un hombre; debido a la compañía en la que se verá inmerso, a la catadura de las conversaciones que allí imperan y a los temas que se suelen tratar; puede salir de allí siendo mejor criminal que cuando entró. Lo mismo podría decirse de quienes acuden a nuestras universidades, o al menos de quienes llegan incorruptos y tan sólo se proponen seguir adelante. Alí no tardó en aprender el arte de abrir botellas y arrojar los corchos; de despertar en habitaciones que no eran la suya, después de correr aventuras que era incapaz de recordar; de ser el único apoyo de jóvenes mujeres que residían con ancianas protectoras en el vecindario, jóvenes necesitadas de caridad en más de un sentido. Su mayor inconveniente en tales empresas, sobre todo en las últimas, era una violencia de sentimiento que, sin quererlo, se concentraba en su interior, en lugar de expandirse hacia fuera, lo cual le hubiera causado pocos daños. Era consciente de que podía perder el mundo por lo que había descubierto que éste contenía, y con semejante resolución (contraria, en cierto modo, al libertinaje) corría el riesgo constante de la fijación, una característica que sus compañeros observaron

pasmados y burlones, al considerar los objetos de la misma.

Cabalgaba entonces —tras haber alternado largo y tendido con sus compañeros, quienes, de hecho, poco se preocupaban de él (compañeros de *ambos sexos*, se entiende)— hasta un lugar tranquilo, un estanque calmado^[2] del arroyo serpenteante que cruzaba aquellos parajes, y allí purgaba su empañada alma en el agua fría; sólo entonces se permitía el lujo de pensar en Susanna, lejos, y en su hermano, de quien sabía pocas cosas, pues la pluma se había vuelto tan extraña para la mano del joven lord, como la espada y la pistola se le habían vuelto familiares. También la comunicación con Susanna había sufrido un lapso, lapso que al principio le hirió, hasta que quedó enterrado por las nuevas y absorbentes preocupaciones de Alí, a la luz de las cuales pensar en Susanna era algo indeseado, algo que mejor era mantener a raya. Cuando finalmente le fue entregada una carta de ella, previo, antes de abrirla, el dolor del reproche, motivado como mínimo por su olvido.

«Querido Alí», empezaba la carta, «puesto que has demostrado, mediante amables palabras y hechos, tus buenos sentimientos hacia mi hermano y hacia mí, y espero que también hacia mi familia^[3], te escribo para ponerte al corriente de nuestra suerte, y de los tiempos que nos toca vivir; espero que no hiera *tu amable naturaleza* leer estas líneas, aunque mucho me temo que así será, y eso es lo que me ha impedido durante este tiempo escribirte. Oh, querido, veo que no hay más que preámbulo en la presente, y es probable que hayas procedido a buscar en esta página las nuevas que debo darte. Tengo que decirte que Corydon Hall ha sido arrendado a un banquero cuyo propósito es el de convertirse en su dueño, bajo unos términos que no es mi propósito abarcar. Mi querido hermano pudo haberlo impedido, o haber alcanzado un acuerdo más ventajoso o seguro para nuestro amado hogar que el que mi pobre madre y yo firmamos, pero está lejos de aquí. Oh, querido amigo, sabes tan pocas cosas; veo que debo remontarme más si pretendo que comprendas qué nos ha deparado el destino. Empezar por él, a quien ambos llevamos en el corazón. Mi hermano se unió al regimiento al que amigos y mentores le empujaron, a sabiendas de que podía asignársele un destino cercano, de tal forma que pudiera continuar con su doble empeño, triple empeño, mejor dicho: hijo, hermano y cabeza de familia, al tiempo que cumplía con sus deberes militares. Varios de sus oficiales, y varios funcionarios destacados en la oficina gubernamental correspondiente (no me pidas más detalles), estaban al tanto de nuestra situación y deseaban ayudarnos. Así fue, durante un tiempo, pero entonces, y no sé cómo ni puedo entender la razón, esa voluntad cesó. Su unidad fue destinada a la península Ibérica, y él acudió a aquellas oficinas donde antes había obtenido ayuda, pero lo encontró todo cambiado. Pidió ser excusado temporalmente del servicio, teniendo en cuenta nuestras dificultades, pero no halló a nadie dispuesto a escuchar; las puertas antes abiertas se cerraron con fuerza, y quienes antaño se habían mostrado atentos no estaban en casa, o estaban ocupados en otros asuntos, de modo que todos sus ruegos cayeron en saco roto. Así se marchó, mi querido Alí, la luz y la calidez de nuestro Sol y del tuyo, rumbo al sur, y nosotras

seguimos aquí, tan dispuestas a cumplir con nuestro deber como él con el suyo. ¿Y en qué consiste nuestro deber? Bien, parece ser que en el Placer, al menos lo que los 1500 habitantes de estas tórridas habitaciones (y me refiero a la Sociedad) consideran tal. Debo decir que me resulta enojoso y que me causa un gran tormento verme así a diario, como si cavara una zanja o limpiara un establo. Quiero decir, simple y llanamente, que mi madre y yo hemos alquilado una casita en Bath para la temporada, y que a diario salimos a pasear para ver, y para *ser vistas*. Oh, querido mío, no me hagas ahondar en los particulares de una búsqueda que a tus ojos resultará evidente, si tienes en cuenta nuestra situación (la mía y la de mi hogar), pues es tarea mía preservar éste, tanto como pueda serlo de cualquier otro. Espero que la opinión que tienes de mí permanezca inalterable a pesar de aquello a lo que me empuja la necesidad, aunque temo que no sea así. Recuerda tan sólo que te tengo tanto aprecio como siempre, y que así seguirá siendo suceda lo que suceda. Y quién sabe, soy la hija de mi padre, creo que algo *podría suceder*, como solía decir él, que cambie nuestros destinos para mejor».

Concluía la carta con sus más sinceras muestras de afecto, y, bajo éstas, leyó un *post scriptum* que hirió cual puñalada el corazón de Alí: «No sé cómo habrá sido, ni a qué obedece, pero el nombre de *lord Sane* fue mencionado en más de una ocasión en relación con las solicitudes de mi hermano, así como en la petición de nuestro banquero para hacerse con la casa. ¿No te parece curioso?»

¡Lord Sane! Al igual que Susanna, Alí no podía imaginar qué podían significar aquellas menciones del nombre de su padre, que había asomado como un gusano en los asuntos de los Corydon. Fue esto último lo que le impidió responder de inmediato. Durante días le estuvo dando vueltas al asunto, empezó varias respuestas que luego destruyó, se atormentó y se tachó de insensato, a pesar de lo cual siguió mostrándose incapaz de responder. Comprendió que no tenía más que palabras, las cuales, al no verse respaldadas por nada, se le antojaban tan inútiles como un puñado de arena. «Animo», escribió; o, «Nunca os abandonaré»; o «mi corazón, al igual que mi mano, es vuestro por siempre», y entonces arrugaba tan inútiles sentimientos, que en efecto a nada ayudaban, y los arrojaba al fuego. Al cabo se sintió desesperado y, arriesgándose a la suspensión o la expulsión, tomó su caballo y abandonó la universidad, dispuesto a cruzar el país y ofrecerle... ¿Qué? En cada alto del camino se planteó aquella pregunta. ¿Qué podía ofrecerle? Un corazón leal y una mano voluntariosa no tenían precio, y son cosas muy queridas en este mundo, pero hay problemas que no pueden combatir. A medio camino, derrotado, Alí dio la vuelta y tomó el mismo sendero en dirección contraria. De nuevo en sus habitaciones, se contentó con escribir una respuesta, lo cual no le satisfizo. No recibió más cartas de Susanna, y tantas semanas transcurrieron que en verdad creyó que ésta jamás volvería a escribirle, convencida de que la ineficacia no merecía más letras, y a punto estaba de concluir el curso en la universidad cuando recibió una carta desde Bath.

«Querido Alí», empezaba de nuevo la misiva de Susanna, saludo ante el cual

sintió una llamarada en el pecho, de tal forma que durante unos instantes fue incapaz de reanudar la lectura. «Sucede en ocasiones, ¿no te parece?, que las penurias más terribles se producen cuando más cercana se nos antoja la felicidad, incluso cuando ésta parece ya sobre nosotros, o eso pienso yo. No sé cómo escribir lo que debo contarte, sólo sé que debo hacerlo de un modo directo, a pesar de ser consciente de que debí morir de inmediato cuando me fue comunicado. Alí, mi hermano Corydon ha muerto. En cuanto llegó al río Tajo, antes de poder servir al rey y a la patria, contrajo unas fiebres, las mismas que acaban con tantos soldados que llegan a esas tierras, a esas tierras *malditas*. ¡No! No me permitas lamentarme, tengo que ser paciente para aguantarlo, ¡o de otro modo estoy segura de que podrá conmigo! Ha muerto, no volveremos a verlo: yo apenas soy la mitad de lo que era, y ¿cómo va a sobrevivir una sola mitad incompleta? Tan sólo espero que el cambio de mi situación (cosa que pronto sucederá) me permita olvidar aunque sea por poco tiempo. A esta felicidad me refería antes: voy a casarme. Tiene que ser felicidad, siempre se la describe así, y estoy convencida de que, si bien la perspectiva no me llena de gozo, el estado en sí debe resultar satisfactorio, *debe*, insisto, pues no hay alternativa posible. El caballero a quien he entregado mi mano es el mismo que se ha alojado en Corydon Hall estos últimos meses, alguien cuyo nombre quizá conozcas.» Llegado a este punto, a través de las lágrimas que casi cegaban su mirada, Alí reconoció el nombre de alguien a quien en efecto conocía, un hombre mayor, el padre de un compañero de su propia facultad, con quien Alí se había emborrachado en una ocasión; el caballero en cuestión era un viudo, a quien Alí había conocido al encontrarlo *acompañado de lord Sane* en Londres, cuando visitó por primera vez la ciudad. Era rico, en efecto, aunque sin títulos o propiedades, ¡títulos y propiedades que aportaría Susanna! Con la pena convirtiéndose en desesperación, Alí continuó leyendo: «Oh, mi querido, querido Alí», concluía Susanna. «Antes de juzgarme, piensa un instante (si no logras que tu corazón me comprenda) en el dolor de mi pobre madre y en la situación de mis hermanos pequeños, sin guía, sin un modelo en el que poder mirarse. Deseo por encima de todas las cosas que conserves intacto tu recuerdo de mí, de nosotros, antes de que se abriera este abismo, en cuya parte opuesta me hallo. A pesar de todo, tu mano, tu voz, no se me antojan ahora lejanas, sino cercanas. Anhele tus buenos deseos, tus mejores pensamientos, incluso tus plegarias, si es que puedes concederme tales dádivas, así como tu estimada y constante amistad, la cual creeré tener siempre, *siempre*, en el camino que ahora emprendo.»

A esta carta tan sólo adjuntaba su firma, lo bastante apresurada y breve para sugerir que no podría haber escrito más de haber tenido más que añadir. Alí observó la firma con la sensación de que se cerraba una puerta con llave. ¡Muerto! ¡El Sol, ya puesto, jamás asomaría de nuevo! Durante un rato sintió Alí que los muertos se arracimaban a su alrededor, como si lo llamaran a su lado: su madre, y también lady Sane, sus antepasados y lord Corydon, que a duras penas podía yacer frío en la tumba. Lo reclamaban para chupar de sus venas la cálida sangre, y de sus nervios su

natural vigor y su fuerza, al tiempo que a él le negaban aquel bien preciado que Alí quería de ellos: su sueño, su bendita ignorancia. En lugar de ello, un tumulto, una explosión de conciencia creció en su interior hasta llenarlo por completo. Guardó la carta en el bolsillo y ordenó subir el equipaje al coche que emprendería el camino al norte. Una hora después se encontraba en la carretera de Escocia; no obstante, las ruedas del coche parecían girar con igual lentitud que las del carro de Sisera^[4], y Alí, rebulléndose en el asiento, era como si intentara empujarlo para que ganara en velocidad, para que pudiera llevarlo fuera de sí mismo, de todo cuanto él había sido y conocido. Hacia el objetivo en el que volcaba toda su atención, esto es, la meta del viaje, la fortaleza de su padre.

Cuando surgió ante su mirada no se le antojó como un lugar al que nadie tendría prisa por llegar. Su aspecto amenazador, las paredes oscuras y la lejana atalaya parecían haberse sumido aún más en la decrepitud y la decadencia, y proyectaban una imagen de total desolación (en más de una ocasión me he preguntado por la cantidad de palabras capaces de evocar tristeza y rechazo que empiezan por la letra *d*^[5]. ¿Qué destino inmemorial recayó al principio sobre la cuarta letra para verse asociada a tantas connotaciones pavorosas?). Alí recorrió las vacías estancias, pasando junto a las paredes desnudas en cuya superficie se dibujaba el claro contorno donde, en tiempos, habían lucido los cuadros. A los sirvientes con los que se cruzó preguntó tan sólo por el laird; no supieron indicarle dónde podía estar, pero al final lo encontró en la sala de billar, inclinado sobre aquella superficie verde que era una de las pocas cosas que había considerado que sería buena idea conservar.

—Qué pronto has vuelto —dijo lord Sane, tranquilo al atacar la bola—. No te esperaba hasta dentro de unos días.

—Señor, soy portador de ciertas noticias que... Que no podrían haberme estremecido y preocupado más —dijo Alí—. Me veo inclinado a pensar que podríais tener algo que ver en dichos asuntos, aunque espero que seáis inocente de cualquier intriga orquestada en mi contra, en contra, digo, de mi felicidad y de la de aquellos a quienes tengo en gran estima.

—Qué extraño modo de dirigirse a mí —dijo su padre sin alterarse lo más mínimo—. Debéis hablar con más claridad, señor, y decir sin tapujos lo que tengáis que decir. ¿De quién me estáis hablando?

Alí lo puso al corriente de todo aquello en lo que no había dejado de pensar desde que se enteró de ello: la muerte de lord Corydon en Portugal, al verse misteriosamente revocados los privilegios de que había disfrutado hasta el momento de su partida, y la inminente boda de Susanna con alguien a quien Alí no consideraba capaz de proporcionarle felicidad alguna, por no mencionar el hecho de ver sus propios deseos y aspiraciones destrozados, aunque de éstos no había mencionado jamás nada a su padre. Mientras habló al respecto, Alí no perdió detalle del rostro de su padre, a la espera de advertir un atisbo de complicidad de él en aquellos hechos.

—Lamento saber de la muerte de tu amigo —dijo lord Sane mientras ponderaba

qué postura debía adoptar en el billar—. Claro que, como suele decirse, *dulce et decorum est*. También yo he sido soldado, y jamás solicité exenciones como él parecía hacer con tanta desenvoltura. En lo que a su hermana concierne, la felicito. Es un buen acuerdo: un anciano rico que podrá satisfacer sus pocas demandas, y que hará lo posible por mejorar la buena opinión que él pueda merecerle. Por lo que recuerdo del caballero, es algo sordo. Poco verá, y nada oirá, así que ella podrá hacer cuanto le plazca, tal como le gusta hacer a todo el mundo.

—¡Retirad esas palabras! —exclamó Alí—. ¡Son ofensivas y no pienso tolerarlas!

Su padre, ocupado en aplicar la tiza al taco, no hizo caso de la exigencia de su hijo, aunque observó a Alí como si éste nada hubiera dicho.

—Te recomiendo tomar nota de su ejemplo —dijo—. A estas alturas tus deudas han aumentado. Los gastos de tus estudios superan con creces lo que yo puedo pagar, razón por la cual me he visto obligado a firmar en tu nombre ciertos documentos, con personas de la City con quienes no hubiera querido tratar, pero a quienes, para no faltar a la verdad, he tenido que recurrir con anterioridad. Estos gastos se añadirán a las demás sumas invertidas en ti a lo largo de este tiempo, sumas que, tal como ya he dicho, no son en absoluto despreciables.

—¿Me habéis convertido en deudor sin mi conocimiento? ¿Cómo es posible tal cosa?

—No tenéis idea, señor, de qué es *posible*. No obstante, es posible que, si lo piensas con calma, llegues a la conclusión de que debes seguir mis instrucciones y buscarte una esposa que pueda aliviar tus deudas. De un tiempo a esta parte he reparado en la aparición en sociedad de varios pajaritos nuevos, entre los cuales se cuenta cierta señorita Delaunay, Catherine Delaunay, de quien he oído que es casta, recatada, dotada de sentido común y *rica*. Reúnete conmigo mañana en mi despacho y te informaré con más detalle acerca de ella.

—No haré tal.

Su padre devolvió el taco al estante; lo hizo con sumo cuidado y el aspecto de ser alguien que finalmente ha decidido solucionar algo que lo incomoda.

—En tal caso —dijo al tiempo que se acercaba a su hijo—, puedes llegarte a Kirk, donde obtendrás permiso para mendigar, y un traje azul que ponerte; hay varias personas en esta parroquia que desempeñan bien ese cometido, quizá resulte que también tú posees el talento necesario. —Tan cerca se hallaba de su hijo que, de pronto, hundió la mano en la casaca de éste y lo aferró de la cinturilla de los calzones—. ¿O acaso se debe tanto titubeo ante la perspectiva de la vida marital a otros temores? ¿A que tu cuerpo sea inadecuado? En tal caso, déjame examinarlo para despejar dudas. —Sus manos hurgaron las partes íntimas de su hijo—. Asegurémonos de que eres como otros hombres. ¡No! ¡No te resistas!

—¡Apartaos! —exclamó Alí, dándole un empujón—. ¡Apartaos o yo...!

—¿Qué vas a hacer? ¿Qué vas a hacer? Tened cuidado, señor. Recordad que en un instante, y sin importarme las consecuencias, os di la vida, y que en un instante

también podría quitársela. Recordad: «El Señor lo da, el Señor lo quita.»

—¡Sois el Demonio!

—¡Ah! —exclamó lord Sane—. Veo que conocéis la costumbre de ese ser superior de citar las Escrituras para su propósito. Aquí va otra cita: «Si tu ojo no te deja ver, arráncatelo.» No me desafiéis, señor, por mucho que podáis ser manzana de mi propia cosecha.

—Os lo advierto, no volváis a provocarme —respondió Alí al tiempo que levantaba la mano crispada en un puño a la altura del enorme rostro del lord—, u os aseguro que no sé qué haré. ¡Mi carne ha soportado más de lo que cualquiera podría soportar, y ya no soy más que carne!

—No me levantes la mano —advirtió a su vez su padre—. Es un pecado terrible, y además inútil, porque las armas no pueden dañarme. No... Veo que tiembles al oír eso, pero es cierto. También la horca sería inútil, ¡porque *no puedo morir!*


Se había convertido en una figura amenazadora ante la corta estatura de su hijo, y el fuego de la chimenea arrojaba una sombra incluso mayor sobre la pared. Entonces gritó de nuevo, alzando más la voz: «¡*No puedo morir!*», y se rió en la cara de su hijo; siguió riendo con la risa del Demonio ante la fútil resistencia de los hombres, mientras Alí, desconcertado y furioso, giraba sobre sus talones y abandonaba la estancia.

Fue esa noche cuando lord Sane llamó al carruaje y a su cochero, y, sin cruzar otra palabra con su hijo, se fue a una ciudad cercana sin mencionar qué lo llevaba allí. Nada sabría más de él Alí, ni de sus planes, ni de sus acciones pasadas, ni nada de nada. A la noche siguiente de su partida, su hijo caminaba bajo la luna por la abadía y, tal como ya se ha relatado aquí, se adentró en la noche, dormido, hasta encontrar muerto a *Satán* Porteous, ahorcado en el interior de la atalaya de su propiedad, contradicción clara e irrefutable de las palabras que había pronunciado ante su hijo: «También la horca sería inútil, ¡porque *no puedo morir!*»



SEIS

En el cual se libera al Lector de su incertidumbre, y a Alí de su calabozo

 ahora, amable Lector de estas poco amables páginas, seas quien seas (y aquí tiendo una mano imaginaria, un saludo espiritual a tu comprensivo ojo: ¡felicidades por tu perseverancia!), la historia de Alí ya ha sido narrada hasta el momento de su encierro en prisión por el cruel (y no del todo sobrio) juez, en el calabozo del *tolbooth* que se erige junto al mar en el Real y Antiguo burgo que se extiende junto a la abadía de los Sane, lugar donde sin duda seguirá. Y lo cierto es que nadie podría culpar a Alí si, encerrado como estaba a solas en su celda, en las horas restantes de una oscuridad más lóbrega de cuantas había conocido, creía posible que, en su sueño, hubiera convertido en realidad aquello de lo que se le acusaba. ¿Acaso no había asesinado a lord Sane un centenar de veces en su mente? ¿Se había levantado quizá del lecho, armado, y había subido a la montaña dormido, sin que ningún buen ángel lo despertara? ¿Y no cabía la posibilidad de que en sueños hubiera subido hasta la torre, y luego, después de haber cometido...? ¡Ah, no! ¡Imposible! Enfrentarse dormido a un ser vivo que le doblaba en fuerza, reducirlo, estrangularlo, atarlo... Levantarlo como a una ternera en la carnicería... ¡No! Sin embargo, las imágenes atravesaban su mente, y la lóbrega oscuridad parecía acariciar su rostro con gélidos dedos en aquella noche sin fin. Podemos decir de una hora terrible *que parecía un sueño*; pero aunque creamos estar despiertos cuando soñamos, al despertar sabemos (¡lloramos, ansiamos saberlo!) que estábamos soñando. Ahora el frío y las paredes húmedas eran reales, su padre estaba muerto; los pasos del carcelero y el lejano rumor del oleaje al morir en las rocas, demasiado reales. Angustiado por el horror de aquella realidad lanzó un gruñido y, al oírlo, los pasos se detuvieron unos instantes.

Al final se arrojó sobre el jergón, donde se quedó dormido. No obstante, siguió forcejeando con su padre en sueños, lo atrajo hacia sí, lo mató; *soñó* que despertaba y halló a su padre junto a él, y por un terrible instante no supo reconocer dónde estaba, si en la tumba o en el Infierno, en la bodega de un barco (porque la marea había subido al atardecer, y el oleaje golpeaba los cimientos de la prisión) o en ninguna parte, en la no existencia, tuerto y con el corazón palpitante. En verdad no viviremos

nuestras vidas de nuevo, sólo una o dos horas en la más elevada de las existencias, pero si para alcanzarlas debemos soportar noches como la que Alí soportó, abandonemos entonces todos nuestros días donde Saturno pueda guardarlos, y olvidémonos de recuperarlos.

En aquel momento se produjo un estruendo en las estancias por debajo de donde él estaba que lo arrancó de aquel sueño inquieto. Los grilletes, que pendían de una argolla del muro, no le permitirían alcanzar la diminuta ventana de barrotes que había en la puerta de roble de la celda, tras la cual oía los gritos de terror del carcelero, los golpes de un taburete, de un arma, luego, cuando cesaron los gritos, el silencio. Entonces oyó el rumor metálico de las llaves en su propia puerta, y la conciencia de que alguien intentaba abrirla, lenta, metódicamente, probando todas y cada una de las llaves. Guardó atento hasta que la puerta cedió.

La tenue luz de una de las linternas del pasadizo iluminó la silueta de un hombre en el umbral. Entró éste en la celda con paso que se antojaba seguro, a pesar de andar a tientas, y Alí se apartó asombrado, puesto que en ese momento alcanzó a ver, a la luz de la luna que se filtraba por la ventana, a un Negro hercúleo^[1] desnudo de cintura para arriba, con un largo y raído calzón.

—¿Quién eres? —preguntó Alí al oscuro personaje—. ¿Quién te ha enviado?

Pero no obtuvo respuesta; el hombre de raza negra era sordo, o lo parecía. Y también ciego, puesto que los ojazos amarillos de su rostro negro no miraban a nada en concreto, a pesar de lo cual veían, como guiados por otro sentido. Al cabo de unos instantes, tras *escuchar* y dar con lo que andaba buscando en la celda, se arrodilló ante Alí, y, tal como había hecho con la puerta, probó llave a llave hasta librarlo de los grilletes.

Antes de que Alí pudiera preguntar nada a su peculiar salvador, el enorme negro se dio la vuelta y encaminó sus pies descalzos a la puerta abierta; allí volvió la mirada, o en todo caso se volvió, como si sus ciegos ojos pudieran decirle si Alí le seguía o no, igual que hiciera el oso que había guiado a éste en sueños hasta el cadáver de su padre; no obstante, el muchacho no lo siguió de inmediato. La *razón* quedaba lejos de sí en ese momento; *precaución* y *prudencia* no existían; la dulce *libertad* se hallaba a unos pasos, por el camino que el tipo del sable abría. Aun así, al principio algo lo arredró, la percepción quizá de que en caso de huir en ese momento jamás podría librarse a ojos del mundo de las sospechas de su participación en el asesinato de lord Sane. Claro que, le dijo su insensato sentido común, ¿acaso el mundo no lo había declarado ya culpable? Y si aún no lo había hecho *todo* el mundo, ¿no eran suficientes los que así lo creían para que acabara ahorcado? ¿Contaba con alguna ayuda? Sin pensarlo —cosa que en ese momento era incapaz de hacer—, Alí sabía la respuesta no sólo a estas preguntas, sino a otras por el estilo; así que, finalmente, se levantó mientras una llamarada recorría su pecho, y salió por la puerta.

Él y su guía descendieron por el temible corredor. Vio al carcelero aturdido en un rincón, desvanecido no supo si por el temor o a fuerza de golpes. Los pies descalzos

del negro descendieron los peldaños sin hacer más ruido que el que hubiera hecho un gato; larga y firme era su zancada, pese a lo cual extendía al frente los brazos como para asegurarse de no tropezar con los obstáculos que pudiera encontrar a su paso. Las puertas de la entrada a la cárcel estaban entreabiertas, y por allí salieron ambos a la calle, cuyas casas no tenían una sola ventana iluminada.

—¿Adónde me llevas? —susurró Alí al guía—. ¿Quién eres?

Sin insolencia, pero sin volverse para mirarlo, el otro siguió adelante hasta los muelles, donde la pleamar había encumbrado a los veleros que, dormidos, yacían posados sobre las aguas. Sin titubear, el hombre negro saltó a un bote sin esperar a que Alí lo hiciera primero, y, como quien recuerda cómo emplear las herramientas que en tiempos utilizó con gran destreza, armó los remos y se disponía a bogar cuando Alí se embarcó también.

¡Las últimas relucientes estrellas de la mañana! ¡Blancos muslos de la Aurora, extendidos descuidadamente, creados a diario por la mirada de Apolo desde un extremo del mundo! La modesta embarcación avanzó hacia la bocana del puerto y el viento refrescó. Aquel peculiar Caronte (pues tal podía ser, cosa que escapó entonces a la atención de Alí) desarmó los remos, largó la lona y asió la caña del timón. Alí sabía qué debía hacer, aunque los papeles a desempeñar en el gobierno de la embarcación parecían impropios de sus respectivas condiciones, de modo que armó los remos y bogó con alma. Puede que fuera la labor constante de sus manos la que aquietó su corazón y le hizo sentir cierta felicidad. No tardaron mucho en doblar la punta que delimitaba el puerto, y no era aún de día cuando avistaron un barco fondeado en una caleta hacia la cual arrumbó el timonel. Al acercarse vio Alí una luz en el castillo de proa; se encendió una sola vez, y luego volvió a hacerlo.

Cuando Alí comprendió que el barco aguardaba su llegada, plegaron las velas mayores, tensas al viento. Pudo oír el estruendo del cable del ancla, cobrado a fuerza de tirar en el cabestrante, y el chapoteo de una escala de cuerda tendida desde la porta cuando ambas naves abarloaron. No había duda alguna de qué debía hacer a continuación, y cuando, de pie sobre el bote sometido al balanceo, se disponía a asir la escala, asomaron por la borda un par de rostros, tocados ambos con un sombrero. Mediante gestos le animaron a subir. De la insegura escala colgó Alí su cuerpo mientras su espíritu se sobreponía a sí mismo, y, al cabo de unos instantes, lo asieron de las muñecas hasta subirlo a bordo. Al mirar hacia abajo vio al negro, sentado y con la expresión de un mascarón de proa, impávido e inmóvil hasta que Alí estuvo a salvo a bordo, momento en el que metió la caña del timón, tiró de escota para cambiar la vela de bordo y se alejó del costado del barco empujado por el viento, todo ello sin volver la vista atrás. Alí pensó en llamarlo, pero no supo cómo hacerlo, ni el porqué de semejante impulso, ni siquiera si el otro lo oiría. Finalmente, se volvió a los dos caballeros que lo habían ayudado a subir a bordo.

—Gracias —dijo sin saber qué más podía añadir.

—No nos deis las gracias, joven señor —respondió uno de ellos.

—Nos han compensado por ello, compensado muy bien, por cierto —dijo el otro—. De modo que somos nosotros quienes deberíamos daros las gracias por procurarnos una provechosa empresa; así pues —y aquí el otro se hizo eco de sus palabras—: ¡Gracias, señor, muchas gracias!

Uno era alto; el otro, bajo. Uno tenía la cara alargada; el otro, redonda. A ojos de Alí se parecían mucho a los alguaciles que lo habían llevado en presencia del juez. No obstante, ambos pertenecían a la raza irlandesa, y como tales hablaban y se comportaban, al modo en que lo hacen los irlandeses de las admirables historias de la señorita Edgeworth^[2], o quizá no lo hicieran, aunque espero que se me perdone si no intento reproducir su forma de hablar, o sus modales, pues carezco de los suficientes *apóstrofes* para hacer lo primero, y del coraje necesario para hacer lo segundo.

—De nada, de nada, supongo —dijo Alí—. Pero... Compensados, ¿por quién?

—Pues por quien deseaba veros liberado —respondió uno de los irlandeses.

—Y el mismo que tenía medios para lograrlo —añadió el otro.

—¿No van a contarme nada más? —preguntó Alí.

—La persona por la que acabáis de preguntarnos nos pidió que no lo hiciéramos —respondió uno de ellos.

Alí se volvió al mar, donde vio el bote del negro que lo había liberado alejándose hacia una cala lejana mientras el barco donde se hallaba Alí ponía proa a mar abierto y doblaba así la distancia que separaba ambas embarcaciones.

—¿Y también él...?

—¿Servía al mismo patrón? Claro que sí, eso nos contaron.

—Se nos ordenó, es más, diría que se nos advirtió, que no lo subiéramos a bordo. Lo cual no lamento en absoluto.

Alí pensó que no había ninguna pregunta que pudiera hacer susceptible de obtener una respuesta, a excepción del nombre del barco y de sus patrones, pues tales parecían ser sus interlocutores, o bien su lugar de destino, que se había convertido en el suyo. Mas por parecerle irrelevante en tales circunstancias, descubrió que nada podía preguntar, aunque ambos irlandeses lo sacaron de tal apuro al animarlo a acompañarlos bajo cubierta, donde podría relajarse y disfrutar de un buen potaje, lo cual difícilmente podía rechazar.

* * *

—Ver al negro que os trajo al barco me ha hecho recordar a otro que, no obstante, era de un carácter totalmente distinto —dijo el patrón del *Hibernia*, que se llamaba Patrick. Su hermano, Michael, el primer oficial, asintió.

—El leal Tony —dijo Michael.

—Un dechado —apuntó el patrón—. El más apacible y valioso de los hombres, como cualquiera podría atestiguar.

Alí, a quien habían servido una copa de dorado whisky irlandés mezclada con

miel, copa que sorbía con tiento, igual que hacía con su recuperada libertad, tenía una o dos preguntas que plantear a ambos marinos, pero se mordió la lengua.

—Tony carecía, o eso creo, de apellido —dijo Michael—. Estuvo años al servicio, aunque era más un compañero, un camarada, del difunto y bendito lord Edward Fitzgerald^[3]. —Al pronunciar su nombre, ambos se descubrieron la cabeza, echaron un trago y devolvieron los sombreros a su lugar—. Lord Edward... Aunque, ahora que lo pienso, es muy posible que conozcáis esta historia. —Alí negó con la cabeza—. Bien, pues lord Edward, decía, apenas era un joven, un oficial recién enrolado en el ejército de su británica majestad, cuando su regimiento se enfrentó en la última guerra a partisanos americanos de Carolina del Sur. Ansioso por ganar los honores, y teñir de sangre el virgen filo de su espada, hizo lo posible por situarse a la cabeza de todos los combates. En un encuentro con las fuerzas del general Harry Lee, que se contaba entre los líderes americanos más capaces, el joven lord Edward sufrió tal herida que perdió el conocimiento, y fue dado por muerto en el campo de batalla. Sin embargo, un negro llamado Tony se acercó a él y lo encontró al borde de la muerte; lo llevó a su propia tienda y le prestó todas las atenciones necesarias. Cuando el joven se hubo recuperado lo bastante para reunirse con los suyos, no tenía nada que ofrecer a su salvador, más que un puesto a su servicio durante todo el tiempo que así lo deseara aquel valiente, lo cual aceptó el leal Tony (a quien a partir de ahora llamaremos así). Desde ese momento, el lord y el negro se hicieron inseparables.

Llegados a este punto, Alí, quizá por el whisky, por poco que hubiera ingerido, se atrevió a preguntar si estaban navegando y adónde se dirigían. Obtuvo por respuesta sonrisas condescendientes.

—No pretendía interrumpir la historia —dijo Alí con cierto remordimiento de conciencia—, si es tal.

—Somos comerciantes —explicó Patrick—. Vamos por ahí comprando y vendiendo a bordo de nuestro pobre barco, y vivimos de los beneficios, cuando los obtenemos (después de pagar a la tripulación, claro, y reparar las vías y los daños, así como la lona). Somos gente inofensiva, y no queremos más que lo mejor para vos.

—Y ¿por qué habéis hecho esto? Sabed que nada puedo hacer por vosotros y que me gustaría que no fuera así, pero no tengo nada. Mi fuga no ha hecho sino confirmar lo que antes era sólo sospecha, que soy un asesino.

—Ah, no, joven señor —respondió el más joven de los hermanos—, os apartamos de las garras de la ley, para que, tal como suele decirse, podáis luchar otro día.

—Con ello no sugerimos que seáis de los que luchan y huyen. Nada de eso —dijo su hermano mayor.

Alí sabía que no respondían a la pregunta de quién los había contratado para orquestar su fuga. ¿Quién podía ser? ¿Quién? Nadie estaba al corriente de su encarcelación, nadie excepto los habitantes del pueblo, que pocos medios tenían para concebir, y mucho menos para procurar, su escapatoria, por mucho que hubieran deseado verlo en libertad. El millar de enemigos de lord Sane, uno o varios de los

cuales se suponía que habían sufragado a los asesinos, fueran quienes fuesen, no podían compararse a un millar de sus amigos; no era consciente de que tuviera padrinos, al menos desde la muerte de lady Sane.

Intrigado, levantó la copa ante los rostros fofos y alegres de los comerciantes irlandeses, si es que lo eran, y les invitó a reanudar la historia, si tal era su deseo.

—Cabría preguntarse —continuó Michael, con las manos cruzadas sobre el estómago, retomando el hilo allá donde lo había dejado— cómo es posible que alguien que se demostraría tan amigo de la Libertad, y de todos los hombres, no sólo los compatriotas, pudiera servir en el ejército entregado a la labor de la supresión de los justos deseos norteamericanos de poder decidir por sí mismos. ¡Pues bien! Era un soldado británico, y tal era su naturaleza, la de un soldado: servir y luchar sin poner en tela de juicio la justicia de la causa por la que luchaba su ejército o, más bien, manteniendo sus propias opiniones para sí mismo, por temor a que pudieran entrar en conflicto con su deber y pudieran debilitar su voluntad, su pegada y, así, ponerse en peligro a sí mismo o a quienes bajo su mando servían. Ardua tarea en ocasiones, ardua y constante.

»No hay duda de que su mente y su corazón simpatizaban con la causa norteamericana, pero no su brazo. Le gustaba la gente, y consideraba que hacían lo correcto. Despreciaba la interminable preocupación británica por las señas más imperceptibles del rango y la subordinación. Le gustaban los norteamericanos por no tener tales, por no considerar a los hombres más o menos sólo por su apellido o por su cuna. Simpatizaba con una tierra donde cualquiera, hombre o mujer, en posesión de un hacha, un arma, un par de bueyes y un espíritu emprendedor podía hacerse una casa y criar a sus hijos para que hicieran lo propio. Para vivir como quisieran, en libertad, sin ser siervos de nadie, excepto cuando así lo quisieran. Sucedió que en cuanto la guerra hubo terminado con la victoria de Washington, lord Edward se las apañó para volver al continente, a Canadá, donde podría servir en el ejército británico que ocupaba esas tierras, pero también para viajar, para explorar, para ver por sí mismo.

»Os invito, joven señor —exclamó al tiempo que se levantaba de la silla en un arrebató de entusiasmo—, a imaginar la tierra de Canadá, tal como era entonces y sin duda sigue siéndolo: los grandes ríos y las montañas, sin nombre aún, ignotas para todos menos para los salvajes. Las cataratas del Niágara, las flotillas de canoas en las cuales viajan los miembros de las tribus nativas. Las nieves...

—Olvidad cuanto creemos saber de la nieve —intervino su hermano—. La nuestra es como el azúcar de un pastel. Allí la nieve cae en noviembre, y se amontona hasta la altura de un hombre sin fundirse hasta que llega el verano. A pesar de ello, ahí tiene a los cazadores salvajes, caminando sobre la reluciente superficie gracias a su *calzado para la nieve*, arrastrando los *tabargans* cargados con las pieles de los castores y los alces que hayan podido cazar, todo ello con mayor soltura de lo que lo haríamos nosotros por un bosque al calor del verano.

»Lord Edward viajó de este modo durante algunos meses, durmió bajo esas estrellas, hizo su lecho de píceas (cuando no cavó un hoyo en la nieve), y comió el *pemican* o carne seca de alce, y a menudo lo hizo en compañía de un famoso cacique de los salvajes, a quien los ingleses llamaban Joseph Brant, sin más compañía que la del leal Tony.

Su hermano se levantó en ese momento, como si las cosas de las que hablaba se extendieran de pronto ante su inspirada visión.

—¿Qué hombre de África —exclamó—, qué esclavo de Carolina se ha visto inmerso, ha actuado en lugares tan asombrosos como el leal Tony? ¿Quién ha perseguido a un alce durante días hasta caer rendido de puro cansancio, se ha bañado bajo la tromba de agua del Niágara, ha compartido con su amigo y amo hasta la última penuria, saliendo airoso de todo ello? ¡Ningún libertador norteamericano de esclavos se hubiera ganado la lealtad, y mucho menos la amistad de este hombre como lo hizo un irlandés amante de la Libertad!

»En las fuentes del gran río de Mississippi —continuó Michael—, lord Edward fue acogido por el jefe Joseph en su propio clan de la tribu de los Mohawk, el del Oso. Se despidió luego de ese orgulloso salvaje, a quien había aprendido a admirar tanto como a apreciar (a pesar de ser consciente de los hombres blancos a los que había matado, así como de los asentamientos que había destruido), y descendió el río hasta Nueva Orleans, donde confiaba en encontrar pasaje a Irlanda. Allí descubrió, por mediación de unas cartas que le habían seguido la pista, que cierta dama irlandesa, a quien había entregado su corazón...

—Y de quien tenía motivos para pensar que correspondía a sus sentimientos, a pesar de la inquebrantable oposición del padre, hombre cruel, o, al menos, obtuso, que le había, o eso pensaba, impedido contraer matrimonio con ella... —interrumpió el hermano.

—La dama —prosiguió el otro—, durante el largo tiempo de ausencia, se había casado con otros, demostrando que lord Edward estaba equivocado en cuanto a los sentimientos de ella.

»Allí estaba, pues, frente al bello del continente, con el último contacto con su tierra natal cercenado por aquellas noticias, y descubrió que pocos deseos tenía de volver a su viejo y lejano mundo. En lugar de regresar a su oprimida tierra, o reintegrarse a las filas del ejército del opresor, pensó en seguir adelante, puesto que tenía la impresión de que aquél era un camino sin fin, a las montañas de México, a Sudamérica, al Orinoco, a la Amazonia, al extremo del mundo, donde de nuevo surgían el hielo y la nieve, ¡y de donde no regresaría jamás!

»Así las cosas, el hecho era que también había recibido una carta de su madre, dama por la que sentía una honda devoción y que, además, era merecedora de ella. El deseo expresado de volver a ver a su amado hijo fundió el hielo de su corazón y debilitó su decisión; apesadumbrado y con escasas expectativas comenzó los preparativos del viaje.

»Prestad ahora atención a lo que se avecina cuando el tiempo y el azar forcejean con la voluntad de un hombre, como hizo Jacob con el osado Ángel, ¡para ver quién podía ser el forjador de su destino! Al cabo de un mes de su retorno de América, se había marchado de casa de su madre a París, donde acababa de constituirse el Directorio. Vale la pena señalar que corría el año noventa y dos, el año en que la Revolución se enfrentaba a numerosos enemigos encarnados por los monarcas de Europa, enemigos entre los cuales aún no se contaba quien sería, al menos legalmente, su propio y ofuscado rey. Cierta noche se reunieron en el hotel White algunos súbditos británicos presentes en París, hombres próximos a la Revolución, a la que deseaban toda la suerte del mundo; entre las vanas esperanzas expresadas en aquella velada y los juramentos pronunciados, las canciones y los brindis, lord Edward, miembro de una de las familias más antiguas e importantes de su isla natal, renunció a su título, que sustituyó por la humilde condición de *citoyen, frère, camarade*.

—Aquella noche —prosiguió su hermano—, al menos creo que fue aquella misma noche, el en otros tiempos noble señor acudió a un baile, donde vio a una joven preciosa. Su corazón, que creía muerto, le hizo saber que después de todo seguía vivo en su pecho. La dama era la hija ilegítima de un hombre que antes había ostentado el título de gran duque de Francia y de una dama escritora de renombre...

»¡De entre la tribu de mujeres amantes de los garabatos, era nada más y nada menos que madame de Genlis!^[4]

»Pidió su mano, fue aceptada y, en cuestión de semanas, se casó con la dama. Durante esas semanas fue expulsado del ejército británico por los juramentos hechos en el hotel White. De modo que ahí estaba, ya no un corazón roto, ni un soltero, ni un soldado británico, ni un lord irlandés (a pesar de que todos lo trataban aún de tal), y ante él se extendía el porvenir. En cuanto hubo llevado a su esposa a casa, acudió al Parlamento, en Dublín, y emprendió el camino, tan desconocido y lleno de incertidumbres como los que había recorrido por la salvaje América; el camino que habría de llevarlo a convertirse en mártir de la causa de su Pueblo y de la Libertad, y a ganarse un puesto eterno en los corazones de quienes aman ambas cosas.

—Comprenderéis —dijo Michael, en quien pareció ceder la tormenta de sentimientos que había inspirado en él el relato de aquella historia— que no sabemos qué nos aguarda, ni tampoco qué senda nos veremos llamados a seguir, pues cuando el camino se divide no sabremos qué nos aguarda en él.

—Cuando ponemos un pie en la cubierta de un barco —apuntó Patrick—, no sólo puede llevarnos de un lugar a otro, sino también de una vida a otra.

—El deber nos llama, y andamos faltos de hombres —dijo su hermano—, de modo que os pediría que nos ayudarais en todo lo que podáis. No es necesario que sepáis de mar, tan sólo que nos echéis una mano fuerte y pongáis toda el alma en lo que hagáis.

Alí aseguró a la amable pareja que haría todo cuanto estuviera en su mano, y en

seguida se vio atendiendo a labores que jamás había hecho antes, incluido el embreado de los cabos y las vergas a alturas increíbles, y el aprendizaje de una lengua que nunca antes había oído en tierra y que tuvo que aprender. A veces, estando encaramado al palo sobre el mar de Irlanda, pensaba en sí mismo, en cómo había sido hasta entonces un lord, o el hijo de uno; y antes de eso, pastor, y ahora no era ni una cosa ni otra, ni siquiera un marino, y lo cierto era que no sabía en qué se convertiría, ni le importaba. Prefirió no contar su historia a los hermanos, quienes nada preguntaron al respecto a pesar de observarlo con sonriente curiosidad. Se mostraron igual de silenciosos con sus propios asuntos, de modo que Alí nada averiguó de sus propósitos, excepto que al doblar su isla natal subieron a bordo mercancías que luego no entregaron, que parecían hacer muchos tratos nocturnos, y que rehuían los puertos principales y los fondeaderos más convenientes, donde se alzaban las oficinas aduaneras. Sin embargo, hasta que se echaron de nuevo a la mar, dispuestos a doblar el pie gordo de Inglaterra y poner rumbo al golfo de Vizcaya y a la costa occidental de Francia, Alí no averiguó su ocupación.

Corrían aún los tiempos en que Buonaparte^[5] «montaba a horcajadas el ancho mundo cual Coloso», y entre otras cosas (tales como la lucha contra las monarquías, la anulación de antiguos estatutos de privilegio, la liberación de presos, la concesión del voto a los desposeídos) que hicieron temblar los cimientos del Viejo Continente, había encerrado toda Europa en su «Sistema Continental», que prohibía a cualquiera de los territorios que gobernaba comerciar con aquellos que quedaran fuera. En respuesta, el gobierno inglés —a quien tamaño golpe al comercio debió de dolerle más que un ataque directo al honor o a la religión— procedió a prohibir a las demás naciones comerciar con el Francés, empobreciéndose al hacerlo y provocando a los norteamericanos a emprender una guerra inútil que no condujo a gran cosa. Esto se debió a que el comercio continuó de todos modos sin que se pagaran impuestos. Tuvo que hacerse de noche, lo cual no supuso más que un inconveniente, y a menudo sucedió que los inversores se sintieron descorazonados cuando el cúter de un bando se iba al fondo con la mercancía. El comercio es inabarcable, indestructible, y continuará bajo tierra cuando se lo prohíba a plena luz del día. Era trabajo de hombres valientes, de sangre fría, y por apacibles que le parecieran a Alí los hermanos Hannigan (o Flannigan, pues mis notas apenas son legibles a este respecto), había pocas cosas ante las cuales estuvieran dispuestos a ceder, o ante las cuales hubieran cedido, si de lo que se trataba era de proseguir con el negocio y sacar provecho de ello.

—Cierto —aseguró Michael—, es necesario escoger con sabiduría el cargamento apropiado. En eso tenemos suerte, y nuestro cargamento no sufrirá percances, pues de nuestros barcos pasará a los más altos cargos en tierra.

La oscuridad cubría la faz del océano, y un viento suave arrastraba el aroma de la costa francesa, que se encontraba más allá de una línea de blancas palomillas de las que aún no llegaba ningún ruido. Alí les pidió que revelaran la naturaleza del

cargamento.

—Cuchillas de Smithfield —respondió Michael, quien, satisfecho, se cogió las manos a la espalda—. Puede que su alteza el emperador desprecie a los ingleses, a sus soldados y marinos, a sus reyes y príncipes, así como a la «nación de tenderos» que éstos gobiernan. Pero no permitiría que nadie lo afeitara con otra cosa que no fueran las cuchillas de Smithfield, las mejores del mundo, de las cuales llevamos una considerable cantidad en la bodega. Además de maíz, brea y sebo, y andrajos blancos de calidad.

Alí se volvió al horizonte, donde una silueta negra emborronaba la línea que separaba el cielo del mar.

—¿Acaso no es eso un barco? —preguntó—. Se dirige hada nosotros.

Al oír esto, el primer oficial se encaminó al coronamiento, dispuesto a investigar esa información, lo cual le acercó unos pies más al barco que cerraba sobre ellos; una vez allí, se inclinó sobre el mar.

—Por lo que puedo apreciar —dijo—, disfrutaremos de un pasaje seguro a puerto, siempre y cuando nos manejen con modestia y no nos comportemos como zotes. Ya os lo he dicho antes, y más de una vez: tenemos un trato —aseguró cruzando ante su mirada los dedos.

En ese momento, la linterna de señales relampagueó en la cubierta del buque francés, que dio muestras de su intención de interferir en el rumbo del *Hibernia*.

—¿Qué significa eso? —preguntó Pat.

—Que el Diablo me lleve si lo sé —respondió su hermano—. De todos modos no pienso pararme a descubrirlo. ¡Timón a orza!

—Creo que podría ser que ese acuerdo del que hace unos instantes tanto alardeabas, hermano, pueda peligrar.


—Vaya, vaya, Pat —dijo Mike, que a continuación se santiguó—. Puede que tengas parte de razón. Y ahora que lo pienso, sería preferible cambiar el valor por la discreción y virar en redondo.

En ese momento vieron acercarse el cúter, de cuya cubierta partió un destello rojizo. Al cabo de un instante, oyeron el estruendo, y momentos después apreciaron la trayectoria hacia proa de una bala, cerca, muy cerca de sus cabezas. La verdad desnuda enunciada por los irlandeses conforme «cuando ponemos un pie en la cubierta de un barco^[6], no sólo puede llevarnos de un lugar a otro, sino también de una vida a otra», iba a hacerse patente, de nuevo, en la historia de Alí.



SIETE

En el que se habla de una famosa batalla, aunque no tal como fue

n las llanuras de la España occidental, esa tierra ensangrentada en la que, no hace ni una década, luchaban las potencias con denuedo, se alza la antigua ciudad de Salamanca en sus recias murallas, murallas que todo lo rodean excepto el domo de la antigua y elogiada universidad, donde durante mucho tiempo se impartieron conocimientos sobre las artes de la paz. Entre las fuerzas aliadas que cercaron la ciudad durante la pasada contienda^[1], había un teniente británico empleado como cirujano suplente, que servía en una brigada del ejército portugués. Esta brigada estaba mandada en su mayoría por oficiales ingleses, quienes, por lo general, despreciaban a los aliados peninsulares, convencidos, sin duda, de que tenían sobrados motivos para ello; allí buscaba el teniente obtener un ascenso que lo llevara a una esfera más elevada.

Estos aliados, ingleses, españoles y portugueses, habían empezado, tras años de decepciones y reveses, a empujar al Francés a emprender la retirada de tierras íberas, y allí, en Salamanca, disfrutaban de un alto en tan arduo camino. El Francés no poseía Salamanca, pero sí tres imponentes fuertes situados en las alturas: uno en un convento del que las monjas habían huido a tiempo, y de las baterías emplazadas en sus muros escupían plomo a voluntad sobre la ciudad. Abajo, el comandante del ejército aliado (que aún no era duque^[2], pero sí era de hierro) contemplaba ceñudo Salamanca, representada en los mapas que sus edecanes habían extendido ante sus ojos, igual que era observada por los buitres que aguardaban pacientes sobre ella, empujados por la brisa. A diario se esperaba la batalla, y nadie sabía qué podía hacer el general francés, ni tampoco qué pensaba éste que haría el general inglés. Entretanto, sobre las calles de la preciosa ciudad caían las balas del Francés, y cuando lo hacía las damas y los caballeros se refugiaban en sus casas para salir al poco, como aves ahuyentadas del maíz por las palmadas de una anciana. Reemprendían sus ocupaciones, el flirteo y el comercio (si es que ambas no eran una misma cosa), y sus distracciones.

Nuestro cirujano militar (a quien supongo habrá usted olvidado por completo a estas alturas) se contaba a menudo entre quienes saboreaban los placeres de la villa,

hasta que fue reclamado por su regimiento para disponer el hospital y el personal para el trabajo que se avecinaba: la amputación de miembros, el cosido de las heridas, la extracción de las balas de mosquete, el cerrar los párpados de los muertos, si es que esta última labor corresponde a un cirujano, cosa que por suerte ignoro. En ese momento, sin embargo, ocupaban su tiempo otros asuntos, aquellos que exigen la mayor parte del tiempo de que disponen los oficiales, lo que equivale a decir que buscaba el mejor lugar donde levantar su tienda, así como que se ocupaba del acondicionamiento de la misma, cosa que a su vez exige de un fluido tráfico de favores, pagados y recibidos. El teniente Upward, pues tal era el nombre del cirujano, un galés de Marches, un tipo amable y bien parecido, disponía de un buen catre de campaña, de cuya cabecera colgaba la espada con pintoresca negligencia. Tenía una cómoda con sus correspondientes cajones, una linterna y una red para los mosquitos, tesoro este último que no tenía precio en un clima donde un palmo de gasa supone la diferencia entre la tranquilidad y la desdicha, a menos que esa bestia no tenga fuerzas para morder la piel de uno, como sucede con la mía. El teniente Upward tenía también a un mozo español que conseguía y preparaba los alimentos y le servía el vino, que cuidaba de su uniforme y le lustraba las botas. Esta personita poseía ese color de piel exquisito que no puede darse en ningún otro rincón del mundo: no podríamos llamarla olivácea, por ser demasiado parda, el pelo más oscuro que el chocolate, sin ser negro del todo, al igual que los ojos. Incluso más gracioso y conveniente para el cirujano, barrunto yo, era el hecho de que el mozo no era mozo en absoluto (cosa que el teniente creía un secreto, cuando todos sus compañeros oficiales lo sabían y constituía una fuente inagotable de chanzas para ellos), sino una *señorita*, manzana a ojos del cirujano, principal adorno de su pequeña parcela en tierras españolas. Esta señorita, tras muchos desaires y negligencia por parte de su oficial, que éste ignoraba haberle causado, y consciente, también, de los propios, que consideraba sin embargo en otra escala que los del oficial, había decidido que aquella noche cambiaría los calzones por enaguas y saldría a buscar su fortuna en otros lares, cosa de la que el cirujano militar, como de tantas otras, no tenía la menor idea.

Aquella mañana, sin embargo, cuando la ceñuda Dolores (pues tal era su nombre) meditaba sus presentes errores y las perspectivas que la aguardaban, llegaron noticias a la tienda: había llegado al campamento un hombre herido de muerte, o eso parecía, vestido como un campesino español, pero que no hablaba español; aseguraba ser súbdito británico, por mucho que a Dolores le pareciera más bien un moro. «¿Dónde está el teniente cirujano?», le preguntaron a ella.

Lo encontraron a la sombra de uno de los escasos árboles que se erguían en los alrededores, sentado en un cajón de municiones vacío, sumido en sus pensamientos. Cuando no estaba ocupado en los deberes médicos, o en los más exigentes relacionados con el progreso de su carrera, o visitando los monumentos junto a los que pasaba su ejército (aquellos que ni por exigencias militares se debían destruir), o acudía a bailes, donde podían conocerse damas de calidad, el teniente Upward

gustaba de sentarse ante un paisaje, pluma en mano y barbilla en la otra; tenía ciertas inclinaciones literarias, y confiaba en alumbrar una novela romántica (o épica, lo mismo le daba) tras un no demasiado largo período de gestación.

Se apresuró en dirección al hospital del regimiento, lugar donde no le gustaba pasar más tiempo del necesario. Allí descubrió que habían tendido al hombre vestido de español; había dejado de hablar por completo, y casi había dejado también de respirar. La herida no era profunda, pero hacía tiempo que la había encajado, y no era de mosquete sino de espada. «Llévalo a mi tienda», ordenó, «que yo en seguida voy». Sabía muy bien que el peor lugar para un hombre que sufría una crisis médica era el hospital de campaña. Cuando hubo reunido los instrumentos y medicamentos que juzgó necesarios, y satisfecho las preguntas de su superior (quien tuvo el mal gusto de aparecer justo en ese momento), se dirigió a la tienda, donde encontró al joven tendido en su propia cama, y a Dolores con un paño empapado en su propia *eau de Cologne* puesto en la ardiente frente del joven. No estuvo dispuesta a obedecer la orden del cirujano de que se retirara. Se disponía ya a regañar a la moza de la manera apropiada, recurriendo al limitado vocabulario anglosajón que ella había aprendido, la mayor parte del cual formado por impertinencias, cuando el hombre que permanecía tendido en su cama empezó a hablar. Lo hizo en inglés, luego en francés, lengua que no era ajena al teniente, y finalmente en otra lengua de la cual no tenían conocimiento alguno quienes se inclinaron sobre los agrietados labios del hombre. «No me miréis», dijo en un escueto susurro, seguido de las palabras: «No os he hecho ningún daño, no, alejaos o yo... Yo...» Mas nada pudieron averiguar respecto a lo que estaba dispuesto a hacer, ya que volvió el rostro y su mirada perdida pareció concentrarse en otras visiones. «*Rangez votre épée*», exclamó como quien se dirige a un enemigo, al tiempo que levantaba la mano. «*Je ne me battraí avec vous. Non! Non! Vous vous trompez. Vous avez mal compris!*» En ese momento cayó de nuevo presa de la febril inconsciencia, y sólo la aplicación de brandy en sus labios pudo recuperarlo. Con una súbita sacudida se incorporó en el camastro y gritó a voz en cuello: «¡El Oso!» Miró a su alrededor, sin ver no obstante al teniente, a su sirviente, sino a otros, en algún otro lugar. Tenía los ojos ardientes, empañados, y respiraba pesadamente como si huyera del horror o estuviera a punto de caer en sus garras. Entonces, con un quejido se desplomó de nuevo sobre la cama y se llevó la mano a la ropa, como si buscara la herida, aunque lo hizo en el costado opuesto al que había sido herido. Tras un día de cuidados, no obstante, cedió la fiebre y respiró con menos dificultades. Durmió, incluso. Y aunque el teniente y su Dolores (que por curiosidad, y quizá por algo más, había hecho a un lado sus planes de abandonar el campamento) ansiaban interrogarle y averiguar su historia, no querían que la fatiga pudiera agravar la herida hasta matarlo, de modo que guardaron las preguntas hasta que el hombre pudiera hablar con mayor racionalidad.

Así contó Alí la historia, a trompicones, de sus viajes y aventuras. Su nombre real, los motivos de su huida, su servicio a bordo de un barco de contrabandistas, su

enrolamiento forzoso en el ejército francés (junto a todos aquellos de la tripulación que no eran irlandeses y, por tanto, aliados de los franceses), y su servicio allí en calidad de soldado raso. Obviamente no narró la historia de manera tan resumida, tampoco lo hizo de forma ordenada, pues hubo más de un incidente que quiso ocultar (cualquier cuentacuentos sabe qué debe o no contar), a pesar de lo cual se vio empujado por sí mismo y por sus oyentes a incluirlos (tal como cualquier cuentacuentos termina por hacer).

—Serví en contra de mi voluntad —afirmó Alí, y el cirujano militar opinó que había muchos en las filas del ejército británico que podían decir lo mismo, siempre y cuando estuvieran seguros de que nadie podía escucharlos—. Pero serví. Durante muchos meses he lucido el uniforme azul, y desfilé y contradesfilé, y marché y contramarché junto a mis compañeros *en masse*, compañeros soldados a quienes no encontré demasiado distintos de los hombres de cualquier nación, vicio más vicio menos, virtud más virtud menos.

Así las cosas, miró a los oscuros ojos del *muchacho* que se hallaba a su lado, cuya mano había aferrado con fuerza, como si del cabo al que va atada la boya de la continuación de su existencia se tratara. Éste le devolvió la mirada, también con interés.

—Por favor, señor —pidió Alí—, ¿podrías darme un poco de agua?

Dolores se la proporcionó, apoyando con sumo cuidado el borde de la taza en sus labios.

—Pero, señor —dijo el cirujano militar con cierta impaciencia—, contadnos ahora cómo llegasteis hasta la ciudad, tan cerca del ejército de vuestra propia gente, y qué hicisteis entonces. Os conviene empezar de nuevo el relato.

—Mi conocimiento de la lengua francesa fue tenido en cuenta por mis primeros sargentos —explicó Alí—, así como mi familiaridad con el inglés; cuando me recomendaron por estas habilidades a un oficial superior, observaron posteriormente que yo era un caballero, capaz de hablar con propiedad, y es que conozco de sobra las triquiñuelas y los gestos que cuentan a la hora de fomentar tal impresión, pues he ido a la escuela y he tenido maestros. De modo que me ascendieron temporalmente para servir de edecán de un *chef de bataillon*, lo que ustedes llamarían capitán, supongo, a quien pronto despachó el emperador a estas tierras, alguien que en este preciso momento manda un batallón ante las puertas de la ciudad. ¡Más, no! ¡Ahora no! ¡Ya no! ¡No me hagáis más preguntas!

Y apartó el rostro de sus miradas, y nada dijo por un tiempo, aunque su audiencia aguardaba inquieta el final de este *Entr'acte*.

A lo largo de aquel día y su noche, entre las atenciones del cirujano militar y las más dulces atenciones de Dolores, quien no estaba dispuesta a abandonar el lecho de su paciente, Alí concluyó su relato. El capitán a cuyo servicio lo habían asignado, explicó, iba acompañado por la familia, que consistía en su joven esposa, una acompañante, y el mobiliario necesario, incluidos alojamientos con espacio suficiente

para disfrutar de intimidad, lo cual, dijo Alí, era el objeto de estudio principal y la más constante ocupación del capitán, quien había ampliado su crédito con tal de tener a su esposa a su lado en la campaña. Las tareas de Alí consistían en ocuparse de estos asuntos domésticos, por lo que no era muy querido entre los oficiales más marciales (y solteros); no obstante, sus deberes lo fueron acercando cada vez más a la esposa del capitán, pues debía mirar por las necesidades y el bienestar de ésta. No pasó mucho tiempo antes de que esta dama, que era tan preciosa como altiva, empezara a depender de Alí, así como a ampliar el alcance de sus tareas, y la intimidad de sus encuentros. ¿Podía ayudarla a desatar esto? ¿O a atar aquello? ¿O leerle en voz alta un libro de poesía inglesa? ¿O prepararle el café, pues sólo él sabía hacerlo como era debido? Ni todas las artimañas escapistas de Alí, artimañas que nacían del respeto y el honor pero sobre todo del miedo, podían apartarlo de las atenciones de Madame, cuyo carácter se hacía a diario más evidente, incluso para mi cándido héroe. Llegó una noche en que lo llamó a sus dependencias pretextando alguna estupidez; Alí era consciente, y sabía que ella también lo era, de que el marido asistía en ese momento a una reunión del Estado Mayor. De modo que no había ya más excusas: no había cosas que envolver, ni libros que leer, ni cortinas que colgar, ni bichos a los que ahuyentar, sólo ella misma, allí, incondicionalmente.

La noche era cálida y olía a azahar e hibisco. Las mejillas de la dama eran tan cálidas como sonrojadas. El olor de su persona, lo más enloquecedor para los sentidos. Alí no estaba acostumbrado a un acoso como el de la dama, y se rindió al instante, sin apenas ser consciente de ello, ni conocer en qué términos lo había hecho. Por supuesto, ella susurró: «*Non, non*», pero la moneda ya estaba falsificada, y nada pudo comprar (no es que pretendiera hacerlo), y llegó de pronto ese momento en que se descartó la precaución, junto a otros obstáculos de naturaleza más material, y así, tanto él como la dama quedaron inconfundiblemente en *déshabillé* cuando, de pronto, alguien apartó la cortina y vieron al capitán (en cuyos pasos ninguno de ellos había reparado), que los observaba furibundo, la mano en la empuñadura de la espada.

—¿Qué hizo ella entonces, sorprendida y culpable como era? —preguntó el cirujano militar.

—Ella me acusó a gritos —respondió Alí—. Dijo que yo la había violentado, ¡y que por temor a que pudiera cumplir mis amenazas no había opuesto resistencia!

—¿Lloró?

—Vaya si lloró. Apartó de mí su mirada horrorizada, avergonzada también, todo lo cual se antojó tan real como sus anteriores sentimientos, pues creo que el temor también puede fingirse, y el susto, pero no la repugnancia de que ella hizo gala.

Aquí hizo una pausa, confuso, muy confuso, como si estuviera pensando en algo que no había dicho.

—No, es imposible —dijo entonces—. Ninguna mujer planearía semejante cosa, a pesar de que no puedo librarme de la convicción de que ella sabía perfectamente que su marido iba a volver, y *cuándo* iba a hacerlo. Aun así me abrió las puertas de su

dormitorio, y todo lo demás. Cuando se presentó el capitán y me encontró allí, adonde ella me había invitado, y vi su rostro airado, el arma desenvainada mientras yo intentaba vestirme... En fin, me pareció sorprender cierta comunicación entre ambos cuya naturaleza no pude averiguar, y aún... Aún...

No dijo más al respecto, pero el teniente Upward, que tenía más experiencia en el terreno de las mujeres, y también en el campo de las esposas, de la que Alí alcanzaría jamás, no estaba tan confuso como él. En la gran variedad de nuestra desgraciada especie existen aquellos cuyos motivos podríamos catalogar, a pesar de no comprenderlos; motivos que podrían llenar tomos enteros si dedicarnos a escribirlos quisiéramos. El cirujano militar sabía que, igual que hay hombres capaces de provocar un duelo sin otro motivo que satisfacer una oscura rabia contra todo ser vivo, también hay mujeres capaces de provocar al marido a un duelo, o a un asesinato (con la complicidad del esposo, ya sea ésta verbal o tácita), de tal forma que unas circunstancias que a priori se antojarían dañinas para el nexo que los une, no hacen sino reforzar como el acero puesto al fuego ese vínculo que existe entre ambos, vínculo que no ha podido forjarse en el Cielo, ni autorizarse allí.

—Estaba dispuesto a matarme, y a pesar de todo cuanto pude llegar a rogarle a ella para que dijera la verdad, se limitó a llorar... Él se acercó a mí, y yo seguía desarmado.

—¿Empuñaba la espada?

—Sí —respondió Alí—, lo que no dejó de resultarme extraño, no entonces, sino después. En el campamento, de noche, no es muy normal ceñir la espada.

—Seguro —dijo el cirujano militar, como si pensara en voz alta— que este capitán y su mujer jugaban a un juego muy sutil: debían de escoger el momento con sumo cuidado, así como la presa, que no debía de ser tan fácil como para que hacerla caer en sus redes no implicara cierto riesgo, aunque tampoco podía ser tan fuerte y rápida como para poner punto final a la jornada de caza; en resumen, lo contrario a lo esperado, tal como sucedió aquí, según parece.

—Me hirió, y sentí el tajo —continuó Alí—. Aferré lo primero que encontré a mano para defenderme. Una bota. Y el capitán no debía de esperar resistencia porque del golpe logré desarmarlo. Me hice con su espada antes de que él pudiera recuperarla, y así armado me levanté para encararlo, pero él recurría ya a una pistola que había escapado a mi atención. Intentaba amartillarla y se apartó de mí a un tiempo. Yo, entre mi miedo y su confusión, le atravesé el cuerpo.

—¿Lo mató? ¿Y con su propia arma? ¿A un oficial del ejército francés? ¡No es posible!

—Estoy seguro de ello —aseguró Alí—. Expiró en el suelo. Su esposa se arrojó sobre su ensangrentado cadáver hecha un mar de lágrimas, pero guardó silencio, por extraño que pueda parecer, y no dio la alarma. Después no supe más, ya que hui. Nadie me dio el alto; me tenían visto por el campamento, siempre de un lado a otro con los encargos que me hacía el capitán, y era noche cerrada. En seguida me

encontré fuera del perímetro del campamento, en medio de los seguidores, con sus hogueras y sus carros. No sabía qué sería de mí si me quedaba con ellos, si me descubrirían o no, si me delatarían por la recompensa o por cualquier otra cosa, si me rehuirían o me abandonarían a mi suerte. Sin ayuda era consciente de que moriría debido a la herida, que parecía leve, pero por la que no dejaba de manar sangre.

De nuevo el herido reposó la cabeza en la almohada, pues no era un tenor italiano, capaz de contar una larga historia mientras agoniza, y cayó la noche antes de que recuperara fuerzas. Cuando abrió los ojos pareció reconocer el lugar donde se encontraba, y la mano que Dolores apoyaba en él; luego rebuscó inquieto en su ropa, gesto que no era la primera vez que hacía. El cirujano militar quiso saber qué era lo que buscaba. Durante unos instantes Alí nada respondió, y la pregunta adquirió tintes de exigencia, hasta que finalmente pidió un cuchillo, cortó las costuras de la casaca y sacó del interior un puñado de documentos que, tras dudarlo, permitió examinar al cirujano militar.

—Antes de la lucha —explicó—, al volver al alojamiento de su esposa, el capitán arrojó en la mesa una carpeta atada con cintas. No sabía qué podía contener, pero había visto otros despachos similares, y supuse que debía de ser correspondencia y documentos de importancia relacionados con la conferencia de aquella noche. Antes de huir los cogí, y aquí los tiene.

Bastó con echarles un vistazo para comprobar que Alí estaba en lo cierto. Correspondencia y actas que detallaban la estrategia y los planes del Estado Mayor del general francés.

—¿Cree el mando francés que el capitán está aún en posesión de estos documentos? —quiso saber el teniente Upward.

A esto respondió Alí que no podía estar seguro, pero que consideraba probable que no supieran que ya no estaban en las dependencias del oficial, o entre sus efectos personales, y que por tanto eran valiosos, información de gran importancia si se entregaba a la persona adecuada y se utilizaba apropiadamente.

—Apropiadamente —repitió el teniente Upward, pensativo—. ¡Sí, apropiadamente!

Por un instante el cirujano militar sintió la tentación de entregar aquellos documentos a sus superiores como si él fuera quien los había adquirido, pues sin duda hacerlo le reportaría un gran crédito, y quizá incluso alcanzaría su objetivo máspreciado, el ascenso a un empleo tan glorioso que le permitiera abandonar de inmediato el servicio y regresar a Inglaterra. No obstante, al considerarlo comprendió lo erróneo y deshonesto de semejante proceder, y, a pesar de meditarlo largamente, no se le ocurrió qué contar que pudiera justificar cómo habían llegado a sus manos aquellos documentos. Se contentó, por tanto, con el reflejo de la gloria que adquiriría al presentar a Alí y a aquellos documentos robados al Consejo de Dioses que disponían en sus manos de los destinos de todos ellos.

Aquellos augustos comandantes se inclinaron al principio a tachar de falsos los

documentos que les fueron mostrados. Allí no los convencía. Lo miraban con recelo tras descubrir de quién era hijo, puesto que incluso a la península Ibérica había llegado el eco de la noticia de la muerte de su padre y su huida de prisión. Además, después de todo, había luchado con los franceses, ¿o no? Ya fuera obligado, como dijo él, o a conciencia. ¿Cómo saberlo? No es que importara mucho, pues al ser enrolado forzosamente por el Francés, había escogido la deshonra a la muerte (cosa que ninguno de ellos, de eso estaban seguros, hubiera hecho). Querían saber muchas cosas. ¿Cómo había llegado, en primera instancia, a las costas de Francia procedente de Escocia? ¿Cómo había pasado de ser un soldado raso reclutado forzosamente a edecán de un oficial? Y otras preguntas que Allí hubiera podido amañar, o no responder; mas sus respuestas eran tan francas, y su honestidad tan visible a ojos de todos, que terminaron por convencerse. Entretanto examinaron los documentos, y poco a poco empezaron a comprender. Los generales franceses no tenían un concepto muy elevado de sus oponentes: «*Il est évident*», figuraba escrito en las actas, «*que les anglais pusillanimes préfèrent ramper comme des vers à travers la terre traînant leurs bagages, leurs animaux et leurs chariots plutôt que de se lever et de se battre. Une fois provoqués, ils sont susceptibles à se battre en retraite à plat ventre. C'est donc l'objectif de sa Gracieuse Majesté Joseph d'Espagne ainsi que de l'Empereur, de provoquer une bataille qui règlera la question une fois pour toutes*», etc., además de un sinfín de insultos y burlas a la cobardía inglesa. En resumen, los bravucones franceses declaraban que su pusilánime enemigo debía ser atraído a la batalla por «*une faiblesse apparente de notre part de sorte à tenter cet ennemi, si timide soit-il*!». Los miembros del Estado Mayor examinaron los documentos, murmuraron, gruñeron, meditaron acerca del dudoso valor de saber qué opinaba su oponente de ellos, y qué podía extraer de cuanto les veía emprender, y llegaron a la conclusión de que sus prejuicios podían muy bien verse confirmados a partir de lo que veían, y que, por tanto, podían caer en el que, de entre todos, constituye el peor error de un militar: el desprecio incondicional hacia el enemigo. (Así lo dicen los libros, que es de donde he sacado el poco conocimiento que tengo de estos asuntos, ya que, exceptuando la información de primera mano, es el mejor modo de saber del tema, tal es la autorizada opinión de cualquier veterano tuerto o manco, al igual que la de cualquier consejero real.)

Les quedaba asegurarse la retaguardia, no la del ejército, sino la del propio mando, de tal modo que no pareciera que habían diseñado la estrategia a partir de la palabra de un tráfuga y parricida fugado que muy bien podía haber negociado con aquella información a cambio de ayuda. ¡No! Él debía ser alguien que lo daría todo por el triunfo de su nación, un Patriota, un Héroe. Con ese fin, el soldado francés (pues tal había sido), el corsario (cosa que él no reconocía) y asesino (lo cual negaba con todas sus fuerzas), se convirtió al instante en soldado inglés, con empleo de oficial gracias a un ascenso más meteórico de cuantos había podido soñar el cirujano. Éste, que en el fondo era un buen tipo, estaba casi tan contento con aquella

promoción de su paciente como si fuera la suya, y creía verse a sí mismo reflejado en él.

—Brindaremos por tu salud —dijo, dando una palmada en el hombro al joven—, y celebraremos tu ascenso y rehabilitación, ya sean o no merecidos, pues ¿quién de nosotros querría ver su camino ascendente tan de cerca examinado? Y aquello que te he procurado hoy, espero recibirlo de ti uno de estos días.

—Por supuesto —dijo Alí—. Así será, si lo que he traído hoy resulta ser lo que parece, y no un invento o un engaño, lo cual no puedo decir con seguridad. Y ahora, por bienvenido que sea, ya que me muero de sed, lo aclararé con agua; la cabeza me da vueltas, y camino con dificultad aun sin haber probado una gota.

Al oír esto, el cirujano militar meneó la cabeza alarmado, ante la perspectiva de que cualquier bebida pudiera verse emponzoñada con el «alivio del Tíber», y por tanto ofreció el brazo al joven para ayudarlo a caminar.

A lo largo de los días siguientes, el Francés observó a través del catalejo cómo el enemigo desplazaba el tren de equipajes a retaguardia, como si se dispusiera a emprender la retirada, y cuando asomaron de las fortalezas e hicieron alarde de sus fuerzas para tentar al Inglés a entablar batalla, éste no hizo nada aparte de alejarse, como una doncella se aleja de un pretendiente importuno, como Clarissa ante Lovelace. Ni siquiera cuando los generales franceses olvidaron sus libros de texto y extendieron sus fuerzas en un frente demasiado amplio a lo largo de las colinas que rodeaban la ciudad, el Inglés no pasó al ataque, momento en que los franceses dieron por sentada la victoria. La noche antes de la batalla estalló la guerra en el Cielo, y Júpiter golpeó con su martillo a las huestes que tenía debajo, de igual modo que éstas habían planeado hacerlo; dos docenas de valientes ingleses murieron por el rayo antes de que el enemigo pudiera adelantársele. Es una inconveniencia que el mal tiempo arruine nuestros planes de muerte y destrucción, máxime cuando su Señoría de Hierro había prohibido a los oficiales llevar paraguas^[3] en tales circunstancias, por sugerir una imagen poco masculina de sí mismos. No obstante, al día siguiente amaneció tan despejado como cabía desear, y los cañones escupieron penachos de humo blanco contra el cielo azul, y los oficiales de caballería rieron alegres mientras cabalgaban, acompañados por las voces animosas de los soldados de infantería, sin que nadie se preguntara el porqué.

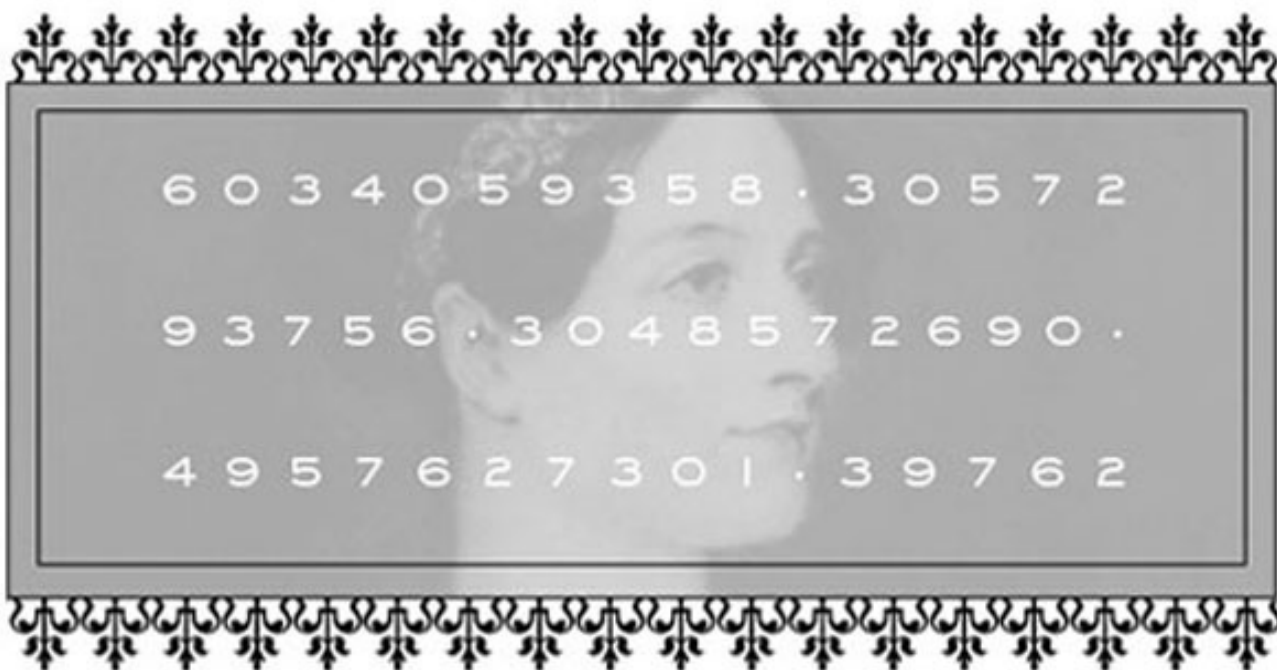
No es necesario pensar qué habría sido de Alí de haber resultado falsa su información, o de haber sido mal interpretada y de haber llegado a conclusiones erróneas quienes la examinaron; o qué hubiera sucedido de haber tomado el destino y la fortuna uno de los tantos derroteros posibles de camino a la victoria. Todo el mundo sabe que el impaciente y orgulloso Francés cayó sobre el Inglés aquel día en el pueblo de Arapiles; lo hizo con toda la grandeza y el éxito de un Águila al caer bajo una máquina de vapor. Desde aquella jornada hasta la presente no ha habido otra batalla que su Señoría de Hierro haya librado con mayor perfección, con mayor elegancia, como si una batalla pudiera semejar un axioma de Euclides, o un

paralelogramo. Fue en todo una victoria extáticamente recibida por sus compatriotas en Gran Bretaña, quienes habían tenido pocas noticias acerca de este personaje en los meses anteriores. La prensa no escatimó detalles, la oposición guardó silencio; a su señoría lo nombraron marqués, le asignaron una pensión de 100.000 libras esterlinas, y, lo que es aún más importante que todo lo anterior, el arzobispo de Canterbury (por orden del regente) redactó y pronunció una plegaria de acción de gracias al Dios de las Batallas, pidiendo una especial atención divina para el victorioso lord. Se publicó un Parte de Guerra Extraordinario, en el cual se mencionaba a nuestro Alí, entre los muchos otros que habían contribuido a la victoria. Su nombre en esa lista no pasó desapercibido, con asombro y extrañeza, para muchos de quienes lo conocían.

Y así en aquel luminoso verano, cuando las águilas y los estandartes franceses fueron transportados a Inglaterra, y se encendieron las luces de Londres (y cada ventana apagada estaba apuntalada por una turba de patriotas), Alí volvió a las costas inglesas y a la capital de Inglaterra; lo hizo como héroe, acompañado por el cirujano militar, quien había conseguido, por el papel desempeñado en la operación y para regocijo de su corazón, aquello que más ansiaba: un puesto en Londres. Fue entonces cuando Alí se entregó a los alguaciles del rey, para ser juzgado (y, con toda probabilidad, ahorcado) ¡por un crimen que no había cometido!

* * *

El lector perspicaz (si es que esta historia cuenta con la atención de alguno) podría objetar llegados a este punto que en ninguna parte ha leído u oído circunstancias tales como las que aquí se relatan acerca de la famosa batalla de Salamanca, ni de la posterior celebridad de uno de sus (significativos) actores principales, ni de la generosa mención que de él publicaron el mando militar y la corona, ni de los particulares que de ella resultaron, a lo cual respondo que disfruto de la autoridad que me concede el por aquel entonces cónsul británico en España, el admirable y Honorable John Hookham Frere^[4], Esq., hombre de demostrada probidad, quien, obviamente, no se habría avenido a corroborar un relato fantástico de aquellos sucesos, o a adornarlo.



De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Asunto: El Childe

Jamás pensé que haría esto. Aquí estoy, de madrugada, leyendo la poesía de Byron. Resulta que Georgiana tiene una recopilación de ella en una estantería repleta de libros encuadernados en cuero a los que no creo que haya prestado demasiada atención. Empecé por su primer poema importante, las *Peregrinaciones de Childe Harold*, aquel que tuvo tanto éxito en tan poco tiempo que un buen día «desperté y descubrí que era famoso», o como fuera que lo escribió. En fin, es bastante divertido. Lee esto (ya lo sé, pero léelo). Es una de las primeras escenas, de cuando Harold visita España y presencia una corrida de toros:

*Tres veces suena el clarín, ya cae la señal,
Se expande el ruedo, la Expectación, muda,
Contiene el aliento en el silencioso círculo vallado.
Brinca con un restallido el fuerte animal,
Y, los ojos abiertos, salidos de las órbitas, la arena con estrépito
 arranca
Sin acometer a ciegas a su enemigo:
Aquí y allá encara su amenazadora testa,
Para lanzar su primer ataque, de un lado a otro
Ladea la furibunda cola, mientras el rojo su dilatada mirada empaña.*

¿No te parece clavado a esas escenas de corridas de toros de los dibujos animados de antes, donde Bugs Bunny o el pato Lucas encarnaban al torero, y la puerta se abre de pronto y sale el toro, escupiendo nubes de vaho por el hocico, etc., etc.? Igualito, ¿verdad? No todo es así, pero de vez en cuando aparecen estas descripciones, estos... bueno, estos dibujos animados. Puede que sea porque escribía acerca de cosas que la gente desconocía en gran medida; era como un diario de viaje, y no muy pesado. Puede incluso que sea bueno. Sólo tenía 23 años. Pero no puedo seguir leyéndolo. Se me cierran los ojos. Tiene la letra muy pequeña y el papel es muy oscuro. Fue hace mucho tiempo. Me voy a la cama.

S

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: <inovak@metrognome.net.au>

Asunto: Notas de Ada

Lee:

Estoy trabajando en las notas que escribió Ada para la novela. Te he enviado algunas páginas escaneadas. Cuesta leerlas (al habértelas pasado como archivos digitales puede que hayas tirado la toalla). Me pregunto si pasaba parte del día colocada. Pero intento averiguar sobre qué podía versar el libro quemado. Hay en las notas algunas cosas que se supone que están (o estaban) en sus páginas, o que eran importantes de algún modo. Albania. Grecia. Escocia. La casa de Byron en Newstead. Thomas Moore. Un zombi (!) Un lord irlandés llamado Fitzgerald que... ¿era una persona real? La batalla de Salamanca (España). El duque de Wellington. Alguien llamado Frere (?). Nada de todo ello tiene demasiado sentido para mí, aunque sin el libro en sí es natural, ¿o no?

Ignoro por qué me obsesiona tanto este asunto. Pasó mucho tiempo trabajando en ello, y se estaba muriendo, y tengo la sensación de que podría hacer algo que valiera la pena. Pero si el libro ha volado, no puedo, ¿verdad?

Te enviaré todas las notas de Ada a medida que las vaya transcribiendo. Avísame si descubres algo en ellas.

S

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>
Para: «Lilith» <smackay@strongwomanstory.org>
Asunto: Proceso

Lilith:

No me parece muy justo que pienses que no estoy haciendo el trabajo que nos habíamos propuesto hacer. Sé que los informes que te prometí no son lo que esperabas leer, pero creo que lo que es realmente importante es no hacer nada que pueda perjudicar la relación que se está desarrollando aquí con Georgiana. Me mandó copia de un mensaje que te envió, y tienes que admitir que sigue comprometida con el proceso y que, considerando las cosas que dice de mí en esa carta, creo que estoy haciendo lo correcto en este lugar, o sea, procurando que siga concentrada en el proyecto y en las necesidades del mismo.

Comprendo que mantener el sitio web sin tenerme cerca resulta más complicado, pero si consultas algunas de las páginas antiguas, como las dedicadas a la Curie, verás que he hecho algunos retoques y cambios según tu lista. No siempre es fácil encontrar un lugar donde trabajar en casa de Georgiana. El apartamento es bastante pequeño. Habla mucho por teléfono, y le gusta caminar de un lado a otro de la casa mientras lo hace. Pero piensa en el dinero que nos estamos ahorrando; hoy me acercaré al Museo de la Ciencia de Londres y el lunes volveré a Oxford, a consultar el fondo Lovelace. Por cierto, ¿hay alguien en la oficina? ¿Sigue trabajando allí Caitlin, para que pueda acercarse por mí a consultar una cosa en la Biblioteca Pública de Nueva York? Allí también tienen abundante documentación sobre Ada.

Lilith, de veras que estoy haciendo lo posible para que Georgiana siga confiando en nosotras y en el proyecto. Estamos en pleno proceso. No puedo explicarlo todo, pero tengo que pedirte que des por sentado que es lo mejor que podemos hacer por el momento. Piensa en el botín.

Besos,

Smith

De: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto: mates

pues aqui me tienes haciendolo es tarde y sigo despierta con todo lo que me enviaste es un monton de absurdos al menos hasta lo que alcanzo a ver no encaja en absoluto como conjunto de tablas matematicas

de modo que me puse a leer sobre babbage y sus cosas y descubrí que babbage y ada tambien estaban muy interesados en la estadistica acerca de la que no se gran cosa asi que voy a acercarme al departamento a ver si encuentro a alguien alli que pueda aclararme algo tengo que decirte que resulta un poco embarazoso pero no me importa supongo que se hace lo que sea por el conocimiento tq

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: <inovak@metrognome.net.au>

Asunto: Sanguijuelas

CC: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Lee:

Una cosa que he descubierto (realmente se puede encontrar de todo en Internet, lo que casi hace que la investigación sea irrelevante, o aburrida, excepto que la mitad de lo que encuentras es pura basura) tiene que ver con el Pronosticador de Tempestades del doctor Merryweather. Era la máquina, o «ingenio», que Ada fue a ver cuando su amigo echó un vistazo al manuscrito. Puede que creyeras que se trataba de una especie de broma, pero sí hubo un doctor Merryweather que ideó una nueva máquina para predecir los cambios repentinos del tiempo atmosférico; cierto hasta la última palabra. Lo hizo de la siguiente manera: había descubierto que las sanguijuelas, ya sabes, las sanguijuelas, tienden a ponerse muy nerviosas cuando cae de pronto el barómetro. De modo que inventó una máquina hecha con varias jarras de cristal, todas ellas con su sanguijuela dentro, y ató a dichas sanguijuelas una cadenita de plata. (¿Por qué plata? Pues no lo sé.) Estas cadenitas iban unidas a una campanilla situada en la parte superior; cuando descendía la presión barométrica, lo que suponía la aproximación de un frente de tormentas o de mal tiempo, sonaba la campana. En la ilustración vi que todas las jarras eran de cristal tallado, y que el invento se parecía mucho a una enorme araña de luces. Eso es todo.

S

De: <Inovak@metrognome.net.au>

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto: Re:Sanguijuelas

Vaya. Y ¿sabías tú que su madre (la esposa de Byron) era adicta a las sanguijuelas? Las utilizaba constantemente, se hacía «sangrar» aplicándoselas en la piel. Desconfiaba de cualquier médico (y eso que visitó a un montón) que pusiera en duda la utilidad de las sanguijuelas. Se las aplicaba en la frente y en las sienes para mitigar el dolor de cabeza, y en otras partes del cuerpo para otros dolores. ¡Sanguijuelas! ¿Cómo será que el mundo o la historia son capaces de aprovechar tan diminutas y dulces venganzas sobre las personas malvadas que han construido sus vidas con símbolos exquisitos (o metonimias, más bien) demasiado obvios como para que un autor se atreva a emplearlos y, aun así, sean verdad?

También era bulímica: ¿se dice así? Aseguraba no comer nunca, pero de hecho le gustaba comer mucho, sobre todo cordero, y luego hacía que la llevaran en bote mar adentro para vomitar. Y tenía por costumbre mantener una herida abierta en su brazo, que de algún modo hurgaba para impedir que se cerrara, para facilitar el sangrado. Todo el mundo: sus amigos, el público en general, su yerno (casi hasta el final), la consideraron un ejemplo de virtud y abnegación.

¿Puedo preguntar quién es la Thea a la que le mandaste copia del mensaje de la máquina de sanguijuelas?

Lee

De: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>
Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>
Asunto: lo tengo

bien bien lo tengo lo tengo
no vas a creerlo pero lo tengo y tu no

empezamos a trabajarlo con el ordenador primero de todo no se trata de estadísticas existe un algoritmo que te dice si un listado de números es un cálculo estadístico se llama ley de benford y predice la frecuencia de dígitos de datos estadísticos como en un conjunto de datos como este si desafía la curva de frecuencia predefinida no es estadística vaya eh si estaba impresionada entonces me puse a pensar y lo hice basta con pensarlo un instante si te limitas a pensar en ada y en la arpa de su madre tu misma habrías hecho lo mismo lo que hizo así que esto es lo que vas a hacer busca una habitación tranquila con una puerta a la que puedas echarle la llave y me llamas lo que hasta ahora nunca has hecho y asegúrate de que sea de noche a eso de las nueve y así podremos hablar largo y tendido y me contarás cosas muchas cosas porque esta noche es la noche

y entonces si te portas bien TE CONTARE EL SECRETO PORQUE LO TENGO

T

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Asunto: La mañana siguiente

Thea, ¿y si es eso? ¿Y si es eso y tienes razón? ¿Y si lo hizo de verdad, convirtió todo el libro en un código y lo hizo pasar por cálculos matemáticos? No dejo de pensar en ello y me da la risa, porque es tan fantástico, o tan estúpido, no sé muy bien qué. Oh, Thea, qué asombrosa eres.

Dios, menuda noche, ¿eh? ¿Cómo pude olvidar que las nueve de la noche allí son las tres de la madrugada aquí? Bueno, Georgiana me miraba divertida esta mañana, como si hubiera escuchado algo a escondidas.

Pero no le des más vueltas. Ve y descifra el código. Si es un código. Tienes que descifrarlo, y hacerlo tú sólita, y en secreto. Luego seremos famosas. TÚ serás famosa. Si es que logramos que Georgiana acceda a contárselo al mundo.

S

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: <Inovak@metrognome.net.au>

Asunto: Noticias

Lee:

Puede que haya noticias. Quizá el libro no desapareció. Quizá.

Thea es mi pareja. Por email no puedo contarte por qué escojo esa palabra antes que otras, pero el caso es que es la única que quiero utilizar. Es maravillosa, y acaba de hacer algo increíble, creo y espero. Quizá. Pronto te lo haré saber.

S

De: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>
Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>
Asunto: codigos

no es un codigo es un cifrado asi es como funciona sustituyes letras por otras letras segun unas reglas una que puedes utilizar es empezar el alfabeto cifrado por una letra diferente que la del normal el normal empieza con a y llega hasta la z el alfabeto en codigo empieza por la g y llega a la z y luego hasta la f lo pillas de modo que la palabra par seria vgy para descifrar un codigo como ese tienes que probar con todas las letras posibles con las que pueda empezar el alfabeto en codigo hasta que algo tenga sentido pero claro lo que haces para que resulte mas complejo descifrarlo es cambiar la letra inicial del alfabeto lo haces según una clave tomas una palabra por ejemplo lordbyron y dejas caer las letras que se repitan y luego añades las demás letras para hacer un alfabeto entero de modo que obtengas algo parecido a esto

```
abcdefghijklmnopqrstuvwxyz  
ldbyronacefghijklmñpqstuvwxz
```

lo captas despues utilizas ese alfabeto y si alguien tiene la clave lo puede descifrar pero eso es demasiado sencillo porque cada letra en el texto esta representada por la misma letra en el codigo cada b es una d facil de descifrar de modo que hay otras cosas que pueden hacerse puedes hacer una tabla de 27 letras de la a a la z en un eje y de la a a la z en otro y luego tener 27 alfabetos distintos que empiecen por letras diferentes manteniendo la clave ldbyron puedes emplearla para especificar un alfabeto distinto para cada una de las primeras 7 letras del texto y repetirlo para las siguientes 7 cuando hayas terminado a este codigo se lo denomina vigenere aqui tienes la tabla que se utiliza la fila superior y la columna izquierda son la fila y columna claves

| | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | A | B | C | D | E | F | G | H | I | J | K | L | M | N | Ñ | O | P | Q | R | S | T | U | V | W | X | Y | Z |
| A | A | B | C | D | E | F | G | H | I | J | K | L | M | N | Ñ | O | P | Q | R | S | T | U | V | W | X | Y | Z |
| B | B | C | D | E | F | G | H | I | J | K | L | M | N | Ñ | O | P | Q | R | S | T | U | V | W | X | Y | Z | A |
| C | C | D | E | F | G | H | I | J | K | L | M | N | Ñ | O | P | Q | R | S | T | U | V | W | X | Y | Z | A | B |
| D | D | E | F | G | H | I | J | K | L | M | N | Ñ | O | P | Q | R | S | T | U | V | W | X | Y | Z | A | B | C |
| E | E | F | G | H | I | J | K | L | M | N | Ñ | O | P | Q | R | S | T | U | V | W | X | Y | Z | A | B | C | D |
| F | F | G | H | I | J | K | L | M | N | Ñ | O | P | Q | R | S | T | U | V | W | X | Y | Z | A | B | C | D | E |
| G | G | H | I | J | K | L | M | N | Ñ | O | P | Q | R | S | T | U | V | W | X | Y | Z | A | B | C | D | E | F |
| H | H | I | J | K | L | M | N | Ñ | O | P | Q | R | S | T | U | V | W | X | Y | Z | A | B | C | D | E | F | G |
| I | I | J | K | L | M | N | Ñ | O | P | Q | R | S | T | U | V | W | X | Y | Z | A | B | C | D | E | F | G | H |
| J | J | K | L | M | N | Ñ | O | P | Q | R | S | T | U | V | W | X | Y | Z | A | B | C | D | E | F | G | H | I |
| K | K | L | M | N | Ñ | O | P | Q | R | S | T | U | V | W | X | Y | Z | A | B | C | D | E | F | G | H | I | J |
| L | L | M | N | Ñ | O | P | Q | R | S | T | U | V | W | X | Y | Z | A | B | C | D | E | F | G | H | I | J | K |
| M | M | N | Ñ | O | P | Q | R | S | T | U | V | W | X | Y | Z | A | B | C | D | E | F | G | H | I | J | K | L |
| N | N | Ñ | O | P | Q | R | S | T | U | V | W | X | Y | Z | A | B | C | D | E | F | G | H | I | J | K | L | M |
| Ñ | Ñ | O | P | Q | R | S | T | U | V | W | X | Y | Z | A | B | C | D | E | F | G | H | I | J | K | L | M | N |
| O | O | P | Q | R | S | T | U | V | W | X | Y | Z | A | B | C | D | E | F | G | H | I | J | K | L | M | N | Ñ |
| P | P | Q | R | S | T | U | V | W | X | Y | Z | A | B | C | D | E | F | G | H | I | J | K | L | M | N | Ñ | O |
| Q | Q | R | S | T | U | V | W | X | Y | Z | A | B | C | D | E | F | G | H | I | J | K | L | M | N | Ñ | O | P |
| R | R | S | T | U | V | W | X | Y | Z | A | B | C | D | E | F | G | H | I | J | K | L | M | N | Ñ | O | P | Q |
| S | S | T | U | V | W | X | Y | Z | A | B | C | D | E | F | G | H | I | J | K | L | M | N | Ñ | O | P | Q | R |
| T | T | U | V | W | X | Y | Z | A | B | C | D | E | F | G | H | I | J | K | L | M | N | Ñ | O | P | Q | R | S |
| U | U | V | W | X | Y | Z | A | B | C | D | E | F | G | H | I | J | K | L | M | N | Ñ | O | P | Q | R | S | T |
| V | V | W | X | Y | Z | A | B | C | D | E | F | G | H | I | J | K | L | M | N | Ñ | O | P | Q | R | S | T | U |
| W | W | X | Y | Z | A | B | C | D | E | F | G | H | I | J | K | L | M | N | Ñ | O | P | Q | R | S | T | U | V |
| X | X | Y | Z | A | B | C | D | E | F | G | H | I | J | K | L | M | N | Ñ | O | P | Q | R | S | T | U | V | W |
| Y | Y | Z | A | B | C | D | E | F | G | H | I | J | K | L | M | N | Ñ | O | P | Q | R | S | T | U | V | W | X |
| Z | Z | A | B | C | D | E | F | G | H | I | J | K | L | M | N | Ñ | O | P | Q | R | S | T | U | V | W | X | Y |

pongamos que la primera palabra de tu texto es erial la primera letra es una e bajas por la columna que tiene la e en la parte superior hasta llegar a la de la l en la parte izquierda con lo que obtienes la letra o y luego repites la operacion para la siguiente que es una r aunque en esta ocasion utilizas la siguiente letra en la clave ldbyron de modo que vuelves a consultar la columna e hasta llegar a la d en la columna izquierda y obtener una u ves si sigues utilizando la clave ldbyron no todas las letras iguales del texto se cifraran con la misma letra seran diferentes no siempre pero a menudo aunque cualquiera que conozca la clave podría traducirlo sin mayores problemas

lo pillas no creo que lo hagas pero adivina a quien se le ocurrio como romper este difcil codigo a ver a ver pues fue a babbage

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Asunto: Re:codigos

Capto la idea. ¿Sabes, Thea? Costaría mucho menos entender tus mensajes si utilizaras la puntuación. Pero como estuvimos hablando... Vamos, que no te preocupes. Y por cierto, ADA utiliza números, no letras. ¿Se traducen así, sin más? ¿ABC equivale a 123? En ese caso, ¿cómo lo haces para saber cuándo termina una palabra y empieza otra? Si utilizas el 1 para la A, el 2 para la B y el 12 para la L, ¿cómo sabes cuándo el 12 representa una L y no AB? Sólo pregunto.

S

De: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>
Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>
Asunto: Re:Re:codigos

vaya voy a tener que reinventar la rueda contigo lo que haces es asignar una pareja de numeros a cada letra de modo que cada 2 numeros tengas 1 letra es una de las posibilidades mira a ver en cada linea un numero par y las suyas lo tienen

tambien procuras que las lineas tengan una longitud arbitraria partida en unidades regulares las de ada son de diez digitos es decir cinco letras de ese modo el descifrador no sabe la longitud de las palabras y tu no puedes buscar por ejemplo monosilabos de una sola letra como y, a, o, lo que te daria una pista tampoco podrias buscar palabras de dos letras puesto que solo hay unas pocas como de y es babbage escribio diccionarios enteros de palabras de diversas longitudes palabras de dos letras palabras de tres para que se pudiera probar con todas se conoce como el metodo de la fuerza bruta sigue intentandolo

y ahora imagina que puede servir como metodo de fuerza bruta un ordenador

t

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Asunto: Babbage

De acuerdo. Yo también he estado con Babbage. Creo que es muy extraño y asombroso, el tipo más raro del mundo, el dios de los raros más extraño aún si cabe. De algún modo está metido en esto, tiene que estarlo. ¿Sabes que tenía un retrato de J. M. Jacquard, el inventor del telar de tarjetas perforadas, colgado de la pared?; el retrato estaba hecho con un telar, empleando esas tarjetas. Era tan preciso que la gente lo confundía con un retrato al óleo. Mira lo que pueden hacer las tarjetas perforadas.

Después de morir Ada, Babbage escribió una especie de autobiografía titulada *Episodios de la vida de un filósofo*, y ¿a que no sabes qué? En la página inicial hay una cita de Byron, que transcribo a continuación:

Soy filósofo. A todos confundo:

Aves, bestias y hombres, pero no, a las mujeres no.

¿Crees que se trata de una pista? ¿O estoy tan paranoica que veo pistas por todas partes? Solía llamar «hada» a Ada, y ella le seguía el juego. Su hada amiga, su hada ayudante.

Por cierto, el nombre de su esposa era Georgiana. Así que, bueno, en fin. Pero hay algo más: Babbage conocía a Isambard Kingdom Brunel. Cuando Byron King, lord Ockham, murió —recuerda: el hijo de Ada que guardó todo esto en el baúl—, estaba empleado en un astillero propiedad de Brunel en la isla de los Perros, donde se construía el *Great Eastern*. ¿Y si Babbage le consiguió el empleo?

¿Estoy descubriendo datos o me estoy volviendo loca?

Smith

De: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto: Re:Babbage

quien es brunel que es great eastern que isla de que perros a quien le importa

t

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Asunto: Re:Re:Babbage

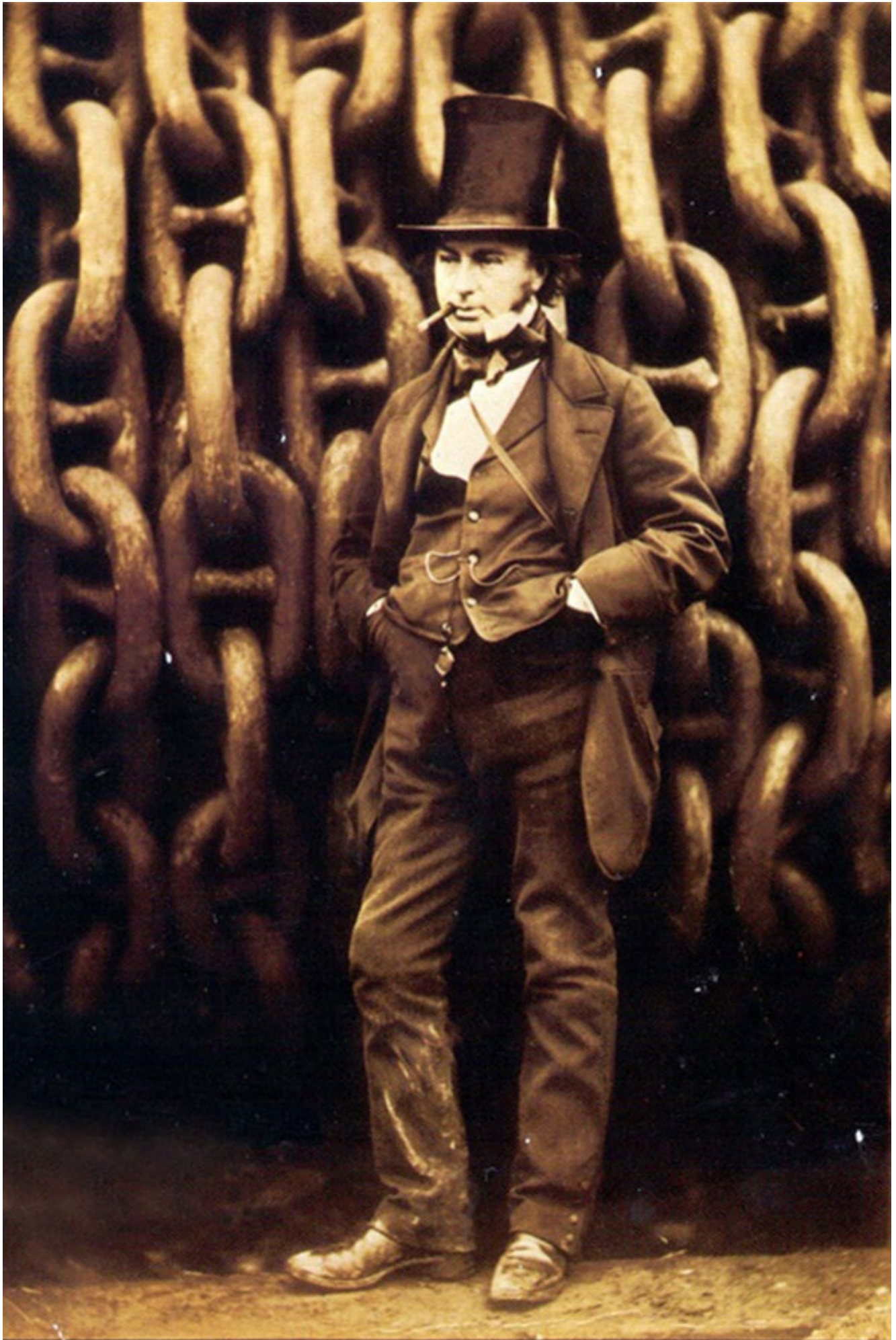
Lo siento, Isambard Kingdom Brunel fue el más importante ingeniero Victoriano. Construyó cosas enormes hechas con acero. Puentes y barcos. Los más imponentes de la época. El *Great Eastern* era un barco, un barco de vapor con ruedas de pala, el mayor jamás construido. Tenía una fábrica en ese lugar de Londres conocido como isla de los Perros, no sé por qué lo llaman así, ¿por qué no lo BUSCAS TÚ MISMA?

Aquí tienes un enlace a una foto de Brunel:

http://www.bbc.co.uk/history/programmes/greatbritons/gb_brunel_isambard.sh

Observa el puro, el sombrero y el pulgar en el bolsillo del chaleco. Las ENORMES cadenas que cuelgan a su espalda son las del *Great Eastern*. Fue construido para el comercio con Norteamérica. Oh, Dios mío. Estoy paranoica, veo señales por todas partes. Pero ¿y si son ciertas?

S



De: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>
Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>
Asunto: programa

ves señales y estas como una cabra pero ya sabes lo que dicen los paranoicos tambien tienen enemigos no lo sabremos hasta que lo sepamos no puede llevarnos mucho en cuanto pongamos manos a la obra pero he pensado que cuando cambies letras por series de numeros entonces podras incluso construir un programa matematico para transformar las series se me acaba de ocurrir mmm para que cada linea pudiera multiplicarse por un numero clave o pudiera ser resultado de alguna operacion matematica o incluso algebraica para mantener lineas de una amplitud consistente tendrias que usar un modulo aritmetico el modulo seria el mismo que la extensión de la línea vaya

lo que podria significar que se trata en realidad de un programa supuestamente diseñado para ser ejecutado en un ordenador como se suponía que tenía que ser el motor analítico como dijo ella tramaria modelos algebraicos como un telar de jacquard teje hilos de colores o algo así vamos

me gusta todo esto me encanta hay problemas pero sigo dándole vueltas pensando

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Asunto: Re:programa

De acuerdo, T. ¿Estás diciendo que lo que pudo haber hecho fue diseñar esta tabla, que, utilizada de la forma correcta, podría ser como una serie de perforaciones en una tarjeta, como las tarjetas del telar de Jacquard? ¿Podría utilizarse con el Motor Analítico (puesto que ella estaba segura de que se construiría en algún momento y en algún lugar) y el Motor traduciría la secuencia de las tarjetas perforadas a papel impreso con escritura? Cada tarjeta perforada incluiría los agujeros suficientes para todo el alfabeto, más la puntuación, como las tarjetas perforadas de los ordenadores de nuestra infancia, y algún modo de permitir a la máquina almacenar los números en orden en su memoria. Claro. Entonces, la última orden de cada tarjeta empujaría al ordenador, es decir, al Motor, a imprimir un número, que correspondería a una palabra 01-02-03=a-b-c, o cifrada, quizá a una palabra más puntuación, y lo imprimiría. De acuerdo.

Sólo llevaría unos pocos años perforar las 100.000 tarjetas que serían necesarias para incluir hasta la última palabra del libro, si es que se trata de un libro de extensión media. Y Ada no parece haber dejado instrucciones de cómo debía leer la máquina las tarjetas, no sabiendo, como no sabía, cómo iba a funcionar la máquina. ¿No sería eso como escribir un software para un ordenador que aún no ha sido inventado?

Quizá utilizó un vocabulario abreviado. ¿Es eso posible? Como un modo de indicar mediante un agujero o una orden que una palabra tiene la «a» en la posición cinco siete nueve. No sé de qué estoy hablando. Puede que quisiera hacer las tarjetas perforadas, y que cuando estuvieran colocadas en el telar de Jacquard, tejieran un gigantesco tapiz con las palabras del libro. Hubiera sido más sencillo copiarlo letra por letra en piedras y dejarlas en la playa para que alguien las encontrara.

S

De: «Thea» <thea.spannl33@ggm.edu>
Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>
Asunto: Re:Re:programa

no confias en mi y no lo pillas de eso me doy cuenta lamentaras burlarte cuando me haga con ello y no tardaras mucho en hacerlo

ada no tenia por que preocuparse de que alguien perforara las tarjetas sabia que las instrucciones sobre como perforarlas eran suficientes que el futuro se encargaria de ello y que las descifrarian en maquinas que en ese momento no existian pero que ella sabia que existirian algun dia y que lo hacen vaya si lo hacen

por cierto el tapiz con el libro tejido en su superficie no tendria que ser tan enorme ni la cantidad de tarjetas no lees historia lo que yo leo afirma que el retrato en seda del señor o monsieur jacquard propiedad de babbage estaba hecho a partir de 24.000 tarjetas y que cada una de ellas tiene 1000 posiciones de agujeros posibles asi que un libro esta chupado el problema real seria como programar tarjetas que tejieran las formas de las letras no creo que ada hiciera tal cosa tu diras

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Asunto: TQ

No encuentro por ninguna parte información acerca de si Ada sabía cómo programar un telar Jacquard. Apuesto algo a que no sabía hacerlo. Pero se me ha ocurrido otra cosa. Es tan obvio. La única página de la novela que encontramos no llegó allí por casualidad. Ada la preservó, esa única página, para que pudiéramos descifrar el código. De modo que supiéramos cuál era. Debía de ser la última página, para que se pudiera utilizar como herramienta para romper el código. Una clave. Pero no es la última página, no a menos que el libro esté inacabado (y puede que así sea), de modo que no se puede contar desde la última letra y el último número. Pero estoy segura de que por eso está ahí, y de qué pretendía ella a la hora de preservarla.

Me eché a llorar cuando me di cuenta. Tienes razón. Está ahí, lo puso ahí y de algún modo su hijo se lo llevó consigo, y ella pensó que algún día, en algún lugar... Tú. Yo. Oh, Dios mío, Thea. ¿Y si es así?

S

De: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>
Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>
Asunto: Re:TQ

si anoche se me ocurrio lo mismo cuando pensaba en ti

me parecio una locura o sospechoso que ella pusiera las notas que habia escrito en el mismo baul que el material cifrado ademas de esa pagina de la que hablas porque es mucho mas facil descifrar un codigo si tienes parte del texto de modo que en cuanto supones que el material cifrado es la novela lo unico que tienes que hacer es buscar palabras que se repitan como el nombre del prota o esas cosas

pero hoy mi experto en codigos me ha explicado el principio de cpp es decir la condenada privacidad personal cuando ocultas algo solo necesitas ocultarlo lo suficiente para que no lo descubran ciertas personas durante cierto tiempo como deletrear palabras en voz alta cuando estas rodeada de crios eso es cpp hasta que lo captan de modo que el cifrado de ada es un cpp porque lo unico que queria era ocultarselo a su madre y despues quiso que se leyera quiso que lo logramos quiso ponernoslo facil pensabamos en algo dificil pero por que iba a ser asi deberia estar chupado me equivoco

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Asunto:

Thea:

Pues claro que no te equivocas, Thea, ella hizo lo que dices: lo hizo.

Se estaba muriendo pero dejó cifrada la novela que su madre y su esposo querían destruir. Dijo que la destruiría, y lo hizo. Su marido la vio arder, toda, toda excepto una página. Entonces llegó su hijo de visita, el pobre lord Ockham, que nunca quiso ser lord y que sólo quería huir y estar rodeado de gente normal y tener un trabajo normal. Y ella se la entregó, le confió esos papeles que él no podía leer, y ella no le contó qué eran. Eso y la página que salvó del fuego. Y le dijo: Llévatelos contigo a América, donde no hay lores. Corre ahora que puedes, y llévatelos contigo.

Pero, Thea, aún no hemos terminado. No lo haremos hasta que esté traducida, descifrada, decodificada o comoquiera que se diga. Anoche volví a sacarlo de la caja (Georgiana dormía, ronca muchísimo para ser tan pequeña y delgada) y le eché un vistazo, fue casi como si fuera a poder ver lo que había escrito. Pero nada. Nada de nada.

¿Qué supondrá eso? Si el código no es difícil, o no debería de serlo...
¿Supondrá un mes, un año o una tarde?

Thea:

De: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto: Re:[]

puede que una o dos horas un día quizá no se

pero antes debes encajar todos los números sin que nadie sepa en que andas metida crees que eso será fácil pero no lo es estoy pensando en un modo pero aun no se me ha ocurrido nada

el quid está en encontrar la clave cualquier cosa que ella pudiera haber utilizado incluso si solo conocieras la longitud de la palabra podrías hacer pruebas pero igual puedes apañartelas sin lo que esperas al empezar a descifrar es encontrar algún sentido una palabra o unas palabras entonces lo sabes

cariño ya verás en cuanto lo tenga si lo logro si no estoy loca y si lo estoy espero que puedas perdonarme

tu amiga

thea



OCHO

De la fama y sus consecuencias, y de la ley tal como se practica hoy en día

¡Londres! Allí había paseado antes por la ennegrecida piedra, afrontado la gris turba y evitado los arrogantes carruajes del mundo de la moda, que, de todos modos, lo habían salpicado de cieno a su paso. Después había caminado y cabalgado como en un sueño, y como en un sueño había sido conducido a las oficinas de los notarios, y a los hogares encendidos de los cafés, tan irreales unos como los otros. Pero ahora, muerto el padre que lo había llevado sin pausa ni explicación a lo largo y ancho de esas calles, Allí había crecido, y albergaba ya en su interior toda suerte de incidentes, sucesos que ni siquiera aquel *Pandemonium* podía superar en extrañeza o en horror. Tal como ya se ha dicho, las noticias de su papel en el drama representado en las llanuras de Salamanca precedieron a su llegada a la ciudad, y su avance por las calles para entregarse (ni el teniente Upward, ni ningún otro oficial o amigo pudieron convencerle de lo contrario) viose acompañado de una multitud de personas que poco a poco se fue haciendo mayor, hasta convertirse en turba. Había quienes se burlaban, algunos en voz alta, otros sin saber a qué se debía, pero participando no obstante del griterío. Breve fue el proceso. El juez, consciente también de las recientes acciones de Allí, era más proclive a permitirle el extraordinario privilegio de una fianza, y aceptar cuantas garantías y promesas pudiera hacerle, que el juez escocés que lo había juzgado en su tierra natal. Grave era su comportamiento, cómo no, ya que la Ley debe tratar con rigor y seriedad al asesinato de un lord, se trate del lord que se trate (y aquel juez conocía a lord Sane desde hacía mucho tiempo), pero finalmente, Allí y quienes lo apoyaban, salieron temporalmente en libertad, a disfrutar del griterío del pueblo, como si en lugar de haber soltado a un Barrabás, se tratara del inocente Hijo del Hombre.

Los agentes de su padre recaudaron todo el dinero posible y más para apoyarlo, pues nadie más había reclamado la herencia y él era el único heredero de los Sane. Por poco que fuera, bastó, ya que pocos eran los gastos que Allí podría permitirse el lujo de tener. Un club le ofreció ser miembro; luego otro club competidor del anterior ofreció lo propio; entonces el primero ofreció unas habitaciones, y el otro aumentó el

tamaño de éstas, hasta que Alí se resguardó en una *chambre séparée* de un local respetable que no era el Watier o el Cocoa Tree, mientras los antiguos agentes de su padre meditaban sobre su situación y sus derechos. El teniente Upward, que era su principal acompañante, puesto que no conocía a nadie más en la capital a quien poder recurrir, se tumbó en el diván y levantó la copa de champán que, lo mismo que el diván, le habían proporcionado, dispuesto a brindar por su bien relacionado, aunque meditabundo, amigo.

—Milord —dijo—, no tenéis de qué preocuparos. Os garantizo que, en lo que a vuestra herida concierne, los honores y placeres se encargarán de curarla. No conozco mejor medicina.

—Os ruego que no me llaméis milord —dijo Alí, que seguía de pie, abstemio, como si fuera incapaz de disfrutar de unos obsequios y parabienes cuyo origen ignoraba—. No soy sino yo mismo, sin más, y así será hasta que se resuelva mi caso. Veremos entonces si, en lugar de título, tengo que llevar un número pintado en la espalda, a bordo de un barco que me lleve bien lejos.

—No temáis —dijo el cirujano militar—. La opinión pública, el regente y los generales están de vuestra parte; y si ellos lo están, ¿a quién podríais tener en contra?

Alí le dio la espalda perplejo y ceñudo, consciente de que debería compartir la alegría de su amigo; no obstante, era incapaz de hacerlo, y no sabía por qué.

A lo largo de aquel día y el siguiente, llegaron al club las tarjetas de visita de hombres de todos los partidos y calidades, hasta tal punto que formaron una montaña de cartón. Entre quienes lo contemplaban como a un fabuloso monstruo, figuraban un poeta (que se ofreció a componer un poema épico de sus andanzas), un metodista (que quería convertirlo) y una joven dama^[1] (que ofreció a Alí éste no supo qué, puesto que antes de explicárselo se desmayó). La dama había sobornado al portero para introducirse de noche en las dependencias de Alí; estando él ausente, se ocultó tras un biombo, del que asomó al regreso de él, y seguidamente, tal como se ha explicado, perdió el conocimiento. La reanimaron con agua y sales y las atenciones del cirujano militar. Éste sugirió que, una vez recuperada, bien podrían atenderla, pero insistió en que la acompañaran fuera, cosa que hizo con toda la *tendresse* y cuidado posibles, por temor a que ella, o su reputación, pudieran verse perjudicadas por haber entrado en aquel lugar.

Fue el asombro de todos durante aquellos nueve días que se alargaron hasta las dos semanas. Alí tuvo la impresión de que quienes lo miraban, quienes estrechaban su mano con «gestos, sonrisas e inclinaciones de cabeza» veían en él algo más, u otra cosa aparte de a un héroe inglés.

—No sé por qué me he convertido en objeto de atención, o, al menos, de fascinación —confesó Alí—. Es como si todo el mundo hubiera albergado la esperanza de ver muerto a mi padre.

—Tiene más que ver con el hecho de que seas turco —dijo su amigo el teniente—, no cristiano, a pesar de lo cual vas camino de la Cámara de los Lores, donde tu

discurso de ingreso^[2] podría versar sobre las maravillas del Corán, o la necesidad de que las muchachas inglesas lleven velo. Todo lo *contradictorio* nos resulta de interés, ya sea una sirena o un hombre mecánico.

—Yo no soy mecánico —dijo Alí—, ni turco, para el caso. —Y observó con cierta amargura el gesto de la mano del cirujano militar y el airoso arqueado de cejas, gestos ambos dirigidos a echar por tierra sus cansinas objeciones. Justo en ese momento llamaron de nuevo a la puerta y el portero anunció a otro caballero, cuyo nombre alegró de pronto la sombría expresión de Alí hasta tal punto que incluso sonrió. ¡Y él que pensaba que no tenía ni un amigo entre tanta gente!—. ¡Es el Honorable! —exclamó al acercarse al caballero que permanecía en el umbral.

—Hola, saludos al Héroe —saludó el recién llegado antes de fundirse en un abrazo con Alí.

Era pequeño, casi miniaturizado, pero proporcionado en todas sus partes, como un mecanismo de relojería; vestía de la forma que se consideraba exquisita en la época, lo cual implicaba un gran gasto en telas y la inconveniente molestia de un fajín negro en la cintura y otras partes. Era, para ser más concretos, el señor Peter Piper, a quien Alí había conocido en la Atenas de los pantanos, es decir, en Cambridge, cuando había residido allí durante un tiempo. Por lo visto aquél había albergado el propósito, tal había oído Alí, de permanecer en ese lugar y aspirar a una cátedra, pero al final no había podido ser: había visto más posibilidades en los clubes y en las mesas de fieltro de la City. El caballero que retrocedió un paso e hincó la rodilla ante Alí en un gesto irónico era un figurón característico de los tiempos de la Regencia de nuestro actual monarca, y de hecho muchos como él se contaban entre los amigos más queridos de ese príncipe, que en privado prefería su compañía y conversación a la de los serios consejeros u obispos reverenciados; lo mismo que yo. Y ¿por qué ese «Honorable», epíteto por el cual lo conocían sus más allegados? Las razones concretas se habían perdido en la noche de los tiempos; según parece, hubo una época en que su nombre apareció en una lista, una suscripción, invitación o registro, en compañía de *lord* esto y *conde* de lo otro, mientras su propio nombre aparecía acompañado simplemente por el sencillito «Don» de rigor. Al serle entregada dicha lista, él añadió «el Honorable» a su nombre, aditamento al que se creía con derecho por ser el tercer hijo de un baronet (aunque cualquier experto en protocolo podría haber objetado lo contrario). Su argumento fue que tan sólo deseaba ver corregida la lista y librarla de errores, pero, como sucede con tantos mezquinos actos de vanidad, o incluso de supervivencia, que se vuelven en nuestra contra, el señor Peter Piper pagaría caro lo que había hecho, y durante un tiempo fue el hazmerreír; nadie olvidó aquello.

—Estaba presente por casualidad en el juzgado cuando se presentó tu caso —dijo—. No, miento, no fue casualidad, pues fui a ver al hombre del que todos hablaban con elogios y del que todos los periódicos se hacían eco, o deploraban, tal como algunos hicieron. Para ver con mis propios ojos si era en verdad mi viejo amigo.

¡Vaya si lo era! Estaba igual, incólume a pesar de los peligros y tribulaciones que había vivido. Ahí estaba Alí, ¡mi Alí! ¿Acaso se mostraba cabizbajo? ¡No! ¿Acaso su mirada se veía sojuzgada? ¡No! Y con sobrados motivos, diría yo, tal como averigüé. ¡Sabio Salomón el que presidió aquel día! A mi lado, un caballero había acudido a presenciar la extraordinaria vista, igual que había hecho yo, y me confesó que tenías a favor, en una proporción de tres a uno, que te concedieran la fianza. Debió ser más generoso, aunque hubo algo de ti que incluso a él le impresionó, y fui capaz de recoger una buena suma. Para mí, el desenlace de la vista era claro como el agua.

Era el doble o el triple de palabras que Alí había escuchado jamás en boca del Honorable sin hacer una pausa, puesto que pertenecía a ese tipo de personas que «dicen menos de lo que saben», etc., incluso con una copa de más, y era conocido por su autodomínio.

—Te he traído un obsequio que no tiene precio —dijo a continuación—. Aguarda en el vestíbulo, y, si no viene antes de que termine de presentarlo, me tendrás por un fanfarrón. Harías muy bien en hablar con él, y aún harías mejor en prestarle atención. Vamos, permíteme presentártelo. Vaya, ahí viene, ¡como la catástrofe de un drama antiguo!

Antes de que Alí pudiera aceptar la entrevista, el hombre se había plantado en la habitación, o se había hecho con ella, puesto que era un hombretón voluminoso, de cintura redonda. El tipo de persona que se siente como en casa en cualquier lugar.

—Permíteme presentarte al señor Wigmore Bland, del Temple, abogado.

El señor Peter Piper señaló con un gesto al recién llegado, cuya inclinación de cabeza y mano aceptó Alí como era debido, pues no iba a rechazarle.

—Acudí al tribunal por otro asunto —explicó el señor Bland, con una voz tan rica en matices como lo es un plumcake en sabores—, que se suspendió para que pudiera presenciar el caso de su señoría y su resolución.

—Se precipita al dirigirse a mí de esa manera —dijo Alí—, tal como he intentado explicar a estos caballeros.

Este comentario fue despreciado por el señor Bland con un gesto de su sonrosada manaza.

—Permítame sugerir a su señoría que sus derechos en este asunto, así como la libertad, están garantizados. El caso me parece lastrado por algunas dificultades, y me gustaría ofrecerle mis servicios para solventarlas.

—Ha librado a muchos de la cárcel —intervino el señor Piper—, la mayoría de los cuales eran completamente inocentes del crimen que se les imputaba.

No había más alternativa, en tal caso, sino que Alí invitara a pasar al abogado, tomaran vino y escuchara el letrado los particulares de lo que había sucedido aquella noche en Escocia y todo lo demás, al menos todo lo que Alí recordaba, debido a lo difícil que puede ser recordar aquello que no entendemos. El señor Bland sacó una libreta de notas, que abrió con el aire de quien se dispone a leer las verdades del Evangelio; en lugar de ello, llenó páginas y páginas de respuestas a las preguntas que

le formuló a Alí. Frunció el ceño al prestar atención a las respuestas, y asintió como el badajo de una campana antes de dar golpecitos con la punta del bastón sobre el suelo, consternado por las injusticias sufridas por aquel a quien consideraba su cliente.

—No puedo satisfacer las minutas —dejó bien claro Alí—. Si el negocio se tuerce y pierdo el caso, no veré un solo chelín; igual sucederá si usted resulta vencedor y soy puesto en libertad, pues no tengo ingresos a los que recurrir y ninguna propiedad que pueda hipotecar.

—De acuerdo —dijo con amabilidad el abogado—, ya que nada quiero de usted. Créame, señor, el beneficio está asegurado, un beneficio que va más allá del dinero. El suyo es el caso más interesante que se ha presentado en el tribunal en los últimos tiempos, será seguido con atención por la prensa, se hablará de él en clubes y en salones de baile y despertará más de una duda en el Parlamento, por lo poco que sé. Si salgo victorioso en la defensa, y no me cabe la menor duda de que así lo haré, piense en cuánta gente lo sabrá, y en cuántos con los bolsillos más repletos que los de usted (no sólo inocente, sino injustamente acusado) estarán dispuestos a contratar mis servicios. Señor, no fanfarroneo ni me tengo por algo que no soy; mi valor puede medirse por el número de casos que he resuelto a favor de mis clientes, por el número de veredictos de *No culpable* que he obtenido para caballeros que se hallaban en situaciones parecidas a la suya.

Alí torció el gesto. No lo hizo porque su aspirante a campeón lo incomodara, sino porque no sabía, ni había oído hablar jamás de ningún otro caballero cuyas *circunstancias pudieran compararse a las suyas*. Fuera como fuese, llegaron a un acuerdo, y Alí se dirigió a Escocia en el cómodo carruaje de cuatro caballos que la larga práctica del señor Bland le había proporcionado a éste. En el interior, la conversación giraba en torno al juicio al que se enfrentaban.

—Pues claro que hablaré en mi propia defensa —dijo Alí.

—Discúlpeme, milord, pero no dirá usted una sola palabra —dijo el abogado Bland—. La acusación de este caso no tiene derecho a hacerle declarar, y debe demostrar su teoría sin contar con su ayuda. No tiene por qué presentarse ante el jurado. Estamos en una nueva era, señor, y ya no es tan sencillo acabar en la horca o en un barco de transporte como lo era antes, o como a los fiscales les gustaría.

—Quiero que se sepa la verdad, y que los hechos salgan a la luz —protestó Alí—. Soy inocente, y como tal declararé.

—Señor, la verdad no es algo material; respecto a su inocencia, me alegra creer en ella, pero también es inmaterial en lo que a una sólida defensa concierne. Le ruego que deje todo de mi cuenta —dicho lo cual comentó otros asuntos, e indicó a Alí la belleza del paisaje, que era en verdad pintoresca, y decía mucho a favor del señor Bland su capacidad de admirarla.

El caso, cuando finalmente se presentó ante el juez y el jurado, contó con la presencia de los arrendatarios y vasallos del difunto lord Sane, cuyas opiniones

estaban divididas (o eso le pareció a Alí al pasar junto a ellos para ocupar su lugar en el banquillo) entre quienes querían verlo ahorcado, y quienes se alegraban de saber que el viejo lord había muerto y no les interesaba lo más mínimo saber a manos de quién. Los oficiales de justicia, algo encogidos a ojos de Alí desde que, cual altivos alguaciles, lo habían arrestado hacía tanto tiempo, contaron de nuevo su versión de los hechos, y cómo obtuvieron información del crimen cometido, *información* personificada, por lo visto, en un desharrapado granujilla del pueblo que obtuvo un penique de alguien interesado en que avisara a la ley, pero que era incapaz de recordar nada más. Hubo risas cuando el señor Wigmore Bland preguntó al granuja y tan sólo obtuvo por respuestas las palabras «penique» y «alguien».

Se llamó a declarar al cochero del difunto lord, que apareció tan bebido que apenas podía tenerse en pie en el estrado. Testificó que la noche en cuestión había llevado a su señor a Londres, pero que el caballero, decidido a encontrar un lugar donde dormir, le ordenó hacer un alto en una fonda bien conocida por el cochero, por ser un lugar donde su señoría gustaba de descansar, y donde a menudo pasaba la noche. Al día siguiente, declaró el cochero, lord Sane le despertó de un sueño profundo a eso del mediodía (se produjeron más risas en la sala, risas que el juez acalló). Lord Sane le ordenó llevarlo con premura de vuelta a la abadía, pero no entrar por las puertas, sino detenerse a lo lejos, en un antiguo camino que atravesaba los campos. Allí lord Sane se apeó sin ayuda del carruaje, y echó a andar tras pedir al cochero que lo aguardara. Durante unas horas, dijo el cochero, esperó lealmente (hubo más risas) y al anochecer volvió a la abadía, donde suponía que encontraría a su señor. Mas sólo encontró al hombre tendido en la mesa del recibidor, muerto, y a toda la casa alborotada. Contó que el difunto no le había confiado el porqué de su apresurado regreso, ni por qué se había apeado antes de entrar, o el motivo de que se alejara del carruaje a solas.

Se levantó entonces el señor Wigmore Bland, enfundado en una magnífica toga y tocado con peluca, y procedió a interrogar al desdichado. Para cuando hubo terminado, el jurado hubiera podido sospechar (tal como pretendía el propio señor Bland) que el cochero podía muy bien haber asesinado él a su señor, y que si dicha hipótesis era razonable, entonces la culpabilidad del acusado no estaba tan clara como parecía al principio. Después del cochero, los fiscales presentaron a los alguaciles y los arrendatarios del laird que habían sorprendido a Alí, arma en mano, inclinado sobre el cadáver de su padre. A ellos interrogó también el señor Bland, decidido a cubrir de duda lo que creían haber visto pero quizá no habían visto, y cuando alguno que otro de ellos apuntó que sólo conocía los hechos de oídas, el abogado se puso en pie de un salto y exigió retirar su testimonio de toda consideración, por ser un simple relato de segunda mano, y, según las nuevas normas relacionadas con las pruebas, inadmisibles. Solicitó al juez que ordenara al jurado desestimar todos aquellos testimonios como si nunca los hubiera escuchado, momento en que los miembros del jurado se miraron entre sí, como si los presentes en la sala hubieran perdido la razón

por pedir semejante cosa.

Quedó demostrado, pues, que si bien el acusado había sido sorprendido de pie junto al cadáver, arma en mano, el laird no había muerto como consecuencia de una herida de arma de filo, sino que lo habían ahorcado. Demostrada también la disparidad de pesos y tamaños de padre e hijo, los fiscales aseguraron que el acusado debió de contar con ayuda, la misma que luego lo liberó de prisión, como por ejemplo un negro gigantesco, capaz, por tanto, de cualquier proeza física. El abogado ridiculizó todos los testimonios relacionados con esa hipótesis: se llamó a declarar al carcelero, quien en efecto corroboró que la fuga se produjo de noche, muy tarde, y que la oscuridad reinaba en el lugar. Confesó que no podría jurar sobre las Escrituras que la puerta de la celda de Alí estuviera bien cerrada, y que desde que era niño había sufrido pesadillas (cosa que el abogado se había tomado muchas molestias en sonsacar a los vecinos del carcelero, antes de que empezara el juicio), ¡de tal modo que el supuesto negro bien podía ser el fruto de un sueño! Finalmente, el juez, cansado quizá del asunto, pidió a Alí que ofreciera su versión de los hechos.

—Dejaré eso a mi abogado, milord —respondió Alí, respuesta que era todo cuanto había prometido al señor Bland que diría, por mucho que le importunaran al respecto. De todas las cosas que tuvo que decir a regañadientes, aquélla fue la más dura.

—Su abogado no puede hablar por usted —replicó el juez con cansina amabilidad—. Debe hacerlo usted mismo, si tiene algo que ofrecer al jurado, como dónde estaba usted, qué hacía y demás asuntos. Si tiene cualquier observación referente a las pruebas aportadas hasta el momento, debería hablar. Veamos, señor, ¿de veras pretende dejar su defensa en manos de su abogado?

—Así es —respondió Alí.

—¿No aconsejaría a su cliente hablar por su cuenta? —preguntó entonces el juez al sonriente abogado.

—No, milord, jamás le aconsejaría tal cosa.

Así las cosas, dado que las únicas pruebas aportadas en su contra eran de naturaleza circunstancial, la mayoría encerradas además en esa negra caja de los rumores de cuyo interior resulta imposible emerger; dado que los fiscales tuvieron que mantenerse apartados de Alí como una jauría de perros atados a una correa debido a la negativa del acusado a hablar, el juez, para gran pesar de muchos de los presentes (pesar que saltaba a la vista con sólo mirarles a la cara), tuvo que advertir al jurado de que la culpabilidad de Alí, por probable que pudiera parecerles, no había sido demostrada *más allá de toda duda razonable*, y, por tanto, no podían condenarlo, pues tal era la práctica común en Londres, y debían respetarla. Al oír estas palabras, el señor Wigmore Bland se inclinó ante el juez y el jurado y, con una elegancia no exenta de un punto de impertinencia, volvió el rostro a Alí, un rostro tan sonrosado y sonriente que parecía brillar como el sol.

* * *

¡Inocente! O, si no inocente, al menos no demostrada^[3] la culpabilidad, veredicto que sólo los escoceses pueden emitir, y que en ningún modo difiere, en lo que a la libertad del acusado concierne, o en la propiedad, para el caso, de un veredicto de inocencia, por muy diferente que esto pueda parecer a ojos de algunos jueces, o en el alma del propio acusado. No habrá culpabilidad que arda, ni culpabilidad que nos devore como la culpa que no tiene objeto, aunque quien la sufra sea un benefactor tal de la Humanidad como pudo serlo Prometeo, los buitres de Júpiter lo devorarán y castigarán por aquello que él no podía considerar pecado. Alí tenía todo esto muy presente, y no sólo él, sino también todas las personas que habían seguido el juicio, o que leerían acerca del particular en la prensa —conservadores o radicales— que informó al respecto. No había, además, ningún otro sospechoso; ninguna conjetura, nadie que pudiera haber perpetrado el hecho y asesinado atrozmente al laird. Vamos, «Lo que es seguro es que no se ahorcó él mismo como un ternero», señalaría un observador. Si la justicia no predominaba en las mentes de quienes se preguntaban por aquel caso, lo hacía la curiosidad, y ninguna de las dos parecía que pudiera verse satisfecha.

Cuando Alí se vio al fin en libertad de abandonar aquel lugar, pidió un favor a su abogado defensor. Le gustaría, dijo, viajar a su antiguo hogar, «a mis propiedades escocesas», tal como dijo textualmente al paladín de la ley, quizá para no parecer demasiado sentimental. Por no hallarse ni a un día de distancia, el abogado se mostró de acuerdo, pues jamás desaprovechaba una oportunidad para subir al carruaje, aun consciente de los daños que podía éste recibir al transitar los difíciles caminos de cabras que los escoceses denominaban carreteras y caminos. Sin mayores incidentes llegaron al sendero que conducía por el descuidado parque hasta la puerta de la abadía, el sendero que Alí había recorrido en otro carruaje, en otra época, ¡cuánto tiempo le parecía que había pasado! Guardó silencio hasta tal punto que el propio abogado se percató de su humor y se acomodó como buenamente pudo a él.

No había sirvientes dispuestos a recibirlo, a él, que era el laird según las leyes, aunque lo cierto era que Alí no los esperaba. Aun así, tras tocar la campana y lanzar un hola al viento, alguien abrió el postigo con la parsimonia que acompaña a la edad. Ese alguien resultó ser el viejo Jock, ¡el leal sirviente que en tiempos había respaldado a Alí! Ante la mirada de interés del abogado, Alí se fundió en un abrazo con el anciano, llorando de alegría, pues a pesar de haber pasado sólo un año lejos de aquel lugar, se le antojaban diez, demasiados para que pudiera soportarlos alguien de la edad del viejo Jock. Al caer en la cuenta de que era el anfitrión, Alí convidó a entrar a su invitado y procuró acomodarlo tan bien como pudo. El caballero se mostró algo alicaído ante la hospitalidad que vio podía proporcionársele, aunque hizo lo posible por fingir lo contrario.

—Veo que se trata de un linaje antiguo, este al que se os reconoce los derechos — comentó mientras paseaba la mirada por los oscuros salones y las paredes desnudas.

—Así es, según me han dicho. Los antepasados de mi padre y los de la difunta lady Sane son venerables. Creo incluso que en el pasado estuvieron conectados. Eso me dijo ella, al menos, aunque no recuerdo los pormenores.

El abogado asintió al oír aquello. Enarcó las espesas y blancas cejas, y se llevó el pomo del bastón a los labios en un gesto pensativo.

—Y las propiedades de ambos se sumieron en un estado de cierta confusión; infructuosas, en manos del mayorazgo, hipotecadas, sometidas a pesadas cargas... No podrá usted disponer de ellas.

—No he investigado al respecto —confesó Alí—. El administrador de esta propiedad sabrá más de lo que yo sé, y debería acercarme a preguntar por el estado de mis asuntos, aunque ahora no me siento con fuerzas. Le ruego que me disculpe un rato, pues en este momento no soy buena compañía. Por favor, siéntase como en su propia casa.

—Así lo haré —respondió el señor Bland con la sonrisa amplia e inocente de un bebé.

Entretanto, Alí vagabundó por la abadía, de la cual habían huido la mayoría de quienes habían vivido y trabajado en sus tierras, dispuestos a encontrar otro empleo, un empleo mejor, quizá, o a las cabañas y campos de los que habían salido. ¿Adónde se habría marchado Factotum? Alí pensó que muy bien podría haber acompañado a su amo al Infierno (en cualquier caso en la tierra no parecía sino estar de visita), donde serviría a su amo en la muerte tal como lo había hecho en vida. ¿Dónde estarían las bestias de cuya compañía había disfrutado su padre por ser tan instintivas como él? Por lo visto habían muerto, puede que de pena; o quizá se habían adentrado en los bosques, donde aterrorizarían a los leñadores. Por encima de todas ellas, hubo una a la que buscó por salones y cocinas, sin éxito, al menos hasta que el viejo Jock le acompañó a un rincón tranquilo al pie de un olmo, donde la había enterrado. ¡Guardián^[4], amigo infalible, protector de gran corazón! Quizá, declaró el viejo Jock, ese mismo corazón se había quebrado cuando Alí desapareció, no había más que decir, el caso es que parecía inconsolable, no quiso comer y al final murió. Alí se arrodilló junto a la lisa lápida que el bueno de Jock se había encargado de poner y lloró como no había llorado por nadie a quien la muerte le hubiera arrebatado.

¿Por qué no podía quedarse allí, vivir solo, sin otra compañía que la de los espectros con quienes quisiera pasear? Ya no lo aterrorizaban. Podía vivir allí, sin causar ningún otro perjuicio, y si alguna vez se le cruzaba por la mente la idea de recorrer mundo, entonces podría invocar a esos espectros para que le advirtieran, de nuevo, de que nada de lo que había hecho en la superficie de la Tierra había resultado beneficioso para nadie, ni siquiera para sí mismo, ¡lo cual lo convencería para quedarse!

No lo hizo, por supuesto. Tales decisiones pueden resultar balsámicas para

nuestros corazones, pero rara vez les somos fieles. Regresó a Londres acompañado por el señor Bland, quien pasó el tiempo conversando con Alí acerca del estado de sus propiedades y las rentas que derivarían de ellas, rentas que el abogado creía posible aumentar sin grandes dificultades. Dijo que había pasado la mañana conversando con el administrador entre las polvorientas pilas de libros de contabilidad, documentos y facturas que copaban el despacho de éste, y que en ese rato había aprendido más acerca de la historia de los Sane de lo que Alí podía haberle contado.

—Deje sus asuntos en mis manos —sugirió a Alí—, y le aseguro que no empeorarán; de hecho, tengo la certeza de que con el tiempo irán a mejor. No se ha aprovechado usted de lo que por derecho le pertenece, y otros en cambio sí lo han hecho de su ignorancia o dejadez, lo cual probablemente sea una triste herencia del anterior lord, o eso sospecho. En fin, el caso es que podría amanecer una nueva era para usted, señor, si me permite servirle.

—Mi padre estaba convencido de haber sacado todo el provecho posible de las propiedades —dijo Alí—, y que la ley estaba echada en lo referente a su situación, echada en su contra, me refiero.

—Oh, no —replicó el hombretón—. Oh, no, milord. Como dijo nuestro Salvador del Sabbath, la ley está hecha para el hombre, y no el hombre para la ley; si de veras creemos que es maleable para nuestros propósitos, siempre y cuando se expongan éstos con claridad a sus guardianes, entonces, aunque el proceso pueda llevar un tiempo (no sería la primera vez que el asunto sobrevive a quienes apelamos a la ley, esperemos que el Cielo no lo quiera así en su caso), podemos tener la seguridad de que concluirá a su favor, siempre y cuando juguemos nuestras cartas con astucia.

Alí consideró estos comentarios y ofertas, pero no con demasiada astucia, pues no tenía medios con los que ponderarla, por así decirlo, dada su ignorancia al respecto de estos asuntos. No transcurrieron demasiadas semanas tras su llegada a Londres antes de que tomara forma en su mente una conclusión, la única que podía haber tomado.

Cuando ponemos nuestros asuntos en manos de nuevos agentes, ¿acaso no lo hacemos con la misma sensación que experimenta el general que arroja sus fuerzas contra la supuesta debilidad de un enemigo, sin saber si habrá acertado, sin saber si la ruina es tan probable como la victoria? O, si no conocemos esta sensación (y pocos de nosotros, meros ciudadanos, lo hacemos), entonces quizá se parezca a la de aquel que, a pesar de la incertidumbre, dirige finalmente unas palabras necesarias a una joven dama, las mismas pocas palabras que no puede uno retirar, al menos no sin causar un gran perjuicio. ¡Quizá se parezca más a las sensaciones de la dama al aceptar! Pero no tiene por qué parecerse a nada, es lo que es, el Destino, personificado en los naipes que nos reparten, en el lacre que estampamos, en la pluma y tinta que esgrimimos, y en ese membrete familiar que incluso a nosotros nos resulta extraño, impreso en documentos tan frágiles como las hojas de la Sibila. Haría que cualquiera deseara una botella de gélido champán, y una ensalada de cangrejo, y un

cigarro que prender, y una compañía desinteresada, todo lo cual se hallaba al alcance de la mano de un joven de tamañas expectativas como a las que de pronto aspiraba nuestro Alí.

Fue aquél un verano excepcionalmente cálido, el verano de los aliados, cuando el *stupor Mundi* había de nuevo pasmado al mundo, en esta ocasión perdiendo las batallas y abdicando del trono, de igual modo que había hecho antes al ganarlas y despojar del trono a los demás. Su mente, que se había antojado superior a la Fortuna, había resultado no serlo. Corpulentos Borbones recorrieron entonces Londres, llevados por caballos blancos como la espuma, Borbones que fueron entonces abrazados (al menos todo lo que fue posible) por Hanovers más enormes si cabe, felicitados por su restauración en el trono; el viejo Blucher recorrió también la ciudad, y se habló de sus exigencias y apetitos germánicos, así como del tamaño de sus botas, que por doquier partían de bailes y festejos justo por delante de la canosa testa de su dueño. Relucían las luces en el interior de las casas elegantes de Mayfair, y las fiestas de disfraces estaban a la orden del día; muchos acudían disfrazados de personas diferentes a sí mismas, y algunos lo hacían incluso enmascarados.

En una de esas fiestas de Mayfair se hallaba un incómodo Alí —no siendo, como no era, buen bailarín del vals^[5] ni un conversador avezado—. A su lado, el Honorable le señaló a una pálida muchacha de cabello rubio^[6], increíble recato y no poca belleza, sentada lejos de la muchedumbre, tan ajena a ella como se sentía él.

—Se llama Catherine —dijo el Honorable al preguntar Alí—. Su familia se apellida Delaunay. Llegó hará una o dos temporadas, aunque en lo que a pretendientes, vestidos y otros lujos respecta, lo cierto es que no la he visto destacar especialmente. Conversa, o habla, en cualquier caso, y lo hace muy cuando está en buena compañía, y con los sujetos adecuados, aunque lo más normal es que guarde silencio, como ahora, y es que poco la atraen las hablillas. —Aquel nombre le resultó familiar a Alí, aunque por un instante fue incapaz de recordar en qué circunstancias lo había oído; cuando lo recordó, un escalofrío que no escapó a la atención de su amigo lo sacudió. Se rió éste al verlo, confundiendo la naturaleza del mismo, ¡y es que la señorita Delaunay era la heredera que su padre le había mencionado la última noche de su vida!—. Permíteme preguntarle si quiere conocerte —sugirió el señor Piper, quien, antes de que Alí pudiera impedirselo, se perdió entre la multitud.

No obstante, al volver el Honorable lo hizo cabizbajo. Las intrigas que urdía en ocasiones similares solían salirle bien pero en aquélla en concreto había fracasado.

—Le propuse presentarle al famoso lord Sane, héroe de Salamanca. Le hablé de tu fama...

—Y ¿por qué no de mi infamia? ¡Hubiera preferido que no le dijeras nada de mí!

—No tiene importancia —dijo el señor Piper—. Ella había oído hablar de ti. No obstante, prefiere no conocerte.

—¿De veras?

—No te equivoques. No tiene ninguna objeción particular, ni animadversión

moral alguna. Nada por el estilo. Simplemente no manifestó el menor interés, cosa que expuso con sobrada educación y una sonrisa.

Entonces, una confusa emoción se extendió por el pecho de Alí, o por el cerebro (sea donde sea donde surgen las emociones), puesto que si bien no quería ser conocido por esos ambiguos sucesos que lo habían hecho famoso, y que habían empujado a muchos a buscar su compañía (compañía que rechazaba, muy a pesar de los interesados), ahora no sabía cómo reaccionar. Se sentía desafiado, o sentía que su valor se hallaba en entredicho, aunque su valor no dependiera de su fama, de lo que estaba seguro.

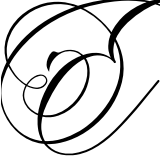
—Vámonos —dijo al cabo—. Ya me he divertido bastante en compañía de estos corderos domesticados.

Cuando el señor Piper lo cogió del brazo y buscó a alguien que pudiera avisar a su cochero, Alí volvió la mirada. No obstante, Catherine Delaunay conversaba con otro, y no miraba en dirección a él.



NUEVE

En el que se examinan las mentes y se desnudan los corazones

l Honorable Peter Piper, en quien se apoyaba Alí como lo hacía Dante en su Virgilio, no sólo era bien recibido en los bailes de las mejores mansiones, sino en aquellos cuya entrada se abonaba de antemano y donde uno se encontraba con otra compañía. Perteneecía, según sus propias palabras, a más clubes de los que era capaz de recordar, y en ellos era conocido por una constancia a la mesa que parecía también participar de lo mecánico, o al menos de lo científico, por mucho que él adujera que en el juego no había lugar para una u otra, sólo para la insensatez y para un poco de Aritmética. Jugaba a los dados, y en cuanto se sentaba a la mesa, el agradable caballero se transformaba «en un abrir y cerrar de ojos», aunque no fueran muchos los ojos que se percataran de ello. La serenidad se apoderaba de sus facciones, y la atención de su persona; todo lo que antes se había antojado en él frívolo y descuidado se esfumaba, o lo ocultaba, a pesar de que no perdía un ápice de su natural cordialidad. El cubilete hacía la ronda, los dados rodaban por el tapete, y mientras de otros, acalorados como si tuvieran fiebre o hubieran bebido, se apoderaba una inquietud que no derivaba en cansancio sino que no hacía más que aumentar en virtud de aquello que la alimentaba, a él se lo veía concentrado en la faena, como un soplador de vidrio, o un relojero. Y menuda faena, vaya si lo era, pues de ella dependían los ingresos del señor Piper. Aun así sonreía angelical. Sonreía cuando ganaba, y cuando perdía volvía a jugar. Su cerebro calculaba posibilidades inmerso en su particular Aritmética, mientras los jugadores que le rodeaban pasaban del Cielo al Infierno en una tirada, sin saber siquiera por qué.

—Considero que el jugador es un hombre feliz, gane o pierda —le dijo Alí al concluir la velada sentados a la mesa, cenando asado regado con champán (el Honorable había vencido aquella noche)—. Por abatido que pueda estar en un instante, al siguiente se redime, de modo que su suerte está siempre en la cuerda floja. Vive la vida, la siente, y jamás está *ennuyé*.

—Verás, se da cierto *ennui*^[1] en quien pasa una larga temporada en la prisión de deudores —dijo el Honorable—, aunque admito que el prefacio no carece de

emoción. ¿Y tú, amigo mío? ¿Estás *ennuyé*? Tirando bajo diría que te encuentras al borde del descontento.

—Dime —dijo entonces Alí, haciendo caso omiso de la pregunta—, ¿conoces al caballero que acaba de entrar? Es como si hubiera olvidado a todas las personas que conocí en los últimos años.

—Lo conozco, y tú también —respondió el Honorable—. Es el padre de un compañero de nuestra antigua facultad; se llama Enoch Whitehead.

—¿Está casado?

—Así es.

—¿Ella se llama... Susanna?

—Creo que sí. No viene muy a menudo a la ciudad. Dime, milord, ¿a qué viene tanto interés?

Lo que le interesaba no era el nombre, por mucho que observara al recién llegado, su cabeza canosa, los ojos legañosos, su pinta viciosa, la nariz donde las venas se recortaban negras sobre el rojo. Recordó a Susanna, tal como era, ¡tal como ya no podía seguir siendo! Le pareció oír de nuevo la horripilante risotada que soltó su padre aquella noche, la última vez en que había pronunciado aquel dulce nombre en voz alta, la noche en que la Fortuna lo había arrojado de cabeza lejos de su regazo, incapaz de ayudarla o salvarla, ni a ella, ni a sí mismo, y ahora él estaba de vuelta, pero demasiado tarde, ¡demasiado tarde!

—Nada, nada —dijo—, nada aparte de que no tenemos nada de beber y que no hemos pedido más. Te ruego, amigo mío —y al decir esto aferró la bocamanga de la casaca del señor Piper, a quien miró con una intensidad que sobresaltó al templado caballero—, que me mantengas lejos de ese tipo de la cabeza blanca, y que no me permitas saludarlo; te lo ruego encarecidamente, hazlo por mí.

—¡Tienes mi palabra! —exclamó el Honorable, que hizo un gesto al camarero que en cualquier otro se hubiera antojado de cierto apremio.

Y bien podía darle su palabra, pues despuntaba verde el alba a oriente, cuando Alí, el Honorable y varios amigos a los que Alí sería incapaz de recordar después, intentaron abandonar aquel local (o puede que fuera otro), por una escalera de caracol, la cual, aseguró el Honorable, debía de haber sido concebida y construida antes de la invención de los licores, tan imposible resultaba caminar en su condición. Alí se detuvo a observar de nuevo al caballero, que disfrutaba de su propia compañía. El Honorable sintió el sobresalto de su joven amigo, a quien acompañaba del brazo, y tiró de él para arrastrarlo.

—¿Veis a ese caballero? —oyeron todos que el señor Whitehead preguntaba a sus amistades—. ¿Qué hace mirándome de esa guisa?

—Vaya, pero si es lord Sane —comentó uno de sus acompañantes.

—Conocí a su padre —afirmó el señor Whitehead—. En fin, dicen que la sangre se diluye...

Comentario que, afortunadamente para los allí presentes, Alí no alcanzó a

escuchar.

Ella andaba cerca. ¡Susanna! Vivía, y no lo hacía cautiva en el triste valle de otra época, tal como Alí había imaginado. Vivía, y podían verse, e incluso podrían conversar un poco. La imaginación de Alí reculó. «No viene a menudo a la ciudad», que no era lo mismo que decir que no acudía «nunca», porque nunca era *nunca*, y «no viene a menudo» significaba que podía aparecer al día siguiente, o al cabo de dos días. Alí se descubrió examinando con mayor atención que nunca la prensa elegante, donde las idas y venidas de la sociedad se recogían con toda la solemnidad del mundo, como si del catálogo de las naves de Troya se tratara; buscaba su nombre, el de ella y el de su marido (palabra esta última que nunca pronunciaba, ni siquiera para sí mismo). Acudía allá dondequiera que ella pudiera aparecer, y creía verla, una cabeza rubia o un piececillo desapareciendo en el interior de un carruaje. Pero no era ella. El Honorable lo condujo por los jardines y los paseos donde todos se veían y se dejaban ver. Allí fue presentado a un elefante, que le quitó el sombrero con la trompa antes de devolvérselo en un gesto de generosidad. Fue a ver esto, y a oír aquello, y a dejarse asombrar por aquello otro, al Weeks's Museum^[2] en Great Windmill Street para ver a los autómatas, que incluían una enorme tarántula mecánica que surgía de un agujero y hacía chillar a las damas; también vio a unos enanos. Fue divertido ver cómo el Honorable observaba fijamente a la plateada bailarina mecánica, perfecta y preciosa, de elegantes extremidades y ojos oscuros e incitadores, cuyo pecho parecía incluso respirar; hubiera sido una esposa perfecta para él, tal como parecía pensar, a juzgar por el interés de su mirada.

Y aunque nunca Susanna y él compartieron un mismo espacio, él sí se cruzó con la señorita Catherine Delaunay, cuyo pelo negro y oscuros y chispeantes ojos no tenía la menor dificultad en admirar, igual que había hecho con los preciosos ejemplares femeninos en su temprana juventud, por mucho que éstos no vistieran con encajes, no se rizaran el cabello con unas tenacillas (estaba de moda hacerlo así en Londres), sino vestidas con las tintineantes monedas de oro de sus dotes; en Londres, la misma cifra se exhibía de forma más discreta, mediante hablillas. Con ocasión de un encuentro formal, donde los oídos más castos no pudieran verse afrontados, y después de muchas miradas y alguna que otra tímida sonrisa, a través de un intermediario se concedió a Alí una entrevista, lo cual se le antojó un logro incomparable, como ganar el vellocino de oro. A pesar de lo que en un principio le pudo parecer, al sentarse a su lado descubrió que la dama era la personificación de la calidez. No tenía el menor reparo a la hora de tocar temas de carácter intelectual y filosófico (temas que a sus hermanas de género se les insta a evitar, por temor a poder espantar a una presa inculta), y arrastró a Alí a participar en la conversación.

—Hace tiempo que estudio la naturaleza humana —le dijo durante la cena—, y he llegado a concretar ciertos principios generales.

—¿De veras? —preguntó Alí—. ¿Y ha viajado usted por el ancho mundo para hacer observaciones de las que deducir dichos principios?

—No, no lo he hecho —respondió ella con seriedad—, pero he leído mucho, y ahora que he entrado en sociedad, todo lo que veo confirma las conclusiones a las que he llegado.

—En ese caso, las conclusiones llegan antes que las observaciones.

—Se burla usted de mí —dijo ella con una sonrisa, una sonrisa que no impedía intuir que no le gustaba que se burlaran de ella—. Le diré que es un hábito constante en mí, cuando he conocido a alguien durante cierto tiempo, esbozar unos apuntes sobre su carácter para dejar constancia de mis pensamientos e impresiones.

—Espero que haga usted una excepción en mi caso.

—Cuando le conozca lo suficiente, puede que lo considere. No obstante, es una costumbre que tengo, y no debería saltármela. Dígame, por favor, por qué razón desea que haga una excepción en su caso.

—Dice usted querer dejar *constancia* de sus impresiones —respondió Alí—. No sé por qué iba a querer que nadie dejara *constancia* de la impresión que yo causo, cuando me tengo por alguien bastante *inconstante*.

—Un observador atento puede desgranar el carácter de cualquiera.

—¿Y qué me dice de aquello que no puede observarse?

—Se refiere usted al alma, ¿no es así? —preguntó ella en un tono que no era del todo de reproche—. Aun así, es posible incluso leer esa parte tan particular de las personas. Fíjese que ha visitado Londres un científico alemán, un *craneólogo*^[3], capaz de determinar qué cualidades del cerebro destacan y cuáles son deficientes después de palparle a uno la cabeza.

—Entonces ¿es acaso el cerebro el asiento del alma? —preguntó Alí—. ¿No lo es más bien el corazón?

—Aristóteles suponía que lo era el hígado. ¡Espero que no comparta usted su opinión!

La llegada de ese *Herr Doktor* había llamado la atención de la masa, y su fama eclipsaba con mucho la de Alí, que andaba ya en franco retroceso. Las damas y los caballeros se personaban a lo largo del día en las habitaciones del doctor, para someter sus cráneos a los largos y sensibles dedos de éste. Algunas jóvenes damas (y otras más mayores) estaban convencidas de sentir emerger lo más hondo de sus naturalezas del compartimentado Nautilus de sus cráneos, y ser sometidas a análisis respecto a su capacidad amatoria (¡oh, muy marcada!) y su codicia (¡aún más marcada!), hasta estar a punto de desmayarse debido a un exceso de conocimiento. La señorita Delaunay cruzó decidida sus pequeñas y blancas manos ante sí, y confesó a Alí que ella misma se había sometido a examen. Su sonrisa demostró que se sentía lo bastante satisfecha con el resultado.

—Amigo mío, pues puedo llamarle así, ¿verdad?, le insto a que también usted se someta al examen del doctor, para que pueda comparar lo que yo he discernido de su carácter con lo que la ciencia pueda determinar.

—Si accedo —dijo Alí—, estoy convencido de que el discernimiento de usted

superará con creces al de la ciencia. Soy como cristal ante su mirada.

—Ahora se burla de mí.

—Si no lo hiciera —rió Alí—, tendría que tomarla en serio, y reconocer mis faltas, si no mis pecados, los cuales no desearía que alguien tan encantadora como usted conociera.

Al oír esto, la dama bajó la mirada y levantó el abanico, pero no antes de que Alí reparara en el rubor que se extendió por sus mejillas, rubor que tal como apareció, desapareció.

No fue la señorita Delaunay la única en empujar a Alí a realizar una visita al craneólogo. Allá dondequiera que fuera, tenía ocasión de oír lo mucho que habían alterado las vidas de sus conocidos las revelaciones del doctor. A instancias de éste, algunos habían abandonado el juego, o la bebida, o ciertas compañías durante una semana y un día, al menos. Aun así, Alí rehuía la omnipresencia del sabio, así como su omnisciencia, por temor a descubrir algo que no quería saber, o por la certeza que tenía de que no serviría de nada.

—¿Qué perjuicio puede causarte? —preguntó el Honorable, quien de haber podido hubiera levantado de buena gana las sienes de su querido amigo para echar un vistazo a lo que había dentro—. ¡Vamos, hombre! Ya he pedido cita, tenemos día y hora, no te causará el menor perjuicio, es indoloro, moderno, y el precio es insignificante. —Ante lo cual mencionó una cifra nada desdeñable.

—Tantas libras para una cabeza tan pequeña —dijo Alí.

—Libras, no, milord —corrigió el Honorable, tan tranquilo—: guineas.

Mientras ambos aguardaban en la antesala de las habitaciones del doctor el día en cuestión, examinando los grabados y los bustos de porcelana en los que estaban señaladas todas las zonas que gobernaban las pasiones humanas, apareció procedente de la consulta, acompañado por el doctor en persona, un joven lord de ojos oscuros^[4] del que todos los círculos literarios hablaban (aunque a estas alturas también él haya caído en el olvido). Se palpó con cuidado la cabeza que ocultaban sus rizos, con la mirada perdida, entre divertida y asombrada.

—¿Le han examinado, milord? —preguntó el Honorable, que lo conocía igual que conocía a todo el mundo.

—Así es —respondió el joven lord—, y me han dicho cosas extraordinarias. —Aquí el doctor inclinó con modestia la cabeza, que era grande y hermosa, y que parecía esculpida a generosos golpes de cincel sobre una rosada veta de mármol—. Se me ha dicho que cada cualidad contenida en este cráneo mío tiene a su opuesto desarrollado con igual fuerza. Si este buen hombre está en lo cierto, el bien y el mal librarán una batalla eterna en mi interior.

—Quiera el Cielo que firmen una tregua —exclamó el Honorable.

—O, al menos, ¡que el último no salga victorioso!

Por un instante, una nube negra cubrió la expresión del lord, una nube que se despejó tan rápido como se había formado.

—Así pues no le veremos esta noche, milord, en el lugar de costumbre, ¿no? —preguntó el Honorable—. Dada la escaramuza que podría resultar entre el bien y su opuesto...

—Oh, bueno —dijo el lord mientras se despedía con elegantes gestos—. Oh, bueno, ya veremos, sí, oh, querido, ¡eso ya lo veremos!

Hicieron pasar a Alí y su amigo; el primero tomó asiento en una banqueta, la mejor de las que el doctor había colocado para examinar a sus pacientes, examen que en esta ocasión se llevó a cabo sin una palabra pronunciada por el hombre de ciencia, a excepción de una gran variedad de murmullos y carraspeos tales como Alí no había oído nunca, además de uno o dos gruñidos en alemán, cuyo significado se le escapó.

Cuando la exploración táctil hubo concluido, el docto doctor se sentó ante Alí y, con la mano en la barbilla, lo observó largo rato sin hablar.

—¿Qué? —exclamó finalmente Alí—. ¿Percibe con claridad eso que tanto le alarma, doctor? ¿Acaso soy un hombre dividido, como ese joven lord que acaba de salir?

—*Ach, Nein* —respondió el gran hombre—, o *ja*, pero de un modo diferente. —En las hondas órbitas de sus ojos, un brillo de astucia relucía en las mates pupilas—. Las facultades de nuestros cerebros pueden hallarse en conflicto, podemos estar divididos. No obstante, existen otros cerebros en los cuales las facultades no son opuestas, sino tan contradictorias que en efecto nos vemos duplicados. La mayoría de los hombres son uno, y, a pesar de sus alteraciones diarias, son conscientes de ser uno. Sin embargo, existen unos pocos capaces de ser principalmente una persona, y otra de vez en cuando, y una no tiene por qué ser consciente de la existencia de la otra. Cuando una duerme, la otra despierta.

—No creo que eso sea posible —se apresuró a opinar Alí.

—Dígame, milord, ¿alguna vez le ha sucedido que haya caminado en sueños, pensando que estaba en un lugar, haciendo algo concreto, o en la oficina, quizá, y se haya despertado en un lugar distinto, haciendo algo que no pretendía hacer?

—No —respondió Alí—. Nunca me he visto sometido a tales ilusiones, no puedo ni concebirlas en lo que a mi persona respecta.

—Se trata de un fenómeno muy peculiar, es cierto, pero no inconcebible. Me pregunto si conoce usted la historia del coronel Culpeper^[5], el oficial inglés.

—En absoluto —respondió Alí, que hizo ademán de levantarse de la banqueta.

—Un día, el coronel Cheyney Culpeper disparó a un guardia, a quien mató. También disparó al caballo de su víctima. No obstante, lo hizo estando dormido, y al ser detenido fue incapaz de recordar lo que había hecho, ni explicárselo. Estaba horrorizado. No deseaba ningún mal al hombre al que había asesinado, a quien apenas conocía, y desde luego tampoco deseaba la muerte del caballo.

El Honorable aferró con inquietud el brazo de Alí. Su amigo había palidecido, y un temblor se apoderó de sus labios.

—Eso es terrible —susurró—. ¡Terrible! Hubiera preferido que no me lo contara.

—Sucedió hace más de cien años —explicó con calma el doctor, que observaba con atención la postura y la expresión de Alí—. Obtuvo un perdón real. No había sido consciente del crimen cometido, y por tanto no podía ser culpable del mismo.

—Sin embargo, hubo crimen —objetó Alí—. ¡Hubo crimen! Discúlpeme, señor, necesito tomar el aire. La ciencia de usted es muy notable, y espero, en adelante, conversar sobre el particular. Buenos días. ¡Buenos días!

* * *

Cayó entonces una condena sobre él, una sentencia que ningún tribunal humano hubiera podido dictar. ¡Una culpabilidad que ni siquiera él podía probarse a sí mismo! Una y otra vez se encontró Alí contemplando sus propias manos, como si ante sí tuviera a dos enemigos que, tras engatusarlo, se hubieran convertido en amigos; las miraba como si al hacerlo vislumbrara una serie de crímenes cuya existencia desconocía por completo. Evitaba la cama hasta que era incapaz de resistirse al sueño, o se administraba unas gotas de Kendal para asegurarse de que su cuerpo no se extraviara cuando su alma estuviera durmiendo. Lo cierto era que, al despertar, sentía como si un herrero hubiera forjado sus extremidades con el más macizo de los aceros.

Y entonces, por temor a sí mismo, empezó a frecuentar aquellos reinos donde estaba seguro de que no encontraría a Susanna, infernales círculos adonde le arrastraba el Honorable. Uno de ellos fue el Fancy^[6], donde auténticos hombretones con cabezas grandes y duras como balas de cañón se golpeaban hasta caer inconscientes, mientras otros admiraban su estilo y apostaban por el resultado del combate. Al principio, Alí no apreció nada más excepto esa abominable crueldad que siempre se había empeñado en evitar, pero con el tiempo llegó a considerarlo un arte, fuente de belleza e interés, aún expuesta en cuartuchos que hedían a sangre, sudor y miedo, todo ello envuelto en una nube de humo, así como en los gritos de los espectadores y apostadores, ganadores y perdedores por igual.

—Yo mismo he estudiado el arte —le informó un día el Honorable, de pie junto al cuadrilátero—, y he tomado lecciones con Jackson, aunque a decir verdad siempre insistí en que llevara los guantes para que mi bien parecido rostro no se viera perjudicado.

El enfrentamiento de aquel día se había prolongado durante veinte asaltos sin que ninguno de los púgiles dejara de levantarse al caer, espoleados por los profanos atosigamientos de unos aficionados que se hallaban tan cerca que, en ocasiones, se veían salpicados por el clarete exudado por los combatientes.

—¡Arte! —exclamó uno de los espectadores—. Prefiero la fuerza al arte.

—He visto a Daniel Mendoza, el maravilloso judío, luchador de gran arte y finura, vencer a Martin *el Carnicero de Bath* en veinte asaltos —dijo otro—, o puede que fueran menos; ése, con su ciencia, sería capaz de tumbar a cualquiera de vuestros bulldogs.

—Bueno —dijo el primer aficionado—, pues yo tuve ocasión de ver a *Caballero Jackson*, quien, en cuanto a finura, no tiene rival, golpeado al borde de la muerte y, sobre todo, de la derrota, por el bestia Cribb, de modo que la finura no siempre constituye la respuesta, como tampoco lo es la ciencia. Eso opino yo.

—En una ocasión, tras preguntarle un joven, estando yo allí, cuál era la mejor postura defensiva —susurró a Alí el Honorable—, Cribb le respondió que morderse la lengua ante una ofensa.

—Debo admitir —dijo el oponente de la ciencia a su amigo— que no volveré a desafiar tan rápidamente a un judío, ni a molestarlo, porque podría haber tomado lecciones con Mendoza y me lo haría pagar caro.

—Cuando Jackson venció a Mendoza lo hizo agarrándolo del pelo y zarandeándolo sin piedad, como si de Sansón se tratara. Cuando Mendoza se quejó a los árbitros, éstos le dijeron: «No hay norma que lo prohíba, lo cual es una condenada vergüenza, ¿no cree?»

—También Cribb agarra del pelo, y es verdad que no hay regla que lo prohíba.

—¡No hay regla que lo prohíba! ¡Menudo argumento! Tom Molyneaux, un negro de Norteamérica, a punto estuvo de derrotar a Cribb. Éste se llevó el combate porque el árbitro no gritó ¡*Tiempo!* cuando estaba en el suelo. ¡No pudo enfrentarse a su oponente ni durante media hora de reloj!

—¡Yo mismo te arrearé si te empeñas en afirmar que el campeón de Inglaterra no pudo vencer con justicia al negro de Norteamérica! —exclamó su amigo, a quien no pareció importarle el consejo que había oído de boca del propio Cribb.

Todos a su alrededor tuvieron que emplearse a fondo para evitar que ambos contendientes exigieran satisfacer sus diferencias en ese preciso momento, en aquel preciso lugar.

Concluido el combate, después de que el Honorable recogiera las ganancias de los banqueros, y mientras la muchedumbre se fundía en la oscuridad de la noche, Alí vio en la distancia a alguien que se había vuelto para mirarle a su vez. Estaba entre otros que lo tapaban, pero al observarlo bien, al aguzar la mirada, Alí vio que no era, tal como había supuesto en un principio, un hombre de piel oscura cubierto por una capa de pieles, sino un oso el que sostenía su mirada. El cuidador del oso, un hombrecillo encogido que era más pequeño que el animal, buscó también la mirada de Alí, y de pronto ambos desaparecieron como si nunca hubieran estado allí. Alí se abrió paso a través de la multitud, la cual se sentía belicosa debido a la exhibición presenciada, pero no logró ver por ninguna parte al animal, ni al hombre que lo acompañaba. Interrogó al señor Piper, quien acababa de aferrarlo del brazo: ¿acaso no había visto el espectáculo? Pues de tal debía de tratarse: un animal acompañado por un mendigo que lo hacía bailar y recogía algunos peniques. No obstante, ni el Honorable ni quienes lo acompañaban habían visto nada. ¡Nada! Le pareció estar sentado de nuevo en la consulta del doctor alemán, negando tres veces, como Pedro, que hubiera visto o pudiera haber visto lo que no estaba allí, o haber hecho lo que ignoraba haber hecho.

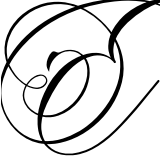
—¡Vamos, milord! —exclamaron sus compañeros—, aquí ya no hay alegría, no siga ahí plantado, mirando la nada. ¡Volvamos a Londres, volvamos!

Los acompañó a Londres y a los clubes, riendo como ellos reían a pesar de la fría duda que atenazaba su corazón, sensación que ni el brandy ni el ponche pudieron borrar. «Si vuelves a verme», ¿no le había dicho eso en sueños el oso de su padre?, «piensa que tu hora ha llegado y que estás a punto de emprender otro viaje». ¡Insensato! ¡Loco! ¿Es que no había más que un oso en todo el Universo? ¿Y esa frase no había sido pronunciada en un sueño incoherente? Pidió otra ronda y se hizo un hueco en la mesa, donde se dispuso a jugar a las cartas. ¡Un nuevo viaje! Bien, lo emprendería, lo había ya iniciado. Al ver en la mirada febril de Alí su anhelo de consumir la noche como la cera de una vela, sus amigos, tan sorprendidos como divertidos, se dispusieron a complacerlo, conscientes de que los gastos correrían de *su* cuenta.



DIEZ

De Espectáculos y Pantomimas, y un Destino tan extraño como temible

ra cierto que la señora de Enoch Whitehead no visitaba a menudo la ciudad. Corydon Hall constituía todo el mundo para ella, el suyo, su deber y su placer, y dentro de éste, otro mundo aún más pequeño y más grande a la vez, el cuarto de los niños, donde reinaba el heredero de ambas familias, un déspota con toda la belleza de la madre. Allí estaba, también, su propia madre, todavía sonriente pero ausente en parte del mundo, como si se hubiera unido ya a los ángeles a quienes se había parecido siempre, como si estuviera concluyendo sus asuntos terrenales. También residían en la casa sus hermanos, que crecían altos, graves, tan distintos y aun así tan parecidos al desaparecido primogénito que, en ocasiones, Susanna no sabía si reír o llorar al verlos jugando tan lozanos.

El señor Whitehead, por el contrario, no estaba a menudo en casa, lo cual, es necesario decirlo, no disminuía en absoluto la apetencia que su esposa tenía de aquel lugar. Un tiempo después de convertirse en dueño y señor de las propiedades de los Corydon había intentado disfrutar de los placeres de la campiña, uno tras otro. Se hizo con unos perros, cazó el zorro, disparó al faisán, planeó construir un parque, pero en seguida olvidó por qué había emprendido esas actividades, y poco a poco volvió a los menos ambiguos placeres de que había disfrutado antes. Sin embargo, por raro que parezca, cuando se hallaba en la ciudad, su conversación orbitaba en torno a sus tierras, y los cultivos que en ellas crecían, y a las mejoras que se había propuesto llevar a cabo.

Había una estación, sin embargo, en la que su esposa deseaba visitar la ciudad, y ésa era la época en la que las obras se estrenaban en los teatros^[1]. ¿Cómo era posible que a un corazón tan sincero y llano como el de Susanna le gustara de tal forma el artificio, el sonido, el espectáculo de las pelucas que lucían las mujeres, el colorete de sus rostros, los versos entonados por los caballeros, y el orden que, a golpe de espada, imponía la autoridad competente sólo para poner punto final a ese tráfico de dos horas de duración? No tiene explicación alguna, excepción hecha de algún golpe que se hubiera dado en la bien formada cabeza. A su esposo, por el contrario, no le complacía lo más mínimo ir al teatro. No oía ni la mitad de las cosas que se decían,

comprendía la mitad de las que escuchaba y se mostraba en desacuerdo con muchas menos. Tras acompañar a su esposa al palco, y sentarse hasta que alzaran el telón, solía escabullirse después a otros rincones de la ciudad, a otros *escenarios*. Por ello Susanna solía sentarse sola, o con una acompañante medio dormida tras una copiosa comida. Escuchaba y observaba, y también criticaba al comparar los griegos y romanos de ese año, los barones y frailes, los arlequines y bufones, con los del año anterior. Y de vez en cuando se dejaba llevar, y lloraba o reía, y se emocionaba o se mostraba ausente.

Cuando así la atrapaban los imaginarios sucesos del escenario, solía por lo general asomarse más al palco, la mano blanca sobre el labio de terciopelo; así fue como la vio Alí desde su propia butaca. Durante largo rato había vagado su mirada sin esperanza por entre la multitud, a menudo engañada por quienes no eran ella, de tal modo que al principio (ese órgano, me refiero, nuestro más orgulloso sentido, y también el más fácil de engañar) pasó de largo, luego volvió, como si enfocara un telescopio, lleno por completo de ella, como si de un nuevo planeta se tratara. En cuanto pudo abandonó su asiento y buscó el palco de ella. Entró en uno que no lo era, de cuyo interior tuvo que salir disculpándose, antes de acertar con el lugar correcto. Al apartar la cortina, turbado, la vio iluminada por las luces del escenario. Vio que estaba sola salvo por una durmiente Argos^[2], y se deslizó al interior del palco. Durante largo rato no dio a conocer su presencia; ella tampoco se volvió, absorbida por los sonidos y el espectáculo, las risas, el estruendo de los instrumentos, todo lo cual había contribuido a silenciar la incursión de Alí. Al mirarla, ignorante ella de su presencia, separados los dulces labios, relucientes los ojos que reflejaban un centenar de luces, deseó permanecer así por siempre, con ella inalterada. También pensó que podría saciar la sed que tenía de verla, y, una vez logrado su propósito, marcharse como había llegado, sin que ella se enterase. No obstante, comprendió que saciar su sed no iba a resultar tan sencillo, y, finalmente, eso que llaman Magnetismo Animal^[3] (si es que tal cosa existe) la hizo volverse y encontrarlo allí de pie.

¡Alí y Susanna! No había nada más. Por un instante reinó la confusión, entonces ambos hablaron a la vez, dispuestos ambos a explicarse, ansiosos ambos por perdonar lo que el otro debía por fuerza de considerar imperdonable, dispuestos también a no hablar de ello, a negar todo aquello que había ocupado tanto tiempo sus pensamientos.

—Todo lo sucedido fue... Fue mi... Mi... —balbució Alí. Mas antes de que pudiera terminar la frase, antes de poder decir qué era lo que consideraba suyo, Susanna le interrumpió.

—No, no, la culpa no fue tuya. Ni lo pienses. Fue mía.

Todo ello dicho en un hilo de voz, a pesar de lo cual, tal como el súbito silencio puede despertarnos a veces, como si de un estampido se tratase, la acompañante de Susanna se despertó, tras dormir como una muerta a pesar del estruendo de la orquesta y los rugidos de la multitud. Hay que presentar a Alí, ella lo hace como a un

amigo querido de su difunto hermano, la dama acompañante se muestra muy interesada, y desea más información, demanda que ambos satisfacen, atropellando las palabras pronunciadas por el otro. Se abren entonces los abanicos, se manipulan. La función, que prosigue entretanto en el escenario, a pesar de que los dos, al mirarla, poco perciben de ella, es una nueva pantomima (tan nueva como cualquier pantomima pueda serlo, donde las mismas cosas suceden siempre de la misma manera). Ven en ese instante a Dama Venus concluir su «Escena de la Transformación», en la que los jóvenes amantes se convierten en Arlequín y Colombina, el anciano y celoso padre en Pantaleón y la durmiente dueña en Bufón.

—He estado un tiempo fuera —explica Alí envarado, ante lo cual Susanna no puede evitar reír, ya que está al corriente de su historia, igual que cualquier otra persona.

—¿Y tu madre y tus hermanos? —pregunta más tarde a Susanna. Se sienta tras ella, donde no se deja ver por los demás espectadores.

—Bien —responde ella—. Todos bien.

Así continúan. Su charla, cuando hablan, pertenece al tipo denominado insignificante, aún impregnada de asuntos de gran índole. Él desea visitarla. Ella objeta que su marido no recibe visitas a menudo. Aun así, ella toma nota de que él se ha instalado en la ciudad. Ella querría que él apreciara la actuación, no del Bufón, sino de Grimaldi, ante todo lo cual Alí no sabe si avanzar en el palco o retirarse, ni adónde avanzar o retirarse, ni hacia qué avanzar ni hacia qué retirarse.

Retumban los acordes, se alza el telón tras el cual se oculta la «Oscura Escena», tal como la llaman los actores: el cementerio, las ruinas, tumbas o cavernas, donde el pobre Arlequín debe sufrir, ser puesto a prueba, antes de que la amable sabiduría de Dama Venus lo restituya todo a como era antes, la «Escena de la Vida», la misma que representamos a diario. Sin embargo, antes de ello, mientras los Murciélagos y los Espectros hostigan aún al pobre Arlequín, antes de que se resuelva todo, Susanna suspira y dice que el señor Whitehead no tardará en llegar, tal es su costumbre, para la escena final. Alí, que por un instante no capta la intención de ella, se despide con un adiós murmurado que le dedica, y con otro que dirige a la amiga de aguda mirada, quien (aunque él lo ignora) está llamada a convertirse también en su amiga, con el tiempo. Luego, se marcha.

Aunque Alí no había caído en la cuenta, Susanna Whitehead ha oído de él, y ha mencionado su actual lugar de residencia, donde no mucho después de esa noche encuentra él una carta escrita por una mano conocida, como si su constante obsesión por ella la hubiera invocado. Las palabras que contiene son breves, alegres, sin embargo, ansiosas por saber de él, e incluyen instrucciones para responderle a través de un intermediario (¡la amiga del palco!), adjuntando su carta a otra dirigida al contacto, aunque pocas personas hay que necesiten de instrucciones en tales casos. «Escribe rápido y responderé», y al leer estas palabras, el corazón de Alí da un vuelco como una cometa de papel, aunque acaba por caer igual de rápido, enredados los

hilos, pues sabe qué debe escribir lo primero, aunque no sabe cómo: Cómo fue que él, aun sin saberlo, condenara a su familia a vagar sin timón ni brújula a un puerto desconsolado.

«Fui yo», escribió, «quien causó la muerte de tu hermano, no te equivoques, y también yo quien se aseguró de que no tuvieras otra opción que casarte con alguien a quien despreciabas. Todo fue obra mía. Yo os arrastré a esta telaraña de maldad en la que me vi atrapado, la telaraña en la que estoy atrapado, por mis egoístas propósitos, sólo míos. Debes odiarme, no tienes otra opción, y daré la bienvenida a ese odio, como debe hacer todo aquel que recibe su merecido».

«No creas que fue así», respondió Susanna al punto, rápida como el pensamiento, o al menos todo lo rápida que puede ser una carta. «Lo que disponen el Destino o el Azar no sólo resulta insensato sino presuntuoso atribuírselo a uno mismo. No fue tu culpa. ¿Acaso no es inútil dejarse consumir por el remordimiento de algo que ningún esfuerzo humano hubiera podido evitar, ni ahora puede enderezar? Temo que lo que puedas decirme te aleje de mí, y ése, de todos los sufrimientos posibles, es al que más temo hoy en día. Oh, querido Alí, preguntas por qué nunca fui en tu busca, por qué nunca te escribí, a pesar de saber de tu regreso. No sabes cómo seguía todas las noticias que tenían que ver contigo, con tu desaparición, tu regreso y tu fama. Nunca pienses que no me importaba. Temía, eso sí, pero no por ti, sino por mí, que, en caso de encontrarnos... No diré más, me siento como una fortaleza asediada, llena de traidores que recorren las murallas. No me escribas más. ¡Oh, no dejes de escribir! y piensa en mí siempre, como yo pensaré en ti. No sé cómo firmar, excepto con mi nombre. SUSANNA.»

A ésta respondió Alí en febril estado, la pluma persiguiendo al pensamiento a medida que emborronaba el papel. Su mente perseguía a su vez al corazón, que daba tumbos entre las paredes de la Esperanza y la Desesperación por la mujer que había amado, la mujer que creía perdida y que no lo estaba, a pesar de que lo estaba totalmente. Mi joven héroe, en todos los sentidos tan valiente como un héroe deba serlo, tenía demasiada poca experiencia de la vida como para saber que la muy común contradicción en la que se hallaba sumido tenía una común solución. Iba en camino de descubrirla. Contaba ya con el Servicio Postal por mediación del cual llevar a cabo el galanteo, y lo que recibía a cambio por medio del mismo sistema tan sólo le empujaba a seguir adelante. «Adjunto un mechón de pelo; no sé para qué lo querrás, aunque al meditarlo con calma he llegado a la conclusión de que un mechón tuyo me proporcionaría un gran consuelo. Querría que pusieras las condiciones de nuestro trato, pues de otro modo podría dar un paso en falso y ofenderte, lo cual temo más que mantenerme en mi lugar, aunque eso ya lo temo bastante, ¡puesto que mi lugar podría estar demasiado lejos de ti! ¡Oh, despeja estas inquietudes, Susanna! ¡Dime qué puedo pedirte, y qué no!»

Había quedado atrás el tiempo en que un billete salido del corazón estaba consagrado a la privacidad, destinado tan sólo a otro par de ojos, llevado por el alado

Mercurio en persona hasta sus labios. En la época de Alí y Susanna toda carta que tuviera interés era copiada, a menudo por la propia autora^[4] (pues es propio de ese sexo el monopolio de este negocio, o al menos el interés principal), para distribuirse como quisiera o mereciera, o bien guardarse. La insensata dueña a la que Alí confiaba las misivas dirigidas a Susanna, no consideró que estuviera fuera de sus atribuciones abrir la carta, extraer el billete adjunto y copiar su contenido para poder así meditarlo.

Por extraño que pueda parecer —o quizá no—, aunque durante meses, un año más o menos, Alí y Susanna no se hubieran cruzado, no pasaba entonces una semana (no, mejor dicho, un día) en que no se encontraran para estar un rato juntos. No tiene nada que ver con el artificio de un escritor que así sucediera, a pesar de que el rumbo de la historia dependa de ello, sino con la instintiva sabiduría del sexo, que siempre asombrará al Hombre, quien por lo general cree dar con el objeto de sus afectos por mediación del maravilloso Azar. Así se encontraron ambos en los billares, en una espléndida sala presidida por retratos de damas y caballeros ataviados con armadura y seda. La conversación fue de lo más inocente; claro que cuando las tres esferas que impelían con los tacos chocaban entre sí, tal como Newton concibió que harían, los ángulos de la incidencia equivalían a los ángulos de su reflexión, los comentarios hechos por ella, o que él le hacía, sobre el triunfo y el fracaso, todo tenía doble sentido, un sentido cuyo patrimonio les pertenecía. Entretanto, la charla a su alrededor no se centraba en un tema concreto, y retazos de este o aquel comentario llegaban a sus oídos.

—¿No se ha enterado? Buonaparte se ha fugado de Elba, ¡París ha caído!

—¿Cómo? ¿Otra vez? Supongo que debe de ser un suceso anual. Cada verano París cae en manos de alguien. En fin, lamento oír eso, qué puedo decir.

—¡El tercer jugador de la mesa es el problemático! Si pudiéramos librarnos de él, la partida terminaría pronto —dijo Alí a Susanna.

—¿No es propio del juego que él esté ahí?

—Qué más da —respondió Alí—. Me encantaría arrinconarlo para que los otros dos pudieran seguir adelante.

En ese instante levantó la mirada y descubrió horrorizado que el señor Enoch Whitehead, el mismo al que se acababa de referir alegóricamente, se había situado, sin que repararan en ello, apenas a dos metros del lugar donde Alí miraba a Susanna embelesado.

—No oye nada —le dijo ella en voz baja—, o más bien poco. No temas. —Y así las cosas aplicó la tiza al taco con total despreocupación.

Alí, no obstante, muy avergonzado, recordó la última entrevista que había mantenido con su padre, ¡entrevista que había tenido lugar junto a una mesa de billar! Recordó también las palabras que el lord dedicó al señor Whitehead, que era sordo, y que no se enteraría de nada, y que la dama podría hacer lo que le pluguiera, «tal como le gusta hacer a todo el mundo», había dicho. Vergüenza y horror, pero no arrepentimiento, porque el impedimento del señor Whitehead entró a formar parte de

los cálculos de Alí, esos cálculos que el maestro de los aritméticos, hijo de Venus, barrunta constantemente, tal como debe ser si el mundo debe seguir girando. Reanudaron el juego y siguieron hablando en voz baja mientras rodaban las bolas, sin dar más importancia a los obstáculos.

Más colisiones (y penosas desviaciones de rumbo) tuvieron lugar entre esas tres moléculas sociales, hasta que Alí se retiró de la sociedad a la soledad de sus dependencias, dispuesto a leer a los antiguos en busca de sabiduría, severos pensamientos en los que se sumergía hasta que se le cerraban los párpados a medianoche; sin embargo, esto no es un libro de citas sobre lecturas, y nada de lo leído va pues a repetirse aquí. Cierta lóbreaga mañana el correo le entregó una carta, no de Susanna, sino de la señorita Catherine Delaunay. Era, como la propia joven dama, sentida y precisa a la vez. Le recordaba los recientes encuentros de ambos, que en las palabras de ella parecían más cargados de importancia de lo que Alí (cuyos pensamientos recalaban siempre en otro puerto) había pensado. «No soy de esas personas que muestran lo que no sienten», escribía la señorita Delaunay. «He descubierto a mi pesar que no siempre muestro lo que siento, de tal modo que aquellos a quienes más querría abrir mi corazón a menudo se quedan algo desconcertados, lo cual puede apartarlos de mí, cosa que no podría distar más de mi intención. Recuerdo que en nuestra conversación os hablé de ese hombre ideal cuyas cualidades he ponderado desde hace tiempo. Así ha sido, y creo que mi retrato está acabado en todos los aspectos, aunque no pretendía dar a entender que sólo aquel que coincidiera hasta el último detalle con mi ideal pudiera granjearse mi afecto. En fin, querido amigo (tal como espero poder llamarle siempre), no diré más, no sea que diga aquello que no pretendo decir exactamente, ¡defecto al que debo enfrentarme a diario!»

A medida que estos gentiles sentimientos, que en verdad acreditaban a su autora, navegaban bajo la mirada de Alí, así como los muchos cumplidos con que ella concluía, empezaron a dar forma en él a un pensamiento, o a cerrarse sobre sí mismos como un huevo perfecto.

«¿Por qué no iba a casarme?», pensó. «Acabaría de golpe con todos mis problemas. Seré como el barco que arriba a puerto: podré aferrar velas por fin, echar el ancla. Esta dama parece considerarme digno de ella, si es que la he entendido, y quizá esté en lo cierto al pensar así. Y si no lo está, al menos cree estarlo, y si no hago nada por desilusionarla podría seguir pensando tal. Cesarán los sueños que hayan podido acosarme si yazco en una cama con alguien que me ame. No me levantaré dormido. ¡Alguien así, amable, podría hacer de mí una sola persona, y no dos!»

Su ayuda de cámara interrumpió estos pensamientos para anunciar la llegada de un joven caballero que no quería dar su nombre. ¿Deseaba que lo hiciera pasar?

—¿Qué clase de joven caballero? —preguntó Alí.

—Un soldado —respondió el ayuda de cámara—. Un joven oficial^[5], por lo que he podido ver por la casaca que asoma bajo el capote.

Alí hizo un gesto afirmativo al muchacho, con la mente volcada de nuevo en el dilema. «Aun así... Aun así...», pensaba rodeándose con los brazos las piernas cruzadas, y contemplando insatisfecho el fuego. «Aun así...»

Al abrirse de nuevo la puerta, se levantó y se volvió para saludar a... ¡un fantasma! Ante él halló al joven lord Corydon, tal como lo recordaba: vestido de uniforme, el capote cubriéndole la boca, los ojos color zafiro, sonrientes. No era un fantasma, sino de carne y hueso, ¡tanto como podía serlo el propio Alí!

La ilusión se desvaneció al instante. Alí trastabilló y se enderezó apoyándose en el respaldo de la silla. El soldado se deshizo del capote, y Alí vio que no era el muchacho muerto que hubiera revivido, sino su hermana Susanna. Llevaba el cabello corto y rizado, tal como él lo había tenido, y lucía las mismas suaves mejillas de su hermano. Adoptó pose de soldado y dedicó a Alí un saludo militar, con una sonrisa interrogativa y titubeante.

—¿Es su... uniforme? —le preguntó Alí.

—Nunca llegó a ponérselo. Se lo hicieron demasiado estrecho. —Se acercó un paso a él—. ¡Alí! He caminado por la calle, nadie ha vuelto la cabeza para mirarme. Tu ayuda de cámara no me ha tomado más que por lo que parezco ser.

—El hábito hace al monje —dijo Alí. Dicho lo cual, el joven portaestandarte se arrojó en sus brazos, y lo cierto es que él no la rechazó.

En ese instante no era una recatada esposa vestida de seda y con enaguas. Había dejado ese personaje en su tocador, y ahí estaba, encarnando a otra persona, valiente, sincera, con los brazos en jarras después de soltarse, y con una mirada seductora mientras preguntaba «¿Qué te parezco así?», pregunta que aunada a la transformación movió a Alí a la risa.

—¿Tiene usted que reincorporarse pronto a su regimiento, joven señor? —preguntó Alí—. ¿O puede tomarse un tiempo?

—Estoy de permiso —fue la respuesta de Susanna—, y puedo hacer lo que me plazca, como cualquier oficial.

Huelga decir cómo ocuparon su tiempo aquel día, excepto que no lo hicieron como lo hubieran hecho unos soldados. No fumaron cigarros, ni contaron batallitas a voz en cuello, ni sus cuerpos sirvieron de recipiente al ponche del regimiento. No, ninguno de estos placeres. Debo contar que Alí lloró al recordar a su amigo Corydon. Lloró al fin, como la rabia y el horror le habían impedido hacer antes. También Susanna lloró, lo hizo por la pérdida de aquello que allí había sacrificado, pues ¿no podemos derramar amargas lágrimas al despedirnos de nuestro honor, por fríamente que nos las hayamos ingeniado para hacerlo? Cuando ambos hubieron llorado, rieron de nuevo como habían hecho los tres tan a menudo, cuando juntos habían caminado por las verdes praderas y conversado de nada en particular, sólo por el placer de ver sonreír a los otros dos, o de verlos echar la cabeza hacia atrás para reír a mandíbula batiente. Qué fácil y simple es el amor, cuán rápidos de alcanzar y consumir sus placeres. Cuán contada y duradera es la risa de los amantes, ¡el mayor regalo de los

rácanos dioses!

Había caído la noche, y al joven soldado lo echarían en falta de seguir allí. A pesar de ello se consumió otra vela antes de que se pusiera los calzones y se abrochara la casaca roja. Aun así, con su persona ya más allá del umbral, aún extiende los dedos para tocar los suyos, y su mirada es lo último que se separa de él.

De este modo se embarcaron Alí y Susanna en el desafortunado rumbo de esa conducta tan común en la sociedad, y también en las novelas, deriva que, en su forma más perfecta, se caracteriza por ser a un tiempo invisible y patente, pues nadie querría obrar mal, pero todos se decepcionan si averiguan que se los ha dejado al margen del mismo. Para corroborarlo, aquellos que disfrutaban hablando de ello son bien recibidos en todas partes, aunque puedan ser desacreditados *in absentia*. Si no estimara a estos dos, si no deseara para ellos todo cuanto ellos deseaban (hay que decirlo, lo hacían tan ciegamente entonces como ahora), me enfrentaría al relato del particular con cierto *ennui*, y podría incluso rogar que me disculparan si decidía omitir los detalles de cómo, por ejemplo, se creían seguros a pesar de las hablillas que circulaban, o de lo sobradamente conocidas que eran sus idas y venidas. El honorable Peter Piper era en verdad leal a su amigo, y despreciaba la charla envidiosa y desbocada, atribuyendo la relación de Alí con Susanna a la maravillosa amistad que a él lo había unido a lord Corydon, a la necesidad de la señora Whitehead de avivar esa relación que mantenía de algún modo vivo a su hermano, así como a la pasión que compartían por el teatro, etc., etc., todo lo cual ejercía un efecto contrario al pretendido.

La gran cadena llamada los *Lancers* es el baile que más se parece a los amores de la sociedad, pues los mejores hombres y las más audaces mujeres son cedidos al galope de pareja en pareja, para en ocasiones encontrarse finalmente de vuelta en los brazos de sus mareados cónyuges, quienes han estado a su vez bailando en alguna otra parte. En ese baile, decía, es de gran importancia no considerar nada eterno, y estar dispuesto en un instante a separarse del otro y a alejarse dando vueltas sobre sí con una sonrisa. Pero Alí era más bien dado a la fijación, no a la variedad. Consideraba que el rumbo lo marcaba el destino, y que su corazón era uno. Donde otro actor de tan iluminado escenario, al ver lo cerca que andaba el desastre, y cómo el paño de borrar de la sociedad había sido estirado tanto como daba de sí antes de rasgarse, habría pergeñado una bonita carta, para luego marcharse al extranjero un tiempo; o acordado con el objeto de sus atenciones que, después de todo, lo mejor había pasado, y que sólo quedaban las heces, las cuales convenía más arrojar a una zanja y poner fin a la cuestión; o envuelto para su inadecuada amante un obsequio de calculado y conveniente valor, o cualquier otra de entre las opciones posibles, todas ellas como escritas en un libro que todos hemos leído, Alí no pudo. ¡No estaba dispuesto a ello! Por tanto, si el *affaire* no podía abandonarse, todo lo demás debía ser pues abandonado.

—¿Por qué no podemos huir juntos? ¿Qué nos retiene aquí? —pregunta él a Susanna, en un sofá de la biblioteca de una mansión, a la cual ambos han sido

invitados. Permanecen sentados, a solas, para estudiar un álbum lleno de grabados que a duras penas ven, grabados de ciudades que no han visitado—. ¿Qué importa el lugar, siempre y cuando estemos juntos? ¿Qué importa la opinión o lo que los demás puedan pensar? No hay nada que me retenga en esta tierra, nada excepto tú, Susanna, y el trocito de tierra donde él yace enterrado, pero nada más.

Al oír esto Susanna levanta la mirada; lleva la mano con la que volvía las páginas a los labios de él, y detiene sus palabras.

—Alí —le dice—, ¡oh, querido Alí! Piensa en lo que estás diciendo. Quizá sea cierto que nada te retiene aquí, pero yo... Tengo el corazón dividido, pues ¡mi amor debo a más de uno!

—Ni lo menciones —protesta Alí—. ¡Él te obligó a casarte, te compró como a una esclava!

—No me refiero a él —responde Susanna—, sino a mis hijos. A mi hijo y a mi hija. Ellos son la razón de que no pueda marcharme. No puedo.

Largo tiempo observa Alí su rostro, en el que reluce la verdad de forma inconfundible, además de la compasión. Se levanta al cabo, y se vuelve hacia el fuego del hogar.

—No tuve madre —dice—. Nunca tuve esa solicitud, esa constancia. Me han dicho que es lo más valioso del mundo, que aquel que no lo ha conocido vive por siempre herido. Pero no sabría decirte. Creo que esos niños tuyos disfrutarán siempre de tu amor.

—No seas tan frío.

—¡Frío, no! ¡Frío, nunca! —Se vuelve a ella y se arrodilla a sus pies—. Piensa, no obstante, qué debo hacer ahora. No, no, ¡no me cojas la mano! Si no podemos huir juntos, debemos separarnos, Susanna, antes de que te deshonres. Antes de que te arrinconen y, quizá, antes de que pierdas a tus hijos para no obtener nada a cambio. ¿No lo comprendes?

—Tendrías que matarme para que te respondiera. No podría hacerlo.

—No, nada de muertes. Tú, no. Eso no puede ser. No es así. Debes vivir. Debes hacerlo, o todo esto no habrá servido de nada.

Lo dice con convicción, como el hombre que sabe que el barco en cuya maltrecha cubierta se yergue está a punto de hundirse, a pesar de lo cual observa los botes bogar lejos del casco, llevándose consigo todo cuanto le importa en este mundo. Pero ¡basta! El amor tiene sus pretensiones, y son justas, y son grandes, mas no puede reclamarlo todo, no hasta la ruina, tal piensan los sabios; éstos no deben ser confundidos con los tímidos, pues son quienes saben cuán escasa puede ser la felicidad en el transcurso normal de cualquier existencia: cuando lo pedimos todo, todo es lo que estamos a punto de perder.

—Entonces, ¿qué? ¿Qué? —pregunta ella.

—Debo marcharme —responde él—. No puedo vivir en la misma ciudad que tú, no importa cuán grande sea. Debo alejarme, aprender a vivir sin ti.

—¿Adónde irás? No te irás para siempre. ¡Dime que no!

—Eso no importa —dice Alí—. Quizá emprenda un largo viaje. No lo sé. ¡Sólo te pido una cosa, Susanna! ¡Evita aquellos lugares donde por casualidad podamos encontrarnos!

—¿Cómo? ¿Acaso debemos abandonar la amistad, la ternura? No digas eso. No lo permitiré.

—No. No lo haremos, si así lo deseas y yo puedo soportarlo. Tendrás mi amistad, y todo cuando me pertenezca y quieras. ¡Siempre!

Ambos deciden, ambos se hacen promesas solemnes, ambos abjurán. Pero ¿existe una esquila en nuestros más tiernos sentimientos que sea tan afilada como la renuncia? Decimos que debemos separarnos, nos miramos, sentimos a la vez todos los motivos por los cuales no deberíamos hacerlo, a modo de alivio, incluso con nuestra firme decisión ya tomada. Vemos el temido y desértico erial de nuestro futuro, la vida en soledad, pues de ningún modo nadie más... ¡No, no, jamás! Y volvemos a abrazarnos, a consolarnos mutuamente, susurrando que debemos separarnos, ¡y no lo hacemos! Nadie sabría decir cuánto tiempo permanecieron Susanna y Alí así suspendidos en el seno de la ola, temblorosos, titubeantes. Y aún seguirían allí de no haber oído rumor de pasos, el forcejeo de la puerta de la biblioteca. Ambos «se asustaron como si fueran culpables», ¡y fueron separados!

* * *

Qué sucesos acontecen a quien está en calma, a quien se separa de la sociedad, a quien apenas alcanza a vestirse, o a comer (comer muy poco, en este caso), a quien las veladas en compañía, que de vez en cuando le arrancan del sofá, dedica al consumo de las aguas de Leteo en cantidades tales que es como si la noche no hubiera llegado nunca (salvo por el dolor de cabeza, el agua de soda y la resaca a la mañana siguiente, consecuencias cuyo origen resta olvidado). Quizá podría dejarse constancia de tales sucesos, aunque mejor no.

Un día no muy diferente a los demás, Alí tuvo ocasión de ver en la distancia a la señorita Delaunay. Entraba ésta en el coche con tanto recato como quepa desear en tal actividad, ofreciendo por fuerza al transeúnte la reconfortante visión de uno de sus pequeños pies y la delgadez de un tobillo. Alí siguió su camino sumido en hondos pensamientos, si tal podían llamarse, y cuando regresó a sus habitaciones, tomó asiento y escribió una carta a cuyas líneas había dado vueltas toda la tarde.

QUERIDA CATHERINE: No sé con qué derecho me permito dirigirme a usted de esta manera. Si la ofendo, sepa que lo siento muchísimo, y bastará con una sola palabra por su parte para que ponga punto final a mis atenciones. Créame si le digo que hacerla sufrir me causaría un tremendo pesar, mayor

que cualquiera que pueda imaginar. Me arriesgaré, pues, a decirle, mi más querida amiga, que su espíritu y su amabilidad han penetrado de tal modo en mi alma que siento que no puedo abandonarlos a la ligera. Si carecer de ambos haría que mi vida fuera mucho menos soportable, no hablaré de qué supondría la perspectiva de verme privado para siempre de ellos. Por tanto, me siento capaz de presentarle mi petición, que me acepte para usted, para servirla y amarla a pesar de lo torpemente que sea capaz de hacerlo, y de todas mis insuficiencias. Soy consciente de que ni mi pasado ni mis ancestros me hacen merecedor de su mano, si es que esos factores contarán a mi favor; hay otros defectos que no me son propios pero que aún me lo serán menos, si considera usted por un instante siquiera aceptar mi petición...

Llegado a este punto, Alí levantó la pluma del papel como si se mordiera la lengua para no revelar demasiado. Podía enumerar un sinfín de infortunios que rebullían en su mente, toda una lista pormenorizada. Pero no lo hizo. En lugar de ello adelantó el final con la sensación de que había llevado su barca demasiado rápido y demasiado lejos, dispuesto a ganar puerto con el último cumplido y una firma, antes de que el viento cayera del todo. Cuando lo hubo hecho (y la conclusión puede imaginarse fácilmente, pues nada en ella había de peculiar, nada que no se hubiera visto antes), y la carta estuvo doblada y lacrada, la dejó en la mesa y se sentó a mirarla; no la llevó más allá, no la movió en absoluto. A eso de medianoche, cuando el maullido de un gato anunció la hora desde unas caballerizas cercanas, llamando a su amor, Alí se levantó de un salto, echó la carta al fuego y escribió otra para una destinataria distinta:

Me equivoqué al pensar que podría vivir sin ti. No lo haré, si tú me ordenas no hacerlo. Interpretaré que ésa es tu intención si no te reúnes conmigo y me demuestras que no deseas tal. Pero si vuelvo a verte, no me importa el precio. Que tampoco a ti te importe. Decide tú dónde y cuándo, para que ese momento sea sólo nuestro. Mas si optas por no hacerlo, no volverás a verme. ALÍ

Esta misiva, sin saludos ni despedidas, la envió de inmediato a la dama cómplice a cuyos buenos oficios había recurrido antes, una mujer en la que es necesario decir que no pensaba más de lo que podría pensar cualquiera en el cartero que reparte con tanta fiabilidad, y anonimato, el correo del resto del mundo. Se dispuso a esperar, lo que para determinadas naturalezas puede suponer un ejercicio de lo más irritante. Caían los minutos como las gotas de agua de esa tortura china a la que solemos recurrir a la hora de comparar, aunque no creo que ninguno de nosotros la haya sufrido. Yo no, desde luego, aunque suelo imaginarla pensando «Quizá sea como

esperar una carta que puede significar la vida o la muerte mientras se oye el tictac del reloj», claro que tampoco a eso se parece. No hubo respuesta, y cuando hasta la esperanza intuyó que ésta no llegaría, Alí se sintió incapaz de soportar seguir allí encerrado, incapaz de soportar las calles, la ciudad, el tono, el *Monde*, y se detuvo a meditar sobre dónde podría esconderse, para siempre quizá. ¡En un tipi de los pieles rojas, en un *kraal* de los hotentotes! Llegó a sus manos en ese instante, por mediación del mismo Servicio Postal que no le había traído respuesta de Susanna, una carta del teniente Upward, el cirujano militar que en tiempos, en otra tierra, en otro *planeta* — se le antojaba a Alí—, había sido amigo suyo. Por lo visto, el cirujano militar había disfrutado de una suerte excelente en aquellos asuntos mundanos que tan esquivos se mostraban con Alí: se había casado con una buena mujer, fecunda, además, y recomendaba a Alí de todo corazón que contrajera matrimonio, tal como hacen todos los que se sienten felices en esa república, deseosos de expandir sus fronteras hasta abarcar a toda la Humanidad, a la masculina y, también, a la femenina. Su casa, situada en la costa galesa, estaba bendecida con pequeños ejemplares de Upward que cantaban en galés. Deseaba que Alí lo visitara para participar de su felicidad. Alí escribió a vuelta de correo que estaría encantado de visitarlo, así como a todas sus posesiones, y que partiría con tal propósito a la mayor brevedad posible de la ciudad, adonde ignoraba si regresaría, cosa que tan sólo mencionó a ese maltrecho y jadeante órgano que guardaba en su interior, el corazón. En cualquier caso, hizo el solemne juramento, aunque no supo a qué dioses, o poderes, de que permanecería por siempre alejado de cualquier lugar donde pudiera toparse con Susanna Whitehead, o su marido, o sus hijos, o su buey o su asno, o cualquier cosa que le perteneciera, hasta que su corazón hubiera recuperado la fuerza necesaria para afrontar el regreso, y cesara de palpar con estruendo ante el dolor que la sola idea de hacerlo le causaba.

* * *

El cirujano militar dio la bienvenida a aquel que había sido (aunque fugazmente) su camarada de armas, a quien introdujo en el seno de su nueva familia: una esposa regordeta y dos críos igual de rollizos^[6], igual de simpáticos los tres, como tres enormes frutos maduros dispuestos en un plato. Ardía el fuego en el hogar, estaba haciéndose un cuenco de ponche, y reinaba en conjunto una calidez que recordaba al útero. No era Alí insensible a las beldades, a los placeres de esa vida hogareña; al principio se mostró tímido ante las muestras de bienvenida, pero hacia la tarde ya se sentía más a gusto de lo que había estado desde... Desde... Aquí se entrometieron sus recuerdos de Corydon Hall, y se abstrajo del palillo que iba a coger, o de los soldados de plomo que iba a liderar. No obstante, el pequeño de los Upward le sonreiría, y la niña tiraría de su bocamanga, devolviéndole de nuevo al presente.

Durante algo más de una semana mantuvo la promesa hecha. No pensó en Susanna, pero las horas y los días de esa semana demostraron ser factores

considerablemente elásticos y se estiraron hasta convertirse en una eternidad con la demostrada imposibilidad de prohibirse uno mismo pensar en cierto asunto; el propio hecho de prohibirse pensar en lo prohibido no era sino otra manera de pensar en ello. El mar no le ofrecía consuelo, ni consejo sobre lo que debía hacer, a pesar de arrojarse en sus fríos brazos dos veces al día, casi desnudo, para solicitar así su sabiduría. De este modo, pronto llegó la desesperación. Se le antojaba fácil, grato, arrojarse al mar y nadar tan lejos que ya no pudiera volver. Grato hundirse bajo las olas y no pensar más, en Susanna, en el amor. Sin embargo, aquello que lo encomendaba a las profundidades, al olvido, era lo mismo de lo que no podía desprenderse, lo que exigía de él aferrarse a la vida, a la esperanza, común paradoja que no por serlo alivia del aguijón.

En más de una ocasión decidió Alí llevar a cabo su resolución, «tomar las armas» contra su «propia zozobra y ponerle punto final». Largo rato estuvo de pie en las alturas, sobre el agitado oleaje que bañaba las rocas a las que pretendía arrojarse, olas que siempre se recomponían para luego retroceder y volver a besar las rocas con fuerza. ¡Lo contrario que él! A veces empuñaba una pistola, cuya culata aferraba con una mano que se le antojaba la de su único amigo. O pensaba en la larga y afilada cuchilla que en apenas un instante liberaría su sangre de la arteria carótida que latía en la garganta. Pero, y esto a nadie sorprenderá, a nadie que haya conocido los caprichos de la melancolía, llegaba una noche en que Alí casi percibía la posibilidad de cruzar hasta el reino de los desdichados muertos, y de pronto el sueño se apoderaba de él, y al despertar lo hacía en calma, como el mar tras la tormenta. Con extrañeza y algo de vergüenza también descubría entonces que tenía intención de seguir con vida, no de morir, darse un baño y disfrutar del almuerzo.

—Tal como predije, la brisa marina ha hecho por ti lo que la Naturaleza y el Dios de la Naturaleza se propusieron hacer —afirmó con seriedad el cirujano militar, cuyos modales habían adquirido una conveniente pátina de solemnidad con el aumento de sus responsabilidades y la cantidad y las enfermedades de sus pacientes, así como los males que aquejaban a éstos—. Si tienes las mejillas brillantes como las de una muchacha, y la mirada clara como... En fin, como cualquier cosa que sea clara. Una o dos semanas más, y dormirás como un niño, y también comerás como uno.

—Discúlpame —dijo Alí—. El tratamiento que me propones debe interrumpirse. Dejé todos mis asuntos pendientes de un hilo. ¿Serías tan amable de presentar mis respetos a tu querida esposa y tus encantadores hijos? Ah, y tú acepta este obsequio que te hago. Te gustará. Hecha a mano por el propio Joe Manton. ¿Ves la firma en la culata? No, no, nada de eso, quédatala. Prefiero tenerla bien lejos de mí. No veo de qué iba a servirme, ¡y espero que siga siendo así!

Sin embargo, apenas hacía una semana de su vuelta a la ciudad (aún no había decidido qué camino emprender, aun estando convencido de que alguno debía tomar, o más de uno, quizá) cuando una funesta tarde (así la describiría con el tiempo) su

ayuda de cámara anunció que tenía una visita.

—Es una mujer —añadió con cierta desaprobación, como si tales criaturas, al presentarse solas, supusieran un aumento de sus responsabilidades—. Solicita entrevistarse con usted.

—¿La conoces?

—La dama va cubierta con un velo.

Bajo la mirada crítica de su ayuda de cámara, Alí era presa de un mar de dudas. Susanna, ¿acaso no sería mejor despedirla? ¿Acaso no lo había enviado a la muerte, y a la muerte tendría que haberse entregado, de haber tenido más agallas, al no enviarle respuesta a su misiva? ¿Acaso no había jurado, no había jurado por su propia alma, no llevarla de nuevo por el camino de la desgracia? ¡Jamás! ¡Jamás!

—Haz entrar a la dama —dijo, y luego, cuando el condenado ayuda de cámara fingió cierta sordera hasta el punto de acoparse el oído con la peluda manaza, repitió —: ¡Hazla entrar!

Cuando la mujer se situó de pie bajo el dintel de la puerta y levantó el velo que cubría su rostro, Alí no encontró ante él a Susanna, sino a la señorita Catherine Delaunay. Estaba tan pálida como si acabara de atravesar el valle de las sombras, a pesar de lo cual se mantenía erguida, audaz mientras miraba fijamente a Alí.

—Señorita Delaunay... Catherine —dijo él al tiempo que se acercaba a saludarla—. Vaya, ¿cómo está?

—Milord —dijo ella con un tono de gélida calma, un tono que no le era propio, a pesar de que a él no le sorprendió comprobar que formaba parte de sus registros. Sintió en el corazón un miedo peculiar, una lástima extraña al escucharlo—. He venido a informarle de que nuestro último encuentro ha tenido consecuencias.

—¿Consecuencias? —repitió Alí—. ¿Qué consecuencias? ¿A qué último encuentro se refiere usted? ¿No quiere sentarse? ¿Tomará té o una copa de vino? Su visita es inusitada, ¡confío que el asunto que la ha traído aquí no suponga motivo de angustia!

Al oír esta palabra, la dama pareció de pronto acusar un intenso sentimiento, ya fuera cólera, afrenta u horror, no resulta fácil explicarlo, pero por un instante pareció a punto de explotar, como una granada de mano recién arrojada. Entonces, fue terrible verlo, se recompuso y volvió a revestirse de hielo.

—Consecuencias —confirmó—. Si no he hablado con suficiente claridad, tendré que ser si cabe más precisa: *Estoy embarazada*.

Existe, lo cual es cómico comprobar, un atributo particular del hombre que, al escuchar a una mujer decir esto, hace que se sienta instantáneamente solícito y, al tiempo, alarmado más allá de toda razón. Debe hacer que se siente, insistir en ello, esperar a que hable, hablar a su vez con ternura. Cualquiera hombre hará todo eso, excepto en *una* circunstancia, y ésta es cuando sospecha que está a punto de serle atribuida una paternidad que no le pertenece, paternidad que pretende negar. Entonces no hay ser más cruel ni despreciable. Alí percibió que la dama se disponía a

reclamarle algo, una reclamación que no podía provenir de alguien cuya rectitud, sinceridad y probidad estaban, a juicio de él, más allá de toda duda. Sin embargo, no podía admitir que tal reclamación tuviera una base fundada. Por tanto siguió allí de pie, entre la solicitud y la reserva, incapaz de articular palabra.

—No sé de qué me habla —dijo finalmente.

—¿Va a negarlo? —preguntó Catherine, cuya voz se perfiló sutil como la hoja de un cuchillo—. No creo que lo haga. No puede usted ser tan distinto al hombre que conocí.

—Debe disculparme —dijo Alí—. Soy inocente de lo que usted me acusa. No sé nada de eso.

—No se burle de mí —exclamó ella con voz lastimera; toda la fría reserva de su expresión desapareció como una prenda al desvestirse—. ¡No lo haga! Si me rechaza ahora, no sé adónde ir, de hecho no hay ningún otro lugar al que pueda hacerlo, al menos en esta tierra, ¡esta tierra! Le juro que no permaneceré en ella; no por la vergüenza, aunque sería un motivo sobrado, sino porque usted *me rechaza*, ¡eso sería demasiado horrible!

Cayó entonces de rodillas a sus pies, y como un niño se aferró a sus piernas en actitud degradante.

—¡No! ¡No! ¡No haga eso! —exclamó en respuesta Alí, al tiempo que se agachaba para levantarla del suelo.

La encontró tan debilitada que ni siquiera con su ayuda pudo ponerla en pie, de modo que se sentó en la alfombra junto a ella, como dos niños dispuestos a jugar. Alí tomó de la barbilla el rostro cubierto de lágrimas, y con la mirada procuró ahuyentar todo el horror que la acechaba, tan alarmante era verla a ella así, a ella, de quien él pensaba que jamás había llorado, al menos no de esa forma.

—Dígame, ¿qué cree usted que ha pasado? Dígamelo, puesto que es seguro que alguien la ha engañado, y no se preocupe, que haré todo cuanto esté en mi mano por ayudarla y descubrir la verdad. Más no puedo hacer.

—Acudí a usted en respuesta a su llamada —explicó ella al tiempo que sacaba un papelito doblado, papelito que, apenas lo hubo desdoblado, Alí reconoció; a pesar de estar arrugado de tanto manipularlo, y cubierto de lágrimas. Era la carta que había enviado a Susanna, aquella última y desesperada misiva que no obtuvo más respuesta por su parte que aquella que él había interpretado que era *el silencio*.

—«Me equivoqué al pensar que podría vivir sin ti» —leyó Catherine—. «No lo haré, si tú me ordenas no hacerlo.» «Decide tú dónde y cuándo», y demás.

Una oscuridad cubría la mirada de Alí mientras escuchaba aquellas palabras; tuvo la sensación de que una espada lo partía en dos: no lo partía, sino que lo doblaba.

—Dígame que no es su letra —pidió Catherine—. No se atreverá, ¡no lo hará!

—¿Quién le entregó esta carta? ¿Llegó por correo? ¿Quién figuraba como destinatario?

—No me llegó por correo. Me la entregó un mensajero, que insistió en que debía

entregarla en mano. Le ordenaron, dijo, esperar una respuesta.

—No le envié a usted ningún mensajero —aseguró Alí; no lo hizo como quien insiste en su inocencia, o discute los pormenores del caso, sino aturdido por el asombro, como quien no sabe cómo resolver la contradicción en la que se halla sumido, falto de resolución, sin más de la que posee un objeto inerte al ser sometido a una fuerza irresistible—. Y ¿qué respondió?

Ella lo miró como quien mira a un loco.

—¡Usted ya sabe qué respondí! —exclamó—. ¡Ya lo sabe! Que no estaba dispuesta a que le sucediera nada malo, que no podría soportar esa culpa. No recuerdo qué palabras exactas escribí, tan insensatas como las de usted, imagino. Le dije que no sabía dónde podríamos vernos, que nada sabía de tales lugares, salvo de los públicos. A la noche siguiente, me fue entregada otra misiva en la que no figuraba más que el nombre de una calle, el número de una puerta y la hora... Tarde. ¡Oh, que Dios me perdone!

Explicó ella que acudió a la citada casa, acompañada por un único criado de confianza. Fue admitida, y ordenó al sirviente que aguardara su vuelta. Fue conducida a un dormitorio oscuro, corridas las cortinas, sin lámparas ni luces, donde le aguardó, temerosa, esperanzada.

Alí había dejado de hablar, convencido de que no podía interferir ni cuestionar su narración, igual que un espectador en el teatro que mira en un estado de excitación suspendida, apenas respirando, mientras los personajes del drama reviven sus destinos. O como nuestros espíritus inocentes observan, desde su morada en nuestro interior, las fatídicas palabras que pronunciamos y las decisiones que tomamos, palabras y decisiones de las que no habrá vuelta atrás.

Un ser anónimo había entrado en el dormitorio. Ella no supo cómo, o desde dónde; como un hechicero, o un espectro. Se tumbó a su lado. Apenas pronunció su nombre, dijo, pero ella tuvo la certeza de que se trataba de Alí, aunque no sabría decir por qué. Por la seguridad, quizá, con que un perro ciego reconoce a su amo, como un ave desviada por la tormenta conoce el camino de vuelta al nido. ¡Ella sabía que era él! Quería hablarle, recordarle los elevados propósitos de la vida, y del incalculable valor que el Creador y Juez deposita en todas las almas. Su desesperación era una locura temporal, le diría, un sueño del que despertaría, momento en que la razón y la proporción volverían a él. Todo esto, y más, iba a decirle aquella noche, y hablarle de sí misma, como una actriz insegura al pronunciar el texto, del modo en que había llegado allí, de la espera... Pero él cubrió sus labios con los dedos, suavemente, y después unió su boca con la suya, y todo quedó olvidado. No obstante, en tres ocasiones habló. Una para decir *Fide in Sane*^[7]; «Sin ti no soy nada», le dijo también. Y, finalmente, cuando todo hubo terminado, cuando ella se hubo rendido: «Acuérdate de Psique^[8].»

Todo esto le contó a Alí, en frases inconexas, como si él ya lo supiera todo y no necesitara más que un apunte, una palabra capaz de desatar el recuerdo. Pero Alí nada

sabía de todo aquello, y la miró boquiabierto, gorgoteando como una trucha atrapada en la red, hasta que llegó un punto en que ella se apartó de él, pálida, aterrada.

—¡No me mires así! —exclamó—. ¿Qué pretendes? No puedes negarlo. Ojalá hubiera encendido una lámpara a pesar de tus órdenes, para haberte reconocido.

Finalmente se arrojó de nuevo a sus brazos. Le rogó que, después de todo lo que ella le había dado, después de todo lo que él había tomado, no la abandonase, no podía despreciarla. Le dijo que ella lo amaba, y que todo lo sucedido había sucedido por esa sola causa.

—Catherine —dijo él, apartándose de ella tanto como le permitió—. Debes saber que el doctor alemán me examinó, y descubrió que era posible que pudiera sufrir de una condición, tan peculiar como poco frecuente, en virtud de la cual, sumido en el sueño, sin conocimiento (me refiero a mi yo consciente, a ese yo que sabe que está ahora aquí, y que yo soy yo, y que tú estás aquí ante mí) puedo hacer cosas sin saberlo. Quiero decir, que es posible, que puede ser... No sé. Dudo que pueda ser cierto... Aun así, quizá...

Ella no apartó la mirada de él mientras así hablaba, y Alí pensó que era como observar una pálida y débil llama, preguntándonos cuándo se extinguirá, o cuándo arderá con renovadas fuerzas. No sabía si ella se apartaría de él horrorizada, o si se levantaría furiosa o enamorada.

—Es la verdad.

Él no sabía nada. No sabía si la había poseído, y quien no sabe algo así, no sabe nada.

—¡Alí! —dijo ella en un jadeo—. ¡Milord! ¿No me amas? Dime ahora si lo que hiciste lo hiciste por amor, pues ¡por mi parte puedo jurar que así fue!

Tan sólo había un posible rumbo para mi héroe, pues los héroes, por lo general, son aquellos que tan sólo tienen un único camino, y lo toman. Catherine Delaunay creía que él era aquel con quien había yacido en la cama de una habitación oscura, en una casa oscura, en una calle oscura, aquel que la había dejado embarazada. Aquel que había hecho todas esas cosas porque la amaba. Él no lo había hecho o, lo que era más terrible, quizá lo había hecho, pero en sueños, o cegado, pero era sólo él, despierto, quien podía cargar con la responsabilidad. No había nadie más. Y ahora, si la aceptaba, si reconocía lo sucedido aquella noche, lo del niño, o lo que no había hecho, debía ser sólo por amor hacia ella, pues Catherine Delaunay rechazaría cualquier otra opción.

—Pues claro que te amo, Catherine. Te amo, y si no te doy miedo, pues de veras te digo que no sé quién soy, ni lo que hago, si es que he hecho tal cosa, entonces también deseo que tú me ames, por siempre, desde este momento en adelante.

—Entonces ¡me amas!

—Eso he dicho.

Era en verdad todo cuanto podía decir; y, mientras su corazón se conmovía asombrado por la compasión que ella había mostrado hacia él (aunque él no había

sabido nada de eso hasta aquel instante), en respuesta a su llamada de amor y desesperación (grito de auxilio que en realidad él había dirigido a otra persona), y en aparente posesión ahora de aquello que ella tan sólo podía darle una vez, Allí estaba convencido, estaba casi seguro de que, en efecto, la amaba.



De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: <Inovak@metrognome.net.au>

Asunto: Sin sentido

Lee:

Lo conseguimos y no sabemos qué hacer a continuación. Mira qué aspecto tiene:

| | | | |
|-------|-------|-------|-------|
| OBSER | NATAR | ASTAD | QUEEL |
| VAMEJ | DIAMI | OENPI | JOVEN |
| ORNOP | GIAEN | EDRAS | OBSER |
| UESNA | VUELT | PRECI | VAALA |
| DIEPU | OENUN | OSASN | LUZDE |
| EDEOB | AMANT | ADAPR | LALUN |
| SERVA | AESCO | OPIOD | AHAPE |
| RSALV | CESAQ | ELAFA | RMANE |
| OLAIN | UEPOC | CTURA | CIDOI |
| SENSI | ODIFI | DESTA | NALTE |
| BLELU | EREDE | TIERR | RABLE |
| UUNAQ | LAQUE | ANORT | DURAN |
| UESIN | DESDE | EÑATA | TELOS |
| AVANZ | TIEMP | MBIEN | ULTIM |
| ARSUR | OSREM | DOSPI | OSSIE |
| CALAS | OTOSH | STOLA | TEUOC |
| NUBES | ANLUC | SDECA | HOAHI |
| AUNJO | IDOSU | ÑONCO | ESTAE |
| VENLO | SASCE | RTOFI | LANTI |
| RDQUI | NDIEN | RMADA | GUOBA |
| ENDES | TESNO | SPORM | LUART |
| DELOS | SOLOE | ANTON | EQUEE |
| BALUA | SCOCE | SLAFE | NCARA |
| RTESD | SESPA | CHACO | ALNOR |
| ESUHA | RAELC | RRESP | TELUG |
| BITAC | ASOCI | ONDEA | ARDON |
| ULOME | ÑEUNE | NUEST | DESEY |
| DIOEN | SPADI | ROSIG | ERGUE |
| RUINA | NDEHO | LOAUN | ELJOV |
| SMANT | JACUR | QUEAQ | ENBAL |
| IENEU | VAENG | UELLO | UARTE |

Esto es parte de la primera página. Lo que hizo Ada fue copiar todo el manuscrito, traducirlo a números y cifrarlo. Imprimió páginas con líneas

numeradas, cincuenta por página, y luego empezó a rellenarlas con los números cifrados, cuatro grupos de diez por línea, con un punto cada dos para darle un aspecto más matemático. Cada diez números representan cinco letras (dos números por letra, si lo piensas comprenderás por qué). Pero en lugar de escribir de izquierda a derecha de la página, lo hacía por columnas, cada una de arriba abajo, hasta rellenarla toda, y luego empezaba otra. Para leerlo tienes que seguir las columnas, de arriba abajo, y luego pasar a la columna siguiente.

Está cifrado con una matriz Vigenère, lo que significa que tienes que cambiar el alfabeto que usas para sustituirlo. Lo haces según una palabra clave. ¿Sabes qué palabra clave escogió Ada? AMÉRICA. Quería que nosotros lo descifráramos, y nos lo puso lo más fácil que pudo. Lo único que había que hacer era descubrirlo.

Creo que Ada cometió algunos errores en la transcripción (hay tres ues en «luna», por ejemplo), pero Thea dice que no falta texto. Sin embargo, prescindió de la puntuación y ni yo ni Thea sabemos cómo incluirla adecuadamente. En cierto modo no importa, y sé que no importa; lo tenemos, ésa es la cuestión. Pero tengo una pregunta. ¿Te interesaría por casualidad ayudarme a editarlo? ¿Aventurar cuál podría ser la puntuación, al menos, y transcribirlo? ¿Decidir cuándo empiezan y acaban las frases? Serías de gran ayuda para mí.

No tienes que hacerlo. De veras que no, y no te lo digo sólo porque quiera que pienses que no insisto, porque sí insisto, ésa es la verdad. Sé que hay otros que podrían encargarse de ello, y que tendrás otras cosas que hacer. La razón principal es que no debe saberlo mucha gente. Tengo tanto miedo de que esta historia salga a la luz y Georgiana prenda fuego al manuscrito. Dios mío, me gustaría no haber dicho eso. No lo creo, tan sólo lo he dicho. Ahora sé que podría ser verdad.

S

De: <Inovak@metrognome.net.au>

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto: Re:Sin sentido

Prioridad: Normal

Cariño, sí, puedo leerlo, qué extraño es, incluso empecé a espaciarlo. Y estuve sentado largo rato ante él.

Haré lo que pueda con el tiempo de que dispongo, y si resulta que me lleva más de lo que esperaba (las decisiones académicas acerca de puntos y guiones no se toman a la ligera, decía mi padre, a quien conociste cuando tenías un año), sacaré tiempo de las piedras. No puedo decirte las ganas que tengo de leerlo de cabo a rabo, aunque sea bajo ese aspecto de galimatías. ¿Te he contado que la primera vez que vi en la biblioteca universitaria de aquí la recopilación de volúmenes de su correspondencia y diarios (estaba buscando el volumen con la correspondencia suiza) puse la mano en uno de ellos y pensé: «No, no, ése es el último», y de pronto sentí una pena real, palpable? El último. Está muerto, murió, no puedo explicarlo mejor. Sucederá de nuevo, cuando menos lo espere. Los muertos a los que amamos no dejan de morir para nosotros una y otra vez, y él es uno de los que amo.

Lee

De: <Inovak@metrognome.net.au>

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto: Pregunta

No creerías lo rápido que voy. Está emergiendo una historia, una versión de su propia vida, pero disfrazada. Tiene algunas partes ambientadas en lugares salvajes, pero también un montón de escenas en Londres, en el Londres que conocí. Intento no leer el final para ver adónde va, me volvería loco si no avanzara de forma metódica, aunque puedo decirte que lo leo bastante bien a pesar de que las palabras no están separadas. Sabrás que esos espacios son algo reciente: en la escritura antigua no los utilizaban, y no parecían echarlos de menos.

Pero he topado con un problema. Hay algunos números que aparecen en mitad del texto, a menudo la misma secuencia de tres dígitos, en lugares donde parece faltar texto. No tengo acceso a los originales y me pregunto si hay algún modo de que pueda ver dónde están ubicados en el original por si se me ocurre algo. ¿Crees que podrías ponerme en contacto con tu amiga, la que descifró el código?

Lee

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Asunto: FWD:

Thea:

Te reenvío una carta de Lee. Sé que no es fácil, pero ¿podrías trabajar con él en esto? Será un apaño rápido. De verdad que se está portando muy bien.

PS: Por favor, cuando escribas intenta poner algunos puntos y demás. Recuerda que es mayor y que fue profesor de inglés.

Ya tengo fecha de partida. Hablé con Lilith. Un mes. Te quiero. (¿Ves? Una vez que empiezas no puedes dejar de decirlo, o parece que ya no lo sientas. Me recuerda al instituto. Los chicos se preocupaban. Era divertido.)

S

De: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto: el de nuevo

ay pero de acuerdo ademas creo que tengo una idea es obvio
puedo al menos ser fria como el hielo oh vaya hare lo que pueda por
cumplir con mi deber

por cierto sabes que ha tenido como cuatro novias en los últimos 3 años
un seductor eso dicen lo vi en la tele por cable lo que dan en la tele
por cable es REPUGNANTE por que no me lo advertiste

t

De: <lnovak@metrognome.net.au>

Para: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

CC: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto: Pregunta

Querida doctora Spann:

Gracias por su ofrecimiento (enviado por mediación de Smith) de ayudarme a despejar estas pequeñas incógnitas. Envío por fax algunas de las páginas donde se producen, con los oportunos subrayados. La dificultad estriba en el hecho de no poder compararlos con la versión original cifrada, aunque tampoco creo que sacara ninguna conclusión si pudiera hacerlo. ¿Qué le parece?

También querría aprovechar la oportunidad que me brinda la presente para agradecerle que haya podido averiguar qué era esto, así como aplaudir su ingenio a la hora de descifrar el código. Ojalá hubiera algo que pudiera ofrecerle a cambio.

Suyo,

Lee Novak

De: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>
Para: <Inovak@metrognome.net.au>
CC: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>
Asunto: Re:Pregunta

hey

no se que significa pero el cifrado muestra que en ocasiones ada utilizo un numero adicional un numero de 3 digitos que no puede equivaler a una sola letra de modo que el ordenador lo dejo como estaba como un numero pero que le parece esto hablamos de compresion y si ella utilizara abreviaturas para cosas comunes como nombres de personas o frases como no se que frases comunes si ella tuviera una lista por ejemplo que 100 equivaliera a uno de los nombres de los personajes o 556 equivaliera a una frase común como AL DIA SIGUIENTE o ASI LAS COSAS o algo por el estilo habria que interpretarlo a partir del contexto

espero que esto le haya sido de utilidad

no quiero que nadie me de las gracias aunque me alegro de que esto se haya acabado

De: <Inovak@metrognome.net.au>
Para: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>
CC: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>
Asunto: Re:Re:Pregunta

Querida doctora Spann:

¡Eso es! Eso fue lo que hizo. Parecen estar numeradas en orden, y empieza con la primera ocasión en la que decidió comprimirlos. De hecho, así era como funcionaba la estenografía antigua: los libros estaban llenos de fórmulas legales que podían representarse por medio de un solo trazo. Probablemente tenía un libro con todas las abreviaturas. La pista es que la primera vez que utiliza una de ellas la pone al final de la frase que en adelante sustituirá. Debió de ahorrarle un montón de tiempo no tener que escribir «Albania» (101) o «su señoría» (214) o tantas otras.

Vuelvo al trabajo.

Lee

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Asunto:

Oh, Dios mío, pero qué lista eres.

Y ya ves que no te insultó, ni hizo ningún comentario cobista ni nada. Puede que *fuera* mala persona y ya no lo sea.

S

De: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto:

si claro tu piensa lo que quieras pero no lo invitare a mi boda

t

De: <Inovak@metrognome.net.au>

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto: Esto marcha

Tu amiga Thea es muy brillante, aunque puede que un poco parca. ¿Siempre escribe sus emails como si fuera un robot? Es igual, le estoy muy agradecido. Ahora esto marcha.

¿Sabes una cosa? Había dado por sentado, aunque no me arriesgara a decirlo, que probablemente se trataba de una falsificación, bien hecha, entonces o en la actualidad, probablemente en la actualidad, quizá porque la historia de cómo se conservó me parecía inverosímil. Pero ya no lo creo. Me parece que me doy cuenta, impresión que puede deberse a un exceso de orgullo por mi parte, de cuándo oigo su voz, o su *mente*, y en este caso es así. No sé cómo describirlo, de veras. Tiene un punto de vista cómico que cede ante los sentimientos del deseo, la pérdida y el dolor; adscribe sucesos al Destino, sin creer realmente que el Destino sea muy diferente a los terribles e hilarantes embrollos que nacen de la ignorancia y la coincidencia; se burla, pero casi siempre sonrío, y casi nunca odia. *Nil alienum humani*, no creía que nada que el ser humano pudiera hacer o desear le fuera ajeno, aunque era honorable y generoso, y también tú encontrarás todo esto en el documento. Estoy convencido de ello.

El asunto relativo a la puntuación es muy interesante. ¿Debo darle la puntuación que me parece que podría haber tenido? ¿O una más moderna y actualizada? Byron no daba demasiada importancia a la puntuación, y en más de una ocasión pide en la correspondencia dirigida a John Murray que puntúe alguno de sus manuscritos. Todos los impresores de la época eran capaces de puntuar. Imagínate. Ahora casi nadie es capaz de hacerlo.

L

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: <Inovak@metrognome.net.au>

Asunto: Re:Esto marcha

¡No es una falsificación! Me alegra de que estés tan seguro, pero aun así debemos llevar a cabo todas las pruebas, ¿verdad? Sé que ahora puede certificarse si un texto pertenece a un determinado autor por medio del análisis informático del vocabulario.

Haces que parezca tan buena persona. Me pregunto si no te identificarás con él. Me refiero a que, de otro modo, no sé si lo habrías estudiado durante tanto tiempo.

De: <Inovak@metrognome.net.au>

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto: Identificarse

No sé exactamente a qué te refieres con «identificarse». ¿Crees que pienso que era como yo, o que yo soy como él, y que por eso me atrae? Te equivocas. No me parezco mucho a él. Si nos conociéramos, en el Infierno o dondequiera que fuera, no le diría: ¿Sabes?, tú y yo nos parecemos mucho. No, no tenemos gran cosa en común, aunque confieso que me gusta... Es que, por motivos que no podría definir, puedo comprenderlo como persona humana, y en esa comprensión comprenderme a mí mismo como tal. No me sucede lo mismo con Shelley, o con Franklin Roosevelt o Ted Williams, Edgar Rice Burroughs o Robert Flaherty, ni con tanta otra gente que he admirado y me han gustado y que me he esforzado en comprender. Pero con Byron, sí. La humanidad de Byron se me revela abierta, y a través de ella veo la mía propia, como es posible hacer con los mejores amigos, a quienes nunca confundirías contigo («identificarías»), pero cuyas almas permanecen abiertas no a todo el mundo, sino a ti.

Y cuidado con eso del análisis informático de textos. Hace poco certificaron que un par de poemas anónimos pertenecían a Shakespeare, a pesar de que a cualquier lector/conocedor del poeta le hubiera bastado con echarles un vistazo para ver que no eran suyos.

L

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: <Inovak@metrognome.net.au>

Asunto: RE:Identificarse

Lee:

Estaba pensando en ti, sentado ante esas extrañas páginas. Dividamos el trabajo. Dime hasta dónde has llegado y ya veré yo por dónde puedo empezar. Tengo toda la noche y lo único que hago es dormir. Envíame las páginas a medida que las termines, no puedo esperar hasta que las hayas terminado para empezar a leer. Estuve a punto de empezar por mi cuenta hasta que pensé: no lo hagas, tonta; por eso te escribo esta carta. Ni siquiera sé por qué me importa tanto. Pienso en Ada codificándolo todo, ocultándolo. Cifrándolo, quiero decir (así es como Thea me dijo que se decía).

S

De: <Inovak@metrognome.net.au>

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto:

No, no compartiré el trabajo. Lo quiero todo para mí, y no me está costando gran cosa, la verdad. Tu trabajo es diferente al mío: tienes que descubrir qué hizo Ada, y cómo se le ocurrió la idea, y dónde ha estado esto durante todos estos años, y, por cierto, ¿quién es el tipo que te lo vendió y qué ha sido de él? Y aún tienes lo de Strong Women por hacer, ¿no es cierto? No puedes perder el trabajo por esto. Dios santo, ¿sabes qué parezco? Un *padre*. Por lo visto me he dejado llevar un minuto y cuando me he dado cuenta ya había escrito todo eso. Te pido perdón. No tengo ni el derecho ni era mi intención. Por otro lado, es cierto, ¿sabes?, y los buenos consejos...

Al principio intenté trabajarlo como archivo de ordenador, pero al final ha resultado más sencillo hacerlo con lápiz y papel. Así que terminaré con un *manuscrito* o lo que los Victorianos denominaban *copia en limpio*. Es raro. Empiezo a ver cómo encajan las notas de Ada en el texto. El hecho de que salga de esta matriz revuelta ante mis ojos... y de que lo esté haciendo por ti, y también por él y por ella... me hace sentir casi como ella se debió de sentir, sólo que al revés, no sé si sabes a qué me refiero. Bueno, seguro que sí.

Con cariño,

Lee

De: <Inovak@metrognome.net.au>

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto: 100

¡Hurra! Te envío un archivo adjunto. Es el primero y tiene casi 100 páginas de texto que he compuesto y puntuado a ojo. Estoy convencido de que Byron, tal como hacía en su correspondencia, utilizaba mucho el guión, igual que casi todos los escritores de su época: puede que piensen que casaba con su naturaleza impulsiva y espontánea, con esa forma que tiene tan gestual.

En el proceso se perderán algunas cosas. Byron tenía un modo personal de poner algunas palabras en mayúscula que parecía muy aleatorio, aunque cuando leo sus cartas tengo la impresión de saber por qué lo hace cuando lo hace. Por énfasis, o para expresar una especie de rango establecido para cada palabra en su mente. Eso ha desaparecido y no puede recrearse. En tiempos de Byron empezó a abandonarse la práctica de poner en mayúsculas todos los nombres, aunque él no querría que hiciéramos tal cosa.

Lee

Adjunto: [Byron 1.wpd](#)

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: <lnovak@metrognome.net.au>

Asunto: Re: 100

Ya está. He leído lo que enviaste. Gracias. No sabía qué debía esperar, pero no creo que se pareciera a esto exactamente. No he leído toda su poesía (espesa, muy espesa, y nunca decido si lo que me pasa es que me aburre o me cabrea), pero ¿esta novela no debería ser, no sé, más satánica? Creía que encontraría más sexo, para empezar, con todo tipo de gente. ¿No le gustaba Sade? ¿El sexo y la muerte? ¿Dónde está todo eso? No dejo de pensar que puede ser una falsificación sólo porque no se parece en nada a lo que esperaba encontrar.

De: <Inovak@metrognome.net.au>

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto: Satánica

De hecho, no me sorprende. Hay mucha desinformación al respecto. Buena parte de ella se originó en su época, en vida de Byron, quiero decir, y se dobló o triplicó por posteriores malentendidos de aquellos primeros malentendidos (y luego por el telar de Annabella). No existe en la poesía de Byron mucho sexo salvaje, violento o variado. El Juan del *Don Juan* tiene relaciones con cuatro o cinco mujeres en el transcurso de cientos de páginas, y son *ellas quienes lo seducen*. En los relatos orientales (en los que imagino que estarás pensando ahora mismo) el sexo es algo singular, intenso y purificado por el amor, como sucede en la poesía romántica: héroes/amantes decepcionados cometen inenarrables crímenes y llevan vidas de inconfesables pecados, pero nunca olvidan a sus amores verdaderos. *Beppo* y *Juan* son indiferentes al sexo, el adulterio y etc., pero no satánicos ni muy a lo Sade, lo opuesto a compulsivos.

La confusión surge porque, en su época, Byron era visto como algo fuera de lo normal debido a su *irreverencia*. Se burlaba de la religión establecida, se reía del Cielo y de la vida después de la muerte, se mostraba burlón con la figura del rey, prefería el Infierno antes que la servidumbre, etc., etc. De modo que es un burlón, y por aquel entonces una figura muy atractiva, debido a lo cual las mujeres se enamoraban de él continuamente. Y por esa razón creían que debía de estar violando y seduciendo a todas horas.

Luego vino la separación, y todos los rumores que surgieron de ella. Byron fue profundamente infeliz en su matrimonio. Sabía que había cometido un terrible error, y que se había convencido a sí mismo de que amaba o *podía amar* a Annabella, pero descubrió que no, y además la culpaba a ella (creo) de cómo terminó su relación con su hermanastra, aunque en gran medida se casó para poner punto final a aquella relación. De modo que fue cruel y malo con ella, aunque sólo dispongamos de la versión de su esposa de qué cosas dijo él y qué quiso decir con ellas. Encontró un botellín de láudano y una copia de la *Justine* de Sade entre sus cosas, la muy fisgona, y con eso le bastó. Contó a sus abogados y consejeros (tenía muchos) que creía que Byron podía haber perdido el juicio, que si así era se sentía obligada a seguir a su lado y cuidar de él, pero la convencieron (o ella presionó para que la convencieran) de que no estaba loco, y por tanto debía de ser malvado, así que no tenía otro remedio que abandonarlo. Luego vinieron los rumores de incesto, y también las hablillas de su locura. Uno de

los abogados de su esposa, llamado Henry Brougham, extendió el rumor de que el verdadero motivo de la separación era «demasiado horrible para mencionarse», pero ¿a qué se refería con eso? No lo sé, aunque lo cierto es que daba alas a la imaginación de cualquiera.

También hay que tener en cuenta lo que se decía de sus viajes por el extranjero, sobre todo de su estancia en Venecia, donde tuvo un montón de amantes, varias de ellas mujeres casadas, y otras muchas, prostitutas o medio prostitutas. En cierta ocasión las cifró en 200, pero le gustaba exagerar sobre sí mismo, sus fallos, sus éxitos y sus excesos. Creo (es una observación personal, es decir, una observación mía y de mi propia experiencia del prójimo) que los hombres pasan por su período más intenso de deseo sexual poco después de cumplir los treinta, edad que Byron tenía por aquel entonces. Pero recuerda que en seguida se enamoró y se convirtió en un *cavaliere servente*, y fue, en apariencia, hogareño y leal durante el resto de su vida, excepto por un último muchacho griego que nunca le correspondió.

No lo considero un seductor ni por supuesto un violador, sino más bien un objeto de seducción. Piensa en Paul McCartney y John Lennon, seguro que practicaron el sexo como conejos cuando eran jóvenes, y por la misma razón que Byron, pero no se los considera un par de sátiros. Simplemente había un montón de chicas a su alrededor que los deseaban. Y mujeres mayores. Era algo así. O incluso Elvis, un objeto pasivo de adoración. A Elvis le gustaban sus compañeros, y también le gustaban las chicas, aunque según parece sólo para hacerles mimitos y eso. Tengo aquí mismo una antología en cartoné de la poesía de Byron que encontré en un quiosco del aeropuerto (resulta extraño encontrar algo así en los aeropuertos), y la introducción, escrita por un poeta llamado Tom Disch, sugiere que, en sus historias de corte oriental, en sus primeros éxitos y en lo que sentían mujeres (y hombres) hacia él, se parecía a Rodolfo Valentino. Me parece una apreciación muy acertada. La gran habilidad de Valentino consistía en el modo en que sugería estar *abrumado por los sentimientos*, sobre todo por los sentimientos eróticos, y en cómo eso podía hacerle comportarse mal, aunque al final las mujeres eran arrolladas por esos sentimientos que supuestamente provocaban en él, pese a lo cual seguían tan contentos. Algo por el estilo.

Podría ser (en realidad, daba por sentado que el ordenador me prohibiera seguir adelante, pero por lo visto tiene paciencia, aunque no sé si podrá decirse lo mismo de la lectora) que Byron fuera uno de esos hombres que parecen asociar al sexo toda la necesidad que sienten de confort y autoafirmación física. Sucede a menudo, especialmente a quienes crecen sin una madre, y también quizá a aquellos para los que la madre es una

presencia constante. No sé. Es como si todo el deleite que obtenemos del contacto, de los abrazos y de las caricias, el gozo tanto de los niños como de los padres, fuera a parar al sexo. Creo que cuando sucede tal cosa, la persona (generalizo o relativizo) se convierte en un amante generoso, incapaz de hacer daño, constante y atento. Quizá tal persona pueda a veces escoger algunas parejas extrañas, ya sea hombre o mujer (no sé, supongo que lo mismo puede aplicarse también a las mujeres, ¿no crees?), y caer a su vez en las redes de cualquiera que ame de forma diferente.

Nunca había hablado de esto con nadie. De hecho, ni siquiera lo había hecho conmigo mismo. Espero que sigas leyendo. De veras que sí. Me gustaría seguir hablando contigo, y saber de ti.

Pronto recibirás más cosas, cosas importantes, o al menos más concretas.

Lee

De: <Inovak@metrognome.net.au>

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto: Un par de notas más relativas al sexo (disculpa).

Al menos hubo un escritor que mencionó hace poco que, a pesar de todo el escándalo, los planes para huir juntos, los disfraces de paje, etc., etc., podría ser que Byron y Caroline Lamb nunca lo hubieran «consumado», tal como lo decían ellos. Por lo visto a ella no le gustaba mucho el sexo. Decía que su marido la había brutalizado hasta hacer que no sintiera placer. Me pregunto si sería homosexual, a pesar de lo de B. En fin, ni yo ni nadie tenemos una respuesta definitiva para esa pregunta.

Y Augusta, la hermanastra. Lo que más le gustaba a Byron de Augusta era que con ella podía volver a la infancia. Se reían mucho juntos y hablaban y bromeaban de un modo tan particular que lady B. quedaba al margen. Eran como un par de amigotes. ¿Sabes?, creo que Byron compartía con sus contemporáneos todos los prejuicios relativos a las mujeres, y que murió demasiado joven para descubrir que en realidad nunca había creído en ellos.

Lee

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: <Inovak@metrognome.net.au>

Asunto:

¿Quieres decir que Augusta y él nunca hicieron nada? ¿Que nunca se acostaron? Eso no es lo que he leído.

S

De: <Inovak@metrognome.net.au>

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto:

No. Se acostaron, aunque probablemente lady Byron se equivocó al pensar que lo habían hecho tantas veces. Creo que Augusta se negó a hacerlo justo antes de casarse él. Lady B. creía que uno de los hijos de Augusta era de Byron, lo cual no es muy probable, sino que obedece más bien a la fascinación que el pecado ejercía sobre lady B. También Ada lo creía, convencida o, al menos, de acuerdo con su madre. La niña en cuestión, Medora Leigh, acabó medio adoptada por lady Byron cuando se fue de casa de su madre, y los intentos de lady B. de utilizarla como prueba contra Byron y Augusta estuvieron a la altura de los feroces intentos de Medora por sacarle dinero a lady B. Una mujer muy poco recomendable, la tal Medora.

Era imposible en esa época no considerar un gran pecado lo que habían hecho Augusta y Byron, sobre todo un pecado de él. En nuestros tiempos, por supuesto, es imposible no considerarlo un delito, o un abuso. Augusta, ya bajo la tutela posterior de lady B., llegó a considerarlo también como un imperdonable pecado, pecado que ella había cometido, aunque nunca coincidió con la convicción de lady B. de que al incurrir en semejantes actos degradantes había destruido de forma deliberada el matrimonio de Byron, lo que se antoja como una teoría insostenible. Creo que Byron consideraba que había cometido un pecado, pero no que hubiera hecho mal alguno, lo que le hacía desafiar el poder que lo tachaba de pecado. ¿Cómo podía tratarse realmente de un pecado si no había hecho mal a nadie? Creo que, y quiero que sepas que lo digo plenamente consciente de lo inaceptable que resulta ahora, sobre todo viniendo de mí, que probablemente no fuera un pecado o un delito, a pesar de las desafortunadas consecuencias que tuvo para todos los implicados.

Lee

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: <Inovak@metrognome.net.au>

Asunto: Mi nombre

¿Me dijiste no hace mucho que antes de nacer querías ponerme de nombre Haidée? ¿Por la hija del pirata del *Don Juan*? Buf. Estaba hojeando el *Don Juan* (es el poema que consideras su mejor obra, ¿verdad?). El caso es que puede que hayas olvidado que en él Haidée muere a manos de su padre, cuando éste descubre que ella se ha casado con Don Juan. ¿O acaso no te importaba?

S

De: <Inovak@metrognome.net.au>

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto: Re:Mi nombre

Cariño:

Vuelve a leerlo. Has entendido mal lo que sucede al final de ese canto. Haidée muere, pero no porque la asesine su padre. Muere por lo que solía llamarse el estallido de un vaso sanguíneo, sufrido al ver que los secuaces de su padre hieren (que no matan, por supuesto) a Juan. Haidée (a pesar de ser una chica, y me refiero a cómo las concebían los hombres ingleses de 1820) es alguien por quien Byron sentía un gran afecto. Siempre me conmueve su muerte, y sobre todo la muerte de su hijo nonato: *encerrado sin luz su pequeño ser*. Los autores pueden llegar a lamentar mucho la desaparición de aquellos personajes que el argumento o la historia dictan que deben desaparecer. Byron así lo expresó en más de una ocasión, incluso lo hace en este libro nuestro. Ya lo verás.

Pero no te llevaré la contraria. Supón que diga que fue un poco descuidado e insensible por mi parte ponerte el nombre de alguien que muere prematuramente y en circunstancias extremas. (Claro que hay un montón de nombres de santos que quedarían descartados por la misma razón.) Entonces era mucho más joven, no mucho mayor que tú ahora.

L

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: <Inovak@metrognome.net.au>

Asunto: Re:Re:Mi nombre

¿En qué quedamos? ¿Lo supones o lo estás diciendo?

Es igual.

Pero tienes razón, me equivoqué respecto a Haidée. Supongo que no lo leí muy atentamente. A veces me desconcierta, como si me viera encerrada en un vestuario con un tipo, que no es mal tipo, pero que no por ello deja de ser un tipo. Admito que me quedé hasta muy tarde para ver qué sucedía. Esto me gustó:

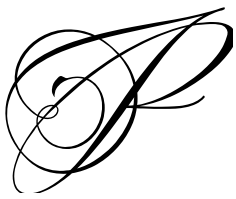
*Mas las palabras son cosas, diminuto borrón de tinta,
Caen como rocío, sobre el pensamiento, resultan
En aquello que millares, millones, quizá, piensan;
Qué extraño es que la carta más breve,
En lugar del habla, pueda resultar inconmovible vinculo
Que dura una eternidad; a qué estrecheces reduce el Tiempo
Al hombre frágil, cuando un papel, incluso un jirón como éste,
Le sobreviven a él, a su tumba y a todo cuanto de él fue.*

Smith



ONCE

En el que se recorre un camino del que no hay retorno



Podríamos pensar que media un inmenso abismo entre la comedia y la tragedia, mas no es sino la *conclusión* lo que los diferencia, pues ¿no podría Otello haber sospechado antes de los tejemanejes e imposturas del loco Yago, para tenderle así una trampa, igual que Malvolio se ve atrapado en *Noche de Reyes*, para acabar todo en risa y la frustración del villano? De igual modo, sin las maquinaciones del duque, *Medida por medida* debería tener un final tan terrible como el de *Romeo y Julieta*. El fraile de esa obra es un hombre dado a cómicos descubrimientos relacionados con cartas ¡y a adormecedores bebedizos que también podrían haber resultado! Mas el Bardo, por dudas que tenga al respecto, finalmente decide si tragedia o comedia, y de ahí en adelante se obliga a declamar y meditar tristemente, o a reír y mostrarse ingenioso. Imaginemos pues que viviéramos en una Obra teatral, una repleta de ingenios tales como los suyos, trucos de alcoba, contradicciones, padres tiránicos y amantes intercambiados, ¿creeríamos estar participando en tal caso en una tragedia o en una comedia? ¿Deberíamos burlarnos, hacer juegos de palabras, y creer que el amor es capaz de vencerlo todo, por difícil que sea el camino que deba atravesar? ¿O hablamos mejor de los «golpes y heridas de la atroz Fortuna», y pensamos en nosotros mismos como «moscas para niños juguetones»?

Hasta el momento, en lo que a los destinos de Alí, de Catherine y del niño que está al caer concierne, no sabemos qué deberíamos pensar, porque el autor aún no se ha decidido. Se acaricia el labio con el extremo de la pluma, y contempla el tórrido paisaje que se extiende más allá de la ventana. El termómetro marca veintisiete grados Celsius, está considerando tomar un brandy, o puede que una *limonata*, o encender un cigarro; y si se ve incapaz de decidirse entre éstos, ¿cómo va a decidir si la suya es una Comedia de los Errores, o una Tragedia de la Fatalidad, o el principio de una con el final de la otra?

La boda que, lo más pronto posible, iba a unir a ambos jóvenes no estaba llamada a ser un gran evento público, sino más bien un acto con sólo los elementos imprescindibles para el desarrollo de la ceremonia: uno o dos parientes por un lado,

más serios que alegres, y por la otra, la del huérfano Alí, el Honorable Peter Piper como padrino, encargado de tenderle el anillo y respaldarlo si lo necesitaba. Se había obtenido una licencia especial, con la ayuda de un obispo de acuerdo con un abogado (el señor Wigmore Bland), para que la ceremonia tuviera lugar en una casa que era adecuada por lo lejos que estaba de la ciudad, una casa propiedad de los Delaunay, un lugar sombrío y gris^[1] situado en la costa rocosa, golpeada sin cesar por las frías olas del mar. No obstante, la prensa londinense se enteró de los particulares, el vestido de la novia, la fortuna del novio, y en seguida informó de ello con gran detalle. Por su parte, Alí acusaba aquella mañana la inquietud propia de aquel que se dispone a convertirse en marido, aunque con algunas peculiaridades adicionales poco comunes.

—Pareces haber perdido a tu mejor amigo —dijo el Honorable al ver entrar a Alí vestido con el chaqué azul—, en lugar de haber conquistado a la mujer de tus sueños.

—Me gustaría que pudiéramos casarnos en un abrir y cerrar de ojos —susurró Alí—, como la gente se *electrifica*^[2] cuando se aferran de las manos formando una cadena. Mucho me temo que no podré convertirme en otra persona.

—Apuesta por ello —aseguró el Honorable mientras ayudaba al nervioso Alí a ponerse los guantes blancos—, la dama será el agente de la necesaria transformación; he visto obrar ese milagro un millar de veces.

—Muy seguro estás, para no haber dado el paso personalmente.

—Ya, bueno, puede que para mí no haya esperanza, pero he podido observarlo en los matrimonios ajenos, igual que el predicador metodista advierte a quienes le escuchan, al percibir un alborozo profano entre ellos: «*No encontraréis consuelo en la risa*». ¿Vamos?

Y con los votos y los anillos concluyen las pantomimas, y los amantes regresan a su propia piel, y se resuelven las confusiones de Venus, a pesar de lo cual sabemos de sobra que en la vida no hay final, sólo otra transformación, más pruebas a superar para todos. Al anochecer, después de firmar en el libro y disfrutar de la cena, la novia y el novio partieron en el carruaje de Alí para pasar un mes a solas. La nieve cubría el camino, y las plumizas nubes colgaban a tan escasa distancia que diríase que podían alcanzarlas con las yemas de los dedos. El silencio, en ese día invernal, también se hizo en el coche y entre la pareja, y no sólo porque la novia, por guardar las formas (o eso le pareció a su esposo), había ordenado a la doncella que los acompañara en el coche, en lugar de hacerlo en el pescante. ¿En qué pensaban, ellos que se habían casado en tales circunstancias? ¿Acaso no es preferible el silencio, cuando todos los pensamientos que tenemos pertenecen al terreno de lo que pudo ser y no fue, de lo que nos condujo allí donde no quisimos llegar? Aun así, sin importar dónde empezaran, ahora todo se extiende ante ellos, como lo hará cada mañana hasta la última, y (así pensaban ambos, aun sin hacer partícipe al otro de ello) podían hacerse felices, muy felices, tanto como si jamás se hubieran casado.

—Si nos hemos equivocado —dijo finalmente Alí, con un tono destinado a arrancar a su esposa una risa desenfadada—, espero que no me odies. ¡Yo te prometo

que no lo haré!

—Te amaré con todo mi corazón —dijo ella con una certeza que a cualquier esposo le hubiera confortado escuchar, pero que, en el caso de Alí, sólo consiguió que éste se refugiara de nuevo en el silencio, pues sólo podía pensar en lo dividido que tenía el corazón, que, por ello, no podía entregar por completo, sin saber si era él o era ella la causa.

No tardaron en llegar a la propiedad de los Delaunay, donde habían de comenzar su vida en común. Los leales criados los recibieron con sonrisas, y habían calentado el lugar tanto como podía estarlo, además de disponer el dormitorio para la pareja, y preparado la comida. Lo cierto es que Alí y Catherine se inquietaron un poco, como si aquella alegría los dejara sin saber qué hacer. Alí le susurró a Catherine que se preguntaba si les traerían coronas de papel y cantarían una canción en su honor, comentario que a ella la hizo reír como no lo había hecho en todo el tiempo que habían pasado juntos. No obstante, cuando la casa quedó en silencio y se hizo inevitable retirarse al dormitorio, no pudieron evitar rendirse de nuevo al silencio, pues se veían como extraños, tanto como puedan serlo dos seres embutidos en piel humana, por mucho que consideren que se conocen entre sí con todo lo que esa palabra, «conocerse», pueda implicar; y de hecho ellos no se conocían, y lo sabían. Obviamente, surgió la duda de si debían compartir cama, estando la novia en la condición anteriormente descrita, y habiendo aprendido ésta gracias a los consejos de amistades femeninas más experimentadas que en tan *delicada* situación debía guardarse para no ponerse en peligro. Finalmente, como dos niños temerosos de la oscuridad, se acostaron entre las cortinas carmesí^[3] del lecho denominado *suyo*, bien arropados, y... Y aquí debo dejar caer el telón.

A medianoche, al despertarse sin saber por qué, Catherine se encuentra sola en la cama. Alguien ha atizado el fuego de la habitación, y Catherine distingue a través del dosel una sombra que se recorta contra él, una sombra que se vuelve más y más grande a medida que se acerca. Entonces alguien aparta con fuerza la cortina y ella ahoga un grito de horror. Tiene ante sí a su esposo, con el camisón puesto, mirándola como con rabia pero sin ver, ¡y en su mano empuña una pistola!

—Milord, pero ¿qué hacéis? —preguntó, pues no se le ocurrió qué más podía decir.

Él, como si no hubiera reparado en su presencia, se sobresaltó y la observó sorprendido, y ella supo que lo había arrancado del sueño en ese momento, y un escalofrío de pavor le erizó el cabello.

—Había oído un ruido —respondió él—. No sabía qué... Me levanté...

—¿Me reconoces?

—¡Catherine! ¿Por qué no iba a reconocerte?

—Te lo ruego. Piensa que estoy embarazada de tu hijo. No hagas nada que sobresalte este corazón, pues a consecuencia de ello dos corazones son los que sufren, quizá de forma irrevocable. Te ruego que tengas un poco de amabilidad, ¡si no por

mí, por tu hijo!

—Cálmate. Cálmate —pidió él al tiempo que desamartillaba y se deshacía de la pistola—. Mira, no hay peligro, ¿ves? Puede que fuera estúpido por mi parte creer lo contrario. No sé qué sería ese ruido.

—Ven a la cama. Es muy tarde.

—Sí.

—Reza conmigo. Nos tranquilizará a ambos.

Y eso fue lo que hizo Alí. Al menos, prestó atención a las plegarias de ella. A pesar de eso, cuando de nuevo estuvo cubierto por sábanas y mantas, calado el gorro de dormir y la mejilla contra la almohada, no pudo cerrar los ojos. Estaba asombrado. En verdad no había oído ruido alguno, no sabía por qué se había levantado de la cama y se había armado, sólo que se debía a razones pertenecientes a otro reino, donde se había ocupado de otros asuntos, todo lo cual había olvidado por completo: reino, asuntos, a sí mismo, a todo y a todos; todo ello se había deslizado como agua entre los dedos, y al despertar no había sabido qué responder a su esposa, excepto que había oído un ruido, ¡cuando en realidad nada había oído!

* * *

Tan pronto como concluyó su *luna de melaza* y el lord y su dama hubieron regresado a Londres, recibieron en su nueva residencia la visita del abogado Wigmore Bland. Tan sonriente como de costumbre, tan satisfecho de sí mismo y del mundo que se extendía ante él, les llevó las nuevas de que, si bien las perspectivas de éxito de Alí seguían siendo igual de prósperas (lo cual suponía que las perspectivas del propio abogado también lo eran), en lo que a recuperar la abadía concernía, por lo visto, hacían falta meses y años para que se firmaran y aprobaran los documentos pertinentes.

—No sé cómo habrá sucedido tal cosa —aseguró el señor Bland, cuyo rostro pareció ensombrecerse un tanto, como cuando las nubes ocultan un instante la luz del sol—. El caso es que se ha presentado un recurso ante el Tribunal, en el que se pone en duda que seáis la única persona con derecho a heredar las tierras y propiedades relacionadas con el título. Aseguran que hay otros herederos vivos, y que se entregarán las correspondientes pruebas a su debido tiempo. El juzgado no puede hacer caso omiso de dicho recurso, por insustancial que parezca en este momento.

—¿Cómo? —exclamó su cliente—. ¿A qué otros herederos se refiere? ¿Quién ha presentado ese recurso, tal como lo llama usted?

—Han sido enviados por un tal John Factotum, cuya dirección se desconoce, en nombre de...

—¿En nombre de quién?

—De lord Sane. ¡Joven señor! Creedme, pretenda los fraudes o abusos que pretenda ese tipo, no se saldrá con la suya. ¡Los solucionaremos uno a uno y

quedarán en nada!

Alí le rogó que le dijera de qué iba a vivir hasta que llegara ese momento, cómo iba a cuidar de su esposa e hijo, y cómo iba a mantener a raya a los acreedores. El señor Bland declaró que podía vivir bastante tiempo del aire, aunque no para siempre (admitió), y que la cosa estaría reñida entre el caso de Alí en la cancillería y la impaciencia de los acreedores.

Los acreedores de Alí habían solicitado ayuda legal, pero no del tipo generoso y optimista encarnado por el señor Bland, sino más bien, tal como pronto descubriría Alí, de una manada de malvados gusanos sedientos de sangre, ¡colmillos, de garras de acero y corazón de piedra! No pasó mucho tiempo hasta que éstos se concretaron en un administrador dispuesto a hacerse con las posesiones del joven esposo, y que le impidió deshacerse de ellas o de cualquier cosa sobre la que la manada pudiera clavar sus garras. Clavó en la puerta de Alí el aviso de su derecho a hacerse con la casa y, como un duende alemán, a hacer cuanto le viniera en gana; entró por la puerta, a pesar de los esfuerzos del ayuda de cámara y el cocinero para impedirselo, tomó asiento en el recibidor y colocó el bastón sobre el regazo, separando los pies. Tampoco consideró conveniente quitarse el sombrero, que lucía ladeado, insolente como su sonrisa torcida. Bastaba con verlo para enloquecer a Alí, que se veía obligado a pasar junto a él cada vez que salía o entraba en la casa. Verlo y olerlo allí, el Minos de su vida futura. Sin embargo, no era ese hombre lo que más temía Alí. Él temía a uno que sólo aparecía en su interior, ¡y al que no sabía cómo enfrentarse!

—¿Te he ofendido en algo? —preguntó su esposa, al verlo al límite de la rabia después de un negro día de silencio—. Si es así, dímelo.

—¿Ofenderme, tú? —respondió Alí, encendido—. Vaya, ¿tan convencida estás de que tu ofensa bastaría para reducir a un hombre al silencio? Ya sabes qué carga debo sobrellevar. ¿No lo ves, no lo sientes? ¿No me ves esforzándome por levantarla y sostenerla con todas mis fuerzas? Permíteme al menos acusar, mediante mis acciones, de vez en cuando, parte del esfuerzo que supone. Permíteme ser áspero, desagradable incluso. No es que me guste, ni lo quiera. Ten paciencia.

—Haré todo lo que pueda —dijo ella con gran tiento—, para ser lo que tú desees que sea.

Tal respuesta, semejante cálculo, surtía en Alí el efecto de esos compuestos químicos que vemos, un ácido y un álcali^[4], de aspecto inofensivo y corriente, que, al combinarse, empiezan de inmediato a espumear, a oler mal y a rebosar el recipiente. Nada pudo decir, no pudo regañarla por su paciencia y su buena voluntad, mas se sintió afrontado, empequeñecido, en resumen, desesperado, incapaz de poner un nombre a su desesperación^[5]. A diario, con el reproche tácito pero implacable de su esposa, formulado mediante suaves reconvenciones, con el administrador sentado a la puerta como pétrea estatua, mas con un ojo al que nada se le escapaba, su propia sensación de estar completamente equivocado, pero incapaz de actuar de otra manera, Alí se sentía atrapado entre el Fuego y el Hielo, incapaz de decidir qué haría a

continuación. Era una sensación tan horrible para su alma que, tras dedicar una mirada de horror y rabia a Catherine (mirada que podía ver reflejada, con una especie de compasión, en el rostro de su esposa), no podía sino pasar de largo junto al estólido administrador y salir por la puerta.

En aquella desdichada casa permanecía Catherine todo el tiempo. Finalmente, lady Sane tuvo una niña, ayudada por ancianas y experimentadas mujeres pertenecientes a su familia (tres en total, como debe ser), que, por lo visto, se reunían en similares ocasiones para pronunciar el destino del niño y cortar el cordón que lo había mantenido unido a la madre, hasta el momento de verse arrojado «a este duro mundo donde tomar aire con dolor», tal como hizo ese bebé en concreto, con un grito inicial que pudo oírse abajo, en las cocinas, y en la sala donde Alí caminaba de un lado a otro, como hacían todos los aspirantes a padre. Sin embargo, él no era un padre cualquiera, y sus sentimientos aquella noche, o aquella mañana (pues cuando recibió la noticia se habían fundido las últimas estrellas y podía oírse el familiar ruido de los carruajes al rodar por las calles, así como los gritos de los madrugadores vendedores ambulantes), libran una guerra en su interior. Subió y se detuvo en la puerta de la habitación donde yacía su esposa. Era incapaz de entrar. Desde el umbral observaba aquella extraña maravilla de bebé que ella acunaba en sus brazos, tan infinitesimal, una molécula, un átomo de vida, el bebé al que no podía considerar suyo^[6], y al que, sin embargo, tampoco podía rechazar o desdeñar.

—¿Está... sano? —preguntó sin cruzar el umbral.

—Alí —dijo Catherine. Parecía haberse deshinchado, y estar agotada, como si Dios hubiera tomado su carne y su sangre para hacer al bebé, lo cual en verdad había hecho; por un instante sintió una gran compasión, o amor, sentimiento que lo cogió por sorpresa, de modo que siguió allí de pie, incapaz de dar un paso—. Alí —susurró de nuevo Catherine—. ¿No vas a entrar? —Y, entonces, entró.

Escogieron el nombre de Una. Alí temía que no tuviera a nadie más que a sí misma, que estaría sola. Era fuerte, y gorda, y lloraba con fuerza, como si tuviera buenos motivos para ello, quizá porque su casa estaba patas arriba, aunque no lo supiera, quizá porque entre sus padres había surgido un abismo que pronto sería imposible de superar.

Cierta noche, al abandonar la casa para buscar distracción en lugares donde es sabido que ésta reina, con la disipación a la derecha y el olvido a la izquierda, fue del teatro al club, de los dados a los naipes, buscando librarse del pensamiento, formando parte de una multitud enfervorecida entre la que era más observador que participante.

—Camarero —oyó pronunciar en un grito débilmente exquisito, procedente de la mesa donde se celebraban las cenas—, tráigame un madeira con especias, y jalea; ah, y pase un trapo por mi plato.

Ante lo cual, un tipo algo bruto, sentado a la misma mesa, voceó al mismo camarero:

—¡Camarero! ¡Tráigame una jarra de grog del fuerte, y pase un ladrillo por mi

culo!

Una mujer furiosa se levantó al otro extremo de la mesa, y se volvió hecha un basilisco hacia el tipo que la había ofendido.

—¡No se atrevería usted a decir tal cosa si yo fuera un hombre! ¡Pues sepa que soy de las que no temen ponerse unos calzones y exigirle una satisfacción!

—Si lo hace —respondió el tipo—, ¡yo me quitaré los míos y procuraré satisfacerla!

Al pasar del salón-comedor a otros recintos donde podía uno procurarse otros placeres, Alí se acercó a un grupo de caballeros que estudiaban atentamente un papel; al verlo acercarse, lo miraron culpables y ocultaron el objeto de su estudio.

—Vaya, ¿qué tienen ustedes ahí? —preguntó él sonriente sin mayores preámbulos—. Diría que tiene algo que ver conmigo.

—Así es, milord —respondió uno de ellos, un tipo que a menudo hacía las veces de banquero en el juego—. Poseo *algo* que en verdad por derecho no me corresponde. Debo decirle que reconozco la letra, y que estoy convencido de que no es la de su señoría, pero sin embargo es de *él*.

—No sé a qué se refiere —dijo Alí, que ya no sonreía—. ¿De qué me está hablando? ¿Qué tiene que ver conmigo?

—En verdad le diré que no vi al caballero responsable —dijo el banquero—. Un amigo, mejor dicho, un conocido, al percibir de un jugador un pagaré por las pérdidas sufridas, y necesitar dinero contante y sonante, me vendió el mismo con cierto descuento. Y aquí está.

El papel que le mostró declaraba que el portador debía percibir del banco de Lombard Street cierta suma de dinero, y estaba firmado con gruesos trazos por *SANE*; luego habían doblado y lacrado el documento. En el sello quebrado, extendido como una gota de sangre, Alí vio estampado *el sello del anillo de su padre*, la Σ , el mismo signo que tiempo ha, en las colinas de Albania, había sido tatuado en su propia piel para marcarlo como hijo de su padre.

—Es suyo —confirmó Alí, quien dejó caer el documento en la mesa como si fuera una misiva del más allá, donde, si los sermones de rigor no yerran, su padre moraba en incómodas circunstancias.

—Pero observe la fecha. Hace apenas unos días que el pagaré fue extendido —aseguró el banquero con voz ronca, sin hacer ademán de recoger el papel.

—Yo le conocía —intervino otro de los presentes, cuyas mejillas rojas daban fe de que había bebido—. No era impropio de él resolver una deuda de esta guisa, en cualquier trozo de papel.

—Está muerto —dijo Alí en un tono que no admitía objeción.

—Pues en tal caso ha vuelto a las andadas, a pesar de su estado —dijo el tipo—. Sigue jugando, y sigue perdiendo.

—Y ¿en qué gastarás el dinero de un fantasma? —preguntó otro de los acompañantes del banquero—. ¿En una chuleta de cordero que lleve tiempo muerto,

o, quizá, en el espectro de una furcia? ¿O en licores *espiritosos*?

—Ah —dijo el de las mejillas sonrosadas—, eso si hay dinero que gastar.

—Precisamente. Ésa es la prueba definitiva de que él tiene algo que ver —dijo el banquero, cuya expresión se tiñó de un extraño miedo—. ¡Ya que hoy mismo *el banco ha rechazado el pagaré!* ¿Qué les parece? ¿Es propio de él?

Alí sacó la cartera y entregó al banquero unas libras a cambio del falso pagaré, libras que el banquero se alegró de recuperar, por más de una razón, por lo visto, pues sus compañeros se mofaron de él por sus escrúpulos. Alí lo achacó a un plan desesperado, a una estafa, a un truco ejecutado por un rufián vivo, y no por uno muerto. En cuanto se quedó a solas, arrugó el vil documento y lo arrojó al fuego. Y mientras ardía oyó una voz susurrar: «¡No puedo morir!».

* * *

No tiene sentido acudir a la Justicia si no hay nadie a quien acusar, nadie con quien carearse, por mucho que ese nadie continúe obrando. Alí oyó a uno decir que cierto Sane había ganado a los dados, juego en el que Alí no había participado jamás. Oyó los rumores que corrían de que un tipo muy parecido al antiguo lord había sido visto en el camino de Brighton, en un coche cuyo cochero azotaba con denuedo a los caballos y a los hombres del portazgo, por simple diversión, antes de desaparecer. Luego, cierta noche, al pasar por las atestadas salas del club en Saint James Place, entre las voces que se alzaban en agudos comentarios y expresiones de triunfo o desesperación, Alí oyó con gran espanto *la mismísima voz de su padre*, inconfundible, rasposa como amoladera, como el guijarro arrastrado por la fría marejada. Buscó entre la multitud afanosamente, abriendo las puertas de los reservados, mas no encontró a nadie, y al final desistió, sintiendo todas las miradas sobre él y la calentura del momento convirtiéndose en temor; seguro que tenía que estar siendo engañado, no podía ser *él*. Era imposible. ¡Sane, no!

Pidió papel y pluma en el vestíbulo para escribir una nota:

A QUIEN SE HACE PASAR POR LORD SANE: Estaría bien que respondiera al abajo firmante, o dijera al titular aviso de dónde y cuándo podría reunirse con quien exige una satisfacción por el abuso que hace de personas confiadas, y los falsos documentos que extiende bajo un nombre que no le pertenece; el momento y el lugar quedan a su libre albedrío. — SANE

Misiva que procedió a doblar y lacrar para luego escribir en ella el nombre de alguien que no formaba ya parte del mundo de los vivos, a menos que se entendiera que era Alí mismo el destinatario, dirigido por tanto el desafío a sí mismo. Confió la carta al asombrado empleado, y le pidió la entregara al primero que la solicitara. Y,

así las cosas, se marchó.

El Honorable aceptó en seguida actuar como su padrino en caso de que el reto fuera aceptado, y asumió las tareas propias de su oficio con la mayor seriedad, es decir, ante todo debía calmar y reconciliar a las partes si era posible; debía consultar con los padrinos del oponente y acordar el lugar donde se celebraría el duelo, que debía estar libre de obstáculos, fuera del alcance de la ley, tener buena luz, etc. Además de avisar a un cirujano, disponer los preparativos de la huida en caso de que el encuentro concluyera fatalmente, y demás preocupaciones grandes y pequeñas propias de todo asunto de honor. Todo ello fue en vano, pues quien había ofendido no se presentó, ni apareció ningún padrino en respuesta al desafío de Alí.

—¡Todo esto es de lo más irregular! —aseguró el señor Piper—. No puedo imaginar que nada bueno salga de ello, ¡por mi alma que tiemblo sólo de pensarlo!

Aunque nadie había recogido la nota que había dejado Alí, no mucho después encontró una carta esperándolo en sus dependencias; el sobre no daba indicios de cuál era su origen y el interior contenía esta respuesta:

A LORD SANE: Con los mejores deseos de LORD SANE, quien propone que se reúnan en los Idus de este mes, al anochecer, a las ocho en punto, y no para su satisfacción, puesto que considera que no le debe ninguna, sino para la suya propia, y quizá para su Iluminación. La elección del arma no le interesa lo más mínimo, y la deja a su preferencia.

A esta nota había adjuntado el nombre de un lugar de mala reputación, situado en un barrio desierto, donde tales negocios solían resolverse, puesto que la ley no se entrometía allí; la nota no estaba firmada.

—¡Es peor que antes! —exclamó el Honorable—. Es imposible librar un duelo tan tarde, cuando está a punto de anochecer, y en semejante lugar nada menos; creo que estamos siendo burlados, o engañados, e insisto en hacer caso omiso y que no te personas allí por nada del mundo.

—Pero lo haré —replicó Alí—. Debo saber quién es quién así me persigue. Si es un *hombre*, o... O lo que sea.

—¿«Si es un *hombre*»? —repitió el Honorable—. ¿Acaso esperas a un duende? ¿A una muchacha?

—Me refería a un *hombre de Honor* —dijo Alí en voz baja, consciente, por supuesto, de a qué se refería exactamente—. Acudiré al lugar, y a esa hora; me gustaría poder contar con tu compañía, pero si te niegas por la razón que sea, lo entenderé.

—¿Cómo? ¡No acompañarte! ¡No es probable que decida tal cosa! —protestó el Honorable—. Cuando sabe Dios qué diabólica trampa te tenderán. No vas a dar un paso sin mí, y si no cuentas conmigo me lo tomaré como algo personal.

Así pues, la noche en cuestión, Alí pidió que prepararan su carruaje, y él y el

señor Piper (que había cargado con una caja de pistolas, una linterna y un baúl con las cosas imprescindibles para el caso de que fuera necesaria la fuga) fueron conducidos al lugar. Eran las ocho en punto; el lugar estaba desierto, excepto por un tipo que rondaba por allí, solo, fumando un cigarro, con un sombrero de ala ancha tan calado que le cubría el rostro. Transcurrido un cuarto de hora sin que nadie más hiciera acto de presencia, el Honorable bajó del coche y llamó la atención del fumador.

—¿Quién es usted, señor? —preguntó—. ¿Es quizá con quien debíamos encontrarnos aquí?

—Podría serlo. Todo depende de a quién hayan venido ustedes a ver.

—¿Dónde está el convocante?

—Ha declinado hacer acto de presencia. Desea retirar sus impertinencias, por cuyas ofensas pide disculpas. Espera que baste con esto, y asegura que no volverán a saber de él.

—¿Ha venido usted aquí a hacernos partícipes de esto?

—Soy su mensajero.

—Esto es irregular —aseguró el Honorable—. Palabra que lo es.

El hombre nada respondió, a menos que el súbito fulgor del cigarro en la oscuridad sirviera de respuesta. Al levantar la mano, pareció que apartara un carbón encendido de la boca, y sostuvo así el cigarro hasta que éste se enfrió, un truco propiciado por la luz que reinaba en aquel lugar sombrío. Luego dio la vuelta, dispuesto sin más a marcharse. Al verlo, Alí salió del coche.

—¡Eh, usted! —exclamó—. No le conozco, pero no retiraré el desafío, ¡de modo que usted responderá ya que *él* no lo hace!

—¿Yo? —preguntó el otro—. Pero si yo no soy *nadie*.

—Exigí satisfacción —dijo Alí—. La misiva de su mandatario me la negó de forma impertinente, pero me prometió aclararme las cosas. Deseo una explicación de todo cuanto ha hecho.

—¡Ah! —dijo el otro—. Hoy en día las explicaciones van muy buscadas, y quizá no se deseen una vez obtenidas. —Arrojó al suelo el cigarro que estaba fumando y, al caer sobre la piedra, produjo una lluvia de chispas rojas—. Ese asunto nada tiene que ver conmigo. He entregado el mensaje, y con eso he terminado mi trabajo. ¡Les deseo buenas noches!

—¡Aguarde! —voceó Alí, que se dispuso a seguirle, mientras que el señor Piper, cargado con la caja de las pistolas, le tiraba de la manga y le susurraba que no debía ir en pos de aquel tipo, por si le hubieran tendido una trampa.

Alí apartó la mano de su amigo y siguió al hombre por la oscura calzada; el otro caminaba raudo como un elfo, a pesar de que su paso no denotara tanta prisa. Llegó a un lugar donde ardía un fuego sobre unas piedras y uno o dos tipos permanecían allí sentados, calentándose. Al acercarse el individuo del sombrero, se elevó junto al fuego una sombra grande y corpulenta que levantó la cabeza. ¡No, era un *hocico*! y Alí los vio a ambos, a quien le había burlado y al animal que le pertenecía, saludarse

entre sí como se saludan los amigos, mientras los demás reían; luego, tras tomar en sus manos la cadena que rodeaba el cuello del animal, el hombre se adentró con él en la niebla, adonde Alí no los siguió.

* * *

Al llegar de nuevo a su hogar (que no era suyo, al contrario que sus cosas: cucharas, sofás, perros y saleros, todo ello suyo, de él), Alí se enteró de que su esposa había decidido visitar a su familia. Estaba ocupada llenando baúles y dando órdenes al servicio, con la ayuda de tres damas de negro que siempre parecían pendientes de ella: esto es, su madre, la encargada de la niña y una de esas parientes *ambiguas* sin cuyo ojo penetrante y lengua viperina no puede mantenerse familia alguna, ni mantenerse ni echarse a perder, para el caso.

—Partiremos mañana —dijo Catherine, y él reparó en el rubor que cubría sus mejillas y la mirada febril—. El aire de la campiña le sentará bien a Una. Y a mí.

—Quizá tengas razón —repuso fríamente Alí—. No deberías compartir casa con alguien como yo.

—¿Qué? ¿Por qué dices eso? ¡No he dicho nada en tu contra!

—No hace falta. —Ante él, el fuego agonizaba en la chimenea, y de pronto tuvo la insensata sensación de que su propia vida se apagaría con él. ¿Por qué nadie lo había atizado? ¿Se habían despedido los sirvientes? Aferró el atizador y se volvió de nuevo a su esposa—. Digo que no hace falta. Tus sentimientos saltan a la vista, pero aun así te exijo que seas sincera, o...

—¿Me matarás? —preguntó Catherine—. No creo que quieras hacerme daño.

Vio en su rostro una alarma que lo asombró, y que a continuación le hizo sentir una furia irracional, una rabia que aumentó a medida que lo hacía el miedo de su esposa.

—¿Cómo? ¿Por qué crees que no lo haría? ¿Acaso no se cuenta en todas partes que asesiné a mi propio padre? ¿No desciendo de una familia de locos y malvados? ¿No te deshonré estando dormido? ¿Por qué iba a arrugarme ante la perspectiva de asesinarte?

—No hables así, te lo ruego. Podrían oírte.

—¡Ellas! Pues que me oigan. Hace tiempo que me creen loco. Hace tiempo que comentan de mí... ¡No, no pienso hablar más del tema! Ve con tu señora madre. Ve a donde quieras. Perdóname. He sufrido un extraño acceso de locura, no te preocupes.

—No lo haré.

—Ya estoy tranquilo. Tienes razón. Será mejor que vayáis al campo.

—Sí.

—Cuida bien de nuestra hija, ¿quieres? Envíame noticias tuyas. Y de ti.

—Lo haré.

—¡Está bien... está bien!

A la mañana siguiente se dispusieron a partir, con un carruaje y un carro, increíblemente equipada su hija, como si de la realeza se tratara, con más cosas de las que Alí había creído posible que existieran. En la ventanilla Alí tomó la mano de Catherine, y la besó (¡qué fría estaba!), antes de hacerle un gesto al cochero. Su esposa se recostó en el asiento, se envolvió en las pieles, y Alí dejó de verla. ¡Y no volvería a verla nunca más!

Una tempestad se abatió sobre su alma, y ya pasara el tiempo en casa, o saliera, ya meditara a solas o se dejara acompañar, fuera donde fuese, entre el placer y él, entre él y el olvido cayó una sombra, la de *aquello* en lo que no se atrevía siquiera a pensar. Su propia confusión, o las horripilantes posibilidades que era incapaz de creer que se produjeran en el mundo. Como un animal de astucia sobrenatural, lo tentaba a emprender la caza, dejaba pistas, rastros, en todos y cada uno de los lugares posibles, incluso le permitía atisbar su hechura antes de escabullirse. Alí vio, o *creyó* ver, al espectro que lo acosaba, a su perseguidor perseguido, en cada casa, en cada calle, en cada multitud y esquina. En vano Peter Piper y el resto de sus amigos quisieron ahuyentar sus miedos, deshacer las irracionales sospechas que le subyugaban. Qué capacidad poseía para juntar dos o tres misterios triviales con una o dos inocentes coincidencias, y con el resultado urdir una trama, o una Némesis, que no poseía mayor sustancia que su propio reflejo en el cristal. Era precisamente aquello lo que más temía Alí, no que conspiraran contra él, ¡sino que estuviera loco! En la mundana sociedad en la que se mueve, Alí empieza a oír, de segunda y de tercera mano, rumores relacionados con él. Cosas que se dice que ha hecho, la deshonra que acarrea, los viejos y olvidados rumores referidos a su padre y a su propia historia. No todos ellos son ciertos, y la mayor parte son, de hecho, falsos. ¿Quién habla así de él? ¿Acaso brotan por sí solas las mentiras^[7], cual hongos, huérfanas de la corrupta tierra? ¿O hay alguien que las *apadrina*, que las *acuña* sin fundamento alguno? ¿Quién? Alí es incapaz de hallar una fuente, y teme que ésta no exista, que todo lo que oye, todo lo que escucha, provenga tan sólo de su propia mente emponzoñada. «Que engañó al difunto lord cuando estuvo en Albania; que tuvo relaciones con él de las que más vale no hablar y lo convenció para adoptarlo como a un hijo, todo ello con ese objetivo en mente: ¡su actual encumbramiento!» «Que el hijo nacido de su esposa no es suyo, que de hecho fue concebido antes de la boda, en contra de los usos de la buena sociedad, donde los hijos se conciben después del matrimonio, y no antes.» «Que introdujo a su esposa en ciertas monstruosidades traídas de Oriente, ignotas en esta tierra, perjudiciales para la salud y para el alma, y que, cuando ella se resistió, él amenazó con matarla; y que la hija habida de su unión nació siendo un monstruo, o deformada, y que él intentó despacharla con una almohada nada más venir al mundo.» Finalmente Alí se centra en uno a quien cree responsable de estas cosas, no sin cierta justicia, puesto que en efecto el tipo ha hecho circular estas calumnias, aunque no haya inventado ninguna. Se trata de un borrachín desdichado, hijo de otro borrachín (aun siendo un gentilhomme), cuya incontinencia verbal

permite a Alí sorprenderlo en flagrante delito. Lo golpea, lo desafía, grita presa de tal furia insensata, sujetándolo de las solapas, con el rostro tan cerca del joven señor, que le escupe en la cara.

El joven caballero —que su nombre sea Brougham^[8], Black, o White, no me importa— se apresuró a presentar a un par de padrinos no más capaces que él, convencidos éstos de que su amigo había sido insultado, herido, mancillado, y aunque el Honorable, que actúa en representación de Alí, esta vez de la manera apropiada, propone una salida para mejorar las cosas y evitar que la riña llegue a mayores, no hay nada que hacer. El señor Brougham-Black y sus briosos amigos están encendidos. En su vacía casa, Alí reflexiona, y no está de humor para que nadie le dirija la palabra, tanto más a medida que se acerca la fecha. ¡Ah! Qué poco reconoce el lector lo mucho que lamenta un escritor (siendo los caprichos del Destino inalterables, una vez él ha decidido que lo son) tener que empujar a su Héroe a cometer una atrocidad, una insensatez; cuánto desea advertirle, disuadirle, apelar a la razón o al ángel de la guarda, incluso mientras la pluma con la que empuja al pobre diablo hacia delante chirría^[9] sobre el papel.

Ha llegado el gélido noviembre, y el amargo olor del ardiente carbón destaca en el ambiente húmedo. El estiércol reciente humea en la calle, y Alí permanece tembloroso, impávido al alba, sin saber qué está haciendo allí, cuando asoma la casaca roja del cartero, cuya regularidad supera a la del sol inglés, y le entrega una carta de su esposa. Alí paga el penique y lee, y descubre que Catherine no tiene intención de volver a su lado, a su casa, sino de separarse, llevar vidas separadas. «Te ruego que no te dirijas a mí directamente para este asunto. No confío en mi reacción a la hora de leer tus cartas, y espero que puedas perdonarme, que seas consciente, si es posible, de lo mucho que me cuesta resistirme a ti. Escribe a mi padre a esta dirección, y disponlo todo con el señor Bland, abogado, que actuará como mi representante. Ya conoces mis razones, de modo que no las expondré. Durante largo tiempo creí que estabas enfermo y que esa disfunción de tu cerebro (tal como me la has descrito) podría empujarte a comportarte de forma desagradable y desatenta, y a actuar también, cuando te ves sometido a la fiebre de la imaginación, como no lo harías jamás en caso de encontrarte bien. Si estuvieras enfermo me vería obligada a seguir contigo, y puedes dar por sentado que así lo haría. Mas he recibido cierta información, procedente de fuentes que imagino podrás intuir, que me induce a pensar que eres responsable de tus actos, y que éstos son tales que ya no puedo seguir compartiendo casa contigo, ni la cama, etc., etc.» Todo esto lee Alí mientras permanece de pie ante esa casa a la que ella no regresará, y lo lee impasible, como si fuera una noticia publicada en la *Gaceta* concerniente a personas desconocidas para él. Por último, como escrito por una mano diferente, o en un estado de humor totalmente distinto, lee la siguiente posdata: «Alí, una oscura estrella presidió nuestro encuentro. ¡Pesa sobre mí una condena de la que librarme no puedo! Recuerda, donde hay pecado, puede haber perdón si hay arrepentimiento. Rezaré por ti

constantemente. La niña está bien, y te lo digo porque creo que sientes más cariño por ella que yo^[10], y más del que sientes por mí. CATHERINE.»

Llega un carruaje que deposita ante Alí al Honorable señor Peter Piper, con cuello de piel y guantes, dispuesto para la ocasión, como la vez anterior. Sin decir palabra, Alí le hace entrar en la casa, de la cual a esas alturas se han llevado la plata, los objetos valiosos, los libros y buena parte de los muebles para su venta. En la última silla, sentado a la última mesa, toma papel y, con las mínimas palabras necesarias, redacta un testamento que anula todos los anteriores, y deja todo cuanto pueda poseer a Catherine, lady Sane, y a su hija. Seca la firma y tiende el documento al Honorable para que firme en calidad de testigo.

—Todo está cumplido —dice entonces Alí—. Tengo el presentimiento de que no volveré a pisar esta casa. Quédate con este papel, y procura que el señor Bland, abogado, lo reciba.

—Haré cuanto pides —aseguró el leal caballero de todo corazón, sin añadir nada insensato, sin darle esperanza alguna o intentar levantar su ánimo.

—Entonces, tomemos una copa y vayámonos —dijo Alí.

Así regresaron al sombrío vecindario de las persianas cerradas y los desperdicios, donde los hombres se reúnen sin percatarse la ley, dispuestos a aguardar la elección del Destino. En esa ocasión, no obstante, todo fue como lo contempla el mundo, es decir, sin misterios. Había luz, era un día tan despejado como pueda serlo un neblinoso día londinense, ciudad que parece más un volcán inextinguible que una urbe, y los padrinos intercambiaron impresiones en el terreno, tomaron medidas y se deshicieron de un puntapié de las piedras inconvenientes que hallaron, antes de arrojar una brizna de hierba al aire para ver de qué dirección soplaba el viento. Examinaron la caja con las pistolas que el Honorable había llevado consigo, y que el joven caballero, por indiferencia (o por coraje holandés), no se preocupó de escoger, tal como era su derecho. Alí por su parte acusaba también una total indiferencia, que le asustaba aún más que la perspectiva de acabar con un balazo en el corazón. No parecía importarle nada, y esa *Nada* lo había inundado procedente del oscuro rincón donde siempre había estado, esperando su momento, para envolverlo con su manto. Podría pensarse que nada le importaba su vida, mas no era así, pues deseaba conservarla y protegerla, ¡embrollo filosófico que tan sólo un alma doble podía conocer! Al pensar en ello, se dirigió al centro del terreno, donde el Honorable había sido escogido para arrojar la moneda que determinaría cuál de los caballeros sería el primero en disparar su arma. Alí contempló con claridad la pálida mejilla del muchacho que tenía enfrente; el temblor de sus labios le hizo pensar en que aquél debía de ser el hijo de alguna madre, la esperanza de algún padre, pero no le importó. Los dioses, al reparar en su indiferencia (¡tan similar a la suya!), lo favorecieron al caer el chelín sobre el perfil del rey.

—Lord Sane escogerá si dispara él primero, o recibe el disparo —anunció el señor Piper, cuya voz aflautada adquirió una musicalidad propia de ese instrumento,

por temor respecto a la seguridad de su amigo, seguridad que a Alí no parecía inquietarlo.

Se trata de una cuestión interesante. Cuál de ambas opciones es la más honrosa, y (por el contrario) cuál proporciona mayor ventaja, ser el primero en disparar o recibir el disparo. Mas estas cuestiones no deberían preocuparnos, puesto que no preocupaban a Alí, quien al punto escogió recibir el disparo, pues era más probable que de esta forma se pusiera antes punto final al asunto, o a su propia vida. Se sabía que el joven tenía fama de ser un buen tirador cuando no andaba bebido. Sin embargo, Alí, de pie a la distancia prescrita, vio temblar la mano de su oponente, desaparecida su valentía anterior, antes de volverse a sus padrinos en busca de apoyo, lo que éstos le ofrecieron de forma muy literal, pues fue necesario que lo sostuvieran entre ambos para encararlo a Alí y le levantaran el brazo del arma. Ah, cuán poco deben de haber conocido de la dulzura de la existencia aquellos que han participado en el campo del honor, y han visto la vida escapar de sus bocas en una nube que se fundía en el gélido aire del alba, y han sentido cómo aquélla se sacudía en su caja torácica, cuando en un instante la bala o la espada laceraban... Yo no conozco tales sensaciones, por supuesto, pero estoy convencido de que deben de constituir una cura instantánea para la indiferencia, y ser mejor que una plegaria para empujar al alma a pensar en las cosas trascendentes.

El disparo del joven caballero atravesó la capa de Alí, rozó su hombro y siguió su camino sin causar mayores perjuicios. El médico que había convocado el Honorable declaró que deseaba inspeccionar la herida de inmediato, a lo que Alí se negó; dio un paso hacia el joven y, como en una obra de teatro, donde el final se conoce de antemano y todo el incidente que lo precede se antoja preordenado por él, levantó la pistola y disparó, pero lo hizo apuntando a la izquierda de la figura que se hallaba ante él, de tal modo que errase el tiro. Sin embargo, en ese preciso instante, al joven lo abandonó el coraje y se arrojó hacia su *derecha* para evitar el disparo que aguardaba, ¡disparo que lo alcanzó en mitad del pecho!

Por un instante, todos los presentes se apresuraron a atender al caído, todos excepto Alí, que siguió de pie como si hubiera adquirido la insensibilidad de una piedra. Sólo cuando el doctor se levantó y se volvió, lo cual significaba que nada podía hacerse por salvar aquella vida, Alí se acercó. Miró éste al joven, y a los amigos que lo rodeaban y que sostenían su cabeza.

—Me has matado —susurró al ver a Alí—. ¡Ya tienes tu satisfacción!

A lo que Alí nada respondió; siguió mirándole a medida que el blanco lino adquiría un matiz color rubí, y el rostro se teñía de un tono ceniciento. Luego, el silencio. Y pensó: «Acabo de hacer algo que no tiene remedio»; era algo que podía haber considerado antes, pero que no había hecho. Entonces el Honorable lo apartó, instándolo a abandonar el lugar antes de que llegaran las autoridades y el asunto se complicara aún más.

—No temas —dijo el Honorable—. No tendrás que ausentarte mucho tiempo. Yo

me encargaré de todo, no habrá orden de arresto, y en cuanto las aguas se calmen, se entenderá que actuaste como debías actuar y serás perdonado. Tienes mi palabra. Así podrás regresar.

—No —dijo Alí, capaz de ver adónde lo conducía el Destino, tal como nos sucede en ocasiones, tal como esos pobres diablos encadenados en la caverna de Platón lograron, de pronto, abandonar un mundo de sombras y salir al sol, que quemó sus oscurecidos ojos, pero con la verdad—. Debo partir para no volver. He vivido mucho tiempo en esta tierra, a la que en ningún momento escogí venir. He tenido suficiente, sí, suficiente, estoy atiborrado, harto. —Aferró la mano de su amigo, y el caballero no siguió protestando al reparar en la mirada lacerante de Alí, y en la firmeza que ésta transmitía—. Sé mi agente —le dijo—. No te pongas en peligro, ni des la cara por mí (no podría soportar que lo hicieras), pero sé mis ojos, mis oídos, mi proveedor, mi estafeta de Correos.

—¿Adónde irás?

—No lo sé —respondió Alí—. Sólo sé que no volveré.

—En tal caso, vámonos —dijo Peter Piper con firmeza—. Viajaremos a Plymouth, donde tienes reservado pasaje. Aquí, toma mi brazo. Permíteme hacer un memorando de todos los asuntos de los que puedo encargarme por ti. No, no digas nada aún. A caballo, venga, ¡a caballo! Yo te seguiré vayas donde vayas, ¡al menos en pensamiento! Y ahora, ¡chitón y a volar!

Y así, al alba del día siguiente Alí se encontró de nuevo en la cubierta de un barco, aguardando la pleamar, largada la lona. La mar mecía impaciente la embarcación, y «encarado estaba el viento hacia Francia». Alí sacudió el sombrero en dirección a la solitaria figura del Honorable, en el muelle, quien respondió agitando el pañuelo blanco con una mano, ocupada la otra en mantener su propio sombrero en la cabeza. Alí recordó entonces, estando allí de pie, la historia que había oído contar en el salón de la casa del pachá en Albania, la noche en que se reunieron allí los luchadores de éste, tocados con pañuelos de colores y vestidos con casacas bordadas. Tiempo ha, contaba la historia, en ciertas tierras del pachá, había un malvado mago^[11] que hacía el mal e impedía los designios de su señor. Finalmente, mediante fuerza y astucia, capturó el pachá al mago y lo hizo preso en su palacio. Una noche en que el pachá tenía como invitados a unos nobles visitantes, una vez se hubo degustado el *pilaff* y unos mantecados, el pachá decidió llamar al preso y hacerle llevar a cabo alguna maravilla que entretuviera a los presentes. El mago fue conducido al salón y, cuando hubo hecho muchas cosas que asombraron y dejaron perplejos a los invitados, pidió que le llevaran un cubo lleno de agua. En el cubo arrojó un pellizco de sal, y pidió a su audiencia que miraran dentro. ¿Acaso no veían el océano? Lo hicieron. «Mirad con mayor atención», les dijo. «¿Veis un puerto ahí?, ¿no es el puerto de Malta?» Exclamaron sorprendidos que así era. «¿Y un barco en el puerto, un barco que acaba de largar velas?» Sí, un barco espléndido, bandera negra, con una proa ancha era lo que veían. El mago se incorporó entonces y, levantándose

los faldones de la túnica, metió un pie en el cubo de agua. Ante los ojos de quienes allí se reunían, desapareció, sólo para reaparecer (todos lo vieron) cayendo del cielo sobre la cubierta de aquel barco. Hizo un gesto burlón a quienes lo miraban, tomó el timón y, con la elegancia de un corcel, el barco puso proa al viento, ¡y se hizo a la mar! ¿Adónde fue?, preguntó el público a quien este cuento era narrado, pues la historia no parecía haber terminado aún; el tipo respondió que por supuesto lo ignoraba, ¿cómo iba a saberlo?, aunque después se dijo que el mago navegó a América^[12], donde vive aún, enriquecido y cometiendo muchas maldades.

Mágicos son los senderos de la mente, ya que en cuanto Alí hubo recordado este relato, que por mucho tiempo había tenido olvidado, supo con total claridad adonde iría, y con qué propósito.



De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: <Inovak@metrognome.net.au>

Asunto:

Lee:

Tengo las nuevas páginas. ¿Seguimos sin sorpresas? ¿Sigue siendo una novela gótica?

Ahora entiendo qué significan las notas de Ada, lo que significaba para ella tener este libro. Le he leído algunas páginas a Georgiana (la dama propietaria de los originales). Dijo que menuda mierda de tío era. Yo no lo creo. No sé qué pensar.

S

De: <Inovak@metrognome.net.au>

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto: Gótica

Lo cierto es que empieza siendo una novela gótica: la abadía en ruinas a la luz de la luna, el sonambulismo, la aparición de animales espantosos, la dama encerrada, la maldición de la familia o la corrupción maligna, la huida en la oscuridad... Hay un monstruo, enorme (la sombra que proyecta en la pared proviene de otra famosa novela gótica, aunque no recuerdo de cuál). El parricidio, o el aparente parricidio; un perseguidor misterioso, el doble del héroe. Thomas Medwin, un charlatán, una especie de insensato con el que Byron charló en un par de ocasiones en Pisa, y quien a partir de entonces se consideró como un experto en Byron, dice que éste le confió que quería escribir o había escrito una novela basada en una obra de teatro española, acerca de un hombre perseguido por un misterioso ser que no deja de entrometerse en sus planes, parece saberlo todo de él, seduce a su amada, etc., y cuando finalmente lo encuentra y lo mata, presa de la rabia, al quitarle la capa descubre que quien lo persigue es él mismo, y muere de horror. De modo que quizá Medwin probó un bocado de la novela. En las góticas habituales los sucesos que aparentemente son sobrenaturales acaban por tener motivos razonables: han sido orquestados por algún villano, o son fruto de un malentendido, o el resultado de un episodio de epilepsia, etc. (No sé si en este caso será así, aunque las notas de Ada sugieren que la conclusión de la historia se decanta por lo no sobrenatural.) Luego, la narración pierde todo tinte gótico y se convierte en una novela de sociedad, sobre el matrimonio y las relaciones. Combinar todo esto resulta un poco raro, pero nos encontramos en los albores de la novela popular, de modo que, bajo este formato, todo se antoja nuevo, y Byron lo explora todo, introduce elementos que no había visto nunca antes: su Alí es un personaje sometido a unas situaciones que yo creo que no tiene precedente.

Dime qué te parece.

Lee

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: <Inovak@metrognome.net.au>

Asunto: Quién

No sé qué pensar, es una voz tan extraña para mí, tal combinación de garbo y formalidad, grosero en cierto modo, pretencioso incluso. No sé a quién estoy escuchando. Pero me pregunto qué va a pasar, y supongo que de eso se trata, ¿no? A un nivel inconsciente oigo mi propia voz preguntar con insistencia: ¿Quién es este tipo que me habla? ¿Qué es, qué piensa realmente? Y no tengo la menor idea.

S

De: <Inovak@metrognome.net.au>

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto: Re:Quién

Algo que encuentro fascinante es que trate de un muchacho alienado por un padre monstruoso, un muchacho que nunca conoció a su madre. En el caso de Byron, fue al revés: nunca conoció a su padre, y su madre siempre lo quiso y lo asfixió, lo que llegó a odiar, pues sostuvieron graves disputas. En toda su escritura (que yo recuerde) no hay nada que haga referencia a padres e hijos, y menos aún a figuras paternas amenazadoras. Todo en Byron tiende a ser a la medida de Byron. Puede que lo reprimiera, y que al final, en esta novela, le diera rienda suelta, o puede que... En fin, mejor será dejar todas estas especulaciones para el tío Sigmund. Me he dado un tiempo. Al igual que tú (puede que por motivos diferentes), me he preguntado también a quién estaba escuchando.

Igualmente me parece interesante que en la novela figure un matrimonio roto, tan propio de Byron, aunque la ruptura la motiven circunstancias totalmente imaginarias que, de algún modo, excusan y justifican a ambas partes. No es culpa de él, ni de ella, sólo del Destino que acecha, cuya identidad creo intuir. La mayoría de las novelas autobiográficas funcionan de otro modo: las causas, los resentimientos y las culpas hacen acto de presencia, aunque los hechos sean imaginarios.

Byron creía realmente que Annabella era leal y franca, y que eran esas mujeres malvadas que la rodeaban quienes la habían puesto en su contra. Siempre dijo no tener idea, más allá de su irrefrenable y admitido abandono de sí mismo, de los accesos de melancolía o de los enfados ocasionales, de por qué Annabella decidió seguir adelante con la separación. De hecho, tenía una idea perfectamente clara de qué factores de su pasado (su hermanastra Augusta, aquellos jóvenes griegos, el miembro del coro de Cambridge) habrían resultado inaceptables para Annabella. Lo que ignoraba, lo que justificaba por tanto su aire de herida inocencia, era que ella estuviera al corriente de todo ello. Y así era. Caroline Lamb se lo había contado, y Augusta terminó por confesar. Nadie le dijo a Byron que ellas habían traicionado sus secretos. Y Annabella no hizo oídos sordos a quienes la aconsejaron.

No hubo, como en mi caso, policía, arresto, todo en la prensa. Tu madre no sólo lo sabía, sino que también sabía que todo el mundo lo sabía. Y tú también lo sabes, al contrario que Ada, quien durante años tan sólo pudo contar con la versión de su madre.

Porque lo sabes, ¿verdad?

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: <inovak@metrognome.net.au>

Asunto: Saber

Lo sé. Es decir, sé lo que leí. Sé que el delito por abuso de menores prescribe a los quince años de cometido, y que ese período venció hace ya tiempo. Pero aún sigue habiendo una orden de arresto judicial por no presentarte a juicio, o como se llame, y si vuelves te arrestarán, y no sabes qué sucederá entonces, puede que nada, o puede que mucho. Y aquí la gente se toma más a pecho estas cosas que entonces. Todos esos críos y los curas. La gente quiere revocar la limitación temporal para que el delito de abuso de menores no prescriba, y también quieren que la revocación tenga efectos retroactivos, aunque puede que eso no sea constitucional. Ya ves que estoy al día. Leo las noticias, e imagino que tú también lees las mismas noticias y piensas, vaya, qué diablos, y te conectas a Expedia y compras un billete a casa. También sé que tienes la doble nacionalidad, de modo que tienes pasaporte. Lo sé. Lo he pensado un poco. A lo largo de los años, como se suele decir.

A continuación unas preguntas para que las respondas:

1. Cuándo crees que escribió el libro
2. Por qué lo crees
3. Cuándo terminó (no sé por dónde empezar con la documentación, y necesito acotarlo un poco)

S

De: <Inovak@metrognome.net.au>

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto: Re:Saber

Quiero responder a tus nuevas preguntas, pero antes querría explicarte el porqué de mi ausencia en tu vida. Te escribí cartas hace mucho, pero me las devolvieron sin abrir (algo que lady Byron solía hacer, por cierto, para mantener a raya a quienes no podía controlar): una cuando tenías diez años, y otra a los dieciséis (debió llegarte acompañada de la escultura de un diablo de Java, aunque por lo visto no recibiste ni una ni otra). Durante algunos años lo olvidé todo, y a ti: o sea, rara vez pensaba en ti durante mucho rato, para evitar que el hecho de hacerlo me empujara a hacer algo al respecto, a decir algo: aparecías en mi mente y yo me apresuraba a abrir otra puerta por la que pudieras salir. Lo hacía bien. Y tenía un trabajo que me mantenía ocupado y me gustaba. Conocía gente en la industria con niños de anteriores matrimonios a los que jamás veían, niños de los que a veces hablaban cuando tomaban una copa al terminar la jornada, como hacía yo, y el hecho de que ellos también los hubieran perdido hacía que no pareciera tan raro que a mí me hubiera pasado lo mismo, y quizá su egoísmo hacía parecer el mío como algo... normal, al menos. Algunos de ellos eran (son) auténticos monstruos ególatras, grandes tiburones blancos, ballenas azules del egoísmo, de modo que mi propio egoísmo no era nada comparado con el suyo.

Lo primero que me mantuvo alejado de ti fue la ley, como bien dices. Puesto que me la había saltado, no había modo de verte, a menos que tu madre decidiera huir conmigo y traerte consigo. Claro que ella fue, de hecho, la otra cosa que me mantuvo alejado de ti. Estaba tan enfadada conmigo por lo que había hecho, o por aquello de lo que me acusaron de haber hecho, y luego por no bailar al son que tocaban, que lo último que quería era seguir a mi lado. Si hubiera ido a juicio, no hubiera sido como esos que aparecen en la tele, esos cabrones que han asesinado a la secretaria con la que tenían un lío y que montan el espectáculo ante el tribunal, o los micrófonos, con la esposa (traje oscuro, gafas oscuras) y los niños a su lado para «apoyarlo». Nunca pedí ni esperé ese tipo de apoyo. Me hubiera sentido avergonzado de aceptarlo si se me hubiera ofrecido. El arrepentimiento no es lo mío. La pesadumbre sí lo es: me entrego a conciencia en ese apartado. Pero siempre he pensado que el arrepentimiento público se parecía demasiado a la autoexculpación. No me considero libre de toda culpa, y no veo ningún modo de considerarme tal. La madre de Ada me hubiera considerado un

caso perdido.

Así me lo perdí casi todo de ti, no volví a verte desde tu cuarto cumpleaños. E incluso con el tiempo, cuando todo se había medio olvidado (todo excepto la prescripción del crimen) y tu madre pudo mostrarse más tolerante (después de todo, que ella supiera, desde entonces yo había llevado una vida libre de toda culpa, una vida entregada a los demás), no facilitó que nos viéramos, porque —bueno, esto va a sonarte casi imposible de creer, pero los sentimientos irracionales pueden calar muy hondo, la repugnancia irracional, la aversión y la repulsión lo hacen; tan hondo al menos como el amor irracional y la compasión—, porque no quería verte cerca de mí cuando alcanzaras la pubertad. No quería *llevarte* cerca de mí. Quizá ni siquiera era consciente de ello. Aunque de hecho creo que sí lo era. Y recibió mucho apoyo para fomentar esa aversión, un montón de apoyo teórico por parte de las feministas con las que se juntó. Igual que (vale, lo admito, esto suena a resquemor) lady Byron recibió muestras de apoyo por su crueldad, su falta de caridad, por parte de las damas evangélicas y los párrocos de los que se rodeó. Me pregunto si no se sintió alegre, o aliviada, al descubrir que no querías tener mucho que ver con los de mi sexo. Algunas de las mujeres que ella conocía se alegrarían mucho, a juzgar por sus escritos. En su galería de forajidos más buscados está incluida mi jeta y número. Espero, quiero creer, que no se las apañaron para que nunca puedas quererme, o, incluso, para que nunca llegue a gustarte.

En fin, veo que, después de esto, no voy a poder seguir escribiendo mucho más. Ya lo haré.

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: <Inovak@metrognome.net.au>

Asunto: Amor

Pero ¿qué te crees, que mamá y sus amigas me convirtieron en lesbiana? ¿Es eso lo que no decías pero pensabas? ¿Sabes?, es gracioso, pero mamá era la chica más femenina que he conocido, excepto que en lugar de serlo a lo barbie, lo suyo era ir de diosa lunar hippy. Estoy segura de que no odiaba a los hombres. Puede que no lo sepas. Después de todo, no nos trataste en esa época. Puedo decirte que, primero con Jonah, y luego con Marc, intentó a diario mostrarme cómo es una relación sana con un hombre bueno, lo bueno que es cuando te tratan bien, lo bueno que es tratarlos bien, cómo podían ser ellos de *fieles* y *amables*, y alejar de una patada todas las piedras y los objetos punzantes que surgen en tu camino, y esforzarse por procurar que nunca nada pueda hacerte daño. Soy lo que soy porque simplemente lo soy. Y sé lo que es el amor, y lo que debería ser.

De: <Inovak@metrognome.net.au>

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto: Re:Amor

Lo siento. Esto del email es terrible. Aún no me acostumbro a utilizarlo. El mensaje se escribe volando, raudo como el pensamiento (como hubiera dicho el propio B.) y entonces, vas, aprietas una tecla y ya está enviado. Si tuviera que sacarlo de la máquina de escribir, firmarlo, doblarlo, buscar un sobre y un sello, probablemente no hubiera llegado a enviárlolo.

Me paso todo el tiempo demostrando que no estoy amargado, y no lo estoy, y luego no digo más que estúpidas cosas amargas. Es porque finalmente has ido a Europa, donde yo podría verte, estar junto a ti, justo en el preciso momento en que me resulta imposible viajar allí. Dime por qué razón no puedes seguir viaje a Oriente, tomarte un tiempo, ver mundo, y verme a mí también. No vengas tan cerca (bueno, dos mil kilómetros más cerca) para luego desaparecer. No te preocupes por el dinero.

Acabo de releer este mensaje y me parece bien. Así que allá va. Excepto que necesito añadir...

Te quiero,

L

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: <Inovak@metrognome.net.au>

Asunto: Re:Re:Amor

Ni te quería ni te odiaba. No estabas allí. La mitad de los críos que conocía de niña eran hijos de padres divorciados, o de padres que no estaban casados, o de madres solteras, o lo que fuera y, bueno, me parecía normal. Muchos de ellos no veían nunca a uno u otro padre, y tenían que vivir con el que no les gustaba tanto, el que era «mejor para ellos». Era normal preguntarle a alguien: «¿Dónde está tu papá?» (o mamá, en ocasiones). Pero si se encogían de hombros o cambiaban de tema era mejor no insistir. Si alguien no lo sabía, o no le importaba, entonces no era asunto tuyo. Y tampoco es que te interesara tanto, de todos modos. Pero era distinto si de vez en cuando veías algo relacionado con tu padre en la tele, y ahí estaba. Su foto, al menos. Y siempre mencionaban la palabra DELITO, que en realidad no entendías bien, no cuando era pequeña, y mamá apagaba la tele y me distraía con cualquier otra cosa: ¡eh, vamos a hacer una muñeca de maíz! ¡Vamos a leer *Pippi Calzaslargas*! ¡Vamos a darnos un baño de burbujas! Lo que aprendí de eso fue que si quería saber cosas de ti, y quería, mamá no podía enterarse.

Hubo cosas para las que pensé que deberías haber estado allí, determinados momentos en los que sentí que deberías haber estado allí, pero no estuviste. No sabría decirte qué los convertía en esos momentos, y no me refiero a las cosas de costumbre, como las graduaciones o los cumpleaños, aunque puede que también. Otras cosas, momentos aleatorios, como una merienda campestre junto al río o los fuegos artificiales o... bueno, cualquier cosa. Encontraba a una cría de ave muerta, observaba cómo el camión del agua despejaba de polvo el camino y pensaba: «Mi papá debería estar aquí. ¿Por qué no está?», y me sentía desconcertada.

S

De: <Inovak@metrognome.net.au>

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto: Muñeca de maíz

Alex:

Eso es horrible. De veras.

Lo siento. Ni ayer ni hoy he sido capaz de avanzar mucho con la investigación. Anoche salí y bebí sake y comí fideos. Y luego tomé más sake. Y luego me di un largo baño, caliente como el infierno. Puede que mañana.

Lo siento.

Lee

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: <Inovak@metrognome.net.au>

Asunto: Re:Muñeca de maíz

No te sientas mal. En realidad era mentira. No recuerdo ningún momento en que me preguntara «¿Por qué no está aquí papá?», pero me pareció que debía decírtelo.

El hecho es que tú desapareciste de tal modo y desde tan pronto que lo más sencillo era pensar que las cosas tenían que ser así. Los sueños en los que regresabas siempre eran decepcionantes, confusos y malos, a veces terribles, incluso. Recuerdo uno. Bueno, es igual. ¿Sabes que recuerdas ciertos sueños que has tenido cuando no has cumplido siquiera los diez años, sueños que son tan reales como los recuerdos? Sobre todo las pesadillas. Pero despierta pensaba que tú te habías tenido que marchar, y que si te quedabas lejos pues no pasaba nada, porque me gustaba que las cosas fueran tal como se suponía que debían ser. Aún me pasa.

Lo que no sé es: ¿Alguna vez piensas en esa cría? Yo sí. Pienso en ella. Yo tenía su edad cuando oí por primera vez hablar de ella (incluso entonces ya me gustaba la investigación). Me pregunto qué pensaba ella.

De: <Inovak@metrognome.net.au>

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto: Ella

¿Que si pienso en ella? Creo que pienso en ella todos los días. Lo digo en serio. Tengo una razón para hacerlo; siempre surge un motivo sin importancia que me conduce a pensar en ella, aunque a priori no parezca suficiente: un problemilla para transferir dinero, o alquilar un coche, cualquier cosa. Y si no sucede nada de eso, pienso en ella de todos modos. Recuerdo aquella noche, edito el metraje para que salga diferente. En lugar de quedarme en la fiesta, me despido temprano. O me emborracho y me quedo roque antes de topar con ella. Ella se emborracha y se queda roque. Sus jodidos padres se presentan y se la llevan bien lejos. Yo recupero la razón. Hay muchos posibles finales, o principios.

Hace poco leí las memorias de un hombre que había sido oficial en el ejército francés en una guerra colonial. (A menudo me descubro leyendo cosas raras por buenos motivos, como te pasa a ti con tu trabajo: en eso nos parecemos.) Escribió acerca de cómo él y su compañía habían librado una larga batalla en un asentamiento norteafricano, puede que en Berbería, no recuerdo. Su compañía estaba en desventaja numérica y muchos murieron, pero al final el contrincante flaqueó y se retiró, dejando el asentamiento en manos francesas. Recordaba este oficial cómo había caminado enardecido por entre el humo del mercado incendiado y las calles; iba cubierto de sangre, espada en mano, vivo, cuando al apartar unas cortinas encontró a una joven, una joven muy joven, sola, acurrucada de miedo, y (pensó él) muy consciente de qué iba a ser de ella en manos de los vencedores. El oficial afirma que fue la abyección de ella, el modo en que era consciente de su *propia inocencia*, lo que le imposibilitó no tomarla, eso y la batalla que acababa de librar; dijo estar como poseído por el dios de la guerra. Y al leerlo pensé que por primera vez entendía los abusos que se comenten en tiempos de guerra, y la intensidad de la batalla. He estado tan cerca de la batalla, y de sus consecuencias, como para saber que estoy en lo cierto.

En la época en que se celebró esa fiesta en Hollywood, en 1978, me veía inmerso en un ambiente que jamás había conocido. Quiero decir que por supuesto que ya sabía de qué iba: podías verlo por todas partes, pero que nunca había experimentado nada parecido. Había tanto narcisista, tanto dinero, tanta atención mundial y respeto (y no siempre por razones triviales) que esas personas casi parecían haberse librado de las pesadas cargas del deber, el dolor o la necesidad de aportar algo a la humanidad. Algunos de

ellos eran intensamente espirituales, claro, aunque esa espiritualidad tan sólo parecía significar que creían que todo estaba bien, y que nadie a quien conocieran personalmente sería capaz de hacer nada malo de verdad. «Malo» no era una palabra que figurara en su diccionario. Siempre y cuando dijera las cosas adecuadas, ellos me hablaban de sacar adelante mis proyectos como por arte de magia. Comentaba a uno de ellos que iba a explorar la posibilidad de hacer una película en el Nepal, acerca del budismo y las montañas, con reparto exclusivamente nepalí, pero con éste de prota, uno de esos monstruos de leyenda espachurrados en un sofá, junto a mí. Y el tipo me respondía: «Claro, podríamos hacerlo.» Dicho y hecho.

Había una repentina liberación de las antiguas ataduras, y no me refiero sólo al punto de vista moral, sino al *físico*, como si los habituales límites biológicos no importaran. También corrían un montón de drogas que potenciaban esta sensación, claro. Era de noche, tarde, en una de esas enormes habitaciones con amplios ventanales, y Los Ángeles (debes de haberla visto en fotos, puede incluso que hayas estado allí) se extendía a mis pies como si habitara en lo más alto de una torre, o como si la contemplara desde una nave espacial. Y ahí estaba esa cría. Y pensé: puedo hacer cualquier cosa, y nada me puede afectar. Ahí residía la emoción.

Puedo decirte sin faltar a la verdad que no la forcé, en el sentido de que no hice nada que ella no quisiera hacer. Ni siquiera fui el único que mantuvo relaciones con ella, si es que ésa es la palabra adecuada, aquella noche, aquella madrugada. Vagabundeaba por la casa, como Alicia, tomando parte en aquellas escenas, pues así las llamábamos entonces, como si fueran imaginarias o irreales. Conocimiento e inocencia: veo sus ojos, que percibían todo cuanto veían y, al mismo tiempo, parecían ciegos ante ello. No, yo no fui el único. Sólo fui el tipo al que robó la cartera con la que la encontraron más tarde, en otra parte de la ciudad. De modo que me tocó a mí pagar el pato cuando esos padres inverosímiles aparecieron para rescatarla. No sé qué pensaba ella, ni entonces ni después. No hay mayores motivos para creer lo que contó a la policía que lo que me contó a mí. No creerías nada de ello.

No sabía que era capaz de escribir un email tan largo. No ha sido fácil. Voy a parar.

Lee

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: <Inovak@metrognome.net.au>

Asunto: Re:Ella

Lee:

Interesante historia.

¿Podrás responder a alguna de mis preguntas?

S

De: <inovak@metrognome.net.au>

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto:

De acuerdo. No contaré más, si no quieres. Sólo responderé. Allá va.

Creo que empezó a escribirla cuando Ada pensaba, en Villa Diodati, en Suiza, y que continuó a lo largo de los meses siguientes, que la dejó y la recuperó más tarde. Eso es lo más probable, por motivos en los que Ada ha reparado: su contenido parece reflejar continuamente las cosas que le sucedían en la vida a medida que escribía. Primero la separación (o la Separación, tal como habría de llamarse en todas partes, como si sólo se hubiera producido una en el mundo, o fuera la más paradigmática), que en ese momento acababa de suceder; luego Venecia y sus relaciones con los Carbonari.

A continuación, los motivos:

Primero, el desafío de Mary Shelley, que lo hizo pensar en la prosa y en las novelas en prosa. Después, justo entonces recibió la visita de Matthew Gregory Lewis, el «monje» Lewis, el escritor de la novela gótica de mayor éxito jamás escrita, *El monje*. Lewis era homosexual, un antiguo compañero de B., a quien siempre estaba contento de ver; Lewis era rico, no por los derechos de autor, sino por las plantaciones de azúcar que tenía en las Antillas (lugar que nosotros llamamos Caribe), donde, además, contaba con la mano de obra de un montón de esclavos. (Byron no necesariamente se inspiró en Southey para lo de los zombis, tal como supone Ada; pudo habérselo contado Lewis, quien apuesto a que estaba muy interesado en el tema.) Pudo deberse a la influencia de Shelley que Byron, con motivo de esta visita, convenciera a Lewis para que éste añadiera una cláusula a su testamento en la que legaba un fondo para compensar a los esclavos y, a su muerte, liberar a unos cuantos. Imagínate las negociaciones (vamos, Lewis, ¿por qué no liberarlos a todos?). Shelley y Byron firmaron en calidad de testigos.

De modo que Byron pensaba en los esclavos y en las Antillas.

También está el hecho de que en ese momento le enviaron los tres volúmenes de esa novela escrita por Caroline Lamb de la que te escribí hace unos días. Se titulaba *Glenarvon*, y fue un éxito de ventas. De modo que ahí lo tenemos, leyendo, y sabemos que lo hizo, una obra de ficción basada en sí mismo, representado como un lord Glenarvon en parte rufián, en parte seductor, culpable de innumerables crímenes, mientras ella aparece en la

novela como la inocente e intacta Calantha. A continuación transcribo lo que le escribió a Thomas Moore, su amigo y después biógrafo: «Me parece que si la autora hubiera escrito la verdad, y nada más que la verdad —toda la verdad—, la novela no sólo hubiera sido más romántica, sino más entretenida.» De modo que quizá pensara en ello y tomara la decisión de intentar escribir una historia en prosa. Su objetivo sería el de pergeñar un *roman à clef* propio, más fiel a su naturaleza tal como él la percibía, y a la historia de sus aventuras.

En la próxima, más.

De: <Inovak@metrognome.net.au>

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto: Novela fantasma

Vale, sigo leyendo, ya ves que trabajo duro para ti, y además durante mis vacaciones. En fin, el caso es que he estado leyendo a Marchand, el grandísimo biógrafo de B., donde he encontrado con fecha de septiembre de 1816, en el mismo lugar y momento que el asunto Shelley/Polidori, lo siguiente: «Había empezado una historia en prosa, una poco velada alegoría de sus problemas matrimoniales; cuando supo que lady Byron estaba enferma, la arrojó al fuego.» !!! Marchand no especifica cómo descubrió este dato.

Quizá no la arrojó al fuego. Quizá quiso hacerlo, pensó que era lo correcto, pero no lo hizo. Es sólo una idea.

Lee

De: <inovak@metrognome.net.au>

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto: Final

Alex:

3: Cuándo la terminó.

No sé cuándo la daría por buena, pero me pregunto si tuvo algo que ver con el descubrimiento que hizo de un poema épico-cómico escrito por un poeta llamado Frere, quien firmaba «William y Robert Whistlecraft», peculiar ejemplo de doble seudónimo. (Como viste, Byron hace referencia a Frere en las páginas ambientadas en España, donde éste sirvió en calidad de cónsul británico.) El poema «épico» de Frere estaba compuesto en *ottava rima*, la misma métrica empleada por Byron en su *Don Juan* y, como ese poema, estaba repleto de rimas a lo Ogden Nash y de burlas de varios calibres. De hecho, Frere basó el estilo en la epopeya burlesca veneciana, como la de Pulci, a quien Byron había leído en italiano. El editor de Byron le envió la obra de Frere, que consideraba notable y difícil; Byron respondió que coincidía en lo de notable, pero que no le parecía difícil, y en pocos días había escrito *Beppo*. (Él mismo dice «en pocos días», siempre tendía a restar importancia al duro trabajo que llevaba a cabo a la hora de escribir.) Así las cosas, el *Don Juan* podía ser escrito: un poema que incluyera todo cuanto conocía y había experimentado Byron. Quizá sintió que había hallado el modo de lograr lo que había intentado con la novela, sólo que mejorándolo, empleando a fondo todo su talento y abandonando la novela. En fin. Por estupendo que sea su *Don Juan*, me cuesta horrores leer muchas páginas de una sentada. Hubiera preferido que acabara esta novela (si es que la dejó inconclusa), y luego escribiera otra, una mejor, y luego otra. *Don Juan* es sui géneris, y el extenso poema narrativo estaba perdiendo fuelle en aquella época, mientras que la novela navegaba viento en popa. En la actualidad podría leerse, medirse, con una Jane Austen. En fin.

No sé en qué punto decidió Byron que la novela no podía publicarse, aunque obviamente tomó la decisión por la franqueza, la crudeza (tal como decimos los críticos) del relato que hace de su matrimonio. Cuando empleó los hechos de su propia vida y de las vidas de los demás para escribir el *Don Juan*, supo cómo transformarlos, cómo conservar la verdad que había en ellos sin calcar la historia. Constituía un desafío del que no era muy consciente, puede que hayas reparado en el epígrafe del *DJ*, de Horacio:

Difficile est proprie communia dicere, es difícil plasmar el sentir común de un modo singular, saber plasmar las cosas que todos compartimos. Y lo es. Cuando la gente piensa en Byron, es su singularidad lo que les gusta. No obstante, él se sabía tan hecho de *domestica facta* como cualquier otro.

Alex, estoy cansado de cruzar emails. Quiero algo más que esta novela epistolar que estamos escribiendo. ¿Has pensado en la oferta que te hice? Podría ser que a estas alturas estés pensando en irte en dirección opuesta (a Poniente en lugar de a Oriente), y ha llegado a mis oídos de varias fuentes que podría viajar dentro de poco a Nueva Guinea, que está tan al este que casi podría considerarse en Poniente. También temo, no por ti, exactamente, sino por el pasado y por mi insuficiencia, quizá, aunque mantengo la esperanza. Tiene que haber algo más para nosotros. Depende más de ti que de mí, pero si hay algo que pueda hacer, creo que deberías decírmelo.

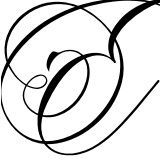
Con todo mi corazón,

Lee



DOCE

En el que se vuelve al Principio, tal como pudo haber sido^[0]

n la costa de Epiro, en el puerto de Salora, los pescadores reparan las redes por la tarde, o quizá no, y, en lugar de ello, echan una cabezada a la sombra de un bote cuyo casco mira al sol mientras la pipa humea en sus labios y se encomiendan a una divinidad, o a varias (Alá y la Virgen, como mínimo), con tal de evitar incurrir en la ira de ninguna de ellas. Sus lejanos antepasados hicieron lo propio; llevaron a cabo sacrificios, que ofrecieron con mano diestra sobre diversos altares. Un día, en esta costa, bajo esa cúpula que en lo alto se vuelve azul oscuro, pocos son los barcos, o las gentes que desembarcan procedentes de las embarcaciones auxiliares, que sean forasteros para estos pescadores, mas en esta tarde existe un barco que a bordo lleva a un forastero. Se trata de un hombre vestido a la europea, quien, a pesar de ello, al saludarlos, lo ha hecho en la lengua de Albania (aunque con ciertos titubeos) y no en la lengua del infiel. Quienes remiendan las redes le responden, pero el joven no parece oírlos. Mira a su alrededor como quien despierta de un sueño y se descubre incapaz de decidir si este mundo es más real que aquél. ¿Qué hace allí? Se dice a sí mismo, como para aclararse, que se propone viajar al norte, a tierras de los ochridas, necesita un guía, y a uno o dos hombres, y caballos, así que los pescadores le señalan un lugar donde podrá regatear por ellos. No vuelven a verlo, mas apenas un día y una hora después de marcharse se presenta ante ellos un nuevo motivo de asombro y distracción a su indolencia: *otro* hombre, igualmente vestido a la europea, que desembarca en la apartada costa y hace unas preguntas para las que los pescadores hallan respuesta, lo cual no les impide sorprenderse de conocerla, o tal parecen indicar las miradas que se cruzan. Al marcharse el recién llegado, los cristianos se persignan sin saber por qué, como si un ser extraordinario acabara de pasar junto a ellos.

El primero de estos extranjeros es, por supuesto, nuestro Alí. Ha arribado a la costa, a la península de Helias, por etapas a lo largo de medio año de viaje, consciente de que aquélla sería su última parada, tanto como pudiera estarlo de que aquel lugar era su Destino. Tras partir de las costas de Inglaterra como consecuencia de su demasiado exitosa actuación en el campo del honor, recaló primero en las costas de

Francia, donde en la peor y la más fría habitación de una fonda escribió a Catherine, y a Una, deseoso de hacer saber a la dama que se había defendido de unas calumnias que no quería repetirle a ella, y de cuál había sido el desenlace de ello; a su hija, para que supiera que, a pesar de la distancia, el amor que sentía por ella era constante, y algún día la abrazaría de nuevo y volvería a besarla. A continuación envió al señor Piper cuantos documentos y poderes pudo imaginar (al no tener a mano un libro de leyes), mediante los cuales el Honorable podría extraer de banqueros y agentes los recursos necesarios para un largo viaje, tal era su propósito al llegar a Francia, y no sabía cuándo iba a volver; aunque, si lo hacía en los límites de su propia mortalidad, lo haría pronto. En ello meditaba mientras goteaban las velas y su aliento se dibujaba como humo ante su mirada.

Desde Francia atravesó solo a caballo los bien llamados Países Bajos, y casi sin reparar en ello se encontró en un campo de batalla, no sólo recordado por un monumento, sino por una opulenta cosecha, fertilizada aún por huesos y tendones que tan generosamente se habían esparcido allí cierta jornada, no hará ni dos años. ¡Waterloo! El recuerdo de ese hombre que era a la vez superior e inferior a un Hombre y que, sobre el verde tapete de este campo, arrojó todo cuanto había ganado por la Humanidad para ver cómo se lo arrebataban los demás jugadores, único revés del que no pudo recobrase. Allí meditó largo rato en el lugar, apartado durante una hora de las cargas que le imponía su propia conciencia para mirar las de la Humanidad, y pensó —y no era orgullo, ni vanidad, tan sólo el capricho de aquel momento— que la diferencia que había entre sí mismo y aquel gran hombre era que él tenía menos para jugarse, aunque no se sintió menos culpable por hacerlo. Él no había «matado a millares», aún menos a «decenas de millares», tan sólo había llevado a la tumba a un hombre, pero *nos turba*, cualquiera de nosotros es una multitud, y todo el sufrimiento que se produce cuando la sangre derramada fluye como un río no supera el que se siente por un solo hombre: no hay multiplicación, porque todos sufrimos y morimos solos, aunque medremos y crezcamos juntos. Pregunta al gimnosofista indio cómo puede ser tal cosa, ¡porque es así!

Dejó atrás el campo, cruzó el Rin, escaló los Alpes^[1], contempló una avalancha, el caudal de la montaña, el glaciar, mas a pesar de semejantes vistas siguió siendo él mismo, y no extravió su yo en ellas, de modo que poca paz obtuvo de todo cuanto vio. Por tales medios, a caballo y barco y a pie llegó finalmente a las costas donde lo he situado, las costas de su hogar, palabra que no sabía pronunciar en lengua alguna, al menos no en su sentido más íntimo.

Partió de Salora acompañado de unos pocos, y llevaba unos días subido a la silla, durmiendo allá donde podía, comiendo lo que podía procurarse y sin prestar demasiada atención a nada, cuando empezó a percibir en el aire, a ver en los jirones de blancas nubes y a sentir en la tosca tierra que pisaba, algo que despertó sus aletargados sentidos. Cierta tarde contemplaba, como si vengadores celestiales lo persiguieran desde el lugar donde había morado, un manojito de grises nubes en lo

alto, cuando un viento tan frío como el que atraviesa los llanos de Salisbury sopló en su barba y sus ropas. Había ganado el abrigo parcial de un antiguo cementerio turco cuando estalló la tormenta con ejemplar furia. Cayó la lluvia, y el trueno retumbó con toda la majestuosidad y el reproche con los que Dios habló a Job para recordarle su insignificancia y el poder del Creador. Cuando la lágrima encarnada en un relámpago partió el cielo, iluminó las piedras y las garras de las ramas, vio a otra figura, o creyó verla, que no formaba parte de su grupo. Un bandido, o un ladrón... aunque éstos nunca actúan solos. Fuera lo que fuese, ¡al siguiente destello de luz había desaparecido!

En Janina pagó y se despidió del intérprete y de los sirvientes, y se libró del traje europeo, que sustituyó por el ropaje típico de la tierra. En el ancho cinto de cuero introdujo la espada que el pachá le había regalado, espada que se había llevado de Inglaterra, tierra que se antojaba lejana y borrosa como un sueño. Reemprendió el viaje solo, y ascendió desde la llanura hacia las colinas albanesas, hasta que una tarde llegó al paso que conducía a la capital de aquel pachá a quien había servido en tiempos, y cuya espada ceñía de nuevo. El sol refulgía en los minaretes, bañándolos de oro, la quietud del ambiente tenía gusto a polvo, y las piedras que alfombraban el camino no habían cambiado un ápice, pero la población no era como la recordaba. El reinado de aquel pachá^[2] había tocado a su fin, y allá donde otrora se había juntado la turba de suplicantes para aguardar a su gobernante, y los turcos se habían pavoneado en sus pellizas negras llevando mensajes del sultán, allá donde los esclavos negros y los caballos engualdrapados habían desfilado todos al ritmo de los grandes tambores, y donde las voces de los muchachos se habían oído procedentes del minarete, había ahora silencio, los patios se veían vacíos, a excepción de algunos mendigos, que eran demasiado pobres o indolentes para procurarse otro empleo, y uno o dos jacos esparavanes que ocupaban el lugar donde los 200 corceles del pachá habían sacudido las cabezas y habían hecho sonar de manera discordante los arreos.

No se demoró mucho Alí en el lugar; cambió de montura, llenó las cestas y partió solo a las alturas que dominaban la población; de noche se cubría con el capote y dormía en el suelo, siempre que no le permitían dormir en un establo o choza. Siguió adelante hasta que, aunque no supo cómo ni por qué, fue incapaz de ver en lontananza un solo pico o valle, o tomar un recodo del camino o doblar por unas casas que se extendieran más allá del lugar que lo llamaba: ¡se hallaba en las colinas de su niñez! No parecían las mismas colinas, y es que «No podemos meternos dos veces en un mismo río», pues el río ya no es el mismo, y nosotros no somos lo que en tiempos fuimos. En vano buscó Alí en ellas al muchacho que allí había morado, el muchacho que bajo aquel cielo se aventuró, amó, luchó, comió y durmió. No había forma de dar con él. Un hombre adulto, cuyos pensamientos, incluso para su propia alma, discurrían en inglés, observa la piedra reseca y las alturas desnudas, y piensa «¡Qué yermo es todo!»; aun así, ¡con qué garra siente en su interior su reclamo! Mientras recorre la llanura, cabalgando por una pendiente cubierta de piedras y

cortada por un arroyo, empieza a pensar cosas como; «Por aquí caminé.» «Allí conduje al rebaño.» «Allí me resguardé de una tormenta, en ese fuerte, abandonado desde hace mucho tiempo.» «Y allí...» «Y allí...» Pero ni para sí es capaz de pronunciar un nombre, el de quien lo acompañó en sus correrías; pero en su pecho anida ese nombre, como un bebé lo hace en el vientre de su madre. Y el nombre fue creciendo.

Cabalgó hasta una arboleda formada por cedros, donde esperaba (aunque lo cierto es que él no hubiera dicho tal cosa) encontrar una buena fuente de agua, no agua pesada, como dicen los albaneses, sino liviana, pues son capaces de apreciar las diversas aguas, que catan como un sibarita cata los diversos vinos que pueda tener a su alcance. Allí estaba la fuente, entre un montón de piedras, y al acercarse Alí a ella vio también a algunas personas, los hombres a un lado y las mujeres al otro, discutiendo. Tras detenerse en un lugar desde donde podría observar sin ser visto, comprendió que la disputa estaba relacionada con quién tenía derecho a tomar agua de allí; los hombres prohibían acercarse a las mujeres, y ellas respondían a voces a esa prohibición de un modo harto *masculino*, de tal forma que no parecía que pudiesen llegar a un acuerdo. Al menos hasta que llegó un joven (a juzgar por su rostro barbilampiño, era un joven), armado con una escopeta y con una pistola al cinto. Alí observó cómo, al verlo acercarse, las mujeres se alegraron y los hombres se sintieron desconcertados, y con una palabra y un gesto resolvió la disputa. Los hombres, a pesar de algunas palabras ásperas y gestos belicosos que nada significaban, se retiraron para dejar a las mujeres llenar los cántaros de agua. El joven permaneció a cierta distancia, como si los observara, el arma sobre los hombros, los brazos sobre ambos extremos de la misma, tal como haría un albanés con una escopeta.

Cuando los cántaros reposaban ya sobre las cabezas de las mujeres, éstas se alejaron por un camino, y Alí se acercó hasta donde se hallaba el joven, quien, tras reparar en la cercanía de aquel extraño y volverse hacia él, le saludó, mientras Alí caía presa de un repentino silencio.

La belleza no respeta los sexos, y las mujeres no tienen ventaja alguna, si el caso lo juzgan algunos Tiresias de extensa pericia y ojo experimentado. Y aun así, rara vez se confunden ambos, si es que pueden ser confundidos. Buena cuestión, pero no era una que se planteara Alí, quien al primer vistazo supo que el joven que se hallaba ante él era una doncella, una preciosa joven, tan bella que se quedó boquiabierto y el saludo se ahogó en sus labios. La muchacha, en absoluto desconcertada, apartó el arma y extendió la mano derecha a Alí a modo de saludo, igual que haría cualquier hombre al encontrarse con un extraño. Su mirada era franca, su rostro sosegado, sus ojos lo observaban como si lo evaluara. Tenía el aspecto de los muchachos que Alí había conocido al servicio del pachá. También ella, no obstante, guardó silencio al acercarse Alí. Silenciosa, extrañada. No obstante, ambos silencios eran de naturalezas muy distintas.

—Forastero, ¿te conozco? —preguntó finalmente en voz baja la muchacha, con una nota de duda que Alí no entendió.

—No lo creo —respondió él—. Si bien hace tiempo vivía aquí, hace muchos años que me marché, y quien yo era entonces no es el mismo que ahora ves.

—¡Tampoco yo fui el mismo... hombre al que ves! —exclamó ella—. Dime, ¿cómo te llamas?

—Alí.

—Oh —dijo ella, que se sentó como si tuviera necesidad de hacerlo y no pudiera seguir de pie—. En ese caso, no te diré mi nombre. ¡No, no lo haré!

No hacía la menor falta que pronunciara el nombre que tú, lector, habrás intuido hace una o dos páginas. Alí no ha sido tan avisado, puesto que, al contrario que tú, ignoraba (¿y cómo podía saberlo?) de qué clase de historia formaba parte. No obstante, a medida que empezó a comprenderlo, también él se sentó, a su lado, aunque antes de hacerlo observó un instante a la guerrera. Ambos permanecieron callados.

Debido a cierto escritor de la Antigüedad existe la creencia, o la suposición, de que las Amazonas^[3] moraban en las regiones que componen lo que ahora llamamos Albania, y el viejo Euhemero, de haber considerado el caso, podría haber supuesto que las historias de las mujeres guerreras surgieron de una práctica común allí, que podría remontarse a Hesíodo por lo que yo sé. Pues para este pueblo adusto, lo que no es negro es blanco, y lo que no es Mujer es Hombre, entendiéndose que la mujer está sometida en todos los aspectos al hombre, bestia de carga por necesidad y, al nacer, una mercancía, vendida a su futuro esposo en cuanto la destetan, por tantas *paras* a modo de pago, el resto a la entrega, cuando cumpla la edad. (Mediante tan fríos cálculos se acordaron los matrimonios de reyes y reinas, y puede que siga siendo así, aunque seguro que la afinidad constituye la principal consideración para el monarca de Gran Bretaña). Los matrimonios así acordados en pañales no pueden luego repudiarse al alcanzar la edad núbil, pues una esposa o un marido desdeñados adquirirían una mácula en su honor que sólo cabría lavar con sangre. Te ruego seas paciente, de tal modo que pueda exponer el motivo de este sermón, mientras Alí y la muchacha vestida de hombre siguen mirándose asombrados. Decía que puede suceder que una joven, al cumplir la edad a la que debería casarse, rechace al marido escogido para ella. Y si se muestra inquebrantable, y valiente, y desafía toda coacción y las amenazas que reciba (amenazas incluso contra su vida), entonces podría perdonársela, si bien con una condición: por haber rechazado al marido, y la casa a la que en primera instancia estaba destinada, ¡debe jurar solemnemente ante el Consejo de Ancianos que no se casará con nadie jamás! Entonces, puesto que nunca contraerá matrimonio, ni tendrá descendencia, ya no puede ser considerada una mujer, y debe, por tanto, convertirse en hombre, puesto que de otro modo no sería nada. Su ropa, el comportamiento, las armas que ciña, las labores que desempeñe (o rehúya), el caballo que monte, todo corresponderá a un hombre: en todo lo aparente ella es un hombre,

¡y cuidado con aquellos que lo olviden!, puesto que no sólo una casa, sino dos, la observan, celosamente, ¡y la propia muchacha va también armada!

De repente, Alí ha recordado aquel extraño modo de vida, y ha recordado también a una anciana que conoció de niño; vivía como una monja, sola y soltera, y así comprende ambas cosas: *Qué y quién* es aquella muchacha.

—¡Imán! —exclama—. ¡Eres tú!

Entonces ella se vuelve, como avergonzada de que él la vea así, a pesar de que cuando estaba sola se había valido por sí misma y se había enfrentado al mundo como si llevara las riendas. Levanta la cabeza y lo mira. Ella ha sido la primera en reconocer al compañero de su infancia. Ríe, pues lo ve muy cambiado, y él también ríe, y dice que en su corazón y en su mente sigue siendo una niña para él, sigue viéndola como lo hizo por última vez. También a ella le pasa. Después se miran largo rato, ojos y labios, manos, cabezas y demás, y son los ojos y los labios, las manos, etc., de aquel que conocieron en tiempos, y, a la vez, de otro, a quien no conocían. No pueden articular palabra, o hablan sin hablar. Finalmente, con lento y titubeante ademán, ademán que desarma al hombre que hay en él, Imán sube la holgada manga de Alí para ver la marca en su brazo que recuerda que le hicieron. Y después de verla, se sube su propia manga y allí, en el brazo, se ve la misma marca, hecha por ella misma, de trazos más toscos, como medio olvidada, pero la misma marca. Entonces, todos los años que los han distanciado se disuelven como si nunca hubieran transcurrido, y ambos vuelven a ser quienes fueron, un alma en dos seres, sin estorbos ni obstáculos. Aun así, cuando Alí hace el gesto de coger aquella mano que nunca quiso soltar, a pesar de tener que hacerlo por fuerza mayor, ella se aparta de él como quien se aparta del peligro.

—Cuéntame —suplica Alí—. ¿Vive aún nuestro abuelo? Dime qué pasó para verte así. ¿No había nadie dispuesto a protegerte?

—Ha muerto —responde ella—. Murió hace tiempo. Te mostraré el lugar donde descansa. Nunca dejé de lamentar tu ausencia. Hasta el momento de su muerte, me permitieron vivir sola y servirlo, pero en cuanto murió, los ancianos acordaron un matrimonio para mí: un viejo viudo que deseaba una criada. Yo me negué.

Al ser conducida al viudo rechazó sus propuestas, se enfrentó a él como el tigre que Alí sabía que había en ella, y en cuanto se le presentó una oportunidad, huyó al desierto sola, sin importarle si moría. Capturada por su pueblo, también se enfrentó a ellos con denuedo, juró que si la devolvían al prometido que le habían buscado volvería a huir, o le rajaría la garganta mientras durmiera, o le haría cosas tales que ni siquiera sabía, aunque merecerían el apelativo de horrores del mundo. La maniataron con tiras de pieles para impedir que huyera, y ella mordisqueó los nudos y logró escapar. De nuevo la atraparon, y al punto, sin nadie que la avalara, exigió que se le permitiera tomar los votos de castidad que observaban las leyes para alguien como ella.

—¿Tanto odiabas a ese anciano como para perderlo todo y evitar así que se

cumpliera el contrato? —preguntó Alí.

—No —respondió ella; aseguró que no lo odiaba, ni odiaba a ningún otro hombre, que no odiaba a nadie, de hecho—, no, no fue eso.

Bajó la mirada y se cubrió con la capucha para que él no pudiera verle el rostro.

¿Acaso no había amado nunca? ¿Había pasado todos aquellos años, la flor de la vida, retirada como una monja? ¿Ninguno de aquellos espléndidos jóvenes que cuidaban de los rebaños, cabalgaban a las órdenes del pachá o cazaban jabalíes había hecho que se arrepintiera de los votos tomados, de la elección que había llevado a cabo?

—Pero ¿qué *elección*? —preguntó ella entonces—. No tuve mucho donde elegir: compartir mi vida con alguien a quien no quería, o morir. Escogí morir, eso es todo, y por ello... —Ella levantó la cabeza y la vio sonreír, chispeantes los ojos—. Por eso soy yo quien cabalga, yo quien caza, y yo quien habla en el consejo. ¿No es mucho? ¿Es más que amor? Dime.

—Poco sé del amor —respondió él—, excepto su precio. No sé por qué podría comerciarse con él. ¡Imán!, ahora que te he encontrado, y tú a mí, entiendo que te he perdido como si jamás hubiera regresado de esa tierra maldita adonde me llevaron.

Imán nada respondió. Se levantó en ese momento e hizo ademán de que Alí la imitara. La ternura cubrió sus facciones, y una profunda tristeza empañó la mirada fija en él; de todo lo que había pertenecido a ella eran sus ojos lo más inalterado.

—Ven —dijo—. Te llevaré en presencia de nuestro consejo, y mis *compañeros* te darán la bienvenida, pues se te creía muerto y aquí estás. ¡No hagas más preguntas!

Cuando finalmente Alí se presentó ante ellos, los adustos pastores guardaron silencio ante el regreso del hijo pródigo. La mayor parte de ellos no mostraron deleite, tampoco desaprobación; uno estrechó su mano sin sonreír; otro le preguntó por el caballo, por el equipaje, por lo que podía contener, y le pidió ver su espada, muestra del afecto del antiguo pachá. Otro, no obstante, le dio la espalda y le negó el saludo por la misma razón: que Alí había servido (eso había oído él) como soldado de ese pachá que había despojado a su clan. Intentó describirles sus aventuras entre los infieles, pero no entendieron gran cosa. Rieron, como si se tratara de un chiste, o de una extravagancia, o se aburrieron por lo inverosímil que se les antojaba todo aquello. Así hasta que se despidió. Fuera como fuese, nadie discutía que tuviera un lugar entre ellos; encontró abrigo y, cuando sus suaves manos se endurecieran, encontraría también trabajo.

Con Imán fue muy distinto. Con ella se abrió, como en el pasado, un libro largo tiempo cerrado, la época de su temprana juventud, algunas páginas que había olvidado o recordaba mal, otras que sabía de memoria. En un oscuro valle se tumbaron ambos como lo habían hecho en el pasado, para escuchar el somnoliento mediodía, y al recordar qué había sentido él entonces, algo para lo que no tenía nombre, Alí experimentó la apertura en su interior de un torrente sellado de pura serenidad. Ahora sí tenía nombre para ello, sabía hacia dónde se habían inclinado sus

sentimientos, al igual que Imán, castos ahora como entonces, ahora por los votos, antes por pueril ignorancia, encantados a pesar de ello, aunque no saciados. Ella deslizaba la mano sobre su mano, y al punto la retiraba, al igual que la mirada, a pesar de que la sonrisa seguía ahí; él suspiraba y se rebullía, y al poco tendrían que despedirse de aquellas añoranzas. *Debían* hacerlo, y lo sabían.

Cuando se hizo evidente (en cuanto sucedió) que todo cuanto importaba a Alí era estar cerca de Imán, y que ella había cambiado y que no quería hacer nada más que despertarlo por la mañana, cabalgar con él al mediodía y reír con él toda la noche, se ensombrecieron los semblantes de los hombres del clan. No se había olvidado que siendo niños ambos habían sido uno. En la fuente o junto al fuego eran observados con suspicacia, tan de cerca como se vigila a un par de jóvenes (todo sedas y paño fino) que conspiran juntos en un baile o mascarada en Londres o en Bath. Más incluso, puesto que las consecuencias eran si cabe más graves, el castigo singular, y cualquiera podía erigirse en verdugo, la mano al arma cuando la sonrisa asomaba a sus labios. En las naciones llamadas civilizadas, las transgresiones que involucran a dos miembros que de verdad pertenecen al mismo sexo, sin importar cómo se vistan o comporten, corren el riesgo de ser castigadas con la horca. Allí, la ley es otra cosa. En aquella pelada y hollada tierra, existen un centenar de oportunos rincones donde un hombre y su compañero pueden evitar la mirada inquisitoria. Allá donde ella y él se sentaran para abrir sus corazones aparecía, al cabo de una hora, alguien como por casualidad que cruzaba por su lado con aparente indiferencia, consciente, eso sí, de su sospechoso retiro. Eso en seguida se volvió insoportable para ellos, pues ¡a pesar de constituir un mundo el uno para el otro, no podían sacudirse al mundo de encima!

—Tengo que marcharme —declaró Alí finalmente—. No hago más que ponerte en peligro. Mejor separarse, como ya hicimos, que ser la causa de tu muerte.

—Pues ¡márchate! —gritó Imán, alterada—. ¡Abandóname, ahora que me has encontrado! ¡Que sepas, no obstante, que eso también supone la muerte para mí!

—Y para mí, pero no te mueras, vive como lo hacías antes. ¡Déjame partir y olvídate!

—¿Tienes miedo a la muerte? ¡Porque yo no!

Sacó la pistola que llevaba al cinto, dispuesta (a Alí no le cabía duda alguna) a poner punto final a la vida de él y, luego, a la suya propia. ¡Era tan categórica como su gente! No obstante, le permitió quitarle el arma con suavidad, y en sus brazos lloró como una niña.

—Imán —dijo entonces él—, si desafías a la muerte, abraza la vida, porque exige tanto o más coraje, pero la recompensa es más que la noche y la pira, si es que hemos de alcanzarla.

—Si tú estás dispuesto, yo lo estoy —exclamó ella, cuyos ojos oscuros se encendieron como los de un tigre, toda ella resolución, toda ella coraje—. ¡Jamás dudes de mí!

—Jamás lo hice —aseguró él—, ni lo haré. Y, ahora, presta atención.

Así las cosas, Alí comunicó públicamente que deseaba dirigirse al cabecilla del Consejo de Ancianos del clan, encargado de aprobar todos los asuntos de importancia y resolver todas las cuestiones relevantes. La petición de Alí no fue atendida de inmediato, pero, después de ambiguas consideraciones, fue admitida, y, tras un tiempo que permitió que reunieran a personas de calidad que habitaban lejos, se celebró debidamente el Consejo. La apropiada solemnidad no tardó en imponerse, y cuando se hubo fumado la pipa en reflexivo silencio, Alí fue invitado a hablar. Empezó dedicando a los allí presentes tan elaborados cumplidos como pudo conjugar en su primera lengua, y después ofreció sus más humildes disculpas a sus excelencias por no haber acudido nada más regresar a rendirles homenaje, sentir que ellos acogieron con aire grave, muy propio de su dignidad. A continuación les propuso celebrar un festín en honor de sí mismo, lo que dio pie a algunas risas por tamaña presunción, o más bien en honor de su retorno al hogar y a su gente, pues no tenía intención de vagabundear más (y aquí paseó la mirada, como si quisiera abarcarlos a todos, hasta que recaló en Imán, cuyo aspecto era solemne). Dijo que todo lo pondría él de su bolsillo, promesa merecedora de muestras de aprobación, y la propuesta por tanto fue aceptada por todos y cada uno de ellos. Las sonrisas y las inclinaciones de cabeza se generalizaron al finalizar su discurso, y se puso fecha al acontecimiento, a pesar de que en esa estación los días no se distinguían en nada. De nuevo se cargaron las pipas, y para recalcar el acuerdo se efectuaron algunos disparos al cielo azul.

Está extendida la creencia de que nuestros vicios difieren de los vicios del musulmán, en tanto en cuanto éste rechaza la bebida fuerte, y prefiere una pipa y un compañero, cuando nosotros gustamos de una botella y una moza, mas esto es sólo cierto en parte. En los reinos del sultán y la Fe hay muchas tierras y gentes, y aunque en esa región de Albania no se ve a menudo la bebida, los hombres se tienen por los mayores tragones de entre todos los seguidores del Profeta, y son capaces de abrir la boca y tragar más que la mayoría, siendo su único límite el *fondo del barril*. No tardó mucho, aunque fue necesario buscarlos, en encontrar Alí suficientes pellejos de vino y jarras de *rakia*, que es como se llama su fuerte brandy, para proveer la celebración que había concebido. Debía tener lugar al aire libre por necesidad, puesto que no había interior lo bastante espacioso para que los hombres del clan se reunieran; y los interiores resultan menos convenientes que los exteriores a la hora de disparar las armas, de modo que pueda emplearse la pólvora con la debida extravagancia. Todos fueron invitados, al menos todos los que no tenían rencillas personales con otros invitados, así como aquellos que se comprometieran a disparar al aire durante unas horas, o sea, todos ellos, entre los cuales, por supuesto, se contaba Imán.

—No bebas, fíngelo —susurró al pasar junto a Imán—. Yo tampoco lo haré. Estate atenta a mi señal.

A estas palabras nada respondió Imán, igual que haría un guerrero con un compañero, pues no hay necesidad de responder a aquello que dispone la necesidad, de modo que basta el silencio para dar la conformidad. Nunca le había parecido tan

hombre a Alí como entonces, con el coraje y la compostura que mostró; sonrió para sí, consciente de que ella era una mujer, sonrió por lo extraño que puede a veces resultar el mundo.

Al atardecer empezó la celebración. Se encendió una hoguera, y los Ancianos fueron conducidos a sus asientos según su dignidad (a pesar de que no eran más que simples alfombras sobre la piedra); los músicos se lamentaron mediante esa música que resulta imposible de imaginar hasta que uno la escucha, inolvidable después. Un cabrito relleno de arroz y pasas había girado en el espetón desde mediodía, y, ya troceado, los comensales se disponían a comerlo con ansiosos dedos en platos constituidos por tortitas. Se sirvió la bebida; los pellejos circularon y volvieron a circular. Los efectos de la misma fueron inmediatos, y se liberó la alegría^[4]. Las voces entonaron un canto, si tal puede llamársele. Se efectuaron disparos y de nuevo se cargaron las armas para volver a disparar. A medida que oscurecía y el chisporroteo del fuego mordía el negro en su agonía, empezó el baile, como hace el moralizador en una reunión de cuáqueros, porque el Espíritu le empuja a uno a empezar, y luego a otro, y a otro. Los flexibles muchachos son los primeros que, en serpenteante línea, avanzan entre los presentes. Lo hacen con lánguidos gestos y un comportamiento que de pronto se vuelve orgulloso y ardiente —siendo la interpretación imposible—, y, a medida que la flauta y el tambor aumentan el ritmo, también lo hacen los bailarines, y muchos otros se unen a ellos de un salto.

De todo ello se apartó Imán sin despertar sospecha, riendo como los demás y levantando una copa que en ningún momento había apurado como debiera haber hecho de acuerdo con las costumbres. Se dirigió a un extremo donde estaban bailando alegres algunos comensales, y, desde allí, reparó en el lugar donde aguardaba el raudo caballo de Alí —con las alforjas puestas, ensillado—, junto a las mejores monturas en que habían llegado los visitantes, ninguna de las cuales estaba a la altura de la de Alí.

Corre la bebida como no lo hace el agua en esas tierras, con libertad y demasía, hasta que los mejores bebedores trastabillan y se tambalean. Algunos, los más viejos, se han sumergido ya en el olvido. Otros, esclavos del risueño demonio del vino, bailan con abandono. Los jóvenes giran sobre sí mismos al ritmo de la vibrante música, y otros se levantan la camisa hasta los pardos pezones para llevar a cabo una *danse du ventre* que anima a un tipo canoso y de mirada febril, la barba cubierta de espuma, a avanzar con felona intención hacia ellos; sin decidirse sobre cuál aferrar. Ellos evitan al sátiro con risotadas, hasta que éste cae de rodillas al suelo. Pronto, quienes no bailan, duermen o roncan, e incluso los bailarines empiezan a caer como bolos; en el estruendo que sigue, capaz de atraer todas las miradas, Alí hace un gesto a Imán.

En silencio se distancian por separado de la multitud. Nadie repara en ellos. Alejan los caballos hasta situarse más allá del círculo de luz que proyecta la hoguera, donde se dan la mano un instante, montan, y, en un abrir y cerrar de ojos, desaparecen, en silencio, desvaneciéndose como lo hacen los espectros al oír las

primeras campanadas del día.

* * *

Así concluye la historia. Amor y osadía reunidos en dos almas, y dos raudos caballos, y está todo dicho. Adónde irán, cómo vivirán, cómo amarán, todo ello en contra del mundo, cómo envejecerán y, a pesar de ello, seguirán siendo los mismos que fueron, no tiene cabida en estas páginas. No obstante, si esta historia debe parecerse a la vida —pues tal deseaba lograr, aunque fuera en parte—, más plagada, quizá, que la realidad de interesantes incidentes, y menos turbada por la duda, por deseos inalcanzables, por horas de tedio, etc., etc., entonces, en cierto modo al menos podría empezar (o continuar) —y no terminar todavía, como sucede en la vida— otra historia en el mismo instante en que la primera toca a su fin, como una ola sigue a otra, como una ola vuelve a la anterior.

Así pues, observa ahora, en las peladas alturas que se alzan sobre el mar, a un hombre de peculiar silueta que conduce una montura agotada. Se detiene una y otra vez, atento a los ruidos que no son propios de las colinas inhabitadas —el grito del águila, el gemido del viento—, pero nada oye, de modo que sigue adelante. Sabe bien a quién anda buscando, pues los ha estado siguiendo a pesar de que ellos lo ignoran. De un tiempo a esta parte se ha rezagado un poco para evitar que pudieran descubrirlo, y ahora se ha perdido, aunque está convencido de que cerca, en una cueva en las alturas, se han refugiado aquellos a quienes sigue, como haría él, piensa, de estar en su pellejo. Al rodear el amarillento y afilado canto de unas piedras, ve lo que estaba seguro de haber oído: un caballo, cansado como el suyo, y la oscura entrada de una cueva. Allí, a la calurosa sombra de esas mismas piedras, fuera de la vista, se sienta como si fuera a vigilar la entrada, o a aguardar a que ellos salgan, imposible saber cuál es su intención. A pesar de su silencio e inmovilidad, no los oye dentro de la cueva.

¿Qué dicen ellos, pues, cansados como están después de tan larga huida, conscientes aún del peligro que corren, tumbados en el frío suelo de la cueva, juntos y cogidos de la mano? ¿Por qué llora ella después de los kilómetros que lleva a cuestas con él, a quien ha seguido sin pronunciar una queja, a pesar de las dificultades?

—No puedo decirte por qué —le susurra ella en respuesta a su ruego—. No me lo vuelvas a preguntar.

—¿Es porque hemos hecho mal? Yo diría que no hemos hecho mal alguno.

—No hemos hecho nada malo, no.

—¿Desearías que no hubiera regresado, que las cosas fueran tal como eran, que no hubiera vuelto para alterarlo todo?

Imán no respondió a esta pregunta; se levantó del lugar que ocupaba junto a él para sentarse después a cierta distancia. Bajó la mirada, y de la tierra gris tomó un puñado de polvo, ese polvo del que procede nuestro primer antepasado, y al que al

final regresamos. Luego dejó que resbalara entre sus dedos.

—No sé decir si me duele más que te apartaras de mí cuando éramos niños, o si hubiera sido más doloroso haberte tenido a mi lado.

—¿Por qué dices tal cosa? ¿Acaso no hice cuanto pude para que fueras mía cuando nos convertimos en adultos? Cuando me apresaron los jinetes del pachá te oí llorar. Sé que mi corazón lloró. Entonces, ¿por qué dices eso?

—Alí —dijo ella al tiempo que alzaba de nuevo una mirada llena de lástima y turbación— hay algo que desconoces, algo fatídico que descubrí viviendo sola aquí. Podrías haberlo averiguado con sólo pensarlo un poco, si hubieras dirigido el pensamiento en ese sentido. Estuvo largo tiempo enterrado, pero yo lo desenterré, y luego no pude quitármelo de la cabeza.

—Dime —dijo, aunque la mirada de Imán le dio a entender que era mejor no saber.

—¿Sabes, querido mío, mi único amor, cómo llegamos ambos a estas tierras, a convivir con estas gentes?

—Hoy lo sé —respondió Alí—. Hoy. Pero entonces no lo sabía. Sé que mi padre era un inglés que forzó a la esposa de un bey de este clan y se erigió en su líder. Mi madre murió a manos del bey, y a mí me enviaron a vivir a este lugar.

—Así es —confirmó Imán—. A mí me enviaron contigo, para ir adondequiera que tú fueras, y vivir donde tuvieras que vivir. ¡Alí! Esa pobre mujer, tu madre, ¡no tuvo un solo hijo! ¡Yo soy hija suya, la mayor, tu hermana!

La oscuridad de la cueva se ve aliviada por una única fuente de luz, el sol, que a través de una rendija en la piedra filtra al fondo un amplio rayo que a lo largo de las últimas dos horas ha cruzado las rugosas paredes. En este momento les enfoca a ambos, inmóviles y distanciados, y es posible que él supiera ya la verdad, porque el anciano pastor se lo había confesado en una ocasión, y aunque él se negó a entender sus palabras, quizá en realidad lo había hecho, y lo que ahora sabe lo había sabido desde siempre.

—Dime qué constituye mayor pecado —dijo Alí—: que hayas faltado al voto de castidad y yacido con un hombre, o que lo hayas hecho con tu propio hermano.

—Ambos son nefastos. Si cometes uno, ¿qué importa el otro?

—Entonces, ven conmigo, ya que conmigo has huido.

—Acabaremos yaciendo en Eblis, pues.

—Si es contigo, no me importa.

—¡Tampoco a mí!

El amor puede aspirar a mucho, aunque no tenga derecho a aspirar a todo, tal como se ha afirmado en este relato mío, en el que he aportado buenos ejemplos, incluido este último. No había amor como el suyo, pues estaban dispuestos a perder todo el mundo por lo que éste podía permitirles, por aquello que por fuerza llevaron a cabo los hijos de Adán^[5], y fue prohibido después de éstos, mejor no preguntar por qué, porque está grabado en la urdimbre de la Tierra y el Cielo y en la sustancia de

nuestra mortalidad, como los Diez están grabados en Piedra: así es, y así debe ser. Y los Hados (encarnados por hombres, y mujeres también, armados con plumas y con espadas, y con armas y libros de leyes) no descansarán hasta que sea borrado hasta el último caso, igual que si nunca hubiera existido. Hacia esa cueva, de cuyo recinto aquel extraño observador se ha alejado, avanzan ahora por las colinas otros hombres, hombres a caballo, bien pertrechados, encendidos por el ultraje, la indignación y el ansia de venganza, que han perseguido sin descanso las borrosas huellas de los pecadores, y que en ese momento se acercan a ellos. Sólo el disparo efectuado al aire, para advertirse de la posición, alerta a quienes se han refugiado en la cueva. Los perseguidores no saben lo cerca que están de ellos. Alí e Imán montan en un solo caballo, puesto que el que Imán tomó para sí al principio fue abandonado en la huida, incapaz de proseguir. Tenían intención de llegar hasta la costa, y desde allí a aquel puerto donde Alí desembarcó al regresar, pero son muchos quienes los persiguen, y, aunque éstos aún distan mucho de llegar a su lugar de destino, están más cerca del mar que ellos. Él ha forzado la montura, ella lo rodea con sus brazos, mira de vez en cuando a su espalda, un día con su noche, poco descanso, ¡y han burlado a sus perseguidores! Después de todo, los Hados han demostrado no ser omnipotentes, o quizá sea que cambian de vez en cuando de opinión y deciden soltar una de las almas que tienen atrapadas, como lo haría un pescador de caña, quien no tiene por qué dejar ir un pez, pero puede hacerlo; y es que resulta gratificante, además de adular su poder, el hecho de dar la vida, tanto como pueda hacerlo quitarla.

El mar se perfila en el horizonte, aunque no ven ninguna población, un mar amplio y azul, huida y obstáculo a la vez. Y, aunque he afirmado lo contrario, de hecho hay un tipo fuerte de su clan que no ha perdido el rastro, que no ha abandonado ni se ha vuelto por donde había venido, alguien que, sin ser visto, se ha ido acercando a ellos, incansable, silencioso como un felino, y mientras Alí e Imán desmontan al llegar a la costa, abrazados y deslumbrados y agotados, éste repta hacia ellos por la hierba.

—Alí —dice ella, cuyo brazo rodea los hombros de él; y esa palabra que Imán ha escogido es la última, pues un hombre maldito de infinita honradez se ha erguido apenas a unos metros, ha empuñado el mosquete que arrastraba por la arena y lo ha apuntado.

Alí nada ve hasta que, de pronto, siente que su amor cede en sus brazos como alcanzada por un temible golpe descargado por un ser invisible. Sólo entonces oye el disparo, y al sonido le sigue la vista. Igual que un arco puede al instante venirse abajo al faltarle una piedra, y una atalaya erguida junto al puerto hundirse bajo las aguas que han corroído sus cimientos, o una bandada de palomas virar en pleno vuelo al mismo instante, para descender, así Alí en ese momento comprendió que toda esperanza, toda una vida, todo cuanto el Cielo le hubiera reservado o pudiera haberle reservado, todo, ha desaparecido. Por supuesto, ¡jamás ha sido más que una trampa! Dejó caer a la muchacha sin vida, incapaz de sostenerla; la recostó como pudo en la

tierra, y vio, en una duna, a aquel que la había asesinado, dispuesto a descargar otro disparo con toda la frialdad del mundo, ¡puesto que aún no ha rematado la faena! Alí se acerca a él con los brazos separados del cuerpo, desarmado, y aguarda el disparo que el otro le tiene reservado. Está impaciente por encajarlo, y a esas alturas el otro ya está a punto para complacerlo. No obstante, en lugar de disparar se vuelve, puesto que ha oído un ruido a su espalda, al pie de la duna. ¿Qué es lo que ve? Levanta el cañón del arma y lo aparta de Alí para apuntar a aquel solitario espía a quien antes hemos observado sin comprender. ¡Es él! Su caballo ha ascendido con encono por la cambiante arena, y casi ha alcanzado al sorprendido tirador. Tiene una pistola en la mano, que sin titubear un instante dispara apuntando a la cara del otro, impulsándolo a unos metros de distancia, duna abajo, ¡muerto!

Todo esto ha podido observarlo un inmóvil Alí. Inmóvil también, observa al jinete recorrer la playa en su dirección, y cree distinguir algo que le resulta familiar en él, algo que no es propio de otros hombres, pero que es una silueta, una forma que Alí conoce y que ha perseguido su imaginario, a menos que se trate de una aparición, a pesar de lo real del albanés muerto en la arena y el resoplido del caballo a punto de reventar. Todo esto se alza en su interior como lo hacen el agua o el aceite al hervir, y Alí desenvaina la espada que ciñe a la cintura y, a medida que el jinete se acerca, se arroja hacia su caballo, tira del hombre y lo hace caer con fuerza sobrehumana sobre la arena, para de inmediato poner la punta del acero en el cuello de aquel extraño que, para él, ya no lo es.

—Pero ¿qué haces? —pregunta el otro con calma, y la voz es la que Alí esperaba oír—. ¿Así me agradeces que haya acabado con tu enemigo?

—Por tu vida, ¡dime quién eres y por qué me has perseguido por medio mundo!

—Dime que no lo sabes —responde el otro, con la punta de la espada en el gaznate—. Niégamelo, si eres capaz.

—Sólo te conozco —afirmó Alí— como la sombra que no puedo esquivar y sigue mis pasos, que me odia, que busca mi ruina y que ahora me ha salvado la vida... precisamente ¡cuando eso era el mayor perjuicio que podía causarme! ¡Afirmo que no te conozco!

—Soy lord Sane —dijo el otro.

—No oses burlarte de mí —exclamó Alí—. Lo vi muerto. Tú no eres él.

—Él no, sino su heredero.

—¿Cómo! ¿Su heredero? ¿En qué te basas para hacer tal afirmación? Demuéstralo y lo tendrás todo. ¿Crees que acaso me importa el apellido?

—Aparta la espada. No deseas verme muerto. Te digo que soy lord Sane: puesto que soy su hijo, tu hermano, el mayor.

Al oír esto, Alí no supo cómo ni por qué, se abrió paso en su mente la convicción de que aquel hombre decía la verdad, y de que estaba mirando a los ojos a su hermano. Aun así, no movió un dedo, ni se arredró, la punta de la espada en la garganta del otro.

—Suéltame —dijo el otro—. Tenemos unas tristes exequias de las que encargarnos. Te ayudaré en eso, si aceptas mi ayuda. Cuando hayamos terminado, te contaré mi historia. Podrías sacar provecho de ella, y, si no, podrás matarme, como Sheherezade estaba destinada a morir, aunque mi historia no sea precisamente un cuento.

Desesperado, Alí se levantó y arrojó la espada a la arena. Cierto, era cierto: no deseaba la muerte del recién llegado. Si no estaba loco, si no estaba poseído por un espíritu diabólico, o si decía la verdad, a Alí no le importaba lo más mínimo, sólo le importaba el cuerpo que yacía en las rocas, las desmadejadas extremidades abandonadas, el rostro quieto y pálido del que había huido toda luz. Se sentía sin fuerzas, cayó de rodillas junto al cadáver de Imán y apoyó la cabeza en el rígido pecho de la muchacha. El nudo que estrangulaba su alma, hecho por su padre en el albor de sus primeros días, parecía ahora asfixiarlo, estar privándolo del aliento, para que (y eso era lo que Alí deseaba) su hambriento y marchito corazón^[6] pudiera por fin detenerse.

—Mira —dijo su enemigo, o su amigo—, mira allí, en esa cala, las ramas secas de árboles caídos, el armazón de un barco, el escabroso abrojo... Amontonémoslo y preparemos la pira^[7]. ¿No es así como lo hace tu pueblo?

Aunque Alí no respondió, sí se levantó.

—Ven —dijo el otro—, mientras sea aún de día y lo sucedido aquí no llegue a oídos de nadie. Utiliza la espada y corta el abrojo para alimentar la pira.

Así lo hizo el otro sin pronunciar una palabra. Ambos trabajaron durante todo el día, hasta que hubieron improvisado un lugar donde Imán pudiera descansar. Alí la envolvió en su capote de hombre, y luego en el suyo propio, incluso el rostro y las manos, porque no quería ver cómo la devoraba el fuego. Alrededor del féretro arrojaron madera flotante, que abundaba en la orilla, y el abrojo que había cortado Alí. Trabajaron codo con codo hasta que el conjunto alcanzó cierta altura para que el fuego se alzara y consumiera rápidamente el cadáver. Entonces el otro sacó de la mochila yesca y pedernal, y poco tardó en prender un manojito de algas resecas y ramitas, que Alí no le permitió arrojar a la pira. Esa labor le correspondía, y lo hizo lanzando un fuerte grito, su único lamento, pues tenía el corazón destrozado y no lo sabía, pues nadie lo había herido, ni cegado, ni aliviado: no obstante, así es como se manejan los corazones, a pesar de lo que digan los poetas: siguen latiendo en nuestros pechos, y arden con nuestras penas, y yacen rotos en nuestro interior para no curarse jamás.

De la vigilia a la medianoche permanecieron de pie o arrodillados en la arena. Las furibundas llamas pudieron verse desde una población cercana, y hubo algunos valientes que se acercaron de noche a ver qué sucedía y por qué había un fuego junto al mar. Después de mirar y mirar a las dos inmóviles figuras que había allí, se retiraron temerosos, asustados, persignándose contra el Maligno. Los dos fueron apilando más y más leña para alimentar las llamas hasta que el infierno de su centro

hizo su labor y no quedó sino ceniza donde las rojizas ascuas rielaron, temblorosas, con lo que se antojaba vida pero no lo era. Cuando cayó la noche y todo fue oscuridad, todo consumido, todo acabado, los dos dolientes, celebrantes, asistentes, o como sea que pueda llamarse a quienes han llevado a cabo semejante ritual y esfuerzos, dieron la espalda a los restos para mirar al mar, sobre el cual se alzaría el sol, si lo hacía, y compartieron el pan y la bebida que tenían.

—Cuéntame —dijo Alí— todo lo que tengas que contarme, tal como prometiste. No creo que haya nada mejor que hacer hoy. Y cuando termines, me despediré de ti, espero que para siempre.


—De acuerdo —dijo el otro.

Y así fue como relató la historia que recoge el próximo capítulo.



TRECE

En el que se cuenta un Relato, que sin embargo no concluye

 ignoro qué nombre me pusieron mi padre y mi madre, o qué nombre fue escogido para mí —empezó el interlocutor de Alí—. Mi padre no me dio ninguno; no fui bautizado. Mi madre tuvo un parto prematuro y difícil, al nacer fui como ese «osezno sin lamer^[1], que en nada se parecía a los suyos». Mi padre creía, al menos confiaba, en que no llegaría a ver mi primer amanecer. Consideró que lo mejor sería no darme de comer para que todo terminara pronto, por ser eso lo más misericordioso, y suponía que se haría tal como él había ordenado. No obstante, mi madre me ocultó, con la connivencia de los criados, y, aunque no florecí, lo cierto es que tampoco morí. Sin nombre, deforme, rechazado, me daban el pecho en secreto, era un pálido gusano que no pertenecía del todo a este mundo: así fue más o menos mi llegada a él.

»Cuando hubieron transcurrido una o dos semanas, mi padre el lord descubrió el engaño y, juzgándome inadecuado para vivir, me arrebató furioso del pecho de mi madre y me entregó a los cuidados de una niñera del servicio, para luego enviarme con ella a un cabaña lejana en el pueblo donde ella se había criado. En privado dio a la niñera una bolsa llena de dinero, y le dijo que la mejor noticia que podía darle al volver sería que yo había sucumbido, lo cual estaba convencido de que sucedería por un medio u otro.

—No se me ocurre cómo llegaste a conocer esta historia —dijo Alí.

—No lo hice hasta que crecí —aclaró el otro—, porque esa buena mujer que aceptó las monedas de plata de mi padre no fue capaz de hacer lo que le habían pagado por hacer. En lugar de ello, encontró en su pueblo a una pareja cuyo recién nacido había muerto de fiebres no hacía ni una semana. La pareja aceptó adoptarme por la misma cantidad, y entonces ella envió un mensaje a mi padre para comunicarle las noticias que éste deseaba recibir.

»Crecí, pues, entre simples campesinos, quienes únicamente sabían que yo provenía de la casa del laird, pero no *quién* era yo. Me pusieron el único nombre que he tenido, Ængus, el nombre de un vagabundo: en las leyendas escocesas es un muchacho nacido rey y adoptado en casa ajena, aunque ignoro si quienes me lo

otorgaron conocían siquiera su origen. Había razones sobradas para deshacerse de un niño. Decía que crecí ni muy recto ni muy fuerte, y, aunque quienes me educaron como si fuera uno más de los suyos eran muy amables conmigo, no veía yo el momento de huir de mi tierra natal, donde me tenían como a un niño cambiado por otro, y se reían de mí por tullido, o peor aún: puesto que entre esas gentes la religión no era el amable asunto que es en Glasgow, el del Sentimiento Moral, sino el de la fe de los viejos y furibundos profetas^[2]. Una deformidad de cuerpo, como ellos lo percibían, mostraba a las claras tanto la desaprobación de Dios como el favor del Diablo, y es que en esos lares no habían terminado aún de quemar brujas. Se decía que tenía mal de ojo, y algunos sugerían que se me practicara una incisión en la frente, en forma de cruz, para prevenir sus efectos. Si los ojos son la ventana del alma, como no sólo los poetas afirman, entonces los míos podían muy bien proyectar el mal desde mi interior, ¡y la buena gente pensaba que era mejor prevenirse que curar! Mis buenos padres adoptivos, al ver claramente que ni mi persona ni mi mente podían servirles de puntal en su vejez, finalmente me permitieron partir; y, cuando hube cumplido la edad de dieciséis años, decidido a hacer carrera en el mar, pusieron en mis manos la misma bolsa de plata de mi padre con la que había llegado.

—¡Qué bondadoso por su parte!

—Era mía —afirmó Ængus con un encogimiento de hombros—, y también eran mías muchas otras cosas de las que con toda probabilidad jamás disfrutaría. El día que partí hacia la costa y el puerto, la niñera a la que me habían confiado en casa de mi padre me paró en el camino, y allí, junto a sus bendiciones, me contó la historia de mi nacimiento tal como yo te la he relatado. Supe entonces dos cosas: que era el heredero de los Sane y de las tierras de mi madre, incluida aquella que hollaba; y que mi padre había deseado, e intrigado, mi muerte. Me juré que, por lejos que viajara, volvería para vengarme de él y ver su casa en ruinas.

—Casa que te *pertenecía*.

—Nada era mío. Lo que no me fue arrebatado lo arrojé bien lejos y nunca volví la vista atrás. No tuve, ni tengo, más que el poder de actuar según mi voluntad, incluso para hacerlo contra mí.

—Eso se decía de él —confesó Alí—. Y pude comprobarlo.

—Soy su hijo.

—Y yo también.

Ængus miró entonces a Alí, y una sonrisa, una sonrisa terrible, una expresión de burla y desprecio, de triunfo, cruzó su expresión.

—Entonces te pondré delante un espejo, hermano mío —dijo él—, y así podrás verte, ¡verte bien!, y decirme qué es lo que ves.

—No. —Alí sostuvo su mirada—. Si tú no eras nada, tampoco yo lo era: lo que soy lo he conseguido por mis propios medios. Lo más probable es que en tu caso suceda lo mismo. Continúa con tu relato. ¿Fuiste al mar?

—En efecto —respondió Ængus—. Cuando un hombre tiene un objetivo en

mente, tal como yo lo tenía, cuando sólo piensa en un acto que va a llevar a cabo, y en las medidas que adoptará, puede concentrar su mente en las tareas diarias, por tediosas y arduas e intrascendentes que sean, sin plantear objeción alguna. De hecho, resulta curioso que puedan volverle más atento, pues todo aquello que recae sobre sus hombros tiene su razón, y su objetivo, por lejano que éste sea. Así puede un vengador parecerse a un santo, en la ejecución de las labores diarias, fijos sus pensamientos en un estado futuro. De esta guisa me convertí en marinero, a pesar de los impedimentos con los que tuve que lidiar. Hice dos veces el trabajo que haría otro hombre, y lo hice con mayor conciencia de lo que hacía. Aprendí rápidamente el descuidado coraje (si puede llamársele así) que un hombre necesita bajo cubierta, no en lo que se refiere a mostrarse servil con los más fuertes y quienes mejor relacionados están, sino a demostrar, a hacerles saber que estás dispuesto a cortarles la garganta si abusan de ti, aunque eso suponga tu propia ejecución.

»De este modo, en el mar me eduqué no sólo en los negocios náuticos, sino también en el comercio. Me dediqué a aprender las ramificaciones más lucrativas del mismo, que son el contrabando y el tráfico de esclavos, cuando ambos aún no eran uno. Llegué a convertirme en patrón de mi propio barco, y pasé a la compraventa de hombres, de la cual obtuve grandes beneficios y rara vez decepcioné a mis inversores, aunque, en una ocasión, perdí un cargamento entero por culpa de unas fiebres, y tuve que arrojarlos por la borda, lo cual derivó en graves pérdidas económicas. Cuando se prohibió el comercio de esclavos, el proceso se volvió más laborioso, sujeto a los caprichos del azar, y de la ley, y no tardé en perder mi afición por él. Con mi fortuna compré plantaciones de azúcar en las Antillas, y me convertí en colono; tuve que emplear a muchos esclavos en ese negocio, pues la supresión del tráfico no había acabado con los derechos de propiedad sobre ellos, ni tampoco estaba prohibido que trabajasen hasta el límite de su tremendo aguante, ni siquiera multiplicarlos, si bien por medios naturales. Yo dirigí a los míos, por supuesto. A más de uno hice matar: sus vidas, así como su libertad, estaban enteramente en mis manos, y no me hacía falta recurrir a ningún juez. De no haber estado dispuesto a adoptar las medidas necesarias, no habría durado mucho tiempo vivo entre ellos, pues me hubieran asesinado en la cama, o se hubieran levantado en armas contra mis capataces y me hubieran arrebatado la propiedad, pues esa ralea aprovecha la menor debilidad del amo, al igual que las debilidades de quienes los supervisan. Dirigí a mis esclavos, los hice azotar, los puse a trabajar. También trabajé con ellos, y sudé a su lado, a menudo lo hice casi tan desnudo como ellos, debido al calor que reina en esos parajes. Al cabo de algo más de un año tenía una buena casa, y ellos mezquinas chozas. Ceñía pistolas al cinto, y ellos cicatrices en la espalda. Al cabo de tres años, a pesar de mi juventud, era un hombre rico, y en cuanto hube acumulado el dinero que me pareció suficiente, me cansé de la producción de azúcar, cuya auténtica amargura ignoran quienes toman té en Inglaterra, y que quizá no puedan siquiera concebir. En esa época, al saber que habían triunfado, al menos durante un breve período de tiempo,

los levantamientos acontecidos en Santo Domingo, conscientes de su propia servidumbre, y lo bastante desesperados de la vida como para arrojarse a tamaña empresa, los negros de las islas que yo habitaba decidieron rebelarse. Había entre ellos líderes astutos como Marlborough, e implacables como Calígula, y con miras más nobles (la libertad) que las suyas. Llamé a los míos que sabía aliados con los rebeldes, y les ofrecí la manumisión, oferta que desdeñaron. Los felicité a continuación, y aquella noche, con un tesoro en especias y una modesta dotación, compuesta por quienes insistieron en contra del sentido común en mantenerse fieles a mi persona, me hice a la mar. Dejé atrás mi casa, cierta suma de oro en doblones españoles, las llaves de la santabárbara (donde no sólo guardaba las armas, sino también varios barriles de pólvora de nueve libras de peso) y una lista de los nombres de aquellos a quienes harían bien en despachar los primeros durante la insurrección.

—¿Fomentaste la revuelta contra tus propios vecinos? —exclamó Alí—. ¿A pesar de saber cuál sería el resultado?

—¿Qué era lo que sabía? —preguntó a su vez Ængus—. Conocía a los jueces, oficiales, capataces y colonos a quienes si la revolución decidía fusilar era porque lo merecían, y yo el primero entre ellos. No sabría decirte si los propios rebeldes negros, quienes (según he oído) ocupan ahora los puestos de poder, adornan sus uniformes con oro y se han hecho retratar, se merecen ya que los ahorquen, o lo merecerán. No tiene importancia; no volveré sobre este tema. Navegué hasta el sol naciente, hacia mi tierra natal, y lo hice contando con los medios necesarios para cumplir mi venganza, lo cual era lo único que ansiaba al convertirme en negociante. No sé cómo puede un corazón hacerse tan singular, como un carbón que conservara su fuego por siempre, y no se consumiera ni se enfriara; así se me antojaba entonces el mío. Al contrario que ahora. Me desprendí del barco en la costa de Irlanda, y a la dotación les di la libertad, con la documentación necesaria, firmada y sellada, con el convencimiento de que regresarían a cualquier pedazo de tierra que consideraran su hogar, y no dirían una palabra de mí, ni de mis idas y venidas, a lo cual accedieron. No sin alguna dificultad me moví de un lado a otro, y caminé arriba y abajo, pues una bolsa de oro puede convertirse en una espléndida capa de invisibilidad si se utiliza como tal. Averigüé muchas cosas referentes a la suerte que había corrido mi familia, y a su vergonzoso declive al estar mi padre al mando; y del destino de mi madre (muerta, muerta antes de que pudiera con mi mano tocar la suya, antes de que pudiera pedirle su bendición, ¡u ofrecerle mi perdón!). También supe de ti, mi hermano, y de cómo habías usurpado mi puesto.

Alí podría haber puesto freno a aquello, y haber desafiado a la amarga figura que le contaba aquella historia pero, de algún modo, en la expresión de aquel hombre creyó ver algo que lo tranquilizaba, una especie de indiferencia hacia las pesadas costumbres que lo hacía parecer ingrátido, o inofensivo, aun siendo capaz de morder. ¡Usurpación! ¡Ojalá no hubiera oído jamás la lengua que había acuñado esa palabra, ni visto las tierras que él había *usurpado*!

—¿Cómo te las apañaste para averiguar todas esas cosas, para saber de mí, sin suscitar curiosidad hacia ti? —preguntó Alí.

—Me presenté a un miembro del servicio —respondió Ængus—. Puede parecer descabellado quizá (aunque ignoro la razón), pero creo ahora que mi plan no podía fracasar, que las estrellas lo habían sellado, o que los ángeles (¡no, ellos no!) lo habían escrito en el libro de lo que ha de suceder, y que no podía ser borrado. Era un viejo sirviente que había trabajado para mi abuelo y, por lo que sé, también para su padre, un anciano de cabeza canosa, un corazón de roble...

—¡El viejo Jock! —exclamó Alí—. ¿Te conocía?

—Por ciertas pruebas que me rogó le mostrara supo quién era yo —respondió Ængus—, como la niñera que reconoció a Ulises. Le pedí que me guardara el secreto, petición que aceptó, y fue mi espía en la casa durante la semana que aproveché para trazar mis planes. Él me ayudó a ejecutarlos, pues supuso que había regresado para reclamar el lugar que me correspondía allí, para suplantar a... bueno, a ti, lo cual le permití creer. A juzgar por tu expresión esto te sorprende, pero recuerdo sus palabras: decía que te amaba, y sé que era verdad, aunque tales hombres están ligados a antiguas lealtades, sus corazones y espaldas se quebrarían antes de permitir que se rompieran tales cadenas. Tu repentino regreso a la abadía fue un inconveniente, pues coincidió con la época en que había decidido sacar adelante el plan. A pesar de ello, continué tal como había planeado. El viejo Jock fue quien partió aquella noche en pos de lord Sane en su carruaje; al encontrarlo al día siguiente, calmado como estaba, en una fonda de mala reputación en el camino al sur, le contó que se había presentado un extranjero en la abadía, que deseaba mantener una conversación en privado con él, cuyo tema guardaba relación con su hijo legítimo, y con una fortuna, conversación que el susodicho extranjero no mantendría en un lugar público, ni bajo el techo del lord. Creo que si algún otro a excepción de ese buen hombre hubiera contado a lord Sane estas cosas, éste no se hubiera avenido a acudir aquella noche a la antigua atalaya. Pero accedió, y fue. Y allí estaba yo, esperándolo.

—¿Pretendías matarlo allí mismo? —interrumpió Alí—. ¿Era ésa tu intención desde un principio? ¿Te considerabas capaz de ello? ¿No temblaste ante la enormidad, ante la dificultad de la empresa? No era de los que se dejan atrapar fácilmente.

—No tenía ningún miedo al respecto. Mi propia fuerza, que es mayor de lo que quienes se enfrentan a mí sospechan, no bastaría, pensé, para cumplir con la totalidad de mi propósito. Pero había llevado conmigo, de aquellas tierras donde había reinado anteriormente, un poder que mi país no conocía. Entre aquella gente arrancada de sus bosques natales, llevada con cadenas hasta el Nuevo Mundo para trabajar en desconocida servidumbre, aún se conserva una ancestral ciencia de la vida y la muerte^[3], una práctica tan sólo conocida por los más sabios (que muy bien podrían parecer los más humildes), cedida por ellos a sus discípulos mediante susurros y bajo votos de secretismo, secretismo que no debían romper a riesgo de su vida, o de algo

peor. En resumen, existe un medio conocido por estos sacerdotes o doctores, mediante el cual puede preservarse a alguien aparentemente muerto (frío a nuestro tacto, sin aliento o movimiento) de caer en un estado de putrefacción; de tal manera que, aunque ya no sea consciente de sí mismo ni de cuanto lo rodea, pueda servir al amo que de ese modo lo animó (mejor dicho, al amo que animó su carne). Tal ser, aun pareciendo vivo, no lo está: nada siente, nada sabe. No obstante, responde a las órdenes sin dudar, no siente miedo, ni temor, es incansable, no necesita por tanto descanso, es un insensato dotado de una increíble fuerza e incapaz de morir, ¡puesto que ya está muerto!

—¿Cómo es posible? —preguntó Alí, horrorizado.

—¿Que cómo es posible? Se dice que el ejército que derrotó a los soldados de Buonaparte en Santo Domingo estaba compuesto por estos seres. No sé si será cierto, pero tú mismo tendrías que creerlo posible, puesto que un ser de esa especie fue quien, bajo mis órdenes, te sacó de la celda y te llevó al barco de los hermanos irlandeses a bordo del cual emprendiste la huida.

—¡Dios mío! —exclamó Alí—. ¡Qué espanto! Y ¿también fue él quien en la atalaya...?

—Quise tener unas palabras con el lord; he aquí la verdad —confesó Ængus—. Deseaba en primer lugar iluminarlo, que supiera qué había sido, y hecho, y qué había hecho yo, y cómo eso se interponía entre nosotros, su vida en la cuerda floja, no la mía. Aquello era sobre lo que había meditado largo tiempo: la visión de cómo la conciencia despuntaba en él, la conciencia de su maldad, de que no saldría impune, de su designio, de que no había surtido efecto, de que al menos una de sus víctimas no había sido aplastada, y que se haría justicia con él.

Aquí Ængus hizo una pausa en su historia y se volvió al mar; pareció sonreír mientras recordaba. Era una sonrisa burlona, aunque sólo podía mofarse de sí mismo.

—He aquí un fallo en la práctica de la venganza —dijo entonces—, un fallo en el que repara poca gente, pues pocos son quienes satisfacen sus ansias de aquélla, entre todos los que sueñan con la misma: que el alma de nuestro enemigo se defienda mejor que su vida; en ese caso, ni siquiera nuestro poder de arrebatarse esta última puede siempre con la primera. Eso fue lo que sucedió con él. Al principio lo negó todo, encumbrado en la rabia al ver que yo le insultaba de esa manera; se rió, luego, de mi insolencia y de mis supuestas mentiras, las cuales, dijo, nadie creería. Me acusó de intrigar contra su fortuna, de tramar un plan tal que él mismo podría haberlo concebido, y que lo tachó de pésimo, sin posibilidad de verse coronado por el éxito. Cuando se convenció de que en verdad había decidido hacérselo pagar, y que no habría posibilidad de apelación, de que en definitiva ocupaba yo tanto el cargo de juez, como de jurado como de verdugo, y de que las pistolas que empuñaba estaban cargadas y le estaban apuntando, ni un vestigio de remordimiento asomó a sus facciones; era como si hubiera acorralado a un tigre devorahombres al que tuviera que matar; sólo la astucia podía librarlo. De pronto, cambió. Admitió los males que

había cometido en mi contra, y con su esposa; expresó su alegría al ver que había sobrevivido; me prometió sentarme a su derecha, todo lo pasado, pasado; él y yo juntos en la restauración de la familia. Y tú, fuera.

—¡Villano!

—Dijo que angustiado como estaba por mi muerte, por mi infortunio, había vagado por la Tierra. Dijo que los años habían sido crueles con él, y que en un duelo había perdido toda capacidad de procrear, y que sólo entonces, desesperado, había emprendido tu busca, pobre sustituto para el hijo legítimo que había perdido: yo.

—¡Villano! ¡Maldito villano!

—Tú no eras sino la última rama a la que se aferraba —aseguró Ængus—. No me cabe duda de que me hubiera matado o me hubiera echado encima todo el peso de la ley, si llego a titubear por un instante. No, nada admitió, sólo aquello que podía salvarlo, sólo buscaba eso (me he enfrentado a muerte con muchos hombres como para no reconocerlo) y había en él la disposición de arrojarse sobre mí a la mínima ocasión, de sorprenderme en un momento de distracción, para morir luchando, al menos. Toda clase de fuerza animal, pero ¡ni atisbo de vergüenza y remordimiento! Finalmente entró mi criatura en la atalaya, invocada por mi llamada; había aguardado fuera, en la oscuridad, inmóvil como una piedra todo ese tiempo, y entonces, cuando lo vio, descubrí en la expresión de mi padre la certeza de la derrota, aunque no era como si dicha certeza fuera a penetrar en tu mente, en tus acciones o las mías: ¡No! Fue un alzamiento súbito, una disposición soberbia y calma, como si acabara de alcanzar un enorme éxito largamente ansiado. Sonrió.

—¡Me parece verlo! —dijo Alí, que en efecto había visto a su padre con esa expresión, algo que jamás olvidaría.

—Entonces dio comienzo el último acto. Conocerás el viejo dicho: que la venganza es un plato que sabe mejor frío. Te confieso que en ese momento, frío ya, no tenía apetito para degustarlo. Casi olvidé por qué había dedicado mi vida a ello, o por qué creía que alcanzar mi objetivo podría curarme, *calentarme*, ¡pues era yo quien estaba frío!

—¿No pensaste entonces en... no en perdonarlo, quizá, sino en considerar tu objetivo... como inalcanzable?

—¡No! El hecho de que se resistiera fomentaba mi ansia de venganza, que luchara hasta el final era lo único que me empujaba a cumplir mi tarea. *Hice lo que había ido a hacer*, sólo fracasé a la hora de comprender que al derrotarlo y destruirlo me estaba convirtiendo en él, igual de frío y desalmado. Ahora lo llevo dentro para siempre, no sólo como vive un padre en un hijo, sino en un sentido más temible.

—No le hiciste marca alguna, eso lo vi —dijo Alí—. Ni herida de pistola ni de espada.

—¡Ah! Fue estrangulado como Anteo^[4] —dijo Ængus—. No fui yo quien lo hizo, ni quien colgó la soga, pero fui yo. Y sólo yo tomé de su dedo el anillo de sello.

—No reparé en ello —confesó Alí—. ¡No me di cuenta de que no tenía el anillo!

Y ¿qué le sucedió a tu negro?

—¿Acaso te importa?

—Me salvó de la prisión, o de algo peor. Me gustaría saber qué fue de él.

—Poco después le concedí descanso. Es lo que hubiera deseado de haber podido desear algo^[5]. No preguntes más. No sé qué te poseyó para que te acercaras a la torre precisamente aquella noche.

—Yo tampoco lo sé —admitió Alí, que sintió la sacudida de un tremendo escalofrío que no estaba motivado por la fría brisa marina, ni por viento alguno que soplara en el mundo—. Dime por qué decidiste que redundaba en tu interés rescatarme después de haber sido apresado en la torre y de que me acusaran del crimen que tú habías cometido. Habías alcanzado tu objetivo, tu enemigo había muerto, y su único heredero (aparte de ti) estaba en manos de la Justicia acusado de asesinato, acusación de la que no podría defenderse...

—No fue cosa mía.

—Pero así sucedió, ¡igual que si lo hubieras deseado!

—El azar es el Dios supremo de este mundo. A veces nos sonrío sin razón aparente.

—Y en seguida, a pesar del riesgo que suponía para ti, decidiste liberarme y (tal como supongo) confiarme a los contrabandistas, cuyo barco (¿me equivoco?) era el mismo en el que habías partido de Norteamérica y les habías vendido.

—En efecto, eran mis antiguos socios; por ambas partes había ciertos compromisos.

—Pero ¿por qué? —insistió Alí, confuso—. ¿Por qué ibas a mover pieza por alguien a quien considerabas tu enemigo?

—¿Hubiera sido justo u honorable por mi parte dejar que te ahorcaran? Supongo que no creerás que debería haberme ofrecido para sustituirte en el cadalso; eso hubiera limpiado el honor, creo, pero no me tentaba la idea.

—¡No! Pero después de rescatarme, ¿por qué me perseguiste, atormentaste e hiciste lo posible por acabar conmigo, por apartarme de todo cuanto amaba y empujarme a la locura? ¿Qué ibas a ganar con ello? ¿Qué...?

—No me hagas más preguntas —dijo Ængus al tiempo que se levantaba de la arena, con una voz tan ajena a la suya en la frialdad de tono que Alí no pudo sino guardar silencio—. Lo hecho, hecho está. Conoces una parte, no todos los perjuicios que te he causado. No sabes nada de lo que he hecho por tu bien. Ni lo sabrás.

—¿Y qué provecho has sacado de ello?

—Me he divertido. Es necesario que la vida esté ocupada. Soy hijo de mi padre. Desciende al Averno y pregúntale por qué hizo lo que hizo en vida, y considera su respuesta válida para mí también. No me hagas más preguntas.

—Me has salvado la vida en dos ocasiones —dijo Alí—, y por nada, puesto que no me sirve de gran cosa, yo no me conformo con las migajas.

—En eso, al menos, sí somos hermanos —dijo Ængus, que se cubrió con la capa

y se volvió al caballo que jugueteaba con unas algas—. Vámonos; está a punto de amanecer y nuestros perseguidores nos darán caza.

—Respóndeme a una última pregunta antes de despedirnos. ¿Eres el padre de mi hija?

—Si tu novia llegó al lecho matrimonial sin haberla tocado tú —respondió Ængus al tiempo que montaba—, y, tal como supongo, no conoció nunca varón, a excepción del hombre que la citó en aquella ocasión, en tal caso lo soy.

—Tú le enviaste una carta dirigida a otra.

—¡Tu carta! Tu emisaria era estúpida, y fácil de sobornar. Cuando me enseñó tu carta, le prometí entregarla yo mismo. Y eso hice.

—Entonces, ¿no es mi hija?

—Ella es tu hija en más aspectos de lo que pueda considerarse mía. Nuestro linaje acaba en esa niña. Tendrías que haberle prestado más atención. Y ahora, hermano, ¡adiós!

—Ve —dijo Alí—. No volveremos a vernos.

—No digas eso —replicó Ængus, cuyas palabras fueron arrastradas por el viento.



Ashfield
15 de abril de 2002

Cariño,

¡Cuánto me alegra oír tu voz! Lamento aturullarme tanto cuando hablo por teléfono a larga distancia: no creo que me acostumbre nunca. Además oía el eco de mi propia voz, como ya te dije, y era como oír mis palabras repetidas por una estación costera. No podía seguir hablando en esas condiciones. Claro que tengo la postal, está en la nevera.

Qué bien. Estoy asombrada. No sé si más asombrada por el hecho de que lo encontraras (no debe de ser tan difícil, supongo, aunque yo no hubiera sabido cómo hacerlo), o porque necesitaras hacerlo. Es una historia increíble, todo eso del libro o el manuscrito. Espero que algo bueno, algo muy bueno, resulte de todo esto para ti, aunque no sé qué. Tampoco sé si es bueno que hayas encontrado a Lee. Recuerdo muy bien lo enganchado que estaba con Byron, aunque dicho así suena un poco... ¿cómo dicen los ingleses?... un poco amanerado. Involucrado con es más llano y acertado también, quizá, porque él entonces (pensé) ya estaba en proceso de dejar de estar involucrado con él para siempre.

¿Que por qué me sorprende que lo buscaras? Es cierto, no debería. Quiero decir que es totalmente natural, incluso inevitable; lo sorprendente es que tardaras tanto, dado el poco interés que mostraste por él, tan poco que llegó a parecer natural que no te importara. Siempre quise hablar contigo al respecto, al menos en lo posible, cuando llegara el momento; estaba allí, esperando a que ese momento llegara, y sabía que tendría que hacerlo algún día, cuando tú me lo pidieras: explicártelo, y hablarte de él, si podía, y de lo que hizo entonces y de lo que no hizo. Creí que reconocería el momento cuando llegara. Me creía buena en esas cosas, en reconocer cuándo habían llegado las cosas, y puesto que nunca lo hice... Bueno, esto no marcha bien, hablo como una cotorra, y no creo que lo sea, ¿y tú? En fin, entonces vivíamos en River Island y te cansaste de mí, de mí y de cortar leña y bombear agua y limpiar chimeneas y no tener teléfono para llamar a los amigos. Yo adoraba River Island, diría que «con todo mi corazón», pero no era así porque no estabas ahí y yo quería que estuvieras, y sentía tu inquietud como un gran pesar. Dios, ha pasado tanto tiempo. Después llegó la larga temporada en que estuvimos separadas, cuando fuiste a la escuela y, luego, a Nueva York. En fin (¡otra vez! Ese «En fin» que siempre la lleva a una de un lado a otro), finalmente volví a esa historia (yo, para mí) al principio de la enfermedad de Jonah. Entonces, de repente, todo me pareció sin importancia, sin apenas darme cuenta de ello, de cuándo había sucedido. Ahora casi parece como si no existiera, después de la de cosas que han pasado desde entonces. Es un poco como guardar unas colchas antiguas porque ya no puedes utilizarlas, y

luego abrir el armario años después y descubrirlas apolilladas, y que eso no te dé pena ni nada, porque ya no te interesan las colchas antiguas. Sólo pasamos juntos cuatro años. Cinco. Pero pregúntame todo lo que necesites saber, Alex, y yo te lo contaré.

Sí, es verdad que quiso ponerte Haidée, y que yo lo veté. Pero para ser justos yo quería que te llamaras Owlet. Qué nombre tan bonito, hiere o alegra mi corazón pensar ahora en ello, como si fuera una hija que quería y que nunca tuve. Él vetó ese nombre. De modo que te puse el de mi abuela, y él no dijo que no.

Te quiero, Alex. Ya lo sabes. Espero que Thea y tú podáis volver este verano, porque este lugar está espléndido; hemos trabajado mucho desde la última vez que lo viste. Podríamos charlar todo lo que quieras. Lo siento.

Mamá

PS: No me importa que le des mi dirección, porque me apuesto lo que quieras a que no me escribirá. Pero no necesito su dirección de correo electrónico. Aún no utilizo el email. Marc asegura que me encantaría Internet, que en cuanto aprendiera a manejarlo ya no podría dejarlo, y precisamente ésa es la razón de que no lo utilice.

De: <Inovak@metrognome.net.au>

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto: Fin

Aquí tienes la última entrega. Anoche terminé, bueno, más bien ha sido esta mañana, temprano, transcribiendo mi propia versión en papel al ordenador, para ti. Verás dónde encaja la página suelta que rescató Ada. Creo que voy a quedarme ciego; el fulgor de esta pantalla es tan divino y penetrante que contemplarlo durante horas vence mi mirada (como diría B.) y puede que de forma permanente. No pasa nada. Muchísimas gracias por salvarlo. Y da las gracias a Thea de mi parte, si las acepta.

Recuerdo que cuando tenía nueve o diez años leí *Secuestrado* sin ayuda. Tuve que descifrar hasta la última página, y consultar cosas que ni siquiera comprendía, y preguntar a mi padre el significado de las palabras, de modo que esa lectura fue como una agonía o una batalla, pero lo terminé, y vencí, y así ha pasado también con este libro. Cuando he transcrito la última palabra me he quedado quieto, sentado y sin moverme durante unos quince minutos. Me sentía como si acabara de vencer al dragón, o como si me hubiera vencido él, o ambas cosas a la vez.

Acerca del título. Ada se muestra sorprendida de que sea éste, e incluso se pregunta si su presencia en el encabezamiento de la primera página es un error, o si figura ahí por otra razón que no sea la de servir de título al texto que sigue. Dice que parece escrito en tinta diferente a la del resto, claro que eso no podemos comprobarlo. Ya fuera escrito en esa página de buenas a primeras, o más tarde, o al finalizar la novela, creo que *debe* de ser el título que él escogió, y el hecho de que su relevancia se haga patente al final es deliberado. Pienso en Stendhal (a quien le gustaba alardear de su breve encuentro con Byron). Stendhal tituló su mejor novela *La cartuja de Parma*, aunque la cartuja, el convento donde acaba el héroe, no aparece ni siquiera mencionada hasta el último capítulo. El título es el final. Igual que sucede aquí.

Lee

De: «Lilith» <smackay@strongwomanstory.org>
Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>
Asunto: ¿¿Problemas??

Cariño:

¿Ha surgido algún problema? Ya no me envías emails, y ahora tengo una extraña consulta de Georgiana en la que me dice que el «desarrollo» del sitio web tendría que esperar a que TÚ prestes de nuevo atención a la «misión original». Se muestra muy cuidadosa a la hora de decir que te adora y te admira y que adora el sitio web, etc., etc., y que nada ha cambiado... pero ¿qué coño está pasando? Intentamos descifrar su email como si fuera una especie de mensaje en clave que no podemos comprender. ¿Podrías echarnos una mano?

Te quiero,

Lilith

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Asunto: La loca

A GEORGIANA NO LE IMPORTA LA NOVELA. No le interesa. Ni siquiera quiere leerla. La ha destrozado saber que los documentos que encontramos no son un programa de ordenador, o una nueva teoría matemática, o algo. Dice que el mundo TIENE SUFICIENTE BYRON Y NO SUFICIENTE ADA. ¿Puedes creerlo? Dice que tendríamos que dejar de descifrarlo y editarlo, y volver a dedicarnos a LO QUE ES REALMENTE IMPORTANTE. No ve lo importante que es que Ada hiciera esto; lo importante que es para que podamos conocerla. Su padre: eso es importante. Ella creía que lo era. *Se estaba muriendo y fue en esto en lo que empleó su último año de vida.* ¿No es eso importante?

Lilith está enfadada. Cree que Georgiana se negará a financiar el sitio web, y que es culpa mía por haberme distraído. ¿Y si me despiden? Tengo que llamarla y darle una explicación.

Puede que tenga que seducir a Georgiana. No me detendré. No puedo.

S

De: <Inovak@metrognome.net.au>

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto: Carta y una petición

Me pareció que te gustaría leer esta carta con la que he topado, enviada por Byron a su editor John Murray. La escribió cuatro años antes de abandonar Inglaterra. Un estudiante de la biblioteca me la escaneó, algo que yo soy incapaz de hacer, y aquí transcribo una parte de ella:

Querido señor: En este día, en esta hora (la una, según el reloj), mi hija cumple seis años. Me pregunto cuándo volveré a verla, o si volveré a verla. He reparado en una curiosa coincidencia que casi se me antoja una fatalidad: mi madre, mi esposa, mi hija, mi hermanastra, mi hija natural (al menos en lo que a mí concierne) y yo somos todos hijos únicos. Mi padre, al contraer matrimonio con lady Conyers (hija única), sólo tuvo a mi hermana y, por su matrimonio con otra hija única, tuvo a otro hijo único. Lady Byron, como sabe usted, también lo era, igual que mi propia hija, etc. ¿No le parece extraña tal profusión de hijos únicos? Por cierto, envíeme la miniatura de mi hija Ada, sólo tengo el grabado, que no me permite hacerme una idea de su complexión. El otro día, un viajero inglés me contó que, según se dice, tiene un temperamento muy violento. ¿Es así? No es improbable, teniendo en cuenta su linaje. Mi temperamento es el que es, como quizá usted adivinará, y el de mi dama era un bonito y hosco núcleo de salvajismo concentrado a partir del cual moldear a mi hija, por no mencionar a sus dos abuelas, ambas, hasta donde yo sé, especímenes tan ejemplares del espíritu femenino como pueda usted ver en un día de verano.

Me sorprendió, francamente, que pensara tan a menudo en ella hasta el punto de calcular la hora y el día de su nacimiento, y recordarlo. Una coincidencia, o, quizá, una fatalidad, como Lord Byron lo llamaría, es que topara yo con esta carta precisamente cuando transcribía las páginas relacionadas con la hija novelesca, Una, y con su emparedamiento entre un diabólico trío de ancianas parientes femeninas.

Eso me recuerda que la última foto que tengo de ti tendrá unos quince años (tu madre dejó de enviármelas, quizá porque pensó que no tenían importancia, puesto que la relación se había interrumpido hacía tanto

tiempo). ¿Podrías enviarme otra? Estoy seguro de que podrás hacerlo por vía digital, y que no será una molestia: no como hacer que alguien pinte una miniatura. Te lo agradecería.

Lee

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: <Inovak@metrognome.net.au>

Asunto: Re:Carta y una petición

¿Qué te parece esto? Te enviaré una foto (tengo que pedirla a casa, o conseguir que alguien me la haga, no es que me gusten mucho las fotos, pero haré una excepción) si tú haces algo por mí, algo *más* por mí. No sólo por mí, claro. Por todos nosotros (todos los nosotros de ahora, y todos los nosotros de entonces).

Necesito que escribas una carta para alguien en mi nombre. Es la persona que ahora está en posesión del manuscrito original de las notas y las páginas cifradas. No te diré cómo se llama porque si lo hiciera se enfadaría. Tú me envías la carta y yo se la reenvío a ella y a la mujer para la que trabajo en Strong Woman Story, quien también está muy estresada con este misterio del que, de hecho, no sabe nada. Necesito que la carta sea muy amable y autoritaria. Quiero que digas que este hallazgo (del que sólo tienes noticia a través de mí) se cuenta entre los descubrimientos literarios más importantes, bla, bla, bla, etc. Tiene que sonar como si fueras un profesor especializado en la obra byroniana o algo así, y también como tú mismo, alguien importante de la industria cinematográfica y abanderado de los derechos humanos. Todo eso. Tienes que convencerla. Tienes que *seducirla*, oh Dios, no, no es eso, tienes que ganártela con autoridad masculina y *gravitas*, ¿no es ésa la palabra? Odio pedírtelo por un montón de razones. Pero te lo pido.

S

De: <Inovak@metrognome.net.au>

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto: Gravitass

¿Y qué te parece si también le digo lo demás, que soy un fugitivo buscado internacionalmente por abuso de menores?

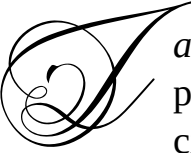
Haré todo lo que me pidas. Pero asegúrate de saber a qué, mejor dicho, a quién se lo estás pidiendo.

Lee



CATORCE

En el que todos son más viejos, y algunos más sabios

 *abuntur anni*, y, después de que varios pasaran volando, pudo verse un peculiar equipaje desembarcado en Calais, observado en el muelle con cierta inquietud por un pequeño caballero que, armado con un ridículo monóculo, no perdía detalle. Corre el mes de mayo, en un glorioso día en que todos los amoríos empiezan y también algunas historias reales (la presente podría encuadrarse a mitad de camino entre ambas categorías), aunque el día, ya fuera en mayo o noviembre, soleado o nuboso, no tiene la menor importancia, y el hecho de mencionarlo responde a una estratagema para aumentar la expectación de toda historia que da comienzo (en este caso, una historia que *re-comienza*). El pequeño caballero no es otro que nuestro conocido, el Honorable Peter Piper, menos honorable esta velada, debe decirse, que la última vez que pudimos conversar con él. El carruaje que descansa a salvo en el muelle, y que se apresta para emprender de nuevo el camino, le pertenece, aunque puede que sea una de las pocas cosas que le pertenezcan. Su escudo de armas está grabado en las portezuelas, y su hombre (recién contratado) tomará las riendas en cuanto sean adquiridos los adecuados animales para tirar del carruaje.

Se trata en verdad de una magnífica obra de arte en cuanto a carruajes se refiere, un pequeño y cómodo *lit de repos*^[1], o *dormeuse*, que evoca más que recuerda al famoso coche de Buonaparte, que encontraron abandonado en Genappe cuando aquel otro pequeño caballero decidió que no tenía una necesidad inmediata de utilizarlo. Hay espacio en el interior del coche, que podría aprovecharse para dormir; para una estufa (con su chimenea) y un estante con libros, ya que el señor Piper no puede pasar sin su Ovidio, su Montaigne y su *Rambler*, entre otros. Hay bandejas, tazas y vasos ingeniosamente guardados, una o dos lámparas y cierto número de recipientes, alacenas, ganchos y cajitas que cualquier viajero que no sólo se propusiera hacer camino en el carruaje, sino *habitarlo*, encontraría de lo más útiles.

¿Cómo se las ha apañado el señor Piper para hacerse con la propiedad de semejante vehículo? La historia se considera aún de actualidad en aquellos lugares donde en tiempos fue bienvenido: algunos la contarán con admiración, otros lo harán

con desprecio. De cómo el Honorable, después de una larga velada de naipes, y una asombrosa racha de suerte, estimulada (tal como solía suceder en su caso) por su habilidad con el cálculo, descubrió que el joven caballero^[2] con quien había estado jugando, caballero que acababa de alcanzar la mayoría de edad, y con ésta una fortuna, estaba arruinado. El afligido muchacho se hundió en el sofá, afirmó ser un mendigo, y que estaba a punto de contraer un matrimonio que a partir de ese momento estaba condenado a la ruina. Cuando contó su historia, el Honorable, que no era mecanismo de relojería, pues tenía un corazón, devolvió algo sorprendido al joven todo cuanto había perdido, a cambio de la promesa del muchacho de que jamás volvería a jugar. No obstante, se quedó con aquel carruaje o *dormeuse*, el cual el joven caballero había incluido en el último momento en la apuesta. El señor Piper diría más tarde: «Duermo mejor cuando viajo en él por haber actuado correctamente.»

Ahora, sin embargo, aquellos mismos dioses que antes le habían sonreído, le habían retirado sus favores. Como todo aquel que vive del juego sabe perfectamente, la suerte^[3] es como ese puente que conduce al Paraíso imaginado por el musulmán, estrecho como hilo de telaraña, cortante como el filo de la espada, y que atraviesa el Eblis, de tal forma que más de uno se ha visto arrojado a los fuegos, ante lo cual quienes lo seguían debían de sentirse muy abatidos. El Honorable siempre tuvo ante sí el ejemplo de aquellos que no lo habían cruzado, y aunque había emprendido bien el camino, por ejercer gran cuidado y la adecuada dosis de humildad, finalmente se precipitó. Fue cuestión de un millar (pudieron ser dos, o diez) conseguido de uno para pagar a otro, a consecuencia de lo cual, y ante un hombre armado con una orden de arresto, se embarcó en un viaje al extranjero. Tiene intención de ver mundo, y de vivir todo lo posible a bordo de su *dormeuse*, y de no gastar más que lo necesario; su sirviente hará de cochero y mozo, y cocinará sus *maccaroni* en la estufa, plato que sazonará con una colección de botellines de especias cuidadosamente escogidos. Abajo, mientras conduce el cochero, alcanza a oírse el afable tintineo de un par de docenas de botellas de Clos Vougeot, etc., sonido que no podría resultar más agradable. No irá a París, no puesto que los Borbones vuelven a reinar y él se considera algo así como un radical, hasta el punto de que lleva un busto del mismísimo emperador caído en el interior del carruaje, tapado en parte por una lata de polvos para la dentadura. Marcha a Bruselas, y a los Países Bajos, a Alemania y Venecia, aunque aún no lo sepa, tirado por los caballos. Cierta noche, acampado como la caravana de un gitano en el campo, junto a un camino público, se sienta en la cama, calado el gorro de dormir y con un vaso de brandy al alcance de la mano, dispuesto a escribir a la luz de la lámpara una carta a un amigo ausente, dispuesto a contarle cómo han cambiado sus circunstancias, y a ponerlo al corriente, tal como ha hecho fielmente a lo largo de los años, de todos aquellos a quienes su amigo conoció, de buena y mala nota, en la ciudad y en la nación cuyo polvo también él se ha sacudido de los pies.

Querido Alí: Observarás, gracias al matasellos de la presente, que he abandonado mi isla natal y he ido a pasear por otras tierras. Confío en que la próxima que recibas de mi puño y letra lleve matasellos de otro lugar. Para responder, en caso de que desees arrojarte de tu promontorio o garabatear uno de esos breves billetes que tanto aprecio, los cuales me has concedido en el pasado, debes dirigirlo a Lista de Correos, Bruselas, ya que allí me llegaré dentro de un mes, aunque ignoro adónde iré después. Ahora debo decirte, querido amigo, que mis circunstancias no son las que cabría desear, y es que sé que siempre has querido que todo me fuera bien, pero que, a pesar de ello, podrían muy bien haber sido mucho peores, ya que no me veo en prisión, ni atravesado por la espada de un furioso acreedor, si es que podemos llamar así a aquel a quien se debe. No, he huido para mi deshonra, y ahora debo añadir que con ambición, eso sí, de recuperar mi fortuna y recuperar una posición desde la cual pueda restituir a aquellos caballeros cuya confianza temo haber decepcionado (temporalmente) todo cuanto les debo —aunque a estas alturas no veo modo de hacerlo, pues en lo que al juego se refiere he tomado la firme decisión de enmendarme, de modo que ya no tengo otro medio de ganar dinero.

Pero basta de estos desafortunados pormenores, pues no creo tener que cargarte con detalles que te resultarán deprimentemente familiares, como una vieja historia tantas veces escuchada, «para molestia del obtuso oído de un hombre amodorrado», etc. Lo que sí haré será proporcionarte la dosis habitual de noticias, aunque me temo que también serán variaciones sobre un mismo tema. Apenas hay un divorcio que sacuda la temporada, aunque muchos se estén gestando en forma de matrimonios. El verano ha sido templado, la sangre de los fuertes no era tan caliente como ha sido en otras temporadas que tú y yo hemos conocido. Este año sólo he intervenido en una controversia fatídica, medié entre un guardia de corps y un apasionado párroco, violento y arrogante como cualquier jugador irlandés o como un corneta de la caballería. La mujer en cuestión apenas había pronunciado dos palabras (que en ningún modo podían haberla comprometido) para poner punto final a la disputa, pero era fría y despiadada, y una horripilante expresión de alegría se dibujaba en su rostro cuando reparé en ella. Me las apañé para reconciliar a las partes *enragées*, para decepción de la dama. Nuestra gran amiga la señora Cytherea Darling pasa malos momentos: su vida se halla «marchita cual hoja amarilla», la cual parece pobre para todo aquel entregado a los placeres, aunque la dama parecía tan animada como de costumbre cuando el pasado invierno se lió con cierto duque de Law, para resolver un caso de abuso de promesa, en el cual se sintió utilizada por algunos que tenían razones sobradas para allanar su camino en la vida (tal como ella lo entendía), y hubiera ganado, de no ser por

la emboscada que le tendieron, emboscada que cobró la forma de unas cartas que me temo revelaban la naturaleza dividida en dos de la señora Darling. El consejero del vencedor demandante es alguien a quien de sobra conocemos tú y yo: cierto señor Bland, diestro como siempre a la hora de tirarse a fondo y parar las estocadas. La señora Darling se ha retirado al continente, donde vive sola y, según se dice, ha tapado todos los espejos.

Querido amigo, temo haberte regalado estos asuntos de poca monta, que poco pueden importarte allá en tu desierto, y que no hacen sino posponer el relato de otros que te incumben más de cerca. Ha caído una maldición sobre lady Sane que incluso quienes no la amaban, a pesar de sus admirables cualidades, lamentarán conocer: querido Alí, por lo visto ha *enloquecido*^[4], ya sea por el disgusto de tu ausencia tan prolongada, por el peso combinado de muchos problemas, o por una enfermedad misteriosa que nadie podía prever y nadie evitarle... No sé. Sólo sé que ha sido apartada del seno de su familia, y recluida en una casa que se encuentra en un clima más benigno, donde se ve sometida a sangrados, sanguijuelas y otros remedios, cuidada tanto por médicos como por doctores espirituales; al menos así fue hasta que la ciencia se confesó desconcertada y emprendió la retirada, de modo que la supongo bastante sola, con compañeros o cuidadores. Según parece, dedica su tiempo a rezar, y también a resolver problemas matemáticos^[5], de los cuales jamás se cansa.

Al conocer estas noticias, bien entrado el pasado invierno, hice las pertinentes averiguaciones, averiguaciones que me proporcionaron la certeza de que tu hija había sido enviada a otra propiedad de esa familia, que tan bien surtida está de prohibitivas y desagradables residencias como quepa imaginar. Al indagar más descubrí el lugar concreto, y, ¡vaya!, era la misma casa, tan alta, tan gris, erigida en lo alto del acantilado, donde en el poco propicio mes de diciembre incurriste, querido amigo, en el mayor error que habías cometido hasta ese momento, y en el mayor error que probablemente hayas cometido desde entonces, si es que sigues con vida. Tras proveerme con lo necesario para el viaje: una alfombrilla de piel de oso, una petaca del mejor Armagnac, un par de pistolas y un gorro de piel de castor, fui a visitar la casa de modo que pudiera descubrir algo que poder contarte, pero, ¡oh!, cuán oscura y fría se me antojó —como la torre donde la princesa huérfana está sola y encerrada—, aunque no esté sola, sino bien acompañada por tres mujeres, viejas brujas que recuerdan a aquellas tres que en el mito se pasaban entre ellas un único ojo^[6], por mediación del cual poder observar a la niña, y guardarla. Por ser tu amigo y aliado se me prohibió la entrada en la casa. La puerta apenas se abrió unos instantes tras llamar repetidas veces, y volvió a cerrarse ante mi curiosa nariz, antes de que pudiera interponer el pie entre la misma y la jamba, no obstante, logré ver a tu hija. Estaba de pie en lo alto de la escalera, a la luz de

una ventana en el rellano —si no era un fantasma, o un ángel que se apareciera ante mis ojos— su largo cabello negro azabache parecía prendido por la luz, y su vestido blanco era como alabastro —me pareció ver en su mano a un gato muerto, aunque ahora imagino que debía de tratarse de su muñeca de trapo preferida—. Permaneció impávida, como quien mira más allá de las puertas del Averno al mundo de los vivos, sin recordar del todo cómo eran las cosas al otro lado, y qué suerte de criaturas podían morar allí. Entonces apareció una oscura esclava en lo alto, y una garra se posó en su hombro; la puerta se cerró al instante, y esto es todo cuanto puedo decirte.

¡Querido amigo! Se la supone el engendro de la locura y la infidelidad, y que lleva (según sostiene la opinión) tu propia y oscura sangre y tus tendencias diabólicas, sean éstas cuales sean; temo que nunca le permitan salir, sino que crecerá en ese lugar hasta convertirse en una pálida sombra. No sé qué otra cosa podrías hacer, excepto regresar, presentar el caso e, incluso, pedir una orden para tomar lo que es tuyo y protegerlo. Estoy convencido de que nuestro señor Bland actuaría en tu nombre, aunque la otra parte no se quedaría manca a la hora de recabar apoyos. ¡En fin! No diré más al respecto; quizá consideres injusto por mi parte haber retenido cuanto sé, mas insistir en aquello que no podemos evitar (si es que no podemos)... ¡Que Dios nos perdone! Permíteme pasar a otros temas, o ninguno, porque siento que los brazos de Morfeo se cierran sobre mí. Mi hombre tiene al alcance un arma corta cargada por temor a los salteadores, y no se retirará. También yo me siento tan observado como Ío lo estaba ante Argos, el del centenar de ojos. Confío en que al alba sus temores hayan cedido, y que volvamos a ponernos en marcha. ¡Ya ves lo que supone llevar una vida errante! Volveré a escribir cuando tenga más que contarte, y recuerda a éste, el más humilde y obediente servidor y amigo de su señoría, PETER PIPER.

Transcurrió mucho tiempo, y recorrieron muchas millas las ruedas de la *dormeuse*, hasta que el Honorable encontró en una Lista de Correos suiza, junto a otras cartas que hizo a un lado (pues tenían aspecto de requerir que hiciera acopio de coraje antes de abrirlas), una breve nota, sin remite: «Gracias por tu amabilidad y tu amistad. Nunca volveré a poner un solo pie en esa tierra. Allí.» Ante lo cual el Honorable tan sólo pudo exhalar un suspiro y encogerse de hombros.

Tras diversas peregrinaciones, interrumpidas por estancias en fondas cuando las limitaciones de su *dormeuse* en calidad de hogar se hacían patentes, el Honorable llegó a Italia. Cobró conciencia de su cruce del Rubicón gracias a los techos pintados de los edificios de piedra donde se alojó, el ruido que allí soportó, y la amenaza de los salteadores de caminos, personajes ausentes de las vigiladas vías suizas. El cochero llevaba dos armas, cebadas con la pólvora, en la cabina, y una pistola el Honorable, pero el caso es que no sufrieron percances, y llegaron a Milán, para después seguir

los dictámenes de su olfato a través de las llanuras de Lombardía a Gorgonzola, Brescia, Verona, ¡cuán dulces surgen tales nombres de nuestros labios!, así hasta que en Mestre tuvo que desembarcar de su domicilio, incapaz de cruzar el agua, y dirigirse a la Ciudad Isla, donde siempre se había imaginado llegando, ¡aunque nunca hubiera pensado que lo haría en la oscuridad de la noche, bajo una abundante lluvia!

Pronto salió el sol con la suavidad que caracteriza al astro rey en el Adriático, y pronto también el señor Piper había visto lo suficiente de la *Serenissima* como para reanudar la correspondencia (tan escueta por la otra parte) con su principal correspondiente, carta que rezaba como sigue:

Querido Alí, Me siento más a gusto en esta ciudad de lo que pueda haberlo estado en ninguna otra, y creo posible que cese aquí mi periplo, aunque en una ocasión me caí al canal, lo que derivó en un resfriado, y podría incluso haber sido un accidente mortal, pues carezco de tus habilidades en la ciencia natatoria. Por lo visto se trata de un accidente tan habitual aquí como pueda serlo en Londres tropezar con la cuneta, con la diferencia de que las calles de esta ciudad están formadas por agua. Por este motivo también he retirado mi amada *dormeuse*, que he hecho guardar, para después tomar en arriendo un *piano nobile* en una casa no demasiado grande ni demasiado húmeda. En todas partes se me informa de que la sociedad aquí ya no es lo que era en los buenos tiempos, aunque viajar me ha hecho descubrir lo siguiente, y es que cuando entramos en cualquier sociedad, se nos dice que sus buenos tiempos han pasado, y que ya no es lo que era. Aun así, sólo hay dos *conversazioni* a las que valga la pena asistir, y apenas cuatro cafés abiertos toda la noche, cuando antes había una docena de primer orden.

Por las mañanas aprendo italiano (aunque la lengua que hablan aquí es algo diferente, creo yo, y hay que aprenderla también), y por las tardes asisto a *conversazione* donde puede oírse hablar en inglés, al igual que lo más florido de la lengua local —confieso que adoro cómo suena, es como si el latín se hubiera suavizado como la mantequilla—. Cuando me saludan o hablan, creo que me están *seduciendo*. Se dice de esta ciudad que pasó un millar de años acaparando las riquezas del mundo, y que ahora pasará los próximos cien años, más o menos, gastándola en cosas placenteras, y hay una cualidad enloquecedora en ese intento que hace que uno se sienta mareado e incapaz de evitar sumarse a él.

Más tarde, continuó escribiendo lo siguiente:

He aprendido mucho de Venecia y de los venecianos. En el amor no tienen moral —de lo cual me confieso asombrado—, pero poseen códigos muy

estrictos que vienen a ocupar su lugar, y que conllevan los castigos sociales más severos cuando se transgreden: destierro, ostracismo e incluso la amenaza de un duelo, aunque en su mayoría son gente pacífica y prefieren el placer al honor, exceptuando los casos más extremos. Su código también cuenta con sus héroes y heroínas. He oído hablar de una dama, a quien me han señalado, que ahora ya tiene cierta edad, que nunca tuvo más que un único amante (sin que su esposo cayera en la cuenta), y quien, cuando el amante murió, siguió siendo fiel a su recuerdo y nunca volvió a tener otro: un ejemplo de generosidad y fidelidad que parece haber dejado huella en las facciones de la dama, proporcionándoles cierto aire de santidad.

He asistido también a dos ejecuciones y a una circuncisión —un pellejo y dos cabezas cortadas—, ceremonias que me parecieron muy conmovedoras. Sin embargo, estas maravillas no son nada, al menos para mí, si las comparamos con un encuentro que ahora paso a describirte, un encuentro que tiene que ver con los extraños modos de amar de los venecianos, y que también está casi relacionado contigo.

A menudo he oído historias de alguien, un inglés (aunque según parece no es del todo tal) que había adoptado de tal modo las costumbres de Venecia, que se había convertido en el amante oficial de una dama de la nobleza veneciana, la joven esposa de un anciano marido. Seguía este inglés las muchas y estrictas normas que gobernaban su posición. La gente sentía cierta extrañeza al respecto, aunque no lo consideraban ridículo —estos asuntos se toman aquí con lo que en los venecianos es una gran seriedad—. Finalmente, me fue señalado el hombre; fue en un carnaval, aunque al verlo vestido con traje de máscara poco pude entrever de él, excepto que parecía no tener forma humana. Me refiero a que andaba inclinado, como atacado por enfermedad o accidente. La dama a la que visitaba era de ojos negros, labios rojos, tan graciosa como cabría pensar, quizá más. Y qué devoción le dedicaba él, ¡qué cuidado ponía a la hora de cumplir hasta el último de sus deseos! Recibe de ella su abanico, le entrega su chal, le lleva una *limonata*, abre la ventana junto a la que ella toma asiento, vuelve a cerrarla por miedo a las miasmas, se sienta junto a ella, pero un poco más bajo, para escuchar su conversación, verse ésta sobre el tema que verse, y cuando la ha entretenido lo suficiente, ¡se apresura a llamar a su góndola! (Fue en el cumplimiento de esta tarea cuando me percaté de que cojeaba^[7] ligeramente al caminar, defecto que no obstante en nada reducía una especie de dignidad que dedicaba incluso a tareas tan sencillas.) Pasó frente a mí al acompañar a su amorosa a la escalera, y me dedicó después una penetrante mirada —diría que inquietante—, a la cual creí que debía corresponder inclinándome a modo de saludo.

Debió de preguntar por mí, porque algún tiempo después llegó a mis habitaciones en la Frezzeria —un vecindario cercano a San Marcos— una

carta de él, que trajo un joven sirviente con librea, quien me la entregó con la más cómica gravedad posible, como si fuera un embajador. Aguardó respuesta, pues tal le habían ordenado. Era una carta breve: el caballero me invitaba a su residencia, cierto día a una cierta hora, donde podría escuchar un asunto de interés para mí. Su letra, y eso me pareció extraño, llamó mi atención por lo familiar que me resultaba, no como si la hubiera visto a menudo, sino más bien como si lo hubiera hecho en una ocasión que me había quedado grabada en la memoria. Estaba muy intrigado —ya sabes que lo desconocido me interesa, y lo que me cuesta no enfrentarme a ello, ¡por mucho que pueda costarme!—. En resumen, respondí a su nota con igual brevedad y acepté su propuesta antes de ver marcharse al mensajero.

Al acercarse la hora señalada, pedí mi capa y góndola (dos bonitas palabras de la señora Radcliffe^[8] para ti) y me deslicé sobre las aguas en dirección a su *palazzo*. Era uno de esos días que he llegado a conocer y amar en los que el sol y el mar se combinan de tal modo que cubren la ciudad de un manto plateado que se antoja irreal, la ilusión de un hechicero o esa alucinación que los franceses llaman *le mirage*, en los que un lago de agua con sus árboles y caravanas flotan sobre las arenas del desierto, sólo para desaparecer en cuanto uno se acerca. Éste no desaparece, aunque parece que pueda hacerlo, y dota de una especie de descuido a toda la vida que se desarrolla en este lugar.

En la escalera del *palazzo* me recibió el muchacho con librea, quien me condujo a la primera planta. Allí encontré al hombre, algo más bajito que cuando iba ataviado de negro, vestido con un traje que no llamaba la atención. Me dio la bienvenida con un gesto brusco, pues estaba concentrado en una tarea con un metro y medio de encaje cuya naturaleza no logré interpretar hasta que habló. «Ahí lo tiene», dijo como si nos hubiéramos reunido con la sola intención de comentar ese asunto, «un buen y un mal modo de doblar el chal de una dama, y todos mis colegas parecen haberle cogido el tranquillo, todos menos yo».

Le pregunté a quién se refería con eso de sus *colegas*, y él respondió que a todos aquellos que, al igual que él, representaban el rôle de *cavaliere servente*^[9] de una dama. Es como un oficio, dijo él, con las reglas más estrictas; el *cavaliere servente* puede actuar hacia su *servite* de determinado modo, pero no de otro; puede visitarla, pero no negarse a cumplir una orden suya, salvo aquellas que puedan mancillar el honor de él, honor que no se ve mancillado por doblarle el chal, sostener el parasol para ella, etc., etc. Tampoco su posición debe tomarse a la ligera, pues se da por sentado que una *amicizia* debe prolongarse durante años, y quienes cancelan sus contratos prematuramente son considerados pérfidos, y se los desprecia. Si se abre una vacante, la *amicizia* puede concluir en *sposizia*, lo cual daría pie a un final

feliz. No puedo decirte, milord, lo mal que parecía encajar todo aquello con quien tenía sentado delante. En ese momento, después de dejar el chal y pedir que sirvieran un refrigerio, me ofreció una silla junto al brasero. Él era casi un reproche viviente a las delicadezas del trato social, y aún más al hecho de tomárselas *gravitate*, porque tenía una mirada huraña difícil de sostener, aunque la sonrisa tolerante que asomaba a menudo a sus facciones era la propia de alguien que considera el mundo un misterio que no puede tolerar más que por un tiempo. Al sentarse entró en materia, y al hacerlo aumentó mi extrañeza, ya que preguntó sin demasiados preámbulos ¿si sabía yo qué había sido de ti! Por lo visto había intentado averiguar tu paradero, sin conseguirlo, cuando, al verme en el baile de disfraces, en la ocasión de la que te he hablado, recordó que yo había estado relacionado contigo.

«Creo que en el pasado tuvieron ustedes trato», me dijo. «Me parece recordar que le nombró su padrino en cierta ocasión en que desafió a un espectro.»

Respondí que así había sucedido, y omití el hecho, querido amigo, de que también te había servido de padrino en otra ocasión, en que aquel a quien desafiaste se convirtió en un espectro, aunque había algo en ese hombre que invitaba a una ligereza espeluznante. No puedo explicarlo, pero así era. Y por fin entendí que ese hombre era aquel que había fingido presentarse en lugar del que no acudió, quien nos habló con tanta impertinencia entonces; el hombre que ahora se hace llamar abiertamente por tu apellido, ¡igual que había hecho entonces en secreto!


«Tengo que hacerle una petición», continuó sin avergonzarse lo más mínimo. «Querría que le enviara de mi parte una carta confidencial.» Respondí que así lo haría, pero que también estaba dispuesto a proporcionarle la dirección a la que remitía yo mi propia correspondencia para ti. Rechazó el ofrecimiento con un gesto, y me dejó bien claro que sólo deseaba que yo incluyera, junto a una de mis propias cartas, una misiva que él me facilitaría. Además, me pedía mantener aquello en secreto: es decir, que yo no había recibido nada de su parte, que no te lo había enviado a ti, y que aquella conversación en la que nos hallábamos enfrascados no había tenido lugar. ¡Vaya! Me pareció que aquello iba en contra de mi propio honor, por ser menos que franco, pero no sé decir por qué, percibí que era vital que lo hiciera; vital para él, y quizá para ti. En resumen, mi querido amigo, que aquí adjunto la presente carta, que se me entregó lacrada, y con un sello que reconocerás, un sello que a estas alturas podrías haber perdido o roto. Permíteme tan sólo añadir que quien me la dio (discúlpame si no me refiero a él por el *apellido* y *título* que él mismo emplea, cuya pretensión no alcanzo a comprender) se mostró categórico a la hora de decir que si la recibías con el sello roto, debías ignorarla por completo, así como todo lo que dice o pide.

Supongo que será una llamada, y urgente, aunque ignoro a qué asuntos pueda referirse. Además, y ya para terminar, me pidió que te enviara un saludo de su parte con este nombre: *Hermano*.



QUINCE

En el que Lucifer y su hermano quizá se pongan finalmente de acuerdo

o había transcurrido un mes desde que la última carta del Honorable Peter Piper se viera decorada con diversos sellos antes de consignarse tanto a los vientos como al correo italiano (cuando unos soplan el otro se inclina) cuando se ve una solitaria figura de pie junto al Gran Canal, recién llegada, largos sus ropajes, negra la levita como el traje de máscaras que adoran los venecianos, en Carnaval, capaz de atraer las miradas con mayor facilidad que todos los matices del arco iris que engalanan los trajes y las capas que lo envuelven. Lleva el pelo largo, descuidado, revuelto como oscura alga marina, y, a juzgar por la sombra que cubre sus mejillas, no ha recibido hoy la caricia del barbero o la cuchilla de afeitar. Sobre esa mejilla se extiende una lívida cicatriz que parte del pómulos hasta la comisura del labio, como una historia con título, pero no narrada. Otra historia parecida acecha en sus oscuros y hundidos ojos, cuya mirada pasea sin juzgar y sin que le alcance la alegría y el colorido de la multitud. Junto a él, un paso por detrás, hay una figura más delgada, cubierta con el blanco atavío de las gentes del desierto de Libia. Quienes disfrutan del Carnaval apenas les dedican una mirada, pues lo suponen un juerguista más, aunque el otro, a pesar de ser mucho más joven que su señor, posee la misma calma y quietud de espíritu.

¿Podría ser el de negro Alí, este borrón en el sol veneciano, así marcado, así acompañado? Mis lectores (si es que este relato cuenta con alguno, y éste, junto con su autor, ha alcanzado este momento, este lugar) quizá se pregunten qué aventuras, qué climas han templado la ansiosa y sobrecargada alma para forjar tan mesurada mirada. No obstante, tales lectores preguntarán en vano, pues aún se alargaría más la historia si hubiera que contar todas las que ésta contiene; así, no nos queda sino imaginarlas, sobre todo cuando del *palazzo* cercano, dispuesto a dar la bienvenida al recién llegado, sale un hombre deforme, encorvado, vestido con una levita de seda azul y un chaleco de suntuoso brocado: su hermano, Ængus.

—No sé si puedo tenderte la mano —dijo éste a Alí—. No querría que la rechazaras.

—Somos Sane —respondió Alí—. La familia te despreció tanto como yo llegué a

odiarla, al menos al cabeza de familia mientras vivió; no obstante, es la única que tengo, y que tendré, y él el único padre, tan mío como lo fue tuyo.

—Al menos él te amó.

—Él no amó a nadie. Ni siquiera a sí mismo. Es más, a sí mismo menos que a nadie.

—Debo admitir que a ese respecto tu experiencia supera a la mía —dijo Ængus.

Pasaron unos instantes mirándose, como si intentaran discernir si sonreirían al final, o si, para distanciarse, desenvainarían la desnuda espada del pasado.

—Los nómadas del desierto cuentan una historia —dijo Alí entonces—; he convivido con ellos y poseen su propio concepto de la religión, que mezcla de forma peculiar el cristianismo con las enseñanzas de Mahoma. Dicen que al principio Dios tuvo dos hijos, y no uno: uno era aquel a quien llamaron Jesús, y el otro fue Lucifer. Los dos hermanos discutieron y pelearon, después de lo cual Lucifer abandonó el Cielo con sus ángeles, y Jesús se quedó en casa. Entonces, Jesús, en su encarnación humana, ayunó en el desierto durante cuarenta días (te mostrarían encantados el lugar donde lo hizo, pues lo conocen muy bien), y Lucifer acudió para batallar de nuevo con él, tal como habían hecho al principio. Lucifer instó a su hermano a renunciar a la tiranía de su padre y unirse a él, después de lo cual el dominio de la Tierra sería suyo, y Lucifer podría retirarse a su propia morada. Jesús comprendió que era un mal negocio, y reafirmó su lealtad al Padre celestial, y a sus designios para el hombre. Lucifer lo dejó allí, en aquella roca, y, antes de volar de vuelta a sus infernales dominios, las últimas palabras que dedicó a su divino hermano fueron éstas: «Siempre fuiste su favorito.»

—Bonita historia —admitió Ængus—. Es más, por extraño que parezca tiene mucho que ver con el asunto que me ha empujado a pedirte que vinieras. Pero debes de estar agotado del viaje. Entra, date un baño y descansa. Nada de todo esto importará hasta entonces, y quizá te avengas a acompañarme al Lido a cabalgar.

—Creía que no había caballos^[1] en Venecia, a excepción de los de bronce, en la catedral.

—Y de los míos. ¡Ven! ¿Qué puedo hacer por tu hombre? —Se refería al de blanco, que aguardaba de pie tras Alí, y que durante la conversación no se había movido ni hablado.

—No se separará de mi lado —respondió Alí—. Si no tienes ninguna objeción cabalgará junto a mí. —Al decir esto, cruzaron la mirada, amo y hombre, si es que eran tales, una mirada en la que Ængus reparó, aunque, a decir verdad, hubo en ella emociones de las que él poco sabía, un sentimiento de profundo afecto, de confianza y amor.

—Me parece bien —se limitó a decir, antes de volver su deforme figura hacia la escalera.

Durante la cena, Alí tuvo oportunidad de aludir a la única y singular cosa que sabía de la vida de su hermanastro en Venecia, que tenía una *liaison* con cierta dama,

a quien visitaba y atendía, según Alí, como un vasallo.

—Así es —admitió Ængus—. El *cavaliere* debe estar dispuesto a mostrarse *servente*. Al principio tuve que explicarle a la dama que en lo que a lo de la caballerosidad respectaba, estaba de acuerdo, pero que eso de la servidumbre no iba conmigo. Ella amenazó con rechazarme, pues no estaba dispuesta a verse avergonzada en sociedad por una sola muestra de desprecio por mi parte hacia sus sentimientos, más bien diría que a su *sentido de la moral*. De modo que acepté. —Levantó la burlona mirada hacia Alí y, aunque el objeto de su burla parecía ser de siempre (él mismo), una sombra, o una luz de compasión se había hecho un hueco, quizá hacia el mismo objeto—. Debo de parecerme cómico —dijo a continuación—. Cómica en verdad debe de ser la vida que llevo. Aun así, hay tan duros momentos en ella que cuesta sobrellevarlos con la risa. La dama está enferma, y se cree que su estado es desesperado: su *cavaliere*, a pesar de haber sido desterrado por un tiempo debido a algún peccadillo, es llamado a su presencia, con consentimiento del marido, para compartir con él la inquietud y los cuidados del tiempo. Ella así lo ha pedido, a pesar de que el amante deberá tomarse ciertas libertades con ella en presencia del marido, o tan cerca de él que, en cualquier otra circunstancia, darían pie a un duelo, libertades, no obstante, que según el código el marido debe considerar inocentes. Por otro lado, ¿se equivoca el *cavaliere* al insistir en que ella rechace las legítimas atenciones de su esposo, y que las reserve sólo para él, ese querido amigo de la familia de quien el marido, y sus amistades, consideran justificado solicitar de vez en cuando un favor, o un préstamo? Está justificado, es procedente, pero también es cómico, y duro.

Pensó Alí que su hermano no hablaba ni para quejarse ni para entretenerle, sino como lo haría un filósofo, como si en el fondo omitiera algo. Cuando hubieron disfrutado de un descanso, Ængus insistió en que debían irse. Quería que Alí lo acompañara solo, a lo cual éste se negó, aduciendo que su hombre no entendía una palabra de inglés, y que si conversaban en esta lengua nada comprendería. Ængus asintió al oír eso, y se apresuró a llamar a la góndola.

—Un ataúd flotante —comentó Alí al ver tan peculiar medio de transporte—. Si tuviera elección, no la utilizaría: cerrada como un coche-prisión, con el peligro añadido de terminar ahogado...

—Sin embargo, la vida en esta ciudad se detendría sin ellas —dijo su hermano—. Ya ves lo equipada que está, con cortinas que pueden correrse y un movimiento más suave que cualquier coche tirado por caballos. Además, los gondoleros llevan mensajes a todas partes, y son como tumbas o perderían el negocio que hacen con las propinas. En fin, aquí estamos, rumbo a la costa opuesta.

* * *

—Es cierto que soy tal como me ves —dijo cuando finalmente les entregaron tres

espléndidas monturas venecianas, y emprendieron el camino por la extensa costa. Detrás, a poca distancia, les seguía el acompañante de Alí, como una sombra no oscura, sino reluciente—. Estas ocupaciones, los placeres, la agitación y los chalecos de satén son míos. Me pertenecen. Y al mismo tiempo también soy otro. Dime: ¿has oído hablar de aquellos que se han agrupado aquí en sociedades y han jurado enfrentarse al austríaco hasta expulsarlo de todos los territorios italianos?

—A pesar de la distancia y el aislamiento, sí —respondió Alí con una sonrisa.

—Algunos se hacen llamar *carbonari*^[2], o quemadores de carbón, por motivos demasiado oscuros para elucidarlos; otros actúan bajo el nombre de *mericani*, o americanos, lo que deja bien claras sus convicciones.

—¿Formas parte de ellos? Me parecería muy raro, no te creía capaz de preocuparte por los oprimidos, ni te he oído expresar sentimiento alguno a favor de la Democracia. Pero recuerdo lo que me contaste en una ocasión de los esclavos africanos de tu isla antillana, y de cómo fomentaste su revuelta.

—No te confundas conmigo —dijo Ængus—. Desprecio a *la canaille*, y no me hago ilusiones respecto a su comportamiento en cuanto alcancen posiciones de poder o tomen asiento en las cortes de Justicia. No, no hago nada en su favor, no pertenezco a ellos; de hecho, no apoyo a nadie, sólo estoy en contra de.

—Se me antoja algo terrible, y muy triste.

—No debería importarte lo más mínimo. Soy el perro poco ladrador y muy mordedor, un perro que cumple con su función. No sé qué construirán otros. Yo no estaré allí.

—¿Qué posibilidades tienen, tenéis, de conseguir lo que os habéis propuesto?

—No lo sé a ciencia cierta —respondió Ængus—. Hay unos diez mil solamente en la Romaña. Yo mismo podría reunir a una docena de muchachos, bueno, a un centenar más bien, para que me respaldaran en caso de necesidad. Los *fratelli* están por todas partes: contratan asesinos; dispararon a un oficial austríaco muy cerca de mi puerta, lo mataron de dos tiros, y aunque lo metí en casa y llamé a un médico, no pude salvarle la vida.

—Me admira que lo intentaras.

—Creo, hermano —dijo Ængus—, que... a menos que me equivoque mucho contigo, de hecho no te admira lo más mínimo.

Cabalgaron un rato en silencio. Fue Alí quien retomó el hilo de la conversación.

—Pero tus deberes en sociedad, y en asuntos del corazón, a menudo deben de apartarte de estas cargas tan pesadas.

—Más bien todo lo contrario —dijo Ængus—. Sin mi papel en sociedad no hubieran tardado en impedirme ofrecer mi ayuda al partido de la Libertad, y hubiera dado con mis huesos en prisión, algo que en esta república más vale evitar a toda costa.

—Empiezo a comprender —afirmó Alí—. Tu servidumbre no es lo que parece.

—Desde hace tiempo esta circunstancia me ha sido de gran ayuda. Hay muchos

que se complacen en murmurar a mis espaldas. Me llaman el tullido escocés, *il Zoppo* que se afana tras su dama con tal diligencia que parece un asno. Mira, mira, se dicen el uno al otro, mira lo que Venus obliga a hacer a alguien así, ¡y cómo baila él al son que ella toca! Con eso basta para llenarles la cabeza, de modo que nunca irán más allá en lo que a mí concierne. Un hombre que se comportara como yo, nunca podría ser de ningún otro modo; un hombre, un carácter, dos sería solecismo.

—De modo que te ocultas y ocultas tus acciones aparentando ser vulgar.

—En efecto, al menos así ha sido hasta ahora. Ahora el disfraz empieza a convertirse en harapo. La perfección del mismo está trayéndome la destrucción. Ando muy cerca de tener graves problemas, hermano.

—Esperaba a que sacaras a relucir la cuestión. Veo que ha llegado el momento.

Llegados a esta altura de la conversación, Ængus detuvo el caballo e invitó a su hermano a hacer lo propio; cuando ambos hubieron desmontado, Ængus se acercó a él, mirando a su alrededor como haría alguien decidido a compartir un pensamiento en privado mientras se pregunta quién podría escucharlo.

—El marido de mi dama es un hombre de cierta experiencia —dijo—, y no siempre ha sido lo que aparenta ser ahora. (Ten la certeza de que sé todo cuanto pueda saberse sobre él.) Tiene alrededor de cincuenta veranos cumplidos, y el hecho de sobrevivirlos le ha convertido en alguien muy astuto. En los inestables tiempos en que las huestes y oficiales de Buonaparte desaparecieron de la Tierra como una nube, en que los austríacos vinieron a sustituirlos, él se unió a los revolucionarios, pensando que sería mejor ponerse a su cabeza que permitirles que cortaran la suya. Después de que el alzamiento fuera aplastado, y restauradas las autoridades austríacas, volvió a adoptar su consabido desprecio por la masa, y se conformó de buena gana con los nuevos regentes. Su anterior asociación con el movimiento patriótico, no obstante, le había permitido establecer contactos que juzgó prudente no abandonar y, a través de éstos, se ha acercado más a mi secreto, tanto es así que ahora casi está en posesión de él, y sólo le ha impedido informar a los austríacos el hecho de que ha estado buscando cómo ocultar su delación. Ahora es capaz de desenmascaramme sin desenmascarse a sí mismo, y lo hará en cualquier momento. Estoy preparado para marcharme en una hora si fuera necesario, y desaparecer sin dejar más rastro que el que dejaron los enemigos del Estado bajo el poder de los dux, pues aquel a quien se denunciaba era juzgado de inmediato y nunca más volvía a saberse de él. Sin embargo, no puedo hacerlo, al menos hasta haber sido sustituido por alguien, y rápidamente, alguien totalmente desconocido e imposible de descubrir, alguien cuyo nombre no aparezca en ninguna lista ni en lengua de informador alguno, un hombre que esté dispuesto y sea capaz de continuar el trabajo con el que me he comprometido.

—¿Es por esa razón por lo que me has hecho venir? —preguntó Alí con una sonrisa, una especie de sonrisa que no podía haber cruzado sus labios en tiempos pasados, la sonrisa de los Sane, casi, puesto que su alma aún era libre de la oscura

mancha de éstos—. Vas a pedirme que me convierta en ese alguien.

—No conozco a otro a quien pueda pedírselo. Y no puedo decirte aún por qué he pensado en ti. —Se agachó para recoger en la arena un canto rodado, oscura piedra que acarició como si fuera de un metal precioso—. ¿Me he equivocado al suponer que estarías dispuesto a aceptar?

—No tengo ningún motivo para acceder.

—¿Nunca te han movido a la furia, al resentimiento, los poderosos y los crueles? ¿Nunca has sentido el deseo de derrocarlos? Pensaba que sí. Si estuviera en tu lugar, yo sí hubiera albergado tales sentimientos. ¿Conoces la historia de Jacques-Armand?

[3] Era un joven campesino a quien la reina María Antonieta adoptó a la fuerza tras arrebatarlo a sus padres, por haberse encaprichado de él. A pesar de su cariño, y de la ropa de buena factura y la excelente comida que recibió de ella, no dejaba de llorar inconsolable. Cuando estalló la Revolución, Jacques-Armand se convirtió en el jacobino más cruel de todos, en un decapitador *extraordinaire* en la época del Terror.

—No veo qué relación tiene esa historia conmigo.

—Que tú no la veas no quiere decir que no la tenga.

—¿Qué me ofreces en caso de aceptar? ¿Qué gano yo con eso?

—No te ofrezco nada.

—Nada vendrá de nada.

—No obstante, creo que algo podría resultar de todo ello. Tengo la esperanza de que, a pesar de no tener nada que ofrecer, el desafío por se pueda atraerte, y la esperanza inspirarte. Fíjate que digo «pueda». Soy consciente de lo improbable de que este gambito mío se vea coronado por el éxito. Podrás juzgar cuán desesperada es la jugada por mi decisión de intentar esto contigo.

Al no responder Alí, Ængus prosiguió de la siguiente guisa:

—Has oído hablar de las sociedades de Italia. Es posible que también hayas oído hablar de hermandades similares, en otros países.

—No puedo decir que sí. Quizá se manejan mejor que los italianos a la hora de mantener en secreto su secreto.

—Ahora te hablaré de algo que juré por mi vida no revelar a nadie sino a aquellos que se contarán entre los nuestros. Hasta tal punto confío en tu silencio.

—Ten cuidado. No sabes cuáles son mis convicciones, ni hacia dónde se inclinan mis lealtades. ¿Cómo sabes que no soy un agente de ese Imperio al que combates? ¿O un aliado del mismo? ¿O un vendedor de información y de hombres?

—Lo sé, hermano, porque ningún hombre podría ser tan transparente como tú. Siempre lo fuiste, tanto que me sacabas de mis casillas pues nada podía hacer para oscurecerte o ensombrecerte. Escúchame, pues, y te contaré algo que pocos conocen. En el ancho mundo, al menos en buena parte del mismo, desde nuestra isla hasta donde reina el zar, allá donde el espíritu de la Libertad no ha muerto asfixiado, se ha constituido una sociedad cuyos miembros se han unido con un solo propósito, una sociedad constituida por unos pocos que han jurado ayudar a los demás sea cual sea

su nacionalidad. En resumen, pretenden poner punto final a la monarquía y a la nobleza hereditaria, y a todas las Iglesias y tribunales, cuya virtud y justicia se orienta únicamente al servicio de reyes y señores, a todos aquellos que cargan a lomos de las gentes del mundo un peso que ni un asno podría soportar. Aunque tarden un siglo —y no creen que vaya a tardar tanto—, al final lo conseguirán, y así (dicen) todo el mundo se librará de sufrimientos innecesarios, puesto que ahora hay tanto sufrimiento en el mundo que ningún ser vivo se ve libre de él.

—¿Es eso cierto?

—Lo es. En cada país donde se han establecido se conocen por un nombre distinto, pero en conjunto se hacen llamar sólo por uno. ¿Quieres conocerlo?

—Pareces decidido a confiármelo.

—Se hacen llamar los Luciferinos.

Alí rió al escuchar aquello, y su risa alarmó y sorprendió a partes iguales a su hermano, quien pensó que no le había oído reír antes, y sobre todo no de los curiosos modos del mundo, ni de los quehaceres de esa gran diosa sin religión llamada Circunstancia, quien gusta de gastar bromas como ésa y atesorar algo para cada uno de nosotros, ¡que en homenaje a ella podemos perfectamente tanto reír como llorar!

—Creí que el antiguo emperador de los franceses se había dedicado a este mismo empeño —dijo finalmente Alí—: acabar con la opresión, abrir las cárceles, liberar a los hombres y a las mujeres, libertar a los esclavos y a los judíos. Sin embargo, reside ahora en una roca en mitad del mar, y los antiguos *Perukes* han vuelto para quedarse.

—Y así es. Todos esos violentos jóvenes partisanos que ansiaban liberar a sus patrias y gentes de la tiranía se unieron por fuerza a sus reyes y nobles derrocados para poner en fuga a Napoleón y a sus monarquías de cartón, incluso aquellos que al principio lo adoraban. Ahora han visto qué se ocultaba tras el truco, y forjarán una libertad desde el interior, no una impuesta desde el exterior, una libertad *Germana*, diferente a la *Húngara*, a la *Griega*, a la *Veneciana*, ¡Libertad y autogobierno para todos!

—Admito que es un sueño que comparto. Pero ¿acaso es algo más que un sueño?

—Pueden cambiar el mundo —afirmó su hermano—. En verdad tengo la certeza de que lo harán, aunque aún está por determinar si será para mejor o para peor. He leído en la prensa italiana que los dos grandes ejemplos de vanidad a los que se enfrenta el mundo actual son Buonaparte y un poeta inglés^[4]. Piensa en lo halagado que se sentiría el antiguo emperador en su roca marina si estuviera al corriente de esta comparación. Él sólo tuvo poder para hacer daño; el otro, sólo para iluminar.

—No sé si yo debería contribuir al éxito de una revolución —dijo entonces Alí, como si pensara en voz alta—. No soy de sangre fría, ni de sangre caliente, para el caso. Al menos, no lo suficiente. La mayoría de los seres humanos que encontrara delante, ya fueran el soldado de un rey, o un rey, o el Papa, si no fueran enemigos personales míos probablemente pensaría que son buenas personas, lo suficiente buenas personas como para vivir. Y sentiría aprecio por un hombre valiente y

honorable, luchara en el bando que luchara.

—Eso dice mucho de ti —afirmó su hermano sin demasiada convicción—. Pero no te dejes disuadir por ello, si sigues considerando la idea. En mi caso es lo contrario, la compañía y la contemplación de cualquier ser humano siempre se convierten para mí, y pronto, en una perfecta ipecacuana. Aun así he trabajado largo tiempo por su bienestar, y en alguna ocasión me ha resultado ventajoso el negocio, a decir verdad.

Alí volvió a mostrarse pensativo; entrelazó las manos a la espalda y mantuvo la cabeza gacha antes de echar un vistazo al lugar donde su compañero de blanco aguardaba inmóvil, a lomos del caballo, como la estatua de un espectro.

—Un hombre que asumiera tales tareas —dijo entonces—, ¿acaso no lo pondría todo en peligro, incluso a aquellos a los que ama? Alguien así no podría verse lastrado por un pariente, una esposa o una hija, por temor a que su ruina, lo cual es más que probable, resultara en la ruina de los suyos.

—Así me parece a mí también, sí.

—No tengo semejantes cargas —admitió Alí, sin que tal afirmación pareciera complacerle, lo cual no escapó a la atención de su hermano.

—¿Te atreverías, pues, a acometer tal empresa?

—¿Cómo voy a saber si me atrevería? Cuando haya hecho lo que deba hacer, entonces sabrás a qué me atrevo, o a qué no.

—Bien dicho —admitió Ængus—. No podría pedir más.

—Tu dama... Doy por sentado que no sabe nada de tus actividades.

—Nada en absoluto. A poco que supiera podría ponernos en peligro a los dos. Te confieso, por claro que tenga mi objetivo y los medios para alcanzarlo, que lamento mucho tener que dejarla de este modo, desaparecer de la noche a la mañana, sin que ella sepa adónde he ido... En fin, me preocupa, aunque no sé cómo calificar mi preocupación. Me ha sido fiel, tanto como yo a ella, y créeme: no hay tantos que hayan disfrutado de los favores de que he disfrutado yo.

—Y ¿adónde irás? ¿A qué tierra, a qué costa?

—Eso no lo sé, pero será lejos. Estoy señalado, y en cuanto me desenmascaren no podré dejar mi pasado atrás (ya ves, soy como soy); ningún espía, ningún policía ni guardia fronterizo podrá confundirme con otro, y su red es extensa, no sólo geográficamente, sino por lo bien informada que está, tanto como la nuestra lo es. Debo irme bien lejos para que no me persigan, a un lugar al cual no llegue su poder.

—A las Antípodas. O a la China.

—La verdad es que no me importa. A algún lugar a este lado del Hades, eso es todo.

—Muy bien —dijo entonces Alí con repentino ímpetu—. Aceptaré tu propuesta. Permaneceré aquí y llevaré a cabo las tareas que deba desempeñar lo mejor que pueda, si tú me enseñas cómo...

—¡Ajá! —exclamó Ængus al tiempo que aplaudía—. ¡Eres un tipo espléndido!

—Pero con esta condición: que tú también hagas algo por mí, un asunto peligroso, aunque no para la vida, quizá, ni para tu integridad, pero de dudoso éxito, y secreto, también. Algo que por una promesa que hice debía hacer, pero que es muy posible que por derecho te corresponda a ti llevar a cabo.

Ængus enarcó ambas cejas al oír esto, y pidió a Alí que le pusiera al corriente. Como respuesta, Alí preguntó:

—Dime, ¿piensas alguna vez en tu hija?

Al oír aquella palabra, Ængus apartó la mirada como si la pregunta le hubiera hecho daño; fue sólo un instante.

—¿De qué hija me hablas? —preguntó entonces con suma frialdad.

—Sólo tienes una, que yo sepa —respondió Alí.

—Puede que tenga varias. Difícil sería encontrar a un esclavista antillano que no pueda reclamar la paternidad de un cachorro negro, o de varios.

—Ya sabes a quién me refiero.

—Entonces no sé si la tengo, o si acaso la tuve —dijo Ængus, que arrojó a las calmas olas el canto rodado que había recogido de la arena—. Podría haber muerto^[5]; sólo de pensar en la de enfermedades que debe superar un niño hasta alcanzar unos pocos centímetros de altura: convulsiones, fiebres, vómito negro, diarrea, toses, tisis... galopante ésta y fulminante la otra. Ni uno de cada seis lo logra, ¿por qué iba a pensar que ella sí lo ha hecho?

—Te aseguro que sigue con vida —dijo Alí.

—¿Está bien formada? —preguntó Ængus, que evitaba mirar a su hermano a la cara—. Quiero decir si...

—Era perfecta^[6] —respondió Alí—, y he oído que sigue igual.

—Bien, pues —dijo Ængus; y repitió—: Bien, pues. —No a modo de respuesta, ni confirmación, sino como si respondiera a una pregunta formulada en su interior, en lo más hondo.

—Montemos de nuevo —propuso Alí—, y te hablaré de esta condición que quiero ponerte, y de cómo podrás satisfacerla... si quieres.

—Montemos, pues —aceptó su hermano; y ambos lo hicieron, y juntos cabalgaron por la playa.

Al ponerse el sol, una luz rosácea cubrió con su manto los nevados picos de los lejanos Alpes. Las huellas de los cascos de los caballos puntearon la arena que se extendía frente al callado mar, y largo rato conversaron los hermanos acerca de muchas cosas.



De: <Inovak@metrognome.net.au>

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto: Re:Gravitas

[Querida — ¿cómo? — el saludo forma parte de la gravitas:]

Querida Alexandra:

Te estoy sumamente agradecido por haberme confiado la noticia del asombroso hallazgo que hiciste de la hasta el momento desconocida novela en prosa de Lord Byron. El descubrimiento, cuando finalmente pueda hacerse público, cambiará por completo nuestra imagen de Byron, de su obra y, sobre todo, de sus relaciones con su esposa e hija. Se me ocurren pocos descubrimientos de importancia comparable relacionados con escritores del período. Cuando completé mi disertación doctoral sobre Byron en la Universidad de Chicago, se hallaba éste en el eclipse más profundo que pueda sufrir un gran poeta, a pesar de lo cual su vida y su carrera nunca han dejado de suscitar comentarios e intrigar a críticos, biógrafos y al público lector, todo ello aun siendo verdad que poco a poco hayamos podido ir perdiendo contacto con su obra. Durante mi paso por dos universidades (me pediste un CV que te envíé por separado) me esforcé por lograr que tanto los estudiantes como otras personas interesadas reconocieran su valor: la relación de mis artículos, estudios, monografías y ponencias son prueba evidente de ello. Me pareció importante entonces rescatar a Byron de la leyenda, y redactar estudios con títulos tales como: *¿Cuán byroniano era Byron?*, o *Salvar a Byron de sus amigos*. Incluso esa empresa se me antoja ahora algo lejana, aunque quizá convenció a unos pocos. Yo mismo me alejé de Byron y de la universidad, tanto para perseguir otros intereses como por otros imperativos: durante los últimos veinte años he trabajado en una serie de proyectos cinematográficos destinados a plasmar las calamidades, esfuerzos, las vidas cotidianas de gentes de muchos lugares «remotos» del mundo (no tan remotos para quienes viven allí, o para aquellos que quieren algo de ellos) y llamar la atención del mundo del que provengo. (Me enorgullezco de esos documentales, y me alegro de los premios obtenidos, aunque no haya un medio científico de medir el impacto real que hayan podido tener, como no lo hay de medir la influencia de Byron en la obtención de la

independencia griega.)

Ahora, cuando incluso a mí Byron se me antoja a veces parte de un pasado irrecuperable, el mundo ha descubierto nuevas razones para sentir interés por él. Está su compleja sexualidad, que ahora resulta permisible ponderar y cuestionarse sin evitar el tema o aludir al horror moral que supone. Ya no necesita exculpación, ni adalides, al menos en estos asuntos. Pero sobre todo está su hija, y el modo en que el mundo ha progresado estas últimas décadas, progreso que la convierte en una especie de profeta, en alguien que, si no con detalle, fue capaz de ver el futuro. Ada vio en su momento lo que muy pocos pudieron ver en su día (en realidad, fue única), comprendió que las máquinas realizarían en el futuro tareas complejas, manipularían símbolos, compondrían música, almacenarían datos y llevarían a cabo actividades que en su época sólo la mente humana podía realizar.

No obstante, ella se imaginó a sí misma haciendo aún más: se sentía embarcada en la búsqueda de una nueva ciencia, una que tendería un puente entre la física molecular, la física atómica y la mentalidad humana, una ciencia en la que los investigadores serían sus propios laboratorios, igual que los poetas son sus propios herreros, donde forjarían nuevas realidades a partir de sí mismos. Desde el principio, su alta de miras (vengativa y cauta) madre la había apartado de la poesía y de cualquier cosa que pudiera oler a imaginativo, introspectivo y emocional, a byroniano, vamos. Lo que descubrió Ada, lo que su madre no pudo siquiera imaginar, fue que la ciencia es el reino de la pasión, y un sueño tan grande como la poesía. En otras palabras, se veía a sí misma como la continuadora de los experimentos personales de su padre con las posibilidades de la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad, sólo que en términos diferentes, términos que en su tiempo eran inconcebibles y que ella misma no pudo articular. Creía en la posible existencia de una ciencia molecular de la mente, una cosmología del pensamiento, una ciencia auténtica que iba más allá del mero autoexamen y la reflexión, una ciencia, en definitiva, que sin reduccionismos transformaría el propio autoexamen, y de la cual formarían parte esas máquinas de cálculo, convertidas en componente necesario, tanto como herramientas como sujetos. El caso es que estaba en lo cierto, *está* en lo cierto. La neurociencia de nuestros tiempos, que resultaría imposible de practicar sin las herramientas digitales que ella predijo, hace precisamente el trabajo que ella le atribuía, y llega a conclusiones o a predicciones que ella hubiera comprendido. (La frenología de la que

tan devota era, aunque se antojara inadecuada para alguien tan racional, fue un temprano intento de hallar una ciencia de la mente en la fisiología del cerebro.) De hecho, resulta difícil no pensar que, mediante su recuperación, rescate, cifrado y anotación de la obra de su padre (una parte muy poco característica de la misma, por cierto), ella conscientemente estaba fomentando ese trabajo, mediante la autoexperimentación con la memoria y la herencia. Si tu investigación es correcta, al parecer estuvo trabajando en ello prácticamente hasta el día de su muerte.

De modo que el interés de lo que has descubierto no sólo sirve de acicate para nosotros, los byronianos de toda la vida, si es que queda alguno en pie. El interés reside en la luz, en la calidez que arroja sobre Ada, no por lo que hizo, de lo cual existe más bien un registro inconcluso, sino por lo que *fue*, y por lo que *pudo haber sido*, lo cual es si cabe más importante para nosotros, que vivimos en un mundo que ella ansiaba vislumbrar, y que, de hecho, vislumbró.

Tuyo,

Lee

[¿Crees que es algo por el estilo lo que necesitas? ¿Menos? ¿Más? Puedo articularlo de forma distinta, si quieres. No lo creerás, pero al leerla de nuevo me creo hasta la última palabra de lo que he escrito — L]

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: <Inovak@metrognome.net.au>

Asunto: Gracias

Bien. Gracias. Gracias de verdad.

Yo también creo en ello. Hasta la última palabra.

Creo que sólo añadiré esto: «No sólo sería una pérdida para la historia de la literatura y de los estudios byronianos que esta obra no viera la luz, sería sobre todo una pérdida para nuestro conocimiento de Ada, de quien disponemos de menos información que del propio Byron. Colaboró en esta obra (¿pieza?, ¿historia?, ¿proyecto?) con su padre fallecido, y ambos se ven iluminados por lo que hicieron, especialmente Ada.»

¿Qué te parece? No es tan elegante y florido como tu texto. Nunca aprenderé a escribir así. ¿Es un don natural?

Recibirás la foto muy pronto,

S

Ashfield
25 de abril de 2002

Querida Alex,

Finalmente ha llegado la primavera, florecen los tulipanes y las oropéndolas han vuelto para anidar (o reconstruir el antiguo nido) en el membrillo. Su color naranja recortado contra el escarlata de los retoños es tan intenso que casi resulta chocante, aunque supongo que no hay colores en la naturaleza capaces de hacerse realmente la competencia.

Sabes que sólo me preocupaba por ti: no temía que él pudiera hacerte daño, aunque seguro que él estaba convencido de que era eso lo que pensaba. Temía que el dolor te hiriera. El dolor y la pena por ti misma, y por él también, y por el daño que había sufrido tanto como por el daño que había causado. Y, sobre todo, por esa pobre niña aquella noche. Dolor que pensé podía matarte, como la tardía helada puede matar las cosas que empiezan con tanta esperanza. Sé que es un error. El otro día, Marc y yo estuvimos observando a una mariposa que salía del capullo. Dios mío, esto es tan extraño y sentimental que ni siquiera puedo creerlo. Bueno, pues la mariposa salió del capullo, toda húmeda y doblada como una hoja de vid, y luego empezó a desplegarse. Tarda lo suyo, y parece muy difícil: esa cosita jadeaba, o parecía hacerlo, y se esforzaba en desplegar las alas. Quise ayudarla a lograrlo, abrirlas por ella, y Marc dijo (supongo que lo sabía) que si la mariposa no lo hacía por sí misma, entonces no podría volar: es el proceso de estirarse, sacudirse, jadear y secarse lo que activa sus músculos, o lo que sea que tengan las mariposas por músculos. Sólo entonces pueden volar.

Se todo eso, y también entonces lo sabía: quería que volaras, y que lo hicieras con tus propias alas, y era consciente de lo poco que podía ayudarte. Sólo deseaba apartar de ti el dolor hasta que pudieras enfrentarte a él. Sabía que tendrías que hacerlo. Sólo quería que antes fueras más fuerte. La gente suele decir que los problemas y las penalidades pueden fortalecerte, pero yo no lo creo: creo que el amor y la felicidad pueden hacerte más fuerte, que pueden alimentarte y cubrir tu alma con un tejido saludable, una especie de grasa de amor, para que puedas enfrentarte a las cosas, y soportar el frío. Por supuesto, ahora sé que en realidad era yo quien tenía que fortalecerse. Y con tu cariño, lo hice. Espero que puedas perdonarme.

Con amor,

Mamá

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Asunto: Eh, tú

Mi queridísima querida:

Acabo de enviarte por fax mi plan de vuelo. Virgin Air (!) Oh, dios mío, no veo el momento. ¿Sabes qué pensaba hoy? Que si Ada viviera ahora, o incluso un poco después de lo que lo hizo, podría haber visto a su padre. Si a él no lo hubieran atendido tan mal los médicos en Grecia podría haber sobrevivido, al menos unos años más, y ella podría haber hecho las maletas y haber viajado a donde fuera para verlo. Si tal, si cual... Me encantaría ser una historiadora de verdad para no tener que plantearme tantos sis.

Quiero encontrar una carta de él a alguien que estuviera cerca cuando murió, que diga: «Coja estas páginas y entrégueselas a mi hija.» Quiso decirle que hubiera querido ir a por ella de haber sido posible, para llevársela a algún lugar donde nadie pudiera encontrarlos. Pero creo que simplemente las perdió. Ella tenía que ser quien hiciera el trabajo de encontrar y salvar el libro. Todo él no era nada más que una carta dirigida a ella, y ella, la supuesta destinataria de la misma, al final la consiguió. Eso es lo que tengo que decir cuando escriba al respecto, que ella era la única.

Es como los milagros de Babbage. ¿Has leído algo al respecto? Babbage solía invitar a la gente a su casa para mostrarles cómo funcionaba el Motor Diferencial. Lo ponía todo a cero; luego le daba a la manivela y una de las ruedas marcaba el 2. A continuación, otra vuelta a la manivela y pasaba al 4, luego al 6, y todo el mundo lo comprendía: la regla era «añade 2». Al llegar al 8, la rueda volvía al 0 y la siguiente rueda marcaba el 1, de modo que se obtenía un 10. Seguía adelante, puede que hasta darle cien vueltas a la manivela. De pronto, el número daba un salto no de dos, sino de una cantidad enorme, como 100. Los presentes reaccionaban: ¡un salto! ¡Una extravagancia, por fin! Babbage se explica: no, él había dado orden por anticipado a la máquina de que hiciera tal cosa, o sea, después de tantas veces de añadir 2, avanzar de 100 en 100. En otras palabras, el salto estaba programado de antemano, era una regla y no un fallo. Eso era lo que Babbage consideraba un milagro divino: había reglas naturales, también, aunque fueran reglas que desconocíamos hasta que se ponían de manifiesto. Creo que estoy de acuerdo con él.

El milagro de Ada no es que salvara la novela. El milagro es el amor que ella no había conocido y que la empujó a hacer lo que hizo: el amor acercándose de cien en cien, de pronto un repentino salto, programado desde su infancia, quizá, y que sólo se manifestaba en ese momento de su vida, en la abadía de Newstead, frente a la tumba en la que descansaba su padre.

Ahora el libro está en formato digital, formato Word Perfect, ja ja ja, y puedo manejarlo en cualquier parte. Georgiana ya no está enfadada conmigo. Me dijo que había escrito a Lee una nota, agradeciéndole la ayuda y el apoyo prestados. Lo sabía. Probablemente la roció de perfume, o de aroma, como dicen aquí. Eso sí, Lilith sigue cabreada.

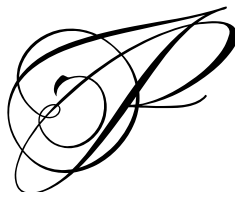
Te veo a ti y al Honda en el JFK. No puedo decir qué piensa mi corazón.

Smith



DIECISÉIS

En el que todo termina, aunque no concluya



rocedente de Londres, llegó a Venecia, en el Adriático, una carta dirigida a «*El Honorable Peter Piper*», y en su interior había adjunta otra carta, la cual le era confiada para que él la remitiera (por otro medio que no fuera el vigilado Correo) al destinatario, quien, al recibirla, la abrió y leyó lo que sigue a continuación:

Hermano mío: Cuando nos despedimos te pregunté por qué ibas a confiar en que cumpliera con lo que me habías pedido, y por qué creías que sería capaz de procurar mayor bienestar a la niña que sus actuales tutoras. En mí nada veía que me indujera a creermelo capaz de ello; de esa *hazaña* no me cabe duda, pero del resto, en absoluto. Te contaré todo lo que ha ocurrido, y podrás juzgar por ti mismo si has errado al depositar tu confianza en mí. Ay, a menos que fracasases y acabes ahorcado en alguna plaza pública, jamás tendré demasiadas noticias tuyas.

En lo que a mi historia respecta. Mi visita a las salas del Colegio de Abogados y al señor Wigmore Bland, con los documentos que tuviste la amabilidad de confiarme, el de apoderado y demás, fueron palanca adecuada para la inerte masa de nuestros asuntos. Las propiedades de los Sane han sido disueltas para siempre, o pronto lo serán, y nos quedaremos sin tierras, aunque más ricos en cuanto al dinero en efectivo de lo que lo hemos sido estos últimos años. Todo se ha hecho tal como acordamos: se ha mirado por todos los sirvientes, arrendatarios, perros y gatos, tal como tu tierno corazón deseaba, y se les ha dotado de la correspondiente pensión. Así las cosas, me dirigí a la casa donde reside la niña encarcelada, después de que el señor Bland, pertrechado de detalles, me informara de los pormenores de su encierro, encierro que deploró hasta el punto de entristecerse visiblemente unos instantes antes de recuperarse. Gracias a él supe que lady Sane (tal como tu esposa sigue haciéndose llamar) no ha recuperado la razón, a pesar de los tratamientos de una retahíla de doctores de todas las confesiones, quienes se

han abalanzado sobre ella, y sobre su chequera, con la tenacidad de las mismas sanguijuelas que han empleado para curarla; el señor Bland estaba convencido de que al menos uno de ellos, varios con toda probabilidad, no eran en absoluto doctores más que en la pantomima.

A mi llegada al vecindario de la casa donde estaba confinada Una, en seguida comprendí que no estaba llamado a liberar a la niña de aquellos que la mantenían presa, si es que era eso lo que hacían, puesto que nada más llegar a la casa se hablaba en todas partes, tanto en el camino como en el pueblo de cómo se *había fugado por sus propios medios*. No sabrás, creo estar en lo cierto al pensar que nada sabes de ella, que al igual que el hermano de su padre, sufre el mal de quienes caminan dormidos. No sé si esta condición se había manifestado con anterioridad, o si las tutoras, de pie en las puertas como el Cancerbero de tres cabezas, estaban al corriente, pero me pareció que quizá no fuera así. Todas las cerraduras de las puertas estaban colocadas en el *interior*, para mantener fuera a los intrusos, pero fáciles de abrir desde dentro. De modo que salió en plena noche, y tomó el camino, como los niños del flautista, hacia la colina y más allá. Por la mañana, descubierta su ausencia, se alzaron los gritos, pero debido a las horas que llevaba fuera, y puesto que nadie la había visto caminar inconsciente entre ellos (¡durmiente despierta entre durmientes dormidos!) se temió lo peor. Se ordenó dragar los pozos, vigilar los ríos; se atizaron los almiarés, se batieron los bosques, todo para nada. Podrás imaginar que en esta búsqueda no quise llamar la atención. Tú mismo sabes la cualidad de que disfruto, o talento, como quieras llamarlo, que me permite hacerme invisible cuando lo deseo, y si no invisible sí al menos pasar desapercibido, a pesar de todo lo que llama la atención en mí.

Por mi parte me sentía inclinado a pensar que era menos probable que hubiera sufrido accidente o percance, que la posibilidad de que le hubiera pasado algo realmente malo. Observarás que esta forma de pensar es muy propia de mí, pero el caso es que quienes caminan en sueños acostumbran a ser capaces de evitar caer en estanques o arrojar desde los acantilados; sin embargo, una niña, sola, a medianoche y en camisón, constituye una tentación para algunos. En la verde campiña de Inglaterra es tan probable que haya uno o dos así como en el resto del mundo.

Me pregunto si debo mantenerte en la inopia, querido hermano, respecto a la continuación de esta historia, o concluirla. Supongo que ya habrás leído la última página para ver cómo acaba, igual que haría una doncella con una de esas novelas francesas, ansiosa por descubrir si los amantes «vivieron juntos y felices por siempre jamás». Los sucesos de las siguientes semanas quizá valgan la tinta y el papel, a pesar de lo cual no me recrearé en ellos, puesto que pronto repuntará la marea en el Támesis y el comercio de la nación se hará a la vela rumbo a rincones remotos. Un frío cálculo realizado en la fonda

del pueblo del que la niña había partido arrojaba una posibilidad entre cien de encontrarla, menor aún de hacerlo antes que sus familiares, y menor aún de encontrarla incólume. Aun así emprendí la búsqueda, porque un tipo que era tan frío calculando como yo había sido el primero en topar con ella aquella noche. En el amplio cerco de mis investigaciones, descubrí que en una población cercana había un caballero, cuya identidad se ignoraba, que había tomado la posta a Londres con una niña, su hija, dormida en sus brazos, una niña de cabello negro. Así que me apresuré.

Quizá sepas que en esa ciudad, en compañía de cierto amigo de buena reputación, antiguamente al servicio de nuestro padre, disfruté de una breve carrera en el mundo del espectáculo, y descubrí que, en cuanto a movilidad y libertad para ver y escuchar (esta última incluye la capacidad de escuchar a escondidas, oír por casualidad, etc.), no tiene parangón. Claro que un jorobado acompañado de un oso puede llamar la atención, pero, de hecho, pasan desapercibidos para la mayoría, por *previsibles*, y no se los mira más que al pavimento, a los marcos de las ventanas o cualquier otra cosa normal y corriente. Por ello, alguien así puede ir de un lado a otro y recabar información, junto a algunas monedas de cobre, que tampoco son como para despreciarlas. Es más, la Hermandad de quienes se dedican al espectáculo conoce un sinfín de detalles de las vidas pasadas de aquellos que se encuentran en lo Alto: reconocen a su vieja amiga la condesa, que en tiempos bailó en Drury Lane, al predicador de moda que en tiempos leía el futuro en Green Park, al rico terrateniente cuya fortuna se gestó en una casa de mala nota. De las hablillas en las tabernas y los puestos de las ferias averigüé muchas cosas de alguien que está conmocionando los salones de Mayfair: un doctor mesmerista que ha curado a muchas jóvenes damas de enfermedades que algunas de ellas ni siquiera eran conscientes de padecer hasta que el doctor las hubo examinado. Sus imanes, calderos, frascos, fluidos y artefactos etéricos habían obrado milagros. No será el primero ni el último que haya cosechado el éxito en tales empresas, pero quienes me hablaron de él, y sabían de dónde había salido, estaban admirados. Lo que me empujó a interesarme más por él fue que se decía que lo acompañaba una niña que constituía el centro de sus experimentos; una niña a la que podía, con tan sólo un pase de mano, o el uso de un níquel imantado, sumir en un *sueño profundo*, en el que mantenía no obstante la atención, permanecía de pie, era capaz de obedecer órdenes y, lo que es más sorprendente, responder al ser preguntada, decir a los presentes su nombre y explicarles la naturaleza de las enfermedades e inquietudes que padecían. Lo que la ciencia se propone hoy en día ha sido antes patrimonio de santos y sacerdotes capaces de hablar en trance. Pero las disquisiciones del doctor son distintas, y ponen de manifiesto una nueva revelación, extraída de Mesmer, Puységur, Combe y Spurzheim^[1], según la

cual lo que experimentaba su joven pitonisa no era una serie de antiguos transportes delficos, sino fruto de métodos nunca puestos en práctica antes por el hombre. ¡Vaya! No entiendo, ni entenderé jamás, de tales cosas; dime que todo ha cambiado para siempre y que hay cosas nuevas bajo el sol (a pesar de la observación de Salomón), dime que pronto un motor a vapor^[2] llevará al hombre a la Luna y me lo creeré a pies juntillas, aunque no esperes que cambie mi comportamiento lo más mínimo ni invierta mi dinero en tales empresas.

No, mi interés por el mesmerista tenía otros motivos, y no tardé en descubrir más cosas: que la niña no era la hija del doctor, ni estaba emparentada con él en absoluto; que se había hecho cargo de ella en oscuras circunstancias, nada que no pudiera imaginarse, claro; que la había sacado de un orfanato y que *sólo* después había descubierto que poseía aquellos talentos y poderes extraordinarios. Supondrás que, a esas alturas, me hallaba en posesión de un catálogo de rumores, informes, hablillas, etc., ninguno de los cuales me satisfacía. Incluso me había acercado a reconocer un cadáver que habían rescatado con un bichero en el Támesis, además de una desdichada muchacha enterrada en Southwark, aunque ni uno ni otro era la niña que yo buscaba. Mas la historia del doctor había calado en mi mente, no sé por qué, y no tardé mucho en descubrir dónde residía, además de un medio por el cual podría entrar en su casa sin que nadie se enterase. Para mi vergüenza, debo admitir que son muchas y muy variadas las destrezas adquiridas a lo largo de mis viajes relacionadas con el hurto, el allanamiento, el fraude y la cerrajería. La casa me pareció vacía y, como espía que se adentra en campamento enemigo, abrí las puertas sin hacer un solo ruido. Llegué a una salita, y allí, sobre un taburete, encontré a una niña sentada, vestida de blanco, con un collar de margaritas blancas en el regazo. Estaba sola, razón por la cual abrí la puerta y entré.

¿Por qué supuse que no huiría al verme o daría la alarma? No lo sé, pero el caso es que acerté. La niña siguió sentada con una peculiar inmovilidad al verme acercarme; no con la inmovilidad gélida de un ciervo que se siente acechado y se mantiene alerta, sino con una reserva impropia de un niño o de una persona madura, *angelical* si consideramos a los ángeles seres a los que no podemos asustar ni atribular. No sería la última vez que esa mirada en ella me sorprendería. «¿Quién eres?», me preguntó, a lo cual al principio no respondí, pues en lugar de ello le pregunté por el collar de margaritas, y por la muñeca que sentaba en su regazo. No sé decir si se parece a mí; podría ser y yo seguiría sin verlo, purgada ella de todo cuanto yo veo en mi copa, en la cual he mirado rara vez en las ocasiones señaladas. Sé que tiene el cabello oscuro, como tú, y no sé de dónde lo habrá sacado, a menos que se deba a que su madre no fuera realmente rubia. Pareció querer charlar conmigo de asuntos

de interés para ella, sin preguntarme de nuevo quién era yo ni qué hacía allí; finalmente, agotada la paciencia, entrelazó las manos, las colocó con brusquedad en su regazo y me hizo saber que nadie debía entrar en aquella habitación, excepto los miembros del servicio, así que tuve que decirle quién era.

«Soy tu padre», le dije.

Tardó unos instantes en digerir mi respuesta, aunque no pareció sorprenderle.

«En tal caso», me dijo, «usted es mahometano».

«En absoluto», negué yo. «No veo por qué tu padre iba a ser mahometano.»

«Mi padre es una especie de turco», dijo ella, «y los turcos son mahometanos».

Como no había disputa posible al silogismo, tardé unos instantes en responder, tanto que ella continuó de la siguiente guisa:

«Yo soy mahometana.»

«Vaya, y ¿por qué?»

«En todo caso soy medio mahometana», matizó, «y mahometana del todo porque lo digo yo. He leído acerca de los mahometanos y no es tan difícil: sólo hay que decir Alá en lugar de Dios; eso es todo». Eso fue lo que dijo, al menos en lo que mi memoria alcanza a recordar su argumento, que me sorprendió por su sutileza. «Sin embargo», continuó, «no se lo he dicho a nadie, porque si lo supieran no les gustaría».

«Apuesto a que no.»

«No sabía que mi padre fuera como usted», dijo.

Había introducido un nuevo tema en el que yo estaba dispuesto a intervenir. Le pregunté si la asustaba, e incluso estaba dispuesto a hacerle un buen regalo para demostrarle que no debía asustarse; mas ella respondió que no estaba asustada. Tuve entonces ocasión de hacerle la pregunta que deseaba formularle, ¿por qué no le sorprendía que me encontrara allí ante ella, después de tanto tiempo? Ella me respondió que había suplicado a Alá^[3], como hacía cada mañana, que me llevara a su lado.

¿Te ríes? Te juro que a mí no me hizo reír. Pensé en todas las mañanas en las que, después de suplicar, la niña no había obtenido respuesta. Ahora que me tenía allí, por insignificante que fuera con respecto a lo que ella había esperado encontrar, o lo que había *deseado* encontrar, debía convencerla de que abandonara todo aquello y me acompañara, que acompañara a un tipo que no parecía muy prometedor. Aunque su mirada era fría, y no me abrazó, ni yo había esperado que lo hiciera, percibí la posibilidad de un pacto entre ambos, siempre y cuando jugara bien mis cartas. Y, hermano, ¡vacilé! Tengo, como sabrás, una conciencia clara de mi propia naturaleza, de los crímenes y

pasiones enraizados en ella, pero nunca hasta ese momento había sentido lo que sentí entonces: sentí que *no era merecedor* de ella, como si tomar su mano o granjearme su simpatía la mancillara con esa historia de la cual ella no sabía nada, ¡lo único que tenía que ver conmigo, que era o podía seguir siendo así! Me observó largamente, tanto que olvidé las tentaciones y demás con que había pensado engatusarla, las mentiras, los pretextos que creía necesarios, y deseé pedirle perdón, aunque ignoro por qué, si exceptuamos su sola existencia, de la cual yo era autor.

Gracias a un esfuerzo de voluntad volví a convertirme en mí mismo si de veras es así el tipo oscuro que escribe la presente, pero demasiado tarde, porque acababa de dejarle bien claro a la niña que deseaba que me acompañara, que yo la llevaría junto a quienes la amarían y cuidarían de ella, y que el doctor en cuya casa se alojaba era un malvado rey de las hadas, de quien debía huir con mi ayuda, cuando la puerta se abrió de repente ¡y el susodicho al que yo acababa de describir apareció en el umbral! Lo conocía de oídas, y lo reconocí también por la autoridad que irradiaba, por su pelo blanco y electrizado, el brillo de sus lentes, y las manos más grandes que había visto yo en un caballero, si es que era tal. Me levanté para enfrentarme a él, preparado para contarle una historia verosímil, o, si eso fracasaba, derribarlo de un golpe, cuando de pronto Una se levantó también para interponerse entre ambos.

«Mire, doctor, querido», exclamó ella, toda inocencia, «aquí tiene a mi padre ¡que ha venido a llevarme con él!».

Podrás imaginar la respuesta del buen doctor a semejante afirmación. Se acercó a mí como un boxeador podría hacerlo ante un desconocido oponente de menor peso, separó ambas manos y, en guardia, se volvió hacia mí.

«¿Quién es usted, y qué hace en esta casa?», me preguntó en un tono de voz bajo, indiscutiblemente teñido, no obstante, de dominio.

«La niña está en lo cierto», respondí, preparado como él para el combate. «Soy su padre y me acompañará.»

«¿A prisión?», preguntó él con odio viperino. «Porque ahí es a donde irá a parar. Ha allanado mi morada, señor.»

«Apártese», ordené. «Vamos a salir.»

Entonces sus facciones experimentaron una repentina transformación, como si acabara de cambiar una máscara por otra, y tendió la mano a Una.

«Acércate, niña», susurró. «No te hará daño. Ven, ven a mi lado.»

Con cierto pesar, con los ojos clavados en los suyos, ella obedeció, y cuando se hubo acercado lo bastante, él hizo un ademán sobre su cabeza sin dejar de mirarla, ¡como si quisiera atravesar su alma con un punzón! En un abrir y cerrar de ojos ella se había quedado totalmente inmóvil, sus ojos perdieron luz, a pesar de que no los había cerrado, sus brazos cayeron a los

costados, sin voluntad, como si flotara en el agua. Sólo entonces, hermano, tuve miedo, y tú sabes bien que he hecho y visto cosas peores —yo mismo he dirigido a seres carentes de voluntad—, pero allí, ante mí, tenía a alguien capaz de arrebatarse el alma, o eso me pareció.

Pero no carecía yo de armas, por rústicas que fueran, y empuñé con decisión una pistola muy poco espiritual que llevaba oculta en la ropa. Amartillé el percutor. Así las cosas, el mago, pues tal era, retrocedió. Le exigí que liberara el espíritu de Una, que invirtiera el encantamiento que le había lanzado, pero él se limitó a apartarse de mí hasta salir por la puerta y echar a correr por el pasillo.

«No la toque, por su vida», me dijo. «Si la despierta, morirá al instante. Máteme y nunca despertará. Todos los sirvientes han sido alertados, ¿no tiene usted escapatoria posible!» Corrió en dirección al recibidor, gritando «¡Ayuda, ayuda!», y oí voces y gritos por todas partes.

Ahí estábamos pues, hermano, ella y yo. Ella paralizada en un sueño, y yo incapaz de abandonarla. Admito que mis poderes habían tocado techo, y no supe qué hacer. Lo que sucedió al instante siguiente fue, de todas las cosas que pueda haberte transmitido (si es que transmitir algo puedo), lo definitivo. En cuanto el doctor echó a correr y abandonó la estancia, el hada que tenía a mi lado despertó. ¡No, no despertó, puesto que nunca había llegado a estar dormida! Dejó de *fingir*, y volvió a convertirse al momento en una niña humana, y con fuerza cerró la puerta, echó la llave, la sacó de la cerradura y la sostuvo en alto con un gesto triunfal. Entonces, sin demora, se acercó a la ventana de la estancia, la abrió (nos encontrábamos en la segunda planta) y me formuló la siguiente pregunta:

«¿Sabes trepar bien?»

«Como un mono», respondí.

«También yo», dijo ella, «aunque puede que *ellos* no lo sepan».

Ambos salimos entonces por la ventana, alrededor de la cual la gruesa enredadera se aferraba a la piedra antigua, la cornisa se extendía como mínimo para apoyar el pie, como en un saliente rocoso, y una celosía con flores trepadoras servía a modo de escalera.

«Yo iré delante», dijo mi compañera conspiradora, «y tú me sigues».

«No», respondí, «pues si voy yo primero y me caigo, tú podrás caer encima de mí, lo cual es preferible a la otra opción».

Asintió con aire solemne al compartir mi razonamiento, y salí por la ventana, apoyándome en las gruesas ramas como Romeo pero en dirección contraria; una vez fuera, extendí los brazos hacia ella para ayudarla. Hay muchos detalles que habré olvidado de todo cuanto he vivido en todos estos años, y espero que la Divina Providencia tenga a bien procurar que los olvide, pero eso no: ver cómo y con qué valentía saltó de la habitación donde la

tenían encerrada a mis brazos, ¡a *mis* brazos!, brazos que jamás sirvieron de sostén a botín tan increíble o a botín alguno.

Te preguntarás ahora si ella caminaba y hablaba en sueños obedeciendo las órdenes del doctor, o sólo fingía hacerlo. O cómo aprendió a profetizar como lo hacía, si es que de veras lo hacía. O cómo el doctor la había encontrado y se la había llevado. Aún no tengo respuestas a estas preguntas, pues nos hemos limitado a huir tan rápido como hemos podido sin llamar la atención, a los muelles, en Wapping, donde contaba yo con contactos que nos procuraron pasajes y todo lo necesario para un viaje sólo de ida. En todo ello: la huida con un extraño, la perspectiva de una travesía marítima, dejar atrás todo cuanto había conocido hasta el momento, comprobar que mis promesas de llevarla de vuelta a casa eran falsas, se mostró tan fría como un criminal, con la gracia de un hada. Cuando aludí a mi promesa de llevarla de vuelta con sus familiares, rechazó la idea (eran la última gente bajo cuya tutela deseaba estar, nosotros los mahometanos tenemos que mantenernos unidos, pareció querer decir).

De modo que aquí la tienes, durmiendo en la cabina que ocupa sobre las aguas del Támesis. Guarda todo su patrimonio en un petate de cuero, ahora bajo mis pies, y tiene por sirvientes a un oso y a una niñera a la que me pareció conveniente contratar, aunque muy bien podríamos desembarcarla en bote en Greenwich, porque Una la considera superflua. En lo que a mí respecta, he cambiado de trabajo, y ahora debo aprender otra profesión que resulte adecuada en las tierras adonde nos dirigimos. No puedo liberar al mundo, o liberar de la opresión al pueblo. Renuncio aquí a tales ambiciones, y te cedo el cargo que ostentaba en dichas labores. Son mi legado para ti. Pero no temas, ahora somos amigos^[4], de modo que ya no puedes sufrir ningún mal.

¿Dónde podrías buscarnos, en caso de desearlo? Cuando era marino y me relacionaba con hombres de todas partes, conocí a un piloto de derrota alemán que, si no andaba bebido, era un *raconteur* en su propia lengua, de la que aprendí una o dos palabras, y me pareció algo excelente que bautizara a las Indias, hacia las cuales navegamos, con el nombre de *Abendland*, que en nuestro idioma sería algo así como Tierra del Ocaso^[5], allí donde se oculta el sol al finalizar el día. No era un poeta, sino que se refería a lo que nosotros conocemos por Poniente. Pondremos rumbo, pues, a la Tierra del Ocaso, los últimos supervivientes de nuestra familia: yo mismo, el oso, que se ha vuelto cano (aunque no lo sepas, también un oso negro puede volverse canoso, igual que aquel a quien acompaña), y ella, la hija de un cojo y una enajenada, a pesar de que el fruto de dicha unión demuestre ser cuerda y *sana* como un doblón de oro. Pude rescatarla y darle la libertad, signifique esa palabra lo que signifique, el libre albedrío forma parte de ella, y de eso tengo pruebas

suficientes. Es la heredera de los Sane, la única que habrá, aunque mora allá donde su nobleza nada significa, y nada significará para ella ni para sus descendientes, si es que los tiene algún día, aunque tengo intención de garantizarle que podrá, siempre y cuando quiera tenerlos. Ya sé que lo que yo pueda escoger para ella, y las directrices que pueda darle, no se las tomará como leyes inamovibles, pero a pesar de eso puedo dárselas. Eso también forma parte del legado de los Sane, ¿no te parece? Herencia que, al contrario que su título, legará a la siguiente generación (espero que puedan sacarle provecho).

Recalaremos primero en la bahía de Charleston, y de ahí ¿adónde? Lamento no poder visitar al general Washington, que descansa ahora con los auténticos héroes del mundo «Washington murió en un duelo con Burke», oí decir a uno en una *conversazione* en Venecia; el caso es que fui incapaz de comprender a qué diantres se refería, hasta que recordé a Burr, pero éste mató a Hamilton y no al gran hombre. No importa, soy tan ignorante como él en lo que a ese gran país respecta, ignorancia en la que me regodeo, ya que he terminado para siempre con el mundo que conozco. Quizá debamos descender el Mississippi, como hizo lord Edward Fitzgerald, el único héroe auténtico que he conocido, y, como él, ir más allá, más allá del golfo de México, a Darién, a los Brasiles, al Orinoco. No lo sé.

De modo que adiós. No soy tan insensato como para creer que América pueda ejercer de médico o sacerdote, sé que no todas las enfermedades pueden curarse allí, ni perdonarse todos los pecados. No obstante, esta mañana me siento como quien ha peleado toda la noche en sueños con un enemigo, para al final despertar y descubrir vacíos los brazos. ÆNGUS

No había más. Allí, que había leído la misiva de pie en el imponente puente de piedra que se extendía sobre el río xxx, en la antigua ciudad de xxx, capital de la nación de xxx, la hizo pedazos y la arrojó al agua; con la barbilla en la mano vio cómo flotaban los restos un rato antes de hundirse. Comprenderás que no mencione el lugar, porque podría suceder que el manuscrito de sus aventuras saliera a la luz, y dentro de no mucho tiempo, lo que sin duda pondría en peligro a mi héroe, dedicado a la labor que le habían confiado, una labor que si bien en un principio estribaba en derrocar, en su mente ya no era concebida como tal. Tenía esperanzas, aunque sólo fueran esperanzas, de que gracias a sus actividades los Luciferinos podrían algún día desencadenar a Prometeo, su predecesor, hermano de ese demonio de cola y tridente, cuyo nombre ellos llevaban, y traer un nuevo y mejor gobierno, aunque tardara un centenar de años. Ni él, ni Una, ni quizá la hija de ésta ni la hija de mi propia hija alcanzarán a ver ese día. Tal es mi esperanza: podéis abrir mi corazón y verla, si lo hacéis, ahí grabada, la única cosa valiosa que resta en él.

Pero he tachado con la pluma^[6] ese insensato párrafo, o no tardaré en hacerlo, lo

que significa que no formará parte de esta historia ni verá la tinta de la imprenta. Aunque sería igual de insensato suponer que cualquiera de los nombres que figuran en esta historia, Ængus y Alí, Imán y Susanna, Catherine y Una verán sus nombres impresos, o caerán bajo la mirada del lector. Digan lo que digan los poetas de los imperecederos «dorados monumentos de mármol de los príncipes», esto no es más que papel, y tiene sus enemigos: el mar, el fuego, el azar, la maldad y no sé qué más. Estas páginas pueden perderse, o pueden sobrevivir sólo para servir de papel de envolver a un tendero, como leemos que sirvió el manuscrito de *Pamela*, escrito por Richardson, utilizado para envolver una lonja de tocino para una gitana que más tarde resultó ser una asesina. En fin, ya es suficiente, Salomón no promete más por todos nuestros esfuerzos. Mas si estas páginas deben ser utilizadas para un amable tendero, que no sea para envolver el grasiento tocino: envuelva mejor la roja manzana^[7] de Eva con ellas, o una dorada ciruela, o cualquier fruto dulce, ¡y póngalo en manos de una joven doncella!^[8]



De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: <inovak@metrognome.net.au>

Asunto: Oscar, etc.

Lee:

Felicidades por la candidatura al Oscar que recibió la película sobre Timor Oriental. ¿Te arriesgarás a acercarte a los Estados Unidos si lo ganas? Te invitaré a almorzar si pasas por Boston, y prometo no conducirte a una trampa.

S

PS: El libro verá la luz en seis meses —tal vez algo más tarde—. ¿Te interesaría escribir una introducción?

De: <Inovak@metrognome.net.au>

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto: Re:Oscar, etc.

No, no iré. Es arriesgado, por decirlo de algún modo. Y el esmoquin ya ni me cabe. Y no, no voy a escribir la introducción del libro; mis credenciales se han quedado un poco anticuadas, Alexandra, y en todo caso ¿no sería chocante? Tampoco conozco a nadie a quien pueda pedírselo, lo que equivale a decir que conozco algunos nombres, pero todos son de hace tiempo, y ni siquiera sé quiénes han muerto o siguen con vida. ¿Harold Bloom? Todo un sabio; coincidimos una o dos veces... Veo que últimamente han aparecido un par de lo que se me antojan injustas biografías de él escritas por mujeres, quienes parecen tener las ideas muy claras respecto a lo que era Byron. Sería estupendo (al menos, creo que lo sería) que la introducción de este libro la escribiera alguien con una visión más favorable de él. Pero no me hagas caso; la única persona que puede hacerlo, que debería hacerlo, que debe escribir una introducción para este libro eres tú. Ada escribió la suya, y ahora te toca a ti.

Voy a regresar a Timor Oriental dentro de un par de semanas. Allí hay gente que necesita saber cómo ha sido acogido el documental: es una cuestión de seguridad para ellos, o al menos espero que lo sea, el hecho de que todo el mundo esté observando, al menos durante la noche de los Oscar, aunque cuando se dan los premios al mejor documental es cuando la gente aprovecha para levantarse a por una cerveza.

Después, para el nuevo proyecto, pasaré unos meses en Nueva Guinea. Llevo años leyendo y hablando con gente sobre ese lugar, y por fin tengo algo de dinero. También he tenido algunas pesadillas al respecto, o, al menos, sueños un poco inquietantes. El caso es que pasaré un tiempo incomunicado, probablemente unos meses, aunque imagino que ya no queda ningún lugar en la Tierra donde uno esté realmente incomunicado. Si encuentro un teléfono, podré también enviar una carta. Probablemente. Volveré a Tokio para la edición y la posproducción, como suele llamarse, que me llevará más tiempo que el rodaje en sí. No sé qué planes tienes. Yo sólo te informo. Ahora que te he encontrado en la web (aunque, pensándolo bien, fuiste tú la que me encontró a mí) me sentaré a tu lado y espero no ahuyentarte.

Te quiero, Alexandra, más de lo que creía. No sé, ni me atrevería a comparar nuestra situación con la de Byron y su hija, con todo eso de que debes

quererme con mis faltas si es que quieres quererme; no es una situación comparable. Tan sólo me gustaría poder firmar este mensaje de otro modo, con un título, un título honorífico, en lugar de hacerlo simplemente con un nombre. Sin embargo, sé que no me lo he ganado, y probablemente nunca lo haga; de modo que me despido...

Siempre tuyo,

Lee

PS: Me he enterado de que se celebrará una conferencia sobre Byron en Kioto (preciosa ciudad) en la primavera de 2004. ¿Te parece un buen lugar para un almuerzo?

De: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Para: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>

Asunto: FWD:Felicidades

Thea:

Mira qué había en mi correo electrónico esta misma mañana. Cuando mandé la respuesta, me la devolvieron con «Error de envío: Dirección AOL desconocida». Tampoco lo encuentro en Internet, aunque ya lo suponía, igual que también suponía que no era su nombre real.

De: «RoonyJ» <roonyjwelch@aol.com>

Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>

Asunto: Felicidades

Señorita Novak,

Leo en la prensa y en los sitios web dedicados a la literatura que la novela perdida de Byron, o parte de ella, saldrá publicada muy pronto. Quería felicitarla, y decirle cuánto me complace que usted y sus asociados (?) hayan desentrañado el secreto de La tierra del ocaso y el trabajo de Ada. Se trata de una historia magnífica. También yo me siento emocionado y asombrado incluso de que haya, según parece, resuelto cualquier duda que pudiera (¿debiera?) plantearle la autenticidad del libro, su procedencia, etc. Doy por sentado que lo ha sometido al galimatías de las pruebas de carbono, habrá analizado químicamente la tinta, etc., para que quienes duden se convenzan. Las dudas de siempre: p. ej., si costaría mucho llenar páginas y páginas de papel antiguo (que alguien hubiera encontrado, pongamos, por casualidad) con series de números (más fáciles de falsificar que cualquier caligrafía personal), se solventarán por la sobrecogedora «prueba interna» de que la obra pertenece a Byron, y de que se trata de la misma novela que Ada destruyó (es decir, que no destruyó). Y como de todos modos nadie tiene motivos para falsificar un documento que luego prácticamente fue regalado, no creo que posteriormente quede duda alguna respecto de su autenticidad.

Tengo, como supondrá, muchísimas ganas de leer su transcripción. Por lo que he oído, o leído, acerca del contenido, el libro arroja una

nueva y halagadora luz, que al menos no resulta tan infernal como de costumbre, sobre los antiguos demonios. No podría complacerme más. Siempre he creído que cuando llegara al Paraíso (y estoy seguro de que así será, señorita Novak, tanto como pueda estarlo de que llegó él), seré capaz de demostrarme a mí mismo que fue el hombre que yo siempre había imaginado que era: no impecable, ni del todo coherente, pero en definitiva con un gran corazón, y bueno, entretenido y sabio. Y me sentaré en mi nube o sobre la pradera cubierta de flores para escucharle hablar; y seré muy muy feliz. Hasta entonces (y no creo que pase mucho tiempo) disfrutaré de La tierra del ocaso.

Suyo,

«Roony J. Weich»

Vaya, ¿qué te parece? Me puse a temblar de los pies a la cabeza nada más leerlo, pero ahora... No sé. Ya no sé nada.

Smith

De: «Thea» <thea.spann133@ggm.edu>
Para: «Smith» <anovak@strongwomanstory.org>
Asunto: Re:FWD:Felicidades

vaya este es el tipo que lo empezo todo siniestro mucho hace que te preguntes y si si es casi como ada cuando se preguntaba si no lo cifraria todo mal numeros equivocados pero que configuran un libro asi y todo este libro seria una coincidencia tal que haria que cualquier cosa programada por babbage en su maquina fuera una naderia

en fin estoy por decir que estamos bien asi el señor welch puede regresar al infierno o a cualquier otra parte de donde sea que haya salido

cariño esto es lo que importa

tq

lol

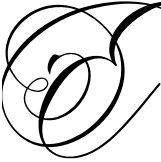
por cierto que hay para cenar

t



INTRODUCCIÓN

Alexandra Novak

n invierno de 2002 fui invitada a Londres para investigar la vida y obra de diversas científicas británicas, incluidas Mary Somerville y su joven amiga Ada Lovelace, para un Museo Virtual *on-line* de mujeres científicas (www.strongwomanstory.org). En el transcurso de la investigación, tuve el privilegio de hacer, o de tomar parte, en una serie de descubrimientos. Algunos no revestían interés alguno, excepto para mí, pero uno sí poseía interés para el público en general, y el resultado de dicho hallazgo se encuentra aquí, en sus manos, publicado en su integridad, que quizá no sea tan íntegro como podría serlo en el futuro. En otras palabras, la historia que leerán a continuación debe considerarse provisional, y es necesario de momento mantener al lector en suspenso, tal como cualquier novela o cuento exige de nosotros, así como pedirle que preste toda su atención.

Ada Augusta King, condesa de Lovelace, la única hija legítima de Lord Byron, viajó a Nottinghamshire en septiembre de 1850 para visitar el antiguo hogar de los Byron, la abadía de Newstead; Lord Byron la había vendido unos años antes, y había pasado a manos del coronel Wildman, un antiguo compañero de escuela de Byron. De regreso al sur, lady Lovelace y su esposo asistieron a las carreras de Doncaster: ambos, como se decía entonces, eran devotos del hipódromo. Ada apostó por *Voltigeur*, que ganó por una cabeza al favorito, *Flying Dutchman*. La victoria no logró compensar las deudas de juego de Ada, deudas que ocultó a su marido. En mayo de 1851 se inauguró la exposición del Crystal Palace en Londres; en agosto de aquel año, Ada fue informada de que la enfermedad que llevaba tiempo padeciendo era grave, mortal incluso. Se trataba de un cáncer de cerviz, para el que no existía tratamiento. En algún momento de aquel otoño (Ada era muy descuidada a la hora de fechar su correspondencia) mencionó a su madre, lady Byron, que estaba trabajando en «ciertas producciones» relacionadas con la música y las matemáticas. En noviembre de 1852, después de mucho padecer, murió; tenía entonces treinta y seis años (su padre había muerto a esa misma edad). Entre la fecha de su visita a la abadía de Newstead y su muerte, había adquirido, transcrito, anotado, cifrado y destruido — por orden o petición de su madre— el manuscrito de la única obra extensa escrita en

prosa por su padre.

La historia del redescubrimiento del manuscrito, cifrado por Ada, al cabo de ciento cincuenta años, su adquisición por parte de la Honorable señorita Georgiana Poole-Hatton, el proceso de descodificación y autenticado se encuentran pormenorizados en lo posible en la Historia Textual y la Descripción que siguen a esta Introducción. Por supuesto, en ningún momento se ha descartado que lo que aquí se presenta al público como la obra de Lord Byron, anotada por Ada Lovelace, pudiera no serlo. Es posible que Ada escribiera tanto la novela como las notas; que alguna otra persona escribiera la novela y se la vendiera a ella, o a quienes posteriormente se la venderían a ella, como perteneciente a Byron; que tanto la novela como las notas sean falsificaciones, realizadas en algún punto situado entre la época de Byron y Ada y el presente. Se ha hecho todo lo posible para solventar estas dudas. Las pruebas indican (aunque no sean concluyentes) que la tinta y el papel se remontan a antes de mediados del siglo XIX; el análisis interno de la novela no parece apuntar a una fecha posterior a la muerte de Byron, ni el de las notas a una fecha posterior a la de la muerte de Ada. La escritura de éstas pertenece a Ada, aunque difiere en ciertos detalles de otros escritos del mismo período, quizá debido a que escribía con prisa, o a los efectos de las drogas que tomaba en dosis cada vez más considerables. Por motivos que se explican en la Historia Textual no nos resulta posible en este momento revelar la procedencia física de los manuscritos ni del baúl en el que se nos informó que fueron hallados. Por el momento, cada lector debe decidir por sí mismo si cree de veras hallarse en contacto con estas dos personas: el poeta y su hija, si escucha sus voces en estos escritos. A mí me parece oírlos; de hecho, no puedo imaginar que se trate de algo diferente a lo que parece ser.

Si la novela es lo que pretende, entonces ¿dónde estuvo hasta que Ada la encontró? Y ¿quién la compró para ella? En su propia introducción al manuscrito de la novela (páginas 46-62 del presente libro), Ada nos informa de que se citó en el Crystal Palace con el hombre que tenía el manuscrito, un italiano que lo había comprado a otra persona, quien a su vez lo había adquirido (o robado, quizá en Italia. Al principio pensé que el hombre que acompañó a Ada en aquella visita debía de ser Charles Babbage; era el tipo de cosas que Babbage hacía continuamente por ella: mostrarle por ejemplo el lugar en construcción donde luego habría de celebrarse la exposición. Pero Babbage había mantenido una disputa pública con los arquitectos, de resultados de la cual se había visto excluido de la planificación de la exposición del Crystal Palace, y, finalmente, su famoso Motor Diferencial no se exhibiría allí. Parecía improbable pues que quisiera acompañarla de buena gana. De modo que ¿quién fue el intermediario que negoció con los italianos, el mismo que después fue a buscar el manuscrito? Parecía imposible averiguarlo, hasta que encontré esta nota (sin fecha) que dirigió Ada a Fortunato Prandi, miembro del círculo de emigrantes italianos conocidos de Babbage y Ada, una especie de activista radical, espía y agente, puede que doble. Transcribo a continuación la nota, que forma parte de la

Querido Prandi: tengo otro importante favor que pedirle, uno que sólo usted puede llevar a cabo... No puedo explicarle nada por escrito, pero debe reunirse conmigo a las 6 en punto, y estar dispuesto a ponerse a mi disposición hasta la medianoche. Debe ir bien vestido, pero sin llamar la atención. Se requerirá de usted tanto cierta actividad como presencia de ánimo. Nada a excepción de una urgencia me empujaría a pedirle semejante favor; pero significa usted mi salvación. No firmaré esta nota. Soy la dama que le acompañó a escuchar a Jenny Lind. Le espero a las 6.

«Otro importante favor» implica la existencia de un favor previo, que podría haber sido la visita al Crystal Palace, durante la cual tuvo ocasión de ver al hombre del pendiente de oro; y el «favor» pudo ser la adquisición del manuscrito. Es pura especulación. A juzgar por la nota, parece ser que alguna conspiración había en marcha, pero en aquellos tiempos Ada estaba implicada en varias intrigas y embrollos. Hay mucho terreno por explorar en lo concerniente a los italianos en Londres, y no sólo en los documentos de Ada, sino también en los del propio Babbage. En la correspondencia entre ambos hay por ejemplo diversas alusiones a un «libro», del que no se aporta información alguna, que se iban pasando periódicamente el uno al otro, con sumo cuidado, etc. Cuando descubrí estas menciones me pregunté si había sorprendido la novela de Byron yendo de un lado a otro, por decirlo de algún modo. Un biógrafo moderno de Ada^[*] sugiere que el «libro» podía ser aquel en el que Ada llevaba la contabilidad de sus apuestas: le apasionaba apostar a los caballos, y terminó vendiendo las joyas de la familia para pagar deudas de juego —y revendiéndolas de nuevo posteriormente, después de que su compasivo esposo las recuperase—. (Pero las especulaciones no cesan, y nos preguntamos si las joyas de la familia no sirvieron de pago en realidad para que Ada comprara *La tierra del ocaso* a sus propietarios.) En cualquier caso, las menciones a este libro son anteriores a la inauguración del Crystal Palace y, por tanto, al período en que Ada adquirió el libro de Byron.

Lo que es seguro es que fue de Babbage de quien aprendió Ada a codificar, cifrar y descifrar. El cifrado que empleó Ada para encriptar la novela de Lord Byron es una variante del cifrado Vigenère, un tipo de codificación conocido desde el siglo XVI, que un coetáneo de Babbage redescubrió sin saber que se había utilizado durante mucho tiempo sin que el código hubiera sido descubierto. Cuando Babbage le señaló este hecho, desafió a Babbage a descifrar un texto cifrado con el Vigenère. Babbage lo hizo, pero nunca quiso hacer pública la solución. También diseñó un engranaje, una rueda deslizante que facilitaba la creación de un cifrado y la solución mediante la sustitución de unos caracteres por otros; quizá Ada disponía de una y la utilizó para

La tierra del ocaso. Babbage se vislumbra al fondo de la historia de Ada como un productor de teatro o un prestidigitador, o como uno de esos autómatas mecánicos que tanto le gustaba mostrar, de motivos ilegibles, quizá inexistentes, cuyo poder es impredecible. Al final (de la historia, o de nuestra habilidad para comprenderla) se limita a inclinarse levemente ante el público antes de que se baje el telón.

Como ya se ha apuntado, Ada era muy caótica a la hora de datar su correspondencia, y no hay fechas en las anotaciones que realizó del manuscrito de Byron, por no mencionar las notas que dirigió a Fortunato Prandi. No obstante, parece ser que fue justo antes de adquirir el manuscrito cuando las relaciones de Ada con su madre tomaron un nuevo giro. Sus biógrafos sitúan este cambio en la visita que hizo a la abadía de Newstead, antiguo hogar de su padre, visita que, de algún modo, avivó los sentimientos hacia el poeta y sus antepasados Byron. «He resucitado», escribió un poco inconscientemente a su madre. «Adoro este venerable y viejo lugar, ¡y a todos mis *malvados antepasados!*». Es difícil saber qué hubiera sido del manuscrito si Ada hubiera llegado a descubrirlo antes, si no hubiera tenido motivos para protegerlo con tanto ahínco. Lo cierto es que su madre (un poco a lo Blancanieves) no hubiera permitido que éste existiera en su reino.

Pero Ada lo preservó. Ya fuera porque percibiera que su madre lo encontraría con el tiempo, entre sus documentos, cuando ella muriera, o mientras estuviera haciendo una copia; o si sólo se propuso cifrarlo después de que lady Byron lo descubriera, y la apremiara a destruirlo. La labor de recoger las más de cincuenta mil palabras del manuscrito en un código era tan descomunal que debió de llevarle meses. Opino que no debió de pasar mucho tiempo entre que lady Byron descubriera su existencia y que fuera consumido por las llamas, y que Ada sabía que eso iba a suceder, y también que, a esas alturas, ella había concluido su labor, y tenía una montaña de «trabajo matemático y musical» en el escritorio, una pila de papeles a los que nadie prestaría atención.

En ese mes hizo prometer a su marido que sería enterrada junto a su padre en la cripta familiar de la iglesia de Hucknall Torkard, donde había visto y tocado su ataúd en el viaje a Nottingham, en 1850. En aquel momento decidió en secreto que quería ser enterrada allí. También escribió su propio epitafio, y pidió a su esposo que se asegurara de que lo grabaran en su lápida. Pertenece a la Biblia, texto en el que tan escaso interés había demostrado a lo largo de la mayor parte de su vida. Epístola de Santiago: «Condenasteis y matasteis al justo; él no se os resistió.» El primer significado de tan notable elección es muy obvio —ella creía que su padre (cuyos restos descansarían a su lado) había sido un buen hombre, condenado injustamente y desterrado de la sociedad de la que formaba parte—, pero que debemos encontrar un segundo significado por nosotros mismos: Ada, que se sabía moribunda, ya no podría resistir más ante quienes la condenaban. Dejó de oponerse a su madre; redactó, siguiendo instrucciones de ésta, muestras de afecto hacia las amistades de lady Byron, incluidas aquellas a las que había llamado *Furias*, y que con tan buena

disposición y encono la habían castigado de pequeña. Aceptó que su madre tuviera control sobre todos sus documentos. Admitió sus «errores», y los confesó. Echó su vida por la borda.

En algún momento de aquellos meses —la nota no tiene fecha—, escribió a su madre para decirle que había quemado el manuscrito de la novela de su padre. (Puede consultarse la transcripción de esta carta en el Apéndice.) No he hallado pruebas documentales de que Ada la informara de la existencia del manuscrito, ni de que lo había comprado, pero los documentos de la familia Lovelace son tantos que muy bien podría aparecer el día menos pensado, sin que nadie hubiera comprendido hasta entonces a qué hacía referencia. No he encontrado ninguna nota o carta escrita por su madre en la que ésta expresara el deseo, o la orden, de que el manuscrito fuera confiado al fuego. Pero seguro que ése era su deseo, si damos crédito a las palabras de Ada.

Todo había terminado. Ada se había rendido a su madre y a la muerte. Aun así, no murió: aguantó todo el otoño, reacia o incapaz de morir. Entretanto, su madre rezó por ella, y discutió sus «errores» con ella (escribió incluso a sus corresponsales cristianos acerca de lo gratificante que era ver a Ada confesarlos): sin duda incluyó entre éstos su pasión por el juego, el haber empeñado las joyas de la familia, y su adulterio, pero es probable que también contemplara todos los pensamientos irreverentes y escépticos que había tenido. Vivió en una especie de crepúsculo, garabateando notas que sólo podía leer su madre, aterrada de que la enterraran viva, preguntando una y otra vez a quien velara su enfermedad al pie de la cama quién había en la puerta, cuando en realidad no había nadie. Charles Dickens acudió a visitarla tras pedirlo ella (eran amigos desde hacía años) y le leyó un extracto de *Dombey e hijo*: la escena en que el pequeño Paul Dombey, moribundo, tiene una visión de su madre, que ha acudido a velar su enfermedad al pie de la cama. Cuando Babbage fue a visitarla, lady Byron no lo dejó entrar.

Hacia octubre, el hijo de Ada, vizconde de Ockham, a quien más que a ninguna otra persona había querido ésta tener a su lado, había visto su entrada vetada por lady Byron, quien le dijo «Encontrándose en este estado de ansiedad», podría él «sufrir hirientes impresiones». Volvieron a llamarlo para una última visita antes de reincorporarse a su barco de la Armada, en Plymouth. Se decidió (lady Byron decidió) que el muchacho no se despediría de su madre, pues ella no podría soportarlo; se limitó a acercarse a la puerta de la habitación de Ada y a echar un último vistazo. No sabemos si ella llegó a saber que su hijo estaba allí.

Pero Ockham no volvió a su barco. Empaquetó su uniforme de guardiamarina y lo envió a casa de su padre. Luego desapareció. Lord Lovelace, desconcertado, acudió a la policía y contrató a un detective. Ésta es la descripción que Ockham publicó en la edición londinense de *The Times*, en la cual se ofrecía una recompensa por el paradero del muchacho:

Tiene casi 17 años, mide 1,70 m de altura, ancho de hombros, buena complexión, postura y andares de marino, piel bronceada, ojos y cejas oscuros, expresivos, pelo negro, ondulado y denso, manos largas y tatuadas con una cruz roja y otras pequeñas marcas negras...

Esta descripción, incluidos los ojos oscuros y expresivos que de algún modo parecen provenir de su abuelo y tocayo, circuló por los principales puertos de embarque hacia América (Bristol y Liverpool), como si lord Lovelace tuviera motivos para pensar que su hijo podría ser encontrado allí, y así era: se alojaba en una fonda de Liverpool, donde convivía con «simples marinos», intentando obtener un pasaje para América. No pudo eludir al detective que contrataron para encontrarlo y tuvo que regresar a casa.

Hace tiempo que todos estos detalles de la historia de Ockham son de sobra sabidos. Algunos de los conocidos y familiares de lady Byron consideraron desalmado por parte del joven Byron causar tanto dolor a su familia precisamente en aquel momento. Lo que no se había sabido hasta ahora es que, durante el tiempo que pasó en la taberna, posiblemente cuando comprendió que acabarían encontrándolo, depositó en un banco de Liverpool un baúl que contenía su documentación de marino, algunas cartas y recuerdos personales, así como la novela cifrada y las notas para cuya entrega su madre lo había hecho llamar, antes de octubre, cuando su abuela no le dejó verla. Ada debió de comprender con claridad (puesto que disfrutaba de episodios de lucidez, en esos momentos terribles, despiadados y asombrosos que caracterizan una enfermedad en su fase terminal, como sabe cualquiera que los haya presenciado) que su hijo haría lo imposible por conservarlas. ¿Quiso acaso que huyera? ¿Qué fue lo que le dijo? ¿Que se fuera, de la casa y la habitación donde ella agonizaba, y se alejara lo más posible, que se fuera a América?

Nunca llegó a hacerlo. Volvió a la Armada, de donde al cabo del tiempo fue expulsado, o desertó, porque no está claro qué fue lo que sucedió. Después de años de infelicidad —en casa, sometido a los cuidados de lady Byron, luego bajo la tutela del famoso profesor Victoriano Thomas Arnold—, huyó de nuevo, y en esa ocasión nadie fue tras su pista. Trabajó como minero y luego como obrero en los astilleros, bajo el nombre de Jack Okey. Murió en 1862, de tisis, a la edad de veintiséis años. Los muertos no pueden aprender ni cambiar, pero lo único que me gustaría escuchar de labios de Lord Byron, la historia acerca de la cual más querría que me escribiera, sería la extraña y triste historia de su nieto, el joven que no quiso ser lord.

Lo que vino a continuación, creo, es el resultado de una especie de triángulo amoroso: el amor que un padre siente por su hija, el que siente ésta por su padre, y el que siente un hijo por su madre. Sin embargo, soy incapaz de ver qué ocultan esos corazones que llevan tanto tiempo muertos, sobre todo cuando de uno de ellos no existe dato alguno.

* * *

En junio de 1816, en Suiza, cuando empezó la novela que en algún momento decidiría titular *La tierra del ocaso*, Byron terminó el Canto Tercero de las *Peregrinaciones de Childe Harold*. En las últimas estrofas se dirigió directamente a su lejana hija, consciente de que su esposa y todo el público lector leerían sus palabras. «Hija del amor, empero nacida en la amargura», la llama. «Aún, aunque el Odio como deber sea enseñado / Sé que me amarás...» Quizá él lo sabía; lo cierto es que parecía ser consciente de que no volvería a verla nunca más:

*No te veo, no te oigo, pero nadie
Puede estar tan envuelto en ti; eres la amiga
Hacia quien se extienden las sombras de los lejanos años:
Aunque mi ceño nunca habrás de observar
Mi voz se mezclará con tus futuras visiones,
Hasta acariciar tu corazón, cuando el mío reste frío.
Seña y tono precisos del molde de tu padre.*

Y así fue; su voz acarició su corazón. Tampoco Lord Byron llegó a viajar a América, ni regresó nunca a Inglaterra; Ada nunca viajó para visitarle, al contrario de lo que podría haber hecho en la actualidad, si su padre hubiera sido tratado adecuadamente de la enfermedad que padeció, si a su madre no le hubiera aterrado tanto el recuerdo de su esposo, si el mundo de aquel entonces se hubiera parecido un poco más al mundo de ahora, si las cosas no fueran como son y como fueron. Pero su voz acarició su corazón, y lo hubiera hecho igualmente, creo, aunque esta novela no hubiera caído nunca en sus manos.

* * *

Debo agradecer la ayuda prestada a todos los estudiosos e investigadores que han ayudado a autenticar el manuscrito de *La tierra del ocaso* y que han colaborado en la redacción de la Historia Textual que sigue a esta Introducción. Especialmente quisiera hacer mención de la deuda contraída con dos personas por su ayuda a la hora de solventar el misterio y destino de *La tierra del ocaso*. Por una parte, el doctor Lee Novak, por haber editado el manuscrito descifrado, así como por sus acotaciones a las notas de Ada, pero aún más por sus muestras de perspicacia y ánimo; y a la doctora Thea Spann, cuya astucia y constancia resultaron indispensables: no tengo palabras suficientes para demostrarle mi agradecimiento.

Kioto, 10 de junio de 2003

Agradecimientos

EL AUTOR QUERRÍA dar las gracias a aquellas personas que lo han ayudado a realizar esta insolente obra, entre los que se encuentran Ralph Vicinanza, Jennifer Brehl, L.S.B. y Ted Chiang por su ayuda en los códigos; Mary Irwin, por su dominio del francés, quizá más correcto que el de Byron; Benjamin Woolley, por *The Bride of Science* (su biografía de Ada, condesa de Lovelace); Doron Suede, por *The Difference Engine*, y, sobre todo, a Paul Fry, por su meticulosa y compasiva lectura. Los muertos ilustres no necesitan que les agradezca nada.



JOHN CROWLEY. Presque Isle (Maine), 1942. Se licenció en Literatura Inglesa y posteriormente en Cinematografía y Fotografía en la Universidad de Indiana. Compagina la escritura de libros con la de guiones para cortometrajes y documentales de cine y televisión. Comenzó a publicar en 1975, y desde 1993 es profesor de Escritura Creativa en la Universidad de Yale. Ha recibido el premio de la American Academy and Institute of Arts and Letters, y dos veces el World Fantasy.

Es autor de novelas y relatos cortos, en los que predomina la ciencia ficción y la fantasía.

Notas

[1] *Su padre el laird*: La maldad de los antepasados Byron se ha convertido en leyenda, y como tal contiene una gran dosis de falsedades. Se dice que el propio Lord Byron disfrutaba asombrando a sus amistades con relatos de su ancestro, William, el quinto lord, que dilapidó la fortuna y asesinó a un hombre en un duelo irregular. El propio padre de Lord Byron, Jack *el Loco*, fue capaz de arruinar sus propiedades primero, y, después, las de su segunda esposa (la madre de Lord Byron) en un período de tiempo sorprendentemente breve. Huyó al continente para escapar de los acreedores cuando su hijo apenas había cumplido dos años, y nunca volvieron a verlo; murió en el extranjero a la edad de treinta y cuatro años, sin un penique, y puede que por propia mano. Cuando yo tenía dos años, mi padre abandonó Inglaterra para siempre; murió en Grecia a los treinta y seis años. <<

[*] *Sane*: sano, en inglés. (N. del t.) <<

[*] Juego de palabras imposible de traducir entre *black-mail*, chantaje en inglés, y *mail*, correo. (N. del t.) <<

[2] *las propiedades escocesas de su esposa*: Lord Byron se complace en situar esta escena en un entorno muy similar a su abadía de Newstead, en Nottinghamshire, para acomodarlo al lugar del que se consideraba originario; de hecho, solía decir por ejemplo «nosotros los escoceses...», cosa que hacía a menudo. Su madre, Catherine Gordon, era escocesa y tenía tierras en Gight (propiedades que su esposo vendió para saldar deudas) y, desde los diez años, él vivió en Aberdeen, y nadó en las aguas del Dee. Su madre, decía, se sentía desmesuradamente orgullosa de sus antepasados Estuardo, y miraba por encima del hombro a los Byron del sur. <<

[3] *gotas de Kendal*: Es de todos sabido que Lord Byron se aficionó al láudano en su último tiempo de estancia en Inglaterra. Lo combinaba con estimulantes tales como el clarete o el brandy. Era un remedio de sobra conocido que combatía tanto los males mentales como físicos, aunque en estos tiempos se prefiera el uso de la *morfina* a las gotas negras ya pasadas de moda. Mis propios médicos me recomendaron un régimen consistente en alternar opiáceos con estimulantes que en ocasiones ha resultado beneficioso, aunque la perspectiva de reducir de forma deliberada la exaltación mental mediante el uso de narcóticos resulte a menudo repulsiva, incluso para quien conoce las consecuencias de una huida tan rápida y eficaz. <<

[4] *a mano las pistolas*: Lord Byron era un excelente tirador, por mucho que tuviera la costumbre de asegurar que le temblaba el pulso. Se había entrenado para apretar el gatillo en el momento justo. Cuando era niña, se temía que mi padre enviara a unos agentes a la casa de mi madre con intención de secuestrarme; que posiblemente él mismo iba a regresar a Inglaterra con dicho propósito. Mi abuela, lady Noel, guardaba un par de pistolas cargadas junto a la cama para frustrar estos planes. Pensar que esa dulce y amable dama pudiera llegar a utilizarlas se me antoja ahora tan divertido como la convicción que demostraba al comentar la existencia de tan siniestras intenciones. <<

[5] *oso amaestrado de su padre*: Byron tuvo un oso cuando estuvo en Cambridge, y por un tiempo lo guardaba en la abadía de Newstead, donde entretenía a sus amistades. Lord Byron siempre se vio rodeado de animales en todas las casas en las que residió, sobre todo perros, sus favoritos, aunque el poeta Shelley recordaba haberse topado con una grulla, una cabra, un burro y varios gatos, además de perros, en su casa de Pisa. Sentía amor y respeto por los animales, un atributo que descubrí en mí misma mucho antes de saber que lo compartía con mi padre. Los animales, a los que Descartes consideraba *automata*, incapaces de albergar mayores sentimientos que un mecanismo, serán algún día como nosotros, o nosotros seremos como ellos, de un modo tal que ahora no podemos siquiera concebir. <<

[6] *sonambulismos*: Lord Byron no podía conocer las especulaciones del doctor Elliotson y otros respecto a lo que el doctor llama una «enfermedad del sueño», estado similar al experimentado por un santo o un poeta, durante el cual se suceden las visiones más vívidas, como las de los palacios y las damiselas de Coleridge en Nether Stowey hasta que lo despertó alguien procedente de Porlock. Conozco bien esas regiones, tan poéticas de por sí. Las visiones de Coleridge también se veían estimuladas por el uso del opio. Son de sobra conocidos los buenos resultados del doctor Elliotson en el uso de esas técnicas de sueño especial denominadas mesméricas (aunque yo prefiera llamarlas hipnóticas). La luz y el tratamiento fantástico del tema en las últimas páginas de esta obra proceden de la incomprensible ignorancia de la autora en el desarrollo de esta ciencia en nuestros días; no obstante, privilegio de poetas, mi padre era capaz de ver más allá en sus posibilidades. <<

[7] *Albania*: El viaje de juventud de Lord Byron a Albania, narrado en las *Peregrinaciones de Childe Harold*, periplo emprendido en un momento en que pocos ingleses se habían aventurado en la región, sirvió de banderín de su fama y notoriedad. En efecto, amaba la acción, era impermeable a la incomodidad y a lo que el doctor Johnson denomina «el deseo de ser complacido», lo cual es patrimonio del buen viajero. No puedo tener la certeza de que sus descripciones de tierras, gentes y costumbres sean muy ajustadas, ni que derivasen de su propia experiencia, después de todo bastante breve. No obstante, sigo investigando el particular. <<

[8] *pacha*: Alí Pachá (1741-1822, hasta donde puedo determinar), a quien Byron visitó en la capital de Tepelene durante su viaje a Albania. En la correspondencia que envió a su madre, Byron describe su figura, y también a sus nietos maquillados, tal como aparecen en el relato. <<

[9] *un largo kilt blanco de suave lana*: Describe exactamente el traje albanés que se compró mi padre cuando estuvo en ese país; con dicho atuendo típico fue retratado por Phillips. El cuadro colgaba sobre el manto de la chimenea de la casa de mi abuela en Kirkby Mallory, donde durante un tiempo después de mi nacimiento residimos mi madre y yo con ella. El cuadro estaba cubierto con una tela de gamuza verde, y no se me permitió mirarlo, quizá por temor a la funesta influencia que pudiera tener sobre mi joven ser. Tal santuario, corrida la tela sobre lo más sagrado, igual que el velo cubre el pergamino de la Escritura en un templo judío, más bien debía de generar una gran fascinación en lugar de ejercer el efecto contrario. Tentar en vez de proteger, y quizá así fue, pero el caso es que no recuerdo haber visto el cuadro en esa casa, y sólo cuando me fue entregado, tras casarme, se me hizo partícipe de cómo lo ocultaron. Extraños son los caminos de los parientes celosos y atentos. <<

[*] «Lots of love», en inglés, significa montones de amor, y «laugh out loud», ríete bien fuerte. (N. del t.) <<

[1] *bastinado*: En respuesta a mi pregunta, el señor John Cam Hobhouse, ahora lord Broughton, que acompañó a Byron en sus viajes de juventud, me ha informado de que el relato de Lord Byron referente a esta repugnante e inverosímil práctica es preciso, y refleja con detalle una escena que ambos presenciaron estando en Turquía.

<<

[2] *una compañía de mujeres*: El señor Thomas Moore, en su biografía del poeta, incluye una carta de Byron a su madre escrita desde Albania, en la que habla precisamente de eso, de mujeres partiendo piedras en la vía pública, tratadas como animales de carga, trabajando mientras sus hombres disfrutaban de la guerra y la caza. Como hombre joven que era, podía censurarlo, pero era a la vez lo bastante inconsciente de la injusticia como para escribir: «no es una labor tan dura en un clima tan agradable», un sentimiento que es inimaginable que aquellas mujeres compartieran y del que el propio autor se arrepentiría más adelante. <<

[3] *por supuesto podía nadar*: Lord Byron está en lo cierto al asegurar que los caballos pueden nadar, y que en ocasiones lo hacen por puro placer. Lo sé por propia experiencia. Padecí una larga enfermedad de niña que me impidió montar, incluso andar sin ayuda, y cuando me recuperé me convertí en una amazona temeraria. En más de una ocasión llevé a mi caballo favorito al mar, para su visible deleite. <<

[4] *toro de Teseo*: Referencia al vengativo toro del mar, invocado por el incesto de Fedra con su hijo adoptivo. De hecho, es su hijo, Hipólito, quien acaba muerto por el toro en lugar de Teseo, un raro desliz de Lord Byron, que conocía bien la cultura clásica. Dejo constancia de ello porque yo no tengo los mismos conocimientos al respecto que tenía mi padre, y me alegra haber reparado en ello. <<

[17] *Missolonghi*: Fue en la población griega de Missolonghi donde murió Lord Byron, mártir de la causa por la libertad de Grecia. Llama la atención el hecho de que, en la ficción, sitúe a sus personajes tan cerca de tan fatídico lugar. Existe un misterio en esta coincidencia, misterio que con el paso de los siglos podría ser resuelto a través de medios de naturaleza matemática que aún desconocemos. <<

[1] *las ruinas de una abadía*: El retrato que traza Lord Byron en estas páginas corresponde al antiguo hogar de su familia en Nottinghamshire, la abadía de Newstead, que él vendió para saldar deudas cuando era joven, lo cual lamentaría posteriormente (o eso tengo entendido). No siempre fue un lugar feliz. La fortuna que podía haber permitido a los Byron mantener su hogar fue embargada por los auditores de Cromwell, y nunca se devolvió. No puede culparse al antepasado de Lord Byron, el quinto lord, conocido como *el Malvado* Byron, del perjuicio sufrido por la propiedad, ni por la venta de buena parte del mobiliario, etc., dado que tan adusto caballero no tenía de hecho recursos para mantener una propiedad que no podía vender, y que, por mucho que la apreciara mi padre, él mismo no pudo mantener.

Hace poco he visitado el lugar, donde nunca antes había estado, y al cual fuimos invitados mi marido y yo por su actual propietario, el coronel Wildman, el más civilizado de los hombres. Afable anfitrión, devoto de mi padre y de su recuerdo, está restaurando la abadía hasta tal punto que superará incluso la gloria de tiempos pasados, y se ha tomado la molestia de conservar hasta la última reliquia del tiempo que vivió allí mi padre. Admito que al principio recorrí los espléndidos salones e inspeccioné los terrenos de cultivo con el ánimo algo abatido. Parecía el mausoleo de mi estirpe, donde la historia yacía bajo una lápida para no ser alcanzada jamás por la mano o el pensamiento de los vivos. Sentía que yo misma me convertía en piedra. Al mismo tiempo no pude librarme de la impresión de que *todo aquello debería ser MÍO*: un sentimiento que distaba mucho de ser agradable, pero no entraba tampoco en el terreno de la envidia. Era de profunda melancolía, como de las oportunidades que se dejan escapar, o de un deber que se descuida y que ya no es posible atender.

Al día siguiente salí temprano de la casa y, como el joven Alí, recorrí a solas el así llamado Bosque del Diablo, donde el malvado quinto lord gustaba colocar estatuas de faunos y sátiros como dispuestos para una bacanal, y que en la actualidad están tan cubiertos de musgo y arbustos que no pueden ofender a nadie. Allí me encontró el coronel Wildman (el caballero tenía la impresión de que había algo que me angustiaba) y hablamos largo y tendido, de los Byron, del amor que sentía por su antiguo compañero de escuela, de mí misma, todo lo cual escuchó con la mayor amabilidad y paciencia. Lo que se había aferrado a mí, o, erróneamente, yo a ello, parecía estar a punto de caer o echar a volar allí mismo. Sé que soy la descendiente de una estirpe que me ha dejado algo más que tierras y piedras, una naturaleza que yo he vivido en mi interior como dentro de una mansión de múltiples estancias, algunas gastadas por el tiempo, derruidas o reconstruidas por otros para su uso y disfrute, pero no todas exploradas, no, ni siquiera a estas alturas. <<

[2] *una serie de lagos conectados*: Oscuro, profundo y muy frío sigue siendo el lago, y las aves siguen durmiendo en él. <<

[3] *Canaletto, etc.*: Resulta interesante comparar el retrato que hace Lord Byron de esta devastada y maltratada abadía con el que traza en los últimos cantos de su *Don Juan*. En ese poema, su propia Newstead es reinventada como hubiera deseado que fuera, llena de confort y esplendor, incluidos retratos de los antepasados, atestada de invitados de altura y con el antiguo bosque intacto. Ese retrato es tanto mejor respecto al estado real de su casa, como éste es peor. Así suele suceder con los relatos que hacemos de las cosas reales. <<

[4] *un negro perro terranova*: Lord Byron tuvo un perro en su juventud al que quería mucho y que se llamaba *Boatswain*, aunque no sabría decir por qué. Murió consumido por la locura, y Lord Byron cuidó de él durante su larga agonía, hasta que expiró, limpiando los espumarajos de su hocico con su propia mano. <<

[5] *un olmo*: Este imponente árbol sigue en pie, un poco más anciano, en el parque de Newstead. Los nombres grabados en él corresponden a mi padre y a su hermanastra, la honorable lady Augusta Leigh. Yo llevo su nombre entre los míos, y sólo eso. La dama ha muerto recientemente, y jamás tuve ocasión de mantener esa conversación con ella que me hubiera permitido conocerla. *De mortuis nil nisi bonum.* <<

[6] *el viejo Jock*: Lord Byron era muy devoto de un anciano sirviente de Newstead llamado Joe Murray. En un retrato que cuelga hoy en día en Newstead, se aprecian las mejillas sonrojadas, la sonrisa amable y la larga pipa de arcilla que el autor traslada a su equivalente escocés. Byron nunca conoció a su padre, y quizá el viejo Joe Murray, y otros más adelante, habrían de llenar ese hueco. <<

[7] *Ida*: Lord Byron asistió a la escuela Harrow desde 1801 hasta 1805, y dijo haberla odiado durante sus primeros cursos a pesar de que al final, durante su último año de estancia allí, se reconcilió con ella. El doctor Joseph Drury, el director al que se enfrentó al principio y que más tarde acabaría por admirar y apreciar, dejó constancia de su impresión de que le habían confiado la educación de un «potro salvaje de montaña». El hecho es que la cojera de Lord Byron supuso una fuente de problemas, no sólo por el hecho de impedirle tomar parte en los deportes y los juegos, sino por las burlas y los desprecios de los otros muchachos. Siempre tenía que demostrar que era tan fuerte y valiente como cualquiera de ellos. Su exacerbado sentido del *amour-propre* lo llevó a enfrentarse con todos aquellos, incluidos profesores, que creía que lo habían ofendido, y en ocasiones hubo que sacarlo de entre sus compañeros para alojarlo en casa del director. No hace falta un alarde de imaginación para trasladar la deformidad del joven Lord Byron a la naturaleza alienada de su creación imaginaria. La escuela Harrow, que he visitado en una ocasión, y que de vez en cuando he visto al pasar de lejos, sigue estando en una colina que siempre me ha dado la impresión de desolada y solitaria, no sé por qué razón. <<

[8] *su lápida favorita*: Hay en el cementerio de Harrow-on-the-Hill, junto a la iglesia donde en tiempos los jóvenes alumnos acudían a misa, una lápida llana desde donde puede observarse el paisaje del valle. Se la conoce por *the Peachey stone*, sin duda por quien yace debajo. Ahora se indica a quienes visitan el lugar que ahí era donde el joven poeta gustaba de retirarse, y donde por primera vez empezó a pensar en escribir sus versos. Tal como suele suceder con estas cosas, se ha malinterpretado la naturaleza de esta tumba, pues hay quienes creen que es la tumba de Byron, lo cual no es cierto. Su tumba está en la parroquia de la iglesia de Hucknall Torkard, en su región natal de Nottinghamshire, con sus antepasados. <<

[9] *Lord Corydon*: Este personaje combina los caracteres de lord Clare, el mejor amigo de Byron en Harrow, y de John Edelston, un miembro del coro de Cambridge, que no tenía ni quince años cuando Byron desarrolló un gran afecto por él. De lord Clare dijo en una carta a Moore: «Siempre lo he querido (desde que tenía trece años, en Harrow) más que a ningún otro hombre en el mundo.» Edelston era pobre, matiz que Byron parece haber aportado a esa mezcla de los dos jóvenes más queridos por él. <<

[10] *algunos han muerto*: John Wingfield, que estuvo con Byron en Harrow, moriría más tarde en combate. También él, y el dolor que causó a Byron su muerte, deben de formar parte de la historia que explica de lord Corydon y de su destino. <<

[1] *Viola y Sebastian*: En la comedia de Shakespeare *Noche de Reyes*, son dos hermanos que embarrancan en la costa de Iliria, la cual, curiosamente, forma parte de Albania, aunque es de suponer que el Bardo nada supiera de esto. El conocimiento que tenía Lord Byron de Shakespeare era muy amplio, aunque no profundo, y su costumbre de citar (o de citar parcialmente) sus versos era una constante de su correspondencia, aunque en la ficción eso pueda parecer un defecto. <<

[2] *los últimos días de lady Sane*: Como prueba de que el presente manuscrito es un primer borrador, basta con señalar que esta dama, de cuya muerte se habla en este capítulo, aparece descrita como viva en la primera página de la historia, aunque recluida y enajenada, la noche del asesinato de su marido. Se tiene a Lord Byron por un escritor rápido y, a menudo, descuidado. Es verdad que le hubiera bastado con echar un vistazo a las primeras páginas para reparar en este error, de lo que se deduce que no repasó el manuscrito. Escribió a conciencia, aunque con suma rapidez. Las diversas correcciones, marcas, interpolaciones, etc., del manuscrito original no se han conservado en la copia en limpio, aunque por lo que a mí respecta, nada he cambiado, ni siquiera su gramática, aun cuando ésta pudiera ser errónea. <<

[3] *una iglesia modesta y muy antigua*: Los Byron descansan en la cripta de la iglesia de Hucknall, cerca de Newstead. Lord Byron exagera al describirla como un amontonamiento de piedras, aunque la iglesia necesite de una restauración. Bajé por la escalera tal como hizo el héroe de Lord Byron para ver a sus antepasados, y los míos, en la penumbra. Puse la mano sobre él, o sobre el ataúd que contiene sus restos mortales. Nunca he temido a la muerte; tampoco él lo hizo. <<

[4] *carece de propiedad alguna*: No es ninguna suerte —y Lord Byron no era el único que pensaba así— recibir un título sin los medios necesarios para mantenerlo. El actual Lord Byron, almirante y oficial de Su Majestad, no recibió ninguna herencia de mi padre, la cual fue a parar a manos de mi madre y de la hermanastra de aquél, la señora Leigh; las propiedades, sin embargo, habían desaparecido hacía tiempo. De joven disfruté de la hospitalidad del actual lord; mi madre, debido a sus constantes achaques, no siempre podía atender mis necesidades, y él me ofreció generosamente tanto su tiempo como su atención. No parece haber heredado el carácter de su primo, mi padre, ni el del padre de mi padre, *El loco* Jack Byron. <<

[5] *vaca lechera*: Se suele pensar que mi padre quiso recuperar la fortuna y poner en orden sus asuntos, que pasaban por graves apuros, contrayendo matrimonio con mi madre, lo cual hubiera supuesto por su parte una maniobra fría y calculadora. Mi madre poseía un modesto patrimonio y tenía ciertas perspectivas de futuro. No obstante, si mis indagaciones al respecto son de fiar, diría más bien que Lord Byron creía ser el más rico de los dos, puesto que daba por sentada la venta de la abadía de Newstead por un centenar de miles de libras, o más, lo cual le hubiera provisto de una suma considerable de cara a su matrimonio con quien entonces era la señorita Milbanke. No fue sino hasta después, cuando la venta de Newstead resultó no ser tan buen negocio, cuando Lord Byron consideró sumamente ventajosa su situación matrimonial. Sus razones para la boda fueron otras, aunque no sabría decir cuáles. <<

[6] *en virginal meditación*: Referencia a *El sueño de una noche de verano*, de Shakespeare. Consúltese la nota anterior al respecto. Es posible que se me haya escapado la presencia de otras citas del Bardo en el presente texto; otras son tan conocidas que no justifican una nota. <<

[7] *delgado como una vara*: Según apuntan quienes le conocieron bien, Lord Byron tenía tendencia a engordar, y sentía horror ante dicha perspectiva, de modo que recurría a toda suerte de medios para combatirlo: comía ensaladas rociadas con vinagre, vinos ligeros mezclados con soda, etc. En nuestros tiempos, más de una doncella que tuviera el mismo objetivo, carecería de la fuerza de voluntad necesaria para seguir su régimen. <<

[8] *se lució*: He sabido que, a pesar de su cojera, Lord Byron jugó en una ocasión con los alumnos de Harrow contra Eton al criquet, y que lo hizo de forma destacada. De su capacidad para nadar, nada tengo que añadir a lo que es de sobra conocido por todos: es el nadador más famoso desde Leandro, cuya hazaña en el Helesponto imitó. Yo soy incapaz de nadar, y me hundiría cual Ofelia si por algún motivo me cayera algún día al agua; aunque soy capaz de patinar sobre el agua como la mejor, cuando la masa de agua ha cambiado de estado. <<

[9] *Roscius el Joven*: Referencia a William Betty, el niño actor (en realidad era adolescente), cuya belleza y fuerza cautivó a nuestros abuelos; se decía que se parecía a mi padre, aunque al acudir a una función suya en Londres, Lord Byron declaró que no se lo había parecido. Sin duda, Lord Byron se manejaba bien en el famoso día de los ejercicios de Oratoria en Harrow. Puede decirse que toda su vida representó el papel de *sí mismo*, y que nadie lo hubiera representado mejor —aunque muchos lo hayan intentado desde entonces. <<

[1] *Atenas de los pantanos*: Lord Byron asistió brevemente a la Universidad de Cambridge, aunque no llegó a licenciarse. Allí conoció, entre otros, al señor Scrope Berdmore Davies y al señor John Cam Hobhouse, quien se contaría entre sus mejores amigos. El señor Davies aparecerá más adelante encarnado en el personaje de Peter Piper, una de las creaciones más cómicas de esta historia, aunque no sé hasta qué punto se parecerá a la persona real. <<

[2] *estanque calmado*: Hay una encañizada en el río Cam, sobre Grantchester, que aún hoy se conoce como «laguna de Byron». Me pregunto si no debería compilarse en un Almanaque una guía acerca de todos los lugares relacionados con él, de aquí a Constantinopla. Y no me refiero sólo a los reales, sino también a los supuestos, de modo que todo aquel que así lo desee pueda emprender el peregrinaje de forma más conveniente. Si tal guía existe, lo cierto es que ha escapado a mi conocimiento. <<

[3] *mi familia*: Me parece algo muy notable que, en toda la novela, no haya una sola familia completa: padre, madre e hijos. Los escritores, por supuesto, están en su derecho, y tienen el poder, de simplificar sus historias, de talar los árboles genealógicos de las familias que puedan crear y, mediante una conveniente caída del caballo, o unas fiebres repentinas, introducir las circunstancias que crean oportunas para el progreso de la narración. Aun así me pregunto si mi padre estaba capacitado para concebir una familia intacta, una que no obedeciera a un modelo raro o incompleto. <<

[4] *carro de Sisera*: No sé a qué puede referirse este comentario, y no he encontrado referencia alguna en los libros consultados. Creo que un escritor más bien resulta perjudicado al recurrir a comparaciones de las que el lector normal y corriente no tiene la menor idea. <<

[5] *la letra d*: Desgracia, degeneración, dolor, decadencia, depresión, desesperación, decepción, disgusto, detrimento, depravación, descomposición, defunción, desolación, decrepitud, desuso, duda, por poner algunos ejemplos. <<

[1] *Negro hercúleo*: Aquellos lectores que lleguen a esta nota antes de concluir la historia no sabrán que este personaje es originario de las Indias Occidentales, víctima, o beneficiario, de esa infusión de vida artificial que, según la superstición de las tierras caribeñas, es capaz de convertir a un cadáver en un trabajador inmortal carente de alma. (Respecto a *quién* lo ha revivido, si de vivo es en verdad su condición, se anunciará con el tiempo.) Esta inverosímil creencia fue revelada a ojos del público inglés por primera vez por Robert Southey en su historia de Brasil, la cual pudo ser la fuente de la que Lord Byron extrajo la leyenda; en tal caso, la conexión resulta llamativa, puesto que Southey era una *bête noire* de mi padre, y su vida y carrera política, una fuente constante de inspiración para su ingenio y sarcasmo, devuelto, se dice, mediante los anatemas y ataques que el por entonces Poeta Laureado dedicó a mi padre y a toda su obra. Todo eso pertenece al pasado, pues ambos han muerto. Recuerdo que Southey quiso crear, junto con el poeta Coleridge, una colonia que viviera en perfecta armonía y felicidad a orillas del Susquehanna, en América; como también lo quería yo, cuando apenas era una niña.

Yo creo que el fenómeno del *zombi* constituye otro aspecto de ese Sueño Hipnótico explorado y descrito en otra parte de la novela de un modo tan precursor: y diría que las personas sumidas por inteligentes maestros o poderosos brujos en semejante estado parecen, a ojos de otros, estar entre la vida y la muerte. <<

[2] *la señorita Edgeworth*: Según afirmaba él mismo, Lord Byron era un insaciable lector de novelas. Tanto era así que aseguraba haber leído cinco mil, lo que el señor Hobhouse dice que es imposible; afirma también este caballero que Lord Byron daba una novela por leída con tan sólo echarle un vistazo. También era poco escrupuloso en lo que a la exageración se refiere, defecto que comparto, pues ya de niña se me castigaba cuando el objeto de la exageración no era apropiado (como la devoción filial, o los impulsos religiosos, o el dolor ante los sufrimientos de aquellos que recurrían a mi compasión). No me cuesta nada creer que Lord Byron hubiera leído mucho; no tenía reparos en lo que a literatura se refiere, y no por ello tenía en menos su propia obra, que contaba con la aprobación de muchos lectores. <<

[3] *lord Edward Fitzgerald*: La historia aquí contada es cierta. Este patriota irlandés, muerto en el levantamiento de 1798, tuvo un sirviente negro y corrió estas aventuras en Norteamérica. Todo ello se narra en la biografía de ese lord escrita por el ubicuo señor Thomas Moore, quien en ocasiones puede parecer una sombra de Lord Byron, sin el cual él no hubiera existido, aunque ésta parezca una aseveración injusta para el autor de *Lallah Rookh* y muchas otras preciosas canciones. Sin embargo, es cierto que Lord Byron, mucho antes de conocer a Moore, o tener conocimiento de primera mano de los asuntos irlandeses, se enamoró de la caballeresca figura (tal como él la percibía) de Fitzgerald, y declaró con ocasión de la revuelta irlandesa de 1798 que, de haber sido un hombre adulto, se habría convertido en un lord Edward Fitzgerald inglés. Lady Byron me puso al corriente de algunos pormenores del almacén de anécdotas que le confió su difunto marido.

Sin duda fue durante su posterior y larga amistad con el señor Thomas Moore cuando Lord Byron conoció la historia aquí contada. Sus motivos para incluirla en su novela están menos claros. Quizá tan sólo le movió a hacerlo la visión de América que aparece en ella. Lo ignoro. <<

[4] *madame de Genlis*: La *comtesse* de Genlis fue tutora de los hijos del duque de Chartres, y al menos uno de los hijos de ella se supone que debía de ser del duque. Es la conocida autora de *Madame de Maintenon*, *Mémoires*, etc. Como muchos otros de su generación, Lord Byron aseguraba despreciar a la escritora procedente de la nobleza, a esas «mujeres amantes de los garabatos» tan admiradas en su época. Hizo una excepción con madame de Staël, y sospecho que, en esto como en tantas otras cosas, su burlesca actitud era más una pose que un comportamiento meditado. <<

[5] *Buonaparte*: Así lo escribía siempre Lord Byron. De joven se dejó embriagar por la figura de Napoleón, aunque, al igual que muchos de sus coetáneos finalmente el emperador supuso una decepción como libertador de Europa. Se convirtió en un dictador peor que aquel al que derrocó, y en lugar de apartar a los reyes del mundo, se limitó a ceñir las coronas en las frentes de sus necios familiares. En los poemas y la correspondencia de Lord Byron abundan las alusiones a este héroe de su juventud, y cualquiera que ponga en duda la complejidad de la mente del poeta, o la sutileza de su juicio, sólo tiene que reunirlos y ver con qué variedad, sin contradicción, se representa a Napoleón: como un sueño de gloria, o de justicia y esperanza; como una afrenta merecida para el mundo civilizado; como una figura de autoengaño con tintes cómicos, y como un tirano salpicado de sangre. Con qué gusto cambiaría todos los dramas en verso de Byron por uno solo que tuviera como protagonista a Napoleón.

<<

[6] *la cubierta de un barco*: No había nada que él apreciara más que estar en un barco, tanto por el hecho de dejar atrás lo que ya no quería, o lo que ya no lo quería a él, como para poner rumbo a lo desconocido. Por un instante, amaba de nuevo todo aquello que había perdido, o desechado; y aún no podía decepcionarle aquello que aún no conocía. Yo me cuento entre lo que abandonó. No fue del todo su elección aunque sí en gran parte. No lo negaría, si pudiera preguntarle; pero no puedo, y en eso tiene algo que ver... la muerte. <<

[1] *la pasada contienda*: Cuando Byron viajó a España en el año 1809, los ingleses acababan de entrar en la península Ibérica. Ambienta esta aventura al final de la guerra, bastante después de su paso por allí. Observo que sitúa la batalla de Salamanca (1812) «no hace ni una década», lo cual, si bien no es tan específico como cabría esperar, nos sirve de marco a la escritura de esta parte de la historia hacia 1822. A finales de 1821 abandonó Rávena para instalarse en Pisa, de donde más tarde partiría hacia Grecia. Creo que el manuscrito de esta historia podría haberlo redactado, con ciertas interrupciones, desde la época de su estancia en Suiza, tras separarse de lady Byron, hasta parte del tiempo que residió y que se perdió en esa ciudad. Claro que no son más que especulaciones. <<

[2] *que aún no era duque*: Que Lord Byron creyera posible publicar una novela en la que el duque de Wellington figurase como personaje, en la cual obtuviera una de sus más famosas victorias en parte gracias a la información de un tráfuga, por otra parte totalmente imaginario, me sugiere que, por la época en la que describe estos incidentes, Lord Byron había aceptado que el libro no podría publicarse bajo esta forma, de modo que se sentía libre para escribir lo que quisiera, porque el conjunto acabaría siendo pasto de las llamas, o del futuro, pero no llegaría al público de aquel entonces. Este hecho serviría también para explicar por qué, como dicen sus biógrafos, no hizo mención alguna de su obra, sobre todo teniendo en cuenta que sí hablaba de sus otros trabajos en la correspondencia que dirigía a su editor y a otras personas. <<

[3] *paraguas*: Lo que leo en *Peninsular War*, de Napier, corrobora que Lord Byron está en lo cierto en lo que a los movimientos de las tropas se refiere, el transcurso de la batalla, los efectos del tiempo atmosférico e, incluso, en el detalle de los paraguas de los oficiales. Me han contado que le enorgullecía ser preciso con los hechos, y que le gustaba investigar hasta el último detalle del aparejo de un barco, la composición de un gobierno extranjero o las costumbres y la moda de un pueblo. No es una gran virtud, y no siempre la ejercitaba. También yo la comparto, y tampoco yo hago uso de ella siempre que se da la circunstancia. No la utilizo tanto como debería. <<

[4] *Frere*: En efecto, John Hookham Frere fue cónsul británico en España cuando se libró la batalla de Salamanca. Ocupaba ya ese puesto cuando Lord Byron viajó a España en 1809, de camino a Gibraltar para tomar un barco hacia Grecia. Ignoro por qué incluye Lord Byron a este personaje en la novela, e ignoro si ambos habían llegado siquiera a conocerse. <<

[1] *una joven dama*: Se trata de un incidente tomado de la vida real. Lady Caroline Lamb sobornaría a un sirviente para introducirse en las habitaciones de Lord Byron, a veces disfrazada de paje (véase el décimo capítulo, donde se describe un incidente basado en las extravagancias de esta apasionada dama). <<

[2] *discurso de ingreso*: Escribir sobre Londres y la fama adquirida a edad temprana pudo recordar a Lord Byron su propio discurso de ingreso en la Cámara de los Lores, denuncia encendida de una propuesta de ley que pedía la pena capital por el crimen de atentar contra la maquinaria, crimen por el cual se detenía a diario a desesperados obreros en su propio condado de Nottinghamshire. Que la vida de esos desdichados fuera inferior al precio de la maquinaria era increíble; por otra parte, esos hombres eran incapaces de ver el futuro, sólo la crueldad con que éste entraba en sus vidas. Hoy en día, sus descendientes trabajan en las fábricas y miles de bienes son producidos gracias a una maquinaria que ellos, o quienes en su día los defendieron, siquiera pudieron haber concebido. <<

[3] *no demostrada*: Veredicto posible en los tribunales escoceses. Es probable que tal fuera el de la corte descrito en el relato por Lord Byron, juicio en el que, si bien todos los hechos parecen claros, los motivos siguen sin conocerse, incluso para quien comparece ante el tribunal y para el propio juez. <<

[4] *Guardián*: Tal como ya se ha comentado, el terranova de Byron se llamaba *Boatswain*. En su tumba en Newstead, tumba que tuve el privilegio de visitar, figuran las siguientes palabras de Byron:

Para señalar los restos mortales de un Amigo estas piedras se alzan;

No tuve más que Uno, y aquí yace.

Al comentarle recientemente que había visto este monumento en mi visita a Newstead, el leal amigo de mi padre, el señor Hobhouse, lord Broughton, me contó que cuando Byron compuso el epitafio, estaba en persona a su lado y, no muy complacido con aquel sentimiento, sugirió a Byron este cambio: «No tuve más que uno, y aquí miento.*»

*Juego de palabras intraducible entre «yacer» y «mentir», dos de los significados en inglés del verbo *to lie*. (N. del t.) <<

[5] *vals*: Puede suponerse que Lord Byron se sentía *hors de combat* en lo que al baile se refiere, pero las suposiciones habituales respecto a su destreza o ineptitud debida al estado de sus pie y pierna, a menudo eran equivocadas. Dedicó una sátira al vals: «*Seducitor vals, aunque en tu costa natal Incluso Werther te consideró en parte prostituta*», etc., que resulta ambiguo su propósito moral, tal como suele suceder con todos sus versos a la vez cómicos y serios que llegó a componer. <<

[6] *pálida muchacha de cabello rubio*: Me contó mi madre que su primera respuesta a Lord Byron de que no quería conocerle, al contrario que el resto de la sociedad, espoléó su vanidad y su interés por ella. Nunca tendré la versión de los hechos de mi padre, pero en estas líneas Byron parece trasladar un sentimiento parecido a su héroe, lo que supone una curiosa confirmación. <<

[1] *ennui*: Afortunado, el espíritu humano que es inmune a los caprichos del Azar. No hay exaltación como la de la certeza de tener un sistema perfecto para apostar, ya sea en las carreras o en el tapete. Lamentablemente, el único método que se acerca es el que procede de la experiencia que se obtiene al jugar y jugar. La exaltación, en sí misma tan obsesiva como el resultado, y la demostración de que el sistema de uno es acertado serían, en mi opinión, tales recompensas que superarían la suma del dinero ganado en Newcastle o en Saint-Leger. Por supuesto, el coste a pagar sería el doble de amargo que la simple suma de dinero perdido. <<

[2] *Weeks's Museum*: Décadas más tarde, la dama plateada aquí descrita caería en manos de Charles Babbage, quien la haría bailar, asentir y gesticular ante sus invitados en su casa, un hogar lleno a rebosar de maravillas, tanto mecánicas como intelectuales. Se había enamorado de la dama cuando no era más que un chiquillo, y ella formaba parte de una exposición en el Merlin's Museum, del que el Weeks's era sucesor. No obstante, recuerdo que estaba desmontada cuando la compró, una caja de piezas que llevaba años almacenada en la buhardilla del Weeks's. Corrió de su cuenta, como un Pígalión, devolverle la vida. Ella no había bailado en público desde 1803, cuando cerró el Merlin's. ¿Cómo pudo haberla visto Byron? ¿O acaso la inventó, a pesar de que existía antes de que él la imaginara? Es un absoluto misterio.

<<

[3] *craneólogo*: La frenología de la pasada generación, la cual cautivó la imaginación de muchos, entre ellos lady Byron, se antoja ahora inadecuada ante la incomparable complejidad del órgano cerebral y, por otra parte, sus principios no se basan en un resultado experimental concreto, sino únicamente en la suposición. Tengo la esperanza de que algún día puedan registrarse los entresijos del cerebro, de tal modo que sea posible aplicar ecuaciones matemáticas al resultado. En resumen: proponer una o varias leyes para la interacción mutua de las moléculas cerebrales, equivalente a la ley de la gravitación para el mundo planetario y sideral, un Cálculo del Sistema Nervioso. La principal dificultad, que no contemplaban los frenólogos, ignorancia que emponzoñaba su sistema, estriba en el diseño de experimentos prácticos. Debo adquirir mayor destreza en la manipulación a la hora de realizar pruebas y demás, en materiales difíciles, por ejemplo, el cerebro, la sangre y los nervios de los animales. Con el tiempo me atrevo a decir que lo lograré. Espero así poder legar a las generaciones futuras para la aplicación industria atención un sistema w^{ch} .

Tengo mucho dolor esta semana Dependo más de las gotas que antes Debo corregir todo esto y lo haré si soy capaz Ahora voy a dejarlo por esta noche <<

[4] *un joven lord de ojos oscuros*: Aquí Lord Byron se permite el lujo de intervenir en su propia novela, y dibujarse a sí mismo como alguien un poco tontaina. Según parece se sometió, en efecto, a un examen frenológico por parte del doctor Jacob Spurzheim, un famoso alemán, quien le hizo precisamente el diagnóstico que Lord Byron pone aquí en boca del ficticio lord.

Creo que es de suma importancia, aunque pueda antojarse insignificante, el hecho de que Lord Byron pudiera verse en ocasiones con comicidad, y pudiera reírse de sí mismo, de sus aventuras, de sus ambiciones e, incluso, de su carácter, mientras que lady Byron estaba siempre en guardia por cómo la verían y comprenderían los demás. Estoy convencida de que los desvelos de ella le parecían entonces algo natural, universal, de lo cual no tuvo que ser del todo inconsciente, o por ello pensaba que la forma ridiculizante y exagerada que tenía Lord Byron de contar sus propios desatinos, lo que no era más que un intento de entretener, constituía la admisión de las mayores debilidades y pecados concebibles. No hubo forma de reconciliar dos naturalezas tan opuestas entre sí. <<

[5] *coronel Culpeper*: En su obra *Curiosidades de la literatura*, el señor Isaac Disraeli cuenta esta historia, aunque no sé si Lord Byron la descubriría con la lectura de este libro o en alguna otra parte. La encontré por casualidad, si es que de casualidad puede hablarse cuando un nombre sin importancia más que para uno mismo aparece en dos lugares distintos y sin relación entre sí en el transcurso de una semana. <<

[6] *el Fancy*: El salvaje deporte aquí descrito ha desaparecido junto con la lucha de osos y otras malvadas prácticas de nuestros abuelos. Moore cuenta que Lord Byron tomó lecciones de boxeo del propio Caballero Jackson, y que se convirtió en un alumno hábil. Unos caballeros deportistas a los que consulté me confirmaron que todos los nombres incluidos en esta parte de la novela pertenecen a boxeadores de la época, o no muy anteriores a ella, a pesar de que Lord Byron los contemple como pertenecientes al pasado, lo cual, teniendo en cuenta cuándo escribió esta historia, era justo lo que eran. <<

[1] *las obras se estrenaban en los teatros*: A Lord Byron le gustaba el teatro, y durante un tiempo, al poco de casarse, fue miembro del comité del Drury Lane, encargado de escoger las nuevas representaciones, aunque las que él escribió nunca estuvieron destinadas al teatro. De hecho, se molestó mucho cuando uno de sus dramas, escrito para la intimidad, se representó en Londres sin su permiso y en contra de su voluntad. Creo que lamentaría mucho saber que hoy en día a alguien se le ocurra intentarlo. Sus obras no son muy adecuadas para ello, exceptuando *Manfred* y quizá *Caín*. <<

[2] *Argos*: Se refiere al ser de un centenar de ojos destinado a vigilar al amor de Júpiter, Io, y no al barco de Jasón, que se llamaba *Argo*. Argos nunca dormía, lo que justifica la burla del texto. El lector encontrará de nuevo la figura en el capítulo duodécimo. <<

[3] *Magnetismo Animal*: El supuesto flujo o propiedad de los seres vivos (sin excluir los árboles y las flores) que el señor Mesmer y sus seguidores aseguraban controlar mediante sus baños y manipulaciones. Como muchas otras cosas que se daban por hechos probados, la creencia persiste, y el término se emplea en diversos contextos, relacionado por lo general con la atracción sexual. <<

[4] *la propia autora*: Lady Byron tenía por costumbre guardar copias de las cartas que enviaba. Aun si éstas eran fruto de un torrente de sentimientos, tenía luego la sangre fría de transcribirlas y, si se producía un desacuerdo respecto a lo escrito por parte de cualquier destinatario de su correspondencia, podía de este modo refrescarles la memoria. A veces desearía poseer tales costumbres reflexivas, no perder el pasado, tal como sucede en ocasiones, oh, confusa telaraña. <<

[5] *Un joven oficial*: Lady Caroline Lamb solía acudir a las habitaciones de mi padre disfrazada de valet, con el pelo corto, tal como se describe aquí. Esa anécdota es tan bien conocida como Beatrice y Benedick, o Lara y Kaled, o... Cabe esperar que en el futuro se olvide. <<

[6] *dos críos igual de rollizos*: El relato de Lord Byron vuela con mayor rapidez que el propio tiempo. No había transcurrido el tiempo suficiente entre la batalla de Salamanca y su estancia, la cual se afirma que fue poco antes de la batalla de Waterloo, para que este personaje se casara y tuviera dos hijos. Al parecer, a Lord Byron le gustaban mucho los niños, y disfrutaba en su compañía. <<

[7] *Fide in Sane*: El lema de los Byron es *Crede Byron*. Esta bonita frase, «Confía en Byron», parece haber sido reflejada en el del libro, puesto que éste podría significar «Tengo fe en Sane», aunque, ingeniosamente, también podría significar «Ten por seguro que él está (o yo estoy) loco». (Mi agradecimiento a C. B. por su ayuda con el latín, lengua de la que nada sé.) <<

[8] *Psique*: Psique amaba al dios del Amor, pero le advirtieron de que nunca lo mirara durante las visitas nocturnas que éste le hacía. Cuando sus tres hermanas la animaron a romper esta regla (porque, dijeron, su amante podía muy bien ser un monstruo, o un demonio), Psique encendió una vela para mirarlo mientras dormía, y vio que era un dios. Pero al caer la ardiente cera sobre él, despertó, y todo se echó a perder. Después de muchas pruebas, el dios y su amor tuvieron un final feliz, aunque no son muchos los que recuerdan este final, menos memorable que el momento en que se arruinó el idilio. Mientras que los finales felices guardan grandes similitudes, los desastres pueden ser únicos. <<

[1] *un lugar sombrío y gris*: Mis padres se casaron en Seaham, Durham, que en efecto está situado en un acantilado que mira al mar del Norte. Adoro ese lugar, y allí pasé mis primeros años de vida. Fue en el jardín de esa casa, recuerdo, caminando con mi madre, donde pregunté por qué no tenía papá como otras niñas (era un asunto que me intrigaba), a lo que ella me ordenó, imbuida de una circunspecta seriedad, que nunca más volviera a tocar ese tema. Creo que a partir de entonces acusé un temor que no había sentido antes, y del que nunca he logrado librarme del todo. Sé que eso se volvió contra mi madre, aunque no conozco su nombre, ni esté segura de cuál es su origen. <<

[2] *electrifica*: Era un pasatiempo de nuestros abuelos reunir a un grupo numeroso de gente en círculo, ya fuera cogidos de manos o aferrados a una cadena metálica, para administrar una sacudida eléctrica por medio de una silla Leyden o un artilugio similar a la primera persona, lo que hacía que todas las demás saltaran al mismo tiempo para divertimento generalizado. Lady Byron dice que Lord Byron sentía un temor particular a las sacudidas, incluso a las insignificantes que podían darse con el roce de manos después de pisar una alfombra gruesa. En una ocasión, por lo visto, renunció a pertenecer a un club porque estaba así alfombrado y era necesario estrechar muchas manos. <<

[3] *cortinas carmesí*: Así eran, según parece, las cortinas de lord y lady Byron en el lecho de matrimonio en Halnaby. El malvado Samuel Rogers (el «poeta Banquero»), que se llamaba a sí mismo *amigo* de mi padre, difundió la historia de que, al despertarse de noche y ver el fuego arder a través de las cortinas, Lord Byron creyó estar en el Infierno, casado con Proserpina. <<

[4] *un ácido y un álcali... Fuego y Hielo*: No me cabe duda de que este párrafo es una descripción exacta, sin invención alguna, de los sentimientos de mi padre en aquel momento, sentimientos de los que no era entonces consciente, y quizá no pudo describir hasta pasados unos años. Toda la agudeza, que mantenía a raya el dolor, posteriormente ejercitada. Mueve a compasión; compasión por lo que sentía, compasión, también, por ser capaz de plasmarlo con tanta honestidad. <<

[5] *desesperación*: Lord Byron revela con franqueza, a quienquiera que haya escuchado las hablillas que circulan respecto a sus relaciones con su esposa, que él fue tan responsable como víctima, y que, como era responsable, era culpable de las peores cosas, al menos hasta que lady Byron, sus agentes y partidarios conspiraron (tal como él lo entendía) para apartarme de su lado y poner fin a su matrimonio. El relato de estos sucesos que recogió en sus Memorias debió de estar cuidadosamente destinado a apoyar su versión, al contrario que éste. Qué extraño pues que las Memorias fueran quemadas por lo mucho que podían perjudicar su fama de cara a la posteridad, mientras esto sobrevive. ¡Si es que sobrevive! <<

[6] *bebé al que no podía considerar suyo*: Hay días en que no sé por qué sigo escribiendo estas notas. Aquí aparezco yo, según parece, o mi *simulacrum*, nacida de él, pero que él no podía considerar suyo, puesto que estaba dividido, igual que cualquier escritor de novelas quizá debe de estar, en una parte noble y otra malvada, enfrentadas ambas entre sí. Yo soy el fruto de la peor parte. No hay crueldad en su comportamiento en vida hacia mí que se me antoje peor que ésta, no preocuparse por qué destino, qué males o desgracias puedan acontecer a quienes le amaron o conocieron, cuando los recuerda para esta historia. Palos y piedras, exclaman los niños, pueden romperme los huesos, pero los *nombres* jamás me harán daño. Ah, no. Él se dijo a sí mismo que las palabras eran cosas. <<

[7] *mentiras*: Lord Byron siempre argumentó que había abandonado Inglaterra debido a que los rumores sobre sus pecados y delitos tras su separación de lady Byron imposibilitaban su vida en sociedad, que afrentas o vergüenzas constantes eran susurradas por doquier, y que todo ello lo condenaba al ostracismo. Puede que sea cierto, aunque he sabido, gracias a sus viejos amigos, que había hombres de los que se decían cosas peores y que sin embargo vivían con bastante tranquilidad sin ser marginados. Lord Byron tenía muchos defensores que no creían lo que se decía de él. Convertimos nuestras persecuciones en la causa de lo que de todos modos haríamos.

<<

[8] *Brougham*: Lord Byron estaba convencido de que el señor Henry Brougham, que actuó como consejero legal de lady Byron en el momento de la separación, fue uno de los que argumentó en contra de la reconciliación, y también que fue la fuente de los rumores (los verdaderos y los falsos) de lo que había sucedido entre Lord Byron y su esposa para que se separaran. Lo cierto es que se le conocía por el apodo de *Chronique Scandaleuse*, por su tendencia a contar historias, pero la obsesión que tenía Lord Byron con él era quizá injusta. (Fue él, por cierto, quien más tarde defendería a la reina Carlota en su juicio ante la Cámara de los Lores, una disputa matrimonial de diferente índole.) Byron le dijo a Thomas Moore que si alguna vez regresaba a Inglaterra se vería obligado, por su honor, a retar en duelo a Henry Brougham. <<

[9] *chirría*: Esta palabra hace referencia al sonido de una gaita, agudo y continuo. No sé por qué razón la emplea Lord Byron en esta frase, quizá por error (aunque no se me ocurre por qué palabra sustituirla), o quizá porque la visión del trazo de la tinta se le antoja la línea sinuosa de un sonido continuo. <<

[10] *más cariño por ella que yo*: Me parece oír en esta posdata la voz de mi madre. Como si realmente ella le hubiera escrito y él jamás hubiera olvidado, o destruido, la carta. Ahora lloro y no sé por quién. <<

[11] *un malvado mago*: Ignoro si se trata de un cuento antiguo de origen albanés, o es fruto de la imaginación del propio Lord Byron. <<

[12] *América*: Recuerdo, ahora que leo esta palabra, que soñé un día en el futuro, no el mío, sino un estado futuro del mundo. Abrían este libro allí, lo estudiaban, y yo pensaba que quizá estas notas debían ser enumeradas, por si acaso se encontraba demasiado pronto la clave. En ese futuro vi que quienes poseían el texto leían los números como nosotros leemos las letras, y las ecuaciones como nosotros leemos las frases. El contenido del libro era para ellos nítido con sólo una mirada. Idea absurda. Vi sus dedos pasar sobre las páginas y los números, como los ciegos pasan los dedos sobre las letras alzadas de esos textos confeccionados especialmente para ellos; y los números se convertían en palabras ante sus ojos. Y si he contado mal, nada no tendrá el menor sentido, pero ya es demasiado tarde para volver a empezar. Pero si todo lo he cifrado mal y aun así el resultado del descifrado es un libro, puede que sea un libro diferente, desconocido, escrito por nadie, absurdo. ¿Qué posibilidades hay de que aparezca una sola frase coherente? Demasiado elevadas para calcularlas. Pero qué libro, qué libro. <<

[0] Ahora no sé si llegaré a terminar estas notas. No puedo mirar atrás. Todo este mes no he hecho más que estar tumbada de espaldas, y cuando eso no me aliviaba, paseaba por mi casa, del salón a la escalera, en busca de no sé qué remedio posible. Mi viejo amigo el opio no me ha sido tan leal como solía, y temo haberle exigido demasiado. Hay tanto que hacer aún. Cuando cierro los ojos veo cartas y números, como cuando uno se retira tras una larga velada jugando a las cartas y sólo ve naipes, pipas, rostros. No tiene sentido. Quiero el mar, dormir, empezar de nuevo mañana. <<

[1] *Alpes*: No habían transcurrido dos años de la muerte de mi padre cuando me llevaron de viaje las constantes acompañantes de mi madre, tres damas a quienes yo me complacía en llamar *las Furias*, por la intensidad de las atenciones que me dispensaban y el incesante cuidado con que me observaban e informaban a mi madre del menor indicio de debilidad *ancestral*, o de incontinencia moral. Yo tenía entonces once años. Primero viajamos a Suiza, al lago que mi padre llamaba siempre lago Lemán (como se hacía antaño), en cuyas costas había vivido tras separarse de su esposa. Yo no lo sabía, porque apenas sabía nada, entonces casi ni sabía que él había vivido y fallecido. Ahora miro atrás y me veo a mí misma, recogiendo piedras y plantas en esas costas, puesto que desde la infancia me encantó saber cosas, y aprender de qué estaba compuesto el mundo y sus partes; sé que estuve cerca del lugar donde él solía pasear, y que es casi como si el tiempo se hubiera doblado y, al estar yo donde él estuvo una vez, todavía estuviéramos juntos.

Hay una villa, bastante cerca de donde residíamos entonces (*las Furias* y yo), que es el lugar donde Lord B. y los Shelley se reunieron en una ocasión, después de abandonar Inglaterra Lord B. Estuve a punto de visitar el lugar cuando paseaba por ahí, aunque nada sabía acerca de eso. En la villa, si hacemos caso de lo que explica la señora Shelley en el prefacio de su novela *Frankenstein, o el moderno Prometeo*, los tres amigos empezaron a escribir por separado una obra en prosa. Se da por sentado que Byron abandonó la escritura de la suya. No sé si ésa será la presente historia. Quizá el Futuro, si la recupera (tal como espero asegurarme de que suceda), podría descubrir alguna prueba que demuestre que es la misma novela que empezó a escribir en esa villa, y que luego ocultó. Estaba oculta, y lo oculto no se destruye, mientras que lo patente puede ser destruido. <<

[2] *El reinado de aquel pachá*: Alí Pachá, a quien se refiere este «pachá», fue asesinado por un espía turco en 1822. Que Byron no aluda a este incidente sugiere que aún no había tenido lugar cuando escribió estas páginas. <<

[3] *Amazonas*: La mayoría de los escritores sitúan a las legendarias Amazonas en Escitia. Euhemero fue el griego que enseñó que las historias de los dioses y las divinidades surgieron sencillamente de los informes exagerados de los hechos de reyes y guerreros heroicos de la Antigüedad. No sé si el relato de Byron de las prácticas de los albaneses está basado en hechos o es fruto de su invención; su compañero de viaje en Albania (un viaje breve para todo lo que más tarde escribiría relacionado con esta zona) fue el actual lord Broughton, quien aún no ha respondido a mi petición de información respecto a este particular. <<

[4] *se liberó la alegría: «¡Adelante con el baile! Que se libere la alegría»,*
Peregrinaciones de Childe Harold. <<

[5] *hijos de Adán*: Se perfila aquí el argumento del drama de Lord B. *Caín*, donde la amante esposa de Caín es también su hermana. Aunque la hermana de esta historia es más bien una hermanastra, igual que la única hermana de Lord B., la señora Augusta Leigh. Él escogió para la hermana-esposa de Caín el nombre de Adah. Augusta, Adah, Ada Augusta, ada, adusta. <<

[6] *hambriento y marchito corazón: «El marchito corazón inquebrantable.» Lara.* <<

[7] *pira*: Me sorprende que, a pesar de que todas las pruebas que he podido recabar afirman que estas páginas fueron escritas antes de que Lord Byron residiera en Pisa y Livorno, y, por tanto, antes de que Shelley muriera ahogado, he aquí la pira junto al mar, la amada figura consumida por las llamas, etc., todo tan parecido a cómo debió ser que no puedo evitar sentir algo extraordinario cada vez que lo leo. Transcribo las palabras que escribió Lord Byron al señor Moore acerca de aquel día en Lerici, cuando los cadáveres de Shelley y su amigo Williams fueron quemados: «No puedes hacerte una idea del extraordinario efecto de semejante pira funeraria, en una costa desierta, con las montañas al fondo y el mar enfrente, y el singular aspecto que la sal y el incienso proporcionan a las llamas.» Y el caso es que él sí tenía una idea de antemano, y una muy exacta, de cómo era. Se dice que Shelley fue visto caminando por los bosques cerca de su casa en Livorno, pero cuando sus amigos lo saludaron, éste no se volvió y siguió su camino; esto sucedía precisamente el mismo día en que salió a navegar y se ahogó. ¿Qué es, pues, el Tiempo? ¿Discurre acaso en un único sentido? ¿O es como un arroyo cuyas aguas empujan a unas cosas con mayor rapidez que a otras, hojas, ramas y piedras que pueden cambiar de lugar y pasar unas junto a otras, chocar, trabarse, incluso siendo arrastradas por la corriente? A veces creo que llevamos muchas vidas entre el nacimiento y la muerte, y que sólo somos conscientes de una, o quizá de dos; las otras discurren paralelas, invisibles, o corren hacia atrás mientras aquella que nos ocupa lo hace hacia delante. No hay modo de expresar esto con palabras; sólo en sueños, o gracias al poder de ciertos estimulantes, es posible experimentar ese estado en que dos cosas pueden, pese a todo, ocupar un mismo lugar. <<

[1] *osezno sin lamer*: Palabras dichas por el vengativo y jorobado duque de Gloucester en la Tercera Parte de *Enrique VI*, de Shakespeare. Hace referencia a la vieja creencia de que los oseznos nacen como bultos informes, y es la madre quien «les da forma a lametazos». El texto no aclara cómo es posible que este personaje de Byron, que ha vivido en una cabaña de las Tierras Bajas, junto al mar, y llevado a cabo las empresas más degradantes, pueda conocer diversas frases shakespearianas. Es de suponer que lo apropiado de la cita sea una explicación más plausible. <<

[2] *viejos y furibundos profetas*: A lo largo de su vida, Lord B. se enfrentó a la religión de los calvinistas del norte, en la que se había educado al principio; denunció una y otra vez lo absurdo de sus doctrinas, y con sus actos demostró su desprecio por su rigidez. Sin embargo, por mucho que lo intentara, no podía expurgar de su corazón lo que le enseñaron en su más tierna infancia. A quienes no se vean implicados en tales lides, puede parecerles una penosa pérdida de energía mental. Byron forcejeaba con un Jehová en cuya existencia no creía; mejor hubiera sido dejar que pasara de largo, como el cruel Dios de los asirios, de quien (eso me parece) Jehová fue el primogénito. Pero no voy a entrar en disputas. La bondad y la piedad deben acompañarme todos los días de mi vida: de no ser así, nada vale. <<

[3] *una ancestral ciencia de la vida y la muerte*: Véase la nota referente a la primera aparición del *zombi* en el capítulo 6. Puede resultar interesante recordar que, por lo que yo sé, no existen referencias a lo sobrenatural en las obras de Lord Byron. Dramas tales como *Manfred* y *Caín*, los cuales podrían contradecir esta afirmación, podrían ser, deberían ser, considerados filosóficos en lugar de sobrenaturales. Relatos que retratan de forma realista nuestra vida cotidiana y nuestra experiencia histórica; no creo que haya ninguno en el que aparezcan fantasmas, profecías, venganzas, ángeles, etc., etc. Este zombi es el supuesto fruto de una ciencia misteriosa pero natural, cuya verosimilitud podría ponerse en duda, pero que no traspasa los límites de la Naturaleza. <<

[4] Anteo: De niña vi en un álbum un grabado de Pollaiuolo en el que Hércules estrangulaba al gigante Anteo, a quien ha levantado del suelo y abraza a la altura del pecho para dejarlo sin aliento. Se trata de una imagen terrible, y al mirarlo me quedé sin respiración. Lord Byron debe de referirse a esta escena. <<

[5] *de haber podido desear algo*: Qué extraño resulta pensar en seres capaces de actuar y de sufrir, a pesar de no ser conscientes de ello. Es una especie de maldición, que también podría constituir un alivio. El zombi, la bailarina de relojería, el sonámbulo. Hacer lo que uno debe hacer sin sentir el dolor que deriva de ello, ni nada en absoluto.

Visión propia del opio, de que el mundo natural es un mecanismo de relojería, y yo lo había descubierto: el canto de los pájaros y el movimiento de las hojas mecidas por el viento, incluso el rocío, todo ello ciego resultado de mecanismos y engranajes; si rompes cualquier cosa, encontrarás en su interior un monstruosamente diminuto engranaje mecánico, engranaje dentro de un engranaje dentro de un engranaje. Babbage cerca, diciendo: «Engranajes diminutos como granos de arena». Sensaciones de asco, cuán equivocado debe de ser esto, pero en el sueño era tan... desagradable como cuando se quiebra un nido de hormigas. No, no —los mecanismos no son diminutos, sino *infinitesimales*, y vivos—, una forma de existencia diferente, tal como se descubrirá. <<

[1] *lit de repos*: Cuando Byron abandonó Inglaterra, en la primavera de 1816, viajó en un coche construido especialmente para parecerse en todo lo posible al carruaje que Napoleón abandonó en Genappe durante su huida tras la derrota en Rusia. No era pequeño ni cómodo, tal como aparece descrito en la novela, sino enorme y negro, y tenía fallos mecánicos, de modo que en seguida lo abandonó. <<

[2] *joven caballero*: Lord Broughton (John Cam Hobhouse) me cuenta que esta historia tan extendida acerca del señor S. B. Davies es totalmente cierta, y que dicho señor disfrutaba viajando en el carruaje desde Cambridge, donde enseñaba, hasta Londres, donde disfrutaba de su afición: el juego. El señor Charles Babbage tenía un coche parecido, en el que viajaba al continente. Lo había diseñado él mismo, y era lo bastante estable como para transportar precisos instrumentos científicos. Lo llamó *Dormobile*. Creo que quienes gustan de estos coches híbridos suelen citarse durante los veranos para examinar los vehículos de recreo ajenos y celebrar su itinerante estilo de vida. <<

[3] *suerte*: S. B. Davies perdió en efecto grandes sumas de dinero (lord Broughton sugiere una cifra que podría rondar las decenas de millares de libras), a pesar de su destreza y sangre fría en el juego. También pidió prestadas ciertas sumas de dinero a sus amistades, cuyos pagos no satisfizo antes de huir al continente. Se trata de la única ocasión, según parece, en la que el señor Davies se comportó de forma deshonrosa en un campo de la actividad humana donde lo deshonroso y lo deshonesto suelen darse cita; un campo que depende aún de que la mayoría mantenga la promesa dada y pague las deudas al menos la mayor parte del tiempo, a riesgo de que las carreras, las mesas de juego, las casas de apuestas y los corredores de apuestas se esfumen de la noche a la mañana. <<

[4] *enloquecido*: Cuán conveniente y quizá incluso encantador debe de ser poder visitar a los enemigos de uno (o a sus sombras), y someterlos a desastres que incluso a los dioses les costaría imaginar, y hacerlo a golpe de pluma. Casi me parece oírlo reír, y (también casi) su risa me hace temblar. <<

[5] *problemas matemáticos*: Era una sátira recurrente en Lord Byron (*vide* doña Inés en *Don Juan*) que mi madre apareciera representada con una mente fría y calculadora, abstracta y matemática, devota de los números. De hecho, la dama posee escasos conocimientos de la Matemática general o superior, y tampoco finge tenerlos; la única razón por la que Lord Byron le confía tales se debe a que tampoco él era muy ducho en la materia. <<

[6] *único ojo*: De la historia de Perseo y Andrómeda. No eran malvadas, sólo que le tenían miedo a todo. Me mantuvieron en la ignorancia de sus temores *por mí*, a que yo pudiera ser raptada, pero los niños (aunque lo olvidemos al convertirnos en padres) pueden saber, o percibir, más de lo que sus guardianes suponen. Entrevi que era, o podía ser, objeto de los planes de mi lejano padre, y recuerdo la emoción del terror y la esperanza, un sentimiento encontrado por decirlo de algún modo, cuando el paso de un carruaje, o una tardía llamada a la puerta, me empujaban a creer que la tan esperada abducción estaba al caer. Incluso ahora... <<

[7] *de que cojeaba*: El señor Moore narra en sus *Memorias* que la señora de Mercer Elphinstone le contó que Lord Byron escogió Venecia como lugar de residencia porque, como allí nadie camina, sus limitaciones no resultarían tan llamativas. <<

[8] señora Radcliffe: Cuando Lord Byron era joven no había nadie que no leyera las novelas italianas de la señora Radcliffe, como *El italiano*. Tengo dos en la librería de mi estudio, de cuando era joven. He contemplado los lomos tanto tiempo que tengo la sensación de haberlas leído, pero no estoy segura, y ahora no tengo fuerzas para averiguarlo. <<

[9] *cavaliere servente*: Algunas de las cartas más divertidas de Lord Byron describen cómo servía a la dama con la que mantuvo su última relación, la condesa Teresa Guiccioli, ahora marquesa de Boissy. La condesa, que por entonces aún lo era, viajó a Londres en 1835, durante el verano en que se celebró mi propia boda. Por supuesto no pude conocerla, pero el señor Babbage sí lo hizo, en la mansión Gore; el doctor Lardiner, a cuya lectura del ensayo sobre el Motor Diferencial asistí, y el señor Edward Bulwer, ahora amigo mío, la conocieron asimismo en esa ocasión, y gracias a ellos pude enterarme más tarde del patético incidente de cuando decidió acudir a mi boda; por algún motivo, ella supuso que la ceremonia iba a celebrarse en la iglesia de San Jorge, en Hanover Square, y allí aguardó un rato, expectante, en el día señalado. Mi boda, sin embargo, se llevó a cabo en el salón de una casa particular, a unas millas de distancia. Había necesitado de un permiso especial, que también mi madre obtuvo para su propia boda en Seaham. Esa boda privada se celebró a instancias de mi madre, por *orden* suya, orden que nosotros (mi marido y yo) acatamos, qué extraño.

Se me ocurre ahora que hay aquí otro camino por el cual el manuscrito de la novela de Lord Byron podría haber llegado a los patriotas italianos en Londres, todos ellos conocidos del señor Babbage —el hermano de la marquesa era un patriota, y un exaltado que acompañó a mi padre a Grecia y que estaba con él cuando murió. Podría considerarse la posibilidad de que el manuscrito hubiera pasado a manos de ella, quien no habría dicho nada al respecto, porque su recuerdo de mi padre es el de un ángel sobre cuya reputación no cabe mácula o sombra alguna.

Si muriera antes que la dama, tachad esto. <<

[1] *no había caballos*: Los caballos de Lord Byron eran famosos en Venecia, donde es cierto que escaseaban y resultaban, por lo general, inútiles. Los tenía en una cuadra del Lido, la gran ribera que se extiende ante el Adriático, y cuando vivía allí, cabalgaba casi a diario. Lo cierto es que le gustaba mucho montar, tanto como nadar, y a caballo no tenía rival. <<

[2] *carbonari*: Lord Byron fue admitido en esta sociedad y asistió a sus reuniones; en su casa almacenaba armas y también pólvora de Manton que había adquirido para las mismas. Siempre miraba a los conspiradores italianos con frialdad, y comprendía sus incapacidades: por ejemplo su impulsividad latina; a pesar de ello se unió a su causa y nunca titubeó. Uno de ellos, no obstante, uno de ellos... <<

[3] *Jacques-Armand*: He descubierto que esta historia aparece en *Mémoires sur la vie privée de Marie-Antoinette*, de Mme. Campan (1822). No sé si Lord Byron la sacaría de ese libro. <<

[4] *un poeta inglés*: Esta observación apareció publicada en un periódico italiano, en el que se hizo esta asociación a la que Lord Byron muy bien pudo aspirar en el pasado, aunque poco halagüeña debía de resultarle en ese momento, lo que debió de divertirle mucho. El reconocimiento deseado, recibido por la razón equivocada, vanidad de los deseos humanos. <<

[5] *podría haber muerto*: Es sabido que Lord Byron tuvo una hija de Claire Clairmont, hermanastra de Mary Shelley, a quien llamó Allegra. Murió a los cinco años como consecuencia de unas fiebres, en el convento al que lord B. la llevó para educarse. Ignoro, y no hay modo de saberlo, si esta historia se escribió antes de morir ella. Lord B. se había hecho cargo de la niña, que entonces estaba viviendo con los Shelley, quienes habían perdido a más de un hijo a causa de diversas enfermedades; quizá creyó que en compañía de ellos la niña tenía menos esperanzas de sobrevivir. Lord Byron la quería, la consentía, y la convirtió en engreída, incontrolable y peleona. Sin embargo, no la confió a las monjas para librarse de ella, sino para prepararla para la única vida que podía imaginar que llevaría: una vida italiana, una boda italiana, razón por la cual le asignó una dote antes de que ella... ¿Y si hubiera sido yo? Esa niña, mi hermana, apenas un año y un mes más pequeña que yo, él la quería y no pudo o quiso tenerla a su lado... Habló de llevarla consigo a América. ¿Y si de algún modo había planeado sacarme de Inglaterra, y llevarme de viaje con él? Pienso o pensé en esto, y a menudo. En ese caso, hubiera muerto yo en un convento italiano, despachada a Inglaterra en un pequeño ataúd, enterrada tal como él pidió en la iglesia de Harrow. El rector se negó a enterrarla dentro de la iglesia o a erigir una lápida junto al muro de la misma, así que está enterrada en una tumba sin nombre en el cementerio. Él escribió: «Yo iré a ella, pero ella no volverá a mí.» No, no soy yo quien yace enterrada en el cementerio de Harrow sin un nombre que señale el lugar. <<

[6] *era perfecta*: Se dice que preguntó esto mismo en mi caso, que pidió a la comadrona que me levantara la ropa para verme las piernas y los pies, de ahí podría haber surgido eso que se cuenta sin ser verdad. Sé que no lo es que, cuando dejaron a mi madre en cama y me entregaron a ella, entrara él en la habitación, borracho, y preguntase: «¿Está muerta? ¿Ha muerto, pues?» No hizo tal, mi madre no dijo que lo hubiera hecho. Preguntó si yo era *perfecta*. Era normal que lo hiciera, porque él no lo era.

Hoy me duele mucho. A mi lado la Biblia de mi madre... <<

[1] *Mesmer, Puységur, Combe y Spurzheim*: Esta miscelánea es tan aleatoria como corresponde a la de cualquier curandero. Anton Mesmer es, por supuesto, quien desarrolló la ahora popular teoría del Magnetismo Animal; Armand Puységur fue su seguidor; George Combe fue el moderno desarrollador de la Frenología; Johann Casper Spurzheim, el doctor frenólogo que examinó a mi padre (consúltese nota anterior, no recuerdo el capítulo ni puedo buscarlo ahora). <<

[2] *un motor a vapor*: El capitán Trelawney dice que alguien solicitó a Lord Byron invertir en una máquina voladora impulsada por un motor a vapor, y que éste no aceptó. Incluso ahora, ese tipo de artefacto no sería posible. Una vez, de niña, pensé que... <<

[3] *suplicado a Alá*: Perdí su amor y, también, su guía, pero no sólo para mí, también el amor y la guía que hubiera podido ser para su esposa de haber él querido. Destrozaron algo que seguramente se hubiera roto por sí mismo antes o después. Aun así, también me pertenecía a mí, no era sólo suyo: no tenían todos los derechos sobre ello. <<

[4] *amigos*: Lord Byron tenía una curiosa superstición. Creía que si estaba peleado con alguien que le importaba, esa persona corría peligro, o podía correrlo, hasta que arreglaran las cosas y volvieran a ser amigos. <<

[5] *Tierra del Ocaso*: Siempre existe un Poniente al que se dirigen los héroes de la Antigüedad. Bajo esta palabra, en el modesto diccionario de que dispongo, encuentro otra, *Abentreuer*, que significa, en términos generales, Aventura, aunque más preciso, o impreciso, es decir que se trata de un viaje a Poniente. Allí donde cae la noche, por supuesto, como acaba por hacerlo en todas partes. El viaje a Poniente no se acaba hasta que quienes viajan, llegan allí, finalmente. <<

[6] *he tachado con la pluma*: El párrafo no está tachado, ni por supuesto el autor pretendía hacerlo, aunque aún está por saberse si verá la tinta de la imprenta en el futuro.

Se me ocurre algo extraño en este momento. ¿Podría haber sucedido que este manuscrito no fuera recibido de manos de Lord B., ni perdido ni extraviado por él, sino *confiado* a alguien en quien confiara que lo preservaría, así como el mensaje libertario que contiene? ¿Podría haber pensado que acabaría en Inglaterra, que su hija, por ser su hija, podría aprender a amar la libertad como él había hecho, trabar amistad con esos italianos en Londres, y adquirir de este modo aquello que él había intentado transmitirle? No, no, divago. ¿Por qué no me escribió directamente una carta para contármelo? Tuvo que haber un modo. Nunca lo sabré. Daría toda esta historia por ello. <<

[7] *manzana*: Estas páginas no han encontrado un destino tan ruin como ése, pero sí cuentan con «enemigos» —no sobrevivirán para ser encontradas. Algunas de ellas debieron de ser infundidas con sales de cobre u otros fulminatos durante su manufactura, pues ardieron con un fuego azul y verde—. Se dice que la luz arde baja y azul cuando hay cerca espectros. Las palabras se volvieron blancas en la negra superficie antes de desaparecer. No quise mirar. Tan sólo salvé una de ellas, William no pudo negarse a ello. <<

[8] Tenía una última cosa que decir a todo aquel que lea esto No puedo decirla. *Finis*

<<

[*] Benjamin, Woolley, *The Bride of Science*, 1999. <<